LAS TORRES DE PAPEL

Vida y/u obra de W. M.

Fernando Cárcamo

Las torres de papel. Fernando Cárcamo.
Madrid 2004-2005
Edición agosto 2012

Portada: *Un problema de equilibrio*.

Las torres de papel está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento -No Comercial- Sin Obra Derivada 3.0 España. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra. No puede utilizar esta obra para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Más sobre esta licencia:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es

Bajó Yahvé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: "*he aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros*".

[Génesis 11, 5-9].

El tren se detuvo acompasado del ruido de los engranajes de la maquinaria, como si cada una de las tantas veces que despidiera a un miembro del pasaje apesadumbrado, taciturno y somnoliento, suspirase unos momentos exagüe hasta que la caldera, en un arrebato de ronca ira, prorrumpiera el paréntesis evocando que había un riguroso horario por obedecer. Tras la breve pausa; el agudo silbido impetuoso y ese característico ritmo pesado y ascendente, vomitando una espesa columnata de humo que deshiciera el viento de un manotazo en jirones de carbonilla volcándola sobre los viajeros sin que apenas ninguno lo advirtiera. Equipaje en mano, nada más puso un primer pie sobre el adoquinado informe, estremecedor de polvorientos carros al compás de tralla, inquirió sobre la calle que ostentaba el nombre que sus padres dieron a aquel liberal-conservador -más conservador que liberal- muerto bastantes años atrás.

- Ha de doblar la esquina - le respondieron de entre el tráfago - esa misma donde ahora echan la suerte. Allí divisará, al subir tres o cuatro metros calle arriba, lo que era el antiguo teatro. Se llamaba Teatro Antiguo, quizás el nombre le diga algo pero como veo que no, no se me preocupe. Se trata de un viejo edificio desconchado con sus ventanales solapados de tableros roídos. El teatro por el que no me ha preguntado pero del que le hablo queda justo, justo, en la misma avenida que le llevará sin pérdida a la plaza donde desembocan todas las calles de los políticos muertos de este país condenado. Encantado le podría seguir ofreciendo indicaciones pero lo mejor es que una vez se vea allí, vuelva a preguntar -.
Tras el agradecimiento de aquella disposición y una información que, si bien más o menos detallada, resultaba ciertamente explícita, ganó la calle y luego de una laberíntica caminata se entretuvo con por qué de ubicarse y volver a indagar.

- La verdad siéndole sincero, no sé dónde queda ni esa calle ni esa otra plaza… y no porque no me resulte familiar, fíjese. Quizá el nombre… ¿un

teatro dice?, ¿por aquí? Eso es totalmente ridículo aunque… ¡Aguarde un segundo! Ahora que hago memoria… ¡Sí, por supuesto! claro que un teatro antiguo ¿no? El Antiguo Real Teatro, o algo parecidísimo. Entonces no va usted bien por donde va, creo. ¿Alcanza a ver ese cruce? Pues llegue hasta ese no, hasta el siguiente. Tuerza seguido a la izquierda y en esquina con Cabildo, para que se oriente, a las puertas del mercado suele haber un rincón donde asan castañas. Baje la calle hasta dar con la avenida porque según desciende habrá de tener ante usted el Real Antiguo Teatro, si es así como verdaderamente se llama, de no llamarse así, también lo verá -.

En los albores del cruce y en el cruce mismo, la gente se congregaba en torno a unos tenduchos chillones y bien improvisados. Al reparar en la presencia de un cartel publicitario de temblorosa grafía a la vera de su correspondiente minorista parlanchín y calvo quien alzaba un ungüento milagrero, reconoció la rúa que había subido y ahora bajaba para comprobar que no se asaban castañas en ningún rincón. En el lugar del puesto nombrado, una pitonisa ciega a cambio de la voluntad, bajo el vaticinio del escrutinio de los pliegues de la palma de la mano, adivinaba el siempre incierto porvenir.

- ¡Tengo las mejores frutas, las mejores frutas, las mejores frutas, oiga! -.

En las caballerizas nadie conocía ni al político ni la vía del difunto. Resolvió continuar con sus pesquisas en una taberna cercana. Allí, si bien las señas, contraseñas y señales que le fueron dadas, explicaciones, instrucciones y esclarecimientos, fueron muchos, posiblemente demasiados, nada en limpio logró extraer. Cada quien, por separado o secundado, basado en su peculiar manera, aportaba al galimatías su cabal opinión mientras que otros se detenían pausados y meditabundos a refundar sus nociones espaciales.

Por cuenta propia, que en este caso parecía no haberla mejor, -sirviose nada más de intuición y esperanza para sortear los intrincados del plan ortogonal

en estrechísima convivencia con los laberínticos desgobiernos del antiguo casco abigarrado- hizo acto de presencia en la biblioteca.

La biblioteca ocupaba los bajos de un edificio de viviendas encajonadas similar a tantos, junto a una cafetería de oscuros, sinuosos, angostos pasillos, y una barbería bajo la sombra del embargo. Si bien arrastraba la somnolencia de una larga noche en vela -un montón de fardos humanos distribuidos a su suerte por el infecto y oscuro vagón-, tiempo tuvo durante la vigilia de contemplar cualquier adversidad circunstancial asaltadora, amén de fantasear, entre fríos sudores de angustia y ansiedad contenida, sobre lo que estaba al cabo de acontecerle.

Tras desembarazarse de su equipaje en una pensión se echó a las calles con unas horas de adelanto, enfundándose en los huecos de su mejor traje -que no por mejor era bueno- calibrando cuidadas fórmulas de presencia, urbanidad, cortesía y discurso algo trasnochadas.

Sus irresoluciones sobre el lugar ya no encerraban duda, sí en cambio la apariencia de la biblioteca, que parecía vestida de cerrado. Distanció unos pasos de sus umbrales con motivo de verificar a cierta distancia, con perspectiva, si las siglas del rótulo coincidían con las de su destino.

BIBLIOTECA

Resultando ser así. No, no había posible equivocación ni de ser, ni de tiempo, ni de lugar. Esperó por si acaso había llegado demasiado pronto, resultando que así fuera, mas, transcurrido un intervalo de tiempo de consideración, las puertas de la biblioteca seguían dando a entender que no contenían en sus adentros actividad. Tras un corto titubeo, se decidió a llamar. Los golpes de sus nudillos desnudos se prolongaron en los húmedos intestinos del edificio,

presumiblemente vacíos o abandonados. A un paso estaba de marcharse cuando cedió la entrada y asomó por el portón el rostro malhumorado del bibliotecario. Era, el bibliotecario, un caballero de cabello escaso y cano. Vestía de forma descuidada, de hecho, la ropa que le abrigaba era tan vieja y raída como él mismo.

- Mi nombre es Wenceslao, Wenceslao Martín Martín-López. En provincias me aseguraron que en este lugar conservan el único ejemplar de cierta obra: *El amanecer de ningún día*.

I

La llanura se exhibía como una inmensa sábana reseca, de un marchito amarillo de paja, trigo y avena, moteada de encinares dispersos con sus nutridas sombras. Solamente fuera contorneada por las arrugas de los arroyuelos, ahora sedientos y agrietados, plagados de diminutos y voraces insectos voladores. La desolación ofrecida por el entorno era pronunciada por un cielo despiadadamente deslumbrante, despejado, intenso, cortando los dos océanos inmóviles; el del aire, lejano y sin consuelo, y el de la tierra árida, triste y envejecida. Hacia el sur la llanura se perdía con el horizonte, derrotada en desniveles de cuando en cuanto ordenados por las bajas cercas de piedra de algún sembrado. Hacia el norte, el llano iniciaba una pequeña y abrupta ascensión, siendo esta zona poblada por diseminada maleza espinosa, antes de concluir en los relieves de las sierras tajantes, envueltas en azules y malvas umbrías.

Los caminos, cuya polvareda era levantada por el viento abrasador en un afán de borrarlos, chasqueaban sus lenguas requemadas, serpenteantes, monótonas. El pueblo quedaba enmarcado en un último rincón perdido, enflaquecido y deslucido. No era más que un puñado de casas bajas, de tosco empedrado, de estrechas ventanas, de frágil techumbre. Las casas se agrupaban tal si fueran a darse débil cobijo en rededor de la iglesia que en ese instante mismo hacía plañir sus campanas.

Los pasos del padre Zacarías resonaban secos en el empedrado. Remontaba la calle solitaria resguardando su figura torva de cuervo en las exiguas sombras. Apretaba su andar con lo que se inclinaba de forma exagerada hacia el frente, utilizando como mástil de proa su sesera calva y aferrando con celo un libro que cobijaba en el regazo, olvidándolo en ocasiones para despegar el alzacuellos de su gaznate sudoroso poniendo de por medio una de sus falanges afiladas. Pronto, los pasos despidieron su eco en el empedrado, al finalizar la ascensión y arribar a una explanada abierta, sin un solo resquicio por donde dejara de filtrarse el sol, presidida la plaza por la iglesia, aun doblando las campanas. Atravesando el mentidero, resoplando cual fuelle viejo, ganó el último de los escalones. Tomó aliento bajo el pórtico y, santiguándose tímidamente, entró en el templo donde recibió el penetrante tufo de madera corrompida por el tiempo, de incienso y de aire encerrado.
Allí, alivio misericordioso, la piedra mantenía celosa el fresco, envuelto en la penumbra de las altas gargantas abovedadas cuyas pinturas fuliginosas mostraban algún que otro desconchón. El altar de la nave principal estaba recogido; cerrado el sagrario dorado, ya sin dorado, enmohecido. Nunca le agradó -en secreto- aquel Cristo sobre el sagrario al padre Zacarías; demasiado oscuro y recreado en recargado sufrimiento, dando a mostrar sin mística el rostro desfigurado bajo el coronario de espinas. Tras mucho meditar, en el padre Zacarías no se despertaban dignos móviles para el rezo, todo lo más, aquel artificioso nazareno le tentaba a volcarse hacia una compasión, un tipo de lástima, como la que se profesa hacia un enfermo, hacia un moribundo; nada que ver con aquel respeto, aquel agradecimiento, aquella pasión… que había de arrancarle la vista de la santa cruz.

Volvió a santiguarse a la entrada, a la altura de la frente, para espantar aquellas oscuras inclinaciones. Atravesando las dos filas de bancos rebasó una de las naves laterales, no sin antes ofrecer una genuflexión al Cristo barroco. En vez de mirarle, su vista se quedó clavada en el suelo, a las faldas

del altar principal, sin sospechar que bajo sus pies se encontraba una lápida en la que no se trabajó ninguna inscripción, ningún nombre, ninguna fecha.
En la nave lateral estaba preparado un altar menor, los bancos se alineaban en frente, ocupados solo por una señora beata y anciana, y el lego Santiago. Al la vera de éste fue a sentarse Zacarías, santiguándose por vez tercera y saludándole en baja voz - hermano -. Santiago pareció sobresaltarse ligeramente, como si se le convocase desde los exteriores de una profunda meditación o de un profundo sueño. Devolvió el saludo y dirigió una mirada en rededor de toda la nave. El padre Zacarías hacía y deshacía gestos de volverse sobre el libro traído en su regazo, vigilando de vez en cuando el fondo de la iglesia, la sacristía, junto con Santiago.

Desde el fondo del ala caminaba en dirección al altar menor el sacerdote, cubierto de verde con bordados dorados en forma de espiga, flanqueado por cuatro chiquillos, a paso lento y ceremonioso.
Un número incontable de pequeños cirios custodiaba el frente. Solo tres de todas aquellas velas despedían una menguada llama en su tamaño, firme en su pequeño resplandor. Dos de aquellas velas permanecían cercanas la una de la otra mientras que la última quedaba olvidada en un ángulo del soporte que recogía la cera derretida en estalagmitas llorosas colmadas de tiempo. Arribó la silenciosa comitiva a la altura de los escasos bancos ocupados, pulidos, desgastados sus bajos bajo el continuo arrodillamiento de los fieles. Los ocupantes se levantaron a la espera de que el oficiante rodeara el altar. La luz se filtraba por entre las vidrieras altas y estrechas, cortando las filas de losas con su centellear policromo. Podían sentirse las resonancias de aquella elipsis regodearse entre las bóvedas.
El sacerdote urdió en voz grave su perorata en latín. Comenzaron por santiguarse.

- Entenderá que hasta cierto punto debo inmiscuirme en el objeto de su investigación - el bibliotecario se reclinaba muellemente en la mesa de su pequeño despacho, atiborrado de fichas bibliográficas, libros en espera de volver a su estante y una polvorienta colección de minerales. - ¿Cómo es que consiguió la recomendación?

Wenceslao había atendido a los relatos de Jaime el cestero sobre *El amanecer de ningún día* mientras el cestero enhebraba su aguja. De entre todos los relatos narrados aquel parecía ser el más sombrío y emocionante y solo referirse a aquella obra hacía descender el tono de voz a los tertulianos. Algunas viejas que cruzaban la calle, al verlos en actitud conspiradora, se santiguaban y apretaban el paso. Para ellas el misterioso alquimista era nada menos que una encarnación demoníaca.

Jaime aseguraba que el alquimista no era ni francés ni ruso, tal y como muchos aseguraban, sino un antiguo monje excomulgado de una región cercana. Algún tertuliano aventuraba entonces la hipótesis de que hubiera enloquecido, pero Jaime apuntaba que si enloqueció debió ser a causa de alguna tortura infringida. Para Jaime el antiguo monje era *alguien que vio lo que no debía ver, alguien en posesión de un secreto importante*. Según el cestero el antiguo monje estuvo bien relacionado y se sabía que había mantenido contacto con sectas oscurantistas, también con personajes de la alta aristocracia. Jaime negaba que el sacerdote depositase *El amanecer de ningún día* en la biblioteca - quemó aquel libro y todas sus pertenencias después de regarlo todo de agua bendita. El excomulgado no quiso confesarse y ante las revelaciones que debió hacer el sacerdote practicó un exorcismo -.
- Eso no puede ser verdad - un tertuliano desmentía el relato - recibió los santos sacramentos y el padre depositó el libro en la biblioteca. Cestero, a veces me sorprende. Usted se presenta como un hombre de ciencia y de hechos concretos, estoy seguro que la existencia de ese libro es fácil de

justificar. ¿Por qué no escribimos una carta a la biblioteca donde supuestamente se encuentra? -.

Aquello último se ofrecía como una práctica y sencilla solución pero nadie quería inmiscuirse en un asunto ciertamente impopular. ¿Y si realmente aquel libro se conservaba en la biblioteca y estaba vigilado? La gente del pueblo no quería innecesarias complicaciones en su monótona vida y tampoco deseaba realmente desvelar la verdad sobre el asunto. Tampoco, en añadidura, los libros les parecían una cuestión trascendental. Se trataba al fin de un terrible rumor que se iba enterrando en el olvido al tiempo que se reconvertía en un nuevo relato cada vez más quimérico y fantasioso. Cualquier dato objetivo sobre él terminaría por dar por zanjado un mórbido pasatiempo.

- El libro se encuentra en la biblioteca, no hace falta escribir ninguna carta - y todos inquirían ahora los ojos del cestero, que había terminado de tejer la cesta y encendía su pipa. Sus ojos reflejaban el brillo del fuego concediendo a Jaime una mirada viva y siniestra. - Recordaréis todos a aquel húngaro que me estuvo haciendo preguntas ¿no? -.
Aquello sí se trataba de un hecho demostrable. Todos habían visto a aquel trotamundos que visitó el pueblo un verano y todos habían hablado de él. La gente del pueblo, cuando le vio aparecer, desconfió y posiblemente hubiera encontrado problemas de no ser porque el húngaro parecía extrovertido, amable y culto. Conocía bastante bien el idioma con lo cual le resultó sencillo comunicarse con las gentes. Pero sin duda lo que más puertas le abrió fue su caudal. El húngaro tenía generosos gestos con todo el mundo y en cuanto veían relucir las monedas en la palma de su delicada mano ya no les molestaba su curiosidad. Muy pronto todos rivalizaron por atraer su atención y que el húngaro fuera una mañana expresamente en busca de Jaime serviría para aumentar la envidia o la admiración que este último despertaba con sus relatos. Todos, en suma, sabían que el húngaro se había interesado por las

viejas historias de la región y también por aquel misterioso alquimista que moraba en las cuevas como si fuera un salvaje y que solo tenía contacto con una anciana y rica viuda, con la que se rumoreaba que hacía trueques y cuya codiciada herencia iniciaría una larga serie de disputas. Artículos de primera necesidad para el anacoreta a cambio de remedios y ungüentos naturales. Que ese fuera su único contacto con las gentes del pueblo aumentaba la intriga acerca del misterioso personaje. - Fue él quien subió a la cueva y se trajo consigo el libro, depositándolo después en la biblioteca. Las partes que fueron escritas con posterioridad las incineraría aquel condenado cura -.

Fueran esta vez distintos los latines entonados pero fuera el mismo sacerdote que los entonó, bien de pie, en el púlpito de la iglesia, alta la cabeza, luciendo la túnica flamante de espigas; o bien sentado, ante la mesa servida, la cabeza gacha y casi ridiculizado por el pobre traje de la orden. Su ceño permanecía inmutable, la misma fruncida expresión, la boca arqueada en una mueca hacia uno de los lados y sus manos ampulosas y con hoyuelos por nudillos igualmente recogidas, entrelazados sus dedos, temblando la papada. El mismo tono de voz flemático y la misma mirada fanática, extraviada y bizca. El sacerdote era un hombre rechoncho y achaparrado, de extremidades cortas y admirador perseverante, paciente escrutador, de los pequeños detalles de la creación. Quizá por ello dedicase su tiempo de ocio a inspeccionar los insectos, atravesarlos con un alfiler y encerrarlos muertos con todas sus patas bien extendidas en cajas de cristal junto con bolas de naftalina.

Nada más hubo concluido la bendición, los chicos se entregaron a los platos con religioso fervor. Presidía la mesa el sacerdote, entre cucharadas y miradas inquisidoras regaladas a sus pupilos, como desaprobando cada acto suyo. Zacarías y Santiago estaban próximos a la mesa, en formal actitud. Los hermanos comerían después.

Alrededor de la mesa siempre se respiraba el mismo ambiente. Ningún niño se atrevía a comentar nada bajo la tutela del sacerdote, solo escuchándose el dialogar metálico de las cucharas. Aunque de vez en cuando el clérigo, movido quién sabe si por un gesto de debilidad comunicativa, dirigía un aburrido cuestionario a alguno, no siempre inofensivo. Asimismo, a veces, alguno lanzaba una patada a un compañero por debajo de la mesa para que reparase en alguna barrabasada que le había jugado a otro o para que se fijase en el sacerdote, quien en ocasiones relegaba su vigilancia y se internaba en un arrebato contemplativo que mantenía por un largo tiempo la cuchara equidistante entre el plato y la boca. Santiago, por su parte, parecía no poseer la entrega del sacerdote pues su misticismo se traducía en alguna cabezada que al borde estaba de hacerle perder el equilibrio. Los confidentes, ante situaciones tales, hundían más todavía sus rostros en el plato para no dejar descubiertas sus risas contenidas.

- Abandonad vuestra piel - que así es como el sacerdote aludía, despectivamente, no al cuerpo, sino a una serie de flaquezas que habían de ser aniquiladas a fuerza de voluntad y tesón. - Contemplad vuestro alrededor - invitó desde el banco del patio a los alumnos en torno a él congregados.

El patio era interior y estaba resguardado por las viejas columnas de la casa de la congregación. Allí, además de quedar cerca de la iglesia, los curas tenían espacio para los alumnos, sus retiros, una pequeña fuente de agua temblorosa y un huertecito. Con toda su humildad aparente, era aquella fuente, la del jardín, más única que todo -que es único- realmente única en todo el pueblo. No bastaba su flujo tímido para aplacar la sed de las plantas de aquel patio; habiéndose de regar éstas y las del huerto con el agua de una acequia adyacente. Tanto ello como su gala y artificio hacían suponer que ésa, a diferencia de la fuente de la plaza, servía para unos fines bien distintos: si la primera era meramente recreo y ornato, objeto nada propio del pueblo, la

segunda suministraba el consumo a las casas. Así, se decía de los curas en ocasión de despreciarlos, que gustaban beber de su fuente débil e inútil mientras que los otros señalaban en sus sermones la raíz de todos los males en la *Fuente de los engaños*.

De cualquier forma, no fue idea de los religiosos situar tal ingenio en el jardín. La propiedad con su fuente fue dejada en herencia a la orden por una rica viuda, algo trastornada por caprichos como el de la fuente, según se rumoreaba, único contacto del alquimista con las gentes del pueblo. El resto de los bienes, una buena suma de dinero, tierras de labor y un montón de abalorios, quedó dividido entre sus parientes quienes, inconformes con el reparto, iniciaron una sonada disputa fraterna que fue seguida de cerca por el pueblo entero. La congregación no tardó en restaurar y acondicionar la vivienda, encontrar sitio para una modesta capilla y aún más modesta escuela. Porque la escuela ocupaba las antiguas caballerizas, de ahí que algunos enseres escolares descansaran sobre lo que pudo haber sido un pesebre cuya cristiana simbología no se cansaron los padres en recordar…

- Sé lo difícil que es desprenderse de la piel, mas, abordando la intelección, es posible que lleguéis a dejar de prestar tanta atención a la imagen de Narciso que tenéis conformada de vosotros mismos sobre las aguas, que no sois eje del mundo sino parte de él, parte miserable de él siendo justos, y en él y solo en él habréis de buscar y encontraros. Creeros que por únicos merecéis tanta atención pero sabed que ésta vuestra orgullosa distinción ha de reducirse, irremediablemente, a cenizas; *impares nascimur, pares morimur*. ¿No se os ha ocurrido en ocasión alguna admirar el Sol, esa piedra encendida y resplandeciente, lejana y abrumadora? La costumbre de ver correr las cosas de una misma manera hace que no parezcan admirables por magníficas que sean. Sin embargo, cualquier novedad en ellas ya nos clava la vista en el cielo y nos invita a imaginarnos cuán infinitamente colosal es la Creación ¿Cuándo verdaderamente reparamos en esa piedra que nos calienta sino cuando alguna vez eclipsa? Y cuando, al amanecer o al ponerse, nos revela un poco

de su grandeza sin deslumbrarnos no podemos hacer menos que sobrecogernos figurándonos su hermosura y severa utilidad en todo, su estado casi inmutable, su orden saturnino, porque nunca jamás sale a deshoras. Si Dios, nos decimos, se sirve de maravillas celestes tales para alumbrar nuestra vida ¿qué ha de serle imposible?

Interrumpió el sacerdote su discurso, como si sus últimas palabras merecieran una segunda meditación. - Todo tiene un estado, esto es claro. Pero no todo tiene un estado definitivo ¿hay algo que realmente lo tenga? Mirad, miraros, nuestro ser no es definitivo, por perfecto, sino cambiante, *nihil perpetuum, pauca diuturna sunt*. ¿Por qué? No somos los mismos que éramos; sí, sí lo somos, pero hemos cambiado *hominis tota vita nihil aliud ad mortem ister est*, algo cambia en nosotros, aún sin advertirlo. La vida es culpable; arrastra a sus seres en constante evolución, generación, desintegración, intususcepción… El mundo es antiestático, pasajero, todo fluye… seguidamente, todo tiene que ver con todo, nos vemos condicionados por el medio y a su vez nosotros somos condicionantes, cada ente natural alude con su presencia a un conjunto más amplio. Hay algo en común por tanto, entre todos nosotros, es inamovible. De entre todas estas características hay una muy compleja que linda con lo insondable, con lo indescifrable, lo inescrutable, recóndito, hipertelésico. Sospechamos ¡En verdad lo hacemos! que entre tanto río que fluye, convive y rodea necesariamente a la tierra que permanece estática ¿Cómo distinguir lo cambiante sin ayuda de algo estático de por siempre…? -.

- Es Dios - saltó Pedro, uno de los compañeros de Wenceslao, no pudiendo contener su inquietud. El sacerdote se sonrió, reclamando paciencia con el gesto - ¿Podéis acaso imaginar un mundo sin Él?, ¿lográis imaginar un mundo en el cual no haya nada mayor de lo cual nada pueda pensarse, ni en el pensamiento ni en la realidad?, ¿alcanzáis a concebir un mundo en el que el ser perfecto no sea posible?, ¿conseguís comprender un mundo en el que no existan ideas eternas, inmutables y necesarias y no pueda darse una

naturaleza inmortal? La experiencia nos asegura el movimiento, la existencia de una serie de causas eficientes y causas finales, el mundo como contingente, la diversidad de grados de perfección… ¿vamos a negar a la experiencia que no es necesario un primer motor inmóvil, que no es necesaria una causa primera no causada, que en realidad la convergencia de causas eficientes vaga en función del azar y la ceguera y no en virtud de una inteligencia ordenadora, que un mundo contingente no ha de depender de un ser que sea necesario y no contingente, que habiendo diversos grados de perfección no ha de haber un grado de perfección absoluta?, ¿acaso la aspiración al bien que se da en el hombre no muestra la impronta de un Dios justo y bueno? Los hombres necesitan alimentarse, defenderse, perpetuar su especie. La carne lucha por la vida y para ello necesita más carne. Carne para la generación y la degeneración. Oh sí, sabemos cuán despiadado es, pero ¿Eso es todo?, ¿cumpliendo este horrible mandato hemos de ver pasar nuestros días? Yo os aseguro que no, que hay una esperanza, que mientras ésta pueda ser albergada….

El sacerdote volvió a interrumpirse. Parecía esperar que sus palabras fecundasen en la mente de los jóvenes. Luego prosiguió: - No podemos aceptar solo lo que a simple vista se nos presenta. La Naturaleza se nutre de la misma Naturaleza, la Naturaleza engendra nueva vida natural… La Naturaleza, sí, tiene sus directrices básicas, es claro, pero es también *expresiva* a la manera en que nosotros, como parte de ella, también lo somos -.

- Lo natural, constantemente, quiere revelarnos su sentido, pero la Naturaleza es críptica y esotérica, esconde siempre sus últimos contenidos; es como un surgir salvaje, pródigo, multilineal, caótico de formas de vida que nosotros, llegado a un punto, podemos aprender a formalizar; por basto y absorbente que sea el orden de la naturaleza es el objeto de un alma que lo concibe racionalmente. El hombre, en última instancia, es capaz de encontrar el sentido a su entorno engañoso. Dios permanece inasequible, manifiesto y escondido, accesible y enclaustrado, conocido y no visto, lejos y cercano, a

todos los pueblos que, aún en sus diversas formas, siempre lo han adorado creyendo haberlo descubierto ¿Quién descubre a quién? No se revela tal y como nos gustaría, Dios elige a las demás de sus creaturas para mostrar al hombre los sentidos de su Creación. El universo - concluyó el sacerdote - es un espejo de Dios. ¿Es posible un mundo sin Él? - El religioso retomaba la pregunta para luego responderse - Dios es la causa primera de la existencia, pongamos que no fuera así, que Dios es una idea cualquiera, una feliz ocurrencia, que la podemos poner en duda como podemos poner en duda el si mañana lloverá por tal o cual razón. Pongamos, digo, que la existencia fuera un radical de la casualidad primigenia. Toda forma de ser y de obrar implica un ritmo, un equilibrio, un orden. Sabemos, por experiencia incontestable, que si esta disposición se perturba, que si se perturba este gran mandato, conlleva la desintegración, la disolución de lo vivo en la vida. Mas hemos decidido dudar lo indudable y hemos afirmado: "sea la casualidad, una diversión ciega y mecánica de fuerzas fácticas dejadas a sí mismas" y, paradójicamente, es este un orden asombrosamente cabal. Sea la casualidad, sea, tanta como se quiera pero hará falta mucha para hacer posible que existan formas de vida tan coherentes, capaces de ser investidas de sentidos profundos por la racionalidad humana. ¿Es casualidad que contemos con la manera capaz de proyectar contenidos armónicos sobre la nada de un caos?, ¿qué hay de lo *expresivo* en el hombre, de lo simbólico, de la inquietud teológica, existencial, vital?, ¿por qué el hombre busca y se busca, por qué necesita de continuo y no se conforma con nada, por qué alza la vista sobre el horizonte y alcanza a ver siempre un mundo mejor? -.

Tomó aliento el sacerdote. Quedó mirando al cielo, muy satisfecho de sus palabras, creyendo acaso que se las robase. - Tenemos, de un lado, la revelación divina, principio y fin de la eternidad, amor y creación, juicio, armonía, fines más allá del fin… bondad y misericordia aunque también la oscuridad del hombre sobre la que ha de hacer valer su voluntad en un universo donde lo biológico es soporte de lo verdaderamente importante: lo

espiritual. La vida es lo que es el hombre, un puente hacia un estado más elevado. Del otro lado ¿a quién descubrimos? A la absurda casualidad. El caos, el desorden, la nada, *nihil*. El absoluto vacío de Dios, de principios y conclusiones, la incapacidad de gobernar nuestro destino porque ni nos pertenece ni lo hay. La desesperanza, la conciencia errónea de lo innecesario del existir -.

Quedaron los alumnos pensativos y el sacerdote satisfecho. Bien es cierto que Pedro, tras su fugaz intervención, en vez de contemplar el Sol había descubierto una hormiga acarreando una gran hoja, demasiado grande, esto es, para ella. Sin dejarse amedrentar, clavaba sus fuertes dientes en el tallo y avanzaba hacia atrás, sorteando piedrecillas ágilmente. También el sacerdote reparó en ella mas al instante averiguó su común ascendencia y más tarde el nombre de la especie en latín. La predilección del religioso en su pasión por los insectos era reservada para las mariposas, claro que éstas solo aparecían por temporadas. Pedro, de haber seguido atento al discurso, quizás hubiera descubierto que verdaderamente la creación era magnífica hasta en su más reducido ámbito mas la oratoria del sacerdote, quién sabe por qué, dejó de incumbirle.
Pedro se llevaba la mano a la barbilla en un falso gesto de meditación (e inútil pues el sacerdote no atendió a la hormiga por la hormiga misma, sino por la distracción de Pedro), dedicándose a sujetar de vez en cuando la hoja, impidiendo el avance del fiel obrero. En una de aquellas múltiples ocasiones que el sacerdote retomaba su discurso, en una de las sujeciones de Pedro, la hormiga soltó la hoja y empezó a dar vueltas vertiginosas en torno a ella, enfurecida, alejándose y acercándose alborotada sin comprender seguro por qué la hoja quedaba retenida.

A Wenceslao, aun sin recordar las palabras del sacerdote -que siempre creyó suyas pero no lo eran tanto- le marcaron una profunda impresión unidas al tiempo del crepúsculo de los atardeceres estivales, callados y melancólicos

tras la ardiente jornada a la vez que repletos de miles de palpitaciones invisibles.

El aire era impregnado de un amable frescor, preámbulo del abrupto cambio de temperatura con que la noche hacía presencia, cuando el viento empezase a aullar irreflexivo. Tanto este discurso como tantos otros, todos ellos en boca del maestro, le parecían rasgar una esfera llena de recogimiento, de misterio, que descuidaba brillantes ribetes etéreos en cadencias de alguna frase alejada de su conjunto, extirpada de su contexto. Estos fragmentos de olvido, esas notas inadvertidas, recogidas con meditación abstracta, parecían disolverse en sí mismos, distraerse de sus propias dimensiones orales y evocar con poderosa fuerza conjuros indecibles, lugares difusos, esperanzas inconcretas… eran, en esencia, extrañas llaves de armarios cuyo fondo parecía entrañar algo de *más allá*. Por encima de los dogmas del maestro y su razonamiento escolástico, el joven Wenceslao se dejaba guiar por silabeos absurdos, caprichosas construcciones, de modo que escuchaba una música cuyas reglas de armonía no podía, por mucho que quisiera, revelar.

Los escasos rayos de sol que huían desgarrados de la superficie balanceaban diminutas motas de polvo que iniciaban su divertido vuelo ascendente desde los suelos y las paredes de la biblioteca para posarse contorneándose en lentas acrobacias sobre la letanía de impresos. Wenceslao paseó su vista sobre la cubierta de lo que parecía ser una novela de eróticos adentros. Arriba, en la calle, el tráfico fluía inquieto junto a los pasos apresurados de los ciudadanos por siempre errantes, contrastando todo ello con la pesada quietud que se respiraba en la sala. A ésta le alcanzaban los sonidos del primer mundo amortiguados, perdidos como el fragor de una lejana batalla de todos los siglos juntos.

El pueblo terminaba por asfixiar las inquietudes de un joven Wenceslao, y es que el chico no se dejó llamar por voces románticas y bucólicas, antes bien, ansiaba sentarse en el regazo de las orillas desde donde poder escuchar el alboroto de las mareas de La Razón. Quería contemplar la ciudad en todo su esplendor, levantarse y encontrar ante sí un millar de asuntos en los que poder inmiscuirse… ideaba el pueblo como las mansas aguas, pantanos de tan inmóviles propensos a la fetidez y, a sus buenas gentes, como bestias de sus propias bestias, en cuanto al trasiego que anhelaba… sí, en el campo había movimiento pero parecíale que las ciudades erigían imponentes edificaciones para alejarse lo máximo posible de una tierra esclavizante que en el campo, más que en ningún otro lugar, hacía evidente su demanda de carne con la que alimentar a sus gusanos. Volcó sus esperanzas sobre la ciudad. Algún día -soñaba- cuando contase con edad suficiente para valerse por sí mismo, llegaría hasta ella. - ¿Y a ti qué se te ha perdido en ciudad? - Ésa era la pregunta que el pueblo le hacía en boca de sus habitantes, de forma directa, y también parecían preguntarlo las viejas piedras de los muros, hasta los gatos famélicos que le miraban al pasar como si Wenceslao ya fuera un forastero, un extraño.

Cierto es que de la ciudad, como a la mayoría, le habían llegado noticias fascinantes. Jaime, el cestero, no se cansaba de proferir exultantes famas. - Mirad que allí no tienen problemas, porque no los hay - amarrando sus asentimientos con pequeños golpes de vara - y mirad que, al no tenerlos, la gente de la ciudad se aburre y decide inventarlos -. Jaime entonces enhebraba la vara y tomaba otra, aguardando los interrogantes de su tertulia. Le preguntarían por lo que inventaban y el otro, seguramente, se echaría a reír. - Pues si tuviera que contaros todo lo que inventan… -. Suplicarían que les contasen, por poco que fuera.

- Los hombres de ciudad, el hombre de ciencia, a diferencia de aquellos ilustres sabios de destilada verbosidad que es el brillo de la filosofía teórica, se

han dignado a examinar lo más simple e inmediato, extrayendo del objeto la evidencia más estridente, es decir, el mundo visible y palpable expresándolo en claras premisas y no en confusas reflexiones. Así, en ciudad, el pensamiento escolástico sucumbe ante el progresivo y firme avance de la ciencia empírica que rechaza de su método todo elemento que guste de presentarse como sobrenatural e idea pura, volcando todo su argumento no en frases difíciles y ostentosas sino en la simple fuerza de los hechos. Atrás queda la época en que los hombres preferían cobijarse de sus absurdos temores en las oscuras cavernas de un mundo imaginario. Los hombres de ciudad no necesitan el sueño para elevarse sobre las nubes ya que ingenian máquinas prodigiosas que les brindan esa libertad que en principio les fue negada. Las leyes inmutables, fuera del tiempo, que rigen el mundo y la Naturaleza y que ningún ser puede quebrantar; la firme convicción de que nada en el mundo es arbitrario o fruto de una incoherente voluntad milagrera, interior ni exteriormente; provoca en el hombre dotado de razón el nacimiento de un sentimiento de tranquilidad imperturbable, de satisfacción y estima hacia su propia persona, procurándole esa firmeza de carácter que no es efecto de una presunción imaginaria, sino del pleno y consciente conocimiento de la verdad.

- La Naturaleza es una madre ciega ya que su avance muchas veces se frena ante el obstáculo más señalado y advertido por las luces de la razón y la inteligencia, mas si el hombre, mediante el uso de la razón, la inteligencia y la experiencia, no yerra en predecir estos actos futuros erróneos entonces podemos decir que la inteligencia no es del todo ajena a la naturaleza siendo el hombre parte de la misma. La Naturaleza avanza incesantemente en la perfección de sus formas y esta perfección no ha de tener fin por cuanto la Naturaleza no conoce tiempo. La Naturaleza no se crea ni se destruye a sí misma sino que cambia, muta. Este mundo es espejo de la Naturaleza y no de Dios. Si Dios nos habla a través de sus creaturas ¿por qué las leyes de la Naturaleza son fuerzas bárbaras, inflexibles, que no conocen moral ni benevolencia? Ésta es la razón por la que el hombre, al emplear su razón

contra las leyes de la naturaleza no está cometiendo un parricidio. Cuando el hombre desafía la ley que mantenía sus pies en el suelo, cuando el hombre desafía la ley que le provocaba la muerte tras la enfermedad… el hombre no está anteponiendo su voluntad a la de ningún Dios milagrero que cercó su existencia en unos estrechos límites, no está erigiendo ninguna torre de Babel. La misma Naturaleza ha puesto en mano del hombre la misma libertad con que ella se sirve para gobernar y alterar el mundo a su antojo.

- Tanta es la voluntad y tantos son sus saberes, los del hombre de ciudad, que ha declarado la guerra al tiempo en todas sus manifestaciones, proclamando el *Imperio de la posteridad*. Tras haber creado días en las noches, concebir toda clase de productos de rejuvenecimiento, elixires de la eterna juventud… ha emprendido también la lucha contra el mal tiempo. Todo tiempo es malo para la vida y bueno para la muerte, se entiende, la vida es, para colmo, tiempo, pero yo me refería particularmente al clima, a las tormentas y todo lo demás -. Los otros no debían de escatimar en exclamaciones tras las cuales Jaime procedía a explicarse regodeándose: - Se han formulado diversas propuestas, a cual más extraordinaria para paliar, como ellos llaman, las *adversidades de lo eterno*. A una de ellas es a la que he de referirme pues, según se cree, el mismo aire que juzgamos necesario para ver, oler, oír y hablar, al mismo tiempo nos corroe, nos erosiona, nos quema -. Jaime avanzaba los estudios acerca de provocar lluvias con yoduro de plata, cómo gracias a las máquinas la humanidad alcanzaría cotas históricas. Debían retornar ahora las exclamaciones con algún gesto aislado de desconfianza. Mas Jaime se proveía de una última vara y terminaba la cesta.

Estos relatos confusos del cestero, prolijos en ciencia y en ciencia y ficción, eran asumidos de peculiar manera por cada uno de los oyentes, más pendientes de satisfacer el fuero interno de sus imaginaciones abotargadas de duras jornadas al raso, que de revelaciones esclarecedoras. Los oyentes, divulgadores en potencia, manoseaban la información prácticamente a su antojo. Así, en determinados extremos de provincia, había quien creía con

firmeza soterrada disparates trepidantes. Si bien los tertulianos en su gran mayoría creían a pie juntillas todo cuanto Jaime les relataba -a veces con entusiasmo, otras con recelo- los segundos y más aún terceros, cuartos, quintos… que recibían parte de la información, equilibraban la balanza a base de desconfianza o simple incredulidad cuando no envidia ante una voz capaz de atraer tanta atención. De ahí, por otra parte, que estos rumores no excediesen de sus cercadas dimensiones, al tiempo que, tomados o no en consideración, actuasen como necesario solaz en la rutina diaria. Ahora bien, no todos los rumores fueron igualmente infundados. A provincias llegaron noticias sobre una amenaza de Guerra Mundial, nada más y nada menos. Mas ya se tratase de conflictos bélicos, catástrofes naturales, etc., el obrar del pueblo jamás escapaba de un primer asombro. La población se había levantado, un día tras otro y otro tras otro, con la vista clavada en las mismas montañas, los mismos valles, los mismos ríos, el mismo cielo. Nada, absolutamente nada, parecía capaz en lo más mínimo de alterar lo inamovible o impulsar un nuevo orden en aquel cosmos agreste.

El surgimiento de la ciudad moderna, al margen de éstos y demás delirios antropológicos, sí que constituía una industria novelera. Ello instituía un aliciente que, unido a las precarias condiciones de la vida rural, empujaban a personas hacia el éxodo masivo. Al ser devoradas por las urbes y de estas personas poco o nada se volvía a saber, los grupos sedentarios comenzaban a tejer una extensa trama de maquinaciones, rencores e hipocresía acumulada contra los exiliados que todo lo más en que se materializaban era en un clima de incómoda y constante confusión.

De ser ésta una historia escrita hasta aquí podría llegar el resumen de sus primeros tramos y, entre ellos, un número innumerable de humildes fardos y humildes familias recorriendo penosas sendas. Un río humano de mil afluentes, de nacimiento en la orografía más cerril y remota. Y en medio del trayecto, el sorprendente encuentro con otros que, al igual que ellos, también huían pero del lugar al que los primeros se dirigían. No sería excepcional, en

efecto, el toparse con un antiguo vecino o familiar deshaciendo el camino que emprendió, cargando hatillos similares, cubiertos de la misma miseria, de vuelta a lo montaraz con la carga extra del arrepentimiento. - ¡A mí el progreso! - clamaba Jaime. Como es de imaginar, pocos llegaban a hacer y deshacer el trecho pues aunque esperanzas no faltasen, la vida no da para tanto.

El camino de ida a la escuela era largo, pesado y ascendente desde casa de Wenceslao, todo lo contrario que el de vuelta, pese a ser el mismo. El camino de ida a la escuela era largo, pesado y ascendente, y más durante el estío. A medio trayecto el joven Wenceslao había de detenerse bajo la sombra de los portales del ayuntamiento so pena de quedar derretido en sudores salados y ser absorbido por la tierra sedienta. Jaime el cestero solía apilar sus cestas en un cobertizo próximo. Se le veía cruzar la calle encorvado, como si fuera un caracol de concha de mimbre. Quiso el azar, o quiso la providencia, fue azarosa la providencia o providencial el azar; ya el joven Wenceslao manifestaba un pronto carácter introvertido, ensimismado, propio de algunos artistas geniales o de hombres sencillamente despistados. Por lo demás, ya dicho, el camino de ida a la escuela era largo, pesado y ascendente, infernal en verano, circunstancia más que propicia sobre los estómagos no muy bien alimentados para la fábrica de alucinaciones, espejismos, o cualquier otro enflaquecimiento mental. Dirán -y quizá con razón- que qué relación guarda todo esto. Hay -nada más- que imaginarse ese niño bajo la sombra de los portales del ayuntamiento en un estado desvaído, desligado en parte de la realidad. Jaime -que cruzaba la calle como un caracol seco hacia el almacén- lo observaba y achacaba el eclipse del niño no a su carácter, tampoco al calor. Jaime encontraba la culpa del ensimismamiento en las soflamas del sacerdote, mineras de la voluntad y carcomas de la dedicación a la verdadera Ciencia, arrebatadoras de la confianza y propagandistas del temor y el piadoso temor hacia pobres ilusiones.

Jaime no sabía escribir pero uno de sus discursos fue recogido por un poeta y músico romántico de procedencia húngara que despistaba su hastío en una peregrinación por los lodazales de provincias salvando antiguallas de las seseras de las gentes y traspasándolas al papel, donde quedarían desfiguradas bajo su ingenuo estilo. Las obras de este poeta quedan hoy recogidas en algún estante de difícil acceso, arremolinadas, descosidas y emborronadas porque nadie nunca jamás se dedicará a desperdiciar su talento y a mancillar su erudición transcribiéndolas.

II

Aquel escenario colmado de oscurantismo, sermones y parábolas era más que propicio para que Wenceslao, aun sin quererlo, todas las noches leyera y escribiese *El amanecer de ningún día* sin siquiera tenerlo a mano.

Entendía al bibliotecario, al fin, no le costó mucho suponer que para él la cuestión debía de ser como un mineral más de su colección. Todos debidamente ordenados y rotulados, llenos de polvo en sus compartimentos.

A los pocos días de la muerte del alquimista el sacerdote fue destinado a una región aún más remota y perdida. Muchos aventuraron entonces que sus conocimientos sobre *El amanecer de ningún día* tuvieron que ver en aquel destierro.
Fuera o no cierto, el padre Zacarías no se mostró precisamente entusiasmado cuando Wenceslao le pidió la recomendación a pesar de que por entonces el asunto ya estuviera bastante olvidado. Tras aquel verano, el húngaro desapareció sin dejar rastro. La anciana viuda que tenía contacto con él había muerto hacía unos años. Voces del pueblo señalaban que un día unos oficiales llegaron al pueblo y entrevistaron a la viuda. Entre estos oficiales algunos creyeron reconocer a un alto cargo, una persona importante. Nada más se sabía de aquella entrevista y todo lo que concernía a ella eran conjeturas insubsistentes. Tras la visita, Jaime dejó de hablar de *El amanecer*

y de cualquier otro asunto relacionado con el alquimista. La historia fuera perdiendo interés en favor de nuevas historias tanto o más intrigantes y al padre Zacarías no le agradaba volver sobre el tema. Sabía que Wenceslao iba a abandonar la localidad y no le creía movido por un sentimiento antirreligioso pero también sabía que había cuestiones en las que era mejor no intervenir. - No creo que haya nada de extraño en ese libro - aseguraba Wenceslao - pero sí creo que es parte de la historia de nuestra región y considero preciso tranquilizar a las gentes sobre algo que ha generado una innecesaria confusión -. El padre Zacarías sabía que Wenceslao no volvería a provincias y que poco o nada iba a esclarecer sobre *El amanecer*. No obstante no le agradaba rubricar una recomendación. Sería un testimonio palpable que podía incluirle dentro de la maldición del alquimista. - Déjame pensarlo -.

Al cabo de dos días, cuando Wenceslao ya no contaba con su ayuda, el padre Zacarías le hizo llegar la recomendación junto con sus mejores deseos en su marcha.

La firma del padre Zacarías no se reflejaba temblorosa y los ojos del bibliotecario la examinaban como si se tratase de otro mineral más de su colección. Wenceslao le refirió aquello que consideró pertinente, ocultando bastante información. El bibliotecario le escrutó, desconfiado, pero de cualquier manera él tenía la recomendación en la mano y Wenceslao no parecía anarquista. Le parecía más bien un muchacho de provincias con demasiados pájaros en la cabeza pero, de cualquier forma, no era asunto suyo. El bibliotecario archivó la recomendación y de un estante alcanzó las llaves del sótano, donde se encontraba el depósito. - Puede aguardar en la sala - le dijo a Wenceslao.

En la calle, el ajetreo seguía sin conceder tregua. Wenceslao permanecería de pie en la gran sala vacía, a la espera del bibliotecario. Las mesas de lectura le devolvían la mirada, así como el retrato del fundador, un notable de otro siglo.

Mientras las sombras avanzaban hacia el medio día Wenceslao podía entretenerse en tratar de esbozar una descripción ajustada a aquella realidad pero reconoció que se trataría de una mentira. Y si la realidad también fuera mentira la creeríamos al punto, debió añadir. Solo porque las mentiras se creen con facilidad, mientras que la realidad tiene siempre un matiz increíble. Sin ir más lejos, la realidad de aquella sala albergaba algo de verdadero que no acertaba a determinar. Quizá aquel notable fundador decidió aumentar la verdad en el mundo construyendo aquel refugio de páginas.
Pensó Wenceslao inopinadamente en el bibliotecario, en su vida inmersa en aquel sótano atiborrado de testimonios mudos, algunos, como *El amanecer de ningún día*, completamente inaccesibles. Reflexionó sobre las palabras: *las arengas de un general pueden enfrentar a sus soldados al más terrible de todos los enemigos, la muerte; la sentencia de culpabilidad de un tribunal es capaz de arrebatar la libertad a un hombre; un poema derrite a una bella dama en hondos suspiros… ¿qué decir de la palabra de un sacerdote, de la de un profeta, de la de un rey?* Las palabras no solo eran palabras. Respecto a la más alta cultura, en cierto modo entendida, a Wenceslao podía parecerle otra forma común de imperialismo. Una forma de lucha, de conquista, de poder institucional. A aquel siglo le sobraban palabras -resolvía- *mucha erudición…*

… *no enseña comprensión*. Todo parecían trabas e irresoluciones en aquella realidad cicatera mas el joven escritor confiaba en un *más allá*, una dimensión enteramente nuestra, libre de las ataduras que nos involucran en un plan inapreciable.

Entretenido Wenceslao en meditaciones afines, no había reparado en que el bibliotecario regresaba del depósito tal si se tratara de un explorador emergiendo de una antigua tumba egipcia. Perlado de sudor y sacudiéndose el polvo, con un pedazo de historia en sus manos. - Ahí tiene usted, *Amanece otro día* - dijo con sorna, y entregó a Wenceslao un montón de pliegos viejos y desordenados. Wenceslao se sorprendió del poco cuidado que había puesto el bibliotecario en la entrega y en lo sencillo que le había resultado al fin hacerse con la dichosa obra. - Debo ahora de anotar algunos datos, si es tan amable… - el bibliotecario se sumergió en un montón de impresos y Wenceslao fue recitando mecánicamente la respuesta a sus preguntas. En realidad estaba más pendiente de aquello que se encontraba en sus manos, en íntimo contacto con su piel; un fragmento de tiempo y de vida, un arcano por descifrar. Aguardaría anhelante el momento de internarse en *El amanecer* con calma. Tuvo presente la maldición del libro pero a la luz de aquella mañana y refugiado en la ciudad de las luces aquella le pareció irreal. El bibliotecario anduvo mirando al escritor sin interés hasta que se perdió tras el soportal.

Wenceslao se encontraba entusiasmado. Caminaba silbando entre las aceras, no sin atraer la atención de algún curioso transeúnte. Unos niños jugaban bajo un soportal y al instante se interrumpieron al ver al escritor. - ¡Un revolucionario! - exclamó uno y los demás le apuntaron con sus palos de madera, tal si fueran bayonetas cargadas. Cuando Wenceslao les dirigió la mirada corrieron a esconderse. - ¿Revolucionario yo?, ¿es que hay algo más práctico que la revolución y menos práctico que lo que yo represento? Porque al hablar de revolución ya se sabe; *Agir c´est combattre*. Sí, eso, ¡Salud a la guerra! *C´est par elle que l´homme, à peine sorti de la boue qui lui sert de matrice, se pose dans sa majesté et sa vaillance. C´est sur le corps d´un ennemi battu qu´il fait son premier révé de gloire et d´immortalité*. Retórica

que apela a la no-retórica, qué sé yo. *Agir*, actuar… ¿habrá acaso verbo más teatral? -.

- Esta sórdida realidad nuestra me envuelve - proseguía Wenceslao - cómo negarlo, de la misma manera que una corteza incluye un jugoso fruto. Bueno, bien pensado, a mí no me circunda sino que ciñe mi propia corteza, es decir, una corteza sobre otra como pieles en una cebolla. Y en lo más hondo y profundo de este fruto condenado, en el vértice del yo, una voluntad implacable, el eterno dilema de doblegar toda circunstancia. Absoluta libertad rebosante, una fuerza tal que ha de derribar con el soplo de la imaginación cualquier barrera interpuesta, atadura cualquiera. Reservemos la economía para los revolucionarios. ¿De dónde verdaderamente procede la *trama*? basta con mirarnos para reconocer una conocida novela. Una novela llena de personajes planos, vacíos, o llenos de nada. Caracterizados, a grandes rasgos y de una sola vez, en compacto bloque -. Algunos niños le habían perseguido a lo largo de la calle, pero terminaron por dejarle escapar.

Wenceslao llevaba la vida a la novela y al final acababa quejándose de la novela para no quejarse de la vida; - Un mismo patrón el que los rige, un mismo modo el de proceder, el de actuar, de *agir*. Tratándose de personajes, como de personas mismas, todos en apariencia diferentes pero presos siempre y por siempre en un mismo lugar, la vida. Tendrán sus luces y sus sombras, sus venturas y sus desventuras, como tantos otros. Precisamente por ello, para despertar sentimientos puros, se personifican puros abstractos. Cada personaje es una historia, dicen, y así son las cosas en realidad; pequeños detalles sin relevancia que sin embargo se encadenan y trascienden, como escalones sucediéndose en una gran escalera que es siempre la misma; *la trama*. Esto es lo que me inquieta ¿es que no hay forma de traspasar las fronteras de las páginas?
- La novela ahora ambiciona ser realista y para ello se construye con oraciones presurosas que traicionan el arte y aún más la ciencia a la que

heroicamente se consagran. De ésta han heredado una precisión cómicamente meticulosa y verosímil cuyo efecto más destacado es provocar otro engaño. Cuando la novela se perdió en la retórica y esquiva aporética trascendencia espiritualista el resultado no era muy distinto. El género novelístico, como todo género artístico y mentiroso en alguna ocasión, hoy más que nunca, busca servir los gustos más rastreros de su público pervirtiendo la sencillez y la sobriedad, engullendo con religioso fervor todas esas formas populares no reflexionadas, sino transmitidas insensiblemente. Ofrece multitud de lugares y juicios comunes, inopinados compromisos políticos y sociales, en una clave pedante y didáctica descuidando la originalidad y el sentimiento, ajustándose estrechamente a una crónica que se regodea en la banalidad y la particularidad, configurando un carácter circunstanciado y pasajero -.
- La novela vive ahora bajo el imperio de la lógica. El rigor de análisis ha asesinado a sus personajes. El personaje no es más que una estricta construcción psicológica cuyos actos jamás escapan de los cálculos previstos que ha sido objeto -.

Reanudó la marcha creyendo entrever, por unos momentos, el desenlace de sus observaciones pero, a medida que avanzaba, no tardó en convencerse de que divagaba inútilmente.
También reparó en que había vuelto a perderse. Tras varias tentativas que le obligaron a desembocar en recónditas callejuelas, casi los últimos aledaños del laberinto de un hormiguero confuso y febril, tomó camino de vuelta a su fastuoso alojamiento en ciudad.

Aquel adjetivo, *fastuoso*, gustaba de emplearlo ya que su utilización podría ser fácilmente justificada.
Wenceslao permanecía hospedado en una mansión que por entonces aún atesoraba los resquicios de tiempos más esplendorosos, &c… Ahora bien,

donde antes los jardines se entretenían en recovecos deliciosos, en el lugar que antes ocupaba el apacible rumor de las fuentes rivalizando con el susurro de la regia arboleda, allí donde los enramados esbozaron una ordenada y admirable arquitectura diletante; ahora las malas hierbas caotizaban todo cuanto a su alcance encontraban, rala maleza, todo cuanto descubrían, abrazando despiadadas, zarzales, las helenísticas estatuas de plomo con sus garras espinadas, quebrando los contrastes del dibujo del adoquinado, hiriendo las brozas la amurada con su viejo escudo de armas, ya derrotado y ennegrecido por el verdín.

Antaño, la recatada timidez de los encortinados traslucía el esplendor de unos salones presididos por grandes arañas de cristal, imponentes chimeneas con sus bocas de dientes de oro, música de cámara. Aquella casa habló de la palpitante y cálida luz de las velas, de polvo y esencias dormidas en cada rincón de los armarios. Los sillones todavía recordaban quien en ellos se recostó porque aquellos sillones parecían estar trabajados para solo conservar el cálido molde de la figura humana mientras que aquella arquitectura plagada de caprichos y escondrijos hubo de ser ingeniada solo por guardar los secretos de sus habitantes. Los anacrónicos espacios del ayer tenían memoria y, entonces, presencia. Entonces sobre dichos espacios se empezaba a cernir una concepción burda, en funcional y discreta disposición, con elementos inertes que llamaban a la frialdad higiénica mediante su transparencia y olor a nada, a olvido y ausencia.

Hoy, de cuanto el ayer fue testigo, algún quicio desquiciado o algún vidrio libre de polvo y enredadera simplemente mostraba sin pudor, sinvergüenza, las viejas reliquias cubiertas de sábanas, un piano podrido de carcoma, una enorme pieza obscura y deshabitada, ángulos de tiniebla y aleros tomados por la anidada de los pájaros vocingleros del verano.

Antes se elegía un lugar único y se erigía allí una única casa. Ahora se elegiría una casa idéntica a todas las demás, sin importar el lugar donde estuviera

emplazada porque todos los lugares terminarían por ser el mismo sitio sin nombre.

No es que el escritor heredase la mansión aquella, ni siquiera la hizo su refugio, compasión ante el abandono. La casa pertenecía a una señora que todos llamaban, no sin sonreírse primero, la Duquesa. Ésos todos que así la llamaban sostenían que, arrebatada del tiempo, la Duquesa no era más que un fantasma. Quién no podría rendirse, en efecto, a nominar de tan ceñida forma a un personaje tan paradigmático. La Duquesa debía ver tras las sábanas que cubrían sus viejos objetos aquel pasado, o debía creer que, guardando ese inquebrantable silencio que la acompañaba, quizás los ecos del tiempo aún pudieran escucharse, aquel refinamiento, aquella melodía de bajo continuo… Porque sus clásicas partituras, no escritas para convivir con rebufos de locomotora, esas que de cuando en cuando interpretaba, se perdían en arpegios desafinados. Retumbaban los acordes en las paredes desnudas, marcadas por los cuadros que albergaron en su día y así, de repente, las manos paraban su ejecución maquinal y el pedal del viejo piano, atrancado en una arcada, prolongaba los sonidos hasta un silencio vacío, los enmarañaba en sus profundidades desmigadas.

Parecía desvanecerse la Duquesa como se desvanecían las volutas de humo de los largos y finos cigarrillos importados que fumaba. De luto vestía siempre, y siempre permanecía con las manos cogidas en el regazo, sentada cuando no ante el piano, en una mecedora. La Duquesa quizá no fuera capaz de reconocer como suya la ruina que ante ella se levantaba con la luz del sol. La última vez que pronunció palabra -dicen- fue para articular una tímida protesta al encontrar la suya, su casa, único testimonio de la efímera gloria del pasado, profanada por huéspedes sin título y algunos aún sin nada.

- Yo no me quejo, pero menuda vida miserable ésta -. La réplica de Diego, el conductor, el único que a aquellas horas conservaba algo de buen humor era invariable; - ¿Acaso conoce usted otra con la que compararla? -.

Quejarse de la vida era una práctica muy extendida y muy habitual. Es fácil quejarse de la vida y difícil no quejarse. Por ventura, la vida acaba pronto aunque quizás sea ésta, mismamente, una de las quejas más extendida si no la que más. Las quejas nunca nos han servido de mucho, si acaso para el desahogo, será que la vida ahoga hasta la muerte… Cuando alguien se queja de la vida es claro que no lo hace con un serio propósito, sino en un sentido llanamente *práctico*, tratando de resolver la vida (el problema de la vida) como una ecuación, es decir, tratando de encontrar un resultado convincente. La incógnita se ha formulado de manera fatal: vivir es llanamente luchar, luchar hasta morir. Aunque siempre quedará vida para engañarse…

Una tibia lluvia envolvía la mansión en un lúgubre zarandeo. Las paredes, descoloridas, rodeaban los fogones de la cocina. Los fogones bordeaban a los transeúntes quienes concurrían en una mesa redonda del comedor circundado sus platos de sopa, tan insulsa y fría como la lluvia misma. Solo la vieja criada, en su constante ir y venir, examinaba con aire harto a sus comensales. Los demás cada uno permanecía, a aquellas altas horas de la noche, encerrado en sí mismo, pronunciando sin motivo frases, algunas de ellas, desunidas e incoherentes por completo. El silencio o las mudas palabras, como se quiera, quizá fuese producto del cansancio arrastrado a lo largo de la jornada, de somera desgana, pero en ello había de ejercer influencia de forma poderosa, qué duda cabe, el que tan diversos transeúntes concurrieran así, de repente, todas las noches alrededor de la misma mesa y del mismo plato.

Juan, el viajante, de paso por ciudad, volvía a la carga sin haber escuchado a Diego. - Miserable existir… y conste que no me quejo -. Diego asintió. - Yo tampoco, qué remedio - condescendió finalmente Antonio pasado un largo tiempo, acompañando las palabras con una renuncia al plato medio lleno. - Me voy a dormir, que mañana Dios dirá. Salud y buenas noches -. Y se quitó el pañuelo que prevenía las manchas en la pechera para, con ayuda de una de sus esquinas, despejar uno de sus orificios nasales, plegándolo una vez finalizada la operación en exactas divisiones cada vez más pequeñas y guardándolo en el bolsillo derecho del chaquetón. Los otros, quienes tuvieron la amabilidad de despedirse, lo hicieron con gesto imperceptible.
Antonio siempre era el primero en abandonar la cena. Acto seguido subía a su habitación. Allí permanecía dedicado a parir versos, o algo que así le dio por llamar, hasta las tantas de la madrugada. Muy de mañana hacía enviar una lírica misiva, por lo general larga y rimbombante, a la esposa del eminente jurista don Alejandro Abad. El resto del día lo desperdiciaba en tabernas y antros, antros y tabernas, contrastando su deambular y las formas nunca muy claras de ganarse la vida con aquellos álgidos sentimientos que invocaba mediante el verso.

Se decía, y como casi siempre por decir, -las más aquellas que espetaban a la Duquesa aquello de *fantasma*- que Antonio mantenía una relación secreta con la joven esposa del eminente jurista don Alejandro Abad, hombre de avanzada edad por el contrario y &c… Las interrelaciones de aquel triángulo amoroso se presentaban como bien familiares a todos ya que cualquiera que prestase algo de tiempo a la difamación de chismes y enredos podría esbozar el esquema sin esfuerzo, pese a su evidente complejidad. De resultas, nadie era engañado pues cada quien imaginaba lo que en realidad ocurría; tanto el jurista, como su esposa, como el poeta, como cualquiera que pasara por la calle y se topara con alguno fortuitamente. De cualquier manera resultaba curioso que cada quien interpretase su papel a la perfección consciente de que todos adivinaban la trama.

La marcha de Antonio, el único interlocutor de Juan, no alcanzó a acallar las eternas quejas del viajante, que se prolongaban durante toda la velada, acompasadas de la monótona lluvia, con sus gotas olvidadas en goteras que marcaban un ritmo largo y constante.

- Me pregunto yo si las cosas han de ser *semper idem*, por fuerza, o han de cambiar para siempre un día de éstos. Y no es que me queje por gusto, no, que por gusto no pica la sarna, pero es que uno ya está harto -. Juan se quejaba, cierto era, pero jamás se le oyó nombrar algo concreto que le disgustara. *Vida, cosas*... Juan acababa por suspirar y volverse sobre el plato, luego levantaba la cabeza, de súbito, como si hubiera recordado algo al pronto, o lo hubiera descubierto. Supremamente volvía a suspirar: - en fin -. Muy de vez en cuando a Juan le apaleaba una ensoñación, un recurso absurdo a sus problemas irresolubles y constantes. - ¿Por qué han de llamarse igual los días de la semana? Siempre es lunes, o martes, o domingo. En cambio, si a cada día le pusiéramos un nuevo nombre... -.

III

Finalmente Wenceslao se encontró solo en su habitación, ubicada en el desván de la vieja mansión. Había cerrado la puerta tras de sí, celoso. No podía creer que al final, en un lugar tan alejado de su tierra y en una noche tan oscura como lo era aquella fuera a desvelar el misterio del alquimista. ¿Quién fue en realidad ese hombre? ¿Por qué vino a provincias? ¿Qué le impulsó a escribir aquella obra? ¿Qué contenía esa obra?

Lo único cierto parecía la maldición que se cernía sobre el libro ¿se vería él ahora afectado por ella? Oh, si descubría un valioso secreto poco le importaba desaparecer del mapa. Prendió una lámpara y la acercó al escritorio en donde descansaba *El amanecer de ningún día*, poco más que un legajo de papeles desordenados y amarillentos. Algunos, tal y como Wenceslao pudo comprobar, se encontraban en un pésimo estado de conservación. El escritor imaginó a aquel asceta escribiendo en su cueva, sin nada al alcance que le sirviera en su labor más que su imaginación, sus recuerdos y su locura. Quizá se tratase de una autobiografía -aventuró- o quizás era un tratado de alquimia. Podrían estar almacenados grandes secretos de Estado o lo mismo se trataba simplemente de unas memorias, o de una correspondencia.

Wenceslao apartó una portada maltrecha con solo el título manuscrito para toparse con una caligrafía confusa y arremolinada. Intentó leer una frase pero el texto se presentaba como absolutamente ilegible. Frustrado, volvió la primera página y la encontró formalmente muy distinta a la segunda.

Ecos
Sombras
¿Taxidermia?

Reconocía algunas palabras sueltas mas no sabía si realmente era su deseo el que le llevaba a interpretar las palabras de modo erróneo. Arrastraba también un largo sueño y un tremendo cansancio. Volvió varias páginas y halló otra caligrafía, esta sí, de aspecto más legible y ordenado. Aquello último estaba escrito en otro idioma pero había un título en perfecto castellano: *El discurso de las tres damas*. También encontró poemas en aquella lengua extranjera y algunas partituras. Reconoció, por el texto, algunas canciones populares. - Qué extraño - y su voz le sonó irreal en el vacío de aquel desván. El resto de *El amanecer* estaba redactado en alfabeto cirílico. Tornó sobre las primeras páginas, decepcionado y tras unos minutos inmerso en una labor sin resultados abandonó el libro. Podía ser que aquella primera parte estuviera escrita en clave, se dijo para sí, pero también pudiera ser que no lo estuviera y que el alquimista hubiera perdido la razón. O que solo le quedara la razón. De cualquier manera, aquello revelaba que el poeta húngaro podía haber tenido algo que ver en la conservación del texto pues tanto el *Discurso de las tres damas* como los poemas subsiguientes podrían atribuírsele sin necesidad de una investigación demasiado minuciosa. En adición, la última parte parecía escrita en ruso, lo cual se presentaba como una valiosa pista. Tenía que copiar *El amanecer* y traducirlo para salir de dudas… De repente, reparó en un legajo de cuartillas arrancadas. Creyó descubrir no la acción del tiempo sino la mano del hombre. Alguien, por algún motivo, había desgajado algunos pasajes.

Cerró *El amanecer*, apagó la lámpara y a tientas se metió en la cama. Las sábanas parecían hechas de nieve. Antes de quedar dormido creyó encontrar la solución a aquel viejo enigma. Con todo lo que sabía sobre el alquimista más todo lo que lograra averiguar, con la última parte de *El amanecer* traducido… podía escribir una nueva obra, más o menos fiel a la edición anterior. Quizá lo valioso de aquel texto era su historia y no el texto en sí, reflexionó desencantado. Lo mismo el destino había querido que, después de todo, se encontrara con aquella obra para que él la rescribiera, para que su imaginación completase los oscuros pasajes y para rescatar del olvido la figura misteriosa del alquimista.

El transporte había de promover el trasiego de viajeros, el flujo de bienes de diversas clases, la mejor distribución, financiación y rentabilidad de los capitales. Mas las infraestructuras de este transporte requerían un potencial industrial consolidado y ni que decir tiene que la industria no gozaba de un buen estado de salud; no existía un sector primario lo suficientemente trabado como para sostener nada más que la esclavitud a la tierra y el hambre y, al no haber industria, tampoco la labor agraria podía gozar de las ventajas de la mecanización.
Ese aislamiento padecido, aquel mismo que debió forjar la burda concepción de que todo lo nacional se empequeñecía fuera del ser nacional por puro desconocimiento estimulaba de manera poderosa la pobreza material y cultural. La falta de beneficios y la conciencia inmovilista quedaba patente en unas inversiones insuficientes y mal previstas, relegando el desarrollo moderno a la imposibilidad.

En un contexto de estas condiciones había familias que, ostentando aún los restos de una pasada fortuna, brindaban al forastero con elegantes muebles,

decente mesa y esmerado servicio. De todo esto, por indicadas mociones, carecía la pensión de Wenceslao si bien es cierto que también faltaba del alto importe con el que todos aquellos lujos solían ir parejos.
La pensión quedaba más cerca de ese otro tipo más módico cuyo ofrecimiento fuera escueto: aposento, cama, luz y alimento. Venía a concordar la pensión de Wenceslao en otros matices, como el de su dueña, generalmente tenidas por matronas viudas o jubiladas, cuyos pinitos en la labor hospedera y en la labor de vivir en general solían ser secreto de Estado.

El pragmático concilio de transformar aquella mansión espectral y decrépita en una pensión corriente y moliente corrió a cargo de la última sirvienta de la romántica Duquesa, esta sí, mujer más dada al habla y a los asuntos cotidianos y quizá por lo mismo de unos humores detestables. Permanecía junto a su señora quién sabe por qué motivo. Algunos apuntaban maliciosos hacia su herencia, que, a la vista quedaba, podría haberse despreciado sin demasiados miramientos al no ser que a aquella casa se le tasase algún tipo de valor sentimental añadido como el que parecía conferir su ama solo por el acto heroico de resistir bajo aquella techumbre lapidaria. Los propios huéspedes, en sus entradas, salidas y huidas interminables, se encargaban de llevarse consigo en pintoresca cabalgata los enseres que podrían tener algún precio en el mercado del buhonero resultando que el moblaje más fornido, por sus mismas dimensiones descaradas, fue el único que terminó resistiendo al saqueo. La última sirvienta -tan vieja como la casa, mayor incluso que la Duquesa-, podría decirse, era la verdadera ama, dueña y señora. Recaía en sus manos la precaria administración, el trato con los huéspedes, los horarios y honorarios, comidas, desayunos y cenas. Ello la inmergía en una febril actividad en contraste con la catatónica impasibilidad de la Duquesa, ese estado que inicialmente se aprobó como estoico, pero más tarde se rindió como vergonzoso.

Wenceslao admitía, al igual que admitió cierto caballero inglés, que no hay que buscar personajes entre las páginas de los libros, ni entre decorados de bambalinas; los personajes se encuentran surgiendo ahora de entre las calles ocultos tras sus grotescas máscaras. Ellos actúan sin ser del todo dueños de sus acciones, en un común y disparatado espectáculo. Mientras, los espectadores se miran a sí mismos, acomodados e inmóviles en sus butacas oscuras, expectantes, conmovidos y crédulos.

§ 1 El nombre Rodrigo del Pozo

de extrañar no fuera que hubiera causar relación alguna salvo en aquellos escasos cercanos que acertaran a apadrinar letra con figura. No muy afamado torero de aquellos bravucones, así ponderados, vino a ser el primero con quien Wenceslao trabó contacto a su llegada de provincias. Lo encontró en meditativa actitud apoyado en el marco del zaguán de la pensión, enfundado en una suya gruesa capa de oscuro color indeterminado. Este matiz cargaba con la responsabilidad del uso y de los años. Llevaba, asimismo, calado un sombrero que adornó en ocasiones, alegre pincelada en triste figura, con un clavel. Unas largas patillas rematadas en filo de hacha esquivaban los raros afeitados. De morena la tez, aviesa, escrupulosa la mirada en unos negros ojos tal que el crudo. Reparar en su acento adivinaba su sureña oriundez, sino andaluza condición, arábigos marcos en donde pueden localizarse también los orígenes de los anales del toreo, ancestral tradición, primitivo y sangriento arte.

Regalábanle con tanta alevosía la calidad de bravucón al diestro, ya dicho, que torpe lo era en verdad suficiente como para ostentarlo, reservándole con el mismo sentimiento, para él en exclusivo, las bestias cuanto más resabidas mejor. Si no el nombre de Rodrigo del Pozo era merecedor de la atención de la Historia, bien algunos lances pudieran haber sido al menos de Recuerdo, cuanto menos de Anécdota debido a las cornadas que albergó el desgraciado en aciagas faenas. Testimonios eran las muchas cicatrices, la más emblemática de todas dibujaba un desagradable recorrido desde el ombligo

hasta el hombro, demorándose en eses tan prolongadas y tan bien dispuestas de tal forma que no dejasen intestino ni pulmón fuera de su itinerario.

Rodrigo, a toda inteligencia y valor que le faltase, anteponía sobra de pies cuando la ocasión se teñía de luto, dejando la inteligencia para quien en esos casos le sirviese y el valor para el que lo encontrara más a mano. No era el suyo un público apasionado ni ducho ante lo cual se quejaba y disculpaba Rodrigo, de sobra conocida la incomprensión de los genios desobedientes, equivocados de tiempo. De aquí se colige que en vez de vítores o flores le arrojasen improperios u hortalizas podridas. Y es que, efectivamente, mal no juzgaba el diestro; quien a aquellas faenas de solar acudía era más por adivinar la longitud de las tripas del hombre que por afición puramente festiva.
Regía de eventual la visita de Rodrigo a la ciudad, estando normalmente lo más próximo a ella en la periferia, siendo ruta de su cuadrilla un buen puñado de pueblos desperdigados. Y si solo la eventualidad de su visita hubiera sido motivo suficiente para tildar de extrañas sus apariciones por la pensión aquí hubiéramos concluido, pero quedan por señalar sus visitas a una taberna cercana donde él, sus banderilleros y un veterano rejoneador que no era otro sino su padre, el mismo que le principió desde niño en las desgracias del trasteo, gastaban su líquido escaso en percibir otro más común enterrador de recuerdos, de tinte rojizo y falsamente poético, como la sangre del toro.

§ 2 El doctor Larrache

no dijo salud, ni *Xaire*, podría haber pronunciado buenas noches así: - buenas noches - pero lo cierto es que no dijo nada. A su paso por los umbrales del comedor el doctor Larrache hizo ademán de acompañar su saludo inexistente con la gestual ceremonia de quitarse el sombrero descubriendo su alopecia.

Vestía un largo gabán oscuro y acarreaba consigo el inseparable maletín que contenía el preciso instrumental quirúrgico. Como no saludó, no aguardó respuesta alguna, quizá ya asumiese como certeza que el gesto era del todo vano, antes bien, inició una cabizbaja ascensión por los peldaños de mármol. Precedentemente de quedar dormido en una silla donde se había sentado no con motivo de dormirse sino más bien con propósito de descalzarse, trató de convencer a la figura de un gato de yeso colocada sobre un estante que aquel día había merecido la pena vivirlo, que merecía la pena vivir muchos más y que era grato recibir un justo tributo en forma de dignificante cansancio. Mas grato no le parecía tal estado, ni estar en tal estancia, ni tampoco recorrer a pie la ciudad dormida cargando con aquel maletín que se interponía siempre al paso de sus piernas demasiado cortas.

El Dr. Larrache reconocía haber suplantado las enseñanzas académicas de su profesión por los conocimientos prácticos reportados en el trato directo con los enfermos, alcanzando a resumir su sabiduría en aquello de que su utilidad remendadora era tanta cuando tomaba apuntes en el aula del cuerpo de un cadáver que cuando tomaba el pulso a uno de aquellos pobres diablos agónicos bajo su techado de estera y mugre. Claro que la muerte es inevitable pero el Dr. Larrache, en el verano de su mancebía, creyó poder retrasar la fatalidad. Incluso se cuestionaba tras haber despedido afablemente a un paciente si podía haber hecho algo más de lo que hizo o si, aplicando un tratamiento distinto al aplicado, hubiese ganado unos instantes del tiempo más preciado. Finalmente, como es de imaginarse, la costumbre lapidó aquellos entusiasmos delegándolos a la común indiferencia.

A pesar de su habitual cansancio y de estos datos superficiales, hasta el doctor llegaban frecuentemente planteamientos profundos como aquellas reflexiones sobre la Historia: ¿rebosan verdad aquellos enunciados que confían al Tiempo la distinción entre peores y mejores hombres?, ¿se dice con razón que la Historia condena y absuelve? Larrache se inclinaba a pensar

en afirmativo. Literalmente, lo asimilaba como un vertido de cierta dignidad sobre el género humano. De otro lado, de paso podrían quedar avaladas las frases evocadoras del tipo melancólico, dirigidas al pasado sin dejar de desplegar una peculiar belleza romántica. Éstas, en esencia, nos vienen a decir aquello que enunció Manrique, que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Al piadoso y cristiano Larrache, tras sus estudios, le sucedió el ilusionado y evolucionista Dr. Larrache, para finalmente ser derrocado por el actual pobre Dr. Larrache y su maletín, perdido en un bosque frío y brumoso sembrado de cadáveres bajo la hojarasca.

§ 3 Los rasgos mayores de la efigie de don Hilario
bien podrían someterse a pluma y, de hecho, mucho antes de que se dijera "ahora" y mucho antes de que los de entonces dijeran "ahora", esto es, mucho antes de que don Hilario fuera (Hilario, como poco), dichos rasgos ya descansaban simbolizados sobre la eterna estampa del papel. Una vez emitido el presente inofensivo comentario basta con volver a leerlo para adjudicarle la reunión de dos condiciones: la condición de veraz y la de sorprendente.
El planteamiento puede formularse de la siguiente manera: si se pueden describir hombres o si un hombre puede ser bien descrito, cualquiera está representado en las páginas de los grandes escritos. Al margen de supuestos y especulaciones, para enfatizar el innegable primer carácter (recuerden, el de veraz, por su subsiguiente condición demostrable) nos basta con leer:

> *Clérigo de cerbatana, largo en el talle, una cabeza pequeña pelo bermejo, los ojos avecinados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.*

Habrá descripciones acertadísimas, mas el hecho de que don Hilario fuera visible, tangible, comestible, sentimental y pensante, certificaba que también

existían acertadas personas hechas, por muy raro que se oiga, para las descripciones.

Encarnaba don Hilario, en muy pocas palabras, la conclusión más vetusta de la sociedad hablante, vivo recuerdo abominable de aquella vulgar lengua vigente matriz de los posteriores romances. De hacer el habla al hablante, quedaban los oficiantes del latín impregnados de la fragilidad y tristeza de unos vocablos cargados de estructura comunicativa primitiva e inmediata, de ecos remotos y con muy poca vida. A este respecto hubo de pronunciarse Jaime el cestero quien en cierta ocasión sentenció: - Sobran para perpetuar latines en Castilla las personas más baladíes y lisiadas - y a fe de no amontonar esta frase entre sus demás providencias, nada más indicar que, según se creía, para maestro de latinidad solo oficiaban aquellos que iban pero no fueron para clérigos o letrados, diéranse las diversas circunstancias.

Por lo demás a don Hilario le acusaban las más conocidas razones de su *phisis*. En boca del torero Rodrigo del Pozo, salvando la fonética sureña y desocupada, contrastando el habla práctica del día a día con el hablar ocioso de los muertos - nunca hicieron mejor uso del cinturón - por aquello de la delgadez - personas habitantes de los espirituales mundos que, al andar siempre sobre las nubes y con los pies lejanos de tierra firme, cuanta mayor ligereza más prestancia -.

§ 4 Diego, el conductor

reunía todas las condiciones necesarias de su profesión: algo taciturno, bastante estoico y nada observador. Amén por supuesto de reunir también otras muchas; hombre varón, de cuarentena y media cumplida en adelante, soltero o viudo, sin familia o con pero sin apetito de verla, lacónico, rutinario, parco, ensimismado al tiempo que olvidado de sí mismo, frecuentemente alopécico, madrugador algo desaprensivo pero cordial en el trato, manso en su escasa reflexión y, por lo demás, olvidadizo de todo lo accesorio, rencoroso y esquemático. A ciencia cierta, estas últimas podrían ser el grueso de las condiciones del pensionista lo cual certifica que siendo

conductor era casi seguro ser también pensionista y en siendo pensionista se reunían condiciones para ser conductor. Quizás nada de esto tuviera relación salvo que conductores y pensionistas fueran seres dignos de algún tipo de compasión. De Diego poco más se podía añadir. Los demás huéspedes, incluso la criada, trataban de evitarle a toda costa y es que de no hacerlo se exponían cada mañana al relato de sus sueños, cuando no pesadillas o mondas alucinaciones.

Los días de trabajo paseaba siempre por el mismo camino al mismo notable y su mismo coche, para quien su padre sirvió y luego él sustituyó en el servir. Si bien el camino fuera el mismo; de casa de su señor a la fábrica y de la fábrica a casa de su señor, salvedad era la del estío cuando toda la familia se trasladaba al apacible retiro que le ofrecía una segunda residencia solariega. Incluso estos días de verano Diego iba embutido en su corbatín y frac color café, con el yugo del cuello de collera y faldón de ala de cuervo. Fueron cochero, coche y jamelgo, según se rendían a las inclemencias del tiempo y del camino, adoptando una misma componenda, casi se fundieron en un todo indivisible.

El caballo era perla, mal comido y bien lisiado, tan bajo de ancas como alto de pescuezo y tísico de estómago, orejas lacias y caídas en seña de sumisión prolongada y abatimiento profundo. De admirar era, en verdad, que pudiera tenerse en pie. En cuanto al coche, era pintado de purpúreo almagre, pesado y desgastado, tan seco su traqueteo como débil su frenada, muchas sus ventanillas con sus correspondientes bambalinas de raso, forrado su interior de bayeta con matizadas bastas. Diego conducía siempre bien erguido, impávido, trémulo y medio desvanecido. Dada su edad avanzada, acudía ya lento a coronar y apearse del pescante en cuanto tuviera que abrir la puerta y cerrarla en un discreto ceremonial en el que había de quitarse su sombrero alto, llevarlo hasta la pechera sudorosa e inclinar su cabeza tímidamente en lento descenso, amén de torcer un cuerpo que se resistía a abandonar la erguida posición mantenida en el carro durante tan largo tiempo.

Fuera Diego a acercarse una mañana a Wenceslao quien rondaba contemplativo entre los pasillos, escrutando aquellos cuadros oscurecidos de prohombres de mano derecha sobre vetusto tomo, vela encendida o apagada sobre pieza moblar pesada y fría, tal si fuera Wenceslao el general de un ejército de muertos insignes que pasara revista a sus tropas. El escritor, al ver el rostro compungido del conductor no tardó en mostrar su interés sin reservas, presagiando una horrible desgracia. Tarde fue para cuando quiso arrepentirse.

- Estaba trabajando, aún dormido, y es que hace tiempo ya que creo trabajar mientras duermo y dormir mientras trabajo, con esto le invito a imaginarse la rutina de mi humilde ocupación -. Así, tan de súbito, comenzó Diego a confesarse a un Wenceslao que todavía no alcanzaba a imaginarse a dónde iba a parar todo aquello. - Quiero yo soñar con esas cosas agradables con que nos compensa la fantasía de vez en cuando por cuanto mucho nos falta, es más, canjearía mis sueños por cualquier pesadilla, por muy pavorosa que fuera con tal de no padecer sueños tan monótonos. Sin embargo la noche pasada, pese a que todo auguraba otra jornada más fuera del horario de trabajo, me empezaron a asaltar inusitados cambios que hicieron revolverse todo mi ser -. Diego trazaba recuerdos deprisa, de forma galopada, como con temor a olvidarlos, cosa que hacía al punto de manera inevitable. - Tras un buen tramo del trayecto recorrido, tanto aprendido y recordado con una exactitud harto pasmosa, tan harto que ha de creerme cuando le aseguro que cualquier guijarro que de posición cambie, hoja cualquiera e insignificante que caiga de un brezo y sea su crepitar marchito al rozar el adoquinado tan tímido que surja puramente imperceptible, al instante ya la tengo por vieja conocida. Tras un buen trecho, decía, descubro con el debido asombro que a la altura del Cruce del Sol, viejo cruce y angostas calles, se halla una nueva bifurcación de la vía jamás levantada ni proyectada. "El deber es el deber" me digo yo o me dice alguien como si esa fuera razón más que sobrante, sea lo

que sea el deber, para aprovechar e internarme en este nuevo camino. Aquello, tal y como lo he señalado mediante disyuntiva, en nada concierta con mi forma de pensar y obrar pues a ningún conductor se le ocurriría desviarse de su ruta sin haber sido antes convenientemente prevenido e informado, menos aún rodeado de aquellas extrañas circunstancias. Al mismo tiempo, extrañamente, ni el Señor ni ningún otro pasajero viajaba a aquella hora con lo que nadie pudo haber dicho semejante memez sino yo mismo -.

Aunque en ningún momento pretendió describirse, se describió Diego de forma tan impecable que no necesitó respaldar su parecer con su vida. Pese a abandonar el seminario arraigaban en él profundos fervores religiosos que le arrastraban hasta misa en una costumbre de diario. No conoció más que a una mujer con la que se casó y que falleció al poco tiempo, mientras que de su trabajo y de su estancia en pensión fácilmente se le podrían recordar una treintena de años. Sus enseres eran viejos y escasos, otro tanto de sus amistades, constantes sus ahorros y, finalmente, era simpatizante del Partido Tradicional cuyo señor ostentaba un alto cargo.

Omne ignotum pro magnifico est. Ocurre en el caso de los sueños. Quién no se habrá levantado perplejo, intrigado, por el significado de las imágenes, sonidos… reflexiones, en definitiva, que atravesaron anoche su sombrerera cual disparatada cabalgata. Acerca de lo desconocido siempre nos llegan las más bellas explicaciones y es una lástima porque aunque de lo conocido nos lleguen algunas también bellas se tienden a tacharlas de irreales, por conocidas y por bellas. Los sueños siempre han sido un excelente material de fábula para el hombre, sujeto especialmente entregado a este ministerio.

Un sueño, claro está, transcurre durante un intervalo de tiempo determinado. Que soñáramos durante una hora o media, que soñemos media

vida o soñemos la vida entera, esto es; el tiempo que estuviéramos soñando adquiere, como en el resto de actividades no remuneradas económicamente, un valor fronterizo a lo insignificante. Días enteros se nos pueden pasar como si nada mientras que en otros más cortos podemos llegar a desempeñar nuestra más grande labor. No importa cuanto tiempo soñáramos, sino en lo que soñábamos y, más en concreto, el tiempo que soñábamos, es decir, el ritmo interior que marcaba nuestro sueño pues en un sueño un instante de la vida real se puede dilatar hasta pasado el extremo o en un sueño se puede, de alguna forma, vivir una vida entera. El sueño es vida presente, más o menos en relación con la consciente. Los sueños imponen su propio tiempo y ellos fijan su propio pasado y futuro presupuesto. A veces los sueños vuelven sobre lo vivido (incluso vuelven sobre los propios sueños) a modo de reminiscencias y sueños reiterados. Una situación acontecida nos vuelve a suceder en sueños, y muy a menudo los sueños se tornan antojadizos ya que rara es la vez que nos presentan tal situación fiel a nuestra débil y traicionera memoria sino que trastocan y modifican el pasado hasta convertirlo en alucinación. Es como si el sueño, dueño de la llave que es nuestra voluntad, fuera abriendo las habitaciones de nuestro cerebro y desordenando a su paso el interior. Mas sin duda los sueños más enigmáticos, *los que se han llevado la palma*, han sido los que se ciñen sobre tiempo futuro. Sí, hay sueños del futuro, de la vida futura, famosas predicciones. Así se habla de ciertos emperadores que soñaron su extinción ¡Ay! por anticipado. Se dice de personas que adivinaron en sueños cuanto en realidad les iba a ocurrir y nadie puede negar que no haya soñado con un futuro, cuanto menos, ilusorio. Diego, el conductor, podría cualquier día abandonar realmente su trayecto; luego tuvo una predicción. Diego, de otro lado, jamás abandonó su trayecto con lo que su sueño le hablaba de un futuro que jamás ocurriría; luego tuvo un presagio. Llamémoslo de una u otra forma los sueños se nutren de la vida, la vida también se nutre de los sueños y ello es debido a que dormidos o despiertos, por poner, estamos igualmente vivos. En relación con estos sueños futuros cabe decir que su valor de verdad cuando no es propio

es inverificable mas siempre queda algún empecinado que encuentra relaciones divinas o, en demás casos, relaciones con una esfera última y transfísica. Quiere el hombre quedarse siempre con una explicación incluso de lo inexplicable. No es que los sueños sean fenómenos inexplicables porque de serlo nadie hubiera hablado de ellos. - Es terrible que algo tenga explicación - decía Diego a Wenceslao - porque si algo tiene explicación pueden tenerse muchas a la vez y no escapa uno de la deriva de la duda -. Mas luego objetaba que mejor muchas explicaciones antes que ninguna: - No, lo verdaderamente terrible es cuando algo no tiene explicación y se pretende explicar por qué no tiene explicación -.

Lo que a Diego le ocurría es que su difunta mujer tenía la costumbre de aparecérsele en sueños mientras él se empeñaba en encontrar a aquello un sentido moral, aleccionador o simplemente profético. Mas el sueño de Diego, desde luego, no representaba el *bibium* que predicaban los antiguos morales, no era aquello que Pitágoras representó con los dos ramales de la *ypsilon*; el sueño de Diego, como quizás todos los sueños, tuviera un valor extramoral. De otro lado, si la mujer ya ahorraba palabras en vida muchas menos pronunciaba en sueños con lo que las indicaciones sobre el porvenir se hacían farragosas ya que sus gestos tampoco ofrecían, por lo visto, demasiada elocuencia. Podría decirse que en aquel sueño Diego estaba solo, o solo acompañado por el fantasma de su difunta mujer.

Diego se preguntaba si era la soledad (por si era tal su soledad, se entiende) el castillo de los fuertes o acaso el refugio de los débiles. Eso cuando la fe en el mundo lógico, el mundo absoluto y abstracto como esa piedra angular siempre fiel e inamovible respecto a sí misma, dicen, se desvaneció hace mucho.

Solitarios y solos los ha habido de todos los colores, desde hombres tremendamente ricos en palabras, en inteligencia, en bienes materiales, hasta

mudos, necios y miserables. La soledad tiene un motivo, una voluntad, pero también unos efectos como el particular ánimo del solitario o del solo con respecto a su misma soledad. Hay solitarios que se sienten grandes en su soledad pero no pueden evitar momentos de flaqueza y hay solos débiles en su estado que alguna vez agradecen hallarse solos. Queda con esto tan sencillo despejado en gran parte el interrogante de Diego, de si es la soledad el castillo de los fuertes o el refugio de los débiles.

La soledad es ese castillo tan propiamente humano al que se sueña con acceder mientras se está fuera y del que se desea escapar una vez se está dentro. El ánimo del solitario depende de su soledad en cuanto se nutre esencialmente de ésta y sí, el ánimo es un estado que normalmente se deja arrastrar por la irracionalidad de los factores más intrascendentes a los que dedica toda su atención descuidando muchos otros. La soledad y el ánimo son términos dispartos. Siempre habrá un motivo para alegrarse, o para entristecerse. No dejará de haber quien se aflija por este o por aquel motivo sin reparar en la infinita cantidad de motivos que, en vez del presente, pudieran afectarle. Tampoco decir que la soledad, al igual que el ánimo, es un estado y ese estado-objeto es efectivo gracias al sabio, al imaginativo, al loco, al miserable o a un meteorito perdido en la infinidad del cosmos que queda alejado de las rocas de su composición similar, ni mucho menos, es hacer justicia al término. Todo hombre está condenado a la compañía y también a la soledad mas tampoco es ésta una gran frase. Sí es algo más auxiliador señalar que mientras que la compañía la evita un ermitaño como quien logra evitar la prisión por medio de la fuga (quien fugándose de prisión y quién jamás en vida podrá fugarse del recuerdo atormentador de prisión), la soledad es inevitable aun estando en compañía.

Se entiende que la soledad es de uno, de uno solo. De ahí que se aconseje tomar en soledad las grandes decisiones. Pero el hombre vive solo y en ocasiones tan solo que queremos decir que no se tiene ni a sí mismo por compañía. Si el hombre vive solo, es decir, consigo mismo, solitario, el asunto no es grave. Mas si reconocemos, como Unamuno reconoció, que *hay una*

soledad terrible en la que uno no se tiene a sí mismo por compañía, si reconocemos que: la absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni aun consigo mismo, entonces sí debemos preocuparnos porque quizás hablemos de la muerte.

Nadie permanece solo de por vida; tampoco acompañado. Aguarda el hombre momentos de correspondencia, de compañía, momentos en los que nos internaremos en el pellejo de otras personas, momentos en los que permaneceremos en el seno de una persona como permanecimos en el seno de nuestra madre, momentos en los que sentiremos y pensaremos a través de estas personas y estas personas pasearán por nuestros adentros de cristal. Momentos, en definitiva, en los que se derrumbarán las fronteras entre el *yo* y el *tú*. Pero solo serán momentos porque la frontera es una gruesa pared forrada de alambres de espino y solo nos cabe traspasar una mano a través de una cavidad estrecha para estrecharla con un lejano pariente que no vemos, pero tocamos tímidamente y en contraste con los rugosos muros y los alambres que sangran nuestro brazo sentimos su humano calor. En otras ocasiones escucharemos una voz poderosa que nos llama desde nuestros adentros, una voz tan extraña como nuestra, que reprenderá nuestros actos y entonces llamaremos conciencia, que nos invitará al diálogo y entonces llamaremos alma, que nos revelará una gracia inocente y llamaremos ocurrencia, imaginación. Que nos mostrará sobrecogimiento y llamaremos melancolía, que nos arrastrará a creer, a obrar y actuar, a sentir, sufrir y gozar y a pensar. Esa es la voz de uno, de uno solo, escucharla es grato pero también incómodo y doloroso, tanto como traspasar el muro forrado de espino, porque su tono retumba plena sinceridad. Advertid que no tiene que servirse de la mentira porque conoce bien quien le escucha. Esa voz es sabia y débil, como los nobles ancianos, le es muy difícil hacerse oír y aún es más difícil escucharla. Por eso se puede hablar de la terrible soledad la cual el hombre habita el mayor tiempo de su vida. Y no piense nadie jamás que el que no se escucha es un hombre solitario, silencioso, inactivo, devorado por la nada pues este no es el hombre contemporáneo. Se trata de un hombre

acompañado, *multa hospitia, nullas amitias*, alborotador, contencioso, tremendamente activo y emprendedor. El hombre contemporáneo se echa a su espalda trabajos pesados, se rodea del mayor número de gente posible para evitar por todos los medios no escucharse a sí mismo.

IV

Aquel reloj, extraña herencia, era foco de las mayores de sus inquinas. Por falta de costumbre a duras penas conseguía descifrar aquello que le señalaban sus manecillas. Él siempre vivió los tiempos marcados en los días del campo, donde una hora y otra habían de confundirse sin que ningún segundero hubiera de describir sesenta radios de una esfera. Solo el repiquetear de las campanas de la vieja iglesia, cuyas llamadas no eran en absoluto severas con el tiempo, de vez en vez recordaban al hombre que si los días tuvieron un principio, habían de tener un fin.
Sin embargo en cuanto aquel ingenio cayó en sus manos, pese a sus adversativas, supo que le sería de gran utilidad en su viaje a ciudad. - Allí todos los hombres se rigen por estrictos horarios - ilustraba Jaime el cestero - han puesto una hora a cada cosa de tal forma que todos los hombres hacen al mismo tiempo prácticamente lo mismo -.

Vivió un antepasado suyo, un tal Horacio Martín, quien casi empeñó toda su fortuna en adquirir el artefacto, ruidoso más que acompasado y siempre, misteriosamente, adelantado dos minutos. Las utilidades de los relojes aún entonces no excedían de las de un despreocupado esparcimiento aristocrático. Aquel campesino, dotado de aquella inquietud que, como mostraba Wenceslao, se prolongaría durante generaciones venideras - sombras somos de nuestro pasado viviendo entre las sombras de nuestro

pasado-, no dejaba de asombrarse al destripar el reloj y contemplar tantas ruedecillas y resortes tan diminutos, perfectamente congeniados. - Es como un pequeño mundo pero bien hecho - llegaba a decirse. Sus paisanos le reían el antojo y se mofaban del dueño, habiendo comprado a coste semejante, semejante trasto inservible. - ¿Para qué diantre quieres saber la hora?, ¿es que no te basta con mirar el sol? -.

Wenceslao ignoraba por completo la historia de su antepasado y la encerrada en aquel objeto que repiqueteaba, viejo y cansado, en su bolsillo. Tampoco sabía demasiado sobre el alquimista. Se levantó abatido, no era el mismo que se levantó ayer ni el mismo que habría de levantarse mañana y sin embargo por más que lo meditaba menos se convencía; - Si no hay pasión; no hay voluntad, si no hay voluntad; no hay obrar, y, sin obrar… ¡Sin obrar no hay vida! -.

Se dirigió a una mesa coja que hacía las veces de escritorio y allí apartó *El amanecer de ningún día* para despachar una breve misiva con destino a provincias.

Querida Madre:

Cuán tremendamente sobrecogedora es la vida que envuelve la ciudad, siempre presa en un dinamismo prodigioso. Referente a cuanto Jaime relata en mil ocasiones tengo el placer de proclamar que en verdad su discurso es fiel solo a una ínfima parte de una extraordinaria totalidad. Aunque aún no haya dispuesto de tiempo suficiente para examinar los muchos y afectivos rincones de este universo, tengo por convicción que pronto me veré ante la ocasión propicia para entregarme a la contemplación más fervorosa y deleitable.

Tal y como anhelaba, aquí la literatura ocupa un lugar destacado en la vida de las gentes, aún a mí, que tanto he exagerado en mis ilusiones, me sorprende encontrar un hermanamiento manifiesto no solo con las letras, sino con cualquiera de las artes y, por supuesto y quizá por consiguiente, entre los hombres mismos.
Nada más me personé en la biblioteca, una de las más eruditas, sutiles y clarividentes personalidades de nuestro tiempo me confesó haberse rencontrado con suaves versos escondidos mientras paseaba su vista por entre las líneas que mandé desde provincias a cerca de El amanecer de ningún día*. Asimismo, me pidió que le permitiera redactar un prólogo para mi investigación y no solo debió creer que el favor era de mi parte sino que no hubo manera de evitar su recompensa ante mi consentimiento -cómo no consentirlo- con toda serie de gratitudes, correspondencias y buenos deseos.*
He de comunicarte que también he recibido un modesto adelanto de manos de un editor de prestigio que me ayudará a afrontar los días venideros sin mayor preocupación que la de seguir escribiendo.
Aprovecho para enviaros mis señas. Aguardando impaciente noticias vuestras, os quiere

Wenceslao.

Releyendo lo escrito, le pareció un extracto de una carta ordinaria. No habría de parecer otra cosa, claro, pero Wenceslao miraba con ojos de escritor. - Ah - se dijo - mentiroso escribir, verbosa filatería, *copia verborum*. Ahora que no llamaba a la inventiva acude ésta en tropel y a fe que si no la doy punto mi rúbrica hubiera secuestrado aquello de "yo el Rey". ¡Qué fácil y hacedero es ligar unas palabras biensonantes con otras! seguro estoy de que si ese primer verbo del que tanto se ha hablado hubiera sido una bella acción, hoy habitaríamos el mismísimo edén -. Pero Su Bajeza Real no deshizo el mensaje ni se tomó la molestia de escribir otro en su lugar.

Querida Madre:
Etc.

- Decir lo indecible, es de locos. No explicarlo, conformarse con poder mostrarlo tan solo. La verdad es que habría de reconfortarme de alguna manera esa terrible barrera infranqueable, este desconocimiento mío, esa vieja compañera de viaje llamada ignorancia, a veces, como en este caso, hasta con buen sentido. Sin ella ninguna inquietud habría, no existiría la búsqueda. *La Búsqueda*, qué nombre tan magnífico. Quizás esa Búsqueda sea la misma esencia de nuestra constitución, quiero decir, el camino y no la meta propuesta. Porque ¿qué haría yo frente a una existencia explicada? Llamo inútiles a mis palabras cuando es posible que no advierta que esa misma inutilidad es su razón de ser. Lo cual, no deja de ser esperanza, anhelo, fe. A medida que el tiempo se arrebata, conforme los segundos se suman en minutos, los minutos en horas, las horas en días… mientras a duras penas trato de cobrar conciencia, sin lograrlo… este acomodaticio estado, esta vida muelle, este observar y observar sin más avance que el de la condena y la monotonía… esta sucesión maldita me invade. La palabra no es más que eso, una sucesión maldita, empezar con algo que no nos pertenece y proseguir gracias a las leyes del discurso. Unas letras ahí, colocadas como por azar. "Decir" así es como comienzo yo, o bien: "Querida Madre" por no escribir "¡Madre Mía!" y todo cuanto le sigue encadenado es casi inevitable. Ha de cumplir la norma, satisfacer las expectativas, ser coherente. La libertad a la que quiero referirme, esa libertad a la que quiero aferrarme… quizá no puede conducirme a ningún lugar. Esto es porque he vendido la libertad a un anhelo subterráneo, a ese mañana que nunca llega ni llegará… dichosa construcción idílica, cada vez más irrealizable.
- La escena gusta de prolongarse en tortuosos senderos de conciencia hasta que ya olvido qué es lo que esperaba. Una conciencia de embustes, de

engaños, un alejamiento de una realidad nebulosa, tanto como me guste esbozarla. ¿Y si detrás de todo se encuentra una horrible verdad, erigida como sombra al acecho, cegándome y sumiéndome en el légamo de la angustia? Quiero vivir, queremos vivir, y luchamos por ello. Leo aquello, escribo esto, recuerdo lo otro. Sucesiones, cadenas, motivos, temas… acaban convergiendo y aún sería aceptable de no ser por ese uso, esa facilidad literaria, esa musicalidad vieja que convierte en atadura el único medio que ha de quedar hacia la libertad. Si yo quisiese escribir esta casa y no describirla, pongamos por caso, ¿cómo empezaría? -. Por fin Wenceslao apartó la carta destinada a su madre y se decidió a escribir algo, buscando desde el final ese principio que nunca se encuentra, al que nunca se llega porque de él se parte.

El acto de escribir es en ocasiones como una dolorosa pasión. Escribía una frase sola, sencilla y era tal si la semántica resurgiera pródiga esgrimiendo toda su plenitud de esa inicial forma arcaica que casi ahogaba un contenido llano. Claro que, de otra parte -se decía-, no se puede prescindir de lo ornamental y engalanado siempre pues para Wenceslao constituía una desgracia que nadie comenzase comunicando, por muy almizclado que se pronuncie:

> "*Atracó la nave exhibiendo su arboladura maltrecha por los embates de la tempestad. Desde la agitada cubierta descubrí el puerto del que había partido*."

- De ello - sentenciaba Wenceslao - se deducirá que dicho mensaje está dirigido hacia un lector abstracto y no será raro que pueda encontrarse a sus anchas en unas memorias, en una novela, en un libro. Nuestro marino, si le fuera imprescindible la comunicación, revelaría así o de forma muy parecida, sin desprenderse del carácter inocente: "he vuelto a puerto" incluso podría

añadir "se desató una fuerte tormenta". Inmediatamente después se encaminaría a una taberna, a un prostíbulo o a una iglesia, quizás atravesase las calles contrastando su presencia con el recuerdo que de ellas atesoraba sin más intención aunque lo mismo se pusiera de camino a su casa, de tenerla. Ambos enunciados, el de prosa elaborada y el de habla escueta, qué duda cabe, terminan por expresar lo mismo, y sabido es que a buen entendedor… sin embargo la cuestión no es si el lenguaje literario… o si el lenguaje cotidiano… la cuestión - enfatizó Wenceslao - se ubica intrínsecamente en el lenguaje literario. Un poema, un buen poema, se rige por el canon de la absoluta sencillez, norma que no excluye el hallazgo de la verdadera poesía en cada una de sus palabras. El escritor reinventa la palabra día a día, ahondando en su significado, dotándola de un significado distinto y nuevo, traspasando su vida al papel -.

Venía a decir Wenceslao que los términos son escurridizos. Hay que imaginarse que las palabras son tal que una paleta cuyos tonos comprenden una burda simplificación de lo pensado. En el pensamiento rebullen constantemente una cantidad abrumadora de profundos matices e, independientemente de si se piensa mucho o poco, de una manera sobre cierto motivo o de otra distinta sobre otro motivo diferente, el salto entre el lenguaje mental y el oral o escrito es inmenso, constituye todo un abismo insalvable.

Lo que escribimos en absoluto hace justicia a lo que pensamos. Así, por ejemplo, los lugares escritos representan el cataclismo de la palabra. Un lugar físico, una avenida, un parque, una montaña… *está ahí*. Las palabras, a este respecto, solo sirven para acercarnos a los lugares, nunca para describirlos en su realidad plena a menos que pudiéramos pronunciar su misma esencia. Y la existencia de un lugar presupone, posee un pasado inaccesible, es gratuita y hasta cierto punto injustificable. Si alguien sabe dónde se encuentra en ese momento y sabe además dónde queda el teatro, podrá indicar con buenas o malas explicaciones cómo llegar hasta allí. Sin embargo si alguien que sabe

todo esto, en vez de resumir el trayecto al forastero en notas precisas y escuetas, en nombres socialmente convenidos a tal fin, trata de describirlo con motivo de que el forastero valla reconociendo las estaciones del viaje según las atraviesa, el forastero llegará al teatro pero no por las descripciones dadas, sino por las señas. Allí donde el forastero ve una estatua ecuestre, el informador hablaba de otra cosa distinta mientras que aquella calle que el forastero cruza no es en verdad, tan estrecha como le habían indicado. Llegará el forastero, sí, eso dijimos, pero no sin antes asombrarse: - cuán distinta es la ciudad narrada de la ciudad vivida -.

Las palabras crean sus propios lugares, sus propias situaciones y tratándose de tan limitados medios, no nos cabe esperar de ellas grandes alzamientos. La más bella descripción jamás leída, así leída, nos haría estremecernos de risa por su insultante simplicidad estructural, mero resultado de operaciones tan simples como lo son la gramática y la sintaxis. Ahora bien, la palabra, como su estructura, no es más que un vaso vacío más o menos ornamentado. Podemos beber un vino excelente, que su excelencia será idéntica en un vaso reducido a su llana forma utilitaria que en otro vaso abigarrado de bellísimos bajorrelieves. Palabras, las justas, suficientes para que contengan vino y para evitar distraer nuestra degustación en su tallado. En este vaso vacío que es la palabra se precipita el sentido, la palabra es una llave que debe abrir la misma puerta que el intelecto cerró no sin antes dejar al forastero la custodia de la llave. Por esta razón es correcto enunciar que jamás se dice lo que se piensa, ni lo que se siente, por mucho que se deba siempre decir. Es claro que se dice una cosa distinta, otra cosa, y si da la casualidad de que esa palabra está en nuestro idioma, abrimos la puerta entonces, como en el cuento árabe.
No solo las palabras son meras simbolizaciones, también se hallan erosionadas de continuo por mil millones de lenguas y de plumas. Hay cierta *ocasionalidad* en los conceptos, es incontestable. Los conceptos son generalidades polivalentes que se refieren a algo determinado en cada ocasión distinta. En la esfera objetual, material, la inestabilidad de los

conceptos parte de la misma inestabilidad adyacente en los objetos sobre los que se aplican mientras que, en el ratio intelectual, ideal, podríamos decir que los conceptos siempre evocan un significado más o menos distinto. No hay tantísimas palabras como sentidos y, en suma, somos tacaños en el uso de la palabra. En ese mar caótico de usos, dificultades y voluntades que es la comunicación con los demás, con uno mismo, se trata de utilizar, como es lógico, la palabra apropiada que más prontamente abra la puerta a la intelección. Porque faltan palabras, porque somos tacaños con ellas y, por extensión, con quien nos escucha; porque en las más grandes palabras están volcados los más grandes sentidos, decimos unas palabras por otras perdiendo en el camino una complejidad infinita de reflexiones. Tan dura es la traición a la que el lenguaje nos somete que al final solo el escritor sabrá usar correctamente todas y cada una de las llaves que él mismo pulimentó y, así todo, estas llaves se oxidarán y hasta el mismo escritor encontrará, conforme el tiempo transcurra, mayores dificultades a la hora de abrir las puertas.

A buen entendedor pocas palabras faltan; no puede haber mejor entendedor que uno mismo y con todo, no del todo buen entendedor. Por eso cuando uno habla para sí, consigo mismo, no utiliza las palabras salvo en contadas ocasiones. Siempre acude directamente a la fuente límpida, a los fieles sentidos y no a unos escritos que, además de estar escritos, están oxidados.
Colocar la palabra en una frase acota el extenso significado que podría ésta tener. Por extensión, si esta frase es acertada y más amplia, aún más detallado tendremos su sentido. Quizá si redactásemos gruesos tomos acerca de qué, en lo más concreto, queríamos referirnos cuando utilizamos una palabra determinada, entonces podríamos hablar de una comunicación fluida y no superflua. Pero muy pocos, a la hora de escribir una frase, se entretienen tanto en justificarse. El escritor escribe hasta que cree que su idea está suficientemente explicada, hasta que cree que ha dicho lo que pensaba, hasta que no encuentra más palabras, hasta haber agotado lo decible y, en

definitiva, hasta creer lo increíble. El hablante, por su cuenta, habla hasta que considera preciso callar. El escritor cree que ha dicho lo que pensaba pero, con mucho, solo logrará decir aquello que pensaba decir. Quizá, en efecto, si levantásemos tomos de una frase, hablaríamos de una verdadera comunicación, pero no tardaríamos en comprobar que además de latoso, el método es inútil. Inútil porque con todo el empeño del mundo, las palabras no pueden llevarnos a todos los lugares, a todas partes, por mucho que quieran insistir algunos poetas. Las palabras nos insinúan dónde queda la avenida, el parque, la montaña… pero ni nos llevan ni nos hablan verdaderamente de esa avenida, de ese parque, de esa montaña. Cuando uno cree haber desgranado el sentido en su plenitud elemental sabiendo el acto irrealizable, pecando de soñador y en definitiva, pecando de ser humano, dirige la vista atrás, hacia lo recorrido, y se da cuenta con decepción de que unas palabras le han llevado a otras y esas otras, a ninguna parte. Ha seguido la trama de su discurso, ha obedecido las leyes pero nada más.

No se aflijan. No es ésta, ni mucho menos, una cuestión tremenda, insalvable. Más bien constituye una cuestión irritante, una acusación en toda regla, con todo motivo, contra las intromisiones del lenguaje en el pensamiento, en la comunicación. El lenguaje, aunque jamás nos posibilite una comunicación perfecta -rudimentario utensilio- es lo único capaz de posibilitar la comunicación. También el pensamiento tiene su propio lenguaje. La comunicación no es un hecho desde que usamos las mismas palabras, los mismos usos, la comunicación es un hecho desde que pensamos lo mismo. La comunicación sin ninguna relación socialmente convenida puede presentar tantas trabas como se quiera pero sin reconocer el pensamiento, móvil del sentido de la expresión, la comunicación es inexistente, ni siquiera existe la comunicación con uno mismo. Los pensamientos son de uno, sí, pero en la comunicación están al alcance de todos. El pensamiento puro es estructurado por el lenguaje, las palabras, los gestos, los silencios, las reflexiones… son el barro del pensamiento. Si ése es el barro decir cabe que

los pensamientos están alcance de todos pero el barro en absoluto es propiedad de tantos. Y ello sea no porque el barro constituya un bien escaso precisamente, en rigor, el barro abunda por doquier. Lo que acontece es que el barro lo mismo se utiliza para esculpir una figura humana idealmente proporcionada, concebida nada más que para su sola contemplación, que para formar un tosco ladrillo que posteriormente será horneado y colocado indiferentemente en una pared, junto a otros tantos ladrillos más, con motivo de resguardarnos del embate de las inclemencias ambientales.

A todo el mundo le urge la necesidad de poseer una casa, con sus paredes y techado, sin embargo nadie enfermará a causa del frío a falta de una estatuilla de barro. A pesar de todo, por más que se quiera, incluso cuando el hombre debió empezar balbuceando la palabra "ladrillo", pongamos por caso, también gesticulaba, y de hecho, debía enojarse como nos enojamos ahora nosotros ante el intento de expresión de formas complejas, cuando pretendía referirse no a su casa o a su rebaño, sino a lo sobrecogedor, a lo ininteligible, a lo trascendental. El barro de la casa o el barro de la escultura quizá sea el mismo pero a la vista está que se trata de dos objetos, por su forma y utilidad, claramente diferenciados. El idioma, la sintaxis y la gramática de una receta médica y el idioma, la sintaxis y la gramática de una poesía también es el mismo. Nadie recita una poesía para curarse un catarro y muy pocos se deleitan con la composición química de un comprimido estomacal; nadie compara una casa con una escultura porque aunque estén hechas del mismo barro, se sabe que no son comparables.

El hombre primitivo aún no definía estas dos esferas en la medida en que nosotros las definimos y tendía a entremezclarlas. -¿Es correcta ésta unión?- se preguntarán. No es ni correcta ni incorrecta. Es primitiva, simple y llanamente. El pensamiento actual ha evolucionado sí, pero el concepto evolución no entraña necesariamente el de progresión. Lo determinante en este caso, al margen de la corrección o la incorrección, es que el pensamiento actual es heredero del primitivo. El hombre primitivo entremezclaba, entremezcla, lo místico con lo cotidiano. Para algunos africanos, por ejemplo,

bailar es incitar a la lluvia y para algunos cristianos, por ejemplo, vivir es servir a Dios. No debemos olvidar jamás que nosotros somos primitivos, africanos y cristianos, islamistas y bolcheviques. Tampoco debemos olvidar, pese a todas las inconveniencias, que si algo se ha pensado no es del todo imposible pensarlo de nuevo. De hecho, es más que habitual.

Decían que era alto y fornido, que estaba tuerto de un ojo, que su voz era siniestra y que a sus manos le faltaban dedos. Pero nadie le vio llegar ni marcharse. No obstante algunos pastores habían encontrado luz en una de las cuevas. Se decía que el Alquimista no cazaba nunca y que se mantenía a base de bayas y frutos, lo poco que faltaba lo obtenía de los trueques con la vieja y rica viuda. ¿Sobreviviría a otro crudo invierno? También algunos señalaban las pisadas de unos pies grandes y descalzos en los alrededores de la cueva donde supuestamente moraba. Debía tener conocimientos de alquimia pues elaboraba pócimas y brebajes, ungüentos que rara vez intercambiaba. De ahí le vino el nombre de Alquimista.
Para algunos la viuda se convirtió a bruja y había pactado con el diablo, que moraba en la cueva. Para otros la viuda había enloquecido y el Alquimista no era más que una invención; aquellos pastores temerosos habían encontrado indicios en el monte que les llevaron a urdir una de sus muchas leyendas, avivadas al calor de las hogueras.

Entre cartas a provincias y ensayos podían consultarse algunas notas de Wenceslao sobre *El amanecer de ningún día*:
El varón N. A. era un aristócrata ruso que enloqueció tras la guerra y anduvo vagando por el mundo ocultando su identidad por motivos políticos. Su familia había sido ajusticiada por un tribunal popular y su único confidente en Rusia era un secretario del Zar que acabó también exiliándose. Antes que el varón abandonara el país había reunido una extensa y valiosa colección de tratados de alquimia, colección que desapareció al estallar la revolución

comunista. Existían testimonios de que el varón estuvo también refugiado en otros países antes de llegar a provincias, bajo diversas identidades, pero el cerco tendido sobre él fuérase estrechando de modo que hubo de esconderse en una tierra recóndita, en lugar sin nombre.
De otro margen, en Francia, un poeta maldito, desde el anonimato, denunció la desaparición de un amigo y compatriota suyo tras cometer un asesinato por móviles pasionales. Presuntamente el asesino se suicidó pero lo cierto es que las autoridades nunca llegaron a encontrar el cuerpo del asesino. Algunos testigos apuntaron hacia una posible fuga del país. Esta es la segunda hipótesis sobre la identidad del alquimista quien, refugiado en provincias, escribiría *El amanecer de ningún día*.
Para los que siguen la hipótesis rusa, la obra solo sería la reunión de conocimientos de alquimia entre los cuales encontraríamos diversas recetas e inventarios. No se puede descartar tampoco que pudieran hallarse referencias a la realidad política o a diversos viajes. Mientras, para los seguidores de la hipótesis francesa, la obra pudiera ser literatura aunque no una literatura de gran valor.

Un día la señora viuda fue en busca del sacerdote y éste la acompañó hasta las afueras del pueblo donde se encontraba su casa y también la cueva. Algunos aventuraron que la señora, arrepentida, quería volver a la vida en gracia mientras que otros apostaron que el Alquimista se estaba muriendo. También se supone que un poeta húngaro que vino al pueblo habló con el Alquimista. Así, uno de los versos del poeta parece hacerle referencia;

Llevóme a través del sinuoso sendero
Conservaba el hilo de Ariadna
El alquimista, desde su morada
Me tendió la cabeza de cordero
La profecía era obscura

Para los que sostienen que el Alquimista estaba en trance de sucumbir y el sacerdote fue a confesarle, encontraría este último *El amanecer de ningún día*, depositándolo en la biblioteca de la ciudad a la espera que un grupo de estudiosos eclesiásticos determinase la pertinencia del libro. Lejos de cualquier conjetura, el estudio nunca llega a producirse o se produce, pero con carácter secreto.

De su parte, el poeta húngaro abandonaría la región tras aquel verano, desapareciendo en extrañas circunstancias, como si *la profecía del Alquimista* no solo hubiera sido una fábula.

V

Batido en su nulidad, Wenceslao proseguía con sus investigaciones sobre *El amanecer de ningún día*, amontonando cuartillas e irresoluciones. Por azar posó la vista sobre el reloj, aquel reloj suyo, teniendo que abandonar (aunque pensó más bien en posponer) el ambicioso proyecto.

La mansión-hospicio, no mal situada, se localizaba en los aledaños de algunas de las arterias urbanas más concurridas. Así, Wenceslao se sentía decepcionado por la quietud de su entorno -selváticas parcelas de altos muros que hundían las calles en apagados contornos- y en cambio, una vez se encontraba en medio de la vorágine -que ahogaba anchas aceras mientras que los edificios, aunque altos, dado su espaciamiento, no estorbaban una claridad despiadada- sentíase confuso y temeroso. Llegar a una plaza implicaba un auténtico martirio, acaso fuera la causa -pensó- de que muchas recibieran el nombre de santos y mártires. En algunas de aquellas plazas, varias calles confluían igual que estruendosas cascadas que van a desembocar en una fosa turbia y revuelta, llena de espumarajos y corrientes traicioneras.

Wenceslao sorteaba las calles aún sin saber muy bien hacia dónde encaminarse pero con el firme objetivo de huir del bullicio. En las aceras, centenares de personas se apresuraban hacia todas las direcciones en medio

de pisotones y disculpas, juramentos en hebreo o llanas voces; por doquier se daban a conocer los titulares legañosos de aquel lunes.

- ¡El premio!, ¡el premio!, ¡el premio para hoy! -.

El escritor no pudo escapar del obligado paso por alguna portada, tampoco escapó de enfundar las manos en los bolsillos y continuar con una crítica que sin advertirlo, poco a poco, le iba venciendo. - No terminaré yo de saber si estos periódicos, estas sus informaciones, buscan, pretenden, algún tipo de segundo despertar en esta mañana o más bien presentan por el contrario una anestesia frente a las abyecciones del día.
- Bastan cuatro, cinco palabras, para encerrar una crudeza que sorprendentemente aún no termina de arquear las cejas de los más concienzudos en gesto de escándalo y reproche. ¡Macabra exposición de vísceras, vejaciones y desgracias! -. Esto lo murmuraba pero a punto estuvo de gritarlo a la faz de un señor trajeado, de corta estatura y pelo de viso plateado, rolliza complexión, embebido estúpidamente entre las páginas de uno de aquellos diarios que al día siguiente servirían de grasiento y sangriento envoltorio para las pescaderías, un manjar para las moscas. Wenceslao se dijo que tanta tripa desgarrada, tantas atroces amputaciones, tantos restos mortuorios al paso de proyectiles, tantos y tantos agujeros mortales de bala, de hambrunas, pestes y epidemias que convertían a los hombres en lastimeras caricaturas… tanta y tanta y tan lejos, tan cerca, tanta carne devastada por la crueldad de la vida fuera de su lugar de respeto no podría ser tomada en serio. ¿Qué era lo que sucedía ésta, aquélla, cada mañana? Respondían los gritos de un reaccionario que esgrimía panfletos incendiarios;
- *Tedium vitae*, eso es lo que ocurre -. El reaccionario se hallaba en el centro de un corro donde, extrañamente, la gente sí guardaba ciertas distancias. - He aquí la verdad que no quiere ser escuchada, la verdad que es despreciada, la verdad que es preferible olvidar. No hagáis caso a los titulares, herramientas

infames del gobierno, de ellos no os creáis nada pues no habréis de encontrar nada más que inversión inútil, diversión perniciosa y ociosa condena para un ciudadano preso en la monótona moralidad de los siglos, confuso y desalentado bajo el yugo del Poder. No tendáis la mano para recoger ese elemento distractor servido en bandeja de papel impreso en un mercenario taller burgués. Cita de opiniones pagadas, cortinajes revestidos de la propaganda fácil y engañosa del dolor y la venganza. - ¿Cómo es que permitimos esta vergüenza?, ¿cómo es que los trabajadores alimentamos a esta lacra? -. El hombre que ahora se hacía oír no se refería a los titulares sino al reaccionario. - Diga que sí señor - apoyó otro encendido de rabia. Una anciana asintió con gesto de razón sopesada y las cosas seguro hubieran llegado a mayores de no ser porque intervino la guardia.

La disputa que mantenía Wenceslao (ésta consigo mismo) también amenazaba con disolverse. Defendía ya cansado sus argumentos sin ninguna pasión. A él mismo le extrañaba que ni la indignación le sacudiera a él, tanto que la invocaba. Cierto que jamás había mostrado el menor interés por aquellas rutinas. En ciudad se anunciaban guerras de países lejanos, allí, en provincias, contaban para entretenerse con los sucesos de los diarios regionales. Había concluido por saberse encerrado, preso… - ¿pero de qué, en qué? - Se preguntaba. Al final esbozaba su opinión como tratando de desperezar una conciencia moribunda cuyos mandatos nunca le estaban lo suficientemente claros. Referíase a esos sucesos de los diarios.
- La Batalla, el Protagonista, el Héroe y el Tirano de toda guerra. Ese gran ente abstracto, ese personaje tan vivo como ficticio, y ese otro que no se diferencia apenas del primero, el autor o víctima del crimen cotidiano. Los personajes son capaces de ajustarse perfectamente a las exigencias del papel que les ha tocado representar -. El Héroe, para Wenceslao, satisfacía la sed de conciencia moribunda, la sed justiciera que promueve el Tirano. El autor del crimen cotidiano, satisfacía también, a escala local, la justificación para desatar esos y otros sentimientos del hombre tan oscuramente enraizados.

Juzgar es un crimen en estos casos. Malos y buenos, buenos y malos, qué grandes abstractos. Unos y otros llevan matándose desde el inicio de los tiempos. Siempre el mismo sujeto y la misma acción, siempre la jugada vieja del ajedrez de la vida.

De camino, recibió una ilustrativa nota de manos de un repartidor de propaganda, y si ese anuncio le llegaba por vía escrita y no pregonada bien sabía de la notoriedad de su emisor.

MAESTRO MOWOTARI
GRAN ILUSTRE VIDENTE MÁGICO
RÁPIDO, EFICAZ Y DE ÉXITO GARANTIZADO

Médium espiritual de sobrenaturales poderes, acreedor de experiencia en todos y cada uno de los campos del saber y vicisitudes de índole cualquiera; enfermedades crónicas y deletéreas mitigadas mediante tratamiento emético, trances judiciales, aprietos conyugales… conocedor de todos los secretos, versado en todos los arcanos, protector virtuoso, desencantador de malos hechizos, depresión, mal de ojo, hepatitis, limpieza, suerte, rotura de ligadura… el más indicado para encontrar o recuperar pareja, buscar amarres, comprensión, apoyo. El maestro Mowotari tiene de su lado los espíritus mágicos más rápidos que existen, toda la habilidad y la destreza que lo convierten en…

- Un sopla gaitas -. Tres tímidos golpes de aviso cortés en una puerta medio abierta y un ligero taconeo. - Sí, sí, desde luego… un sopla gaitas -. Ernesto invitaba a pasar a su secretario Gonzalo sirviéndose de la gesticulación de su

mano desocupada. Gonzalo Beltrán estaba acostumbrado a no hacer ruido y cuando estaba obligado a hacer ruido, hacía el menor ruido posible. La mano ocupada de Ernesto aferraba la trompetilla de uno de aquellos diabólicos aparatos que no hace tanto había ingeniado Mr. Bell. - Claro, por supuesto -. Gonzalo vigilaba a su superior, inmóvil desde el centro de su despacho. Era un hombre seco, enjuto, recientemente desterrado de su juventud. Cristiano, casado y afable trabajador. No es que fuera un hombre respetable; los hombres respetables, por lo frecuente, son respetables porque poseen caudal. Y Gonzalo tenía dinero, claro, pero no el suficiente como para hacerse respetar. Tampoco vestía de cualquier forma, antes bien, como la mayoría de los hombres casados, a Gonzalo le vestía su esposa de manera arreglada y él, en suma, disfrutaba cuidando su presencia hasta en el más mínimo detalle. Gonzalo había llegado en la empresa donde había llegado a fuerza de dedicación y tesón acción que, en los tiempos que corrían era meritoria. Se dice que su padre no constituyó un buen ejemplo pero eso es otra historia… Gonzalo estudió en un buen colegio y no fue mal estudiante. Se dice que Gonzalo llevaba una vida difícil pero siempre salía adelante… Quizás Gonzalo fuera un hombre fuerte, el caso es que al verlo no daba esa impresión. Primero por el cabello, que era lacio, segundo por esa flaqueza suya que resaltaba en su faz excesivamente los pómulos y tercero por esas manos finas y largas de movimientos delicados. Era, en cuanto al aspecto físico, lo contrario a Ernesto pues el editor tenía un cabello corto y ensortijado, una faz rechoncha donde lo más resaltado eran los carrillos y unas manos pequeñas y redondas, grasientas y de movimientos tardos. - De todas formas eso ya se lo comenté al Sr. Miguel y lo ponderó como lo más provechoso y razonable; al fin lo que nosotros convenimos: - y Ernesto fue tajante - demasiadas páginas -. Gonzalo se entretuvo en contemplar un bodegón sin mayor atención, después, tras pasear su vista por el moblaje del despacho, se distrajo a través de una ventana desnuda que desembocaba en el cielo raso, profundo, de la ciudad. - El asunto ese - sentenciaba Ernesto - como sea - e increpaba al audífono - no nos puede llevar más allá del mes…

un mes, claro… no más lejos de febrero. Marzo, por ejemplo, podría ser una buena fecha. Trata de agilizar el trámite en la medida en que nos sea posible agilizarlo -. Gonzalo hizo ademán de marcharse pero Ernesto le retuvo con la mano desocupada. - Muy bien, bien… estupendo… estoy de acuerdo. Muchas páginas, sí, así se lo dije al Sr. Miguel y así se lo volvería a decir, eso y que es un sopla gaitas -. Ernesto lanzó una estruendosa carcajada que lo propulsó a rotar en su butacón giratorio. - Bien, bien, genial… quedamos en eso entonces. Hasta ahora. Adiós -. Ernesto parecía que colgaba, mas no lo hizo. Se mantuvo a la escucha todavía un rato. - De acuerdo, de acuerdo, bien… -. El interlocutor invisible parecía enzarzarse en una tremenda perorata a la que Ernesto no prestaba ninguna atención. Tapando levemente el auricular interrogó a Gonzalo en baja voz - ¿qué ocurre? -. Gonzalo también hubo de servirse de susurros - un tal Wenceslao, trae un escrito y dice que… -. Ernesto acalló el susurro de su subalterno con la mano desocupada, volviendo al teléfono.

De Gonzalo se llegaron a referir asuntos escabrosos. Se llegó a decir, por ejemplo, que tuvo algo que ver con cierta organización clandestina en el asesinato de uno de los líderes del ilegalizado Partido Obrero. Las luces de la documentación histórica a cerca de este particular son más bien débiles con lo que si alguien se molesta algún día en desenterrar una verdad que ya sin desenterrar huele a podrida, va a necesitar que el azar disponga numerosas ocasiones favorables y que el Santo al cargo de estos ministerios sea benévolo y complaciente. También se llegó a decir que Gonzalo era homosexual mas el factor de estar casado representaba, a la tesis, una antítesis aplastante. Se sostuvo que Gonzalo leía una media de diez noveluchas por día, que llegan a ser trescientas en un mes si el mes tiene treinta días, que de esas trescientas era capaz de calificar como "no aptas para su publicación" cerca de doscientas noventa y cinco, que era capaz de corregir de su puño y letra las cinco con las que se quedaba y que si, al final, de esas cinco no le gustaba ninguna, era capaz de recomendar dicho número al editor, en este caso,

Ernesto. - Vale, muy bien, de acuerdo. Nos vemos entonces. Adiós - y colgó finalmente.

Ernesto suspiró fatigado - ¿qué, quién, cómo? - Preguntó a Gonzalo haciendo a su voz regodearse en un tono de risible autoridad. Gonzalo respondió sin aspavientos - Wenceslao Carmín, creo que me ha dicho, o Fermín, no lo sé porque habla de forma extraña. Aún viste de forma más extraña. No creo que sea de la editorial -. Ernesto miró a Gonzalo divertido - estás perdiendo facultades, Gonzalillo, será un pelagatos, como todo el que se cuela mendigando una limosna a cambio de un puñado de cuartillas ilegibles - Gonzalo, seguro que irritado por el diminutivo (las acometidas de su jefe contra los escritores le traían sin cuidado), atajó el discurso fácil de Ernesto - ¿me deshago de él entonces? - No, no, hazle pasar, por favor, hoy me siento misericordioso - se relamió el editor. Tras despachar a Gonzalo, Ernesto prendió un buen cigarrillo con un buen encendedor. Anotó algo después con caligrafía apresurada y tuvo la sensación de que olvidaba algo pero ¿el qué? Consultó su reloj y fue repasando los tiempos de una labor clasificada por grados de molicie a lo largo de aquella mañana mas la labor terminó de complicarse en cuanto advirtió -tanta era la rutina perezosa que invadía sus mañanas- que confundía la mañana de ayer con la de hace cinco años. Acudió Wenceslao a interrumpir sus rememoraciones.

- Buenos días, soy Wenceslao Martín. - Buenos días, Ernesto Pedralva, encantado, no dispongo de mucho tiempo con lo que dígame en que puedo ayudarle de forma breve, si me disculpa y es tan amable -. Wenceslao, intimidado por aquella perorata protocolaria, tomó medidas drásticas, que ya era hora. - Yo a esto de los libros no me dedico - orilló tajante - ni pretendo dedicarme -. Ernesto se sonrió, rendido ante la sorpresa del efecto - hace bien, créame -. Pero la novela que Wenceslao hacía de su vida fue decayendo a medida que se construía, fenómeno frecuente y temido por los escritores del género - ando de paso por la ciudad pues tengo varios negocios en

provincias, diversas ocupaciones podríamos decir, y he venido a arreglar unos papeles -. Ernesto se hizo al cargo, mostrando cortés deferencia. - He emprendido la investigación de cierta obra, *El amanecer de ningún día*. Mi pretensión es informarme sobre todo lo relativo a ella y rescribirla. Aunque el trabajo no esté todavía muy avanzado considero que el escrutinio podría revelar asuntos trascendentes y de vital importancia -. Asintió el otro, la misma deferencia cortés. - Hoy he encontrado ocasión pues yo también aprecio la brevedad, supongo, por la falta de tiempo, de modo que he decidido acercarme hasta aquí. Me alojo a escasas manzanas del local. Quería, pues, contar con su ayuda y dejar este asunto en sus manos -. Las manos grasientas de Ernesto sacudieron la ceniza de su cigarro con asco. Había imaginado un encuentro en el que pudiera divertirse con la denigración del prójimo. No es que Wenceslao no pudiera ser denigrado, el caso era que de repente había perdido el interés por aquella entrevista. El editor, distraído, quiso saber acerca de los negocios de Wenceslao quien ofreció todo un lujo de detalles sobre el envasado de aceitunas. Viendo que la conversación amenazaba con sucumbir sin ningún provecho, Wenceslao presentó su obra.

- *El amanecer de ningún día* es una de esas historias que no se deberían escribir. Un sinfín de misterios y especulaciones se ciñen sobre la edición original. Mi pretensión es enriquecer la obra y ofrecer al mundo un relato intrigante -. Esperaba que el editor pidiera una aclaración pero solo parecía pedir reposo con sus bostezos. - ¿Y la trama? - preguntó, como si derramara algún tipo de concesión especial. A Wenceslao aquella palabra le atrajo una virulenta sensación. - No se trata de algo clásico, ya sabe, en sentido estricto. Por un lado está lo verdaderamente… - rebuscó el escritor en el diccionario - *acontecido*, por así decirlo, y por otro una voluntad que recorre el texto de arriba a bajo, dicha voluntad enraíza con sucesivas paradojas que llevan al personaje principal hasta… - Bien, bien - interrumpió el editor cansado de vaguedades, sopesando que si un escritor no tenía claro el argumento de su obra, esta representaba bien poco - no hace falta que me lo desvele todo ¿cuál

es el final? -. El final de la obra de Wenceslao no estaba escrito. Su última pretensión tampoco era escribir un final. Concebía la obra terminada sin final, sin cauce, sin destino; el arte en consonancia con los designios de la existencia. Sin embargo prefirió omitir su planteamiento - si quiere hacerse una idea habrá de contar con la disyuntiva que acomete el trabajo: *vida u obra*. El protagonista concluye en que la vida no hay que escribirla, sino vivirla, aunque el propósito, en realidad, no es tan simple. Yo le invito a leer mi investigación, de momento incompleta, porque todo lo demás es narrarle una historia sin historia -.

Ernesto consultó su reloj. Pidió a Wenceslao que le dejase su proyecto, él mismo, personalmente, se ocuparía de leerlo. Le despachó no sin antes advertirle que allí llegaban muchos escritos y lo mejor en esos casos, para ahorrar trámites, [al margen de contar con buenas referencias] era ganar un certamen literario. Asimismo había de contar con la pobreza de un mercado atestado de publicaciones de todos los colores. Demasiados escritores pues todo el que escribe cree ya saber escribir y pocos lectores dado el alto índice de analfabetismo, entre demás lacras. Los libros, en definitiva, no eran ni tenían visos de ser la mejor inversión. - El tiempo que se dedica a la lectura es tiempo perdido - subrayó el editor - un ocio muy barato. Mientras se lee no se hace otra cosa. No se consume nada más que vida a parte de cera, si es de noche, claro -. Wenceslao advirtió que los problemas de una editorial parecían no tener fin. - Leer no interesa. Yo, con esto del trabajo, leo mucho y, por supuesto, también escribo - Ernesto se pavoneaba con aires de falsa modestia en medio de una discreta ironía - leo y escribo cuando me deja el trabajo, quiero decir. No miento al confesar que disfruto experimentando con las letras. Cuanto de mi obra tengo almacenado son borrones y borrones mas espero pronto compilar algo de interés que ni por asomo, por mucho interés que tenga, se me ocurrirá publicar -. Gonzalo aguardaba pacientemente a que Wenceslao saliera despedido del despacho. Mientras, livianamente, tachaba frases que a alguno le habían costado un serio esfuerzo

[así es el arte; la buena voluntad es nada, *multi sunt vocati, pauci vero electi* y etc.], se preguntaba cuándo escribiría su superior todos esos borrones pronto compilados, de *sumo interés*, mas la pregunta concreta quizá fuera dónde pues, fuera del trabajo, aunque trabajo… fuera de la editorial, pongamos, a Ernesto durante el día no se le veía más que en cafés rodeado de politicastros parlanchines, autores en ciernes rondándole con sus súplicas lastimeras, escritores con exceso de palabras pero sin pluma en mano mientras que durante la noche personas tan respetables como él, de poder atestiguar abiertamente sin verse en compromiso, asegurarían que Ernesto no abandonaba un prostíbulo nada más que para entrar en otro.

Wenceslao debió despedirse del empresario con un agridulce regusto y con la misma sensación debió despedirse de Gonzalo, quien seguro no alzó la vista por encima de sus pequeñas lentes empañadas de mercantilismos y censuras. Cruzaba la salita ocupada por unos mullidos asientos aterciopelados donde observó a un joven que fumaba parsimonioso en larga pipa mientras ojeaba algunas obras de la editorial publicadas recientemente. Su aspecto era desmelenado, esquelético y ojeroso. Cultivaba un bigotillo y barba a lo Mariano José de Larra. El joven, al ver a Wenceslao, se levantó inquiriendo con la mirada y terminó cruzándose al paso, desplegando una amplia sonrisa.
- Nos conocemos - afirmó, aunque, si queremos ser detallados a bien está el indicar que la afirmación fue planteada en clave mucho más barroca:
- Me sacude el presentimiento de haberlo visto a V. en cierta ocasión. Quizá la memoria me traicione y es probable que hasta me encuentre en medio de un *grand erreur*. Digo esto pues lo mismo, casi con toda seguridad, representa V. una *célébrité bien connue de notre temp* tan necesitado de *destinées exemplaires* -. Wenceslao replicó pasmado: - Hombre, siéndole sincero, no creo que nos conozcamos, al menos yo, por mi parte, puedo asegurar que lo más probable es que no le conozca. - *Mais ce n´est pas possible, mon ami* ¿acaso no es usted el egregio *auteur* de aquellos *vers magnifiques* leídos y dedicados a madame Claudine que conmovieron el café

La Fraternidad? - No, no creo, jamás he publicado nada - y el escritor corrigió rápidamente - quiero decir, ningún verso -. El joven escrutó a Wenceslao un rato largo, silencioso, luego rompió a excusarse - ah, cuanto lo siento entonces, *excuse moi*, tenga la gracia de dispensar mi torpeza. Dígame cuál es su nombre, si me es permitido saberlo para así, *dans futures occasions*, evocarlo y no caer en la trampa de otra *monstrueux confusion*. - Me llamo Wenceslao Martín Martín-López -. El otro le estrechó la mano efusivamente - aunque no pregunte por el mío ya le revelo que es Joaquín Astur. Es posible que el nombre lo relacione con el de un miembro de la redacción del diario *ahora*, *et n´aura pas tort á cause de l´avoir fait*, porque, en efecto, Astur es el autor de ciertas columnas y yo, precisamente, yo soy Joaquín Astur -. Wenceslao jamás había escuchado el nombre y seguro tanta pedantería aunque, bien mirado, tampoco conocía el diario *ahora* con lo que la cosa es disculpable. Sabemos de los avatares de Wenceslao con los periódicos de tal modo que bien aquel joven se podía haber presentado como el maestro Mowotari, de cualquier otro diario, que le hubiera estrechado la mano de igual manera y de igual manera hubiera aceptado su invitación a tomar café.

Aquel café no reunía a la crema de la intelectualidad sino a varios cocodrilos que apuraban sus bebidas o mostraban poca inquietud en expresarse. Claro que Joaquín había estado en otros cafés… Joaquín llamó al camarero con elegantes ademanes que así lo aseguraban, rellenó su larga pipa con tabaco importado (importado de las marcas más bajas o de los restos de colillas de puros y cigarros a su tabaquera de importación) y aplaudió un discurso que Wenceslao utilizó en la imprenta y ahora volvía a repetir levemente retocado. - *Ah mon ami*, bien haría V. en aparcar ese negocio aceitunero y dedicarse de lleno a las Musas pues enorgullece escuchar de sus labios tanta verdad y belleza. Ha de saber que no adulo por adular, sino con plena conciencia pues no es presunción confesar que de *affaires littéraires*

entiendo un poco. Y sepa que me siento muy a gusto con V. pues últimamente me siento invadido por el sentimiento de estar conversando y perder el sentido de la conversación, como si en estos tiempos el conversar fuera un acto inútil a costa de ser prisioneros cada uno de nuestro propio discurso -. Quiso Wenceslao destacar que él también comenzaba a pensar algo similar, pero no encontró oportunidad. - Y cuán edificantes son sin embargo las buenas conversaciones - proseguía Joaquín - lamentará acaso que quizá con esto no le diga nada en lo que ya no haya reparado con anterioridad. En cierta medida es cierto, todo el mundo sabe que conversar es edificante, *est digne de la nature mortelle*, pero nadie ofrece un valioso testimonio que respalde la máxima. Pues bien, yo he estado presente e incluso he llegado a participar en muchas de las grandes conversaciones de este siglo, he tenido el placer de observar a las mentes más privilegiadas alardear en su propio hábitat -.

Que Joaquín Astur creyera reconocer a Wenceslao en la imprenta tanto podría tratarse de un acto inconsciente como de un gesto completamente deliberado. Aunque dadas las referencias y la prodigiosa memoria que patentizaba el novel intelectual, las dudas tienden a disiparse sin dejar rastro alguno. Cierto es -y pruebas hay de ello- que Joaquín visitará París en una breve estancia como corresponsal por cuenta del diario *ahora*, mas lo que no puede ser igualmente cierto es que allí trabara contacto directo con tantos personajes del mundo del arte, la literatura y el pensamiento. Si hubiera establecido tertulia con tantos personajes y los recordara, imposible que añadiera la figura de Wenceslao al grupo en lo que en efecto constituía un "terrible error". A la hora de citar conocidos y situaciones trascendentes, Joaquín Astur desplegaba, de la A a la Z, un pintoresco abanico y un prolijo alarde de audacia nominal difícilmente superable, ninguna vanguardia ni ninguna retaguardia se le quedaba en el tintero. Lo mismo ante el esfuerzo de congregar tantos nombres no advirtiera que conforme más avanzaba, más inverosímil se hacía la enumeración. Inverosímil y más si se tenía en cuenta

que por entonces algún autor de esos que nombraba alegremente estaba disuelto físicamente antes de que Joaquín Astur fuera concebido mientras que otros no habían aún pisado París, algunos ni lo pisarían nunca y la abrumadora mayoría no se les conocía fuera de su reducido entorno. Aunque todo comprendiera una interminable sucesión de disparates, no hay que dejar de inclinarse ante aquella sobrehumana predicción: Joaquín Astur, desde su tiempo, pudo referirse a la historia de hombres que aún no tenían ni tiempo ni historia.

Ciencia y oro rara vez caminan juntos ¡A ver quién es el valiente de desmentirlo! Hubo sabios que incluso tuvieron prurito por destacar su miseria y no se abochornaban al mendigar las migas del banquete. Hubo un tiempo en el que se creía imposible que el desaliño y el abandono; la distracción, la grosería y el cinismo, no fueran rasgos que hubieran de acompañar como seña de distinción a los grandes talentos. Hubo un tiempo en el que el ingenio debía abundar en tal mesura que aquel su poseedor era incapaz de concebir que existiera otro dueño pisando la faz de la Tierra, y de ahí que los grandes filósofos y escritores se enzarzaran en apasionados debates, que los poetas cruzasen sus versos como el acero de un florete. Ciencia y oro rara vez caminan juntos ¿hay quien pueda negarlo? Porque vivieron sabios de otro entonces que arrostraron la pobreza con pavor, esforzándose por aparentar poseer más de lo que poseían. En este otro tiempo extraño, cuando se proclamaba pobre el rico en ingenio acuciado por la primaria necesidad, lo hacía con disimulo y vergüenza. Estos sabios que sucedieron a los primeros sabios vestían de gala, frecuentaban una sociedad que detestaban, y trataban de no mezclarse en disputas más de lo que rigurosamente el honor exigiera. Es entonces cuando comenzaron los artistas a hacer uso de laudos de forma arbitraria, pues nunca se ha podido entender por qué los aduladores han de superar en número a los adulados.

Joaquín se mostraba orgulloso cuando decía pertenecer a esta segunda raza de moradores de la genialidad. Le otorgaba el derecho (aunque más bien él mismo se lo otorgara) la publicación de sus artículos peregrinos en un sinnúmero de diarios. Bien podría proclamarse que las palabras de Joaquín eran de relleno, pero no de ese relleno esencial que hace el plumón en el cojín sino puramente decorativas, ornamentales, lo que se dice *para hacer bulto*. Mas a su autor le bastaban para envanecerse ante la lectura de su nombre en letras de molde, para aparentar delante de los amigos, para presumir delante de alguna damisela de dudoso carácter, porque desde luego, para ganarle el sustento, para eso no servían. Los diarios solo pagaban a sus trabajadores mezquinos con sablazos. Si Ernesto podía ser el ejemplo vivo del escritor aficionado (quien no sostiene la pluma ni para nombrarse escritor aficionado), Joaquín representaba al escritor falso, o al aprendiz de escritor, según fuese la edad. La historia de Joaquín Astur es harto oscura e intrincada pero por desgracia no es bella en su oscuridad y enredo. Joaquín, al igual que Ernesto, también provenía de buena familia y se sabe que pronto apartó los libros graves para aproximarse hacia aquellas lecturas que despertasen la imaginación, de ideas cuyo germen siempre había sospechado. Ante semejante experiencia embriagadora, escribió en ocasión, con mucho arrojo:

No es necesario el estudio para el ejercicio de la escritura
Para escribir, como para respirar, es suficiente con nacer

Non schollae, sed vitae discimur. Quizás las palabras de Joaquín Astur se respetasen hoy si no hubiera sido Joaquín Astur quien las escribiera porque leídas así, por el humilde, de pasada, hasta parecen apelar al buen sentido como en el caso del siguiente extracto:

El pulso de la razón
por extraño que parezca
no atañe a la cabeza

sino al corazón.

Pectus est quod disertos facit. Poca no era la riqueza y armonía que le ofrecía un lenguaje que daba por sabido pero no por aprendido, seguro que porque nunca lo aprendió. Y como, en cierta manera, el lenguaje lo había mamado y hablado toda su corta vida sin ningún largo esfuerzo, pronto entró en contacto con las obras de sus contemporáneos y en todas encontró (como encontró Wenceslao en otras) exageraciones, carestías y sacrilegios artísticos. Lo demás fue un continuo peregrinar por Sociedades Artísticas de exótica naturaleza y un atento escuchar a todo aquel que tomase por reputado, independientemente de si lo fuera o lo fuera con merecimiento.
Se ha mantenido que muchos escritos se hallan en directa oposición con el carácter de sus escritores. La prosa de Joaquín… bueno, la prosa de Joaquín aunque harto sosa e insustancial pintaba de bien ordenada y ligeramente aparente. Como el aserso de la oposición, en este caso, es aplicable, se deduce que Joaquín (aunque bien vestido y acicalado como corresponde a todo buen sabio de segunda generación) practicaba todos aquellos hábitos, excentricidades que sin llegar nunca a saberse por qué, han acompañado la fama de los artistas hasta hoy día.

Hay personas que ven a la perfección lo que hay en el mundo y personas que saben ver el mundo y &c. Los primeros se guardan la cáscara y la mordisquean, los segundos se nutren del sustancial fruto… No es raro que Joaquín escribiera en un diario pues, en modo cierto Joaquín trataba su prosa como medio hacia la fama, hacia la oportunidad, o hacia el dinero (el arte, sí, es mercenario). Tanto su prosa de periódico como su prosa de vanguardia no dejaban de ser palabreos acomodaticios, escritos para el día, para sus contemporáneos, y, por tanto, confinados a tales reductos. Joaquín se definía igual como vanguardista que como articulista cuando igual no era ni lo uno ni lo otro. Lo que Joaquín Astur era en el fondo es un romántico confundido de siglo (porque aquel no era el siglo del romanticismo) y de país (porque no

dejará de ser confuso encontrarse con un romántico en aquel lugar). Los románticos han sido artistas tanto arcaizantes, tradicionalistas y cristianos como revolucionarios y liberales. Joaquín, al igual que Wenceslao, se oponía (quizás por envolver su falta de talento en aires de innovación) a la disciplina clásica, a esa seguridad en el pensamiento, a esa sequedad cerebral, a esa frialdad reflexiva… para exaltar la emoción, la libre expresión de la sensibilidad, la religiosidad, la melancolía, el sentimiento de la naturaleza, el predominio de la imaginación sobre el análisis crítico, y la evasión, como se dice vulgarmente, a través del sueño. Ambos escritores, cierto es, incurrían en esos altibajos característicos que se confundían pronto en el tremulante entusiasmo, pronto en un pesimismo morboso. Oponerse a la disciplina clásica de esa manera implica plantearse la vida como problema insoluble, como problema infinito, lo cual a la corta despierta el gusto hacia lo exótico y pintoresco, hacia lo irracional del sentimiento, el disfrute en esa región del egocentrismo que es la rebelión del individuo y violenta exaltación de la personalidad propia, el fácil gozo hermético en interpretar el mundo como mera proyección subjetiva y, a la larga, promueve vagos anhelos y la más horrorosa de las desesperaciones. El espíritu idealista es ese vago aspirar hacia un mundo superior al de las realidades sensibles que la razón no acierta en definir. Un mejunje de asuntos inconcretos que el hombre se impone tozudamente con ímpetu heroico. No cabe mayor contraste -han dicho los historiadores- con el tono frívolo y sensual o irónico y escéptico del s. XVIII. Ese batiburrillo teórico ha encontrado su concreción en objetivos difusos e inútiles como lo son la Humanidad, la Patria, la Mujer y ese misticismo religioso enraizado en la tradición cristiana y en el deísmo del siglo citado.

Ciencia y oro no se confunden, rara vez caminan juntos, pero sí se confunden, en cambio, frecuentemente, bondad con ingenuidad. La bondad, esencialmente, no encierra ingenuidad sino más bien todo lo contrario, mientras, el ingenuo podrá ser bobo, lo que no tiene nada que ver con que sea bueno. Wenceslao fue un hombre bueno; es más probable que fuera un

hombre bueno que un buen escritor. Pero Wenceslao, *por extraño que parezca* [que diría Joaquín], también era algo ingenuo al dejarse embelesar con aquella enumeración y confiar en que Joaquín era una auténtica celebridad con las tres tildes francesas que tiene la palabra. Avergonzado de haber servido *El amanecer*… como un plato frío ante un comensal de categoría estelar, en cuanto Joaquín hizo una pausa por no poder seguir hablando sin aliento, le suplicó que le departiese de su último trabajo y ante el suspenso de Wenceslao, Joaquín rechazaba la invitación. - Oh, por Dios, sé que V. me incita haciendo gala de cuanta amabilidad es capaz de contener y también sé lo *ennuyeux, pesant, pénible* de mis obras, más tedioso aún, si cabe, escucharme hablar a mí de mis propias obras… - Joaquín se hizo de rogar un buen rato y cuando todos esperábamos que se echara atrás por cobarde, irrumpió en el café un hombre desaliñado, de larga barba, implorando una limosna con los brazos recogidos a la altura del pecho.

Los cocodrilos miraron al mendigo con interés y asco pero ninguno se llevó la mano a la bolsa. Se trataba de un viejecito pequeño y grotesco, de ojos vivarachos y bizcos. - Ah afortunados - gimoteaba - es triste tener que verse obligado a acudir de puerta en puerta acopiando una sucia chatarra siempre insuficiente para aliviar los muchos achaques de un viejo, pero más triste es aún no concederle una pequeña atención por caridad -. A continuación, en medio de la atención, relataba una vida sembrada de miserias que contrastaba ensalzando las grandezas de Dios Todopoderoso y el Gobierno del país. Era una historia caótica e inextricable donde se entremezclaban los amores de la juventud para siempre perdida con los fusiles de unas guerras olvidadas que habían sido su destino. Tras una representación que no se molestó en concluir, como si presumiera que el público conocía el desenlace porque a la vista estaba, echó a andar silencioso y encorvado por entre las sillas del local hasta dar con su primera víctima, un cocodrilo gordinflón detrás de su café y su diario. El hombre miraba al viejo acercarse y cuando este se hubo parado en frente de su mesa, con la cabeza

gacha, tomó el diario y lo desplegó ocultándole la vista. Pero el hombre sospechaba que el viejo se escondía detrás de los artículos y de vez en cuando se arriesgaba a mirar por encima de las páginas para comprobar que, en efecto, el mendigo no había abandonado su posición y postura cabizbaja. El hombre plegó el diario resoplando avergonzado tras una larga espera y en cuanto se llevaba la mano al bolsillo (quizá para pagar la consumición del local y escapar) el viejo alargó la suya. Agradeció con un gesto tímido pero honesto una limosna obligatoria y la atesoró furtivamente entre sus andrajos. Tras su primera parada, el mendigo remprendió la vuelta, todo el local dejó de mirarle y simuló andar ocupado, cosa muy difícil en un café. Sus siguientes víctimas eran dos hombres bien vestidos que en cuanto adivinaron el destino del viejo se enfrascaron en una forzada conversación que se hacía cada vez más incómoda ante la insistencia del viejo, que había dejado claro que no se movería de su lugar hasta recibir aquello que le correspondía. Languidecía la conversación de estas dos segundas víctimas ante el agotamiento de su paciencia y la extensión de su inquietud. Los hombres, dada su naturaleza ególatra, con bastante frecuencia sueñan con ser objetivo de las miradas pero su cobardía les arrastra a esconder, una vez encumbrados en el centro de la atención, su miseria entre la muchedumbre. Terminó por pedir la cuenta abruptamente uno de ellos mientras que el otro hizo ademán de levantarse. Un camarero seco y fatigado acudió remolón a la mesa y preguntó a los señores si encontraban alguna incomodidad. El cliente no mencionó directamente al viejo mendigo -y no por cobardía sino por elegancia- pero dejó en el aire una queja burda en su imprecisión y mezquina en su ironía, que el camarero captó antes de oírla. El camarero hizo un aparte innecesario al viejo y seguro le explicó que allí atendían asuntos hosteleros, no asuntos de caridad y beneficencia. Normalmente, llegado a este punto, uno puede indignarse y marcharse o no indignarse, por costumbre y ahorro de sentimientos, y abandonar el local. Sin embargo el viejo ni se indignó ni estaba por la labor de marcharse. Con una seguridad abrumadora anunció a todos que iba a quedarse y que como quedarse sin consumir no era

procedente, aquellas dos segundas víctimas estaban dispuestas a pagarle una consumición que, eso sí, dejaba a su libre elección. Quedó perplejo el camarero y las víctimas irritadas. Iban ya a tomarse medidas menos protocolarias con el viejo cuando Joaquín Astur intervino calmando los ánimos - yo me ofrezco a pagarle una consumición a este hombre si antes me promete terminar con el escándalo -. Sonrió el viejo enigmáticamente mientras asentía a la propuesta. El resto del local, tras murmurar lo justo y casi obligado, reanudó la rutina con visible desencanto. - ¿Qué va a querer? -. El viejo mostró indiferencia y murmuró que un café. - Un café para el caballero - pidió Joaquín con esa misma actitud que no había abandonado desde su entrada. Quedaba demostrado que el viejo sabía cómo incomodar a la gente y reclamar una limosna como si fuera un derecho; pero también quedaría claro que esta astucia era llevada con aire de voluntariedad y perfecta conciencia cínica porque al punto acertó a reconocer a Joaquín como un "excelso" columnista del diario en el que trabajaba lo cual era lo mismo que llevar al monte Hyblón a una abeja golosa. El viejo era un profundo conocedor y arquitecto de todas aquellas ilusiones que levantan los hombres en torno suyo para ofrecérselas a los demás, un consumado estratega social ante el cual la obra de Joaquín no era más que una opereta de aficionado. Animado, Joaquín remprendió su marcha triunfal engalanado de los brillos de sus falsas medallas nominales, audacias retóricas petulantes, locuciones francesas tergiversadas… hasta que el viejo le dio caza en uno de aquellos altos vuelos sin rumbo: - casualmente a ese pintor tan amigo suyo le conozco yo desde edad temprana. Hará dos meses que no nos vemos con motivo del triste fallecimiento de su madre y tuvo que abandonarlo todo para hacerse cargo de las propiedades sevillanas de la familia, como ya sabrá - Joaquín asintió afligido. - Afortunadamente mantenemos una correspondencia nutrida, constante y consoladora en la que me ha revelado el acontecimiento de la muerte como la caída de un telón. Los actores se quitan entonces sus máscaras, así lo describe, y revelan la tensión mantenida en sus rencillas mezquinas que, como es lógico, a los ojos de los espectadores

pasan inadvertidas durante el desarrollo de la representación. La vida es teatro, se dijo, mas fuera de él cada uno conoce de sobra los verdaderos papeles que se representan -. Joaquín quedó rumiando el planteamiento y no volvió a acordarse del pintor hasta que el azar le llevó a encontrarse con él en un café escasos días después de aquella conversación. Con gesto apesadumbrado, Joaquín se presentó y celebró encontrarlo en ciudad después del trágico suceso. El pintor, entre extrañado e indignado, detalló el perfecto estado de salud de su madre quien no tenía ni pensaba tener ninguna propiedad en Sevilla. Aprovechó el viejo el silencio de Joaquín y sus incursiones en el campo artístico para presentar, a tenor, un proyecto literario suyo de escaso talento y fortuna.

- Se trata de una escena. Una escena en todo un libro. En realidad siempre hay algo que no podemos ver, que se nos escapa a la vista y a los demás sentidos. Yo congelo un simple instante para la posteridad y escarbo en el detalle más nimio e insignificante haciendo contemplar al lector, por vez primera en la Historia de la Humanidad, La Realidad de forma plena y absoluta -. Y tras la pomposa introducción el viejo extrajo de entre sus ropajes un legajo de manuscritos apergaminados [el papel extendido entre las ropas y el cuerpo aplaca el frío creando una pantalla contra el aire al tiempo que absorbe el sudor. Entre las desventajas de este barato abrigo cabe citar que produce una molesta rigidez y unos incómodos crujidos al moverse]. Un paseo, un río, las montañas, un puñado de formaciones arborescentes y una mujer absurdamente sentada en una piedra, cerca de la orilla. Esa era la imagen que el viejo pretendía dejar completamente exprimida y que, claro está, procedía del natural. - Primero pensé en una habitación, sería más fácil por eso de haber menos objetos y espacios delimitados - explicó el viejo - pero la ambición me pudo. He escrito muchas, muchas páginas y confío en acabar, confío en dar mi obra algún día por concluida. Es como una ecuación que se prolonga indefinidamente, años y años, cosa desesperante, por una parte, pero que está muy bien ya que implica distracción que me refugia de

las penalidades de la vida. Dirán ustedes que soy un viejo loco, o un imbécil, y en efecto, todo esto no tiene ningún sentido. No lo tiene, para qué engañar a nadie, pero confío ciegamente en que pueda operar hasta un determinado punto, cuando entonces descubra una constante, una simplificación y ya la cosa no sea de risa -. El viejo sorbió ampulosamente un café que le habían servido tarde, de malos modos y frío. Cuando el líquido llegó a su estómago pudo oírse un angustioso gorgoteo de tripas vacías inquiriendo con urgencia algo sólido pero el mendigo estaba acostumbrado a no escucharlas por haberse acostumbrado primero a escucharlas con demasiada frecuencia. - Casualmente traigo conmigo el capítulo MLXXVIII en vista de que aprovecho cualquier momento para corregir mi obra y a fe que corrigiéndola podría pasar toda mi vida[1]. Solo leeré un fragmento porque la vida es breve pero es libre el desperdiciarla -. Al cabo de la exposición Wenceslao se dijo que si él hubiera de escribir su vida tal y como aquel hombre la escribía, este fragmento del capítulo MLXXVIII lo encerraría en un asterisco y le concedería al lector la posibilidad de prescindir de él o aclararía el embrollo entre corchetes.

- Una mirada hacia todas las partes - se explicaba el viejo - hacia esos lugares involucrados en uno solo y ese uno en otro. Donde decimos árbol, por ejemplo, bien sabemos que hay hojas, ramas y tronco, aire que cimbrea sus brazos, luz que acaricia su espesura… y donde decimos hojas, o ramas, o tronco, decimos sin decir nervios, savia, resina… y donde decimos sin decir todas estas cosas… una eternidad entera haría falta por lo menos para solo mirar, de una sola vez, lo que se dice mirar, la partícula más insignificante que podamos encontrar en derredor… Una eternidad he dicho - y el viejo

[1] Adviértase que casual, lo que se dice casual, el hecho no partía de la casualidad pues el mismo viejo acababa reconocer llevar consigo aquel capítulo *en vista de*. Cierto era, eso sí, que corrigiese su obra en cualquier momento y no cierto del todo que necesitase el tiempo de toda su vida para corregir un capítulo porque aunque el capítulo fuera breve posiblemente le ocuparía toda una eternidad como mínimo y la vida, como bien sabemos, desafortunadamente no es tan larga, tal como anunció a continuación

golpeó la mesa derramando parte de su café - y bien sé que ni yo ni mi trabajo inútil somos eternos. Pero cada una de las palabras, por ahora conocidas, que me elevan un eslabón más en esta cadena interminable, a otra palabra, a otro hallazgo, es como si en verdad significase un auténtico hurto a esa eternidad condenada. Y los hombres, mediante el auxilio de la razón y las ideas, de hecho ya han logrado arrebatar para sí cierta eternidad. Yo tengo la idea de árbol, pero no me la creo, necesito verla aparecer con todo su esplendor en el papel, sin engañosas artimañas abstractas -.

Joaquín, algo desconfiado, se apresuró a felicitar al viejo. Creyó reconocer, y así lo manifestó, una elevada doctrina enciclopedista, una descripción justa y unas pretensiones honradas. A los forzados cumplidos de Joaquín el viejo no prestó ninguna atención ya que se entretuvo en guardar sus legajos, apurar el café y recoger lamiendo la mesa el líquido derramado. Wenceslao reseñó su concepción -romántica- de la libertad en el ámbito de la palabra, terreno que creyó, el viejo también exploraba. Concluyó en que limitaciones existían, era indudable, mas las limitaciones de la palabra no eran sino las limitaciones del propio hombre, *oratio vultus animi est*, y solo el hombre, mediante el uso de la palabra, había de hacerlas frente; aun consciente del engaño, de la mentira, aun sabedor de su incapacidad pero satisfecho en reconocerla y etcétera. Orgulloso en su ignorancia, en definitiva (a *modo grosso* explicado), y mucho más orgulloso si cabe de su *heroica* actitud frente a ella.
- No caeremos en la nada - prometía Wenceslao. Fácil no le resultó rescatar la palabra del más hondo abismo. La idea de Wenceslao de *libertad* entraba en directa colisión con la figura del lenguaje como coacción, radical limitación en cuanto a hecho social y cultural sobre un individuo potencialmente realizable. Bien sabía que el lenguaje y su uso mecánico era, al fin y al cabo, naturalmente impuesto. Una vez impuestas las palabras se impuso el vacío significado que éstas encerraban, un repertorio de ideas no reflexionadas, heredadas. Las palabras podrían representarse como cadáveres de antiguas significaciones y el individuo no dejaría de ser entonces un carroñero que se

sustentase a base de tendones sin vida. La sociedad amamanta a los individuos en cierta inconsciencia y, cuando alguno de estos se revela contra esta vida tan cómoda es, evidentemente, destetado. El individuo inicia entonces su peregrinación en busca de nuevos puntales encontrándose a veces con alimañas que difícilmente logran saciar su apetito; en otra suerte, sin embargo, aunque poco frecuente, con banquetes de frutos exóticos del sabor más dulce que quepa imaginar. Esto representaba *El amanecer de ningún día* para Wenceslao, un hallazgo insólito, una historia alejada de lo convencional. Aún no había sido estudiada ni reglamentada, aún era un secreto no profanado por nadie. Si la sociedad recibe noticia de estas nuevas posesiones no tardará en apropiarse de ellas sin el esfuerzo gastado por su solitario conquistador y he aquí que pronto todos aquellos frutos se convertirán en restos. La sociedad, extensa, diversa, no piensa con la intensidad de sus individuos. Es como si el individuo se encontrara ante un gran banquete que para todas las bocas multitudinarias solo representase un tentempié. La sociedad nos alimenta, en resumidas cuentas, con una cultura cadavérica cuando el pensamiento está en gran medida sujeto a la palabra heredada. En ocasiones las palabras son como el ancla del pensamiento, evitan que éste se pierda en una marea de desórdenes e inconcreciones, reglamentando su travesía; en ocasiones las palabras actúan como el lastre del pensamiento sumergiéndolo en las oscuras y frías profundidades. La lengua no deja de dificultar la expresión en modo cierto y son muchas más las veces que actúa como lastre que como ancla. El hombre cree falsamente que en cuanto va a comenzar a hablar podrá exteriorizar todo cuanto piensa y la verdad es que todo cuanto piensa es demasiado abrumador para someterlo a la reglamentación lingüística. No hace otra cosa sino normalizar su independiente barbarie. Ofrecen las palabras un apoyo material al pensamiento y las palabras, a su vez, se apoyan directamente en la materia con lo que permanecen sujetas a su vertiginosa construcción y destrucción, al cambio, a la inestabilidad. Solo el Alquimista entendía su mundo inconexo y autónomo. La insuficiencia de las palabras se evidencia en la abundancia de

elementos que las acompañan en el acto comunicativo, tales como las gesticulaciones primitivas o como el silencio que, gran paradigma, es parte de la lengua. Muchos silencios son más elocuentes que las palabras que en su lugar se callaron.

El viejo escuchó en silencio a Wenceslao como si todos aquellos asuntos le cogiesen a la vuelta. Buscaba el momento de marcharse pero antes de ello decidió, como si un deber le obligara a ello, no quedarse atrás en la defensa de la palabra por muchas razones que existieran para considerarla la primera coacción de libertades y no el primer medio hacia la libertad. Enlazó un discursillo improvisado pero, sin duda, el mejor de la velada: - Con esta obra mía pasa lo que con el arte en general y con determinada literatura en concreto -. Si el viejo no hubiera hecho de la modestia un resorte automático y diabólicamente consciente incluso se le podría disculpar y hacer justicia histórica. - Redactar artículos en un periódico, por ejemplo, es una actividad consentida. - Y enorgullecedora - apuntó Wenceslao para el deleite de Joaquín. - Todo lo contrario, constituye más bien algo digno del más alto desprecio por su calidad mercenaria y, para colmo, no es remunerada sino mal remunerada. Una actividad se remunera simple y llanamente porque hay quién está interesado en los frutos de dicha actividad, se remunerará más o menos en función de quienes estén interesados y en cuánto les interese. Si la sociedad intercambia palabras por monedas entonces es una acción consentida, valorada, tasada, no como mi obra. En relación con este aspecto, la temática de los escritores pertenecientes al género es impuesta por oficio, y no solo eso, también se ven obligados a ofrecer una opinión moderada contra su opinión radical, o a ofrecer una opinión radical frente a su opinión moderada, a exponer esta opinión en un enunciado claro y asequible… No es que sea una profesión del todo mercenaria pues hay quien, respetando el verso, logra hacer que prevalezca su santa voluntad. Sin embargo, en resumidas cuentas, escribir en un periódico no deja de ajustarse a las convenciones. Por mucho que se demande un buen artículo o por mucho que

se demande un buen articulista, y no deja de ser una demanda despreciable, hay algo más necesario aunque no se demande ni se remunere o aunque se demande y se remunere poco y en otros términos. Hay algo, como sabréis, jactanciosamente inútil y principalmente necesario, un deseo humano que no es otra cosa sino deseo de lo mejor. Ese algo, como imaginaréis, es el arte y ese deseo de algo, es deseo de arte. La vida que el arte nos ofrece es la única vida que se presta a desear, la demás vida solo se presta a la aversión. El arte que defiendo, hoy por hoy, no tiene cabida entre las páginas de un diario, esto es, entre la vida del ciudadano de a pie, tan miserable como siempre pero sin consuelo artístico esta vez -. Wenceslao asintió, preocupado. - El arte también puede ser una actividad remunerada en los mismos términos en que lo es un artículo o una columna, pero para serlo ha de sacrificarse. Si nuestra era quiere recordarse como la era de la Revolución y las Libertades, el arte de nuestro tiempo pretende mantenerse fiel a estos principios. El artista que encarne este espíritu estará convencido de que no tendrá la historia por enemigo. Mas, trágicamente, la historia es sangrienta, maldita y en nuestra era también se difunden engaños e intereses. Cierto es que el arte hoy es más asequible pero tampoco acaba de llegar al pueblo. La tradición cerca al pueblo en un tiempo sempiterno que agoniza en su propia eternidad. La historia se forja con sangre y se construye sobre montañas de cadáveres, sí, la gloria mal entendida no aguarda a quien emprenda esta iniciativa que muchos dicen llena la boca y los oídos de grandes nombres, pero no los bolsillos. Y esos mismos, arremetiendo contra esta nueva filosofía, acusan al artista de *hacer lo que le place*. "De ninguna manera" exclamarán "que una obra no se ejecuta para el artista. El público de ninguna manera demanda escuchar antojos e incoherencias irreflexivas".

- Los artistas de hoy ensayan fórmulas herméticas muy poco populares. Son otra elite intelectual incomprendida por un pueblo atrasado que dice haber liberado al arte de su función representativa. El público no pide experimentos inocuos, sino fórmulas sencillas y acoge con recelo la exaltación del tiempo presente. Duda que toda esta libertad pueda ser realizable en un mundo

donde la institución es una *jaula de hierro* para el individuo. Hoy el artista invade terrenos desconocidos, exponiéndose al peligro de encuentros inesperados. Esta anticipación a un futuro lleno de probabilidades y ese culto a lo nuevo es en realidad la exaltación del tiempo actual. El artista celebra el dinamismo, la transitoriedad, lo elusivo y lo efímero, se revela contra toda normatividad -.

El viejo se recogió refunfuñando sin despedirse de nadie. Joaquín y Wenceslao sí se despidieron bajo la vaga promesa de encontrarse en otra ocasión.
- *Oh infortune*. - ¿Qué ocurre? - Preguntó Wenceslao que aunque no alcanzaba a descifrar aquel francés macarrónico había advertido la exclamación en el mensaje. - Olvidé cambiar mis billetes en el banco por sumas más manejables y ahora me encuentro ante una cantidad inmensa y casi indivisible con la que pagar el café. - No se preocupe - asumió Wenceslao - yo invitaré, llevo algunas monedas -. Joaquín se negó en rotundo -. De ninguna manera, *nequaquam*, era yo quien primero le invité a V. y luego invité a ese curioso limosnero. - No, por favor, insisto. - Sería una incorrección… -.

Como era de esperar, pagó Wenceslao.

VI

Tuvo intención de levantarse pronto y, de hecho, temprano se levantó la siguiente mañana y fue derecho -como se dice-, envuelto en sábanas para combatir el frío, al escritorio que no era tal pero hacía las veces de él. Lo primero que la pluma desgranó fue la fecha habitualmente tenida por iluminadora notación de oriente mas aquí simple faro, a más de lejano, deshabitado y preso en su mecánico desvarío intermitente. Aquello que quedó inmortalizado a renglón seguido, siendo sinceros, nadie más que Wenceslao lo leyó pero es evidente que debió redactar algo muy parecido a lo que a continuación se presenta, lamentando mucho tener que adjudicar un párrafo que empieza de la misma forma que acaba al escritor que jamás quiso acabar un párrafo de la misma manera que había empezado;

"*Un día, desocupado lector, te levantas sin más, al igual que te levantas cada día después de otro. Te levantas todos los días y si no te levantaras un día, tendrías que levantarte otro, porque quien no se levanta ni un día ni otro es porque está muerto. Ese día, lector desocupado, no trates de retenerlo en tu memoria, no merece la pena, a menos que suceda algo absolutamente excepcional no podrás recordarlo*". Lo confundirás con otros días, lo terminarás olvidando, supondrás, simplemente lo que Wenceslao suponía, que se levantó un día como se levantaba otro día más. "*Quizás te revelaras contra esta pedantería, quizá ese día no te diera la gana levantarte, qué vainas,*

aunque tuvieras que hacerlo, quizá no te levantaras ese día precisamente por tenerte que levantar; bastan las obligaciones a veces para intrigarte con planteamientos contrarios que nunca te atreverás a cumplir. Haces bien en no atreverte; si te atrevieras no serías un héroe, ni un loco, simplemente serías cadáver. Asimismo, como no, es igualmente probable que encontraras ánimos para emprender un nuevo día, quizá hasta te detuvieras a reflexionar unos instantes. "Habría que agradecerle a Dios" o "había que agradecer al menos a Nadie", habría que agradecer, concluyes, el inmenso privilegio de levantarte en un día como aquel. Miraste la calle inundada por las primeras luces desapacibles de la mañana agradecido, cada vez más admirado de tu dicha, ya que aunque no poseas todo cuanto se puede poseer, al fin y al cabo, sí tienes cuanto necesitas junto con lo más importante: voluntad suficiente como para conseguir cuanto puedas necesitar. Miraste la calle pero lo mismo te inundó la incomprensión y el vértigo, la náusea, reparando en tu insignificancia en estado de avance irremediable, en lo absurdo de aquella calle y en lo absurdo de tus inútiles pertenencias, tan inútiles como su posesor. Un día decidiste llevar la contraria a este texto abominable, nada más que un puñado de letras inconexas, "aunque no pueda recordar este día (a menos que suceda algo absolutamente excepcional), sí puedo vivirlo tal si de mi último día se tratara, aprovechar agradecido cada segundo, luchar por cada instante que pueda ganar". No, ese día en realidad no decidiste nada, los días no han de servirte de nada, ¿para qué los días? Solo han de servir, en algún caso, para prolongar una agonía sin sentido.

Que un día te levantaras, pese a mirar la calle, o a reflexionar de una u otra manera, pese a que te levantaras en un día excepcional, no podrías recordarlo. Si reflexionas entusiasmado o hastiado se debe posiblemente a que hallas cenado bien o mal la noche anterior, eso, si has cenado. Si no has cenado posiblemente te levantes y reflexiones hambriento pero no te equivocas; el grado de tristeza o alegría de una persona, ya lo sabes, depende más de su estado interior o de su disposición física que de exteriores

circunstanciales. Adviertes esto: si a todos los hombres les ocurriera una desgracia, iguales ante esa misma desgracia, no todos se sentirían en la misma medida desgraciados o, lo que es lo mismo, no todos los hombres sufren el mismo hambre aun padeciéndolo. Lo sabes, no te aflige el hambre pero ahora te martiriza el frío. Imaginas que habrá quien viva en esa gran explanada rusa cuyo nombre no acude a tu recuerdo pero lo tiene aunque no lo recuerdes[2]*, y a ese alguien posiblemente le cuelguen carámbanos de hielo de la nariz y no sea capaz de distinguir con la vista una locomotora a cinco metros aunque el mismísimo Zar Nicolás I la conduzca, a causa de la ventisca de nieve. Imaginas que ese entrañable ruso, pese a todo, se dirá que no tiene tanto frío, que el invierno pasado por aquellas fechas fue peor. Mas tú tienes frío, aunque ni nieve ni llueva tan siquiera, aunque el ruso no lo tenga y aunque tú puedas imaginártelo.*

La verdad es que no reflexionas entusiasmado o hastiado si no se trata de una vez excepcional. El resto de los días que no son excepcionales te levantas y punto. Que te dirijas cabizbajo y sumiso al matadero o con la cabeza alta y triunfal hasta las puertas del Olimpo no importa demasiado. El destino que se abate sobre ti te alcanzará pienses lo que pienses, seas quien seas o quien digas ser, te guste o no. ¿Tiene ahora sentido hacer lo que haces? Tú lo haces y punto. A lo que haces no le buscas un profundo sentido, si buscases un profundo sentido estarías buscando un profundo sentido y no haciendo lo que haces.

La inercia es el gran motor de la humanidad.

Tú no tienes nada que ver con la inercia ni con la humanidad tampoco, y aquí te equivocas de nuevo; tienes tanto que ver con la humanidad y con la inercia como con los egipcios que vivieron la V dinastía bajo el mandato de

[2] De Siberia podría tratarse aunque Rusia esté llena de explanadas y aunque Rusia misma, dado el extremo, pudiera considerarse una explanada helada.

Neferirkare[3] *hacia el año dos mil cuatrocientos ochenta y tres a.c.*[4] *Los citados egipcios no conocían ni el arco de medio punto, ni el arco de todo punto, ni el arco ojival, ni el arco polilobulado, ni el arco carnapel, zarpanel o de asa de cesta, ni el arco fajón o perpiaño, ni el arco trebolado, ni el arco doblado, ni el arco rebajado, ni el arco escarzano, ni el arco angrelado, ni el arco quinquefoliado, ni el arco apainelado, ni el arco conopial, canopial, o de talón, de gola reversa y de cinta reservada, ni el arco aquillado, ni el escocés ni el arco tudor, ni el arco formero, ni el arco florenzano, ni el arco enviajado, ni el arco botarel o botarete, arbotante botarel, ni el arco avanzado, ni el arco peraltado, ni el arco de herradura, ni sus variantes: el visigótico, el árabe, el apuntado o túmido, ni el arco toral, ni el arco triunfal, ni el arco de juntas radiales, ni el arco deprimido, ni el arco capialzado, ni el arco oblicuo, ni el arco rampante o por tranquil, ni el arco mixtilíneo, ni el arco entrelazado, ni el arco parabólico, ni el arco de descarga ni cualquier otro arco. Los egipcios que vivieron la V dinastía bajo el mandato de Neferirkare, de hecho, no conocieron ningún arco [¿o sí? (!)] pero eran unos excelentes arquitectos*[5]*. Tú sí conoces todos estos arcos, o deberías conocerlos, o los has cruzado distraído alguna vez, y a menos que no seas como poco arquitecto, no eres un arquitecto excelente. Tampoco conoces a los egipcios que vivieron la V dinastía bajo el mandato de Neferirkare y en estos días, como no seas egipcio, seguro que no conoces a ningún egipcio aunque sea de tu tiempo. Los egipcios son, en este particular, como los rusos para los españoles, los españoles para los rusos, posiblemente, o los españoles para los españoles; no*

[3] [transcripción del *Lexicon Ägyptologie*].

[4] [según la cronología de Jürgen von Beckerat]

[5] De eso último no hay dudas. Sí hay dudas o, cuanto menos, cierto descuido historiográfico a la hora de anunciar tranquilamente que los antiguos egipcios no conocieron el arco. Hay quien sostiene que los antiguos egipcios conocían la bóveda, tanto la falsa como la verdadera, pero solo la emplearon en lugares secundarios, de tránsito y provisionalidad -como su concepción de la vida terrena-, y carentes de importancia estética, esto es, de verdadera importancia. Sea como fuere, la cuestión de desconocimiento o descuido, a todas luces una imprecisión textual, es, pasando de aquí, ajena.

los conocen ni se conocen entre ellos, simplemente habitan áridos e inhóspitos parajes y de vez en cuando se les evoca por su folklore. Los egipcios conocen cosas y tú también conoces cosas pero hay cosas que ni tú ni los egipcios conocéis ni conoceréis jamás". Wenceslao tampoco, yo tampoco, solo nadie y Dios. Los hombres, todos, nos levantamos un día después de habernos acostado, un día que quizá no amanece, a ver quién asegura que amanece un día.

- Un premio, ganar un certamen - se decía Wenceslao - ¡Cómo no se me había ocurrido! -. Muchas grandes obras almacenan polvo entre sus renglones, encerradas en cajones desatendidos. *Ahí está la inmortalidad para después, en la cual se han resuelto horas amargas que fueron vida, y la soledad de entonces es idéntica a la de ahora: nada y nadie*[6]. Para ser escritor es necesario el sustento de una humanidad. El escritor vive bajo esta amenaza, la sombra de una deuda que no puede pagar. Es sacrificado vivir para escribir y es demencial tratar de vivir del escribir. Vivir… *amor vincit omnia*, ganar modestas sumas que permitan a uno despreocuparse de las restas, desempeñar una ocupación sencilla y modesta, sacrificio útil para corresponder a la inútil sociedad, un pequeño y cálido hogar de rescoldos atendidos, un cónyuge y una familia que se retroalimenta de su amor y su miseria en navidad… embarcarse en las empresas de Babel es doloroso, *nihil novum sub sole*. Nada de aquello le era ajeno, Wenceslao ya había escuchado de joven todos estos latines como quien escucha la fina lluvia golpear un grueso cristal. Todo, absolutamente todo, suscitaba en él la más grande admiración, aunque no fuera nuevo. Esto y aquello se comprendían, se significaban… todo le parecía, de alguna manera, formar parte del gran plan de la Creación. Cada cosa tenía su nombre y su sentido ¿cómo iba a claudicar

[6] Cernuda

ante la vida cuando ésta se exhibía novedosa con todo su esplendor? Así, escribía:

El punto, en una apurada definición, es el final de la frase. Eso no basta. Habría que atender también a su función lógica, al comprender a través del punto el orden, el enlace y la dependencia de las ideas. ¿Y de aquella puntuación que permite traducir la ironía, la emoción; aquella puntuación que produce un cambio de registro que introduce cierta melodía en la frase? Un punto es el final de la frase, sea, pero tres puntos seguidos son tres puntos suspensivos. Utilícense para ahorrarle a uno palabras previsibles, vocablos molestos… omitir intervalos, dejar frases inconclusas…

A mí, como siempre, me ha dado por sacar las cosas de quicio y embelesarme ante códigos tan enigmáticos. Primero ese punto solitario y ahora estos tres suspensivos. Porque, todo sea dicho, los dos puntos me parecen de rango menor. Esa marca contundente que ordena las palabras, que impone mayúsculas aquí y allá y cierra el escrito tal la rúbrica de la mismísima muerte. Cosa obligada, es como si hasta una forma tan pequeña como el punto dejase constar nuestra finita condición. Y el suspense en cambio… ¡Qué evocadora palabra! este lenguaje escrito y muy nuestro es como mirarse en un espejo, o en las oscuras y reflectantes aguas de un lago tranquilo cuyo fondo es el tiempo. A lo largo de la vida no hay más que puntos sin una frase subsiguiente a modo de consuelo, puntos suspensivos.

Insatisfecho por los escasos frutos de una mañana en la que no se sentía acompañado por aquella pasión que motivó sus primeras palabras escritas -libres de desprecio y exigencia-, descubrió un cielo encapotado a través de un estrecho y alto tragaluz. La ciudad entera cedía bajo la plomiza amenaza, una tibia cortina de lluvia, aquella misma que se oye sin escucharse, y niebla somnolienta. Los semblantes mostraban su acostumbrado gesto impasible, surcados por los arañazos de unos días que sin dejar de sucederse era como si

no se sucedieran; siempre el mismo día y la misma llovizna pegajosa, melancólica y fría, el mismo tráfico impaciente, las mismas noticias y los mismos fantasmas sin rostro que cegaban vergonzosos ante la luz tímida del tiempo, nada más surgir de las entrañas de los edificios, infectos del aire respirado por mil alientos. Como hormigas confusamente alborotadas fuera de su tenebroso hormiguero.

Y sin embargo, el prestamista, valeroso, saludó así: - Buenos días -. Claro que el escritor no quiso hacer menos; - Muy buenos -.

Wenceslao se sintió perdido entre tantos objetos de tanta antigüedad y tan distinta procedencia. Todos ellos embutidos en un lustroso muestrario atropellado de estantes cojos de una tiendita modesta de sucios cristales y baldosines resquebrajados.
- Dígame ¿no tendrá una máquina de escribir? - El viejo le miró arqueando las cejas por encima de los cristales de sus lentes. - Iré a ver, espérese -. E introdujo su pequeño cuerpo en la trastienda dejando a Wenceslao rodeado de estantes de objetos olvidados. Útiles de algún pasado, era la mirada de Wenceslao un acto inútil contra el tiempo. Algunos apenas recordaban sus nombres, perdida su finalidad. Los niños son esbozos, los hombres son obras siempre incompletas, los viejos son caricaturas. Juguetes de edades no vividas ni por los contemporáneos ni por los coetáneos, reflejo de costumbres y sentimientos ahora inexistentes, artefactos de espaldas al observador con las grietas del tiempo abiertas como heridas de muerte avanzada… Aquella celeridad del prestamista -cabría decir que del anticuario, pero estos por lo común son más dados al reuma- tentó a Wenceslao a preguntar por cualquier otra cosa; - Dígame ¿no tendrá una pluma con la que escribiera de su puño Víctor Hugo? - Que lo mismo le hubieran respondido: - iré a ver, espérese -.

El viejo, como la dicha, tardaba o se hacía esperar. Wenceslao se distrajo con una caja de reducido tamaño, el suficiente como para encerrarla en la cavidad de una mano. Sus dedos deslizaron una pestaña de latón, filosóficamente, en busca de su contenido. Al abrirse, un sin fin de mecanismos comenzaron a tejer una melodía callada, brillante. El viejo depositó un pesado objeto enfundado sobre el mostrador, aplacando de golpe la música de la caja. Con una ágil digitación desnudó la máquina de escribir que exhibió sus teclas prolongadas como dientes de una macabra calavera. - La tinta se ha secado - reconoció el viejo en una primera expedición - pero no hay problema. Basta con rellenar el cartucho amén de limpiar un poco los relieves de las impresiones -. Wenceslao repasó los caracteres de las letras, antaño blanco lacrado sobre el fondo negro de la máquina que ahora estaba libre de pintura y esmalte solo con hendiduras apenas visibles pero agradables al tacto, suaves por su desgaste. "W, E, R, T"; debajo: "A, S, D, F, G"; finalmente, la fila entera: "Z, X, C, V, B, N, M"; en la segunda, por el lado derecho: "L, J, H"; y por último, de nuevo arriba pero a la derecha: "P, O, Y".

- Faltan letras - anunció Wenceslao. Puntuación y espacios parecían estar en su sitio. El hueco dejado por la "U" aún dejaba ver un alambre desgarrado que conectó la tecla con el resorte. - ¿Cuántas? - Preguntó el viejo. - Por lo menos yo echo en falta seis. - Pocas son, y aquí quedan bastantes -. Wenceslao no se sorprendió, casi se sorprendió a causa de no sorprenderse - el caso de la "K" no me preocupa, por suerte solo figura en algunas pocas palabras, todas procedentes de otras lenguas. Lo más seguro es que la máquina sea inglesa, por lo mismo no veo ni la tecla ni el hueco que debería dejar la "Ñ". Además el nombre de la máquina desborda inglés. - "TRENTÖN" - leyó el viejo en perfecto castellano - no sé… yo diría que alemán - Puede resultar entretenido colocar a plumazos los acentos de la eñe sobre enes. Más me preocupa, en cambio, los casos de las dos íes, griega y latina, la "Q" y su hermana inseparable la "U". Cambiaría cualquiera por la "W" - dijo Wenceslao. - No creo que tenga otra máquina - confesó el viejo un poco molesto considerando seguro "demasiada meticulosidad y sibaritismo" - ésta justamente no

recuerdo a quién se la merqué. Lo que le puedo asegurar es que no a un inglés, aquí jamás ha venido uno ni creo que venga. Las piezas ausentes pueden ser encargadas aunque no sé yo… el modelo parece datar de varias décadas y si encima es extranjero… -. Aquella falta de estrategia comercial explicaba por qué aquel hombre se pudría en aquel baratillo. - Puedo llevármela - concluyó Wenceslao, que tampoco era un hábil comprador - si está a buen precio, claro, ya encontraré repuestos -. El viejo, por supuesto, quedó asombrado - se la puedo dejar… veamos - silabeó una cifra no muy elevada, en otros lugares, como en la misma Inglaterra, las máquinas se vendían a plazos aunque bastaría esperarse unos años para encontrarlas regaladas. Wenceslao reconoció que el precio era bajo mas no podía permitirse apenas ningún gasto extraordinario, al menos hasta que encontrase ocupación. - Menos de eso sería un regalo - avisó el viejo que no estaba por regatear. - Es posible, pero hasta un desembolso tan irrisorio me supone una verdadera fortuna - suspiró Wenceslao casi hablando para sí - tenga en cuenta que si he acudido aquí y no a otro sitio…. - Lo siento de veras pero tampoco yo puedo andar generoso, tenga en cuenta usted que es este un mal negocio. Lo que vendo y compro nadie lo quiere…. - Ya basta para componerme una idea - asintió Wenceslao abatido. - Ahora bien, aquí viene mucha gente en situaciones similares. Quizá pueda abonarme en efectivo una parte del precio y la otra la pueda salvar con el intercambio de algún otro objeto suyo. Quién sabe. Lo mismo atesora usted algo que no le merezca la pena y yo pueda darle cierta tasa -. Wenceslao meditó - no lo creo, vine de provincias prácticamente con lo puesto - hasta que reparó en aquel legado - aunque, pensándolo mejor, tengo aquí un reloj… - extrajo su reloj de uno de sus bolsillos y lo depositó en la mano adelantada y tendida del prestamista. El viejo se deshizo de las lentes y examinó la pieza con gesto profesional. - Curioso - masculló - casi tendría que haber ido a un anticuario ¿de dónde lo ha sacado? - Un ascendente mío, mucho no sé. Andaba por mi antigua casa, entre trastos y quincalla. Pensé que me sería de alguna utilidad en la ciudad y la verdad es que así ha sido. Sin embargo, tampoco me pesa

mucho el desasirme de él - y para colmo el reloj se atrasaba. - Un reloj es más útil que una máquina de escribir - filosofó el prestamista - en cambio un reloj es más barato. Relojes hay muchos, de todo tipo, mientras que máquinas de escribir son pocas las que quedan, casi ninguna como ésta que tiene entre sus manos - parecía mentira que el viejo prestamista hablara casi con orgullo y cuando ya no necesitaba excederse en elogios. - Con el reloj le rebajo el precio a la mitad. Es ya un regalo. Encontrará pronto los recambios, ya lo ha dicho usted y de ello estoy seguro, también de que podrá hacer buen uso de la máquina. Pese a su apariencia lastimera le garantizo que aún puede soportar bastantes pataleos. - Sea entonces -.

Wenceslao pagó y abandonó el local con el pesado trasto enfundado entorpeciendo su caminar hacia la pensión. En el trayecto echó cuentas. Tenía que hacer números ahora que se encontraba relativamente jovial; en otra ocasión podría resultar peligroso. Todavía podría abonar ésta y otra mensualidad más para su hospedaje. Se preguntaba cuánto tiempo le llevaría ganar el certamen, cuánto se tomaría su publicación. Quizás pudiese encontrar algún trabajo mientras tanto. - Pero ni hablar de hogar ni mujer - y se sonrió.

Wenceslao se llamaba escritor pero sospechaba que no hicieran falta escritores allí donde todo está escrito, donde los rayos del sol todo lo han lamido y suspiraba igual que antes suspiraba algún poeta francés e igual que suspiró algún otro antes que el poeta francés suspirase. Los muertos han hablado tanto que incluso llegaron a quejarse de no poder decir nada nuevo. Ahora, al igual que nosotros, no pueden decir nada. Es inevitable que caminemos sobre tumbas, la tierra es una fosa común. Siempre cabe la posibilidad de decir lo dicho una vez más, que no es nada más que dotarlo de vida, de revivirlo. Si lo que se dijera solo se dijera por una vez, entonces lo dicho sí que hubiera muerto. Pero debido a algún motivo que se le escapaba, las cavilaciones de Wenceslao no dejaban de angustiarle. Wenceslao odiaba el

mañana, algo a lo que no podía enfrentar su dedicación inútil, aun con todos los artefactos faltos de vocales y consonantes de todo el mundo bajo el brazo.

Entró en la pensión precavido y sigiloso. Escuchó una impertinencia de la dueña-criada y fue a esconderse tras un marco. Una perorata amenazadora se cortejaba de pasos impetuosos que destinaban presta a la criada hacia los fogones de la cocina, el epicentro de todos sus poderes fatuos. Recibió una escalera de mármol, deslucida entre las sombras, otros pasos menos apresurados, eran estos los del escritor. Hubo de atravesar un pasillo careado por unos cuantos retratos de antiguos prohombres bigotudos, todos vestidos de negro, siempre posando en una actitud similarmente ácrida, la misma pesada mirada incluso. Las escasas variantes entre los cuadros representábanlas aquellas obras de cuerpo entero, donde objetos pintados como libros, mesas o pianos, (¿era aquel el piano de la duquesa?) Ofrecían la máxima distracción, meros soportes de alguna mano enjuta de prócer. La puerta que daba acceso a la habitación de Diego el conductor, aquel de los sueños, hallábase ligeramente entornada en un descuido de madrugada, revelando al descubierto unos enseres prácticamente desguarnecidos, un triste catre y la foto, en una mesilla, de una difunta esposa que no debió ser muy amada. O eso parecía decir su semblante de otrora. De otro lado, el de la fachada principal, la habitación del viajante Juan permanecía cerrada a cal y canto. Y es que ya no era la habitación de Juan el viajante; este se había llevado consigo sus quejas a otro lugar, abandonó la ciudad sin despedidas, pagando su pensión, eso sí, religiosamente. Era, en definitiva, el hombre que estaba en todos lados y no estaba en ninguna parte. El resto de las estancias, que no eran demasiadas, permanecían tristes y desocupadas. Solo la de Rodrigo, el matador, debía de aguardar vida en sus adentros ya que el rumboso, cosa sabida, acostumbraba a dormir durante el día cuando la obligación no le llamaba al ruedo. Al escritor le llamó la atención una indicación manuscrita, sobrada del mal uso de la ortografía, colocada precariamente cerca del pomo de la puerta, al uso de los *hotels*, rezando: "se

ruega no molestar". Y no es que le pareciera extraño, porque si alguien se acostaba a horas como aquellas intempestivas y desayunaba en la cena, lo menos que podía ver era interrumpido su sueño por alguien, quien fuera, que entrara descuidado estimando o aun desestimando la pieza vacía. No obstante no dejaba de tener algo de gesto inútil, gratuito, pues Rodrigo jamás recibía visitas en la pensión y ni siquiera a la criada-ama le era habitual internarse en las alcobas, rara vez para husmear tan solo, nunca para limpiarlas o ventilarlas. Siquiera el padre, pero solo unos momentos bochornosos para pedir dinero en su nombre, en el de la cuadrilla y en el del Espíritu Santo para irse tal cual como había venido, en lo referente al bolsillo, claro, por lo demás, entre humilde, humillado y enfurecido, según el día. Otra escalera, ésta de madera roída y más oscura si cabe, llevó a Wenceslao hasta su desván-habitación. Lamentó no haberse encontrado con la duquesa, aunque jamás se dirigieran palabra. - Este personaje merece una novela entera - musitó para sí - una novela entera cien veces ya escrita. Una novela y una *trama*. Todos somos personajes -.

De un soplido casi alegre desperezó la nube de polvo que dormía sobre la mesa-escritorio, acto seguido, situó la máquina con cuidado. Le dolían los brazos por haberla acarreado tanto tiempo. De camino se había hecho con una provisión de tinta. Limpió el cartucho con un trapo viejo que pendía de la pared y con el mismo trapo enjugó los contornos de los impresores. Pulió incluso la palabra TRENTÖN. La tinta cristalizada fue sustituida por un nuevo chorro bruno y vivo. Adivinó cómo introducir una cuartilla y tras pulsar unas cuantas teclas de forma aleatoria, comprobó que el mecanismo respondía tras haberse empapado. Comprobó también que el sonido de los componentes era - indubitablemente embriagador -. Arrancó la cuartilla comprobadora de las fauces de la máquina y la sustituyó por otra nueva, que trató con solicitud y mimo. Inventaría un relato corto, nada complicado, lo justo para ganar un certamen. Y no encontró arranque. Reparó en que

últimamente no encontraba las palabras que antes acudieron a él en tropel. No se enojaría, sabía que era inútil.

- Querida madre - murmuró finalmente enojado. Al instante recordó que no había recibido noticias de provincias. Aún era pronto mas… decidió escribir una nueva misiva y "calentar" así los engranajes, tanto del aparato como de su inventiva.

Amada madre:

De tantas cosas he de exponer, no sé por dónde comenzar. Ayer, nada más, abordaron las obras del Vergel del Emperador, será gobernado por la placa memorable redactada contra el pasar de las eras… tratándose éste de este verdadero orden ejemplar, donde no se halla al yo falto del otro, cada decreto, cada acto, jornada o evento es tomado a arrancar del favor reportado a todos. De manera tal, tomamos el obrar rectamente como constante, ganas no faltan. Contento, gozo, desahogo, tesón… los rencores acaban por sosegarse débase a la poderosa voz de la razón. Ésta, sea como sea, prevalece sobre lo demás.

- El prestamista llevaba razón - concluyó Wenceslao - hay bastantes letras, quizá hasta sobran -.Y faltaban tildes. Colocando las comas de forma ingeniosa supo salir del paso.

VII

Se refugiaba en la excentricidad de haber abandonado el desván bien de noche e internarse confundido entre las sombras del jardín. El resto del día no había hecho nada, salvo comer y cenar en una mesa donde nadie acostumbraba a comunicarse. Podría decirse que, al igual que Wenceslao, los comensales no encontraban palabras. Claro que ellos bien podían permitírselo pues no eran escritores sino comensales. Hay pensamientos, sin llegar a constituir grandes inspiraciones, que se presentan difícilmente traducibles al habla o a la escritura. Los comensales, cuando se sienten abandonados por la palabra, encuentran recurrente el auspicio de dos hipótesis: bien uno es un gañán y no cree tener a su alcance las palabras necesarias, bien uno está ese día particularmente descolocado y solo le asaltan sandeces indescifrables.

Un arrebato, un capricho, quizás mejor dicho, al abandonar el desván de la mansión, huía, escapaba. Lo hizo con sigilo no empero sin demasiada decisión, sin formular propósito ninguno; sus pasos apenas rozaron el mármol de la escalera, devolviéndoles un opaco retumbo, huía de los ángulos de las cuatro paredes del desván, de las sábanas de asfixia de mortaja, huía, escapaba… sin saber a dónde pero sabiendo que no lo lograba, que solo entre las sombras del jardín se confundía, como una sombra más. Hay pensamientos que ni se dicen, ni se hablan, ni se escriben. Pueden aspirar a

convertirse en gestos, incluso a convertirse en actos aunque también pueden olvidarse sin aspirar a convertirse en nada o volver a esperar su atención desde las profundidades abismales del subconsciente. Lo más característico del olvido es que no tiene rostro. Hay pensamientos que no se escriben, que se quedan en el tintero, unas veces por la grave importancia que representan para uno mismo, otras porque su desidia no merece un gesto de muñeca o un gasto de saliva. Andada, vagaba por entre estatuas y maleza. Algunas ramas trataban de impedir su lento avance, vano el intento pues todo su esfuerzo quedaba reducido a un tímido crepitar. Canto de grillos y el ladrar de algún perro solitario, insomne, y por supuesto, en el albur de la lejanía, la gran ciudad movediza de despiadados adentros anunciándose con sus luces de infierno, confundiendo en uno solo el ritmo apagado de millones de gritos de angustia ininterrumpida, el tráfico… quiso mirar.

Quiso mirar las estrellas, quiso que los suyos, sus ojos descubrieran, desenmascarasen, entre los jirones de las nubes de un cielo eterno, su pequeño pero grande ser engarzado como piedra preciosa en un infinito mantón de nada, albergando con esa su luz, casi inadvertida pero no obstante firme y nítida, desgarradora, el sueño del mundo; custodiando los confines de la vida…

A nadie interesan pensamientos escondidos, barruntados mediante conjeturas y vaguedades, sí en cambio podría interesar el examen del procedimiento contrario; no del pensamiento a la palabra sino de la palabra al pensamiento. Cuando se llevan los pensamientos hasta la palabra, se procura escoger con cuidado aquellas consideradas más representativas; nadie dice "manzana" cuando quiere referirse a un libro, nadie dice "libro" cuando quiere distinguir *El amanecer de ningún día* de todos los demás libros. Wenceslao quizá considerase incómodos sus pensamientos a la hora de hacerlos palabra, quizá la palabra solo tuviera sentido para él en un marco de *sociedad*, quizá la palabra fuera un único continente de pensamientos, a la

medida de un frasco de cristal que, una vez lleno de espíritu, permitiera contemplar el pensamiento, estudiarlo, dirigirlo, esto es, el ancla y no el lastre. Es inútil continuar edificando supuestos; no sabremos nunca qué pensaba Wenceslao acerca de esta relación porque aquello, sin duda, debió pensarse pero jamás se concretó en palabra. Sí sabemos que Wenceslao se decepcionaba constantemente con la palabra que tanto defendía, por la que tanto luchaba, contra la que tanto se debatía, y en ocasiones, derrotado, de la que tanto se reía. Las palabras, cosa sabida, a menudo son maltratadas por los hablantes, las palabras son a menudo olvidadas, a menudo incoherentes y confusas.

- Siempre el hombre a mitad de camino, qué sé yo, con la única certeza de la duda y la muerte en medio de la probabilidad de la vida, entre las más fabulosas de las concepciones, divinidades síntomas de una preciosa esperanza, los más puros abstractos, las más enternecedoras ensoñaciones y la miseria de los impulsos más abyectos, iras, atrocidades… de un lado el *ser* y del otro el *racional*. Singular especie habitante del más crudo de los presentes, un puente tendido entre dos orillas desiertas, tan entrelazadas que parecen una sola; lo que fue y lo que será. ¿Cómo distinguir, cómo entender la más insignificante cosa que ante nuestros ojos, burlona, se nos presenta?, ¿cómo? Y aquí aparece el hombre, con una necesidad desesperante de arrastrarse por una interpretación engañosa, impulso refregado por el más grande temor. ¿Dónde? Yo pregunto porque no parece haber un lugar fuera de nosotros y, sin embargo, a ese mismo lugar pertenecemos -.
- La humanidad precisa construirse una cómoda y lógica arquitectura en pos de descifrar lo indescifrable, explicar lo que no se explica, unas lentes que tamicen tanta luz cuanta pueda inundar la cuenca de un ojo. Este es el ominoso modo de saber, de entender, comprender… incluso interpretar. Nombres, símbolos o sobrentendidos, tanta es la luz y tanta la ceguera del hombre que acaban los cristales de las lentes convertidos en puro granito, opacos por entero -.

Wenceslao encaró furioso una estatua impasible, de corte clásico, oculta sus vergüenzas tras una hoja de parra y de plomo a la vez. - ¡Al carajo!, ¡Me niego a aceptarlo! de sobra sé a dónde quieren llevarme mis palabras ¿mías? No de ninguno de los modos pienso así tomarlas. He de decirlo aunque se me queme la lengua, aunque toda mi razón se revele contra cada escama de mi exclamación, por mucho que los dedos de los pies de mis piernas de mi cuerpo se aferren a la dura tierra despiadada, esta misma que cobijará mi cadáver dentro de una caja: ¡Hay posteridad! -.

Posteridad, *ad vitam aeternam* ¡Qué gran palabra! Pero en vez de liberarle a Wenceslao solo le encogió más el corazón. *La palabra siempre, aplicada a la conciencia del ser espiritual que en él había, le llenaba de terror, el cual luego se perdía en vago desvanecimiento, como un cuerpo tras la asfixia de las olas se abandona al mar que lo anega. Sentía la vida atacada por dos enemigos, uno frente a él y otro a sus espaldas*[7]*…* La vida es el devenir del tiempo y tiempo irrepetible, irrecuperable.

La mañana siguiente vestía de grises tonos. ¿Cuántos días habían transcurrido desde su llegada? Wenceslao se resistía a contarlos pero veía cómo se le echaba irremisiblemente encima el momento en que no tendría con qué pagar. Siempre ha de ocurrir así con los artistas prófugos, se embargan en una deuda irrevocable con su sociedad. Momento adelantado por la dueña-criada en cada ocasión, con la mirada. - ¿Posible será que ésta sea capaz de olerse los haberes igual que si fueran estofados? - Se preguntaba el escritor. Aun triste la mañana, agradeció el aire limpio que traían las serranías, furibundas, desplazando las columnatas de humo de la ciudad hacia el sur y molestando a los transeúntes metiéndose entre sus ropas,

[7] Cernuda

arrojándoles como si fuera un reproche de descaro las hojas marchitas de periódicos atrasados. Wenceslao, definitivamente, no parecía compartir su estima a los vientos con los demás habitantes quienes -juzgó- envueltos siempre entre el sofoco de los muros, se sentían molestos con el peinado desordenado, los ojos entrecerrados, defendiéndose del polvo alzado, y ocupados, finalmente, en doblegar las caprichosas embestidas de las mareas de aire con un ridículo braceo.

Esta vez fueron cuatro los tímidos golpes de aviso cortés en la puerta medio abierta del despacho. - Sí, sí, por supuesto… - Ernesto invitaba a pasar a su subordinado mediante las señas de su mano desocupada aferrando con la otra el audífono - Entiendo. Claro, claro… -. Gonzalo miraba a Ernesto, inmóvil como de costumbre, en el centro de la sala. - Éstos dicen mucho y luego no hacen nada, porque una cosa es predicar y otra muy distinta recoger el trigo, palabras… -. Gonzalo consultó con disimulo su reloj, había quedado para comer. - Demasiadas, demasiadas… sin duda alguna -. El editor frunció el ceño - el caso es que - fallaba - como sea - y gesticulaba de manera firme y tajante - sabemos que estos cabrones no van a pasar de ahí. Y claro, como comprenderás, nosotros no vamos a quedarnos a ver cuándo les da por reaccionar, faltaría más… -. Gonzalo hizo ademán de marcharse pero Ernesto le retuvo con la mano desocupada. - Bien… de acuerdo… no hay más que hablar. La cosa es tan simple que cae por su propio peso; si no lo traen es porque no lo han encontrado y si lo traen es que no lo han buscado bien -. Ernesto escuchó una última parrafada - de acuerdo, de acuerdo, avísame entonces…. de acuerdo, adiós -. Y colgó. Ernesto tanteó un revoltijo de papeles y anotó algo. - ¿Qué querías? - Preguntó a Gonzalo. - Wenceslao, ya estuvo aquí una vez, hablando con usted -. Ernesto hizo memoria hasta que se acordó - que espere un rato, eso no mata. Avísale que voy a tardar -. El editor volvió sobre sus papeles encendiendo apremiado un cigarrillo. - Está reunido - mintió Gonzalo al escritor - seguramente tarde un buen rato. Si desea esperarle o marcharse y volver en otra ocasión…. - Es igual - resolvió

Wenceslao confiado - esperaré. - Puede sentarse en la sala… -. Gonzalo daba por seguro que Wenceslao debía ser un maníaco o un desgraciado propenso a la demencia. - Muchas gracias - y la sonrisa del escritor no hizo sino producir en el secretario un sentimiento de repulsa.

La sala, como ya se anunció, se hacía confortable gracias a unos cómodos asientos aterciopelados y a una modesta colección de bodegones. En alguna mesilla había algún que otro libro de la editorial, a disposición de los pacientes. Wenceslao ojeó las obras y decidió reservarse su opinión. Conforme el tiempo avanzaba sin resultados, se encontraba más hundido en aquellos asientos mullidos. Pronto se enfrascó en uno de sus monólogos, descuidando todo lo demás.

- Desde luego que la conciencia, su posesión, constituye una de las mayores torturas. Adviértase que no hablo de eso que llaman ufanos "conciencia" refiriéndose a un particular don de culpabilidad; hablo de una toma de conciencia, aun parcial, del gran sentir, del gran pesar. No es nada sencillo tratar de explicarlo. Digamos que es como una profundidad ante la cual solo está permitido el vértigo y el desasosiego, una miseria absoluta. Párense a reflexionar, solo un breve instante - el escritor se dirigía a un auditorio de un drama imaginario - y traten de concienciarse; es imposible. Verán: imaginen… es abrumador. ¿Acaso han tenido ocasión de visitar la mayor edificación hasta ahora erigida?, ¿han tenido ocasión de desfilar por el cañón más extenso?, ¿han divisado quizá la más alta cúspide prorrumpiendo exclamaciones?, ¿han recibido, punzante, el sabor salado del inmenso océano?, ¿ha secado sus narices, su lengua y su paladar, la aridez del desierto? Sírvanse si gustan de la edificación, del cañón, de la cúspide, del mar o del desierto o, mejor, de todas estas imágenes juntas y apártenlas del lugar que ocupan; borren con su imaginación sin prejuicio esa figura nebulosa que ahora no aciertan a definir pero saben gigantesca, no tan grande como el universo pero sí comparablemente más grande a un solo hombre -. Pronto

Wenceslao se aburrió. Dio un par de vueltas por la sala. Volvió a sentarse. Suspiró y prosiguió, resignado. - Un hombre, esto es, un hombre, solo. Lo que se dice un hombre; una vida entera, un cúmulo de inquietudes, de sentimientos, de pensamientos… casi es más fácil imaginar cualquiera de estos parajes con todo su tamaño que un hombre, solo. Y bien sabemos por qué, porque… - ante el auditorio imaginario, simuló un instante de reflexión. - Cómo decirlo, el hombre, a diferencia de lo anterior, es como si estuviese lleno de una particular sustancia que alcanzamos a reconocer, a identificar, por común, pero no podemos representar con esa facilidad con que se prestan a representar las inertes montañas. Pues bien, para evitarnos complicaciones, imaginen un hombre imaginándose a ustedes mismos, dicho de otra forma: pónganse en ese lugar -. Gonzalo vigilaba desde su puesto la sala de espera. Sintió un escalofrío al ver a Wenceslao proseguir con su discurso. - En el lugar del hombre que imaginamos y en el lugar vacío que dejamos al desocupar aquella cumbre, aquel cañón, aquel mar… en el vacío que dejó el inmenso desierto está ahora nuestro hombre, nosotros mismos. Ahora podemos multiplicarnos hasta llenar el inmenso espacio de hombres, de personas, de seres semejantes con quienes compartimos más de lo que podríamos compartir con nada ni nadie, la vida. ¿Cuántos hombres necesitaremos? Sin duda miles, millones de cuerpos, ciudades, países enteros. Sería como un Everest de carne, brazos, piernas y cabezas apretujadas -. Por suerte, aunque Gonzalo veía moverse los labios del escritor, no alcanzaba a oír lo que decía. - No sé yo si habrá tanta gente en el mundo suficiente como para reunirla y llenar el hueco. De cualquier forma ya son muchos, bastantes, para motivar en uno solo esa conciencia a la que me refería inicialmente. Y cierto cuidado me he tomado al decir *motivar* puesto que todos los hombres y mujeres, bien lo sabemos, que ahora pisan el mundo, no son sino una pequeña fracción, una modesta cifra, que ha de añadirse a la gran suma, a la suma que sí llena montañas, valles, mesetas, cañones, océanos y mares, abrumadoras inmensidades enteras, llega incluso a desbordarlas. Hablo de esa suma que no termina con nosotros, hablo de la suma de todos los

individuos, tan perfectamente distinguidos en su propia individualidad; hombres, inquietudes, sentimientos y pensamientos. Me refiero - Wenceslao concluyó abatido - a todos los que hemos muerto ya -.

Ernesto, ya se avisó, se hacía esperar. En caso de visitas comprometedoras, no deseadas o en el caso de Wenceslao, el de las visitas innecesarias y molestas, se imponía el ingenio de la argucia. Una puerta comunicaba el despacho del editor con otro siempre vacío y la salida de este último evitaba la vista desde la sala de espera. Si a Ernesto le surgía cualquier obligación que precisara el abandono de las dependencias para soliviantarse o si simple y llanamente le urgía tomar un café fuera del edificio, dándose uno de los casos anteriores, había de hacer uso de la puerta falsa. Claro que también era probable que quien esperaba (p. ej. harto de esperar en la sala emprendió un impaciente deambular acordonando la vía de escape) se topara *per acciddens* con el editor en el curso de su huida, iniciándose el saludo (cuando se saludaba) y el argüir - lo siento, disculpe usted, es que hoy llevo mucha prisa… - posponiéndose la cita (cuando se posponía) para cuando el editor estuviera menos *atareado*.

Wenceslao, por introvertido, conservaba el don de la paciencia y además de resignado representaba una inquietud para Gonzalo quien, con tal de perderle de vista, llegó a abandonar su puesto internándose en el despacho de Ernesto con el porqué de recordarle que Wenceslao aún esperaba, concesión del todo fuera de costumbre motivada por los oscuros sentimientos que favorecieron, sin saberlo, al escritor. No obstante, pese a lo accidental de todo ello, sería desconsiderado no denunciar que la espera fue larga, larguísima. Y Wenceslao podía ser introvertido, paciente y educado incluso, pero todo tiene su justo límite. Wenceslao, con todas sus virtudes, hubiera claudicado, hubiera avanzado hasta la mesa del secretario ante el terror de este y hubiera preguntado por Ernesto, si había acabado ya la reunión. Gonzalo, es seguro aunque sea antepretérito, hubiera o hubiese anunciado que no, que Ernesto continuaba reunido - usted verá (qué hace), si quiere (desea, gusta, le place, le

apetece, le compensa, le parece bien, le urge…) esperarle (aguardarle, concederle…) un poco de tiempo más, o citarse para otro día yo… -. No, definitivamente, Wenceslao no hubiera tenido correa, hubiera enloquecido fuera de la imaginación de Gonzalo de no ser porque Joaquín, el mismísimo Joaquín Astur hizo acto de presencia en la editorial saludando con ese francés que no era de Francia sino suyo por completo. Su paso era firme, en contraste con el juego de las figuras de humo que dibujaba su inseparable pipa cebada de tabaco reciclado. Tras tratar sus asuntos con Gonzalo reparó en Wenceslao.

- ¿viene por Ernesto? - Preguntó. Sin embargo lo hizo en armadura de vacua resonancia: - ¿espera V? Porque aquí todos esperamos, si no en esta antesala, en la antesala *de la mort, c´est la vie*. Y a considerar todos los que mueren a manos del día, decir nada más me queda que, como Ernesto, la muerte también debe andar bastante ocupada -. Wenceslao, perplejo ante la absurda acrobacia [que, menuda coincidencia, enlazaba con sus anteriores cavilaciones de puro dominio común], dijo que sí, que esperaba a Ernesto. Después de un lapso de silencio, para romperlo, comentó el tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron, cuando se conocieron, en la misma sala. Hablar sobre el tiempo (climatológico, histórico, esencial…) siempre rompe el silencio entre dos hablantes a costa del ridículo. - Lo que es el tiempo -. Wenceslao albergaba la vana esperanza de que Ernesto habría leído el borrador de *su amanecer*. Estaba seguro de que no lo había leído pero lo mismo lo hubiera ojeado y justificaba así su espera, aludiendo a un intercambio fugaz de impresiones. - Diga V. que sí, que la insistencia es la matriz del éxito *mon ami* - Astur se aposentó en uno de los asientos y abrió con gesto distraído una de las novelas del muestrario de la editorial. Nada es lo que parece, dicen, y con Joaquín era cierto, cualquiera se hubiera referido en estos términos a su gesto. El gesto, todo sea dicho, más que distraído era calibrado, preciso; sabido es que Astur desperdiciaba largos ratos entre aquellas paredes (se conoce que *la insistencia*…), largos intervalos entre

aquellos libros que marcaba furtivamente doblando la esquina superior derecha de la página para proseguir con facilidad su lectura al día siguiente. No es raro, en vista de ello, que muchos se preguntaran a santo de qué venía Joaquín a doblar páginas e impregnar sillones con el olor rancio y delator de su pipa, existiendo como existían, lugares públicos llenos de libros ordenados en polvorientos y numerosos estantes a *eterna* disposición del contribuyente, aunque los pupitres de las librerías no pudieran competir en confort con los de la sala de la editorial. Inquirió Wenceslao sobre ese preciso particular y no por curiosidad sino porque Joaquín, pese a su aparentar, siempre dejaba ese rastro de desconfianza con el que suelen descubrirse los embusteros vocacionales. La evasiva que Joaquín utilizó para salir del paso, ya nos suponemos, no es digna de mención; - oh, verá V., asuntos sin mayor trascendencia… - y por supuesto que Wenceslao no encontró ningún interés en seguir por este camino bastándose con sopesar el monótono encabezamiento de Astur. Sí en cambio Wenceslao deseaba oír manar de aquella boca alguna gloria o anécdota vivencial que le acercara a esos genios suyos tan frecuentados. El otro, sin cerrar la novela, fue hilvanando comentarios de máximo nivel y mínimo desperdicio, extractos de sus confidencias parisinas. Si Wenceslao no hubiera sido crédulo de la cabeza a los pies, si hubiera conocido más de cerca al articulista, quizás hubiera advertido que Joaquín no estaba aquel día tan optimista como en él era usual estarlo, o así aparentarlo. La atención de Wenceslao descendió bruscamente en cuanto Joaquín, sin ganas aquel día de fabular más de lo obligado, comenzó a hablar de su obra, de su último proyecto realmente emprendido pero Gonzalo, subalterno meritorio, interrumpió el coloquio (oportunamente) anunciando que Ernesto se encontraba disponible y abordable.

- Buenos días - saludó el escritor, tratando de levantar la moral en vano. - Buenos días, dígame en qué puedo ayudarle - y es que Ernesto no le había reconocido, para sorpresa de Wenceslao. - Soy Wenceslao - se presentó -

traté con usted la publicación de mi investigación, no sé si recordará -. El editor cambió de postura repentinamente - ¡Será posible! mira que no acordarme… Claro que sí, Wenceslao ¿no? Siéntese hombre. Menuda cabeza la mía ¿qué le trae por aquí? - Ernesto no se acordaba aún; fue a acordarse en cuanto escuchó a Wenceslao un rato más. - *El amanecer de ningún día*, así se titulaba…. - ¿Y los negocios? Vendía usted frutos secos o algo parecido. - Nueces -. precisó mal Wenceslao recordando después las aceitunas. - Eso, eso era, nueces… tanta gente acude a mí que yo ya ni me acordaba -.

- Emprendí hará un par de meses un proyecto ambicioso - decía Joaquín - tan absurdo, creo, como el anterior, *certum, vertum, capitulum disertum*…. - Concédame dudárselo ¿cuál? - Desacralizar la música. - Pero eso ya se ha hecho ¿no? - Me refiero a desacralizarla en otro sentido -.

Tras abandonar el despacho de Ernesto, Wenceslao encontró a Joaquín en la sala y éste le invitó a un café. - ¿No venía a ver a Ernesto? - Preguntó Wenceslao a lo que el otro no respondió. Al encontrar al periodista aún más deprimido que en la sala, Wenceslao inició la conversación que había quedado en suspenso, acerca de la última obra del primero. Joaquín se explicaba en el café sin ninguna fe[8], hablando muy bajo, pleno contraste con su rimbombante tono habitual; - verá, yo adoro la música, soy un melómano, sin embargo he oído - Wenceslao lo defendía - que el arte, de alguna forma, traspasa las fronteras del individuo, de su cultura, de su tiempo -. Wenceslao asintió. - A pesar de mi afición, que es grande, al escuchar un día una obra reconocida, clásica, la analicé fríamente, esto es, alejando de mí el sentimiento unido a una suerte de imagen mental, sede de emociones, para desembocar en oír rigurosa e impía matemática. Solo quería encontrar la evidencia de que aquello eran solo números. - ¿Y la encontró? - Preguntó

[8] Vamos, solo con "ca".

Wenceslao. - No -. Wenceslao pidió detalles y Joaquín Astur se explicó apesadumbrado. - Atendamos a los sonidos, por ejemplo, a las notas bien ordenadas de un piano que, claro está, no son sino simplificaciones de la cantidad infinita de matices que puede contener los tonos. En esta simplificación magnífica se basa la música. Digamos que una medida es imperfecta pero la distancia entre esta medida y otra igual o proporcional a sí misma, ambiciona serlo. En un museo de París tuve la ocasión de ver una barra de metal de un metro de longitud y créame cuando le digo que aquello me pareció algo ridículo. La armonía se establece en virtud de la equidistancia entre unos tonos y otros, así hasta una escala armónica [*Canon*] para alcanzar el estado de comprensión. El hombre, en este caso, sí parece ser la medida de las cosas, haciendo, primero, las cosas a su medida. Existen más divisiones que las que podemos encontrar en la escala y así le podría narrar aquello de Aquiles y la tortuga pero, a la hora de la verdad, dudo mucho que un hombre, por muy sensible que sea, alcance a distinguir la milésima de un tono de otra. Ochenta y siete notas tiene un pianista para narrar su historia ¿no le parecen escasas? Claro que, de otra parte, están los valores rítmicos. Aquí la probabilidad parece dar lugar a una mayor amplitud en la práctica, siendo, como en el caso de los tonos, infinita en teoría. Aunque inicialmente en el lenguaje musical occidental se empleen habitualmente siete valores rítmicos - y siete valores, inicialmente, tonales; en siete colores está descompuesto el espectro de luz visible, en siete días hizo Dios el mundo… Joaquín hizo una pausa, como si el número siete en concepto de armonía, de la armonía a la mística y de la mística a la astronomía, le hubiera sumido en alguna meditación inopinada. - Podemos quedarnos con siete valores rítmicos y estos siete valores añadiéndoles tres puntillos, si no me equivoco al multiplicar, siete por una parte y veintitrés por otra: treinta. Descontando valores mayores y menores, mera comodidad, como el de dos redondas ligadas. No quiero entrar, para no aburrir, en polémica como la que demanda una negra ligada a una semicorchea o cualquier nota ligada a otra en otro compás. He dicho que el caso del ritmo es más complicado pues estos

treinta valores no duran lo mismo en *allegro* que en *allegreto*, no sé si me explico. Sin embargo la estadística es implacable. Las pulsaciones por minuto, de *largo* a *prestíssimo*, oscilan de cuarenta a doscientas ocho. Lo que sobrepase esto o es tan lento que nos dormimos o es tan rápido que no nos damos cuenta, en términos estéticamente musicales. Ciento sesenta y ocho modos, multiplicados por los treinta valores de antes hacen cinco mil cuarenta. Sean cinco mil cuarenta no sin advertir antes que muchos equivaldrían a otros y algunos, como una garrapatea en tiempo prestíssimo, son prácticamente inejecutables e inaudibles. Para que se componga una idea, mi querido amigo, un compositor tiene, al iniciar una obra, cerca de ochenta y tres sonidos en combinación con cerca de cinco mil cuarenta tiempos. Claro que puede empezar en anacrusa, pero bueno, me dirá V. también que puede empezar en acorde, en medieval polifonía, con varias voces y entonces ya sí que nos vemos en dificultades cabalísticas. Pongamos que son tres las voces, o un acorde de tres notas; cada sonido podría ser cualquiera de los ochenta y tres, siempre que no se repitiera, y su duración podría ser cualquiera de los cinco mil cuarenta valores. En este caso nuestra probabilidad asciende a un millón doscientas nueve mil seiscientas posibles combinaciones -. Wenceslao no se atrevía a decir que no había comprendido absolutamente nada pero Joaquín, lo mismo que si lo imaginase, ofreció otro ejemplo: - Otro ejemplo: una pequeña obra, con trescientas notas, es un caso entre una combinación abrumadora, pero presumible: cerca de dos mil billones de posibilidades, estimo. Dispone el azar, menos de esta obra, de todas las demás, al alcance quedan también de quien se muestre preocupantemente interesado por esta riqueza aleatoria y piense que, tirando dados, puede componer o escribir frases sin sentido y elevarlas al rango de categoría artística. Salvo para quien experimente este extraño regocijo al resto de los mortales nos es simplemente absurdo. De otro lado, las reglas de la armonía imponen limitaciones. Pero bueno, basta para hacer notar que las notas de una composición o las gotas caídas en una llovizna, son a la matemática lo que ideas como la posteridad son al hombre -.

- ¿Logró desacralizar la música? - Inquirió Wenceslao. - Ya ve que no, todo lo contrario -.

Wenceslao no se cuestionaba si Joaquín conocía o no a todos aquellos célebres personajes o si solo había ido a los cafés de París a escuchar, con varias mesas de por medio, las conversaciones de los Grandes, entremezclando a los Grandes con quienes los Grandes citaban, aunque estuvieran muertos. Wenceslao no se preguntaba por el motivo de la presencia de Joaquín en la editorial. Wenceslao no discutía si el arte de la música se podría o no se podía *desacralizar*. Lo que a Wenceslao le preocupaba sobre Joaquín era el porqué del abatimiento que sufrió ese día. Y Wenceslao, claro, no encontró explicación pero se dijo orgulloso que en la vida las cosas no habían de encerrar, forzosamente, una explicación. Nuestro narrador no sabe si realmente las cosas tienen todas explicación o no, si han de tenerla necesariamente, pese a desconocerla, o es seguro que no la tengan y nosotros se la concedamos porque nos apetece y nos hace gracia. Pero nuestro narrador sí sabe que Ernesto jamás leyó el estudio sobre *El amanecer de ningún día*, de hecho, con toda seguridad, nadie lo leyó más que Wenceslao. Hay libros que se escriben para llenar el bolsillo de sus escritores; Wenceslao se llevaba el libro al bolsillo porque nadie lo leería. Hay libros que se escriben para la posteridad; Wenceslao escribía para la posteridad porque no había quien leyera su libro… nuestro narrador sabe de muy buena tinta (la suya) que Joaquín acudía a la editorial para encontrarse no con los libros del catálogo, sino con Gonzalo. Joaquín Astur, escritor de relleno del diario de relleno *ahora*, podía haber acudido por cualquier motivo a una editorial y no por amor al arte, como se suele decir, pero sí por amor a Gonzalo. ¡Oh amor imposible, amor desconsolado…! Ya se dijo que Joaquín era un romántico y a Gonzalo se le sospechaba lila. A causa del desamor es probable que anduviera ese día abatido profiriendo incoherencias hasta que se emborrachó a la noche, sumando las sombras del alcohol a las de la

oscuridad y dijo entonces otras tantas incoherencias más. Quizá por amor Joaquín Astur pretendiese hacer creer que conocía a quien no conocía. Eso último es ilógico, sí, pero esta vez es mentira. Lo que es verdad, tal que el amor, puede escribirse aunque no parezca verdad; lo que es mentira, tal que las más insospechadas apariencias, pueden escribirse como engaños, ficciones… y a veces, las más de las veces, de alguna u otra forma, terminan por ser verdad. Eso que llaman Amor y todo que gira en torno suyo, por lo común, solo sirve para aumentar la mentira y la irrealidad del mundo. Escrutamos la palabra *amor* y descubrimos la propiedad maravillosa de confundirlo todo, de equivocarlo todo, de olvidar todas las demás palabras y llenarnos con una sola. El amor, como principio descifrador, principio inamovible, inapelable, estático y eterno, la respuesta última a todos nuestros interrogantes irresolubles, el refugio de toda nuestra humanidad complicada… el que ama, el que quiere, el que quiere y puede amar, el que se ve en medio de esta turba frenética sin saber por qué, de qué manera, ni en qué consiste… encuentra de pronto todo cuanto ha buscado incesantemente desde aquel principio, al que accede durante los instantes más intensamente sublimes y/o dolorosos que quepa imaginar, así: amor como principio y meta de la vida, esto es, el engaño más espantoso que cabe imaginar: la vida amando a la vida misma.

Los engaños, las ficciones, las inverosimilitudes… se conciben como salvoconductos a la irrealidad cuando el mundo no hace sino acogerlos en su seno infinito sin ninguna sorpresa, demostrando que las fronteras de lo real siguen siendo infranqueables para el desvelo del hombre.

VIII

Ernesto Pedralva y Wenceslao Martín permanecieron en silencio. - Yo a estos de los libros no me dedico - se atrevió Wenceslao por fin - tengo mis negocios, mi familia… invoco a la palabra en aras del puro recreo, no obstante, de podérsele ganar algún partido… no sé, quién sabe. Ya le dejé un avance de mi estudio, *El amanecer de ningún día* -. Ernesto rebuscó en un cajón, en el cajón vacío, por si allí, de mera casualidad, descansara la citada obra. Los amaneceres no se guardan en cajones vacíos. Tendría que haberlo sabido, lo supuso sin embargo, el habérsela confiado a Gonzalo para que se deshiciera de ella, sin mérito de ningún miramiento. Ernesto no se manchaba las manos con tan poca cosa, además, ninguna obra de bolsillo podría ostentar jamás título tan desafortunado aunque la hubiera escrito el mismísimo Cervantes, tras la batalla de Lepanto, con el brazo amputado. - Ahora que hago memoria - pretextó Ernesto - andan mirándola y corrigiéndola abajo. - ¿Entonces… - Wenceslao estaba dichoso - …hay posibilidades? -. Ernesto, de nuevo una vez más, se entretuvo en bosquejar la comprometida situación financiera que atravesaba el negocio, los acechantes trances burocráticos, la sombra de la censura de un lado y, del otro, las publicaciones clandestinas. Por lo menos hasta bien entrado el año siguiente no estaba previsto editar nada que no representase una aventura. En cambio, al ver el semblante del escritor, lo que se dice un poema, sintió conmiseración. Una debilidad que, más tarde, examinada en frío, llegó a

reprobarse. Antes de que esta reflexión venciese el último atisbo de escrúpulo, sembró con más o menos soltura algunas frases imprecisas si bien suficientes para recoger, tiempo al tiempo, los insustanciales frutos de la esperanza. Concluyó anunciando bruscamente que tenía mucho trabajo, que si ya la palabra en impreso engrosaba la gruesa columna del Debe, la palabra en boca ahondaba la tumba de los Haberes, con lo que Wenceslao no tuvo más remedio que tratar de ganar atención en su despedida y echarse a la calle.

Abandonó las dependencias de la editorial acompañado del triste Joaquín y su triste invitación, sopesando sus expectativas en los vértices de una imaginaria balanza. De un lado quedaba la evidencia de aquel y otro infructuoso encuentro, del lado opuesto, la escasa confianza que tenía puesta en Ernesto, el editor. Huelga decir que Joaquín, incluso triste y haber invitado, tampoco pagó en esta ocasión. No importaba. Wenceslao no pensaba en la inmediatez de un pago revestido de tal insignificancia. Imaginaba la balanza, el artefacto demoníaco en el que colocaba todas las hipótesis futuras. También él sentía la deuda con la humanidad, debía devolver a la vida todo cuanto le había sido regalado. Claro que el peso del otro extremo no lo constituía solo los encuentros, claro que del otro no se encontraba solamente, en favor del peso contrario como una fuerza de gravedad invertida, la escasa confianza; bien podía ser mayor la inclinación. Había de tener en cuenta, al margen, las dificultades de la palabra, no ya las que encerrase la propia escritura también siempre en precario equilibrio, sino la estima que tuviera dentro de aquella ciudad, de aquel orbe hostil que parecía haberse deshecho de todo lo maravillosamente inútil. Editores y escritores, al fin, reunían todos los problemas de la palabra creando un problema mayor: los libros. - No, desde luego que no - observaba Wenceslao - el sano hábito de la lectura precisa calma y sosiego, porque solo en reunión de estos elementos; tranquilidad y paz, puede uno encontrarse a sí mismo, así, en silencio, y luego salir al encuentro de las palabras -. Podía creerse que aquella gente se refugiara en el bullicio, en la vorágine, hablándose entre

gritos por encima de las voces mecánicas para confundirse, embotados los sentidos, evitando, eludiendo, el oírse en verdad, mirarse a los ojos, descubrir que el día avanzaba independientemente de sus relojes de pulsera -grilletes en la muñeca- que vivían y la muerte les alcanzaría allí donde se refugiaran de ella… un mundo de sombras e intrascendencias antepuesto, con el fin de ocultar su trágico destino.
Wenceslao apenas se resistía a abandonar definitivamente sus ensoñaciones, lo único cuanto hacía bulto como equipaje en su maleta traída de provincias. La ciudad le había desencantado y él se había desencantado ante sí. Todo esto lo meditaba mientras escuchaba a Joaquín describir su extravagante proyecto de desacralizar la música. De entre una combinación infinita de palabras la novela era también una fórmula única e irrepetible.

Era una calle céntrica la que atravesaba todavía sin claro propósito, asolada de escaparates. Aquí el aliento de las sierras, aún fuerte su batir, parecía sumirse en una definitiva derrota de descuido pues el poder de subordinación del asfalto atrapaba a los ciudadanos obligándoles a hundir la cabeza casi hasta la altura de sus mismos pasos, desechando cualquier otra distracción que no fuera esa sucesión interminable de pasos ordenados sobre adoquines ordenados. Wenceslao era uno más, dividido por mil millones de vivos, dividido por esos mil millones de vivos elevado al mismo número de muertos, inimaginablemente empequeñecido. Aunque bien es cierto que una pequeña batalla simbólica fue ganada por el cierzo, allá en un hueco entre edificios donde parecían concentrarse los eólicos poderíos en una última exhalación. Fue a apoyarse en las paredes con sus manos ligeras y desnudas para acabar de soplar en el ángulo que atravesaba un hombre bien vestido. Vio el hombre cómo el batallón de fuerzas invisibles se cobraba un importante papel. Amenazó el asaltado no se sabe a quién y blasfemó contra no se sabe qué, medio zafándose de la embestida con ese brazaleo infantil y ridículo tan característico de la humanidad, a la vez que se arriesgó a cruzar la calle para recuperar su recibo. Hubo quien llegó al extremo de detener su

contemplación distraída de los pasos del adoquinado y hasta sonreír el episodio. Nada más que eso porque el hombre terminó recuperando la posesión y la dignidad que el viento le había arrebatado, finalizando su vuelo desnortado en un bordillo. Guardósela en un bolsillo interior, esta vez a salvo de todo, como se dice, mientras miraba con gesto desafiante a esos pocos curiosos que lo mismo, evidentemente, no tenían otra cosa que hacer en todo el santo día.

Peso sobre peso, colocado sobre la balanza, Wenceslao no finalizaba ninguna disposición. Por supuesto que lacraba en que maldita fue la hora en que consideró ciertos los proverbios de Jaime el cestero; ahora bien, no soportaría volver tal y como había venido, esto es, de manos vacías. En adición, tal y como las cosas marchaban, conforme el tiempo las acomodaba, cerca de más dificultoso le quedaba el retorno, aunque, pudiera haber sido, que algún transportista misericorde hiciera buen precio del viaje. Sí, aquello del dinero dejaba atrás lo preocupante para convertirse en algo aún peor. Contando con poder permanecer por un mes más en la pensión (sin pagar, por descontado), quizás hasta con aquella salida de buscarse modesta ocupación para salvar el aprieto, lo mismo pudiese ajustar el apretado balance.

De allí a la pensión, aunque no corto el trecho sí aprendido el trayecto, se alineaban muchos y muy diversos negocios. Alguna de aquellas dependencias, a fuer de probabilidad, debía de andar falta de personal. Sin embargo el azar seguía de parte de aquel que lo enunció como *medida de nuestra ignorancia*, indicándole la salida nada más entró o simplemente forzando su marcha con cajas destempladas. El escritor arrastra consigo una sombra de miseria, de inutilidad, de paroxismo que no se manifiesta de una forma concreta y determinada pero es escandalosamente reconocible y para el escritor imprescindible. De modo que las horas fueron pasando y pesando encima. Derrotado, acabó derrumbándose sobre el asiento que le ofrecía un banco como asequible y barato consuelo. Y casi oscurecía ya. El viento

serrano se había retirado cediendo ante la calma con que siempre gustan de anunciarse algunas tormentas.
- Desde luego que el destino es sarcástico -. Justificaba su comentario porque Wenceslao ocupaba una posición privilegiada para escuchar la conversación entre dos hombres en la que se sentía incluido. - Será lo que yo te diga Manuel - y el otro negaba un poco testarudo pero con condescendencia al final - en este país puñetero solo no hay trabajo para quien no lo busca. Lo demás es golfería. - Amigo mío - y no era amigo suyo, claro, tampoco costumbre de Wenceslao inmiscuirse en conversaciones ajenas, que bastante tenía con las suyas, pero la ocasión le pareció obligada. Ya que alguien habría de cargar un poco con sus penas, valiéndose de la sorna anunció: - si por algún casual se entretenían en discutir, les ofrezco humildemente nada más mi mediación. Mi nombre es Wenceslao, Wenceslao Martín. Seguro estoy que mi caso, en este sentido, les aportará una valiosa cuantía testimonial. Vine de provincias hará escasos meses y anduve tal como ando ahora, dando coces, de uno a otro lado sin encontrar un sitio en el que caerme muerto -. Asintió triunfal el ganador del envite y, pese a lo lamentable del contexto, rieron los tres de buena gana. - Pues ven para acá compañero, cuántos los habrá en tu lugar sin saber que tienen la solución ante sus narices - añadió: - y déjame invitarte con lo que se iba a apostar este porque mañana Dios dirá de lo demás pero lo que es trabajo… de sobra vas a tener, si no verás -. Entraron a una taberna, quizá por resguardarse de las primeras gotas de lluvia, anunciadas por unos impresionantes relámpagos.

- Yo soy Américo - se presentó un hombre flaco, de mirada vivaz bajo pobladas cejas con alguna que otra cana entre su espesor. Su piel tintaba de cetrina y sus manos, nerviosas, no paraban de gesticular elocuentes. La boca, no demasiado grande, tenía un parecer cavernoso, custodiada por pocos dientes amarillentos y vigorosos, repartidos desigualmente a lo largo de unas encías hinchadas. Los adentros de la taberna bullían, a duras penas conseguía el escritor seguir el hilo de la conversación. - …con eso y con que te vistas un

poco aparente, ya tienes trabajo -. Wenceslao repasó su mejor traje, un poco ofendido. - que no es que sea requisito indispensable el ir bien vestido, entiéndeme, pero a los que van bien vestidos en ocasiones les dan trabajo antes, aunque sean mal avenidos -. Manuel rio y su poderosa carcajada, auténtico fenómeno, ahogó por unos instantes la algarabía de la tasca. - Tampoco vallas a creer que esto es cuestión de ir bien vestido, porque si te ven como un señorito lo mismo no te cogen o si te cogen y vistes como señorito, siendo señorito, y solo siendo señorito se puede vestir como tal, no aguantas el trabajo más de un día. Ahora que hablo de señoritos me vienen a la cabeza los ingleses, siempre con su bigotillo a rastras, con su chistera y bastón de buen porte y el monóculo calado en la cuenca del ojo -. Volvió a resonar la carcajada de Manuel pero esta vez el local ya debía estar prevenido y no disminuyó su jolgorio - pues no eres tú hombre de mundo Américo - sentenció - y eso, llamándote como te llaman. Todas esas zarandajas eran de cuando Cánovas lo menos. Ahora los ingleses están llamados a vestir como el resto del mundo, vamos, como todo Dios aunque, eso sí, con ese mal gusto que siempre les ha caracterizado para todo. - ¿Y tú que narices vas a saber? - Se molestó Américo - anda que habrás conocido a muchos ingleses - Ya te digo yo que los ingleses no andan como los pintas. - ¿Querrás apostarte algo esta vez? - No veo por qué no. - ¿Y querrás perder de nuevo? - ¿Cómo que de nuevo? Aún no encuentro nada perdido ni ganado. - En esto, fíjate, no te voy a quitar razón y no porque no la lleves. Mira una cosa, dejamos de apalabrar y nos esperamos a la Exposición; allí nuestro amigo encuentra trabajo y vemos si los ingleses visten o no visten como señoritos. - Yo no he dicho que no vistan como señoritos, solo he dicho que vestirán más o menos como el resto del mundo. - ¿Y cómo viste el resto del mundo? Porque en África no se visten apenas y en oriente… -. Tentaron unas bebidas servidas por una mujer de mirada amarillenta y manos cargadas de mugre. - ¿Y a ti que te parece esto de la Exposición? - Preguntó Américo a un Wenceslao visiblemente perdido, sus palabras estaban acompañadas de los gases etílicos. - ¿Cuál? - Se interesó. - ¿Cómo que cuál? - Intervino Manuel - pero hombre de Dios ¿en qué

mundo vives? Si no se habla de otra cosa.... - La Exposición, no hay otra con la cual confundirla - asentó Américo - algún cartel habrás ojeado, andan por todas partes. Pues buena han armado en el condenado recinto. Mejor harían los poderes públicos en gastarse los cuartos donde hace falta. - A dos manzanas de aquí mismo - informó Manuel al escritor - tienen allí un puñado de construcciones modernas. - Va a venir mucho extranjero alelado con dinero, como en todas partes sobra menos aquí.... - Y como encima dices que se tira.... - Tanta Exposición y tanta Exposición para impulsar la economía y el comercio mientras los de siempre no veremos ni un centavo, verás. - Dejaran la economía y se ocuparan de la sociedad.... - No es más que otro salón donde se sirve champán mientras se arregla el mundo. - La fecha oficial de apertura era dentro de un mes - informó Manuel - se conoce que no estábamos preparados para este embolado, nadie sabe por qué el alcalde se ha interesado por estas cosas - Nosotros conocemos a Julián, es uno de los capataces. - Pásate cuando quieras y salúdale de nuestra parte, él te dará trabajo. - Si lo tiene, claro -.

Wenceslao se desmoronaba enfrentado al escritorio. Acariciaba distraído las teclas de la máquina sin atreverse a pulsar ninguna. - Y eso, con lo sencillo que lo había imaginado, casi un abecedario entero ante mí, con escoger cualquiera de los signos...-. La silla emitió un suave crujido al recostarse, llevar su codo al antebrazo roído y la cabeza al brazo, ladeada, vencida. - Quizá si contemplara los horizontes perderse como en provincias acaso... - quizá. Pero la acción estaba condenada a desarrollarse entre aquellas paredes que recibían lamentándose el fuerte chaparrón. Sangraban, podría decirse, las gotas de lluvia. Mientras, Wenceslao evocaba el nombre de su tierra. No solo la ciudad cedía ante los recuerdos del escritor, la tormenta se cobraba el olvido de sus fauces de viento con un apagón que ya se prolongaba hacía horas. La pensión, para aquel y otros casos, contaba con suministros de mecha y cera, antaño almacenados, debió ser, cuando los

salones rebosaban de vida aristocrática. La llama de la vela sobre el escritorio se sacudía a merced de unas corrientes heladas de impreciso proceder, creando un juego agónico de luces y sombras. Una gota de lluvia escapada e intempestiva atravesó la techumbre quedando desintegrada en un tintineo opaco al precipitarse sobre la cuartilla de blanco, se extendió en un círculo que fuera adquiriendo relieve hasta terminar de secarse.

Reflexionaba sobre en *El amanecer*... no puede decirse tanto de un arte perfecto como de una naturaleza perfecta. Tuvo la osadía de rescribirlo para rescatar la memoria del Alquimista, para preservar el recuerdo de su región. Pero en el fondo aquella obra ya había sido escrita y todo intento de recordarla implicaba falsificarla. Wenceslao no quería servirse de ella o acomodarla a su verdad. Aún no sabía si deseaba aclarar la leyenda o solo avivarla, creando un reguero de nuevas leyendas. El texto en sí no estaba conectado con el mundo, había pasado a convertirse en un puñado de palabras inconexas e indescifrables. *El amanecer* era una evidencia insuficiente para un pasado enterrado, solo preservado por la imaginación de gentes de un lugar remoto. Pronto se disolvería de forma definitiva, junto con otras miles de historias inexistentes para la Historia. El Alquimista sucumbiría, finalmente, a su propia profecía.

- Un solo párrafo - acostumbraba a decir Wenceslao - lleva ya incrustado el sistema, la coherencia, incluso el estilo, esa forma individual de hacer las mismas cosas que otros hacen, la trama... tal si las aguas dulces, por unos momentos rebosantes, se deslindaran de sus cauces para abrir un nuevo caudal, y todo, tarde o temprano, desemboca en ese mismo mar salado que todos conocemos -.

- Pero ¿cómo si no emprendido, saber dónde un camino concluye?, ¿y no es elevado el camino más que el destino? -. Tosió Wenceslao, acabaría por resfriarse. Decidió acostarse. Las noches insomnes cegaban la luz de la razón, despertaban ese otro hombre lleno de elucubraciones y fobias. Antes de dormir, sin embargo, se consintió una gracia; era ésta, en boca del propio

escritor: - Si se pudiese hacer literatura a costa del no hacer literatura, extraer inspiración directamente del fenómeno de la falta de inspiración acaso… -. Tardó un buen rato en conciliar el sueño. Finalmente dormido, creyó distinguir los acordes fríos y parsimoniosos de un piano, sin duda, el de la duquesa, aunque bien podía haber sido su imaginación la que tocaba una vieja pieza.

Silencio, yo sé que existe porque hay sonidos que lo confirman. Me hallo en silencio a la vez que escucho los tiempos de una estufa (esa misma que me gustaría tener a mis pies para calentarlos), el viento que aúlla tras el cristal de las ventanas y el ajetreo de una pluma que es el mía rasgar el papel.

Aquella mañana, nada más levantarse, Wenceslao se atornilló a la silla con intención de escribir. ¿Qué es lo que el Alquimista había descubierto? ¿Qué ocultaba y por qué se escondía viviendo como un salvaje? Y, después de todo, nadie podía asegurar que el Alquimista realmente existió.

Imagino o recuerdo mas la palabra no acude. No soy su dueño, simplemente, escribo un dictado de algo que habré leído y habré olvidado, eso, o es la voluntad de nadie, no mía. Quisiera anhelar para poder cifrarlo. Observo la habitación, leo, recapacito, desisto. Se me ha ocurrido escribir algo para cuando sea viejo, quizá para nunca, algo mío, hermético, que solo a mí interese por lo que respecta. No sé por qué pero pensar en mí, viejo, me hace sentir extraño y sobrecogido. No triste, ni alegre, ni asustado. Para describirlo, afirmo, me gustaría hablar con uno de mis futuros, o de mis pasados. ¿Para qué? Me pregunto ¿para transformar mi tiempo?, ¿para revivirlo, para repetirlo, para…? Para nada, solo por mera curiosidad. Nada más sencillo, para ese viejo, con el único fin del recuerdo, para no olvidar. Y lo que más lamento es que mi vida no sea nada emocionante ni aventurera, que no tenga más que estas palabras que no llego a encontrar; pero, al fin y al cabo, qué remedio, me digo ¿y quién nos dijo que alrededor de lo falso y lo

verdadero, lo malo y lo bueno, lo justo y lo injusto, el fin y el principio, habíamos de condenarnos? Cada cosa, en el orden, ha de tener tiempo y lugar. Bien hacemos los hombres que sabemos de nuestro lugar y tiempo hablando en pretérito perfecto. En esencia, nada que tenga sentimiento, nada que perdure por alguna otra cosa, nada, escuetamente, tiempo y más tiempo, siempre perdido.

No es ésta una cuestión purista pero tratábase más bien de una feria y no de una exposición, esto es, de un mercado extraordinario sito en alguna parte en unas fechas señaladas. Las gentes distinguieron cada feria de acuerdo con su nombre, siendo éste tomado a partir del lugar o la fecha en que la feria se señalase. Más bien feria que exposición, entonces, pues su lugar no era otro sino el viejo recinto ferial de la ciudad, eso sí, reacondicionado al efecto. Si allí se celebraba la feria del Santísimo Patrón, por poner el caso, ahora se celebraría la Exposición Bienal Europea, por poner otro, también en el recinto del Santísimo Patrón y todo en su sitio, como quien dice, cada cosa por su nombre, pues, según se dijo, no hay peñasco sin él. A propósito de esta fecha cuyo renombre nos ha distraído inútilmente, como bien sabía Manuel, llevaba ya un mes de retraso, suficiente demora para apretar unas ultimaciones que fueron insuficientes al parecer de todos.

Los productos exhibidos eran, nada más y nada menos, las novedades de Europa entera, según se solía decir, aunque no toda Europa estuviera representada, más bien una parte pequeña, paradójicamente, la más significante. Se trataba aquella de una réplica de las grandes exposiciones europeas pero con un carácter más local y reducido. Hasta allí no llegarían inventos revolucionarios sino más bien artilugios curiosos poco o nada eficaces. A decir verdad los europeos desconfiaban del poder industrial de aquella región atrasada y no presentaron grandes novedades. Lo novedoso, verdad segura, siempre llama la atención y lo desconocido, verdad absoluta, siempre se imagina distinto de como es. Productos de distintos ramos

comerciales e industriales, cachivaches de todo género, dinero y más dinero. El protagonista: la máquina, ese ente automatizado destinado a cambiar la vida y a revolucionar el mundo.

Ante todo, la exposición constituyó algo que contar en una ciudad donde no se contaba nada, porque no había nada que contar a no ser que se inventara, se exagerara o se aderezara con alguna invención. Porque los tiempos, decían, avanzaban hacia una progresiva uniformidad de costumbres y tendencias, vidas, ideas y aspiraciones. La tendencia dominante era que el porvenir remplazase al pasado y que la tradición se desvaneciese a costa de imaginar un futuro de dimensiones posibles ilimitadas. La ciencia se presentó como la panacea universal. Había que ver como se despachaban alegremente viejas y sonoras incógnitas una detrás de otra. Bastaba mirar los reflejos prodigiosos del cinematógrafo y asombrarse ante lo inmenso y anciano del universo, los rudimentos celulares y los millones de hipótesis lógicas vertidas sobre el origen de la vida y el fin del cosmos, a cual más fascinante.

Los obreros se afanaban en acabar lo inacabable, que ya era suficiente. Unas vallas de tablones, provisionales, separaban el recinto del cinturón de edificaciones que lo veteaban. Al recinto iban a morir cuatro calles, dos verticales, una horizontal y una última callejuela atravesada. El centro de la exposición era presidido por una construcción alzada entre lo que aún era prácticamente un solar. Una edificación de hierro y cristal que se contorneaba en difíciles escorzos sin llegar a dibujar una forma bien definida, aún cubierta de andamiaje. No había terminado de construirse y ya la gente renegaba de aquella diabólica estructura. Demasiado atrevida, quizá, demasiado inútil, es posible. Cuando la torre Eiffel se construyó aspiraba, al menos, a ser el edificio más alto del mundo. Inicialmente el proyecto no tuvo buena acogida y fue considerada por muchos como otra torre de Babel, antiestética e inútil. Suponía un desafío para la ingeniería y el espíritu moderno se identificaría con ella plenamente con el pasar de los años.

Teniendo en cuenta que el emblema más importante de Francia fue ampliamente criticado no era de extrañar entonces que esta construcción fuera blanco de desavenencia. Este edificio no iba a destacar por su altura ni por ninguna otra cualidad. Era una caricatura de lo que aún entonces en la época se estaba ensayando, una imitación a pequeña escala sin ningún claro principio, otro ensayo frustrado y monstruoso que acabaría derruido al poco tiempo y que no tendría lugar en la memoria colectiva. La construcción se asemejaría a un tétrico autómata autodestructivo de Jean Tinguely.
En torno a esta estructura se disponían los diversos pabellones, *plus minusve* ordenados. Destacó por su diseño una pequeña muestra de náutica cuya corteza imitaba una descomunal gabarra, paradójicamente, se habló mal de sus expositores, al parangonarlos con otros años más gloriosos en otros países que nadie había pisado. Sobre el tendido de iluminación artificial se habían colocado vistosos cetros florales igualmente artificiosos y pequeños banderines de los países allí representados. El personal de limpieza se hallaba por entero convocado, maldiciendo y afanándose en derramar cubos de agua sobre el polvoriento empedrado.

A un bulto de gran tonelaje y de forma no muy bien definida, similar a un gigantesco fruto desechado y rodeado de hormigas febriles que eran los obreros, se le introducía en el recinto, esto es, en el hormiguero, arrastrado y empujado con la ayuda de tornos de madera, atraído desde un complejo juego de grúas y poleas. Los obreros se confundían en una fenomenal barahúnda de esfuerzos, dando indicaciones y reniegos a voces. Manteniendo el paso frente a algún socavón traicionero, entró la mole informe por una de las puertas que desembocaban en una de las calles verticales, las mayores de todas. Tras su ingreso, entró el mismo Wenceslao, junto con algún obrero rezagado, empequeñecido ante la faraónica labor. Anduvo el escritor entre los cimientos de los futuros salones en busca de sus futuros empleadores hasta que un capataz de pequeña estatura, arisco, le detuvo preguntándole por el motivo de su presencia, en un alarde de autoridad exagerada tal vez

por lo no exagerado de su estatura. Le sugirió triunfal, tomándole de un brazo, que lo mejor sería que abandonase el recinto. Wenceslao se deshizo del agarre del pequeño capataz invocando al señor Julián. Al no surtir efecto aquel nombre, dio con unos personajes que parecían de importancia en aquel berenjenal aparecidos muy a propósito. Éstos le escucharon distantes, como si tuvieran objetos más importantes a los que dedicarse y estuvieran perdiendo el tiempo. Al cabo de enredarse en un millar de explicaciones innecesarias, los responsables hicieron llamar a Julián, apareciendo este temeroso y extrañado, accediendo a facilitar los trámites. Se advertía pronto que no era un hombre inteligente ni educado pero también que sí era perspicaz y un afable trabajador, un hombre sencillo, un superviviente del día a día. Julián preguntó a Wenceslao por lo que sabía hacer. Difícil respuesta exigía la pregunta, sin embargo, mucho más difícil para Wenceslao hubiera sido si le hubieran inquirido por aquello que no sabía hacer. Resolvió reconociendo que saber hacer no es que supiera hacer demasiado pero de lo que se dice aprender… eso sí sabía llevarlo a término rápido y con facilidad. Julián llamó a uno de sus hombres (por su nombre) y le confió a Wenceslao quien, prevenido, había traído ropa de faena. - Estamos montando una tarima. Primero vamos a colocar todas esas vigas sobre las estacas, seguidamente, traeremos tablas y las clavetearemos a las vigas. Tú estate aquí, con Miguel y compañía. Nosotros estamos bajando las vigas de los carros y vosotros las colocáis donde os digan. Nada más -.

Quedó Wenceslao, al igual que muchos otros, cuanto menos sorprendido acerca de los nuevos derroteros arquitectónicos modernos bajo los cánones de la fría y funcional estructura de las fábricas, una suerte de proverbiales alzamientos modulares y monótonos concebidos como espacios para albergar monstruosas piezas mecánicas. Fuera de esto lo primero que le causó honda impresión; las alarmantes dimensiones de los pabellones que habían de acoger las obras de la exposición. Entre las paredes limítrofes aún no levantadas pero señalizadas mediante un complejo de estacas y cordeles,

pudo encerrar fácilmente ocho iglesias como la de su pueblo, y, de haber podido reparar en su altura futura, quizás hubiera adivinado que no llegaba a despuntar ningún campanario. Supuso que aquella empresa faraónica movilizaría gran cantidad de trabajadores, obtendría una elevada cantidad de costes, materiales, que su construcción finalizaría, lo menos, dentro de un par de siglos. Salvo en la cuestión temporal y monetaria, en lo demás andaba equivocado. Preguntábase a qué tanto vidrio cuidadosamente apilado en montones desproporcionados. Le parecía inaudito que un edificio fuera a tener tantas ventanas. El pabellón al que le habían destinado estaba casi concluido, o, al menos, eso fue lo que le anunciaron, porque la construcción en absoluto ofrecía tal aspecto. Wenceslao solo distinguía vigas y andamiaje. No tardaría en descubrir que aquel sencillo esqueleto que parecía sostén era en realidad el edificio mismo. Cuando ya le parecía extraño que las vigas de hierro fueran soporte ¿cómo iba a conciliar que tales elementos no solo iban a ser eso sino, además, la fachada exterior? - Esto se vendrá a bajo en cuestión de días - preconizaba el escritor cuando precisamente la Exposición no estaba prevista para aguantar en pie mucho más. Era claro; quienes concibieron esta idea proyectaron unas ruinas donde techado y dosel se habían derruido y solo quedaban como únicos testimonios los desnudos pilares.

Aulló la sirena que establecía el principio y el fin de la hora del almuerzo. Los obreros fueron abandonando el trabajo; unos hacía rato que no trabajaban esperando la sirena, otros parecía que no la hubieran oído ya que seguían trabajando. Se dirigían silenciosos, cargados de fango, cabizbajos y entumecidos hacia las hogueras levantadas con escombro combustible. El penetrante olor que despedían era difícil de olvidar. Otros abandonaban el solar para internarse en otro solar periférico, bien donde comenzaban un nuevo trabajo, bien donde se alineaban en poblados las casuchas donde vivían. Wenceslao comió cualquier cosa y, pese a sentirse tremendamente fatigado, emprendió una vuelta tranquila por los alrededores, retirándose tomando una callejuela, nunca alejándose demasiado por si no fuera a oír el

aullido de la sirena. En uno de los edificios colindantes una mujer asomó su moño, posiblemente criada, y tendió una alfombra para sacudirla. Un anciano subía despacio la calle, como si derramara su último esfuerzo en cada paso. A la altura de una carnicería se deshizo el viejo en reverencias y adulaciones hacia una mujer rechoncha, conocida seguramente, que a bien las tomó. En dirección a la exposición bajaba a trompicones la calle un carro desvencijado, tirado por una mula descompuesta. El carro se hizo a un lado del tráfico, se apeó el conductor, desunció la bestia y la llevó a beber.

El ayuntamiento colocó hace tiempo, tres cruces abajo, una fuente descomunal. Quizá la pretensión del ayuntamiento fuera sofocar los ruidos de la zona y entretener a sus habitantes con el apacible rumor de las aguas. Las aguas, en efecto, imperaban sobre el ruido, estallando en unos furiosos chorros de color verduzco y fétido olor. Obligación vital, Wenceslao tuvo que aspirar una bocanada de aire viciado e infecto, que, de inmediato, en una náusea, respiró en un puñado de vaho. Vaho que junto con todos los puñados de las demás gentes parecía formar aquella sucia neblina que envolvía la ciudad del eterno cielo plomizo, entre edificios oscuros, viejos y erosionados, cubiertos de balcones exhibiendo una ropa tendida que quedaba impregnada de todas aquellas emanaciones.

El aullido de la sirena era inexorable. Un obrero apuntaba los nombres y las horas de trabajo de cuantos eran capaces de tenerse en pie y regresar al campo de batalla. - ¿Y tú quién eres? - Wenceslao Martín Martín-López -. El otro se rascó la oreja con el lápiz - ¿Wencesqué? - Wenceslao. - Hasta aquí bien ¿ahora? - Martín Martín-López. - Wenceslao Martín, bien ¿es ese tu nombre? - Es ese mi nombre y mi primer apellido. - Ah, entonces Wenceslao Martín ¿qué más? - Martín-López. - Carajo ¿cuántos martines? - Uno, que soy yo, Wenceslao, y dos en mis dos apellidos, uno en cada uno. - No entiendo ¿W. Martín-Martín López o W. Martín Martín-López? - Wenceslao punto Martín punto Martín-López punto. - Entonces Wenceslao Martín y

junto Martín y López. - Eso es. - Haberlo dicho así desde el principio. - Haberme preguntado así desde el principio. - Vale, vale, no hace falta que te pongas así. Conforme, pasa, Wenceslao Martín. Escúchame ahora ¿cuánto tiempo llevas trabajando? - Unas horas. - Has venido hoy. - Sí. - ¿Solo para hoy? Quiero decir ¿cuánto tiempo vas a quedarte? - Hasta que esto acabe, si es que acaba y me necesitan. - ¿Vendrás mañana entonces? - Si me necesitan claro que vendré ¿me necesitan? - Ah, yo qué sé, eso tendrás que hablarlo con tu capataz ¿quién es tu capataz? - Julián. - Pues has de hablarlo con Julián, yo solo apunto cuándo entras y cuándo sales -. Wenceslao se retiraba. - Un momento ¿sabes escribir? -. Wenceslao no cabía dentro de sí ¡Era escritor! ¿acaso necesitarían a alguien que…? - Escríbeme aquí tu nombre y tus engorrosos apellidos porque se me han olvidado. Eso es. Ahora firma aquí, no, ahí no, dentro del recuadro -.

El alumbrado eléctrico desgarraba las figuras de la ciudad en un trance deshumanizador. El zarandeo del tranvía se divertía con los pasajeros exhaustos tras la jornada. En el puesto contiguo al del escritor un indiano había quedado profundamente dormido, de pie y todo, apresado un fardo con sus pertenencias, eso sí, con toda la fuerza de sus brazos tostados. Enfrente de él pero tirado en el suelo, otro bulto adormilado, el de un anciano que balbuceaba algo incomprensible mientras olvidaba su mirada en los puños de su camisa con gesto de haber cometido un asesinato y remordiese su conciencia la sangre acusadora de la víctima. En ocasiones algún halo de fosforescencia injuriosa escapaba de algún lugar, un faro, un destello, una simple señal y trazaba los rostros de los pasajeros en un efímero instante, concediéndoles un pálido parecer demacrado, de claroscuras discordancias, destacando la presencia de sus calaveras mortificadas y abominables. Wenceslao no mostró ningún interés por el interior del transporte, todo lo más, miraba a través del sucio cristal la muchedumbre insomne y febril, calada hasta los huesos, avanzando como ríos que sorteasen

grandes piezas de metal y hormigón. El monólogo del escritor había escapado de todo gobierno y desacralizaba las palabras de la civilización.

Hay libros de vida y vidas llenas de libros. También se han escrito libros sobre la vida, curioso particular. ¡Como si se pudiera escribir alejándose de tal lugar! De los libros sobre la vida es lícito esperar cualquier revelación, juicio, valioso consejo, confesión cualquiera. Es como si la vida fuera un continente en el que depositar los sentidos, las apreciaciones, las representaciones… algo que, en resumidas cuentas, despeje el desesperanzador vacío.

Wenceslao miró en derredor sin mirar para volver a abandonarse. Quería llegar a la pensión cuanto antes, pero tampoco quería realmente llegar nunca. Wenceslao cada vez desistía menos en darse la razón, con todas las peligrosidades que el hecho conlleva.

Porque no deja de faltarnos un libro que pregunta y otro que responde. Libros… como emprender un camino cuyo final a nadie reconforta ¡Como la vida misma! y es que mientras que de un libro siempre se esperan grandes cosas, mientras que se quiera esperar claro… de la vida ni las mejores palabras.

No digo yo que no haya vida sin libros; los libros, escrito está, se alimentan de la vida de una u otra forma. De la vida, opinión casi libresca, mejor nada esperar. O mejor aún casi esperar lo peor. ¡Ni si quiera lo peor, qué diablos! lo dicho: Ni las peores palabras. El amor es cosa de libros. Habrá palabras feas pero no tanto. Para la vida a los libros les faltan palabras feas. Y es porque faltan palabras feas cuando éstas se tienen que inventar, vidas en los libros se inventan, y, cuando no se inventan, nunca son claras ni para el que escribe. Pues bien Wenceslao

se escribía

o Pepe, tanto da. Quizás pudieras entretenerte en repetir lo mismo y llenar páginas y páginas con distintas palabras, ensamblar piezas secundarias, dar rodeos… en fin ¡Hay tantos extensos textos que solo dan vueltas a una simple frase! cuando se da vueltas a una misma frase hay que tener cuidado de no repetirla pues ninguna frase es lo suficientemente clarividente como para merecerlo. Fuera posible que me equivocase, probable después de todo y no porque repita frases, eso se debe a mi escasez de ingenio. Ganando saldría de todas de tal modo que si falsas mis palabras, verdadero y agradable el acontecer que me cabe esperar. Siempre hay algo bueno, qué remedio, no ya en la vida, sino en el escribir sobre ella. Quizás lo bueno sea que la vida a todos concierne y a todos nos interesa, por así decirlo, aunque no nos guste. Encadenando aforismos con paradojas parece que los libros de los muertos saben más de la vida, para desgracia de nosotros, los escritores vivos cuyos libros, si ya poco interesasen, libros y vida, menos aún los libros sobre la vida, de los vivos y muertos escrita por los vivos encima. Nunca se lea un libro que tenga menos de un siglo de garantía ¿qué interés el de la vida en los libros? Bastante con la nuestra, digo yo. ¿Y el interés entonces por la vida en los libros de los muertos, en esas extrañas psicofonías? Pero mejor será que deje eso de los libros y de la vida, muertos y vivos, en un rincón. Acerca de lo que yo escribiría es a propósito de una reflexión que me ha quedado por ahí perdida. De lo que yo quería hablar es de lo que cabe esperar. Si hay que llenar la vida con algo, que sea de libros, de mentiras, tanto de muertos como de vivos. Los libros, a la manera que a mí me gustaría tomarlos, engañándome quizás, son un útil inútil, un desafío al también inútil vacío de la vida, que creo haber encontrado. Porque si algo parece que han debido hacer quienes juegan con las palabras es poner en nuestra mano un precioso objeto, tan precioso, eso sí, como frágil y caprichoso. Hablo, nada menos, que del objeto de la imaginación, y el ingenio, cosa de libros, claro.

El tranvía se aproximaba al destino de Wenceslao.

Lástima que no de la vida.

IX

Antes de que el arte se pusiera al servicio de una revolución que, como Saturno y toda heroica revolución, *devora a su prole*, los antiguos quisieron vendernos en su verso pastoso, en su pintura de fina estampa, en su música amable y de dulce clarín… aquella increíble e incrédula vendimia prodigiosa en el vergel de la dulzura. Antes de los alambicados ingenios del vapor, del colosal artificio de la electricidad… el hombre necesitaba los ríos y las murallas que impiden entrar y salir, el Sol y las cuevas, las estrellas y el viento que jugueteaba con las aspas de los molinos; los hombres pertenecían a un lugar y las cosas eran marcadas por un ritmo más suyo. Detrás de la muralla encontraba el bosque ensombrecido, tras el bosque el desértico mar y a las espaldas de este un abismo tan profundo que bastaba tan solo que nadie lo hubiera visto jamás para no dudar de su profundidad absoluta. Así como tras el horizonte se encontraba el fin del universo, detrás de las nubes se encontraba Dios, debajo de la tierra la sepultura y, pasado ésta, las frías llamas del fuego eterno. Siempre es así; la física ordena las sustancias, la metafísica desordena lo sustancial. Los dioses, la muerte, la misma naturaleza… aún no solo eran desconocidos, sino misteriosos; lo misterioso siempre es incierto, inseguro; lo incierto ocasiona el miedo; el miedo incuba el terror; el terror siempre acompaña al respeto y el respeto, finalmente, a la

veneración. Un día el paraíso terrenal, la delicia bíblica, dejó de ser venerable. Un paraíso tecnológico resultó, a la larga, una fantasía menos fantástica. Era preciso servirse de las máquinas para alcanzar una nueva gloria, gloria que significa, todo lo más, servir a las máquinas para gloria de nadie. La desilusión clásica daría paso a la ilusión moderna, pero pronto la desilusión moderna se haría patente.

Se despertó el escritor súbitamente, en un pronto, esto es, aquella mañana supo claramente identificar cuándo había dormido y cuándo se había despertado. No es que las palabras siguieran imbuidas por la turbiedad de la noche y el apelmazamiento de la sesera; normalmente Wenceslao solía levantarse temprano pero no se despertaba hasta bien entrado el mediodía, adquiriendo conciencia de qué lugar ocupaba su cuerpo poco a poco. A pesar del frío y de una incómoda postura adoptada durante la noche que le dejaba alguna molestia como recuerdo, algunos músculos ateridos, había que reconocer que el trabajo en la Exposición había forzado un dormir plácido y profundo. Recordó la noche anterior, parcialmente confusa a bordo del tranvía y aún más confusa su llegada a la pensión. ¿Llegó a encargar a la dueña que le despertara? Dobló el papel mecanografiado para introducirlo en un discreto sobre blanco que destinaría a provincias. Era ya la tercera misiva que enviaba sin obtener respuesta. Sobre el escritorio se vertía una luz grisácea, sentenciosa. Un ave atravesó fugaz la vista desde el tragaluz. Pudo oírse su aleteo y su trajinar entre las tejas. Wenceslao no dedicó ninguna mirada al tragaluz, tampoco ninguna escucha a los ruidos del animal. El escritor abandonó el escritorio y un trozo de espejo que pendía de la pared le devolvió la imagen. La mirada sostenida en el espejo roto se fue perdiendo en el vacío… tras sumergir las lagañas en el lavabo y estirar las mantas de su camastro, se internó en el pasillo lleno de penumbra donde las escaleras de mármol se confundían en un lúgubre laberinto. En un recibidor se agrupaban algunos muebles cojos, allí reposaban algunas fotografías viejas

con sus viejos marcos, algunas estampas, cachivaches mutilados de porcelana, otros vestidos de azabache, guardando sus cosas muertas.

Aquella incertidumbre le suscitó una terrible inquietud. Era posible que hubiera dormido demasiado y fuera a llegar tarde al trabajo. Consultó un reloj de la casa que marcaba las doce sin ninguna otra indicación. Al presentarse en el comedor y encontrar un plato de desayuno vacío (más vacío que los recién servidos, casi nada) aplacó sus dudas. La dueña de la pensión asomó por el hueco de la puerta de la cocina, desenvainando unas judías, luego ocultó prontamente su mirada grave mas Wenceslao le había descubierto. El escritor preguntó la hora. - Son casi las seis -. Antes de celebrarlo, Wenceslao repuso: - el reloj del pasillo…. - Ese reloj no funciona desde que el señor, que en paz descanse, decidió arreglarlo un día. Se atrasaba medio minuto y ahora lleva toda una vida atrasado -. Tras la explicación nostálgica la criada se enzarzó en una reprimenda sin objeto, lamentándose del mal tiempo, de los nuevos inquilinos, de las elecciones municipales… Wenceslao aún tenía tiempo.

Dolores era una mujer de baja estatura, tez morena y mirada opaca. Nicho, por contra, era un mendigo amistoso y cariacontecido que se arrancaba a hablar con quien fuera sin ninguna segunda intención. Dolores se hallaba bajo su puesto, sentada sobre una desvencijada caja de madera presidiéndolo, de brazos cruzados y con la cabeza alta, como si la caja fuera un trono y ella, una reina de la miseria. Si el hombre adquiere un serial de palabras destinadas a llamar las cosas por su nombre, dieron los padres de la señora el nombre de Dolores en vez de otro. El asunto de la onomástica es bien intrincado para todo; no iba a ser menos el caso de Dolores. Los nombres en la cultura occidental se escogen por tradición, normalmente al margen del significado primigenio que ostentaron y llegan a constituir una descendencia dentro de la descendencia. Es frecuente que el hijo se llame

igual que el padre, o que el abuelo, o que el tío, o que el nuevo gobernador… Además de estos elementos tradicionales, determinadas culturas no-occidentales toman el nombre partiendo de ciertos rasgos característicos que patentiza el infante en sus primeros paseos por la vida. También hay donde uno elige el nombre que quiere para sí y, por descontado, están los nombres tomados a partir de un acontecimiento señalado, tradicional o sin precedente, que suele coincidir con la fecha de nacimiento de quien recibe el nombre. Dolores era un nombre corriente. Quizá a Dolores la llamaran así a parte de esto como simbolización de uno u otro dolor, profundo y pesaroso, lo que se dice una desgracia o más llano de carácter, y, de forma alguna, dignificante, *trágico pero bello*, ensalzador de la humana condición como dicen ser algunos dolores, entre ellos, el dolor cristiano. Quizá Dolores se llamaba así por cuestión de fonética o de cualquier otro antojo pero aquí el caso no está en el nacimiento del nombre, sino en la reinvención del nombre. Así si a Dolores, Dolores se le había llamado, pronto la gente encontró la forma de arrebatar los pesares y sustituirlos por calamidades, mala intención en todo ello, cuando la señora no era señora sino moza, tiempo durante el cual quienes llevan nombre tienen cara de llevar otro distinto solo por ser niños y no personas que casi se pueden llamar todas por el mismo nombre. Si corriente el nombre de Dolores, corriente también el afán de llamar las cosas por nombres distintos. Dolores, ya desde niña, hizo gala a cierta resonancia de su nombre, denostando siempre un carácter amargo y afligido. Tristeza que igual tuvo que ver con el trato que recibió de quienes le rodeaban, gente no bien tratada por gente también maltratada, el *estrato de los desfavorecidos*, nombre, sí, ni representativo ni pictórico pero estéril e higiénico. Esta gente debió encontrar en Dolores un fácil e inmediato pago de sus vicisitudes. Siempre es mucho más fácil y tentador atacar al débil que al poderoso.

Los rudimentos de la temática relativa al amor no han sido del interés de los estudiosos salvo para algunas raras y brillantes excepciones. Jamás dejará de

ser chocante que, en un entorno hostil donde cada suspiro supone un valioso e irrecuperable esfuerzo en la interminable escalada de la evolución, entre dos seres de la misma inmunda condición, entre una madre y su hijo, se dé una relación que parece ajena a las oscuridades del mundo. Dicho fenómeno enternecedor, en el caso de Dolores, pareció constituir un vacío legal dentro de las ciegas leyes naturales. Convirtieron al indefenso responsable -una vez más- de todos los entuertos y así ocurrió que le llamaron Desgracias, y, por lo mismo, Virulencia, Penas, Penurias y Mala Muerte al margen ya de las demás invenciones ingeniosas de la talla de Colores [se entiende, en retorcida alusión al tinte de los hematomas producidos por las diversas palizas propinadas a la infante], Olores [acusándola sede de punzantes fragancias] y Cascajo [que nunca se supo bien a santo de qué venía pese a ser una de las acepciones más extendidas]. Sin embargo Dolores, a la larga, no fue blanco sencillo y en vez de abandonarse al nomenclado destino que le reservaban los hombres acabó por alzar la voz. De aquello denigrante que recibía, bien se desquitó con otros más desfavorecidos que ella -porque siempre hay alguien-, bien lo atesoró hasta que contó con fuerza suficiente para imprimir astutas venganzas de tan despiadada magnitud que sirvieron para alejar los improperios de una vez definitiva. Convirtiose, lo que se dice, en una soberana de la miseria y contrajo matrimonio con un tímido chatarrero que manejaba a su antojo. Con él tuvo once hijos aunque algunos siempre han dicho que tuvo otros once más, claro que con otros hombres. Veintidós hijos para una mujer de caderas frágiles como las de Dolores son demasiados pero se aseguró que cinco de los once *legítimos* tejieron un enramado de descendientes que las penalidades y el tiempo irían pulimentando hasta hacerles llegar casi hasta el Sumo y Santo Pontífice, de tan intrincadas que son las correspondencias de los subterráneos y lo frecuente de sus siempre invisibles pero palpables relaciones con las altas esferas.

Si significativo el nombre de Dolores repárese entonces en el de Nicho. Nicho, el nombre sepulcral, bien pudiera constituir lo único puramente

certero de lo referido a su turbia vida, es el caso de algunos personajes desvinculados del ámbito regular. El mismo Nicho jamás se internó en tales pinceladas siendo fiel a su actitud resignada; - total, ¿para qué? -. A su mala fortuna oponía siempre sencillo pretexto inundado de una buena voluntad que, viéndole tan andrajoso, parecía impropia. - ¿Y si no hubiera pobres, por algún casual? - Discurría - alguien tendría que inventarlos, o hacer de ellos, aunque fuera de forma fingida -. Nicho, siempre sin complicarse, remedaba planteamientos a cualquier idea y se los echaba encima para cubrirse de la calamidad lo mismo que si se tratase de los trozos de tela encontrados para conformar su vestimenta con que cubrirse del frío. - ¿Y si no hubiera vino, por algún casual? Alguien tendría que hacerlo, aunque fuera con arándanos -. Como el pesimismo es un lujo barato jamás renunció a máximas de conclusiones más oscuras, en momentos, entiéndase, de debilidad y oprobio: - Si la vida buena la muerte mejor - con las que, de paso, reformaba algunas otras célebres: - Si lo bueno además breve doblemente bueno, la vida, aún breve, doblemente mala, por vida y por breve pues lo malo, si breve, como en el caso de la vida, no es menos malo -. Nicho leía los periódicos que encontraba tirados y tenía un conocimiento de la actualidad bastante extenso. Retenía titulares aunque luego amontonara y confundiera muchos más y presumía de saber identificar un *gran hombre* sin leer ningún artículo, solamente mirando su retrato. Grandes hombres y salmones, para Nicho, nadaban contra la corriente de la vida -breve y mala- y él personalmente, qué menos, considerábase si no gran hombre, hombre *pequeñamente grande* o *grande en su pequeñez*. Si la corriente había de desembocar en admitir una existencia miserable, él, aun padeciéndola en sus propias carnes, se negaba a aceptarla sin caer en la necesidad de engañarse. En conocimiento de esto, hasta de su más oscura y necrológica parrafada podría extraérsele un retazo de claridad y hasta de amable ironía. Nicho ordenaba sus harapos y enfilaba a la plaza donde tenía reservado su puesto mendicante silbando una alegre tonada. Para Nicho mendigar jamás fue un acto lamentable sino necesario y emotivo porque consideraba que una limosna a él le haría tanto bien como a

quien la concedía, primero por el gesto generoso y segundo por desprenderse de cierta suma de dinero cuya tenencia jamás había de reportar ninguna verdadera satisfacción, sino una felicidad engañosa. Él solo pedía lo que necesitaba y como lo que necesitaba era poco, estaba satisfecho.

Fabián era un golfo que se sentaba impasible sobre el bordillo de la acera y se entretenía en lanzar su única moneda al aire para después recogerla al vuelo sin molestarse en comprobar si había caído de cara, de cruz o de canto. Fabián no creía en el azar, al menos, a la hora de lanzar una moneda pues adivinaba que la posición de la moneda era fruto de su gesto desatendido. Siempre hay un niño espabilado y vivaracho que no tiene nombre.

Los cuatro; Dolores, Nicho, Fabián y el niño sin nombre ocupaban un puestecito precario en una calle cualquiera. El niño ratoneaba por los mercados tratando de hacerse con dos patatas. Cuando las conseguía, extraía una navaja de uno de sus bolsillos y practicaba entonces sabias incisiones. Cortaba los tubérculos a la mitad, quedando cuatro pedazos, y vaciaba el contenido de tres de ellos reservándose la piel. El alimento de estas tres mitades y el cuarto trozo sobrante lo lanzaba al adoquinado, deshaciéndose en nutritivos mendrugos que los perros flacos de la calle olfateaban con desconfianza.

Las plazas hoteleras, en aquellos días, fueron ocupadas en su plenitud, algo que no se recordaba años a. La ciudad, como era de prever, se volcó de lleno con los visitantes a la exposición proliferando acá y acullá los negocios más variopintos enfocados a este efímero sector. Era como si la anciana urbe hubiese recibido una transfusión de sangre nueva, o una cantidad de morfina y recobrase la vitalidad de antaño, sabedora de que con posterioridad pagaría el sobresfuerzo pero despreocupada de él en alto grado. Además de los nuevos negocios, se aprovechó para revestir los viejos y de esta

forma se forjaron en un día algunas fortunas hijas, en su mayoría, de viejas estafas. Fueron días en los que imperó el optimismo, roto el anterior aislamiento, cada cual ensanchaba su estrecho mundo con el contacto de nuevas gentes y nunca le faltaba tiempo para un nuevo entretenimiento. Camino de la Exposición, se dejaron ver algunos ingleses. Destacaban por su complexión algo más alta y fornida; hubo quien llegó a definir como más digna incluso. Pero ni la complexión ni la tez, más pálida, ni la ropa, más ligera aun en invierno, nada llamaba tanto la atención como su ánimo lúdico contenido en la aburrida isla, exteriorizado en una cordial e ingenua sonrisa que denostaba definitivamente su procedencia, un andar apremiado y contemplativo, descuidado, y un desconcertante mirar y remirar las calles sin dejar de preguntar. El francés, en cambio, quizá por mayor proximidad geográfica y menos muestras de curiosidad, casi pasaba desapercibido. Únicamente lo delataba aquel hablar melodioso, cerrado y prolongado que los anglófilos, aquellos que ensalzaban la dignidad de los *lords*, aprovecharon para tildar de cegado en una perturbadora feminidad, sin reparar en la gran afinidad con el habla castellana. Los franceses fueron muy vigilados por las autoridades, quizá, entre su equipaje, trajeran alguna idea revolucionaria. Los anglófilos conformaban el grupo más grueso y despectivo para con los demás. Jamás nadie supo de las causas que motivaron estas extrañas alianzas a propósito de los expositores europeos cuyo emblema paradójicamente no era otro sino el de dejar constancia de que el viejo continente había de pugnar por una unión desesperada. Cierto es que al principio las rivalidades tomaron relieve de sana competitividad a partir de las innovaciones de unos frente a otros mas pronto afloraron resquemores ancestrales y derivaron en patéticos ejemplos que, manteniendo ese carácter bufón visto así en frío, se saldaron bastantes con alguna que otra seria trifulca. Las agrupaciones, por supuesto, excluían extranjeros, inclusive aquellos mismos que defendían. Francófilos e italianófilos, al ser menos, formaron hermanada coalición y, al encontrar difícil la mofa de la lengua inglesa prefirieron resaltar los valores de una dieta sana de bases en el aceite de oliva y el vino, frente a la

repugnante manteca inglesa, asunto bastante belicoso por otra parte. Germanófilos también los hubo, pero fueron también pocos y considerados por extensión pelmas. De los demás, puede decirse que sí pasaron tan inadvertidos como los franceses salvo algún portugués que nunca se conoció de qué huía en concreto.

Wenceslao no deseaba por encima de todo ser escritor. Quizás no lo deseara porque en el fondo ya era escritor, aunque fuese un escritor pésimo. Lo mismo hubiera podido desear ser un buen escritor pero eso jamás será deseable. Lo que uno desea en realidad y confunde con lo anterior, es ser escritor pésimo para recibir a cambio las suntuosas recompensas que la sociedad concede a todos aquellos escritores cuya falta de talento los hace amables tanto como para poder leerlos sin sentir verdadera fascinación o envidia. La sociedad huye del fracaso porque lo identifica. Ser un buen escritor supone ser un fracaso. El fracaso se encuentra allí donde permanece el hombre viejo, inútil, arruinado, solo y sin descendencia. Contemplad cómo el fracaso abraza a ese hombre y se extiende en él como si fuera un tumor benigno. Contemplad su desidia, su desgana, su apoltronamiento, su falta de estímulo; contemplad su completa carestía de sentido social, de sentimiento elevado, su falta de arrojo, de voluntad, de orgullo, contemplad su ociosidad, su miseria e inmundicia, su cohorte de parásitos, sus remordimientos, sus flagelaciones, su tristeza, su progresivo e irrefrenable desmoronamiento. Contempladle y contemplaréis el fracaso. Identificadlo presto en vista de que pronto habréis de emprender una huida alocada que os embargará la vida. La vida, lo sabemos, genera desechos de todas las clases imaginables. Se desea la perfección y en cada elección se busca un pequeño aproximamiento a esta forma inalcanzable. Se desea con fuerza, como si nos fuera la vida en ello, y con ímpetu se elige y con más ímpetu se desecha. Deseamos, ante todo, que nuestra elección sea la correcta porque la elección incorrecta lleva implícito el fracaso. Cuando se aspira al triunfo no hay lugar para el fracaso. Y como sin

desechar algo es imposible elegir, el desecho, la no-elección, el fracaso, el hombre viejo, inútil, arruinado y sin descendencia, formará parte de nuestra vida irremediablemente.

Pocas personas pueden decir que sea difícil imaginarse a un mendigo; primero la pobreza abunda y se presenta prácticamente en cualquier lugar y segundo constituye un aspecto que enérgicamente salta a la vista. El fracaso, la pobreza, se advierte prontamente, como por instinto, y pese a lo sencillo que es reconocerla incluso cuando no se quiere reconocer, cuando uno se tapa los ojos para no verla, es quizá la desgracia que con más fervor se trata de ocultar. A la gran mayoría de los pobres no les agrada ser reconocidos como tales llegado el extremo de existir pobres que no solo hicieron todo lo posible por encubrir su miseria sino que trataron de hacerse pasar por ricos mientras que, de otro lado, más de algún rico aprobaría echar un tupido manto sobre la pobreza para ver mantos en vez de pobres. Sin embargo no todos los ricos preferirían esta última visión -existen, sí, ricos retorcidos y dignos en su riqueza- y, siéndoles posible, algunos ricos convertirían la pobre humanidad en una humanidad aún más empobrecida con el único objeto de quedar así bien encumbrada, por contraste, su calidad de ricos. La riqueza es un factor accidental mas queda aquí patente la sistemática tendencia a transmutar valores hasta hacerlos substantes. Siempre en referencia estrictamente económica, hablando de ricos y pobres *de dinero*, lo habitual parece que un rico sea rico a costa de otro hombre aunque el rico no se haga rico pensando en hacer pobres a los demás sino pensando, única y exclusivamente, en él mismo o, más bien, en su futura riqueza material, que es cosa bien dispar. De ser esta la tradicional constante la fuerza contraria (entiéndase, lo menos acostumbrado o infrecuente) lo hallaremos en el caso donde el hombre, compadeciéndose de sus semejantes, se convierte a pobre voluntariamente. Por ende, como se ha indicado, tampoco es frecuente que un pobre alardeé de su pobreza porque el pobre es pobre y el que alardea de su pobreza es o un cínico o un mendigo. Los mendigos no son sino pobres

que explotan su pobreza, extrayendo riqueza del lugar donde jamás se pensó encontrarla.

No es difícil imaginarse a un mendigo, decíamos, porque todos tenemos en mente la primera crudeza que asalta a la vista, la fachada imprecisa de alguien como Nicho. El aspecto de un mendigo podrá parecer forzado por la necesidad imperiosa y acuciante de la circunstancia mas a fe que el mendigo se ocupa, por todos los medios y sin desdeñar ningún ápice de sutileza, de que su apariencia grite que es eso, producto de la tragedia, no obstante cuando el acto corre por cuenta propia y no ajena, la fachada se desvincula de toda atribución meramente móvil de la circunstancia en virtud del astuto artificio que lo convierte en desvergüenza. El fracaso, la pobreza, lo trágico se identifica pronto porque es un sentimiento universal. Y es claro que la imagen del mendigo busca el despertar del sentimiento, sea caridad, compasión, humanidad, o tristeza; sea vergüenza, molestia o enfado. Por supuesto que el mendigo, antes que nada, prefiere la caridad ya que ésta promueve su renta más sustanciosa y casi agradecerá recibir insultos y palizas antes de verse privado de toda atención. Los mendigos no han de desaparecer a causa de las palizas o la falta de atención. Quizá, en efecto, desapareciesen en algún caso mas estos curiosos experimentos, además de no parecer honrados, son difíciles de llevar a cabo. Hay demasiados mendigos como para liarse a palos con todos y el mendigo es indisociable de la atención que nos roba. Aunque los viandantes finjan no reparar en su lamentable presencia -quizás por escabullirse o quizás creyendo con firmeza lo anterior; que es inconcebible la existencia de un mendigo sin atención y por tanto, para su propio bien, acabará disolviéndose en sí mismo- precisamente fingiendo los transeúntes es cuando logran reivindicarle con mayor énfasis.

Así, si la vida le gusta rodearse de paradojas, muchas más paradojas podrían escribirse en referencia a la vida de Nicho. Ello es porque la vida de Nicho partía de una paradoja inicial: muchas veces el mendigo desprecia la sociedad, se burla de ella, la molesta con su desaseo y con sus clamores, se

afirma como el ser más apartado e independiente del tumulto pero su dependencia es absoluta con respecto a él, mayor si cabe que la de cualquier otro hombre. El mendigo atrae nuestra morbosa curiosidad y muchos han deseado ser mendigos (antes bien, solo en alguna ocasión) meramente por el afán de experimentar. Y no ha faltado jamás quien halla envidiado a un mendigo y le halla dedicado alguna estrofa (solo en alguna ocasión, claro) como esta tan célebre que canta

Mío es el mundo, como el aire libre
otros trabajan porque coma yo
…

Se puede llegar a pensar que la vida del mendigo es libre, advenediza, aventurera, inundada por la dulce pereza y la tremenda molicie. Lo cierto es que los horizontes de un mendigo pueden ser tan bastos como los de un oficinista. Libre y despreocupado se pinta al mendigo pero un mendigo ha de ser laborioso ya que sus reacciones exigen inmediatez ante la precariedad que inunda su existir. Nicho apelaba al pan, a una familia que nunca tendría y, a veces, a la religión en busca siempre del beneficio sabiendo siempre qué cara y gesto mostrar, cómo distribuir mejor las horas del día, dónde apostarse y dónde colocar silencio, dónde insistencia.

Existe, es cierto, la vida del mendigo viajero, del peregrino. Algunos mendigos viajeros son exiliados del mundo, otros, más sedentarios, simplemente son exiliados de su país, que ya es bastante. Siempre existirán los mendigos de las guerras, los mendigos de la suerte, los mendigos rondadores de iglesias y los mendigos altaneros descendientes de familias con recursos que jamás aprendieron a obtener por cuenta propia. Nicho solo era un mendigo *adiestrado*, local, un mendigo de oficio. Ya de niño fue utilizado para mendigar y es así como aprendió a procurarse el sustento. Siempre era mirado con miedo y cuando no, con profundo respeto entre los de su clase. Nicho tenía un puesto asegurado en la plaza, heredado y defendido con el

paso de los años. Nicho se había labrado una reputación de hombre de vida, de hombre curtido y experimentado.

Mientras haya una necesidad apremiante de llenar el estómago y un primo a quien timar, habrá timos, con lo que puede sospecharse que la historia viene de muy lejos y se perderá perentoriamente con nosotros dadas la razón que siempre habrá hambre y siempre habrá primos. Lo mismo si no los hubiera, debería decir Nicho en esta ocasión, habría que inventarlos o fingirlos. El timo es como un truco de magia, quién sabe si el timo y la magia sean prácticas ligadas. En cuanto un prestidigitador nos sorprende con cualquier ejercicio no habrá quien no se pregunte por la constitución del *truco*. Queda el público francamente impresionado y lo mejor del asunto reside en que el truco es sencillo, realmente sencillo, lo más sencillo que cabe imaginar y, de tan sencillo que es, resulta indescifrable. La sencillez del timo no es una sencillez chapucera, despectiva, sino ingeniosa. El timo es, para muchos, una práctica de supervivencia, instinto y experiencia confiere a esta sencillez un valor de garante. En el caso de la magia el conocimiento del truco resulta decepcionante; si el ilusionista ejecuta un ejercicio y a continuación revela el truco se le despoja de toda alta consideración por mucha admiración que anteriormente hubiera despertado. Mientras, cuando se descubre al timador y es tarde, uno se sentirá irritado en caso de ser víctima pero pasado este primer trance no podrá evitar reconocer la astucia del infractor. El timo conserva un poco de esta fisiología pues el truco solo lo conocen quienes lo recurren. Todos saben que la magia *tiene truco*, sabemos lo que es un timo y sabemos que podemos, pese a ello, caer tentados.

El niño sin nombre dispuso sobre el trono de Dolores las tres pieles de patata y una pequeña esfera hueca de madera. Con las pieles en forma de cuenco tapaba la bola, quien adivinase debajo de cual piel se encontrase, vería su dinero apostado incrementarse y entrar en su bolsillo. Aún sin truco es de apreciar que la posibilidad de acierto presenta franca desventaja para el

apostador, un tercio frente a dos de desacierto, mas uno cree que seguirá astutamente la esfera con la vista y la descubrirá debajo de su escondrijo. Grave es confiar en los sentidos. Entra aquí en juego aquello de

La mano es más rápida que el ojo

Y habrá de ser verdad. El planteamiento a Wenceslao le pareció inadmisible en el caso de la escritura y, por extensión, confió en ganarle la apuesta a un niño sin nombre. La escritura también tiene sus *trucos* y determinada literatura viene a ser magia; otra, en cambio, un timo. Fabián era un gancho perfecto y su triunfo fingido empujó a Wenceslao a vencer todas sus indecisiones. El niño paseó la bola por debajo de las pieles de la patata. Wenceslao señaló una, la del medio. El niño levantó la piel y descubrió la bola. Dolores entregó a Wenceslao su dinero apostado incrementado. Wenceslao llegó a ganar dos veces más, perdió la cuarta, ganó la quinta, perdió la sexta y la séptima, ganó la octava, perdió la novena y la décima. En total fueron cinco partidas ganadas y otras tantas perdidas mas como el escritor ganó confianza en la quinta vuelta, fue aumentando y administrando sus apuestas de forma que acabó derrotado. Nicho hizo una seña y los timadores se desbandaron, dos guardias subían la calle. A cambio de cantar agua, Nicho, según fuese el negocio, obtenía lo justo para malvivir o sentirse rico por un día. Wenceslao se llevó la mano al bolsillo y solo de él extrajo una cuartilla plegada, caligrafiada y sin ningún interés. Ni siquiera un interés para él mismo porque ¿cómo iba a interesarle algo que él mismo había escrito?

Hubo un momento en que el escritor quiso negarse a beber más, justo al empezar a no acertar a distinguir las caras de los obreros de aquella taberna pero al instante le llenaba el vaso de nuevo alguna mano invisible, la mano de Baco, empujándole a terminárselo con una palmada en el hombro. Wenceslao se reía y celebraba gracias sin sentido, trataba de seguir una discusión absurda. Permanecía apoltronado en su taburete, incapaz de mover

un músculo. Quería hablar y decir que él se marchaba, no obstante, todo cuanto lograba articular era un balbuceo incomprensible y cada vez que soportaba la mirada de alguien, su cabeza comenzaba a girar vertiginosamente, emprendiendo un sinfín de pensamientos inapresables que le sumían en un mar de vértigo. Luego un mazazo le devolvía a la luz trémula del local, dejando un agudo y molesto silbido en los oídos y allí estaba aquel personaje giboso tan cómico, riéndose de su misma sombra. Tenía una quijada equina remarcada con unos gruesos labios amoratados. A Wenceslao le asaltaba de nuevo la risa hasta dejarle sin respiración, sin aliento, sin vida.

Non est beaus esse qui non putat, nemo nisi vitio suo miser est. ¡Qué grandes templos de palabras! *nemo nisi suo die morimur*… ya dijo alguien en afortunada ocasión que no hay tontería que no haya sido enunciada anteriormente por filósofos. Claro que no es feliz el que no piensa que lo es, infeliz el que cree serlo, ¿es feliz, simplemente, aquel que se define como tal?… La felicidad es arquitectura divina, pongamos por caso, a nosotros entonces solo nos quedan los fríos templos de la palabra. Fue pronunciado que la concepción de una idea tiene por motivo la coincidencia con la realidad que en ella va pensada, aprehendida, pero a veces los hombres, frustración, mera confianza en sí mismos, quién sabe qué motivo… se dejan arrastrar por el idealismo puro abandonando la resignada obediencia que deben a las leyes de la realidad para mendigar la máxima felicidad bajo los soportales intestinos del pensamiento. Ahora es cuando las ideas dejan de servir a la vida y comienza la vida a servir a las ideas. Visto así, la concepción literaria de Wenceslao bien podría calificarse como *revolucionaria* aunque Wenceslao fuera incapaz, por pertenecer a la generación que pertenecía, o por falta de talento, de escribir nada que supusiera una ruptura con la literatura anterior, esto es, lo que se llama belicosamente una *vanguardia*. Ya que la una forma parte de la otra, la historia de la literatura es como la Historia del Hombre; en ocasiones

atraviesa épocas dominadas por la tradición, en ocasiones atraviesa épocas de transición y cambio. Así de continuo hasta que los tiempos son otros pero a fuerza de tanto cambiar se reiteran y todo, en forma alguna, acaba entrando a formar parte de la tradición: la *tradición revolucionaria*. Que el curso de los acontecimientos cambie hasta agotar todo radio de novedad, sabido es, resulta imposible porque todo acontecimiento en cuanto a dónde, cuándo, y cómo se produce, es único e irrepetible y aunque posible fuera que no resultase imposible, no todo sería tradición, bien mirado, al no faltar jamás revoluciones en su escueta definición que aunque no aportasen novedades, aportarían una ruptura frente a lo tradicional, esto es, revoluciones contra revoluciones, o lo que es lo mismo, contrarrevoluciones. Siempre se darán viejas tradiciones y nuevas revoluciones. Se reiteren los acontecimientos o no, según se lea, lo que sí es imposible seguro hasta todo punto es escapar de la historia, al menos, si se trata de ser lógico y riguroso. Se es lógico y riguroso a regañadientes, de ahí el radicalismo, el desprendimiento intelectual de la observación sentimental. A menudo se cree que los revolucionarios son unos sentimentales mas lo verdaderamente apegado al sentimiento es lo tradicional. El radicalismo revolucionario es una aproximación a los grandes pilares puramente teóricos, también absolutamente precisos, lógicos y rigurosos, consonantes, solo a sí y para sí mismos. Una idea perfecta en cuanto a idea e incongruente con la realidad. Puede llamarse utopía.

Felicidad llamamos al consuelo que ofrece una cima cuando no alcanzada tras un esfuerzo de mil calamidades, siempre seguida de una gran desilusión, de un grave descenso, en ocasiones, hasta las mismas puertas cavernosas del averno. Entendemos que, a falta de convicciones y presencia de anhelos, riesgo de utopías. Cuando se quiere hablar de felicidad siempre se pretende hacerlo en términos absolutos, y siempre, lo cual es aún más raro, se pretende humillar estos términos a una relación con lo más cotidiano. "¿en qué ha de consistir mi felicidad?" Ésa es una de las preocupaciones del hombre de a pie. Es claro que no lo pregunta de forma tan explícita; denota así el hombre de a

pie que es capaz de hacer tremendamente sencillas las grandes cuestiones y luego, en el turno de las preguntas sencillas, responder con rodeos, vaguedades y alusiones estrepitosas. Infortunado él, que tiene metida en la cabeza la idea de que *ha de vivir feliz*, se basta y se sobra con vivir a secas, con sobrevivir, con mantenerse aferrado el mayor tiempo posible a esa baja rama de un árbol medio podrida para poder resistir desde allí la corriente de la vida. Quien piensa en la felicidad, concluye el hombre de a pie, descartando el problema, lo hace porque no tiene nada más inmediato en qué pensar. No, -se dice convencido- considerar al mundo, hacer de él un mundo feliz, es asunto baladí si ha de compararse con sobrevivir al día a día, esa sí que es labor de titanes y todo lo demás es edificar castillos sobre el aire y bellas torres de papel. Vivir es aspirar a lo extremo al tiempo que procurar no dejarse arrastrar por la costumbre. El hombre de a pie es un animal de costumbres pero odia las costumbres, no es que tenga miedo a morir porque ame la vida; teme morir por haberse acostumbrado a la vida.

Un mundo feliz, si es pensable ¿por qué no puede ser posible? Es verdaderamente triste el mundo feliz porque no parece alcanzable. Cuán ilustrativo se presenta el llanto del hombre al nacer, *que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma*; como si ya desde tan temprano uno manifestase su inconsolable repulsa hacia toda adversidad (que es la vida toda) cuanta ha de sobrevenirle sin posibilidad de elección. El hombre no elige vivir; se ve obligado a elegir entre las elecciones que le brinda la vida. No, lo bueno se elige si se puede elegir pero lo malo no siempre es evitable; no se debería nacer y, ya que se nace, no se debería morir. De manera ilustrativa, este llanto, según se ha dicho, encierra una tremenda *vitalidad*; los niños *deben* llorar, al menos, en el si no ya precioso, preciso, momento de nacer. De no llorar corren riesgo de mortal asfixia.

La utopía no es el pan de cada día, se dice el hombre de a pie, pero tampoco humo de paja, antes bien, sin ilusorio sustento vivir es más triste y nocivo de lo que ya lo es de por sí. Para ser un hombre feliz no tendría que nacer

hombre ¡Y cuántas más cosas habríamos de evitarle hasta despojarle de su humanidad entera! El hombre utópicamente feliz, que no felizmente utópico, vive en un mundo hecho a la medida de la orna de su zapato. Al no existir mundos hechos a imagen y semejanza del hombre sino solo mundos hechos por el hombre en debate contra el mundo, pongamos que este hombre habita un rincón tan pequeño como el hombre. Nuestro hombre viene a ser impasible ante la felicidad y la tristeza, imperturbable en este rinconcito, viviendo como bestia que esconde en sus más adentros. ¿Y por qué pequeño el mundo del hombre feliz? Porque contra más grande fuera el uno, más pequeño el otro y mayores sus dichas pero también sus desdichas. El hombre despreocupado, y por tanto feliz en la medida de lo utópicamente posible, sufre cuanto más grande es su mundo, como se ha dicho, cuanto más sabe de qué sufrir. Preferiremos evitarle la compañía y los espejos por la sencilla razón de que el hombre feliz no puede ver su cara, ni la de sus semejantes, para ser feliz.

Se asombraba Wenceslao. Se sentía como el jugador de ajedrez que ha avanzado un escaque y ha soltado ficha, sin posibilidad de retroceso ni prudente corrección y sospechando que se ha precipitado dejándose arrastrar por la irreflexión.

- Señor ¿está despierto? -. No, en un mundo feliz no habría quien le sacudiera a uno del hombro y le destinase una pregunta tan absurda. Wenceslao abrió los ojos y encontró la taberna casi vacía, tan desarreglada como si un ejército la hubiera tomado. - Si la vida es sueño ¿cómo iba a estarlo? - Murmuró. - Ha de marcharse señor, aquí tenemos la costumbre de cerrar a estas horas -.

X

Wenceslao había sucumbido a merced de la rutina porque quizá no haya nada más fácil e indolente en la vida de un hombre que inundarla de rutina. Todo ello, siendo la rutina un aspecto contrario a la propia vida de un hombre, donde a cada segundo se presenta una situación distinta e irrepetible.

De mañana se encaminaba a las obras de la exposición, era apuntado su nombre por el obrero encargado de apuntar nombres, trabajaba, comía, deambulaba holgazán un rato hasta el toque de sirena, trabajaba e iba a la taberna cuando no decidía retirarse sin más. Así era como se sucedían sus días aunque pudieran sucederse entre mil millones de maneras distintas. Alguna noche en pensión, tras esquivar el pago de renta, se desvelaba y en un acto frenético resolvía gastar cera, tinta y papel sin llegar a escribir nada que le satisficiera. Escribir por escribir, como quien se ve en la obligación -penosa si es obligación-, de escribir una carta. Escribir en un vano intento de proyectar la voluntad contra esa mil millonésima sucesión de circunstancias en los días, esa marea inquieta de azares inconexos con lo razonable. Escribía Wenceslao por escribir como quien alguna vez grita de pura angustia por gritar, o como quien no grita pero siente la absurda necesidad de hacerlo, conteniéndose, sabiendo que grite o no grite el acto le va a servir de muy poco; si grita quizás obtenga un alivio; si no grita, atesorará una energía que

no merecía la pena desperdiciar. El lamento de un hombre, de un animal, no dejará de ser una muestra harto extraña, difícil de explicar. Un insólito homenaje a nadie que tiene algo de trágico, algo de bello, algo de grotesco también.

A los ojos de cualquiera [podía leerse sobre el escritorio polvoriento antes de que el papel de Wenceslao fuera desgarrado en cientos de pedazos] *pierdo el tiempo irrecuperable. Ante los míos un interrogante: ¿a cualquiera se le ha ocurrido alguna vez escribir lo que escribo?* [Salvando las distancias, a cualquiera, porque ¿quién no se debate alguna vez contra las circunstancias?]. *A cualquiera, sin ser reconfortante, porque cualquiera es capaz de comprender que la resaca hundirá mi cuerpo holgazán en las entrañas del océano para luego vomitarlo más o menos íntegro en una abrupta costa sin nombre, vestido de algas y naturaleza muerta, y, por supuesto, cadáver. Nadador resignado ante el oleaje del destino, futuro fiambre sí, abandonado a un incierto rescate por no tener voluntad de nadar contra corriente ¿qué puedo hacer si no contra el capricho de las mareas? Y cualquiera sabe que, en mi caso, no son más que débiles fuerzas propias de un lago de tranquilidades. Es mi enflaquecimiento lo que me arrastra a representarlas como atroces mareas espumosas, responsables de los más imprevistos naufragios y desastres. De modo que me es fácil comprender a cualquiera, entiendo su risa al presenciar mi titánica lucha por la vida en las aguas de un charco vulgar.* […] *Ante mí se encuentra ahora un gran vacío que he de llenar con algo y a falta de algo he de llenarlo conmigo mismo.*

Wenceslao lo mismo extrapolaba sus sentimientos más personales a un ámbito más extenso. Siendo así, para Wenceslao, la vida de las civilizaciones permanecería anclada al trágico devenir de la historia. Algunas naciones tuvieron su ocaso al poco tiempo de ser fundadas, a algunos imperios les sobrevino la hecatombe bajo la atronadora carcajada de los siglos cuando solo creían ver la eternidad por delante de sus pasos. El mundo es para

siempre mientras que el hombre contempla impotente como se derrumban sus inútiles castillos de naipes y trata de justificar su pasado, dirigiéndose hacia la más completa incertidumbre que el futuro representa. Pero esto, al fin, no deja de ser otro asunto.

No hay ningún momento que marcase el antes y el después del desencanto, del desplome de mi mundo tan orgullosamente erigido, no dispongo de ninguna cronología que me permita señalar cuándo reinó la Edad de Oro y cuando lo demás, lo cual, me lleva a sostener que se trata de una catástrofe continuada que va de mal en peor hasta hoy día, arrastrándose sin brusquedad ni remedio.
Y ya amanece casi, a los ojos de cualquiera, mas ahora se me antoja desvanecer el tiempo para mi deleite. Quiero anteponer los recuerdos al orden cronológico natural, no mirar al futuro sino al pasado y, en haciéndolo, solo me encuentro con una soledad inconsolable. Cualquiera diría que no soy feliz pero lo cierto es que la cuestión, como a todos, me viene unas tallas más grande. Algún día abandonaré mi provisional morada para reunirme con el Alquimista, algún día la vida que llena mis palabras se extinguirá sin haber encontrado certeza ni consuelo. Ese día amanecerá pero ante mí solo hallaré una noche eterna.

Cierto es que el recuerdo se le presentaba a Wenceslao como un aspecto recurrente en su constreñida obra; a menudo lo invocaba como si con él quisiera afirmar una presencia suya que continuamente negaba aunque a veces, tal y como muestra el siguiente fragmento, llegaba a encontrar.

[…] *Mi obra ha de ser mis recuerdos y los sueños, mis emociones; la imaginación es mi amante. La sombra representa mi incertidumbre, el trazo mi consuelo y la luz desgarradora del día una evidencia que en algún momento será negada.*

Así, todos los borrones confinaban una sucesión de altibajos. Tras concluir la redacción de alguno de sus testimonios, todo parecía presagiar que Wenceslao se hundiría definitivamente para no volver a alzar su voz poética. Y es que el escritor, sirviéndose de todos los tonos de su pobre paleta, no dejaba de batirse contra el tiempo, negándolo en todas sus formas y manifestaciones.

[…] *Cuán extraño resulta mi pensamiento pues, de pronto, una profunda sensación me invade y me comunica que los negros nubarrones se han alejado dejando los verdes campos a merced del sol que se descompone en las gotas olvidadas de lluvia regalando sus colores más puros, más vivos. Una claridad llamada a desvanecer cualquier sombra de inquietud. Entre divertido por mi burda ocurrencia, percibo que los campos de mi mente son reflejo de los que encuentro enfrente, que los campos que veo también son los que pienso y siempre acostumbro a mirar con desgana creyendo que los tengo recorridos cuando sin embargo no deja de sobrecogerme hasta la última de sus hojas olímpicas. Si hay algo de verdad importante es encontrarse en paz con uno mismo y dejar que la imaginación fluya sin miedo, empujándola suavemente como si se tratase de un frágil barco de papel que se debate en las aguas de un inmenso mar inestable que es el existir. Así, con temor a que la nave naufrague de tan leve suspiro que ni siquiera estremezca una brizna de hierba surgen las ideas, como siempre, atropelladas sin ningún orden e, inmediatamente, la imperiosa necesidad de hacerlas palabra con motivo de apresarlas. Si en cajones se guardasen ideas tan leves como ésta, tan ligeras como plumas, al abrirlos se podría respirar una suave fragancia de vida que invitase al recogimiento.*
[…] *Contemplad si no los árboles y regaladles la existencia. Sin duda no les hace ninguna falta pues, en el caso de que uno mismo no viviera, quizá ellos continuasen meciendo sus ramas plácidamente. Mas, observándolos, les brindamos vida.* […] [Y] *pronto el observador se siente observado, y su pensamiento escuchado y recompensado, reconocido por todos esos leves*

susurros que desvanecen el tiempo de la misma forma que desaparece uno mismo aferrado a su imaginación como se aferra el niño no tanto al sueño como a su verdad, quién sabe si La Verdad definitiva, sin ninguna gana de despertar. Sin embargo la realidad pronto nos reclama, naufraga el barco, naufraga. Siempre llega disfrazada la mayoría de las veces de cotidianidad; bajo el timbre de la puerta, bajo el sonar de una campana, bajo el ruido del vapor… como de otra forma no podía ser el sentimiento de abandono es profundo y nos encuentran como si hubiéramos perdido parte del alma en algún recodo del camino, entre algún punzante y orgulloso matorral o entre algún ciprés elegante.

Ya nos lo imaginamos lamentándose inútilmente, devorado por el sueño, carcomido por quién sabe qué temores. Sumido en la oscuridad de su antro, sucio, desarreglado, postrado ante el escritorio, completamente desarmado, desgarrando con sablazos ciegos jirones desde el último rincón hacia un telón de asfixia engañoso e infinito, infinitamente engañoso e infinitamente infinito.

Esta última palabra ha cerrado una huida sin rumbo de modo y manera que aquí me encuentran, enfrente de un callejón sin salida y con el interrogante a mis espaldas. En vano he esperado encontrar algún arma que me ayude en mi defensa. Todavía, con la respiración entrecortada por la huida abriéndose paso entre mis pulmones, confié en hallar algún violín de estética, alguna espada vislumbrosa o alguna fórmula magistral y definitiva. No ha sido así porque debo ser un ignorante o porque, aun sin serlo a las grandes preguntas solo pondría parches o, como es el caso, letra vacía, presurosa y presuntuosa. No es de extrañar, entonces, que haya caído hincado de rodillas lamentándome y reconociendo la derrota pero esto hoy solo ha sido un punto y seguido. El interrogante ha desaparecido. Pero yo sigo en el callejón. Algún gato maúlla entre la basura y no puedo hacer otra cosa que unirme a él en busca de la cena. Cuando retorne la pregunta, al menos, tendré lleno el

estómago que es lo que a todos nos preocupa primero. Mi escrutinio me revela la existencia de una lata de sardinas, las raspas de unos pescados en un bote vacío de conservas marinas y lo que parece un receptáculo de peces sin lugar donde depositar mordisco miserable. Tiemblo, y es que además de miedo, tengo frío. Y me sonrío: menos mal que no hablo, escribo, así el interrogante no escucha. Retomo el interrogante: - ¿cómo explicar un mundo sin sentido? - Y el gato, cortés, ha respondido: - ¿qué otro sentido ha de tener a parte del que tú quieras conceder? Explicar un mundo sin sentido es, de alguna forma, concedérselo -. Tanto el gato como yo sabemos perfectamente que no vamos a movernos del callejón a lomos de tales afirmaciones. - Además de pesimista resultas pésimo -.
Fe absurda, fruto de mi deseo, porque en el fondo soy incapaz de engañarme y de admitir que es falsa. Retorno al callejón, rodeado de basura, sospechando lo que encierran los grandes interrogantes.

El saco se desplomó sobre el fango envuelto en un chapoteo visceral, salpicando a Wenceslao un firmamento de motas arenosas que posteriormente se endurecerían formando una falsa piel muerta que se cuarteaba sobre la ropa, los brazos y la cara. Fue a la fuente por enjuagarse el sudor, se llevó las manos a la cintura y a la espalda; no era posible que todas las vértebras de su cuerpo ocupasen su lugar natural. En una náusea, paladeaba una masa apergaminada, sentía una irritante presión taladrándole las sienes. Podía llegar a jurar, sobre las aguas estigias, que los brazos habían dejado de beneficiarse del bombeo sanguíneo, de tan ligeros e insensibles como los notaba, mientras que las rodillas suspiraban por vencer, cargadas e hinchadas.

Atravesó el andamiaje en busca de otro saco exactamente tan pesado como el que acababa de dejar sumergiéndose levemente en el légamo ¿acaso era el mismo saco que, después de acarreado, retornaba por su propio pie al punto de origen? Claro que era el mismo aunque lejos estuviera de poder

desplazarse por propia virtud. En aquella empresa de Babel se daban órdenes y contraórdenes a diestro y siniestro y sin ton ni son, concluyendo, de esta suerte, en el desorden; así fuera que Wenceslao llevaba el saco al destino que le habían indicado donde otro trabajador, acto seguido, apilaba el saco de Wenceslao donde Wenceslao lo había recogido. Si los dos obreros siguiesen la misma ruta, al cruzarse, probablemente hubieran advertido que no hacían nada más que fatigarse en balde mas mientras que Wenceslao atajaba por el andamiaje, el otro infeliz rodeaba todo el edificio. Inevitablemente se habían de encontrar en alguna pila de sacos pero no se reconocían y cuando se reconocían no acertaban a descubrir ni el lugar de donde partía su compañero ni el lugar de donde partía su saco. La burla se intensificaba al advertir que, al margen de lo señalado, a Wenceslao los sacos no le parecían en absoluto los mismos pues cada saco lo juzgaba más pesado y escurridizo que el anterior. Aupaba la carga, se la echaba al hombro y siempre salvaba un trance tambaleante por mantenerse en equilibrio teniendo por seguro no encontrar fuerzas suficientes para iniciar la marcha. No obstante, algún tedioso impulso empujaba su cuerpo hacia delante, obligándole a estirar el cuello por encima de la carga y a boquear en busca de mayores cantidades de oxígeno transformadas de inmediato en un frío y afilado hálito que al despedirse le desgarraba la garganta. Al tiempo que vigilaba los sostenes de los maderámenes e inspeccionaba las alturas, sorteaba el material disperso por el lodo, tal si fueran islotes en el infierno o los restos perdidos de un naufragio.

Wenceslao sintió que se desvanecía, fue un mal augurio; una corneja aproximándose por su siniestra. En vez de aquella, observó que una bestia se encabritaba y hacía perder las riendas de pie a su jinete y en levantarse aquel soberbio animal y patalear desbocado al aire escuchó un latido amortiguado, el chapoteo producido por la caída de un cuerpo extraño. Aquel no era el estruendo de un objeto contundente, más bien se asimilaba a la caída de un pesado manto. Wenceslao se deshizo del saco que acarreaba y miró a uno y

otro lado. Se llevó las manos al cuerpo como temiendo no encontrarse donde estaba; sospechaba que aquello había caído muy cerca de él y quizás le había alcanzado, aunque aún no tuviera verdadera conciencia de que andaba medio muerto, si los muertos han de tener conciencia o noción de su estado, derribado por alguna carga desprendida de las alturas, como si fuera ya poco más que un espíritu despistado. Morir siempre es miserable pero morir de aquella manera… no era lícito. Wenceslao consideró cobardemente que su vida tenía un sentido, una obra literaria por concluir; los libros *habían* de tener un final y él *debía* escribir alguno aunque se negara a hacerlo, al menos para poder descansar con dignidad, o para poder descansar sin dignidad pero tras haber demostrado… ¿el qué? No, en un determinado libro uno muere de otra manera, de una *manera justificada*; hay quien literariamente muere al tropezarse en una huida sin importancia, lo cual no será lícito pero quien se tropieza y muere en una novela es porque, de alguna manera u otra, se lo tiene merecido. Todo esto lo reflexionaba vagamente mientras intuía que algo no era *normal*, que alguna pieza de aquella realidad se había desencajado dando al traste con todo el engranaje, y, a la vez, observaba que los obreros trabajaban sin detenerse, constantes, en definitiva; como si nada hubiera acontecido. Aquella oposición entre el sentimiento de locura y la normalidad del entorno colocaba a Wenceslao en peor situación, llevándole a buscar asidero en una pared que no dejaba de mirar, angustiado. No tardaría en descubrir a un trabajador tendido en el suelo, en una postura forzada, boca abajo. Aquel era el objeto que había caído de los andamios, descendiendo la altura de dos plantas en un tiempo demasiado corto para serle habitual al consciente. Wenceslao, inmóvil, había encontrado aquella pieza desmadejada y aguardaba impotente a que los demás reparasen en el compañero abatido y le confirmasen aquella estupidez, aquella majadería ¿qué hace un hombre boca abajo en medio del fango? Pasado un rato pareció recobrar ánimos y reunió valor para acercarse al obrero. Al escritor le invadió de nuevo aquella sensación de desorientación. Pensó que quizá era él mismo quien estaba en el

suelo, o una alucinación, aunque pudiera ser también que aquel hombre solo estuviera herido, o descansando…

Aquel hombre no era Wenceslao, tampoco un espejismo. El hombre, claro está, no descansaba pero, al menos, no había muerto. Pudo darse la vuelta y tras la capa de fango que cubría su faz pudo vérsele parpadear irregularmente y luchar por respirar. Sus manos se batían en sacudidas descontroladas que fueron remitiendo hasta hacerse casi imperceptibles. Otro trabajador, corpulento y embadurnado de pintura, bajó corriendo del andamio, de un salto se colocó al lado de Wenceslao y se inclinó ante el herido, llamándole, zarandeándole y limpiándole la cara. Sin aguardar respuesta pasó uno de los brazos del herido por detrás de su cabeza y consiguió levantarlo. - ¡Eh tú! ¿Qué haces ahí parado? ¡Ayúdame! ¿O es que no me ves? Agarra ese brazo -. Wenceslao tardó en reaccionar pero acabó comprendiendo y cogiendo al herido del lado libre y entre los dos trabajadores, con los pies arrastrando, lograron alejarle de la zona. Comparado con los sacos el hombre pesaba bien poco. Llevaba la cabeza hundida en el pecho y asentía cabeceando al compás de las sacudidas del trayecto de tal forma que parecía un muñeco de barro. Algunos trabajadores cesaron en su actividad para observar a la macabra comitiva que avanzaba presta hacia uno de los pabellones a medio construir. Un capataz los llamó pero el obrero corpulento dijo a Wenceslao que no se le ocurriera detenerse ni a cambio de todo el oro del mundo. Entraron en el pabellón y se acercaron a una gran mesa donde algunos trabajadores comían y zascandileaban. El hombre corpulento ordenó que se despejase la mesa y al ver que su orden era cumplida con insultante lentitud, confió el herido a un aturdido Wenceslao mientras pasó su largo brazo de lado a lado de la superficie derramando platos y cubiertos. Unos protestaron y seguro hubiera estallado una reyerta de no ser porque el obrero corpulento desplomó el herido sobre la mesa sin hacer caso a nadie.

- ¿A éste que le pasa? - Preguntó alguien. - Ha caído del andamio - explicó el obrero corpulento - se conoce que al estar todo tan mojado…. - ¿De cual ha caído, del primero? - No, que va, del segundo. - ¡Adiós! - Ya. - ¿En qué pabellón? - Estábamos en el quinto. - Pero si eso ya está terminado. - ¿Y dónde queda el quinto? - Pasado el de aquí al lado, ese es…. - El tercero, según creo. - Exacto, el tercero, justo al pie de la hondonada. - Ah. - Pues se ha dado un buen golpe porque está sangrando. - ¿Por dónde? - Por ahí, ¿no lo ves? Por la frente. - Ponle un paño. - Mejor será alzarle la cabeza, para que la sangre valla a los pies y como allí no hay herida pues no se escapa. - Lo cierto es que hay que andarse con cuidado, sí, pero tampoco era para que nos tirases el almuerzo. Avisa antes o qué se yo. - Que avise cuándo. - ¿Y cómo fue?, ¿qué ha pasado? - Cayó del segundo y se conoce que al estar todo tan mojado…. - ¿No fue en el quinto pabellón? - Sí, pero del segundo piso. - Ah. - Si es que con lluvia no se puede. - Pasa que también pudiera estar la tabla mal colocada, o no aguantaba más. - No, la tabla estaba partida cuando bajé así que tuvo que partirse pero no por exceso de peso porque se conoce que el hombre cayó solo. - ¿No llevaba nada? - No, que va, al menos que yo sepa. - Es que esas tablas no sirven, y llevan ya mucho tiempo, demasiado…. - ¿Y cayó del tercero? - No, del segundo, yo estaba a su lado y se conoce que traté de echarle una mano pero estaba viendo que si le agarraba me iba yo detrás, al no aguantar mi tablero, y suerte que no ha caído encima de este - el obrero corpulento señaló a Wenceslao - porque con los dos no hubiera podido. - ¿Tú también estabas? - Sí. - Pero en el primero, claro. - No, bajaba del primero y estaba ya a nivel del suelo. - Pues menuda suerte. - ¿Y cómo ha sido? - Yo no le vi caer pero oí el golpe. - Sí, lo que yo digo, se conoce que la tabla venció, vamos, y además, al estar mojado el piso…. - El otro día también cayó uno, dicen, pero por lo visto solo se rompió una pierna. - Éste no para de sangrar. - Pero si al darse con el fango…. - Lo mismo era mucha altura, fíjate, desde el segundo que dicen…. - No sé, no sé, se tiene que haber dado con algo duro porque si no…. - Subidle más la cabeza, que baje la sangre a los pies, que allí no tiene herida -.

Entró el capataz en el recinto, como una flecha, interrumpiendo las voces que empezaban a multiplicarse en mil murmullos. - ¿Qué le pasa a este hombre? - Nada jefe, no se nos alborote - rio uno - que está un poco borracho y le han traído aquí, para que se sobreponga -. Las carcajadas estallaron. Todos esperaban que el obrero corpulento hablase, y así lo hizo, en cuanto se hizo silencio; - se conoce que se ha pasado un poco, jefe, se ha vaciado la bota en muy poco tiempo -. El capataz se acercó al herido en medio de cierta tensión y pareció cerciorarse de que respiraba. Luego le dio unos cachetes. - ¿Y esa herida? - Nada jefe - apuntó el obrero corpulento - ha resbalado pero nada, se conoce que al estar mojado el piso…. - Ya, ya. - Ha bebido mucho, jefe - informó uno - figúrese que le abandonó la mujer hace días y desde entonces no ha parado de beber ni para coger aire -. El capataz miró desconfiado pero terminó por convencerse - quiero ver a este hombre incorporado al trabajo en cuanto descanse, decídselo, y si no puede o no le da la gana hacerlo que se largue, aquí no nos hacen falta borrachos sentimentales, ni tampoco un grupo de personas aquí encerradas todo el santo día sin hacer nada, conque vamos, desfilando… -.

Tras la marcha del capataz se dijo: - más de un descanso va a necesitar este para articular palabra como poco. - Cállate cenizo. - A ver si levantándole más la cabeza puede decirnos su nombre. - Si está borracho lo mejor es llevarlo a la fuente, con un poco de agua…. - Este hombre no ha bebido más que fango ¿no te has enterado? - No, ¿qué ha pasado? - Cayó desde el segundo andamio. - ¿De cuál? - Del quinto pabellón -.

Numerosas explicaciones e interpretaciones comenzaron a levantarse en poco tiempo como si, de súbito, todo el mundo hubiera presenciado el accidente. No obstante las voces fueron remitiendo hasta que toda la atención quedó congregada sobre uno de los curiosos que acababa de llegar. Asentía gravemente el recién llegado y tras conversar con quien él mismo

designó, se abrió paso entre la muchedumbre hasta alcanzar al herido. En medio de la expectación puso una mano sobre la frente, auscultó su corazón, ceñudo, y le tomó el pulso entrecerrando los ojos, barruntándose algo. - Compañeros, este hombre - anunció tras una leve pausa - este hombre morirá si no traemos hasta aquí un médico con urgencia -. Un carpintero se presentó al punto voluntario, diligente - sé de un médico que opera dos calles abajo. - Está bien - felicitó el recién llegado - ve rápido. Id dos con él por abrirle vado en la verja y esperad allí la entrada y salida del médico. Ante todo, ningún jefe más ha de descubrirnos porque si lo que ha sucedido llega a determinados oídos, este hombre puede darse definitivamente por perdido -. El carpintero salió rápido y acompañado, reanudándose el murmullo hasta que el recién llegado pidió atención con un solo gesto. - Ahora, compañeros, más que nada, necesitamos saber quién es este hombre y en cuanto lo sepamos es ejecutivo que contactemos con familiares y amigos, de tenerlos ¿conoce a alguien a este hombre? - A lo que nadie respondió. - Entonces id llamando a la gente de la obra y que se vallan acercando a ver si saben algo. Que no entren muchos de una sola vez porque entonces se va a sospechar. Sería buena medida que alguien se apostara en la puerta y ahuyentase a los curiosos. Yo traeré a Isidro, sus listados han de sernos muy útiles -.

Finalmente todos encontraron algo que hacer y quedaron organizados eficazmente. Se consiguieron unos sacos vacíos, a falta de sábanas con las que abrigar al herido. También con cuidado se le quitaron las ropas llenas de barro y se improvisaron unos apósitos húmedos que le cubrieron la frente. Wenceslao permanecía ajeno al gran plan que se estaba gestando, junto al herido, en compañía de otros pocos. - A este no le salva ni Dios, ya veréis, tiene mala pinta, morirá como un perro - vaticinó uno de ellos - quizá se podría haber remediado el andamio, lo que no podemos remediar es el golpe -. Otro obrero también ajeno al plan se entretenía en recolectar la comida que había caído al suelo, guardándose lo que podía y comiéndose lo que no.

El carpintero llegó en compañía del médico. Este último hizo ademán de quitarse el sombrero descubriendo su calva sesera en señal de saludo. Aquella ceremonia unida al hecho de representarla sin confianza en el auditorio provocó que Wenceslao lo reconociera como el doctor Larrache. Larrache dispuso su maletín con presteza pero sin precipitación sobre la mesa, como si fuera el mismísimo Napoleón al decir "*vísteme despacio…*"[9], calzándose después unas antiparras doradas. Con gesto rutinario tomó la temperatura al herido y luego de destaparle el tronco de sacos, palpó con sus manos el vientre y las costillas. A continuación retiró los apósitos humedecidos y quiso saber si había caído de espaldas. - Aunque respire - pronosticó en un suspiro - este hombre ha muerto ya. Su pulso se encuentra en exceso debilitado, al menos dos costillas están peligrosamente fragmentadas y sospecho que la columna vertebral sufre aún mayores males. Resulta evidente que las hemorragias internas están muy avanzadas. - ¿Y qué de esa herida en la cabeza, doctor? - Preguntó uno. - Sangra mucho sí, pero es solo superficial; no le encuentro mayor importancia… podríamos tratar de llevarle hasta mi consulta donde dispongo de material más apropiado mas me temo que así solo acabaríamos con la escasa vida que le reste. No esperéis unas últimas palabras - anunció, tajante.

A Wenceslao aquello último le hizo recordar algunas obras literarias en donde los moribundos, antes de despedirse, pronunciaban un discurso magnífico, a veces incluso, de gran peso de intriga dado que el susodicho en ocasiones no alcanzaba a transmitir todas sus intenciones dejando la trama en suspense. Podía decirse que desde la muerte de Sócrates aquello constituía un recurso frecuente. Sin embargo a aquel hombre de complexión prosaica jamás le había escuchado hablar, ni siquiera gritó al caerse con lo que su voz

[9] "*Vísteme despacio que tengo prisa*". Atribuida máxima, quizás, en efecto, a Napoleón Bonaparte (el I, Ajaccio 1769 - Santa Elena 1821), quien, sin prisas o con ellas, se vistió a sí mismo emperador (senadoconsulto 18 de mayo 1804).

quedaría para Wenceslao bien a salvo del recuerdo detrás de aquella boca paradójicamente entre abierta. No solo en aquella ocasión, a decir verdad, a Wenceslao siempre le parecieron *anormales* aquellos discursos pues siempre se figuró que el día de la muerte era un día imprevisible por antonomasia, quién sabe si hoy, quién sabe si mañana, y aquellos discursos en los que el escritor escribía con su misma sangre nada tenían de improvisados y, por supuesto, le pareció inadmisible que los personajes tuvieran el discurso preparado y lo llevasen consigo siempre bajo el brazo. Lo *novelesco* era trágico, lo que ante sus ojos ocurría sin poder saltarse ningún párrafo era sencillamente desconcertante[10]. Tan absurdo que se hacía irritante pues todos los mecanismos que el intelecto aplica sobre situaciones concretas se basan en la vida y así, de repente, encontrarse con una fuerza negadora de tal magnitud provocaba una sensación de vacío, de desorientación, de piedad, de desamparo, de angustia… en definitiva; un cúmulo de pasiones desmadejadas capaces de ser definidas como esto: ira, pero muy a grandes trazos.

El escritor despertó de su ensimismamiento al oír la voz indignada de un obrero en dirección a Larrache. - Si se dispone a no hacer nada, doctor, mejor que se valla por donde ha venido, que nos sobra personal, tenía que haber estado presente cuando el jefe ha hablado pero como no ha sido así yo tengo el gusto de repetirle que aquí no hacen falta ni borrachos ni vagos -. El doctor Larrache ni siquiera se inmutó.

---

[10] Ya se sospechó que no se inventa nada que no tenga alguna raíz, más o menos profunda, en la realidad. ¿Es la invención, realidad hasta el término de permanecer incluida en la misma con idénticas características y condicionantes? Wenceslao Martín, aunque anduviera demasiado alejado de sus intrigas como para recapitular, en esta situación halló con toda seguridad una contradicción importante a su sistema nervioso *ideal* : que la ficción secunda torpemente la realidad o que, en boca de Pirandello, Luigi: *hasta las cosas más peregrinas pueden ser verdaderas; no hay fantasía capaz de concebir ciertos desatinos, ciertas inverosímiles aventuras que brotan del seno tumultoso de la vida misma; sin embargo ¡cuán distinta resulta la realidad viva y palpitante de todas esas invenciones que de ella podamos sacar!*

- Podría hacer el paripé un rato - sugirió sosegado - podría, mas no sé por qué molestarme cuando intuyo que haciendo algo o no haciendo nada voy a obtener el mismo resultado; la muerte de este señor que desgraciadamente no se puede posponer más. De otro lado, el hacer lo imposible o el cruzarme de brazos, como entiendo he de hacer en un caso tal, sospecho que va a reportarme también el mismo pago: ni un céntimo o, como ahora, la descortesía y la desfachatez. ¿Que cómo estoy seguro de que este hombre fenecerá? No hace falta que lo pregunten, si se lo explicase no lo entenderían. Llevo demasiados años en el ejercicio de esta profesión como para poder distinguir un herido de un muerto. Simplemente soy franco para con ustedes y no quiero venderles falsas esperanzas, eso es todo, les digo lo que hay y sanseacabó, aunque sea aquello que no les apetezca escuchar -. Hubo quien se indignó - pues menudo el matasanos. - A cambio de las molestias que me ocasionan casos como este solo exijo la justa amabilidad…. - Déjese de exigir y vállase al cuerno, medicucho, que ya está bien de sermones - un obrero amenazaba al doctor y es seguro que le hubiera dado una soberana paliza de no ser porque un compañero atendió a calmarle. Larrache, aún sin mostrar ningún cambio en su expresión, guardó sus lentes y se recompuso la chaqueta. Recogía el maletín mientras los ánimos de los obreros se debatían. - Excuse al compañero, doctor - se disculpó finalmente un obrero - anda siempre muy nervioso… -. Larrache asintió sin conceder al suceso ninguna trascendencia, avanzó unos pasos en dirección a la salida y después se detuvo - quien en este caso puede prestarles algún servicio es un cura o un hombre de leyes. Ustedes verán. Si se deciden por alguno o por ambos estoy dispuesto a quedarme para testificar -. Los demás, a una voz, decidieron que lo del cura era asunto de los familiares. - Entiendo - avisó Larrache - ¿y la ley? Porque algo habrá que hacer. - De la ley, doctor - y ésta fue una respuesta unánime - no queremos saber nada. Las cosas andan ya lo bastante revueltas como para que la ley ande encima de por medio. - Entiendo - repitió Larrache - pero si no informasen de este suceso a las autoridades podíamos encontrarnos con un problema. - Descuide doctor, nosotros nos encargaremos de dejarlo todo

bien atado. Yo, personalmente, no tengo nada que explicar a la ley y dudo mucho que me acerque a la jefatura - Quizás la ley puede ampararles - apuntó Larrache. - Las leyes no son justas y, aunque algunas estén pulcramente redactadas, doctor, para que no se nos olviden ni nadie diga jamás que no tiene nada que ver con ellas; mientras esta ciudad no sepa leer jamás se rozará con su existencia. - Aún yo iría más lejos - apuntó otro - que si esta ciudad supiera leer, las leyes quizá no hicieran falta -.

XI

También cayó el día o debió ser que solo se hizo de noche. Wenceslao regresaba a la pensión tomándose deliberadamente una larga caminata. El silencio, la quietud, pujaban por establecer su reinado en la ciudad insomne, en la urbe febril, adormilándose entre ensueño pero sin dejar de abandonar la vigilia, manteniendo una invisible pero latente tensión. El frío calaba los huesos, la humedad batía el dédalo de calles mientras que el aliento de la neblina fue tomando espesor hasta hacer lejana la siempre insuficiente luz de los faroles, hasta aislar a los caminantes de orejas enrojecidas, de narices goteantes; hasta obligarles a apresurar el paso y volverlos escrutadores y desconfiados. Quedaba en suspenso el tráfico de tranvías; regresaban las máquinas a sus cuadras en medio de chirridos, como fabulosas habitaciones móviles oscuras y vacías. Solo a la altura del puente se podía escuchar de tanto en tanto el restallar de unos cascos sobre el adoquinado.

Si el caminante encontraba el puente sobre su cabeza y el río a su vera, bien grato le era caminar arrullado por el traqueteo de la bestia, amortiguado y acompañado de la sinfónica reverberación jovial de las aguas en el arco. Podía conmoverse observando cómo los sauces peinaban con sus frondosas lágrimas el cauce. Mas, en una noche como aquella, los cascos solo infundaban temor estremecido y las aguas fluían demasiado mansas como para consolar la construcción con su canto. El puente, dichosa imagen, se

erigía amenazante, igual que una caverna, enigmatizando su paso bajo la más opaca oscuridad. El caminante, cascos atronadores sobre su cabeza, creyendo tan solo encontrar agua a su vera, no viéndola para certificarlo, nada más podía arrimarse al amparo del arranque del puente y -para no perderse en la tiniebla terminando por hundirse en las gélidas aguas- llevaba su mano hasta la confianza de una piedra rugosa, sorprendiéndola a tramos espinosa o desnuda y afilada, perdiendo su tacto en oquedades por las que corrientes muertas de aire mecían telarañas y le erizaban hasta el último cabello. Caminante, Wenceslao atravesaba el puente por su bajo vado, cuidadoso, tropezando con el piso irregular, sabedor de que no tenía que temer por nada, todo lo más, sabedor de que todos sus temores iban a parar al agua. -¿Y qué? -. Tan solo ganaría un buen susto y, si acaso, un buen resfriado ya que, aunque no buen nadador, conseguiría salir a flote. No, no había nada que temer, razonaba su temor, pero sin embargo temía a aquel río comido por la neblina y la oscuridad.

Corrientemente se denominan cocodrilos a todos los reptiles del orden crocodiliano ya sean aligatores, caimanes, personas o cocodrilos, propiamente hablando. Estos últimos, los cocodrilos genuinos, se reconocen por su hocico, no tan largo como el de los gavilanes; el cuarto par de dientes del maxilar inferior se aloja en un par de muescas de su maxilar superior que los diferencia de los aligatores, caimanes y personas así llamadas. Los cocodrilos-cocodrilos, al margen de los cocodrilos-caimán, cocodrilos-aligator, hombres-cocodrilo, etc., son hábiles y consumados cazadores nocturnos, tremendamente grandes y pesados lo cual no les impide mostrarse hartos de sigilo, ser virtuosamente pacientes, rápidos, astutos y fatales. Es de común dominio la certeza de que los cocodrilos son viejos, más que el hombre [se habla de doscientos millones de años], y además de viejos se sabe son seres intelectualmente poco dotados, en comparación con el hombre, con lo que no pueden aprovecharse de lo que ha de ser sin duda una nutritiva experiencia. Las dimensiones de su cerebro apenas exceden las de

una nuez, lo cual, induce a sospechar que ni siquiera son muy conscientes de lo que están matando, de qué están comiendo ni por qué mientras se pueda masticar y aporte energías suficientes para enterrarse con delectación en el fango. La sabia naturaleza no les ha provisto de una buena cabeza con la cual entretenerse en la resolución de ecuaciones logarítmicas, quebrados o fractales, no, pero parece haberles suministrado a cambio poderosísimas mandíbulas, largas filas de dientes que lleva su tiempo enumerar y, en fin, todo un instrumental que facilita al cocodrilo el fraccionamiento de un cráneo humano con tanto garbo como el que un humano pudiera hacer gala a la hora de partir una nuez con el auxilio de dos contundentes piedras. De otro lado, también son poseedores de una piel muy codiciada estos lagartos, dura y resistente como la que más, y, en añadidura, gozan de unas placenteras digestiones. Wenceslao sabía de éstas y demás particularidades acerca de los cocodrilos, tanto y tan bien como para poder presumir que no encontraría ningún cocodrilo ni en aquel río ni en aquella costa marina donde el río paraba a desembocar. Wenceslao no temía a los cocodrilos, ojalá los temiera, se decía, porque será horrible temer a un cocodrilo pero mucho más horrible es temer pero sin saber a qué temer en concreto. Cuando se teme y además no se sabe a qué se teme, el razonamiento no se presta tan auxiliador como en el caso de los cocodrilos, aunque se tenga un cerebro más grande que una nuez. Se teme, basta y punto, pese a que toda la razón del mundo trate de convencer a uno de que no hay nada por lo cual temer. Los cocodrilos no tienen la razón como auxiliadora pero, bien mirado, no les hace ninguna falta porque lo más seguro es que jamás aspiren a tener miedo.

Más que ladrar, un perro aullaba a la usanza de sus antepasados lobos. Representaba consuelo para el caminante abandonar la boca del puente donde la imaginación enturbiaba el razonamiento y emprender el remonte de una pequeña pero abrupta pendiente que le devolvía a las rectas calles de la civilización. Si antes desconfiaba de los demás transeúntes, apareciendo y desapareciendo como almas errantes, ahora sentía en su aproximarse cierto

calor, podría decirse, humano. Mas las calles, al fin y al cabo, tampoco resultan ser lugares agradables a ciertas horas o mejor, en ciertas circunstancias para el hombre aunque fuera él mismo quien las planeara, a su medida, y, mientras se atravesaban, el caminante solía pensar mayormente en llegar pronto a casa, prender y colocarse frente a la estufa, velar la fría noche desde el cobijo de su habitación. Echarse encima un mantón, dormirse plácidamente o quizás abrir el libro que reposaba paciente sobre su mesilla por la página marcada y dejar bien sujeta la imaginación mientras vagaba por entre las líneas que le embarcaron en travesías aventureras a lo largo de los mares, en sinuosas expediciones por el Himalaya, cruzando el desierto… quizás el libro contuvo incluso un paseo por debajo de un puente normal y corriente, al abrigo de la noche.

Imaginen un puñado de hombres andrajosos, cándidos, necios, miserables. La pobreza es escandalosa, se dijo aquí y además lo saben. Saben, asimismo, que imaginar ese puñado de hombres es hacedero. No es un crimen moral imaginárselos, tampoco creer imaginárselos, porque, en realidad, no alcanzan a imaginarse a esos hombres; imaginan sus imágenes, nada más; lo saben. No constituye un crimen, tampoco un delito, ello porque un puñado de hombres bien puede valer tanto como esa imagen que se conforman de ellos; su imagen respecto al conocimiento es limitada y pobre pero los hombres no han de ser menos. Supongan sin prejuicio, libremente, por el mero afán de especular, que en ocasiones las imágenes valen más que la realidad cuando se empezó diciendo lo contrario, que la realidad era superior e inabarcable hasta para el arte mismo y cuando se terminó jurando lo que se ha expuesto, invitando, con inmediata anterioridad. El arte, el brillo de las estrellas, las imágenes, lo mismo valen menos que sus objetos mas no nos ha de inquietarnos tanto su valía en vista de que los hombres permanecen irreductiblemente hacinados en este mundo, el mundo de la *imaginación*. Al margen de suposiciones y dentro de imaginaciones, además

de imaginarse a este puñado de hombres hay que imaginárselos ciegos, perdidos, confusos, arrastrando a tientas grandes y pesadas piedras hasta agruparlas en una explanada vulgar para alzarlas en una construcción.

Debido a su arcaica monumentalidad, la brumosa Inglaterra ha presumido poseer aquellas filas y círculos megalíticos y enigmáticos sabiamente dispuestos, en el centro de los cuales, a la luz de los astros y las hogueras, se elucubra tenían lugar en la prehistoria celebraciones paganas y funerarias[11]. Imagínense, si lo prefieren, a esos primitivos africanos erigiendo sus pirámides[12], unos arrastrados por la fe, otros por el temor, otros por la fe y el temor, otros por inercia… y todos ellos abrasados por el desierto[13]. En Babel relatan que acontecería una cosa semejante y pronto los imperios se sumarían de formas muy diversas y particulares a esta curiosa faena. Labor que, de otro lado, no hay que buscar solamente en el terreno de las edificaciones ni en la época antigua pues lo brutalmente colosal puede ser aspiración casi en cualquier faceta de la vida, colectiva o individual, antigua o actual. Los antiguos egipcios fueron pioneros en muchos campos -se recordó aquí, no precisamente en el de la utilización del arco- pero en este suyo de tanta reseña histórica, el arquitectónico-monumental, no hicieron sino estilizar una vieja dedicación hasta convertirla en un hito cultural.

---

[11]Herodoto señala que aquel era un ceremonial astral y, en efecto, parece estar científicamente denostado que si la vista atraviesa el vapor de las llamas de una hoguera situada en el mismo lugar donde se han hallado restos antiguos de otras en plena noche, mirando al cielo, puede perderse en un espejismo en el que la luna se dobla a sí misma sobre la gran roca intencionadamente tumbada (que puede ser un altar), *descendiendo de los cielos*. Estas mismas construcciones en busca del espejismo pueden, igualmente, estar erigidas en su conjunto con intención de reproducir e imitar, de manera asombrosamente fiel, los espejismos (en forma de columnas) que el calor dibuja en una gran explanada ardiente que fue Inglaterra antes de inundarse de niebla y antes de que los dioses dieran la espalda a estos costosos santuarios.

[12] O imagínense, si lo prefieren, a esos primitivos asiáticos o americanos erigiendo sus pirámides.

[13] Para los casos señalados en anotación, imaginen otras duras condiciones.

Lectores desocupados, espectadores privilegiados, quieren definir la emoción que esta visión les despierta. Inicialmente sienten conmiseración por estos hombres ciegos y miserables, confundidos, quienes se martirizan inútilmente en una labor sin sentido alguno mas luego quizás miran hacia el montón de piedras, precisan su juicio y corrigen su opinión. No, lo que ocurre es que todos estos hombres son artistas, creyentes, santos… su martirio es sacrificio hacia un montón de piedras que no es tal más que para el ojo ignorante; encarna la magnífica simbolización de Algo Superior que engrandece la naturaleza humana. Comienza, sí, a aflorar la admiración pero el retorno al compasivo primer parecer es inevitable. No, no deja de parecer un sin-sentido, estos hombres encarnan verdaderas bestias, empujan las piedras poseídos, gritan y gesticulan como primates, mientras que de su boca mana una espuma sanguinolenta y enfermiza… Ellos no se detienen a pensar si su acto es infundamentado o fundamental, no se detienen a considerar si su construcción glorifica a un Dios Único y Verdadero o a un verdadero Becerro de Oro, no son capaces de prever si mañana todo ese montón de piedras desaparecerá junto con todos los sentidos costosamente volcados en él y qué importancia tiene ello. El poeta se debate contra la palabra en busca de lo que va más allá de ella, tachona versos enteros sospechando lo que ya se sospechaba Lope de Vega cuando escribía:

Lo mejor de un poeta es lo borrado,
no lo más limpio que pensó primero.

Llamando a la inmortalidad con una lengua muda que, como el sánscrito, pronto nadie hablará. No se detienen, no, solo se arrastran desesperados deseando no tener entrañas.

Wenceslao no tardaría en descubrir que las obras de la exposición no eran más que una muestra de este delirio sempiterno. El objetivo de aquella empresa también constituía algo que escapaba de la retina de los constructores, y no precisamente por sus descomunales dimensiones físicas. Aquello, el motivo, el objeto, el fin… era una realidad tan presente como lejana por la cual ellos, teóricamente, habían de dejarse la piel sin esperar llegar a comprender nada en su sentido elevado.

Un hombre es una porción sumamente limitada (de polvo) mas se cree que los hombres son una porción menos limitada. ¡La Tierra en su galaxia es menos que una mota de polvo en una habitación gigantesca, la galaxia a la que la tierra pertenece solo es un grano de arena perdido en el desierto…!, ¡Ah, este es un abismo por el cual bien se puede derramar el pensamiento de todos los siglos reunidos! Cierto que los problemas del hombre serán siempre los mismos; tan insignificantes como él e irresolubles por y para él; por lo tanto, inútil congregar un montón de hombres con estos problemas individuales como carga a sus espaldas a la espera de una solución. Wenceslao en cierto momento también osó congregar en su imaginación un montón bastante considerable de hombres y solo alcanzó a divertirse con su abominación.

Por aquel entonces las naciones europeas tenían un gran problema, o, si se prefiere, un considerable montón de pequeños problemas: sus ciudadanos. Toda acción política no es sino un enfrentamiento contra las adversidades, un intento de regularización y organización eficiente de la vida común. El gobierno de un Estado, de una nación, puede adoptar una determinada postura política para tratar de corregir una adversidad. Que el Gobierno se decante por esto o por esto otro, en el ámbito de las decisiones de *menor peso*[14] no suele robar el sueño al ciudadano. En ocasiones alguien se queja,

[14]Como se dice: de la vida cotidiana, decisiones triviales, puntuales y aparentemente revestidas de escasa trascendencia.

desde su rincón de humildad, dirigiendo su voz a ese cosmos infinito que es la organización estatal, por esto o por aquello otro, sin embargo el ciudadano no pone el grito en el cielo ni se da golpes en el pecho cuando el Gobierno falla en una decisión de carácter *menor*. Cuando sí suele poner el grito en el cielo, ya sin importarle a uno su estrechez, es cuando el Gobierno se equivoca en una decisión de carácter *mayor* y, cuando el Gobierno yerra en estas lides, es cuando el Gobierno no podía hacer otra cosa sino equivocarse. Nadie, por ejemplo, pone el grito en el cielo cuando bajan o suben un día cualquiera, cualquier de los cualquiera intereses determinados sobre un determinado valor. No son más que ininteligibles y despreciables porcentajes en la columna de cualquier periódico. La muerte de un obrero un determinado día, salvo para sus allegados, no deja aún de ser una cuestión *menor*, una esquela o unas cuantas palabras en la página de sucesos de ese periódico que recogerá las migas de nuestro desayuno.

De otro margen, ya se sospecha que cuando el pueblo toma interés en la actividad política ésta no tarda en transformarse en un baño de sangre[15]. Es como si la grandeza de nuestro universo social, político, cultural… se alimentara del descuido de la menudencia de las partículas que lo conforman. El ciudadano se inmola en un sacrificio por una organización de vida superior, una organización que parece estar concebida para el beneficio del ciudadano. Lo chocante de la actividad política es la extrema complejidad que surge de cuestiones tremendamente simples, pareciéndonos que la organización ha sido concebida para el beneficio de algunos ciudadanos. Tantas veces y tan bien se han descrito los gobernantes perfectos que resulta sorprendente corroborar cómo el mundo sigue el rumbo marcado por los mismos ineptos de siempre (ya solo se habla de ineptitud, no de injusticia), debatiéndose en una lucha perentoria de intereses. Mas, lejos de equivocarnos, los gobernantes son ineptos solo en virtud y bajo el consentimiento de los gobernados, *stultorum numerus est infinitus*. Nadie,

[15]El pueblo, sí, es un sentimiento tan hermoso como despiadado.

en última instancia, debe obediencia a nada porque el poder es una regla, consentida o no, que uno puede quebrantar en cualquier momento y ello solo porque la libertad, en este sentido, habría de ser una instancia superior.
Hablar de Gobierno, por lo demás, es una cuestión inútil, poco ventajosa y, despreciando ese apasionamiento fácil que le concede algo de estética, aburrida. Los ineptos harán las delicias de los gobernantes, sí, y de la misma manera se deseará un gobernante inepto porque sin él uno no tiene más remedio que comprometerse y tratar entonces cuestiones inútiles, poco ventajosas y, además, aburridas. Un gobernante inepto se distingue por la toma de decisiones ventajosas a corto plazo y nocivas a la larga. Distinguir entre unas y otras es la mayor virtud del buen gobernante. Un ciudadano inepto en cuestiones de política a lo máximo que puede aspirar es a esto mismo, a tratar de cazar las grandes verdades. Estas grandes verdades todo ciudadano las tiene guardadas como un trofeo viejo y cubierto de polvo porque es más fácil acertar disparando a un elefante, grande, débil, viejo y pesado, pese al amplio grosor de su piel, que a un pequeño animal joven, fuerte y veloz, escurridizo y de apariencia inofensiva. Estos paquidermos disecados son animales soberbios a los que el ciudadano recurre cuando ha de hablar *en serio* de política, pero sabido es que una cosa es la caza y otra la decoración. El buen gobernante es cazador avezado de estas alimañas a las que nadie presta importancia, sin embargo, el gobernante inepto o las azuza para que ataquen, o se encarga de alimentarlas para que no molesten, a sabiendas de que de una u otra manera las hará más fuertes y peligrosas. En sus momentos de ineptitud (y es este otro elefante de cementerio), las naciones solo se ocupan de su bienestar presente hipotecando el futuro y, cuando ponen su trabajo y sus esperanzas en ese futuro, son proclives a ser engañadas.

Para bien o para mal, el universo, por muy vasto que sea, en nuestro conocimiento reducido estará constituido para siempre y por siempre por los mismos elementos; oxígeno, carbono, hidrógeno, helio, metano, hierro,

silicio, azufre, neón y argón. En una probabilidad, claro, de combinaciones infinitas, esto es; azufre, metano, hidrógeno, carbono, helio, silicio, oxígeno, argón, neón y hierro; hidrógeno, argón, metano, silicio, azufre…

Wenceslao no albergaba verdadera conciencia científica, política ni económica, tanto en el terreno teórico más remoto como en los aspectos puramente prácticos del día a día. Estaba, lo que se dice, sumido en la más completa ineptitud. Rechazaba estos asuntos, como casi todo ciudadano los rechaza, aun sabiendo que ha de depender de ellos en última instancia.
La Exposición, esa feria, pugnaba por consonar el compromiso de hacer de aquella una Europa fuerte, reconciliada y jovialmente unida pero la exposición -que se celebraba tan solo por pura tradición pintoresca- no gozaba de su mejor momento. Las viejas potencias todavía estaban demasiado cegadas y reconcomidas por sus viejas rencillas como para concienciarse de su lamentable miseria presente y aspirar a nuevas formas más pacíficas hacia el bienestar. Europa, una vez más, vio pasar su momento y había de conformarse con lucir en el espectáculo del mundo su papel de opereta ataviada de su folklore de arroyo, su dignidad pisoteada y sus vanguardias artísticas exóticas, pretenciosas y decadentes. Europa salía al paso con decisiones a salto de mata, soluciones *a la corta*, no habiendo asimilado la lección de que el envanecimiento y el narcisismo no hicieron nunca bien a ninguna nación.

Wenceslao divagaba en todo ese mar de dificultades y otras tantas. Tener una idea es un acto sencillo, también lo es el olvidarla o todavía el escribirla; lo difícil es convivir con ella. De otro margen, el fallecimiento de aquel obrero le perseguía. Fuera su actitud moral o inmoral, lo que no dejó lugar a dudas trascendentales fue el acierto del doctor Larrache en su pronóstico: la muerte. Aquel lance a Wenceslao le había impulsado a reflexionar sobre su propia vida. Acertó en que era una vida miserable. Ni hablaba, ni escribía, ni

dormía. Trabajaba, sí, pero la elevación de su inteligencia le llevaba a ver las cosas más bien de lo general a lo particular pese a que la rutina, lo práctico y cotidiano le mantenían dulcemente anestesiado alcanzando a olvidar sus pretensiones literarias momentáneamente y comenzando a acariciar un sueño terreno en el que viviría para soportar el duro trabajo mientras con el sueldo exiguo que ganase alquilase un techo y los pobres placeres del alcohol. Se había acostumbrado a esa voz ronca y ebria que le susurraba continuamente en el oído

Chrémata, Chrémata ánei[16]

En cambio, aquella muerte había devuelto la ebullición a su pensamiento. Los muertos solo quizá estén muertos para los muertos, nunca para los vivos. Por lo que logró averiguar, no hubo funeral alguno, sí hubo entierro, ceremonial de menor gasto, ceremonia y mayor necesidad. Un entierro al que asistieron pocos; un cura pobre, la viuda, dos o tres curiosos y, por descontado, el muerto. De todo esto, claro, no se volvió a hablar. Se averiguó el nombre del muerto por los listados y luego se sabría por su lápida. Entre todos, salvando alguna que otra dificultad, lograron mantenerle vivo hasta el día del cobro; un hermano suyo recogió su salario pues, si se explicaba que el trabajador no podía hacerlo más que sin parpadear, se terminaría desenterrando la verdad y surgirían toda serie de complicaciones y trabas para tramitar y efectuar el pago. Fue ganada la complicidad de Isidro para que este le anotase una asistencia fantasma, lo cual inicialmente originó muchas reticencias, entre ellas las del propio Isidro, mas al final todos convinieron con resignación en que era *lo justo*. Los *jefes*, aunque algo sospechaban, no intervinieron. Dicho todo, no acudió el hermano al entierro, es más, no se le volvió a ver -por descontado- ni a él ni al dinero que se llevó consigo. Esos dos o tres curiosos del entierro aseguraron ofendidos que la viuda no derramó ni una sola

[16]El dinero, el dinero es el hombre.

lágrima - tener mujer para esto, para que ni te llore el día de tu muerte, qué desfachatez -. Sin embargo la viuda no lloró simplemente porque ya no le quedaban lágrimas. Su actitud, antes bien, fue digna y correcta en todo momento, lástima que quedara mancillada por habladurías.

El escritor consiguió dormirse pero no pudo evitar el mal sueño. A la mañana, determinó no acudir al trabajo aun a riesgo de que en la Exposición le reprochasen su falta. Era eso, en el peor de los casos, o accidentarse debido al cansancio y a la falta de concentración. Sentóse delante del escritorio para levantarse pasado un tiempo y deambular meditabundo por aquel desván lamentando no disponer de una ventana a su altura para, lo menos, liberar su vista de aquella prisión. Desayunó solo. Se arrepentía de su desplante laboral mas tampoco se decidía a enmendarlo, se arrepentía de haber salido de provincias pero no se atrevía a volver, se arrepentía de haberse creído escritor mas no optaba por incinerar su escasa y torpe producción. Prefirió renunciar a reconocerse y analizar su indecisión - una indecisión agobiante- escapando de la pensión e internándose con pereza errabundo entre las calles.

Caminaba hilvanando preguntas vagas sobre la muerte, la vida, el arte, la voluntad, la soledad y el sufrimiento cuando llegó hasta el puente que había atravesado azotado por el temor la noche pasada. Pensó entonces en el mismo temor que le había invadido y lo reconoció como temor a la muerte. Sí, eso era, desprecio de la vida y su sufrimiento, pavor ante la muerte, soledad en ambas orillas del ser, el arte como voluntad de vida, el arte más allá de la vida, o de la muerte… Wenceslao se detuvo para apoyarse sobre el pretil. Desde allí podía contemplar el camino sinuoso que la noche anterior había seguido. También las mansas aguas que aquella mañana reflejaban con nitidez exacta el cielo nublado. Comenzaban a caer azarosas algunas gotas finas de lluvia y a perturbar este natural espejo. Allí donde se reflejaban los bajos del puente y no se reflejaba el cielo, en las sombras sobre el agua de los

árboles más tupidos, podían observarse las oscuras y verdosas profundidades meciendo sus algas.

De pronto, sintió una mano sobre su hombro y se dio la vuelta rápidamente, sobresaltado. - Usted perdone - se disculpó un hombre de fino bigote - quería llegar hasta la calle del Gamo, el número veintinueve, ¿sabe por dónde? -. Wenceslao respondió que no y, al ver el desánimo en el rostro del extraño, le aconsejó dirigirse a una plaza cercana y no preguntar a nadie. Cuando el extraño se alejó, algo extrañado, el escritor que dudaba de su condición trató de retornar con pasión a su ensimismamiento. Sin embargo hubo de abandonar su postura en un breve lapso pues desde la interrupción de aquel hombre no logró conciliar ninguna atención sobre el paisaje de aguas, que poco a poco se iba removiendo.

Certificó, enfurruñado, que la muerte produce hambre y, cansado de la comida que le servían en la pensión, decidió yantar en un restaurante *de ricos*. Aquella se presentaba como una medida necesaria, *plus aequo*, para el cuerpo y para el espíritu. Jamás hubiera accedido a un templo de la gastronomía y del despilfarro, todo sea dicho, aunque hubiese podido pagárselo. Él había oído hablar de esos restaurantes de boca de Jaime el cestero y, cómo no, se formó una idea equivocada; de tal manera que se personó en un tascote que tenía por nombre La Góndola, donde los clientes, además de beber, comían. La Góndola moría en un callejón y, visto desde fuera, en efecto, podría parecer el armazón de un barco, aunque fuera hundido. Desgraciadamente la fachada no pretendía eso ni por asomo. La Góndola era regentaba por un viejo marinero en infausta búsqueda de fortuna, a quien llamaban el Almirante. Este personaje aventurero se había traído todos sus aparejos consigo y, nostálgico, los exhibía sin ningún gusto. Tenía el rostro moreno y surcado de arrugas, los ojos claros y acostumbrados a ver el infinito. El infinito no del mar, sino de la miseria. El Almirante era

poco más que un rufián tabernero de puerto que a temporadas probó fortuna con la pesca y jamás llegó a conocer poco más que la infecta bahía donde se crió.

- Para comenzar tenemos garbanzos con callos, revuelto de setas con pimentón o entremeses - informó un camarero pálido y desaseado, posiblemente, hijo del Almirante. - ¿Qué llevan esos entremeses? - Preguntó Wenceslao, con desgana. - Embutidos principalmente; chorizo, salchichón, ensalada, queso…. - ¿La ensalada también está embutida? - No, claro que no, es de acompañamiento - definitivamente aquel camarero, además de mal encarado no era muy despierto pues el tono de su respuesta fue absolutamente habitual. - Nada, me quedo con el revuelto. - ¿Revuelto de setas entonces? - Sí, eso es. - Revuelto, perfecto. De segundo hoy tenemos bacalao o filete de ternera. - Bacalao o filete… - ¿Qué tal está el bacalao? - El escritor no recordaba haber mordido uno. - Es fresco, especialidad de la casa. - Sea el bacalao. - Bacalao, de acuerdo, en unos minutos… ¿más vino? - No, déjelo, de momento está bien. - En caso de que necesitara algo más…. - De acuerdo, descuide -.

Paseó su mirada por el local. Lo calificaría como un sitio polvoriento y tranquilo. Constató que los ricos no llevaban una vida muy diferente de la suya. Le embargó un optimismo inconsecuente y pensó en regresar allí en cuanto tuviera ocasión. Aquello no estaba nada mal, mientras pudiera permitírselo, claro. Incluso le habían atendido con cierta amabilidad y distinción, cosa del todo inusual. Si antes se vio incomodado por la gente, lamentó ahora no encontrarse con ningún conocido para compartir con él aquella experiencia. De otra parte ¿acompañado de quién iba a acudir a aquel lugar? Wenceslao era -oh, ahora lo certificaba- un solitario y la poca gente que creía conocer no eran ni ricos ni afortunados.

Un decorativo ancla, anclado en la pared tornasolada, al lado de una distante escafandra plúmbea y oxidada vigilaba su apatía. En una red aún colgaban algunos mejillones disecados. - Entremeses - anunció el camarero colocando

con mano diestra el plato delante del escritor - y el pan - que venía en un cesto lamentable. Wenceslao desplegó una servilleta inmunda y acarició con ella el tenedor con motivo de enjuagarlo olvidándose de que había solicitado revuelto de setas con pimentón. Tentó pausado algo que parecía chorizo mas era queso. Después de un mordisco poco ortodoxo donde el cuchillo no tuvo nada que ver ya que no estaba en la mesa notó que el pesimismo le había conquistado hacía rato y que ya no tenía afán de llenar su estómago. El Almirante, lobo de mar en tierra, había retirado prudentemente los cuchillos para evitar demasiada sangre en las reyertas de los comensales o su propio suicidio. Wenceslao tenía ganas de salir de allí y gritar. La servilleta fue de su regazo hasta sus labios, buscó algo que beber y que no había pedido y perdió su vista, agobiado, en una licencia deteriorada de un buque mercante de la primera mitad del siglo XVII. En tiempos pasados y sin duda, ilustres, debió exhibir con orgullo sus bonetas, unidas al pujamen de las mayores y de la mesana latina. Sintió una arcada quemar su garganta y vomitó a la salida del antro con toda la discreción que le fue posible.

En aquellos momentos la sirena podía estar llamando al deber, al trabajo, a la exposición. Si las sirenas de la mar, dicen, poseen una voz que a nadie le importaría escuchar, las sirenas de la ciudad, de las fábricas, seguro que por nadie quieren ser escuchadas. Wenceslao se encontraba demasiado lejos como para escucharla, demasiado desocupado como para atenderla, demasiado confundido como para obedecer su mandato. Presentía que se le escapaba el interés por la vida, por sí mismo, por cuanto le rodeaba. Sentía que nada merecía la pena verdaderamente, que todo era tedioso e insignificante si no frenético, atropellado y demasiado confuso. Respiraba por accidente, se impulsaba por inercia, existía por pura incoherencia y ni siquiera aspiraba a la lamentación, ni a la compasión, solo a la apatía.
El reinado de un pensamiento enturbiado dictaba sentencias abominables, derrotistas, patéticas hasta que sus entrañas comenzaron a rebelarse y se le encaramaron a la garganta. Desde allí aunaron fuerza suficiente reclamando

una atención para la vida. Hubo de descender Su Apática Sesera para presentar combate y la gran batalla tendría lugar en terreno neutral, en las sienes. Wenceslao sentía los estallidos en sacudidas terriblemente dolorosas, ardientes, mareantes. La cabeza hacía restallar con furia toda su artillería de desgana, de renuncia y desinhibición, de pesimismo fácil y recalcitrante para frenar el avance de las tropas de las entrañas, del sentimiento, de las razones infundadas de sobrevivir, de luchar, de egoísmo y eternidad. Antes de llegar a la terrible batalla de las sienes las tripas hubieron de tomar todo el rostro, en un avance sin tregua. El rostro de Wenceslao comenzó por contraer la boca en una mueca de envejecimiento. Las bajas de los ejércitos fueron evacuadas en una masa de babas, vómitos, sangre, sudor, mucosa, orina y lágrimas, desperdicios corporales confundidos, entremezclados, fétidos, corruptos y agonizantes. Su Majestad la Sesera vio desde su trono encefálico cómo las cejas, el último vado antes de alcanzar las sienes, se arqueaban fruncidas en una última seña de angustia y demanda de auxilio. Tras la derrota en las sienes, la cabeza terminaría por atrincherarse en la frente y allí soportó las embestidas de las entrañas en una larga guerra de desgaste. Mas las tripas obtenían refuerzos con presteza ya que el hambre atrasado constituía una fuente de recursos casi inagotable y se divertían al lanzar desde su fortaleza unos rugidos impresionantes y desmoralizadores que auguraban todo el dolor que poseían y no tardarían en armar. La cabeza ideó ingeniosamente avanzadillas estratégicas y letales que pudieron haber confundido a las tripas mas veíase minada por la conciencia interna de que la batalla estaba perdida de antemano. La garganta, paso estratégico, continuó habilitando el desfile de destacamentos entrañables emponzoñados de bilis y jugos gástricos que a su paso abrasaron el terreno. La cabeza, diezmada, firmó la paz a regañadientes y se retiró a recuperarse al subconsciente. Las tripas instauraron su imperio de odio. Como producto, Wenceslao comenzó a albergar entonces un desprecio infinito y visceral por las gentes, por sus mundos. Empezaba a sentir ansias de gritarles a la cara, de insultarles, de golpearles hasta hacerles sangrar como él lo hacía. Quería verles desnudos y humillados, como él lo

estaba, despojados de su vana dignidad. Deseaba el triunfo, la gloria, deseaba la riqueza, aplastar todo su oprobio con grandes sumas de dinero y obligarles a arrastrarse a sus pies, a revolcarse en su propia inmundicia. Pero el deseo pronto se atenuó. Debería representar un consuelo mas no era así cuando la cabeza acechaba desde las sombras para reanudar otra vez las intrigas. Su Majestad, desde el exilio, llamaba al deseo, si eso es deseo, de la muerte. Prometía el silencio eterno desatendido de todo, de sí mismo, olvidado de sí, ajeno a todo…

Wenceslao adquiría la certeza de que las cosas comenzaban a ir mal pero era incapaz de determinar una causa concreta. Lo importante, se aconsejaba, era no tratar de enterrar el dolor porque el dolor, como la sal, vuelve los campos estériles; las lágrimas en cambio, aunque sean saladas, pueden llegar a constituir un buen abono del que se beneficia el germen de la cordura y del buen sentido. No obstante sucede que los hombres en determinadas culturas tienen prescrito llorar y, una vez dejan de ser niños, llegan a olvidar cómo hacerlo, no quedándoles a mano otro recurso que el de la sal. Wenceslao estaba decidido por todos los medios a no soportar otra guerra interna que desembocase en una catástrofe como la que acababa de padecer. Necesitaba resurgir *él mismo*, su *ser en sí mismo*, es decir; su plena conciencia, consciencia y dominio de sí sobre su voluntad intestina y sobre su pensamiento nihilista mas temía que ya fuera tarde para aquello. Trataría de contentarse con descargar la molicie, la desesperación y los oscuros rencores; buscaría redimirse, castigarse, sublimarse… y resolvió el entuerto lanzándose a correr como un poseso, huyendo del conflicto, de sí mismo, tan rápido como le licenciaran sus delgadas piernas, tanto como le permitieran sus pulmones. Urge señalar que sin ninguna dirección, colisionando ferozmente con cuanto encontrase a su paso, esbozando una sonrisa lacrimosa y enfermiza, sosteniendo una mirada fija pero perdida, hablando entre resoplidos, gritando incluso y, desde luego, despertando el escándalo a su paso.

Fia lux… lástima que no hubiera nadie allí para observarlo.

Hoy puede leerse y comprender sin mucho gasto de reflexión que la luz se genera cuando otra forma de energía se convierte en energía lumínica en un proceso físico o químico más o menos complicado. Uno lee hoy frases como ésta sabiendo que la luz le permite leer frases como ésta, sabiendo que la luz precede a su existencia, que solo porque hay luz se existe y se existe de ésta manera peculiar y no de otra. ¿Que cómo uno llega a saber que hubo luz antes de poder vivir para comprobarlo? Ésa es la cuestión. Guardamos, entre otros muchos, el testimonio de un antiguo griego sardónico que ya apartaba a los reyes de su frente para ver y recibir los rayos del sol. ¿Cómo, entonces, se llega a saber que por la luz se existe y se existe, además, de esta manera? La luz y su calor son necesarios para la vida en la Tierra, no se conoce la vida con menos o más luz en otros planetas ni en otras condiciones atmosféricas. Debemos nuestra vida a la luz del Sol, sin él, la Tierra no sería más que una roca escarchada. Se estima que el Sol alcanza una temperatura eficaz de alrededor de 5.800º K porque en su parte interna se fusionan cerca de 700 millones de t de hidrógeno cada segundo, porque su pérdida de masa en la combustión que libera energía se puede cifrar en 4,3 millones de t por segundo[17]. Es oficioso recordar que a una temperatura de 5.800º K no hay ninguna condición para que se de la vida, ni la vida pensante. La vida es posible en la Tierra porque el Sol se encuentra a una distancia de 149.598.500 Km, lo que viene a ser, para componernos una ligera noción, unas 23.454 veces el radio ecuatorial terrestre. Al margen de las condiciones particulares que se han dado en la Tierra, la vida precisa de esta luz, poco más y poco

[17] Un ritmo que llevará al astro a perder el 10% del hidrógeno que actualmente posee en algo más de 6.000 millones de años; esto viene a ser, 5.999 millones de años, once meses, 23 horas, 59 minutos, y 59 segundos; 5.999 millones de años, once meses, 23 horas, 59 minutos, y 58 segundos; 5.999 millones de años, once meses, 23 horas, 59 minutos, y 57 segundos… aún nos queda luz, sigamos leyendo

menos con lo cual, podemos admitir que la luz del Sol es tan necesaria para la vida como lo es la oscuridad gélida del espacio. Hoy pueden leerse y tratar de comprender toda esta cantidad ingente e inútil de datos sabiendo que la luz permite su lectura, sabiendo que ayer no se tenían tantos números gigantescos pero en su lugar se colocaban estratégicamente gigantescas piedras de acuerdo con la posición del Sol.

La reflexión de luz, por contradictorio que pueda parecer, siempre implica absorción de luz por parte del objeto reflectante, seguida inmediatamente de la emisión. En el caso de un espejo perfecto, por ejemplo, la luz emergente es igual a la incidente y en todo lugar no deja de ser absorbida. En el fenómeno que hoy podemos estudiar bajo el nombre de absorción de luz*, al contrario que en la emisión, la energía luminosa se convierte en otra forma de energía. Cualquier luz que incide sobre un objeto es absorbida de inmediato por sus átomos y moléculas traduciéndose en calor o, como acabamos de ver, en una emisión de luz. La transmisión de luz, por su parte, se define como el acto de pasar la luz a través de un objeto transparente o translúcido.*

El escritor hubo de parar, de detener su arrebato. Las leyes de la física nos impiden correr a la velocidad que deseamos y al tiempo que desearíamos correr, las conozcamos o nos las imaginemos, incluso si las ignoramos, en cambio nos permiten imaginar lo que deseamos ¿o no? Wenceslao cerró los ojos y escuchó su respiración entrecortada, rápida y dolorosa, sentía como si fuera a ahogarse. Distinguía una luz blanquecina e intensa, pura, que fuera sustituida paulatinamente por un tono rojizo cada vez más apagado. En este tinte rojizo alcanzaba a adivinar extrañas filigranas hasta que solo vio oscuridad. Somos hijos tanto de la luz como de la sombra con lo que no es de extrañar que el escritor afirmase que, de alguna forma, llevamos una luz dentro de nosotros, con nosotros. En el delirio mental, al cerrar los párpados, se puede creer ver luces mas se tiende a calificar categóricamente que no son luces propiamente *reales*. Los ciegos también pueden distinguir una luz alta y

brillante si su inservible nervio ocular se estimula lo cual no da pie para afirmar que la luz existe al percibirla. Las luces que vemos cuando cerramos los ojos han de ser eso, o la luz del Sol o la de cualquier otra fuente de energía luminosa a través de los párpados, o quizá una reflexión ocular tardía de luz anteriormente retenida o, en última instancia, una "ilusión" motivada equívocamente por nuestros nervios o equívocamente interpretada por nuestro cerebro. Acorde con la definición, en efecto, en cualquiera de los casos podemos hablar de emisión de luz tranquilamente y sin miedo a traicionar la memoria de Newton.

Las luciérnagas, algunos de los peces abisales… son seres vivos capaces de generar luz con su propia química corporal. El hecho puede estudiarse también por un nombre complicado y difícil de recordar. El ser humano, hasta la fecha, no es capaz de nada de esto lo cual representa una buena noticia para los fabricantes de bombillas, y, a pesar de todo, se sigue diciendo que, como el hombre es hijo de la luz, es perfectamente factible que albergue una luz en su interior ¿y por qué no? Expresiones del tipo "iluminó con su presencia la sala" parecen tomar partido de esta rara teoría no aceptada por el rigor de los postulados científicos. Que nosotros seamos fuente de energía diversa pasa, nuestro organismo, para su funcionamiento, precisa hasta de electricidad. Mas hay que reseñar que nuestra energía en ningún caso surge de la espontaneidad de la nada sino que es energía emitida, y, como en el caso de la luz, la energía emitida surge de la transformación de energía precedente, a su vez emitida y transformada &c.

Tras la carrera, Wenceslao se derrumbó y pensó que el espíritu se iluminaba por su alrededor y absorbía los contenidos armónicos naturales, que entonces albergaba luz en su interior. La luz recibida y contenida, es reflejada en la cultura… la cultura, el arte, serían como espejos perfectos que emitiesen tanta luz cuanta absorbiese el espíritu. El espíritu podría absorber también la cultura, el arte, la luz reflejada. Los fenómenos culturales y artísticos serían como colores pulidos, puros, descompuestos, que el espíritu podría unir para

componer el espectro natural visible o, a la inversa, tomar este espectro de la naturaleza y descomponerlo. Wenceslao pensaba esto evitando pensar que nuestro pensamiento es producto de energía, energía que está condenada a transformarse. Cuando esta energía se transforme nuestro pensamiento será parecido a un cuerpo translúcido, a una masa informe de aire que ni si quiera se revolverá a nivel molecular en contacto con la luz. Nuestro pensamiento, a diferencia de los cuerpos translúcidos, ni siquiera se inmutará porque no es cuerpo. Nuestro pensamiento atravesará este proceso porque al dejar de recibir energía no tendrá otro remedio de extinguirse como lo hará el Sol dentro de aproximadamente 60.000 millones de años. Por supuesto, el pensamiento cuenta con algunas tretas para sobrevivir aprovechándose de otra energía a través de los citados espejos de Wenceslao. Para más referencias pregunten a Newton, quien ahora sobrevive gracias nuestra energía, que atraviesa millones de espejos de cultura. Es una lástima que estos espejos no sean espejos perfectos y no emitan tanta luz como la que recibieron en su día. Moriremos dentro de… ¿cuánta vida nos garantizan las estadísticas? Lo ignoramos. Nuestra muerte será un suceso sin importancia digan lo que digan las estadísticas. Somos demasiados los vivos, somos demasiados los muertos, nuestra vida es demasiado corta, el universo es demasiado viejo e inmenso, inabarcable. El Sol, con sus orgullosos 696.000 Km de radio, unas 109 veces el radio de la Tierra, con su volumen de $1.412 \cdot 10^{15}$ Km^3, lo que equivale aproximadamente 1.300.000 veces el terrestre, no deja de ser nada en comparación con la grandeza del cosmos. Un puñado de moléculas componen una ameba, una estúpida ameba es tan pequeña que necesitamos verla con un microscopio; la Tierra es incomparable con nosotros, El Sol es incomparable con la Tierra y el Sol resulta que no es nada, nada es entonces ni grande ni pequeño, ni viejo ni joven, ni rápido ni lento, solo relativo. ¿De qué nos angustiamos entonces? Ya no nos queda envanecernos con nuestra grandeza, ya no podemos abrumarnos por nuestra insignificancia. La angustia solo puede recurrir a nuestra falta de certeza, de conocimiento. Hemos de depositar ahora nuestra fe en esas fórmulas largas,

garrafales, incomprensibles y vacías, hemos de atornillarnos todos esos conceptos de velocidad, luz, espacio, masa, peso, estructura, tiempo, relatividad y física nuclear, cuántica y metafísica, hemos de aprender a resolver complejidades numerales de orden aleatorio, fractales, logaritmos y quebrados, hemos de asimilar que el Sol tiene una densidad relativamente baja, concretamente una densidad que alcanza 1,41 veces la del agua (el sol flotaría en el mar aunque lo mismo el mar se evaporara antes), que la luminosidad solar, la energía que el Sol irradia por segundo es de $3{,}9 \cdot 10^{33}$ erg/s al igual que antaño depositábamos nuestra fe en un Dios Padre Creador Todopoderoso; en un Señor Jesucristo Hijo Único de Dios, en un Dios en Jesucristo, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nacido de la santa María Virgen y del Padre antes de todos los siglos; en un Espíritu Santo, señor y dador de vida, imagen visible de Dios invisible, que procede del padre del hijo, y que con el padre y el hijo recibe una misma adoración y gloria…; en la Santa Iglesia Católica, Pueblo de Dios, Cuerpo en Cristo, Templo del Espíritu Santo, Una, Santa, Católica y Apostólica… en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne, en la vida eterna…

La llama de la fe es débil pero apagarla supone dejar la vida sumida en la tiniebla. Dicho de otro modo, es absolutamente imposible vivir sin ninguna fe, sin esa flaca palabra de dos letras. Quien no cree, de alguna manera, cree en su no-creencia. Hay que creer en algo, aunque sea en uno mismo, es más, mejor creer en uno mismo pues la fe en Carlomagno, en Julio César, en Napoleón… se extinguió cuando sus imperios se desvanecieron, la fe en la Luna quedó dilapidada nada más pisarla, la fe en la realeza desapareció nada más desacralizarla, la fe en Dios y en la Iglesia concluyó por inercia, la fe en el comunismo se precipitó por corrupta, la fe en el amor se apagó al cosificarlo, la fe en la verdad cesó por dolorosa, la fe en el capitalismo se cayó en el veintinueve, la fe en Nietzsche se derrumbó por su propio peso, y la fe en la ciencia… ¿va a ser una excepción?, ¿qué pensará el hombre no occidental acerca de las cantidades de hidrógeno que contiene el Sol?, ¿cómo le

explicaremos esa gaita de protones, neutrones y ácido desoxirribonucleico?, ¿qué pensará el propio hombre occidental del Sol dentro de otros dos mil años? Seguro ambos reirán a mandíbula batiente en cuando logren descifrar todas nuestras vanas torres de papel. No hay fe que perdure, ni la fe en ninguna disciplina, ni la fe en ningún Dios, ni la fe en ningún Estado, ni la fe en ninguna persona, ni siquiera, la fe en uno mismo, ni siquiera, la fe en la no-fe. Esto no es nuevo. La ciencia desprecia vehementemente la fe y llama a la Razón. Está dispuesta a cargar con todos los males de la razón antes de intentar de nuevo la fe. La ciencia ignora que el verdadero "*ateísmo*", aquello que no alcanza a ser siquiera fe en la no-fe o contra-fe debió de extinguirse cuando el hombre empezó a caminar erguido. La fe se derrumba y, para colmo, es imposible vivir sin ella. La Razón no excluye a la fe; la fe y la razón se detestan la una a la otra pero no se excluyen, la Razón por sí misma vale tanto como la fe.

- ¡Basta, basta, basta! - Wenceslao trataba de incorporarse y gritaba hasta que se desgañitaba. - ¡Basta, por favor! -. Se llevaba las manos a la cabeza y trataba de emprender otra huida pero luego caía a la acera y se revolvía en los suelos babeando y vociferando calamidades. Un grupo de viandantes se habían detenido a mirarle. Algunos niños empezaron a tirar piedras a aquel excéntrico borracho hasta que Wenceslao quedó tendido en el suelo inconsciente y el juego ya no tenía gracia. Los hombres necesitamos sentirnos vivos a cada paso que damos y buscamos en nuestros actos una respuesta inmediata. Por eso grabamos nuestro nombre en algún sitio que nunca miraremos pero confiamos en que otros mirarán, por eso doblamos una carta cualquiera, nos deshacemos de ella y seguimos su curso inútil por el río, por eso nos llaman la atención los animales que reparan en nuestra presencia mientras que los que no lo hacen no consiguen despertar nuestra atención. Por eso nadie se fija en el Sol si no es cuando eclipsa, por eso nadie hace mucho caso a las piedras, por eso a nadie interesa la vida de los demás mientras no le incumbe…

Wenceslao había llegado al extremo de consultar el diccionario y respirar aliviado. No, no era locura lo que padecía. Ocurre que llega un momento nefasto en la vida de un hombre, un momento en el que no han de servirle las palabras ni los diccionarios. Un momento en el que tiene que abandonar las comodidades del pensamiento que hasta el momento le definían, el instante en el que se derrumba la fe en la que había estado viviendo y ha de empezar a construirse pacientemente otra mentira. Wenceslao intuyó que había llegado el momento, pero desconfiaba, no estaba preparado.

La toma de conciencia no es un proceso abrupto sino un acto continuado en el que se van abriendo muchas puertas y solo cuando se ve la puerta siguiente se descubre que la anterior era una puerta falsa. La vida es corta, o eso dicen al menos quienes la acortan en estas sentencias ¿cuánta vida nos garantizan las estadísticas?, ¿a alguien le importa verdaderamente? Ya en tiempos de Wenceslao se comenzaban a hacer este género de cábalas supinas y se estimaba que la esperanza de vida del ciudadano medio rondaba en torno a los sesenta y cinco y setenta años, quizá algo más, lo que, a día de hoy significa bastante mas al paso que avanzamos en la lucha por la eternidad pronto solo será una corta etapa de la infancia. Hoy se puede leer que hay gente que llega a vivir ciento diez años mas uno ya sabe que ese anciano en realidad y, siendo optimistas, habrá vivido, lo que se dice vivir, un par de años a lo sumo. Los ciento ocho restantes ha sobrevivido quizá solo para verse un día rodeado de periodistas y estadistas, conocidos, amigos y familiares, si los tiene y viven aún con ánimo de soportarle, homenajeándole en su centenario. - Veo, señor, que conserva usted una memoria estupenda ¿dónde estaba cuando se firmó la paz de Westfalia? - ¿Cuál es el secreto de su saludable longevidad? - Usted, con lo bien que se le ve seguro es capaz de aguantar otros ciento diez años más -. En un día emotivo como lo es este seguro que nuestro entrañable y queridísimo anciano, el mismo que nos enternece con su frágil vitalidad y nos sorprende con su cordura, ese mismo

quien asegura no hacer nada en especial salvo leer el periódico los domingos, cultivar un pequeño huertecito que prospera en su jardín y comer garbanzos acompañados de buen vino dos veces por semana… - pero por favor, díganos, qué vino - …ese viejito bonachón y amable desearía estar muerto, en una caja, con los pies por delante. Él no ha ganado esos dichosos ciento diez años, tampoco los ha perdido. Los años *han pasado*, y ni los tiene ni deja de tenerlos. Lamenta solo conservar un vago recuerdo de aquellos años dos en los que se sintió realmente vivo, realmente dichoso, jovial y agradecido, cifra muy pequeña en comparación con los ciento diez. Cifra insuficiente, insultante. Los mejores momentos son como esas bellas flores de un día que no vuelven a aparecer en años, esas flores que nacen en rincones recónditos, apartados, a la vista de nadie, como concentradas en sí mismas y en su sola fragancia fugaz. ¿Y cuándo se siente uno realmente vivo?, ¿cuáles son los momentos de nuestra vida que recordamos y en vista que no podemos vivirlos ni revivirlos, porque han pasado, quisiéramos recordar mejor? Cada hombre conserva celosamente sus momentos marchitos. Unos están convencidos en su fuero interno de que ese momento fue en el que se sintió por vez primera profundamente enamorado, otros se aseguran que su momento transcurrió mientras contemplaba el amanecer en los reflejos de un lago. Hay quien piensa que su momento fue por contra traumático, doloroso, que en un lance descubrió que había vivido engañado y a partir de entonces fue otra persona, él mismo. Si viviéramos para vivir estos momentos… quizá la vida tuviera sentido. Pero lo cierto es que no vivimos para ellos pues de hacerlo no tardaríamos en reconocer que no merece la pena. La toma de conciencia, además, no es ninguno de estos momentos, ni siquiera ese último traumático y doloroso. La toma de conciencia comienza con la duda, prosigue con la revelación, continúa con el convencimiento, avanza sobre el engaño, perdura con la convicción y lo más probable es que no termine con la vida. Es un lento despertar en el cual el sueño jamás será vencido. El hombre desecha las palabras pensadas y comienza a cosechar las palabras, sus primeras palabras. Cuando un niño con torpeza se debate con

sus primeras sílabas no ha aprendido a hablar; tampoco ha aprendido a hablar cuando alcanza a recitar, sin trabarse, un verso de Góngora; no sabe hablar cuando dice que se llama Fulano de Tal, que hasta la fecha estaba viviendo en la calle Zeta pero como ha pensado en casarse ha tomado la firme decisión de mudarse a una casa más habitable, que reconoce que no gana mucho pero tiene terminada la carrera, y ganas de trabajar, que puede demostrar que conoce la vida lo suficiente como para desenvolverse en ella y dar vida a su vez, tal si fuera un cuerpo reflectante de vida, y enseñar sobre la vida a los demás, iluminar de vida todo el planeta, e iluminar palabras a los demás pues conoce muchas, muchísimas palabras, tiene un desván lleno de baúles llenos de ellas, ha escrito versos, telegramas, exámenes, cartas, artículos, disertaciones, ensayos, nombres, lugares, fechas, esquelas, novelas, folletines, confesiones, introspectivas… que ha dicho muchas cosas acerca de muchas cosas y algunas cosas las volvería a repetir solo por el placer de repetirlas aunque otras no tanto, claro… que ha leído este libro, y este otro… las palabras se las lleva el viento y quizá este hombre sepa hablar o diga todo esto y no haya aprendido nunca. Decimos quizá porque, en este caso, solo él sabe lo que dice o lo que dice y no sabe. El hombre aprende a hablar cuando sabe, también cuando sabe callar. La toma de conciencia, como todo proceso de aprendizaje, es un procedimiento continuado que no acaba con la vida, no acaba nunca. Lo dicho; se comienza a dudar sobre esto o aquello porque uno entonces realmente ha reparado por vez primera en ello, uno prosigue rebelándose contra lo que considera nefasto y revelándose lo que cree acertado, justo, bello, bueno… uno se equivoca, en definitiva, pero encara el engaño con tozuda perseverancia, debatiéndose en un mar donde todo es movedizo y lo único seguro parece ese avance continuo en el que se lucha contra la ceguera a base de ceguera y, -por supuesto y con toda probabilidad lo más importante-, contra uno mismo a base de uno mismo, esto es, contra todo.

Como es de imaginar, para volverse loco por el camino[18].

[18] Nos referiremos a la locura de ahora en adelante cuidándonos de definir al loco no como al hombre falto de razón, antes bien, como al hombre que solo le queda la razón.

XII

El doctor Larrache, tras consultar el termómetro, dictaminó que se trataba de una pulmonía. La sintomatología era clara: mal estado general, fiebre alta, dolor en punta de costado, tos, disnea y expectoración. Tratamiento: reposo absoluto, administración de tónicos generales, antitusígenos, antibióticos y sulfamidas. Larrache, por descontado, no llevaba nada de esto en su maletín. Se dijo con acierto que no hay enfermedades sino enfermos y por eso quizás temiera Larrache que aquella neumonía fuera a complicarse con alguna otra calamidad.

La mañana era demasiado joven como para que el doctor probara fortuna con un pronóstico y alcanzara a imaginarse la causa de todas aquellas magulladuras que encontraba repartidas por todo el cuerpo. Diego vigilaba el reconocimiento en un aparte, cepillándose inquieto su frac color café - en este desván hay demasiadas corrientes - señaló al cabo de un rato mirando a su alrededor - quizá deberíamos internarlo en algún hospital -. Larrache se deshizo de sus antiparras y aburrido recogía el instrumental. Parecía no haber escuchado la objeción de Diego o lo mismo pensara que en los hospitales hubiera acaso más corriente, sin embargo de pronto anunció: - lo mejor sería obligar a esa bruja a servirnos una comida como Dios manda. Cualquier día nos morimos todos de inanición ya que, mientras paguemos, no moriremos de envenenamiento. - Lleva usted razón - asintió Diego

esperando secretamente que el doctor encontrara las fuerzas que a él le faltaban para encararse con la dueña-criada - toda la razón del mundo -. Larrache abandonó el baúl en el que había permanecido sentado - ¿cuánto tiempo llevará este chico encerrado aquí? - Dos semanas, quizá tres - informó Diego mientras escrutaba la oscuridad de la pieza - ese profesor de latín que duerme debajo anduvo varios días quejándose de los ruidos provenientes de esta misma sala. Claro que aquí da igual quejarse. A mí los ruidos no me quitan el sueño, ojalá, para lo poco y lo mal que duermo… sin embargo anoche me despertaron unas voces, subí hasta el desván aterrado pues no creía la habitación ocupada por nadie y de repente me lo encontré según está ahora, tumbado en el catre y delirando. Con decirle nada más que me confundió con un tal Napoleón… yo traté de calmarle como bien pude pues se encontraba sudando, nervioso, pálido y muy agitado. Además de confundirme con ese Napoleón que jamás he visto, fíjese, hablaba un idioma de Babel incomprensible, entre el latín y el esperanto. - ¿Y qué decía? - ¿No le digo que no se entendía nada? Lo poco que logré sacar en limpio fue algo de no sé qué historias de las palabras, de la libertad y la fe y pamplinas… estoy convencido de que es un anarquista y ha venido aquí a esconderse mientras prepara un atentado pues todo esto es muy extraño y si no ¿qué hace escondido en esta buhardilla? - ¿Anarquista?, ¿usted cree? No sé, yo me los imaginaba algo más sombríos, vigorosos… en fin, que intimidasen algo más. Éste no intimidaba ni siquiera cuando tenía salud, daba lástima verlo, más bien. - No vaya usted a confiarse por el aspecto, uno nunca sabe, además, precisamente, van de incógnito… dudaba entre llamarle a usted, despertar al resto de la casa o hablar con la policía y dar razones mas como era muy tarde, ya le digo, y parecía que empezaba a tranquilizarse, decidí esperar a hoy. Nada más bajé y me acosté tuve un sueño rarísimo, verá… -. De súbito el doctor Larrache se apresuró a recoger su gabán oscuro y sacudirlo de polvo - he de marcharme - interrumpió - hoy estoy llamado a un montón de consultas. - También yo marchaba - recordó Diego al punto - pues se me hace tarde. Le acompañaré ¿hacia dónde va? - ¿Hacia dónde va usted? -

Devolvió la pregunta Larrache para tomar la dirección contraria. - Yo me dirijo hacia las cuadras, he de recoger los caballos y el coche del señor. - Ya, pues yo subo hacia el mercado. - ¿Arriba, en la plaza? -. A cada escalón que bajaban sus voces se iban alejando más y más hasta que el desván quedó sumido en un silencio sepulcral. Wenceslao dormía envuelto en cien pesadillas, ajeno a la pesada lluvia que en aquellos momentos empezaba a caer sobre la mansión.

Para sentirse pequeño en el pequeño mundo del conocimiento y sufrir con o sin placer un rato basta tan solo con escoger al azar cualquier página de cualquier enciclopedia. Poeta maldito, un tal Lautréamont, conde de, perdido hoy entre estas carillas [visto como uno de sus precursores por los surrealistas del s. XX] asegura que hizo editar hacia mil ochocientos setenta, bajo el sugerente título de *Poesías*, firmadas con su verdadero nombre (lo cual, por lo que se ve, en el caso de Lautréamont no era lo corriente); dos composiciones que constituían la primera y la segunda parte de un prefacio a una obra que estaría formada por "las poesías más bellas de Víctor Hugo, Musset, Byron y Baudelaire, corregidas en el sentido de la esperanza". Reflejamos esto por capricho de sacar a colación dos magníficas frases suyas aprovechando para recordar al paso que el mundo aún no tiene noticia del hallazgo de estos prometedores versos: *Souffrir est une faiblesse, lorsqu´on peut s´en empêche et faire quelque chose de mieux*, que sufrir es una debilidad, siempre y cuando puede impedirse y hacer cualquier cosa mejor; *Si vous êtes malcheureux, il ne faut pas le dire au lecteur. Gardez cela pour vous*. Que, en caso de sufrimiento (inevitable), no se te ocurra decírselo al lector sino que tengas la amabilidad de guardártelo para ti. Vivió quien dijo que odiaba los libros porque enseñaban a hablar de lo que no se sabe; desde la R sabe pronunciarse el mismísimo Rousseau, Jean-Jacques, voz de peso y más acostumbrada que casi ninguna otra, a pasear su sabiduría por entre las columnatas de la ilustración alegando que *comme le premier pas*

vers le bien est de ne point faire de mal, le premier pas vers le bonheur est de ne point souffrir, así como el primer paso hacia el bien es no hacer el mal, el primer paso hacia la felicidad es no sufrir.

Cosa harto difícil y más si se consulta enciclopedias. Aquí podríamos toparnos con Daniel Rops (1901-1965) quien muy digno desde papeles aún no amarillentos ni tan manoseados certifica que *l´homme est un animal qui sécrète de la souffrance, pour lui-même et pour les autres*, esto es, el hombre es un animal que (inevitablemente) segrega sufrimiento, para él mismo y para los otros. Que el sufrimiento sea algo inmanente a la naturaleza humana, por otra parte, es tratado consabido. Un autor de breves relatos en verso, de origen tradicional, carácter soñador, distraído, bondadoso e indolente era la Fontaine, Jean de. Para él la divisa de los hombres consistía en sufrir antes que morir; *plutôt suffrir que mourir / c´est la devise des hommes*. Flaubert, Gustave (1821-1880) al igual que Rousseau también detestaba, en cierto modo, los libros ya que aseguraba que cuanta más experiencia adquiría en su arte, más sufría, que se detenía la imaginación mientras que aumentaba el gusto. Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues afirmaba en un sentido más optimista y heroico que *Qui sait tout souffir peut tout oser*, quien sabe sufrir (lo) todo puede intentar (lo) todo. Máxima que parece repetir Musset, Alfred de. una *nuit d´octobre* en verso, esperando todavía la compilación corregida en el sentido de la esperanza de Lautréamont; *el hombre es el aprendiz, el dolor es su maestro / nadie conoce mientras no ha sufrido*; El poeta argentino José Hernández, también relaciona el sufrimiento con el aprendizaje en una de sus estrofas; *junta esperiencia en la vida / hasta pa dar y pensar / quien la tiene que pasar / entre sufrimiento y llanto / porque nada enseña tanto / como el sufrir y el llorar*. Argumento que remataba mucho antes el infante don Juan Manuel (1282-1348) con estas otras letras mayores: *por quexa no vos fagan ferir, ca siempre vençe quien sabe sofrir*.

Parece claro no solo que el sufrimiento enseña, sino que el sufrimiento, como creía aquel pobre sabio griego tan criticado por Platón, es inevitable, al

contrario que todo lo bueno, que siempre se puede evitar. El hombre se debate en una perpetua lucha en busca del placer mientras que procura alejarse del sufrimiento.

Británico, poeta sencillo, Wordsworth, William, afirma: *suffering is permanent, obscure and dark / and shares the nature of infinity*. Chateubriand, François-René parecía ser consciente de estos dos aspectos y decía que no había que disputar a nadie sus sufrimientos, que ocurre con los dolores lo mismo que las patrias, cada uno tiene la suya. Lamentablemente porque, según afirmó el cineasta Oscar Wilde haciendo gala de su desenfadada ironía, *I can sympathize with everything, except suffering*. Para Dostoievski, Feodor (1821-1881) Wilde entonces no simpatizaría con nada pues llega a exagerar en sus escritos que *sufrir y llorar significa vivir*. *Dios hace sufrir a los que ama*, nos consuela Talmud en *Berachoth*. Luego Dios no ama a la naturaleza si descubrimos, al igual que José María Eça de Queiroz, que *justamente porque le falta el pensamiento / se ahorra la naturaleza el sufrimiento.* Bienvenidos de nuevo a ese lugar común de *contra más se sabe, más se sufre.*

¿es evitable el sufrimiento?, ¿existe un lugar donde no existe el sufrimiento?, ¿evita el sufrimiento la felicidad o solo el sufrimiento la procura?, ¿sufrir es aprender a vivir?, ¿vivir es aprender a sufrir?, ¿sufrir redime?, ¿es digno el hombre de su sufrimiento?, ¿el hombre ha de sufrir y ocultar su sentimiento?, ¿el sufrimiento significa una victoria?, ¿es triste solo gozar?, ¿y para qué sufrir? Ajeno a todas estas cuestiones de índole inmemorable, puede darse por seguro que amar implica también sufrir y es imposible vivir sin amar.

Wenceslao apartó sin sufrimiento la enciclopedia de su regazo. Aquel pesado tomo, de la A a la C, le había entretenido durante su convalecencia. Era un regalo de Diego, el conductor, quien intrigado por si era un temido anarquista no había dejado de visitar al enfermo y tratar de descubrirle sonsacándole y haciéndole preguntas desatinadas tras las cuales

no podía evitar perderse en la narración de sus sueños. Wenceslao había sido incapaz de comprender nada, ni a qué venía ese extraño regalo, ni a qué venían las preguntas sobre la fabricación de bombas, ni qué era toda esa sucesión de nombres de la A a la C. La vida se le antojaba demasiado complicada como para tratar de entenderla y, por lo demás, estaba demasiado cansado de vivir y de emprender algún razonamiento funesto, demasiado cansado para sentirse feliz o afligido. Su organismo estaba distraído con el hambre y el dolor, ocupado en mantener la respiración, mientras él se dedicaba a pasar páginas insensiblemente o a contemplar con la mente en blanco el techo del desván. Aquel había sido un invierno crudo, decían, ni las ratas lo habían soportado puesto que todo el agua que bajó a las alcantarillas se heló dejando a los roedores cómicamente congelados en una gruesa capa de cristal. El doctor Larrache anduvo todo ese tiempo muy ocupado y quizá por ello mantuvo a Wenceslao vigilado pero desatendido. No administró al escritor ningún medicamento limitándose a seguir de lejos las sabias ordenanzas de la naturaleza. Durante su delirio, la dueña-criada habló de echar a Wenceslao de la pensión para que muriera a gusto en cualquier otro lugar alejado de sus dominios. Si no tomó esa determinación debió ser porque no encontró ningún inquilino rentable para el desván. Al margen de ello, tenía asuntos más importantes que resolver como lo eran el de desenmascarar al misterioso asaltador de la despensa y el de ocuparse de la Duquesa y su propio porvenir. En aquellos duros meses, manteniendo inalterable el régimen de las comidas, la consumición se había incrementado fuera de sus meticulosos registros e inventarios. Lo cierto es que últimamente siempre echaba en falta cierta cantidad de alimento pero a raíz de aquel invierno… ella guardaba debajo de su almohada la llave del portón y vigilaba constantemente el acceso a la despensa mas el nivel de alimentos seguía descendiendo sospechosamente. Si las ratas no hubieran desaparecido aun se las podría culpar a ellas.

Un día fue a presentarse la Duquesa algo menos ensimismada de lo habitual, tosiendo sin parar y con signos visibles de enfermedad grave. La dueña-criada la confinó en una habitación vacía y nadie más volvió a saber de aquello. Haciendo reglamento de una puntualidad militar, la dueña-criada subía a la habitación un plato de sopa caliente para la Duquesa y ahí, lejos de las miradas de los inquilinos, se deshacía en perfectos modales y zalamerías. Pese a alimentar a la Duquesa de sopas y recuerdos y pese a lo grave de su situación, sobrevivió al invierno. La dueña-criada miraba a aquella momia expectante sin alcanzar a explicarse cómo alguien de su edad y con su salud podía mantenerse victoriosa en una batalla contra la muerte. En varias ocasiones aprovechó para sacar a relucir el tema del testamento. La Duquesa no habló jamás, ni del testamento ni de ningún otro asunto ante la ira secreta de su enfermera quien seguro se planteó más de una vez no traerla más platos de sopa, o sí, pero, como apuntaría el doctor Larrache, envenenados. Aunque escapó del arrechucho, la Duquesa no volvería a levantarse de la cama salvo en una rara ocasión. Sus peregrinaciones fantasmales y sus sonatas al piano se extinguieron. Era el último suspiro de un tiempo pasado.

Los huéspedes, reunidos en el desván, celebraron una reunión con aires clandestinos. Era hora de tratar con detenimiento y determinación el particular concerniente a la alimentación que pagaban pero no se les administraba con conveniencia. Larrache abrió la sesión con desgana poniendo a Wenceslao como ejemplo patente de los efectos de una insuficiente alimentación. Don Hilario fue el primero en hablar y emprender una letanía de protestas inútiles; Diego, el conductor, metía baza por si alguien (que no fuera él) se envalentonaba y plantaba cara a la tirana; Antonio, el galán, visiblemente desinteresado, se sacudió el polvo argumentando que él ni comía ni tenía intención de comer nunca en aquella pocilga siendo el primero en sentarse a la mesa. Finalmente Rodrigo del Pozo zanjó la cuestión revelando que él había asaltado la despensa en repetidas ocasiones y confesando que no le importaría seguir haciéndolo repartiendo

equitativamente los bienes entre todos mientras nadie abriera la boca si no fuera para comer. Huelga decir que a nadie se le ocurrió ni por asomo presentar debate a la dueña-criada y todos mostraron conformidad sin reparos a la generosa propuesta del matador. El doctor Larrache consultó el termómetro y, sin ninguna emoción, anunció: - dentro de unos pocos días podrá usted salir a la calle y darse un paseo -. Wenceslao sabía que en ese momento no podía levantarse pero también sabía que pronto encontraría fuerzas, todo era cuestión de esperar. - En lo tocante a mis honorarios… - Wenceslao tranquilizó a Larrache. Tan pronto como pudiera andar con su propio pie, cobraría su sueldo en la exposición, abonaría los honorarios y el monto de su estancia, y, con lo que le sobrara, por poco que fuera, cogería un tren y regresaría a provincias sin mirar atrás. - Hace bien en marcharse, si yo tuviera a dónde ir quizás… -. Wenceslao ya había visto el Progreso de cerca y, pese a haber visto poco, había visto suficiente y no quería ver más.

La Barraca era el caserón más señalado de cuantos constituían aquella costra ponzoñosa y revuelta que podía llamarse el Barrio Obrero. Se consideraba propiedad en el corazón mismo de una tierra de nadie; propietarios en el lugar de nadie a una familia de doce hermanos y un número incontable de primos que quedaban ligados a una parentela lejana aún más numerosa. Es posible que tomara ese nombre el caserón debido a su lejana semejanza con las viviendas rústicas de las huertas valencianas y murcianas, con cubierta de cañas. Lo cierto es que la familia de La barraca provenía de la albufera y quizá más que por razón de parecido, se le diera el nombre aludiendo a la oriundez de sus propietarios. Un linaje de fracasados, humillados y desposeídos, un peregrino pueblo judío asentado indefinidamente en un desierto sin maná ni esperanza, esclavo de su libertad. Lugar, además, de referencia dentro de aquel humilde laberinto eternamente cambiante y movedizo de calles polvorientas, apretujadas y desordenadas -decimos-, absolutamente nadie que allí permaneciera -por breve que fuera su

estancia y cuando lo normal es que así fuera- pudiera asegurar que no conociera, al menos de vista, a algunos de los habitantes del casón, de tantos como eran y tantos años como llevaban manteniendo aparente aquel mosaico de chatarra, soportando el embate de las mareas igual un cabo imponentemente erguido en cuya cima se asentase un faro parpadeante, oriente de los pescadores vecinos, cuyos bajos se conocieran profundamente erosionados y plagados de capas de algas que fueran pudriéndose unas sobre otras. Ningún otro marco, en definitiva, más adecuado y propicio para congregar a una vecindad plenamente identificada con esta familia; numerosa, de continuo reñida entre sí, pero concluyentemente resignada a compartir un mismo techo agujereado y obligada en tanto a perdonarse mutuamente sus faltas amén de aceptar tácitamente los ancestrales y penosos mandatos de la convivencia.

Wenceslao acudió a la Exposición para encontrarla vacía. Las obras, al parecer, habían concluido, con lo cual el factor de no encontrar obreros en sus inmediaciones no era de extrañar; lo que carecía de explicación alguna era el no hallar visitantes solazándose en las atracciones de tan moderno recinto. Por cerciorarse de esta ausencia inusitada, imprevisible, Wenceslao caminó escrutador, incrédulo, atónito, en torno de los pabellones cercados. Bien podía ser que la Exposición aún no hubiera abierto, todavía inmersa en los preparativos, lo que, para el caso, concedía pie a que se abriera en un futuro. Wenceslao manejaba esta hipótesis sin deponer el que, cuando él entró a trabajar, la apertura de la Exposición llevaba ya un mes de retraso ¿acaso por ventura iba a retrasarse todavía más cuando ya las obras podían darse por concluidas?, ¿y si, con motivo de semejante vergonzosa demora, había sido retirada la candidatura? Wenceslao antes de embriagarse de pánico, prefirió preservar por encima de todo el don de la duda y la incertidumbre. Quedaba por plantear, finalmente, si la Exposición llegó a abrir durante el intervalo de su convalecencia y ahora, pasado ese trance, la encontraba cerrada. Mas cuando su convalecencia había sido larga, el tiempo

de apertura de la Exposición, pese a ser el mismo, hubiera resultado sospechosamente breve. Al amparo de estas conjeturas se presume mayúscula, si no moderada pero presente en definitiva, la alegría de Wenceslao al toparse con Isidro, el guardián de los listados. Isidro, según consta, vivía en una casucha al lado de uno de los pabellones cerrados. Permanecía sentado en un banco compuesto con una tabla y un par de botes, afilando desganado una pequeña estaca. Miró a Wenceslao largo y tendido, y, cuando hubo propasado el tiempo pertinente, Isidro le preguntó qué se le ofrecía.

- Soy yo, Wenceslao Martín Martín-López ¿no se acuerda de mí? -. Isidro sonrió sin emoción - No, no me acuerdo, pero me acuerdo de tu dichoso nombre -. Wenceslao quedó riendo en un aria desconsolada e Isidro prosiguió indiferente con sus artesanales cortes en la estaca, sin ánimo visible de continuar la conversación. Ante esta actitud desazonadora, Wenceslao recobró sus preocupaciones y una seriedad que le hizo desprenderse de todo preámbulo - oiga, usted sabe quién soy y el tiempo que estuve trabajando. Dejé las obras a causa de una pulmonía y vengo ahora a cobrar. No estoy muy al tanto de los trámites que hay que efectuar en casos como el mío de modo que le agradecería que me indicase a quién puedo dirigirme -. Isidro le miró, abandonando su dedicación, con gesto preocupado, sin tutear a Wenceslao inquirió: - ¿acaso usted no sabe nada de…? - Interrumpió su pregunta por examinar la reacción del otro y, al ver que no reaccionaba, recomendó, concluyente: - diríjase al sindicato. - ¿Cómo? - Wenceslao no daba crédito a sus oídos. - ¿No está usted sindicado? - Pues no. - Pues, hombre, qué quiere que le diga, sindíquese. - ¿Pero qué ha ocurrido?, ¿ha cerrado la Exposición? -. Isidro fue directo: - la Exposición no ha cerrado, porque no ha abierto, ni abrirá nunca. - ¿Qué me dice, estamos en la calle? - En la calle estamos, eso salta a la vista - Isidro señaló a su alrededor, tristemente irónico - aunque, si se refiere a los trabajadores, los trabajadores no han sido despedidos -. Debió añadir que porque nunca fueron

contratados. Isidro, quizá arrepentido de su falta de sentimiento, abonó con amabilidad: - Yo, por ejemplo, he quedado al cargo por una comisión para vigilar la construcción en tanto se arregla el berenjenal. - ¿Y los empresarios? - Volaron con el dinero de las subvenciones. - Pero el Estado, digo yo, ante esta situación.... - Trata de poner paz pero no pone un duro, al menos, hasta que pase un tiempo indeterminado, el tiempo en el que se llevan a cabo las investigaciones de precepto y se desengrasa el deficiente aparato judicial. - ¿Cuánto tiempo es ése? - ¿No le acabo de decir que un tiempo indeterminado? Dos meses, dos años, tres décadas o cinco lustros. - Ya, pero algo se podrá hacer entretanto... -. Isidro se encogió de hombros y volvió a tutear a Wenceslao - ¿conoces La barraca? - No. - Búscala y pregunta, creo que hoy se celebra allí reunión de trabajadores -. Wenceslao quedó en silencio, decidiéndose. Miró agobiado la construcción vacía, y, destacando sobre el conjunto, la cristalera policroma que parecía la vidriera de una iglesia. Se despidió de Isidro sin regalar demasiada cortesía.

Felipe, el segundo hermano de La barraca, hacía espera en la puerta. Había quedado encargado de conducir al interior a los invitados. Fuera, a unos pasos de discreta distancia, deambulaban las mujeres con los hijos más pequeños de los trabajadores en brazos. Estos niños tísicos, vestidos de lodo, mugre y escarlatina, en ocasiones abandonaban la protección materna para celebrar sus propias reuniones selectas y casi clandestinas en las que conspiraban contra la tropa de perros famélicos y enfermos que arrastraban su hocico espumoso por las inmediaciones y que apenas alcanzaban a levantar el rabo en cuanto los infantes dirigían su ataque con munición de cantos. Los pocos viejos que allí se encontraban permanecían consagrados a aprovechar aquel clima de tensa espera y mórbida novedad para hacer escuchar sus nunca escuchadas quejas interminables y tan inútiles y sarnosas como ellos mismos, siempre rematadas de escupitajos, carraspeos, y toses flemáticas. Los gestos, por lo general, traslucían cansancio infinito y algunos se mostraban al borde mismo de la muerte. Dentro, en La barraca, reinaba la

oscuridad en la clausura y en cuanto los ojos se acostumbraban a la penumbra, los oídos a los murmullos, el olfato al aire rancio y cargado… se descubría una multitud de cuerpos semejantes que se apretujaban con abierta impaciencia mientras se cansaban de examinarse entre sí como un rebaño de animales inquietos y desconfiados, aguardando la reacción de uno, anticipándose a la misma sospecha, para lanzarse en ciega y frenética estampida.

Se sumergió Wenceslao en esta confusión amenazadora y se deslizó sin saludar ni ser saludado por nadie hasta un desatendido rincón de paredes de latón superpuestas. Dos obreros próximos a él, no tanto en la distancia como en afinidad, interrumpieron sus graves murmuraciones para observarle intrigados, y a fe que no dejarían de hacerlo, entre acechantes y temerosos, hasta que concluyera la reunión. Felipe terminó por entrar en la sala y entonces todos se molestaron en ceder espacio para encontrarse atentos al inicio de sesión. Felipe consiguió llegar, no sin apuro, hasta su hermano Alonso, primogénito y voz de autoridad y mando en la familia de La barraca, para transmitirle que ya estaban todos, o que faltaban algunos, pero que de cualquier manera eran suficientes para comenzar. Asintió Alonso con un leve gesto de su rostro curtido y moreno, de mirada dura, adusta y penetrante, haciéndose tras ello un silencio respetuoso.

Alonso era un hombre avanzado en la madurez de la vida sin haber abandonado todavía las edades de mayor vitalidad. Se le creía infatigable pues pese a andar trabajando de sol a sol, jamás se le sorprendió ni una sola vez descansando, quizás por no tener tiempo de hacerlo. Se trataba de una persona decidida, segura de sí, mantenía su palabra por encima de todo sin volverse atrás aunque se descubriera en medio de un error. Todas ellas, aunque parezca extraño, constituían raras virtudes reconocidas en un tiempo donde la virtud era rara y mayormente extraño su reconocimiento. De otro margen, Alonso gobernaba su familia de forma tiránica y despótica, lo cual, de cara a la opinión pública, venía a ser un acto más de su buena voluntad y,

en efecto, esto podía interpretarse como una equivocación de no ser porque en aquel ambiente lo frecuente y corriente fuera descuidar cualquier tutela familiar cuando no desaconsejar a la familia y perderla por lóbregas sendas. Alonso, senescal, mantenía incólume su patriarcado y accionaba haciendo gala de una sabiduría endiablada todos los aplastantes engranajes de la perversa maquinaria del Poder que él mismo experimentaba a cuenta de otros en sus propias carnes. He aquí el dilema, -contrariedad o paradoja, como se prefiera-, de la tutela férrea de Alonso: ¿cómo, en primer lugar, alguien que soportara diariamente los estragos de la opresión hasta el punto de haber adquirido un conocimiento frío y preciso de los mismos fuera capaz de, en cuanto encontró posibilidad, trasladar las reglas del juego al territorio de la intimidad? Si Alonso fuera un fanático de la *opresión*, cabría entender que no le importase recibir castigo a cambio de ser él castigador; o que él se otorgara incontestablemente estos poderes no por preferencia ninguna, sino por mera necesidad de establecer un orden incontestable inherente, supuestamente, en la relación social. En cambio Alonso, dicho por sus propias palabras, aborrecía y descalificaba de entrada cualquier actitud en exceso autoritaria que, mismamente, era la que mantenía y respaldaba incluso con el uso de la fuerza si habría de ser preciso. Definitivamente Alonso, no cabe duda, se recreaba en esa microscópica Esparta que había fundado y hasta mostrábase orgulloso y digno ante la sumisión incondicional que le concedían los miembros de su familia. Sin embargo era este, con todo acierto, un fruto amargo para una persona medianamente cabal. Aquel ejercicio acabaría sumiéndole en difíciles conflictos internos, por así decirlo, entre la moral y la vida que, pese a mantenerse secretos tras su imagen aureolada, minaron el sentimiento y -adivinamos- de aquí se deduce precisamente el móvil de tan ensalzada falta de descanso. ¿Merecemos una educación tan estricta y severa como las duras condiciones que ha de imponernos la vida o, hemos acaso, de educarnos rodeados por una cordillera de libros?

Alonso invitaría a tratar la cuestión llamando a compadecer a quien quisiera exponer su parecer del que más tarde tratarían de extraerse conclusiones. Era este un asunto de familia, de la gran familia que es el Estado; controvertido. Ya sabemos lo que ocurre con los temas de gobierno; si antes toda La barraca se desvivía por tomar la palabra, ahora nadie se atrevía a hacerlo, por temor o por desgana, o también por desconocimiento, claro. Acabó por destacarse un hombre entre el tumulto. Se trataba de un joven pálido, de camisa desabotonada. Sus manos eran largas y huesudas, dialogantes, su mentón, pronunciado. Miraba a unos y a otros con una confianza que llamaba a la confianza con franqueza. Wenceslao tenía el presentimiento de conocer a aquel hombre, al menos, estaba seguro de haberlo visto con anterioridad. En cuanto su voz inundó La barraca obtuvo la respuesta a su identidad.

- Trabajadores, compañeros, amigos. Dudo que nadie sea ajeno al lamentable motivo de nuestra reunión. Hemos resistido a las inclemencias del viento y de la lluvia, a la gélida escarcha, al duro sol y a la sequía, para derramar nuestro tiempo, nuestro esfuerzo y tesón, nuestra vida, en los frutos de nuestro trabajo. Ciegos, aferrados a la tierra costrosa, volcamos nuestra confianza en manos ajenas para, con nuestras manos, hacer cuanto entre ellas se encontrara a fin de cumplir nuestro deber, nuestra promesa, nuestra obligación. Nos hemos mantenido en pie, aun sin ánimo, aun sin fuerza, aun sin fe; hemos soportado la inseguridad, el abuso, la humillación… solo por recibir a cambio de forma honesta un salario con el que poder mantenernos y mantener a nuestros familiares. No pedimos ni acaso se nos ocurrirá pedir nada más. Solicitud concreta y sencilla que ha sido desoída en numerosas ocasiones y aún hoy, si presentamos nuestras quejas, no hemos de recibir más de lo que hasta ahora hemos recibido: alusiones a pagos irrisorios o inexistentes, a plazos inconvenientes, a condiciones sin garantía y, en añadidura, a pretextos abiertamente infundados y sin ningún propósito aparente si no el de negarnos con descaro e impunidad nuestro derecho -.

Rompió La barraca en aplausos tras la escucha de estas últimas palabras. Los trabajadores asentían y se daban la razón con gravedad. Reconoció al exponente, no sin cierta emoción, como aquel trabajador de la Exposición que asumió diestramente el mando en aquel momento de trance.
- Un derecho - su voz pugnaba por atajar pronto la celebración, mas hubo de aguardar todavía un tiempo para reanudar. - Un derecho hoy real en virtud de la sangre derramada de nuestros iguales -. La frase cayó en la concurrencia, como se suele decir en situaciones tales, como un jarro de agua fría. El joven continuaría ahora acogido por un silencio vehemente. - Es este el verdadero motivo, la verdadera raíz al margen de nuestras divergencias particulares, que ha de obligarnos a hacer valer nuestros derechos, a mantenernos unidos. Mas hemos de permanecer atentos y procurar alejarnos todo lo posible de la pasión. Hemos de mantener serenidad en un acto respetuoso, digno de nosotros y, ante todo, pacífico. No es ahora, amigos, tiempo de llamar a la violencia. Nunca lo ha sido, a decir verdad. Por muchas razones que para ella queramos encontrar esta vía no hace sino negarnos toda razón y despojarnos de toda dignidad ante nuestros enemigos, ante nuestros familiares, ante nosotros mismos. La propuesta que hoy quiero ofreceros, compañeros, es manifestarnos sin violencia, sin ira ni rencor. Manifestarnos, esto es, como sabemos hacerlo; como personas deseosas de justicia y no como hombres sedientos de venganza -.

La audiencia asintió en su extensa mayoría aunque los aplausos a final de discurso fueron sensiblemente menos entusiastas que los precedentes. Algunos pocos mantenían una discusión tozuda, mientras que otros se encogían inocentemente de hombros, como queriendo mostrar su resignación. Aquellos negaban directamente con la cabeza; había quien fumaba o escuchaba ajeno, distante, sumido en el fondo presumiblemente oscuro de sus pensamientos. Pese a todo, parecía que el buen sentido había quedado establecido.

Un hombre corpulento fue directo al joven, de repente, y le hizo una pregunta que no alcanzaron a oír más que los que se encontraban próximos. ¿Sería posible? Aquel hombre y Wenceslao, azarosa coincidencia, eran quienes habían llevado al obrero accidentado hasta el pabellón, en busca de auxilio. El joven respondía con una actitud de sosiego, contrastando con la postura del obrero corpulento que se mostraba visiblemente ofensiva. Comenzaron a amontonarse las voces, a crisparse los gestos, a caldearse el ánimo. El ambiente se volvió irrespirable mientras se presentía alguna descarga, algún estallido… se mascaba el odio y el rencor, la voluntad desmadejada, el ansia ancestral de presenciar algo visceral, salvaje, catártico en su irracionalidad… Alonso, quien había aguardado pacientemente hasta el momento sentado y de brazos cruzados sobre un barril vacío, se levantó haciendo gala de una rapidez y una agilidad felina, y sostuvo la mirada en busca de quien osase desafiar el orden que, sí, era ya seguro, iba a hacer cumplir de inmediato. Una vez intimidados los focos periféricos, Alonso se centró sobre el obrero corpulento quien no había hecho más que iniciar una disputa que todos trajeron consigo. El obrero se envalentonó inicialmente y soltó al joven, a quien había llegado a apresar con sus manazas sosteniéndole casi en vilo del cuello de la camisa. Mas no pudo aguantar por mucho tiempo el brillo afilado de aquellos ojos y se desentendió del asunto simulando desgana, como si quisiera dar a entender que estaba desinteresado por una situación que controlaba cuando todos habían entendido a la perfección que aquel hombretón se había amilanado.

Fue este un punto de inflexión desde el cual pudo atisbarse que todo lo anterior, incluido el discurso del joven, no había sido más que una concesión licenciosa de Alonso; como si Alonso fuera el rey que hubiera consentido desocupado unos juegos malabares y ahora, con un batir de palmas, hiciera retirar el divertimiento banal para centrar la atención en él y en los asuntos de Estado Mayor. Todos, en efecto, estaban pendientes de Alonso y este se regodeó desfilando su mirada triunfal antes de lanzar una tremenda y sonora carcajada. Los *invitados* a La barraca, ni que decir tiene, quedaron

absolutamente desconcertados. Se pedía, antes que nada, una explicación a aquel gesto excéntrico mas Alonso, fiel a su protocolo, se paseó riendo todavía un buen rato y tras ello, de súbito, su rostro recobró la frialdad de marras. Se sentó sobre el barril pero ahora, con las manos descansadas sobre las rodillas.

- Protestad, manifestaros - animó - ejerced vuestra libertad ya que la sangre de vuestros compañeros os obliga a ello. Defended vuestro derecho, ese es vuestro deber de hijos tempranos de la Revolución -. En esta ocasión no se atrevieron a aplaudir aunque muchos, en campo de Agramante, permanecieron cerca de hacerlo. - Ellos os esperan pero no de la manera en que alcanzáis a imaginaros, no, ni mucho menos. Ahora mismo alimentan su tedio en el salón suntuoso, cálido y confortable de sus casas. El carbón que consume una sola familia en el hogar librería de la muerte a la mitad de nuestro barrio. Quizá exagero pero, lo que resulta irrebatible, es que si empeñasen ese sillón abrigado de espléndidos tapices en el que solo se sientan un par de veces al año, lo mismo por incómodo o por no desgastarlo, daríamos de comer a nuestros hijos durante meses y con las sobras haríamos engordar a esa dichosa jauría de perros raquíticos. Mas ni siquiera este cálculo les distrae de su modorra perenne y reconfortante. Se han olvidado de que están esperándoos. Con este antecedente se asoman intrigados al balcón para observar vuestro desfile mugriento, vuestra orgullosa marcha de harapos. En lo primero que repararán es en el frío que hace en la calle, luego se les ocurrirá de manera genial que entraña su gracia encontrar semejante gentío caminando hacia ninguna parte. Sí amigos, es una suerte haberse despertado y asomado al balcón, encontrarse con lo que estaban esperando antes de haberse olvidado de que esperaban algo más que no fuese su entrada a esa cuchipanda eternamente aburrida y por consiguiente enteramente feliz que se ganan cada domingo a cambio de bostezar y mirar a hurtadillas la esfera de oro del reloj, a cambio del monto de modesta calderilla que van lapidando en la cesta ceremonial que les tiende un cuervo relamido y que no

han dado, por caridad, a ese miserable maloliente que se apuesta religiosamente bajo el portón de la nave. La Iglesia ha estudiado y comprendido a fondo esa minuciosa simbolización de la miseria que son determinados libros del libro de los libros para edificar con solemnidad, refinamiento y a veces hasta buen gusto, el negocio mendicante más fructífero jamás conocido. Si quiere el miserable perseguir con garantías una limosna que monte una iglesia y tenga el decoro de no orinarse encima. Que aprenda a describir entre latines y el román palatino paraísos suculentos, morbosos infiernos, que ofrezca fríos bancos en los que poder helarse las posaderas mientras ver pasar las horas. Que consagre ese trozo del pan tan fino, tan fino que no se ve en otro lugar igual que si os descuidáis se os pegará al velo del paladar, o se os escurrirá entre el dentado y luego habréis de libraros de él con el auxilio de un mondadientes mientras, en tanto, maldecís cien veces el cuerpo de ya sabéis quién. Amén. ¿Alcanzáis a ver desde el balcón a ese puñado de fantoches? Además de haber distraído su santa y eterna pachorra durante unos instantes, distraerán su pasmosa desgana cuando esa noche se les ocurra aparecer por el café puntualmente retrasados, vamos, a la hora de costumbre, y comenten el suceso esbozando una ancha sonrisa tras el habano, postergando para días secos en noticias y sucesos las quejas de precepto acerca de política y economía nacional, siempre las mismas; retrasarán el repaso de las noticias y sucesos de la prensa nacional, por mejor decir, siempre los mismos -.

Hubo quien rio escalas del pasaje pero quien lo hizo, lo hizo de mala gana, buscando hacer coro con unos compañeros que, simplemente, apretaban los dientes. - Hay que joderse - saltó uno. - Bien dicho, compañero - saludó Alonso - pero además de eso hay que protestar, manifestarse, cantar, bailar, levantar barricadas a lo largo y ancho de esta Sodoma podrida, saquear el comercio, quemar las iglesias, defenestrar el Estado. Hay que obligar, es nuestro derecho, a ese burgués obeso a asomarse al balcón de su casa para que se dé cuenta de una maldita vez que las plantas del balcón se han muerto, que la baranda necesitará una mano de pintura porque de otro asunto no se

va a percatar. Si vosotros, al menos, os dirigierais a este pobre hombre… ¡Cá! pero a quien vosotros os dirigís anda demasiado ocupado como para prestaros atención, o alejado en demasía como para oíros, o quizá también en exceso aburrido como para atenderos, o deseoso, en el peor de los casos, de mover ficha en respuesta a una jugada que ya había sido estudiada hace demasiado tiempo y que no costará mucho trabajo revisar porque es la única jugada posible: la protesta, el levantamiento, la insurrección, la revolución, se llame como se llame y sea pacífica o airosa. Hemos malgastado nuestra vida trabajando ¿qué esperabais ahora?, ¿poneros al día en materia de bastardía frente a unos bastardos integrales que no han tenido otra cosa en qué pensar más que en cómo manteneros ocupados y callados hasta que os entierren? ¡Será posible…! - Alonso se levantó y paseó un cínico guiño - ¿cuándo va a despertar la humanidad? -.

Wenceslao miró al joven quien desde hacía tiempo pugnaba por intervenir. - La humanidad despertará - dijo al fin - cuando las bases del poder caduco no soporten el peso de la revolución. Nuestra época avanza pasos que…. - Cuando las bases del poder se derrumben, amigo, la revolución no tardará en acompañarlas - despachó Alonso. El joven quedó perplejo, alegó: - Todos sabemos que eso, además de no tener ningún sentido, es imposible. - Si yo fuera ateo, amigo, quizás mi ateísmo sobreviviera a la caída de la religión pero en este tiempo, por mucho que se empeñen en sostener algunos, no se han dado aún verdaderos ateos; todo lo más, herejes. ¡Y ten por seguro que mi herejía sucumbirá tan pronto como se desplome la religión! Una revolución empieza cuando se cree que acaba: en cuanto el antiguo poder solo es historia. La revolución toma el poder y entonces a lo más que puede aspirar es a cambiar de nombre las mismas cosas. - Pero esto es intolerable - el joven se enzarzó en una atropellada perorata que Alonso no se molestó en atender, mucho menos en replicar. Cuando el joven quedó ahogado -o cuando Alonso dio a entender sin indicaciones que quedó ahogado- en sus

mismas ideas, Alonso tomó aire para emprender un último y decisivo lance que barriera todas las posibles dudas sobrantes:

- El individuo es aniquilado mientras la Humanidad avanza en su interminable conquista de derechos y libertades, en su penosa ascensión progresista. ¿Puede alguien explicarme dónde quedo yo en medio de todo esto? Yo, lo que se dice yo, ahora mismo cambiaría toda esta palabrería trunca por un triste pedazo de pan. No creo que sea mejor morir luchando que vivir de rodillas; mirad bien, antes esclavo contento que trabajador hambriento. Nadie desea la injusticia, doy fe de ello, pero mucho menos se deseará el hambre y, lo último que todo hombre desea, es la muerte, a pesar de la vida. La injusticia no nos mata; el hambre sí. Vive y muere de rodillas, sí, quien le toca siempre injustamente vivir y morir así. Todo lo demás es soñar. Podemos acabar con la tiranía de unos para instaurar la tiranía de otros, ya sean pocos, o muchos. La tiranía de muchos es, compañeros, por si no lo adivinabais, la Democracia. Podemos, sí, acabar con lo que queramos ¿pero podremos después empezar lo que ansiamos emprender? Colocarnos a la cabeza de una sociedad justa, como quien dice, en el centro mismo de un mundo perfecto por donde se le mire, como un triángulo equilátero, regado generosamente de bondad, beldad, libertad y toda esa gaita. Un mundo donde todos somos iguales, tanto, que todos somos igualmente jóvenes, apuestos, gozamos de una salud vigorosa, de un clima agradable, gustamos todos de un vino deleitoso y de unos banquetes apoteósicos. Nadie tiene dinero, porque nadie lo necesita para ser rico y a nadie le importa contraer matrimonio por mediación de la Iglesia, del Estado, o de su Santa Voluntad; a nadie le importa, tampoco, casarse con quien sea porque toda mujer es tan fermosa como cualquiera y absolutamente ninguna pone reproches a ningún capricho -. La concurrencia, ahora sí, desató su risa sin reparo. - Nos da igual todo porque continuaremos muriéndonos de asco día a día para no tener la satisfacción de ver a nuestros hijos morirse de asco el día de mañana en un mundo igual al conocido del que todos se quejan, dicen, porque es

irremediable y, de no serlo, cabría hacer otra cosa en lugar de quejarse. Cuando salgáis de aquí hacedlo con una única convicción: por mucho hartazgo que se den los siglos en revoluciones sofocadas o triunfales, los de siempre seguiremos arrastrándonos y pudriéndonos en nuestra propia miseria desgraciada -.

La barraca acogió a regañadientes esta última sentencia. ¿Qué réplica admitiría una verdad que a nadie le era ajena?, ¿qué cabía esperar de un mundo ilógico sino una filosofía que se permitiera, al retortero, como única baza el paralogismo y la cínica ironía? Hasta el mismo joven quedó en suspenso, dando un repaso a su revolución de libro. Todo cuanto cabía hacer allí fuera ver de nuevo a Alonso aposentarse con desparpajo sobre el barril.

- ¿Qué tenemos aquí? - Y por todas esas razones todos buscaron sorprendidos al propietario de aquella voz burlona, maliciosa, provocante e irritadora. - Mirad que por más que me esfuerzo no acierto en adivinar por qué solo se ha cedido el turno de la palabra a los imbéciles y a los cobardes -. La gente de La barraca abandonó su búsqueda para devolver su atención a Alonso quien, en respuesta a aquel desafío, volvió a erguirse, si antes satisfecho ahora enfurecido, tratando de descubrir al atrevido. - Quieren los unos que marchemos en procesión de Semana Santa, calladitos y a cumplir penitencia, mientras los otros nos recomiendan repanchigarnos tranquilamente en la miseria como los criticados burgueses en su parva abundancia. - ¿Quién habla? - Rugió Alonso - ¡Que se atreva a insultarme donde pueda verle! -. Los cuerpos abrieron un pasillo y, al fondo de él, al lado mismo de Wenceslao, apareció un hombrecillo flaco y aguileño con una sonrisa desdentada, mirando con un ojo tuerto surcado por una larga y profunda cicatriz. El viejo se apoyaba en un bastón negro; en su empuñadura tenía un grueso puño cerrado de hierro. El otro ojo chispeaba a la luz de un vivo fuego interno. - Lamento tener que decepcionarte, compañero, y siento comunicarte que no he venido a tu casa por batirme contigo. No es el miedo

lo que me frena, habrás de saber, sino la risa que tu circo me despierta además de mi poca estima a perder el tiempo -. Alonso avanzó unos decididos pasos - la risa tiene pronta curación y por el tiempo no habrás de preocuparte, que acabar contigo me va llevar muy poco - sin embargo aquella voz que le invitó iba obligándole, en su perorata, a detenerse. - Tengo el placer de conocer a tu familia, Alonso, y la desgracia de conocerte. Conozco también para mal a todos los cobardes que tratan de justificar mediante el descalabrado empleo de imbecilidades su cobardía, que se muestran ufanos cuando enumeran esas pocas reglas presumiblemente elementales e inquebrantables de la opresión. Esta risa mía ojalá, como anuncias, bien pronto se cure pues temo haya sido contagiada por aquellos que creen reírse mientras se ahogan cuando ya se sabe que de la risa uno también se puede ahogar. He conocido, asimismo, a un puñado de cuáteros que se enzarzan ahogados departiendo en buenas palabras y apelan a la cobardía para ganar una batalla sin pisar el frente. De tal suerte que uno al final no sabe si habla de imbéciles o de cobardes, ni acierta a distinguir si se encuentra rodeado de cobardes imbéciles o imbéciles cobardes. Digo: ¡Y tanto da! El caso es reunirse como viejas para gastar tiempo y saliva atesorando necedad mientras les roban su pan a cambio de unas migajas del mismo que por el momento no son más que semilla de discordia. ¿No es ridículo reclamar con fervor cristiano esta indignante nadería?, ¿y no es igualmente ridículo permanecer jocosamente compungido de brazos cruzados?, ¿qué clase de gente viene aquí a reunirse?, ¿es esto un salón de té para señoritas? Yo os descubriré quienes vienen aquí: los miserables resentidos que esperan enmendar su situación con escarceos vanos y paños calientes o, cuanto menos, reírse de ella porque no les cuesta dinero. No seré yo quien os diga que todo esto que os preocupa no ha de acabar. Ha de acabar, es más; acabará pero no porque sea injusto, inhumano. La miseria, la opresión… son elementales, absurdas y tan humanas como las mejores intenciones nuestras, como nuestros más altos sentimientos. Aquí, ya lo sé, todo el mundo reconoce la abyección de la vida y cuando no propone la altivez, también lo

sé de sobra, propone la resignación. Aquí a nadie, por lo que veo, se le asoma negar que exista algo descompuesto, equivocado, erróneo, en las reglas del juego. El bueno de nuestro compañero Alonso, hombre de razón y experiencia, cobarde y algo imbécil en suma, ha desenmascarado con astucia el tremendo engaño de la Libertad: viene a decirnos que el hombre siempre permanecerá preso. Ha descubierto a la Justicia; nos desvela que solo se alberga tras los muros de una razón asentados lejos de la vida. Ha hablado de la Igualdad en donde nada es igual ni siquiera fiel a sí mismo y de la Paz cuando solo la destrucción y el caos puede dar nacimiento al orden… ¡Ah la vida! inalcanzable todo y aún pudiera admitirse una posible pese a remota idea si amparásemos todos estos principios en el punto clave de la Tradición, el Progreso y el Orden. Esa fe en que la sangre de nuestros compañeros circula alegremente y da vida a nuestros derechos… en cambio la terrible sátira de la Humanidad se repite en cada hombre. Alonso sabe que todos tenemos que aprender a caminar por muy bien que supieran hacerlo nuestros ascendentes, esto es, al final hemos de darnos con los mismos errores que ellos descubrieron. La Historia no progresa, o progresa sin prosperar, compañeros, o se repite una y otra vez. ¿Acaso me equivoco?, ¿qué ibas tú a narrarnos, mi joven amigo, acerca del progreso de la Historia?

El joven, a unos pasos detrás de Alonso, no esperaba la pregunta y el hombrecillo hubo de empujarle; - vamos, di -. El joven resolvió, tajante: - la lucha por abolir la esclavitud no es la revolución obrera. - ¡Oh, valla!, ¡Grandioso descubrimiento! - La barraca rio mas el joven permaneció impasible. - Luchamos por ampliar una libertad ya conseguida. Los siervos del régimen feudal, cuando se alzaban contra su señor, pedían al régimen un cambio, los trabajadores, cuando se levantan contra el gobernante, piden un cambio de régimen -. El viejo paseó describiendo un pequeño círculo, envuelto en cómicos ademanes voluntarios. - Párate un momento a reflexionar y no tardarás en descubrir que el tiempo avanza irremisiblemente y su paso acaba con los hombres. Si la Historia fuera la misma, cosa que haces muy bien en negarme, en un tiempo, pongamos, infinito, los hombres

serían nada menos que entes eternos, fíjate, repitiendo una pantomima una y otra vez con exactitud y precisión. Cuando la Historia es la misma en un tiempo limitado, que es nuestro tiempo, cuando cada hombre tiene que hacerse desde el principio, cuando cada hombre no tiene tiempo apenas de descubrir todos los tropiezos que a través de las edades se han venido sucediendo… entonces la misma Historia se repite en distintos hombres con distintos nombres, en distintas fechas, claro, y, para más confusión, en distintos lugares ¿podremos tomar esta sucesión cíclica como un progreso y no como un avance hacia ninguna parte dejándonos engañar por las condiciones particulares de cada caso concreto? -. La risa del joven fue respondida por una mirada desabrida del viejo aunque no fuera una risa provocadora sino, más bien, una risa dolorosa ante la incomprensión - no entiendo cómo se empeña - confesó sosegado frente a aquel torrente de voz impulsivo, frenético, aniquilador - en hacernos ver las cosas con tanta complicación cuando nadie ha de dudar, como dudaba Alonso, en que vivimos mejor que siendo esclavos, eso, por muy mal que vivamos. - ¡Pregunta a los miserables y te responderán! - bramó el viejo - ¡Te responderán que no se puede vivir peor de cómo viven! Su miseria, imbécil, ha tocado el fondo de toda miseria -.

La barraca se agitó mas, en esta ocasión, Alonso no intervino. Había quedado inmovilizado en dirección al viejo y hubo de ser este quien, hablando en tono tranquilo, logró atraer de nuevo diestramente la atención. - Cuentan de un sabio que andaba maldiciendo su desgracia un día mientras buscaba y recogía no sé qué frutos del diablo cuando he aquí su asombro al descubrir que otro sabio recogía las miserias que él desechaba. ¿Llegará la necedad a hacernos capaces de creer que alguien, a su vez, recogerá los desechos de estos desechos, así, hasta el infinito?, ¿siempre hay un miserable más miserable que el miserable? Puedo aseguraros que quien escribió esta memez era tan afortunado como para poder imaginar que por debajo de él sobrevivían una tropa infinita de miserables. Es más, puedo llegar a aceptar que la Humanidad pueda progresar y prosperar en la torpeza de su gramática pero

lo que es inaceptable debatir es que la Humanidad siempre conservará el mismo fondo absoluto de miseria de todas las civilizaciones, pasadas o venideras -. Llegado a este punto, el joven perdió su paciencia - ¡Qué tremendo engaño!, ¿no aprende acaso el hombre a andar viendo andar a sus semejantes? - Él mismo comenzaría a andar, como dirigiéndose a un gran auditorio - de suerte que si un hombre se criase entre cuadrúpedos se empeñaría en usar sus manos como si fueran piernas por mucho que protestase su erguida constitución anatómica. Concedo que el hombre aprenda a pensar y quizás tenga que aprender a pensar desde un principio temporal, y quizás también desde un principio intelectual que no se le alcance, por mucho que sea su saber en ambos casos. Mas si bien sus primeros pasos no serán muy atinados, pronto se encontrará siguiendo los pasos de pensadores anteriores a él, y temprano el camino se le antojará más fácil y habremos de observar que, en pisando sobre seguro y rápido por estas sendas adoquinadas del conocimiento, habrá de llegar más lejos que sus antecesores y solo gracias a ellos. - ¿Y vas tú a confiar - preguntó el otro sin permitir un respiro - en la eternidad del pensamiento hallándolo tan sujeto a la *temporalidad* como cualquier otra faceta de nuestra vida? Ya hubo quien advirtió límites en el pensamiento ¡Y encima con optimismo! Habré yo de anunciarte que cuando el hombre se encuentra ante una de estas murallas irrebasables, infranqueables, inexpugnables, ha de retroceder con el rabo entre las piernas o probar a atravesar la frontera por otro vado. Esto último es lo que viene haciendo el hombre, tozudo, a lo largo de toda su Historia, sin obtener a cambio ninguna satisfacción más que la de creerse hombre en su tozudez ciega, lo que, a mi ver, le acerca más al asno que al hombre. ¿Acaso tú y yo, con toda esta majadería, estamos pisando nuevas tierras? Los caminos de nuestros antecesores andan tan trillados a estas alturas de los tiempos que uno no puede hacer más sino perderse en un laberinto de huellas y rastros confundidos y confusos, emborronados por la pátina de los siglos y los pasos de todos. Es inútil devanarse los sesos porque, terrible paradoja, estos caminos falsos son los únicos que podemos pisar. Si en necio

no lo entendéis, os lo explicaré en culto: en caso de que conservemos nuestra herencia intelectual la mantendremos almacenada en armarios que jamás abriremos de no ser por preservar del polvo y de la polilla unos ropajes anticuados que jamás nos atreveremos a usar y si, por contra, decidimos quemar en una pira este batiburrillo de trastos viejos y ajados, el fuego de nuestra negación solo nos calentará mientras haya algo que quemar. Como podréis juzgar, hasta aquí, estoy de acuerdo con Alonso, muy a mi pesar -.

XIII

Quedó La barraca pendiente de la reacción del joven. Lo cierto es que nadie sabía a quién dar razón puesto que la temática, para ellos, se había vuelto del todo incomprensible, habiéndose de contentar con mirar de un lado para otro cada vez con menos interés tal si aquello se tratara de un aburrido debate parlamentario. Pero Alonso trataría de instaurar de nuevo la antigua dinámica, riendo, aprovechando una alusión ya remota y, de paso, quitando fierro al asunto; - También yo te conozco, viejo emponzoñado, quizás demasiado bien. Dinos una cosa antes de acabar de marearnos: ¿dónde te has escondido todo este tiempo tan largo como el tiempo eterno al que tanto recurres en tus discursos y tan latoso como ellos mismos? -. Ni que decir tiene que la actitud del anfitrión volvió a sorprender. El otro ni siquiera sonrió. - Tan bien que me conoces y tan a propósito que manifiestas ignorar mi estancia en el penal, -si no eterna al menos larga- purgando mis faltas, llorando mis penas y atesorando suficientes rencores como para reventar esta tierra de reyes, curas, legionarios y mierda. - Ven a mis brazos - invitó Alonso ya para bordar la confusión - después de tragarte tu insolencia y que sepas que en mi casa, como siempre, eres bien recibido. - ¿Y qué recibimiento es este - protestó el viejo, aún sin sonreír - cuando nos hablas a todos sentado en un barril sin ofrecer a nadie un triste vaso de vino? -. Alonso y el ex presidiario quedaron reunidos en medio de un murmullo que se extendió como un reguero de pólvora. Aquella noticia había dado pie a ciertas

sospechas mas no podían creer, de entrada, que fuera *él*. ¿Pero quién era? Que estuviera vivo ¡Después de aquello! ¿acaso…
Era el ave fénix que resurgía de sus propias cenizas o, siendo benévolos: el áspid alado que resucitase de su propia carroña envuelto, como él mismo anunció, en el fuego del odio reclamando, sediento, la sangre, la muerte, la guerra, la destrucción, el caos… era, efectivamente, singular pero no tanto como su leyenda que circulaba a lomos de los cuatro vientos y era reavivada en el calor de las hogueras pobres, en el precario techado de la miseria, en las escombreras periféricas de las ciudades, en los subterráneos de la sociedad… y era nombrado con una mezcla de temor, respeto y admiración, con todas las ansias con que se deja nombrar una redención a la que miraron todos los siglos, con todas las esperanzas y toda la necesidad contenida del ser humano.

- Yo te invitaría gustoso, viejo, a un vaso de vino, por los tiempos pasados. Mas en mi casa no habrás de encontrarlo; este barril, como tú mismo podrás comprobar si lo sopesas, está completamente vacío, y aún habré de añadir que solo, de lleno, contuvo sidra -. El viejo se mostró condolido - oh, si fuera lo único vacío que aquí pudiera encontrar…. - Yo pagaré un trago a este hombre - se ofreció un obrero, al punto, servil, con una bota en mano. Minutos antes había reunido un corro en el que se debatió la identidad del viejo. El obrero repuso: - pero solo si es el mismo hombre que dio nombre a la leyenda -. El viejo sonrió - acostumbro a tragarme con una ración de modestia mis glorias y, a veces, hasta mis insolencias mas en esta sazón, remitiéndome a una causa de orden mayor y si me lo permitís, estoy dispuesto a hacer una excepción. - ¿Y cómo sabremos que eres tú quien dices ser? - Preguntó el obrero, desconfiado - porque a los hombres, bebiendo vino, no se les distingue; eso lo sabemos hacer todos. - Yo te lo mostraré - prometió el viejo - ¿o acaso dudas de mí? Que no te engañe mi aspecto en este mundo de apariencias -. El obrero miró inquiriendo a sus contertulianos y estos asintieron con la cabeza, tras lo cual, el obrero tendió la bota al viejo. -

No me negarás, Alonso, al menos, un vaso vacío. - ¿Un vaso? - Sí hombre, no me repitas, un vaso ¿o es que tengo que beber de la bota? -. Alonso rio - ¿y qué hay de malo? - Podría enumerarte un sinfín de preceptos por los que se recomienda degustar vino en amoroso contacto con el vidrio y es que, el vino en un vaso, además entra por el olfato, se descubre pleno a la vista, y tiene debido tiempo, esa condición que en todo momento el buen vino requiere, de asentarse. Sin embargo todos estos preceptos no dejan de ser melindres y si te pido un vaso es porque mi petición responde a algún motivo. - ¿A algún motivo?, ¿qué salida es ésta, viejo? Habráse visto tanta ceremonia para tomar un poco de vino. - Yo vine con la intención de tomar un vaso de vino, no de echar un trago de un pellejo, y no porque, según te he informado, me preocupen mucho las formas. Ahora, mis intenciones siempre son precisas y si yo me he propuesto tomar concretamente un vaso de vino, no ha de haber nada que se me interponga de por medio. - Está bien, está bien - Alonso, cansado de tanta palabrería, buscó y le ofreció un vaso al viejo - ¿se conformará Su Alteza con un vaso o, ahora que se lo brindo, me pedirá una copa? -. El viejo se apresuró a llenar el vaso de la bota con pulso exageradamente tembloroso. Todos se mantenían estúpidamente pendientes de una operación que, si ya de por sí fuera algo dificultosa, en manos del viejo se convertía en imposible. ¿Y era aquella la leyenda viva a la que tantas gestas victoriosas se atribuían cuando no podía llenar un simple vaso? Alonso observó los gestos de desconfianza y acudió en ayuda de su amigo - trae acá la bota, viejo, yo derramaré el vino en tanto tú sujetas el vaso -. Pero al viejo no pareció gustarle la deshonrosa propuesta y retuvo con fuerza la bota. Alonso y el viejo forcejearon hasta que el dichoso vaso acabó rodando por los suelos. - Ah miserable - masculló el viejo acompañado de las primeras risotadas - ¿ves a donde nos ha conducido tu prepotencia? -. Alonso se agachó a recoger el vaso, riéndose también. - Yo haría responsable antes a tu torpeza, a tu obstinado empeño, a los estragos del penal o a tu senilidad, desde luego, compañero, quién te ha visto; la edad causa estragos. - ¡Cuídate de la edad, compañero! -. Y tras decir aquello el viejo empuñó su bastón

rápidamente y hundió el puño de hierro en la frente de Alonso quien solo tuvo tiempo de levantar la cabeza para recibir el golpe. Cayó fulminado con un hilillo de sangre bajándole por uno de los lados de la nariz.

Felipe, el hermano de Alonso, sorteó rápido los espectadores que se interponían ante el viejo, abalanzándose sobre sus espaldas. Sin embargo el viejo había tenido el oído atento y, en cuanto estuvo a su alcance el adversario, giró sobre sí y lanzó un terrible bastonazo a la rodilla de Felipe. Éste se encorvó, presa del dolor, a sostener su rodilla y el viejo le remató rompiendo el bastón en sus espaldas. Otros dos hermanos acudieron, estos, sin precipitación y con los puños alzados. Se formó un espacio alrededor del viejo, quien vigilaba furtivamente a los dos hermanos, situados a sus flancos aferrado a la empuñadura del bastón quebrado. Fueron acercándose los hermanos paso a paso al viejo, cercándole, mas pronto el viejo resolvió medirse con uno de ellos antes que caer preso entre los dos. Andrés era el más vigoroso, aventajaba al viejo en peso, altura y brutalidad. Andrés trató de agarrar al viejo por su roída chaqueta para vapulearlo a sus anchas pero este se escurrió deshaciéndose de ella y estampó el puño de hierro en las mismas narices del forzudo mientras este quedaba con la chaqueta vacía en la mano como único consuelo. La parte astillada del bastón la hundió el viejo en uno de los costados de Andrés, quien lanzó un grito desgarrador. En tanto, el último de los hermanos se las había ingeniado para franquear la defensa del viejo y en cuanto encontró ocasión, le asestó un derechazo en la quijada tirándole al suelo. El viejo se revolvió y lanzó un puñado de arena a los ojos de su contendiente quien, en tanto se frotaba, recibió una patada en el vientre y, ya por los suelos tras varios ataques, un pisotón en la cara. - Si no me fallan las cuentas - anunció el viejo entre resoplidos - me quedan ocho hermanos más y el que se atreva a plantarme cara -. Ninguno de los hermanos restantes se encontraba en La barraca; en cuanto al resto… nadie parecía interesado en la disputa lo suficiente como para tomar partido activo.

- Ante los presentes ha quedado bien claro - proclamó el viejo - que aquí solo se regodeaban en sus palabras una caterva de hienas cobardes incapaces de reducir, como poco, a un viejo miserable. Conozco este nido de mentiras, tal y como os avisé, y por ello tomé la determinación de aplastarlo. Las causas que me han conducido hasta aquí nacieron hace muchos años, igual que el motivo que me ha obligado hacer lo que acabo de hacer de lo cual, ni siquiera me alcanza para enorgullecerme. Pese a todo tengo el gusto de vivir un día victorioso, quizá, de los últimos días triunfales que me queden por vivir - el viejo escupió en el cuerpo tendido de Alonso. - Considero saldada una vieja deuda pendiente que no os atañe, por fortuna, a ninguno de vosotros. No os describiré las infamias de esta familia de víboras pues, de escucharlas, abandonaríais de inmediato esta cloaca lamentando profundamente haber malgastado vuestro tiempo para encontrar traicionada vuestra confianza. Respecto a las causas, en lo tocante al motivo por el que os encontráis aquí, referente a vuestra lucha… es vuestra lucha y no la mía. Yo lucharía, de buen grado, pues nunca he negado mi ayuda desinteresada a nadie que sufra la injusticia. Mas es miraros y encontrarme con aquello que más he detestado incluso por encima de la injusticia y la opresión: un rebaño. Para ser sincero, ignoro qué se ha venido a discutir aquí ni cuantas sesiones han hecho falta para revolver sin resolver un acto que clama una respuesta a gritos, la única respuesta posible, como creo que se ha recordado. Tanto hablar y hablar para nada ¡Cuando ni siquiera he oído mencionar lo más importante! ¿tendré que hablar yo, un extraño? -. Nadie se atrevió. - Habla tú, filósofo, tanto que te gusta hacerlo -. El joven, esta vez, permaneció mudo. - Ya me lo temía, ya. Mucha floritura y mucha Revolución pero seguro has olvidado a estas alturas que estáis aquí no por reclamar un salario, ni por restablecer un derecho… ¡Estáis aquí por vengar la muerte de un hombre! -. Wenceslao se estremeció. - ¡José Fuentes! - gritó el viejo - ¡José Fuentes! y repetiré su nombre las veces que sean necesarias para preservarlo de vuestro olvido egoísta -.

Entre la gente se formó una reserva culpable. Andrés, el forzudo, se incorporaba de la tunda no sin esfuerzo. El viejo le aguardaba en tanto, impaciente.

- Quizá tus actos te honren - dijo el joven, de pronto - tus razones no las discuto. Sin embargo, cuando afirmas que olvidamos o te equivocas o mientes -. El viejo miró al joven, amenazador - ¿ah, no? - Aquí nadie - se explicó el joven - en ningún momento, ha dejado de tener presente este trágico suceso. - Eso es fácil de decir. - Precisamente porque es fácil no se ha dicho. - ¿Cómo? - Es cierto que, directamente, aquí nadie ha expresado lo que tú has puesto sobre la mesa sin vacilación ni escrúpulo, con facilidad; no por olvido, ni por descuido, ni por egoísmo, ni aberrante deliberación, sino por respeto y por verse libres de emplear este hecho grave como argumentación mercenaria en un discurso -. El viejo encolerizó - ¡Esa es una acusación terrible, jamás me he valido de semejantes artimañas y, si así lo juzgas, es que no tienes costumbre de tratar directamente con la verdad!, ¡La verdad solo es digna de valientes! - Y la violencia de cobardes - replicó. - Yo también detesto la violencia, pero es parte de la lucha. - Sin violencia, también se lucha. - No, eso es la rendición sin lucha y, cuando se evita la lucha, gana la cobardía. - Cuando se lucha sin violencia, se lucha, la verdadera Revolución desprecia la violencia, se lucha sin armas ¿quién es más valiente: solo el que lucha o quien se atreve a batirse con las armas de la Razón? - Una cosa es la valentía y otra la temeridad. Nadie lucha si no espera vencer, si no alberga una firme esperanza y, la lucha con remotas posibilidades de victoria, es el terreno de los héroes, aquellos que vencen la adversidad para triunfar sobre ella. Esa es nuestra lucha, una lucha de héroes y no de cobardes. Una lucha con remotas posibilidades de cambiar las circunstancias, como se ha dicho, porque las circunstancias siempre serán las mismas, pero una lucha en la que se puede vencer aunque esa victoria no venga a cambiar nada. Dime una cosa ¿existe acaso mayor muestra de valentía? - Sí, quien lucha nada más esperando su derrota y quien lucha con

las armas de la razón y el buen sentido. La Razón es el arma de los héroes, la violencia, el arma de los asesinos -.

Asesina fue la mirada que regaló el viejo a su interlocutor pero la discusión no pudo proseguir; la voz había corrido. En La barraca entraron todos los hermanos que restaban por entrar salvo uno, esto es, siete hombres contra un viejo, aunque fuera leyenda. Se apresuraron a atender a sus familiares heridos entretanto dos de ellos invitaban al viejo a marcharse. Allí había demasiada gente y no se sabía ahora de qué lado estaban, con lo cual, lo mejor era zanjar el asunto. El viejo, inicialmente, quiso pronunciar unas últimas palabras, pero no acabó de decidirse y partió con la cabeza alta, sin su chaqueta roída y sin su bastón, parte del cual le fue extraída de uno de los costados de Andrés provocando una dolorosa mueca en su rostro. Cuando desapareció, muchos siguieron sus pasos, dejando La barraca casi vacía. Entre los que partían se encontraba aquel obrero corpulento que se había enfrentado al joven. Y al joven es a quien miraban los que quedaron, en busca de decisiones. Pero este se retiró también y no consintió que nadie le siguiera. Wenceslao, a todo esto, siguió al viejo pero cuando se vio fuera de La barraca tomó la dirección de sus propios pasos. Alonso, en la intimidad de su casa, recobraba la consciencia y comenzaba a restaurar su autoridad increpando a sus hermanos, con una furia que solo era comparable a su desorientación. Las madres y sus niños se dispersaron volviendo a sus quehaceres, habiendo adivinado el desenlace antes que nadie. Solo los viejos quejumbrosos y los perros raquíticos quedaron a la vista, mascando su tranquila miseria y sacudiéndose las pulgas.

Don Matías Gris acabó firmando su discursillo, claro es, sin el don que costosamente se había ganado con mucha perseverancia y disciplina. Luego lo leyó y, claro es, no le convenció ni una sola palabra pero ya estaba

irrevocablemente firmado. Sacaba unos cuartos y cobraba cierta reputación colocando artículos políticos en varios periódicos durante trances racheados, intermitentes, a pesar de estar contratado de forma fija en una entidad. Empezaba a notarse un poco cansado de tanto discurso apelmazado y a sospechar que lo que le sobraban aquel mundo eran eso, discursos. Sus canas florecientes también sobraban a su apostura, pero esa era otra canción. Aquel café de mesas de mármol al que se accedía a través de una puerta giratoria le avivaba la inspiración mas no con motivo de que allí se reunieran un puñado de artistas de dudosa fortuna. Don Matías rara vez intervenía en tertulia sin embargo, en distanciada convivencia con sus conciudadanos, la actualidad política se le hacía más presente por algún misterioso motivo. El resto de su tiempo lo dedicaba a componer una novela que alguna noche le robó el sueño. No es difícil escribir novelas y hasta puede constituir un entretenido pasatiempo. Don Matías espantó algunas cenizas que se habían desprendido de su cigarro yendo a posarse sobre su pantalón (las moscas preferían el café con leche y a éstas no había nacido todavía quien las espantara) tras pedir la cuenta y preguntarse si era un genio. Algunos genios habían escrito frases con menos sentido que las suyas mas ¿quién podría imaginarse a un genio redactando aquellos artículos en un café como aquél?

- ¿Qué opina usted de rémora, don Matías? -. Don Matías no se acostumbraba al don ni a aquellas odiosas preguntas. - ¿De quién? - De rémora ¿no le parece escultural, culminante, como cenagal? - Me convence más vincapervinca, qué quiere que le diga. - No sé, don Matías, a mí me parece un juego de palabras - y a don Matías la poesía le parecía eso mismo. - ¿Y maltusiano, no le suena culminante maltusiano? - Da lástima, parece una enfermedad. - ¿Cárdeno, quizás? - No, cárdeno no, más bien cimarrón. - ¿Cimarrón le parece culminante? - No hombre, maltusiano me parece más cimarrón que cárdeno. - Yo le proponía cárdeno antes que rémora. - Ah, en ese caso, usted perdone, lleva razón; cárdeno, sí, suena escultural. - ¿Y cenagal se lo parecía? - Sí, pero me quedo con cárdeno. Muchas gracias don

Matías, me había quedado trabado. - Encontró una rémora, querrá decir. - ¿Cómo? - Sí, un obstáculo. - Ruego que me disculpe, don Matías, pero me tiene en ascuas. - Déjelo, era un chiste desafortunado -. El otro repuso, muy serio: - si quiere ser poeta, don Matías, debe empezar por olvidarse de los significados. - Ya, ya, la poesía me interesa sobremanera pero yo me marchaba, adiós y buenas noches. - ¿Tan pronto? - Mañana tengo que personarme en el periódico. - ¡Oh, el arte es mercenario! mercenario suena a mecenas, a mercantil, a mercurio, a mercería y a merluza ¿no cree don Matías? - Mucho, mucho. ¿Sabe usted que esto de la poesía dentro de poco va a ser considerada como una enfermedad mental? - ¿Qué me dice? ¡Lo que faltaba! -. Interrumpió la conversación una dama - a propósito, don Marías, leí su artículo en *el adelantado*, qué duro es usted don Marías -. Matías Gris se envaneció un poco y llegó a agradecer el cumplido - sería más duro si no me censuraran siempre medio artículo en cuanto a mi nombre, es don Matías señora…. - Señorita Rosaura, Rosaurita para mis amigos. - Señorita Rosaura, de momento, yo don Matías, encantado, Ma-tí-as. - Quizá ese artículo tan duro que leí no fuera suyo, usted dispense, creí que usted se llamaba Marías. - ¡Oh, el arte es fugitivo! fugitivo evoca fuego, fusil…. - Por cierto señores, permítanme hacer una pregunta a don Matías - habló un hombre gordo y mostachudo, un asiduo a los teatros y a los chismorreos operísticos. - Adelante. - ¿Y si le plagiasen uno de sus artículos?, ¿cómo se sentiría? - Pues hombre, imagínese - don Matías no pensaba que fueran a plagiarle ni contratando a un plagiador. - ¿Se acuerdan ustedes de Arturo Sánchez? -.

Minutos antes Wenceslao había quedado fascinado por la puerta giratoria. Jamás hubiera descubierto que aquello era una puerta y su complejo funcionamiento de no ser porque un viejo entró antes de que él mismo lo hiciera. El viejo era don Jacinto, quien acudía puntual a la mesa catorce donde su colega Francisco aguardaba impaciente con el tablero de ajedrez ya dispuesto ensayando aberturas. Francisco siempre jugaba con negras y siempre perdía. - Jaque - anunciaba Jacinto saboreándose la victoria. En

cuanto oía aquella palabra a Francisco le daba un aire y perdía toda concentración - no es posible ¿cómo? - Con mi alfil de blancas, Francisco. - Ah, sí, dispense - y adelantaba tímidamente un peón. Wenceslao se sentaría en la barra lamentando también su mala suerte. Sus problemas se agravaban. Pidió un café solo y no dejó de dar vueltas a su infortunio hasta que la conversación de dos señoras distrajo su atención. Hablaban de Dostoievski y de Tolstoi. No es que aquella fuera una conversación interesante por su contenido, sino porque aquello, el escuchar a dos señoras cargadas de años y kilos hablar de literatura rusa, no dejaba de ser inaudito para alguien que venía de provincias. Mucho más inaudito hubiera sido saber para Wenceslao que aquellas dos señoras, las mismas, fueran escritoras. Y si ya la literatura femenina era un *acontecimiento novedoso*, no hablemos entonces de otros muchos géneros que por entonces se ensayaban.

- Verá, en mi obra he introducido el monólogo interior de Joyce - publicaba un muchachito pedante - además de desdoblar la narración. El espectador adivina la estructura temporal lineal, antes bien, detrás de las modulaciones. He tratado el tiempo como si fuera un espejo al que se le diera en el centro un martillazo, quedando roto en mil pedazos cuyas partes quedasen desperdigadas, reflejándose unas a otras -. Su interlocutor no se mostraba muy convencido - a mí, lo que son los modernismos… donde se encuentre una obra de Lope, o de Calderón… con todos mis respetos, joven, ese teatro experimental por el que aboga me parece que no lo va a ir a ver ni su tía -. Pero algo más disparatado capturó la atención de Wenceslao.

- *La corte del príncipe Carlos*, el gran plagio de Joaquín Astur -. Una dama se llevó la mano a la boca en seña de escándalo - no es posible. - Lo que yo le diga, don Matías - y el hombre recogió sus manos por encima de su cuidada tripa, bajando la cabeza gravemente - un verdadero plagio -. Matías se reservaba. - Cuando Joaquín Astur visitaba este café, Arturo Sánchez, conocido de todos e íntimo amigo mío, a quien el éxito desatendió a pesar de su ingenio indiscutible y las circunstancias -como saben- le obligaron a

embarcarse en un buque mercante rumbo a Italia, me recitó enterito el acto segundo. A mí, claro, se me había olvidado ¡Después de tanto tiempo! Ayer fui invitado al teatro por los ilustres condes de Bellver, y he mi sorpresa al encontrar aquel acto segundo sospechosamente familiar ¡Y tanto! - ¿Dice usted - preguntó Rosaurita - que la autoría de la obra no pertenece a Joaquín Astur? - No, mi querida señora -. Rosaurita se azoró. - Pues eso, digo que ese segundo acto lo había oído recitar a Arturo Sánchez mucho antes de que *La corte del príncipe Carlos* se estrenara -.

- Cabe la posibilidad - apuntó don Matías - si usted está seguro de…. - No podía estar más seguro. - Cabe la posibilidad, decía, de que Arturo Sánchez manejara aquel texto pero no fuera suyo -. El otro rio, malicioso - No me imagino a Arturo Sánchez en posesión de ningún verso de Joaquín Astur. Es más; basta con examinar este acto para advertir inconfundibles notas del estilo de Diego. - ¿Sabe de sus sospechas Arturo Sánchez? - Arturo, en buena hora, quiso dejarme sus señas por si yo o algún otro amigo de la tertulia quisiera mandarle una carta. De manera que nada más abandonar el teatro y despedirme de los ilustres señores de Bellver, empapé la pluma y en menos de un párrafo puse al corriente al autor. - ¿Y ha recibido respuesta? - Aún no, y eso es lo que me preocupa. Tratándose de un asunto revestido de tanta importancia, la respuesta ya tendría que estar en mi mano. Es por eso que ando sin saber qué hacer. - No se preocupe usted, a lo mejor ha recibido su carta y está ahora volviendo de Italia - la dama trató de consolar al bigotudo, quien había llegado al extremo de sacarse un pañuelo de su chaqueta difícilmente abotonada para secarse, no las lágrimas, sino el sudor que perlaba su frente. Por descontado, nadie creyó a la dama. Don Matías se mostró indignado - es una lástima que ese Astur ya no venga por el café, si no, habría tiempo de aclarar las cosas. - Podríamos tratar de contactar con él - sugirió el poeta, también conmovido. - ¿Y creen que se dignará a venir? Oh, créanme - dijo don Matías - yo conozco a Joaquín Astur -. El gordo se justificó - por eso mismo, don Matías, he acudido a usted, en busca de consejo -. Don Matías desató su lengua - solía venir y apostarse en cualquier

mesa. Cuando el camarero acudía él siempre decía que no iba a tomar nada, que estaba esperando a alguien. Luego, pasado el rato, conseguía entremezclarse en alguna conversación y ganarse alguna invitación. A mí, de entrada, me dio muy mala espina; nada más traspasó esa puerta adiviné que era maricón -. Todos los oídos del café estaban ahora pendientes de don Matías, todos a excepción de los de Francisco y Jacinto, quienes aceptaban el gámbito de dama y además, estaban prácticamente sordos. - Le creo capaz del plagio pues a mí, en cierta ocasión, me ofreció comprarme uno de mis artículos por cuatro perras ¡Y cuantos, mordidos por la necesidad, las habrán aceptado! Pero conmigo ya podía darse con un canto en los dientes. - A mí siempre me pareció un hipócrita - saltó una poetisa fofa, deseosa de arremeter contra los triunfadores - hablaba bien de todo el mundo y eso nunca es buena señal -. La gente del café rio. - Solo él - se sumó un crítico - podría haber escrito algo tan abominable como *La corte del príncipe Carlos*, una comedia pedante plagada de refritos. El primero y el tercer acto pasan pero el segundo… es un insulto a la inteligencia -. El gordo mostachudo enrojeció levemente. - ¿Sabéis qué haría yo si Joaquín Astur entrase por esa puerta? - Preguntó don Matías - le metería sus comedias y sus ínfulas por… -. El café aplaudió. - Pero qué burro es usted, don Matías -. En esto se levantó un pintor de una de las últimas mesas - oiga usted, don Marías, yo no tengo nada en contra de usted y sí tengo bastante en contra de ese asturiano. Con decirle cuántos reales me debe… pero eso es harina de otro costal. El caso es que esos sus argumentos me suenan algo chuscos e impropios en boca de un hombre de su elevada planta y erudición, recuerde, nada más, que en tiempos de Platón… -. Pero don Matías se encontraba ya en avanzado estado de efervescencia y no estaba para retrotraerse con historias - a mí los tiempos de Platón me importan un carajo en cuanto a lo que dijera Platón… Platón podía decir misa, mire usted -. Y los poetas transgresores, a quienes solo les faltaba Platón en el café y en el café eran muchos, rompieron en aplausos.

XIV

Giró la puerta giratoria y de uno de sus cuatro compartimentos salió… ¿no adivinan quién? El mismísimo Joaquín Astur. Astur era magro y acartonado pero, contrariamente a ello, hubo de entrar solo en un compartimiento, y de esperar a su acompañante, ya dentro, en el café. Su acompañante era una señora baja y rolliza (de ahí lo del compartimiento), maquillada, avispada y pizpireta, quien obsequió a la sala una mirada llena de parpadeos que irradiaban asombro en tanto su boca pintada se desfiguraba en una mueca de desautorización. Joaquín Astur ofreció el brazo a su acompañante para que salvase con mayor facilidad, llaneza, comodidad y desahogo un escalón pero la señora despreció el ofrecimiento, se arremangó con valentía una falda que embutía sus generosos muslos y coronó la cima sin demasiados aspavientos alcanzando la barra (aunque sofocada) antes que Joaquín. Fue a sentarse en una de las mesas pegadas al escaparate (siempre vacías) y a reclamar la atención de un camarero, quien permanecía pasmado. - ¡Con… Joaquín Astur! - El mismo que viste y calza - aclaró la señora, impertinente - ¿va a servirnos o va a seguir ahí parado? -. El camarero se apremió, azorado - ¿dos cafés, habían decidido? - Aún no hemos decidido nada. - Dos cafés, con leche los dos - solicitó Joaquín Astur. - El mío solo, si no le importa - corrigió la señora.

No tardó el gordo mostachudo en abandonar la ahora lánguida tertulia de don Matías para acoger a los recién llegados - oh, doña Pura, quién lo iba a

imaginar, ¡Qué grata sorpresa! ¿Cómo usted aquí? - Y la acompañante de Joaquín tendió la mano con asco y remilgos, para que el otro posara su bigote en ella. - ¿Es que no puedo venir en compañía de mi marido a tomar un café? - Sí, claro, cómo no, es más; deben de venir, usted y su marido, claro, por supuesto. - ¿Y por qué *debemos*? - ¡Oh, qué pregunta doña Pura! ¿existe mayor dicha que la que albergamos al ser honrados con vuestra atención? Había de ser redactada una ley pulcra, una ley lírica, la cual prescribiera que para nosotros, miserables, se nos habría de conceder a cambio de nuestra desfachatez, la oportunidad de acompañarnos de tan ilustres personalidades, al menos, uno de cada dos días. De usted; hija de gobernantes, descendiente de familias que alumbraron con glorias la oscura historia de nuestro país, y de su marido; príncipe de las artes y las letras, docto articulista, sapientísimo ensayista, afamado y justamente bien ponderado escritor. - Y, si no me equivoco - imaginó doña Pura - según esa ley de usted, un día nos veríamos para que al otro recibiéramos pestíferas y mefíticas críticas a nuestras espaldas ¿adivina con quién tuve el placer de cenar anoche? - Oh, ¿usted doña Pura? Con algún dios griego de la belleza y la hermosura o alguna princesa del lejano oriente. - Con quien cené fue con los condes de Bellver, que no sé si estarán a su altura. - A este respecto… ¿caben dudas? Ni los dioses ni las princesas osan merecer con creces tal mesura. - Creo que oí buenos comentarios de usted, mi consonante amigo. Si tanto ensalza la grandeza de los condes, que no es poca, espero que se haga merecedor de su aprecio. - ¿Qué cabe desear por encima del aprecio de los condes de Bellver? No me obligue a decirlo, que quizás solo su aprecio, doña Pura, quede por desear. - Yo solo desprecio, mi querido amigo, y créame cuando le digo que estos a quienes desprecio pueden considerarse afortunados -. El gordo no paraba de secarse el sudor - quedo a sus pies, doña Pura. - Bien, de momento agradecería que desapareciera de mi vista, no porque usted me dé mala espina, no, ¿qué es el amor sin espinas? Sino por tomar a gusto el café, si es café lo que sirven aquí. Ya nos veremos en otra ocasión -. El gordo estuvo a punto de desmayarse - Sí, doña Pura, eso aguardaré con toda mi alma -. El

gordo salió disparado por la puerta giratoria olvidando despedirse de la tertulia. El camarero llegó con los cafés. Doña Pura tomó un pequeño buche meticulosamente azucarado mientras Joaquín se quemaba la lengua. Wenceslao no les quitaba ojo de encima. - Sabes, cariño, este café me trae tantos recuerdos… - Joaquín se encontraba sentimental aquella tarde que decaía - es el recuerdo no ya algo atormentador, melancólico, sino maravilloso y de lo más bello y puro que puede el hombre aspirar a contener en esos sus adentros ponzoñosos, ¿qué mayor dicha cabe que tener recuerdos, y recrearlos y… -. Doña Pura mandó callar a Joaquín.

Varios poetas se acercaron tímidamente a la mesa del escritor - teníamos que felicitarle por el pavoroso éxito de su obra, don Joaquín, al tiempo que confesarle nuestra más profusa admiración. - Ya, ya, ¿saben? En París tuve a bien escuchar un verso brillante, aunque catalán. Decía así, si mal no recuerdo:

Las palabras son
las horcas donde a trozos
cuelgo la razón[19].

- Un verso magnífico, don Joaquín ¿no crees, Juan? -. Hay poetas que se molestan cuando escuchan un buen verso que no es suyo, los creen robados. Juan se encontraba entre estos poetas orgullosos. - No está mal, no, pero don Joaquín dígame: ¿qué era lo que nos quería decir con este verso? -. Joaquín respondió: - nada, me parecía un buen verso, simplemente. - ¡Si será imbécil! - pensó Juan. - Háblenos de sus proyectos, don Joaquín -. Joaquín se hinchó el pecho de orgullo - ¿están ustedes familiarizados con la sacristía del arte? - ¿Perdón? - Sí, con cierta encomiable exaltación, concretamente, de la obra musical. Este desenfreno lleva a considerarla como máximo exponencial de la pureza artística a través de sus formas abstractas. Pues bien, quiero yo

[19] *Les paraules són / forques d´on a trossos / pengo la raó*. Salvador Espriu

publicar ciertas tesis que destaquen su finitud. Porque el arte es algo grande, sin duda, pero debemos mantenernos a salvo de considerarlo una expresión divina, o algo similar. - ¿Y cuándo tendremos oportunidad de leer todo eso? Porque digo yo que lo leeremos ¿o podremos escucharlo en un recital? - No, claro que no. El trabajo, el tramo difícil que es decir, ya está hecho, solo quedan las negociaciones. - Tenga la amabilidad de dedicarnos un ejemplar, don Joaquín, cuando entonces -. Joaquín lo imaginó con nitidez impresa al instante;

A mis queridos amigos del café de artistas,
Atentamente suyo
J.A.

- Lo haré - prometió. Los poetas marcharon inclinándose ceremonialmente ante doña Pura. Joaquín volvió a su café y a la realidad - ¿cuándo publicaré esa obra mía, querida? -. Doña Pura se desentendió - nunca. - ¿Cómo? - Sí, nunca, o cuando llegue tu fama a tal extremo que ya no importe lo que publiques, con tal de que publiques algo, vamos. - Oh, musa mía ¿qué sería de mí sin tus consejos? - No son consejos sino mandatos. Mientras seas mi marido no estoy dispuesta a consentir ínfulas de escritorzuelo -. Joaquín tomó de la mano a doña Pura - seré quien quieras que sea mientras seas mi esposa, mi musa, mi mecenas, mi dulce protectora… solo soy si estoy contigo porque sin ti… sin ti no soy nada. - Bueno, bueno, depón la lírica y atiende a los negocios. Yo te diré cuándo y qué has de publicar y qué no -.

Don Jacinto podía haber dado mate al séptimo movimiento pero, en lugar de resolver, prefería mantener la simetría de las piezas blancas mientras don Francisco trataba con desesperación de zafarse de la amenaza hilvanando una jugada medianamente aceptable en la cual don Jacinto iba cobrándose piezas de forma gratuita. - Ya le he regalado un caballo y tres peones - se reprochaba don Hilario.

- ¿no es casualidad? - Combinación de circunstancias imprevisibles e inevitables, que dijo Rosaurita - nosotros hablábamos de *La corte del príncipe Felipe* y he aquí que se presenta a nuestro alcance su presunto autor. - *La corte del príncipe Carlos*, señorita Rosaura, si me lo permite. Precisamente eso mismo estaba aclarándonos ese amigo nuestro antes de abandonarnos sin despedirse - hablaba don Matías - y a propósito de marchas, acabo nada más de recordar que mañana me reclaman pronto en el periódico, aún he de corregir cierto discursillo…. - Podíamos preguntar a don Joaquín por su obra, antes de que usted marchara, don Matías, creo haberle visto interesado en cierta, digamos, *reseña*. - Sí, sí, claro, por descontado -. Don Matías avanzó hacia la mesa de Joaquín seguido de cerca por Rosaurita y una corte de curiosos varios. - Será posible… don Matías, ¡Qué alegría! - Joaquín Astur se levantó y le tendió la mano - esperaba encontrarle aquí. - Yo no - estuvo a punto de confesar don Matías - venía a saludarle y a advertirle sobre ciertos rumores que por ahí circulan alegremente. - Hombre, don Matías, a mí los rumores…. - ¿Usted es don Matías? - Preguntó ociosamente doña Rosa. - Ese soy yo - respondió Matías con la voz seca de puro temor. - ¿Tendría la bondad de sentarse con nosotros? - Yo, encantado y gustoso, doña…. - Llámeme Pura, sin frialdades ni distanciamientos -. Matías arrimó una silla. Los curiosos felicitaron a Joaquín, saludaron a doña Pura y, como allí no pintaban nada, fueron distanciándose. Algunos, desde sus sitios, aún no dejaban de vigilar al trío.

- Verá - principió doña Pura - han encargado a mi marido la redacción de un artículo y, como comprenderá, anda demasiado ocupado como para entretenerse con menudencias. - Menudencias… - repitió don Matías - no sea cruel, señora, que ese es mi pan de cada día. - Llámeme Pura, por favor. Por eso, como es su especialidad, queríamos, mi marido y yo, pedirle un favor. - Dígame - don Matías desbordaba impaciencia e interesada curiosidad. - Tutéeme sin miedo, don Matías. Se trata de que usted nos preste una plantilla con algunas ideas destacadas. Usted está bien informado de

todos estos asuntos. - Sí, vamos, lo sustancial - especificó don Matías. - Un favor, ya le digo, para que Joaquín pudiera con ello componer el artículo. Joaquín es un maestro de las formas, pero es joven aún, carece de su.... - ¿Estilo? - Experiencia -. Don Matías cambió de semblante - pero lo que me propone usted es ser víctima del plagio, doña Pura, con todos mis respetos -. Doña Pura se enojó - Llámeme Pura y déjese ya de formalidades, narices. - Sí, Pura, como quiera - se apresuró a corregir Matías. - La historia de la escritura - doña Pura recobraba la calma - está plagada de sonados plagios ¿a qué viene hacerse el ofendido? El mismo Platón, sin ir más lejos, no dejaba de citar una letanía de sabios y poetas... con decirle que todas sus ideas eran más bien de su maestro.... - Bueno, bueno. Esta *propiedad de ideas* es cosa harto discutida... además, una cosa es citar, como bien dice, y otra cosa es adoptar un contenido ajeno. Yo, en mis artículos, también saco a pasear a los clásicos de cuando en cuando pero ¿qué pensaría de mí si escribiera la *Divina comedia*, por ejemplo, solo cambiando palabras? - Yo no le pido que escriba esa comedia, don Matías, ni le hablo de plagio, a ver si entiende. Lo único que le pedía era un favor, le concedía a usted una oportunidad, bien mirado, ahora, si no le interesa.... - No, no - se apresuró a decir Matías ante la fuerza irrevocable del pretérito imperfecto - es solo que, bueno, nunca me habían formulado una propuesta semejante... prometo pensarlo - resolvió - mas, sin ventajas para mí.... - Estese tranquilo, don Matías, un favor se paga, con otro favor, claro. Medite hondo y profundo y decídase, pero hágalo pronto. - Está bien -. Quedaron en silencio. Matías siguió el vuelo de una mosca hasta una de las tazas. - En caso de aceptar ¿a quién me dirigiría? -. Doña Pura rebuscó parsimoniosamente en su pequeño bolso. Matías pensó que no se podía tardar tanto en encontrar algo en un bolso tan pequeño. - Tome, es la dirección de nuestra casa. Si viene, que sea antes de las doce y con la plantilla bajo el brazo -. Don Matías tomó la tarjeta, ruborizado - de acuerdo, si me disculpan ahora yo... el periódico... mañana.... - Vaya, vaya - le animó doña Pura. Giró la puerta giratoria y Joaquín miró a su esposa como dicen que

mira un cordero degollado. Algo así, según se colige, como mira una bestezuela sin cabeza y lo que es más admirable, sin cabeza.

Wenceslao apuró el café, ahora llegaba su turno. Aguardó acechante a que Joaquín le dirigiera la mirada mas, como no lo hacía (se encontraba demasiado lejos y, en adición, un cordero degollado no mira a no ser que lo haga con los ojos de una cabeza degollada) se levantó y se presentó. - Buenas noches Joaquín, soy Wenceslao, Wenceslao Martín Martín-López. Nos conocimos en la editorial -. Joaquín Astur palideció. Le temblaron las manos e incluso tartamudeaba. - ¿Ocurre algo? Preguntó doña Pura, que no había perdido detalle. - No, nada… solo que… solo que… ahora mismo no recuerdo… la editorial… -. Wenceslao insistía - sé que no nos hemos visto demasiado, ¡Pero tanto como para no acordarse…! -. Joaquín Astur intentó reponerse - sí, es verdad, ahora recuerdo. Cariño, te presento a…, este…. - Wenceslao Martín - orilló doña Pura. Y escrutó largamente al escritor mientras se saludaban. Doña Pura hubo de asumir las obligaciones que dicta el canon - si quiere sentarse…. - Lo que yo no quería era molestar, ante todo. - Siéntese, por favor - suplicó Joaquín. - Gracias. - ¿Tomará café? - No, gracias otra vez, acabo de tomar. - Pues bien, yo sí tomare algo - doña Pura llamó al camarero y pidió una copa de coñac - ¿frecuenta mucho el café? - Para serle sincero señora, es la primera vez que vengo -. La conversación moría. Wenceslao se encontraba tremendamente nervioso y, contra más tiempo permanecían sumidos en aquel mutismo, más inquieto se encontraba. - Recuerdo sus proyectos - tentó, dirigiéndose a Joaquín. Pero Joaquín se mostraba distante, ensimismado - mis proyectos, sí… -. Ante la amenaza de una nueva elipsis engorrosa, Wenceslao desplegó todo el arsenal de su artillería; - ¿ha vuelto a viajar a París en todo este tiempo? -. Joaquín solo le devolvió una mirada escamada. Wenceslao, derrotado, se descartó; - lo cierto es que no sé cómo comenzar - iba dándose aliento como esos actores inexpertos que han de emprender un largo monólogo - vine de provincias no ha mucho y traté de hacerme escritor. Tras varios conatos malogrados

encontré por fin una ocasión propicia y acaeció que caí enfermo -. Doña Pura no se mostró conmovida. - No he cobrado mis trabajos a raíz de entonces y mi situación… bueno, mi situación en estos momentos es desesperada; no tengo a nadie a quien acudir. - ¿Y la editorial? - Preguntó doña Pura, dando un sorbo al coñac - ¿qué pasa con la editorial? - ¿Con la editorial? - Wenceslao tenía la sensación de que se acercaba a un callejón sin salida, o que se hundía en el pozo de su mentira - se ha declarado en bancarrota. - Fue un trágico suceso - dijo Joaquín, consternado. - ¿Un trágico suceso? - Preguntó Wenceslao. - Sí, aquel asunto de ese secretario y el editor, el tan bien y tanto estimado don Ernesto Pedralva. - ¿Don Ernesto? - Wenceslao, aunque no haga falta explicarlo, no comprendía nada. - Sí, don Ernesto ¿no recuerda? -. El escritor se desesperaba - ¿acordarme?, ¿de qué? - Oh, ya basta - doña Pura estalló la copa contra la mesa de mármol - ¡De su asesinato! -. El café entero se volvió a la escucha de sus chillidos. Pasado un tenso lapso, doña Pura preguntó apabullada, en baja voz: - ¿no sabe nada de verdad? - ¿Qué iba a saber? - Sabía que la firma quebró -. Wenceslao no se imaginaba cómo podía haber acertado sin referirse si quiera a esa misma entidad - sí, eso sí lo sabía - manifestó no muy convencido. - Pues la empresa quebró después del asesinato -. Doña Pura examinó de nuevo concienzudamente el rostro de Wenceslao y este no pudo hacer nada más que contemplarla, confuso.

Fuera, comenzaba a llover. Mirar el escaparate desde dentro del café, cuando llovía, causaba la vaga sensación de estar mirando un acuario. Cuando no llovía, mirar al escaparate desde dentro del café se asemejaba a contemplar un terrario. Las únicas variantes consistían en que a veces la pecera se encontraba llena de peces y el terrario lleno de hormigas. Fuera empezaba a llover pero no se podía asegurar porque, de noche, solo se distinguían las gotas más cercanas al cristal. Todo cuanto quedaba detrás de ellas era la fría y opaca oscuridad. El cristal reflejaba los adentros luminosos

del café con sus rostros solitarios y rasgados por la indefinición, ocultando la vista de los edificios confrontados con sus escaparates respectivos. La palabra "café" sobre el cristal, claro, daba la cara a la calle y desde dentro se leía al revés. Quien adentro se encontrara no necesitaba leerla, eso, como que los personajes de las películas o de las novelas también harán sus necesidades, se presupone. Las cuatro letras eran mayúsculas, sin remate, secas como ramas de invierno, de cuerpo grueso y formas redondeadas de caligrafía infantil (o de forma femenina). No estaba acentuado el rótulo en virtud de esa descuidada y muy extendida norma de común acuerdo popular inventada por los cajistas perezosos de no colocar tildes sobre mayúsculas. A la gente, por lo general, esto le trae sin cuidado. A las gentes les molestan las tildes aunque las tengan y muy acentuadas; cuando no les incordian, las consideran nimiedad. Da lo mismo, arguyen, escribir "café" que "cafe" porque, en resumidas cuentas, siempre se acaba diciendo /*kafe*/. El caso del inglés, por ejemplo, es más peliagudo y no por diferencias gramaticales, sino porque, en cierto modo, las ingles siguen siendo asunto cercano a lo pudoroso. Leídas en nuestro único alfabeto las palabras al revés también se entienden mientras estén escritas con buena letra. Wenceslao leía y releía la palabra "café" al revés y con todas esas mencionadas peculiaridades empezando, por costumbre, por la izquierda. Así, primeramente se topaba con una "E" que invertida es como un tres (3). A ella le seguía la "F" que, si ya de por sí es un carácter extravagante, como una "E" coja, vista en un espejo a todo lo más que se parece es a una antena asimétrica. La "A", por su parte, guarda siempre la compostura a menos que se la coloque tumbada o panza arriba. ¿Y qué de la "C", ese anillo incompleto? Su forma generosamente abierta hacia la palabra era una seña inequívoca que obligaba a la vista a retroceder sobre sus pasos y leer de corrido la palabra.

El hombre es el animal pensante por naturaleza, pues bien; hay hombres que en efecto parece que piensan y otros que se encargan muy bien de disimularlo. Han hecho falta miríadas de años para que el ser humano

aprendiera a caminar con cierta dignidad o, lo menos, para que el hombre aprendiera a no arrastrar sus vergüenzas por el suelo y bastan apenas unos cuantos minutos, en la edad presente, para echar por tierra todo de nuevo. Aquí todos pensamos, conste, cada cual según nuestro desigual entender. Queríamos referirnos torpemente al hecho de que hay personas que piensan asuntos profundos mientras, por ejemplo, dan los buenos días, y otras personas, igual de pensantes y, si cabe, de profundas, que han de detenerse, como se dice, a meditar. Wenceslao debía encontrarse entre estas últimas pues se le notaba a la legua que andaba pensando.

- ¿En qué piensa usted? - Preguntó doña Pura, cosa que, desde luego, si no lo es, debería constituir una falta de cortesía. Fue Wenceslao, para colmo, quien se disculpó; - oh, ruego que me perdonen, es ésta una noticia.... - Inesperada - ayudó doña Pura. - Sí, sin duda pero... ¿cómo fue? - ¿Recuerda a aquel secretario de Ernesto, Gonzalo? - Indagó Joaquín. - No muy bien, la verdad. - Pues, como le dije, fue él quien, al parecer, cometió el asesinato -. Wenceslao no tenía nada que decir. Gonzalo no estaba acostumbrado a hacer ruido, antes bien, cuando se encontraba en la obligación de hacerlo (el mundo, sí, es ruidoso por naturaleza) hacía el menor ruido posible ¡Quién fuera a imaginar que tuviera una muerte tan sonada! - La gente es así, don Wenceslao - explicó doña Pura - le dan a uno los buenos días y al día siguiente un tiro en la nuca. - Entraba a trabajar - continuó Joaquín, quien hubiera expresado aquello sin duda en tono más lírico - como un día cualquiera. Saludó al personal, aireó un par de papeles y después entró en el despacho del editor a tratar los asuntos de la jornada, todo según la rutina. También cerró la puerta tras de sí, como era costumbre, y, al segundo, se oyeron dos disparos -.

Cuando la gente corrió al despacho encontraron el cadáver de Ernesto reclinado en su butacón con un tiro en el pecho y el de Gonzalo, tendido en el suelo. Después de matar a su jefe, amartilló el arma y se pegó un tiro en la sien. Era un revólver de cañón corto, platinado, de cámara de seis balas. Dos balas en los cuerpos, tres se encontraron en uno de los armarios de la

vivienda de Gonzalo (vivía en compañía de su mujer), una en el cargador. ¿Por qué Gonzalo cargó solo la mitad de la munición? El crimen, para los investigadores, presentaba todas las características de un acto precipitado, irreflexivo, pura inercia o instinto. Mas ese acto de premeditación, si fue premeditación, no terminaba de casar. ¿A quién iba destinada una tercera bala? Quizás Gonzalo reservaba una bala por si erraba un disparo mas, en ese caso ¿por qué no cargó las seis y dejó tres en un armario meticulosamente dispuestas? El hecho, huelga decir, con estas pistas, no se aclararía jamás, al igual que otros tantos detalles inexplicables e insignificantes de tantos crímenes inexplicables e insignificantes. Nunca, en situaciones tales, se llega a saber qué dispone el azar y qué la voluntad. La vida acaba siempre rodeada de la incertidumbre que trae consigo.

- La vida es terrible - se lamentó Wenceslao, trágico. - Como se imaginará - urdió doña Pura - tampoco nosotros hemos cobrado nuestros últimos trabajos. - ¿Pero usted también escribe? - Preguntó Wenceslao, atónito. - No, qué va, ¡Lo que me faltaba! con decir *nuestros* me refería a los trabajos de Joaquín a cargo de la entidad. - ¿Y qué trabajos eran esos, si no es indiscreción? - Volvió a inquirir Wenceslao, con toda su buena intención. - Oh, libros, nada más. - Ya. - En fin, don Wenceslao, ha sido un placer conocerle. Nos quedaríamos aquí charlando de buena gana mas hemos de estar en casa antes de las doce. Pago y nos vamos - anunció a su marido. Doña Pura buscó en su pequeño bolso. Wenceslao estimó que el tiempo empleado por doña Pura para encontrar algo en un bolso tan reducido era demasiado. - ¡Oh, qué bochorno! - exclamó de pronto. - ¿Qué ocurre cariño? - Creo que… no, no puede ser - y volvió a rebuscar. - ¿Qué pasa, algún problema? - Insistió Joaquín. - Me da apuro decirlo delante de don Wenceslao. - Por mí no se preocupe, doña…. - Pura, llámeme Pura, sin "dones" ¡Suena tan mal…! - Pura, por mí no tenga cuidado, es más, si pudiera ayudarles en algo… -. Doña Pura se llevó la mano a la frente y cerró los ojos - creo que he perdido el monedero. - ¿Qué? - Joaquín se alarmó - ¿estás segura,

cariño? - Sí, llegamos aquí con tanta prisa que lo descuidé un momento en la barra y.... - ¿Pero seguro que has mirado bien? - Joaquín arrebató el bolso de manos de doña Pura y lo volcó encima de la mesa. ¡Parecía mentira que un bolso tan pequeño pudiera contener tantas cosas! del bolso de doña Pura salió estrepitosa toda una tienda de cosméticos. Joaquín revolvió toda esa montaña de frascos - ¿no es este el monedero? - Preguntó al cabo, exhibiendo un estuche. Doña Pura, a quien no debió de agradar que Joaquín revolviera sus intimidades en la mesa del café, le quitó el estuche y lo volvió a meter apresuradamente en el bolso - ¿cómo va a ser ese el monedero, imbécil? -. Joaquín, cuando hubo examinado todos los objetos bajo los bufidos de su esposa anunció, inútilmente - no está. - Iré yo a casa a por dinero - determinó doña Pura - tú quédate, Joaquín, y espérame. - ¿A casa? Aun en coche tardarás medio siglo y recuerda que antes de las doce... -. Wenceslao se ofreció - yo puedo invitarles. - ¿Usted, don Wenceslao? ¡Pero si no ha tomado nada! - Es igual - dijo - no me importa ayudar a mis amigos. - Oh, muchas gracias, es usted un caballero. Venga mañana al café que le devolveremos la invitación. - No es necesario. - Tiene razón, no es necesario ¡Es obligatorio! -. La pareja se despidió. Wenceslao pagó los cafés y el coñac sin arrepentirse. - El que paga queda tranquilo - dijo al camarero, enigmáticamente. - Pero el que cobra, señor, todavía más -.

XV

Wenceslao deambulaba entre las calles, dulcemente embadurnado por el sol primaveral, esquivando el bullicio mas temiendo alejarse de él. Hacía ya tiempo que no encontraba lugar en aquella ciudad, huyó de provincias por aquel motivo ¿a dónde iría ahora? El problema no es abandonar un lugar, sino abandonar a uno mismo. Para corroborarlo, encontró una plaza recoleta donde la tranquilidad y el trasiego no estaban reñidos. Quienes paseaban o cruzaban la plaza sin pasear, caminaban en las mismas direcciones mas sin impaciencia y aun quizás sin sentimiento. Caminaban en tropel caminando a solas, diríase, por el mero placer de avanzar. Se sentó en un banco, preguntándose no sin cierta angustia si acaso ese fuera lugar donde habría de pasar la noche. Pronto se distrajo con el rumor de las acacias, el gorgoteo de una plácida fuente. Observó la estatua de bronce de un político difunto cuyo respeto no parecía llegar hasta las palomas, animales, sí, descarados e irreverentes que no solo no se conformaban con posarse en sus hombros, en sus orejas, en sus quevedos, o en su calva, sino que defecaban tranquilamente y sin ningún remordimiento sobre el busto. Wenceslao no se acercó al pedestal a leer ninguna inscripción pero adivinó, caprichos del sino, que había llegado a una plaza que le habían indicado hacía mucho tiempo, nada más llegó de provincias, cuando preguntó por la calle que ostentaba el nombre de un político difunto, quién

sabe si el mismo que presidía aquella plaza. La biblioteca donde encontró *El amanecer de ningún día* no quedaría lejos de ahí.

Atrajo su atención un viejo sentado en otro banco, que se entretenía en un curioso monólogo. De vez en cuando dirigía su voz a alguien pero ese alguien mantenía su rumbo, y cuando no le lanzaba una mirada ofensiva, no le prestaba ninguna atención. Entonces él escrutaba el cielo cálido de aquella mañana, o la tibia tierra batida de la plaza donde se confundían las pisadas con las colillas, gesticulando elocuente y sin desprenderse ni un solo momento de una amable sonrisa. Wenceslao supo distinguir que se encontraba ante un sabio y no ante un loco porque el loco, a la hora de hablar solo, no parece que actúe como lo hace el sabio. El sabio, por decirlo de alguna manera, interpreta un papel, el papel de loco; mientras, el loco es el papel en sí. Los sabios son personas libres de las ataduras del lenguaje y del pensamiento y es por ello que a veces optan por tomar una determinada actitud rigiéndose por sus propios principios y no por el *sentido común*. El sabio es un loco falso, un excéntrico, él mantiene la conciencia sobre sus actos disparatados y esta conjugación le divierte sobremanera. El loco, por el contrario, es víctima de su locura y no puede lamentarla ni aplaudirla desde el lugar del teatro que la observa el sabio.

A pesar de todo, nada es lo que parece y Wenceslao, prevenido, elaboró una pregunta inofensiva que deseó formular a aquel hombre de larga barba cana. Su curiosidad, al fin, venció su timidez; se levantó del banco y aprovechó para publicar su interrogante en cuanto el sabio pareció demorarse en una pausa de su difícil perorata. - Lamento interrumpir su discurso mas me preguntaba por qué habla solo en medio de la plaza con tanto interés que me he visto obligado a preguntárselo a usted mismo, a ver qué responde -. El viejo ni pestañeó. Miró al escritor con la profundidad de sus ojos claros, abandonando su sonrisa y deponiendo una seriedad vieja que Wenceslao temió - ¿de verdad quiere escuchar mi respuesta o solo quiere reírse de mí? Si

ha venido decidido a esto último dese prisa, pues, como comprenderá, he de proseguir ya que de no poder hacerlo no hubiera empezado ¿o sí? -. Wenceslao quiso sonreírse mas el viejo le intimidaba. - Solo el interés, como le he dicho, me mueve, no la burla, si acaso, la mera e inocente curiosidad. - Eso me conmueve, caballero. Pregunte si es tan amable - y ahora sí, el viejo desató su sonrisa con lo que Wenceslao se permitió un arrojo - ¿es que no lo he hecho ya? - No lo creo. Me ha mostrado sus pretextos e incluso me ha sugerido la cuestión, pero en ningún momento me ha interrogado abiertamente. De ser así y presumiendo una buena intención de su parte, ya le habría respondido con la mayor franqueza -. Wenceslao hubo de pararse a recapitular, y, tras examinar sus palabras, reconoció su error. - Lleva usted razón, lamento mi torpeza. - No hay absolutamente nada que lamentar, ni siquiera la torpeza - repuso el presunto sabio, amablemente conciliador. - ¿Me dejará interrogarle ahora? - Sí, claro, por supuesto. - Entonces pregunto, de forma abierta: ¿por qué hablaba solo en medio de la plaza? Usted puede hablar donde quiera y con quien desee, claro, pero lo mismo lo hace por algún motivo especial, y eso es lo que me interesa -. El viejo rio - ¿no se ha figurado que si yo hablaba solo, aunque fuera en medio de esta plaza, es por la sencilla razón de no tener con quien hablar? - Luego usted hablaba solo, solo por ese motivo. - Ahora hablo con usted. - No lo entiendo. - ¿Y si yo en vez de hablar leyese? Hace ya mucho que se perdió la costumbre de leer en lugares públicos y en voz alta, aun así…. - Descarté esa probabilidad en cuanto advertí que no llevaba ningún escrito con usted. - Lo mismo hubiera hecho yo, en vista de las circunstancias mas pudiera ser que leyera mis propias palabras y éstas, claro, no necesitan papel pues las tengo grabadas en la memoria. Me leía a mí mismo ¿acaso no se le ocurrió? - Ni por asomo. Perdóneme pero no creo a nadie capaz de tanta estupidez. - ¿Y eso?, ¿por qué lo dice? - El sabio parecía que iba a retomar la seriedad con lo que Wenceslao repuso, hábilmente: - Bueno, yo soy escritor y creo que me leo a mí mismo desde hace algún tiempo, como usted decía, quizás porque no me lea nadie más. - ¿Cómo es que se lee a usted mismo? - El hombre es un libro abierto y

nosotros somos el libro que más a mano tenemos. Ocurre también que uno escribe en ocasiones arrastrado por la obligación de escribir, qué se yo, otras arrastrado por el capricho de la imaginación… y claro, al final termina escribiendo otro y uno no es sino lector de otro, que es él mismo. - Qué contrariedad ¿le apetece sentarse? - Ofreció el sabio.

Wenceslao se sentó en el banco del viejo, pero su amabilidad aún se prodigaba - ¿puedo ofrecerle un poco de tabaco? - No, gracias, muy amable, no fumo. La última vez que fumé fue aquí, en ciudad, tenía reservado un cigarrillo para una ocasión especial. Cuando lo fumé no era una ocasión especial, he de confesar, y, para colmo, me mareé. - Ya -. El sabio cebó una pipa elegante y se reclinó en el banco - ¿me creerá si le digo que, durante todos los años que llevo viniendo a esta plaza solo he tenido ocasión de entablar conversación con dos personas? - ¿Quién era la otra persona? - Preguntó Wenceslao con astuta ironía que el viejo aplaudió - Un pobre hombre que vino a preguntarme por una calle. Resultó ser un tipo simpático, a pesar de que no pude ayudarle. Los nombres no me interesan y por ello no le preguntaré el suyo, le aviso de antemano para que no lo tome por descortesía. Yo conozco las calles, no sus nombres. - Y, déjeme adivinar, también conoce a las personas, aunque no a los hombres. - Este hombre se llamaba Alfonso Cerdeña y era, cuando le conocí, mucho más anciano de lo que yo lo soy ahora -. Aquel hombre, pensó Wenceslao, debía ser milenario. - Había ejercido como funcionario y disfrutaba de una pensión modesta. Siempre había deseado tener dinero ahorrado y tiempo para gastar mas, cuando lo tuvo, no supo qué hacer, cosa harto común, y se entretenía en llegar a una plaza y preguntar por una calle cualquiera, con motivo de entablar conversación. - Que sepa que he tomado su historia como cierta pues desde que llegué de provincias no solo he tenido problemas con las calles sino que tengo la sensación de no haber conversado con nadie. - Entonces tendrá ganas de hacerlo y yo, ya ve, disfruto conversando hasta conmigo mismo de modo que ahora, por coherencia, me corresponde a mí

hacerle una pregunta ¿me lo permitirá? - Desde luego. - Dijo que usted era escritor, aunque, por lo que me ha revelado, muy poco conocido. No creo que sea su talento el que le desmerezca, ni tampoco su entusiasmo. Habla, creo, con cierto cuidado y además es joven. Dígame ¿qué escribe además de libros? - El sabio quedó muy a gusto contemplando el gesto extrañado de Wenceslao, quien no advirtió su ironía al responder: - Cartas que no tienen respuesta, nada más. - ¿Tan baja estima se tiene? - Aún peor. - Si se sigue llamando escritor es que aún le queda algo, por poca que sea. - Me llamo escritor por no llamarme nada, nada, así como suena, o mejor, Nada. Yo, a diferencia de usted, necesito los nombres, aunque coincido en que no tengan mucha importancia. - Háble me de su último trabajo entonces. - Fui peón de la construcción, trabajaba en la exposición europea hasta que cerró sin abrir, está en la calle…. - No, aguarde, omita el nombre. - Hablaba en broma, el nombre no lo sé ni yo. - Entonces omita lo anterior, yo le interrogaba acerca de su último trabajo literario -. Wenceslao miró al sabio y aguantó un momento sin responderle, agradeciéndole la pregunta con la mirada infinitamente. Emprendió una descripción larga y emocionada. - Mi obra se titula *El amanecer de ningún día*, se extrañaría mucho si le dijera que no tiene final, aunque en verdad lo tenga, claro, pero no un final convencional sino un final digno de la simbolización del arte y la literatura, la idea de la posteridad… -.

La plaza tenía espesos jardines, muertos en el invierno, melancólicos en el otoño, esplendorosos en la primavera y frescos en el verano. Merecía la pena sentarse en un banco y contemplar sin distracción, es decir, contemplar distraído, las peculiaridades de la vida en aquel remanso en medio del torbellino de preocupaciones del progreso. Las experiencias más simples -como la poesía- son, en ocasiones, las más profundas y sobrecogedoras.

- Y bien ¿qué le parece? - Preguntó Wenceslao, nada más hubo finalizado su discurso, inquieto e impaciente. El sabio apagó su pipa y se atusó la barba.

Reflexionó unos instantes para luego comentar, misterioso: - Es difícil dejarse embaucar por completo, es posible empero, y ello se debe, en efecto, en la medida que encierra celoso un poderoso atractivo. Ante usted, por lo que le he escuchado, se ha presentado un dilema tan viejo como el mismísimo diablo, una presunción, una vanagloria, un contrasentido imposible, una ficción cuya voz acude cada día en reclamo del auxilio de nuestra desocupada voluntad -. Wenceslao quedó perplejo - parece una dura crítica esta suya, pero sincera y juiciosa, la primera crítica de verdad que recibo sobre mi obra. - Lo cual, dispénseme, no quita que ese su argumento sea un argumento excelente. - ¿Qué opinión le merece a usted este argumento? - Preguntó Wenceslao. - ¿El argumento de su obra o el argumento en sí? - ¿Y si usted hubiera escrito sobre ese argumento? -. El viejo meditó - Naturaleza contra naturaleza, para algunos, clave romántica del humano existir. La voluntad es ciega y puede postrarse cualquier día a los pies de la quimera, de lo infructuoso, de la vaga y vacua ensoñación. Quién pueda señalar con el dedo la cantidad múltiple de resortes, conscientes y no conscientes, que incitan al alma a la entrega de esperanzados principios puros, a descorazonadas libertades. No solo la imaginación esclaviza sino que además la esclavitud del hombre sirve a la imaginación un buen recurso para instaurar su tiranía. Si el hombre dejase de ser esclavo de otro hombre, de la tierra, o de sí mismo, no citaría al triste consuelo que la imaginación brinda. "La libertad es engañosa" se dice el hombre de buen juicio "la dependencia, innegable en determinados ámbitos". *Se necesita* y es imposible dejar de necesitar *algo, alguien*. Todo atrevimiento movido hacia rebuscar ramales de pomposa sintaxis, la Perfección con ornamental mayúscula por ejemplo, fuera de constituir un saludable pasatiempo mental y dentro de significar una obsesión, conlleva al fracaso, a la demencia, al suicidio -.

- De lo que escucho extraigo que usted no hubiera escrito ese libro, precisamente - dijo Wenceslao, abatido. - No, como comprenderá, a mi edad ya no se puede escribir sobre ciertas cosas, aunque lo desease. - ¿Y eso, por qué? - Supongo que la imaginación está demasiado ocupada con los

recuerdos. El hombre, en el invierno de su vida, se ha acostumbrado a convivir con sus fantasmas. También ha aprendido a vivir en compañía, y en compañía de la imaginación. Intuyo que la imaginación abarca extensas parcelas de la vida en ausencia de las cuales la vida puede echar en falta demasiado. Imaginación, en sentido estricto, tal y como a mí me gustaría considerarla, no solo es la facultad de evocar imágenes sino de producirlas. A menudo es considerada como la facultad de inventar seres o acontecimientos *no reales* pero, al margen de ello, creo que la atribución imaginativa además de extenderse en el ámbito fantasioso, puramente gratuito, unas veces ingenioso y otras ingenuo, también ha de ser mecánica y simplista; interpretación más o menos fiel del entorno, de la circunstancia, de la vida, esto es, el ejercicio más cotidiano del hombre y no un momento efímero de inspiración, *passez le mot*. La imaginación es libre, es memoria, es proyección e invención. - ¿Quiere decirme que el hombre anda continuamente imaginando? - Me gustaría presentarle la definición como una escalera cuyos primeros peldaños fueran las figuras retenidas en nuestra mente de los objetos constantemente, ordenadas, nítidas y estáticas conforme actuara la retina de la memoria, infundadas directamente por su correspondiente realidad que al percibirla, al imaginarla, apresáramos, hiciéramos nuestra. A medida que se asciende en esta escalera los peldaños van desmenuzando de estas representaciones la acción difusa de nuestros sentidos para alumbrarlas con una serie de factores, es aquí donde el acto creador consistirá en convertir las probabilidades surgidas a partir del acto en algo no digamos *real* sino tangible, manifiesto, revelado, compartido… ya que real, en cuanto a tal, lo son las imaginaciones como pensamientos. Al final de la escalera llegaríamos a imaginaciones inalcanzables de las que no tenemos noticia porque hablar de ellas es hablar de algo remoto, como de ensoñaciones, y, en definitiva, de algo que escapa de nuestra realidad pero que, al mismo tiempo, interviene en ella -.

Wenceslao asintió, algo contrariado - he comprendido - confesó - en vista de que me ha ofrecido buenos ejemplos, la definición del hombre ingenioso y la

del hombre idealista mas temo no alcanzar a comprender la suya, que anunció corriente, pero a mí se me antoja como una suerte de pensamiento trascendental -. El sabio rio - no vaya usted a hacerme mucho caso, todo esto no deja de ser una cuestión sin importancia ni mayor trascendencia, un juego de palabras. - Usted dijo que los nombres no le importaban ¿no? - Eso dije. - No entiendo ahora cómo toda esta conversación ha de girar en torno a un dichoso nombre. - No ha de hacerlo - repuso el viejo - usted sabe a lo que me refiero pero los nombres se interponen entre nosotros, he aquí mi disgusto con los nombres. Dejaré de pelearme con los nombres y le ofreceré un ejemplo ya que los anteriores que le he ofrecido los ha abordado sin dificultad. Veamos… El hombre encuentra ante sí un río ¿bien? - De acuerdo. - Primeramente lo ve y, al imaginarlo, lo reconoce ¿estará también de acuerdo conmigo en que este dichoso verbo, en esta frase, no está utilizado en una forma habitual de nuestra lengua[20]? Si yo dijera que el hombre imagina un río ¿no pensaría acaso que el hombre está imaginando otro río distinto al que tiene ante sí? Si tiene el río ante él ¿qué falta le hace imaginarlo? Usted entenderá que está imaginando el mismo río pero quizá, contrastándolo con su recuerdo, o con sus probabilidades futuras, o, en definitiva, con cualquier otra imagen similar pero distinta. - Sí. - Y pensaría bien porque el río que tiene ante sí y el que imagina, aunque se imagine el mismo río, no deja de ser, en cierto sentido, el mismo y a la vez otro. - Creo haberme ya topado anteriormente con este conflicto - anunció Wenceslao, asustado. - Es cierto, es un planteamiento viejo, como yo, sin embargo no es cuestión ahora de empezar con conflictos de identidad sino de quedarse con

[20] Hablando por lo común, cuando en nuestra lengua decimos *imaginando* habitualmente podemos querer expresar dos cualidades comprendidas por Wenceslao ; De un lado hacemos referencia al ingenio y en este sentido podríamos decir, como dijo L. F. de Moratín, que *era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginación*, del otro, hablamos de algo idealista con las mismas palabras de M. Gálvez, así, podríamos anunciar que era *sentimental e imaginativo, sin sentido de la realidad* que *creía en la eficacia de las fórmulas abstractas y de las vaguedades que predicaba*. Sin embargo para este hombre caprichoso el *proceso imaginativo* no había de reducirse a estos dos significados y deberíamos emplear el término, además, en otra ocasión.

la frase que enuncié, que el hombre ve el río y, al imaginarlo, solo al imaginarlo, es decir, al proyectar una imagen de él en su mente y hacerla atravesar distintos prismas, al comprenderla, es cuando lo conoce o lo reconoce. Atienda ahora porque utilizaré el verbo en otra frase similar pero distinta. El hombre, ignorante de las leyes esotéricas que gobiernan el mundo natural, en última instancia, mero instinto, acierta a comprender que el río, su agua, es necesaria para su sustento diario y tendrá cuidado al beber cuando encuentre animales muertos en las orillas. Siempre se empieza hablando del hombre y nunca del río, aunque no se quiera, quizá, porque quien habla es hombre y es que el río, más que hablar, canta. Busca el hombre su rostro reflejado en las aguas del río. Antes de comenzar a hablar de existencia se debería siempre hablar de subsistencia, lo que viene a demostrar finalmente que la naturaleza no puede arremeter contra sí misma. Puede parecer que nuestras ideas vallan en contra de la naturaleza pero las ideas, a nosotros, solo nos hacen mejores o peores hombres. La imaginación tiende a olvidar su sustento y su primer estímulo. A esa escena cotidiana del hombre frente al río puede sucederle otra, la de proyectar, imaginar y concretar sobre las aguas una fuente, una presa, un puente o cualquier otra obra que pueda serle útil o infructuosa. La imaginación sirve al hombre, es capaz de simular mediante comprensión las leyes de la naturaleza y doblegarlas sopesando la manera en que es posible hacerlo. Pero la imaginación no deja en ningún momento de ser naturaleza ¿entiende lo que le quiero comunicar? - Comprendo, no sin dificultad. - Mas he aquí que, conforme ascendemos en la escalera, nos adentramos en la bruma. Cuando lo imaginario se vuelve escurridizo y radical no puedo hacer menos que referirme a esos simpáticos roedores que son las musarañas. No atravesará cultivos hábilmente escalonados sobre las montañas, líneas cruzadas por la propulsión del vapor, enhiestos valles convertidos en lagos o cualquier otro ingenio similar que pone a disposición del hombre una vida más cómoda y desahogada, más libre en suma, esta ruta que emprende el intelecto, no nos ofrecerá tampoco esos útiles pensamientos que no han de tener una manifestación similar a las

anteriores. La concreción de las formas imaginativas presentes solo es posible mediante la intervención de instrumental más sutil, el mismo con el que se trabaja el arte. Si para hacer frente a la escasez de agua el hombre imagina y construye una presa, para hacer frente a la muerte el hombre imagina una eternidad y construirá los medios efectivos que procuren alcanzarla -.

De repente Wenceslao se sintió indignado - ¿qué es lo que me quiere sugerir?, ¿a dónde quiere llegar?, ¿se siente orgulloso de todas esas construcciones que ha nombrado mientras que ideas tan antiguas y nobles las despacha con el mismo planteamiento que engrandeció a las primeras? No debería usted tratar los nombres con tanto desprecio pues de hacerlo, se arriesga a cometer el riesgo de tratar las cosas bajo la misma sistemática. Le diré, aunque no me crea, que la eternidad comparte la vida. Lo eterno está presente en todo momento y no es una cuestión de tiempo ni de inmortalidad. Es tan falso decir que la eternidad tiene principio y fin como decir que empieza y termina -. El viejo repuso, calmado - reconozco que la arquitectura y la religión son disciplinas claramente distintas -. A Wenceslao, ni que decir tiene, le pareció el colmo - ¿y eso qué tiene que ver? - Mientras que la una parte de la tierra para alcanzar los cielos, la otra edifica comenzando desde el tejado. La arquitectura, demasiadas veces, se ha puesto al servicio de la religión, pero jamás se ha visto lo contrario. Cubre la primera necesidades terrenas mientras que la otra se debate entre las inquietudes espirituales. El hombre no piensa en la arquitectura o en la religión; simplemente anhela que su muerte sea tan remediable como la sed. Alcanza el extremo de determinar que, de la misma forma que tiene necesidad de beber agua, en la misma medida se tiene sed de Dios. Olvida el hombre que por muchas presas que construya, por mucho agua que almacene, jamás en vida aplacará su sed de forma definitiva. La sed, con o sin agua al alcance de los labios, nunca es vencida en una última batalla y la muerte terrenal, con o sin Dios, tampoco. Mientras que determinada arquitectura solventa una necesidad concisa durante un lapso de tiempo determinado y limitado, la

religión, determinada religión, pretende acabar con el eterno problema de raíz. "La muerte no es un problema" matiza ese religioso ágil e insidioso y acto seguido alega que la religión tampoco es la solución, así pretendida. ¿Cómo iba a ser la religión una solución si la muerte no es un problema? Todo, tal y como observará, muy razonable. La religión más alta no redime al pueblo de su condena, solo la infinita misericordia del Todopoderoso es capaz, claro. No debemos pensar en la eternidad porque, según usted, no es tratable desde el mismo sistema, y por tanto, no debemos cuestionarla, si acaso creer en ella pero por la misma razón también deberíamos no creer y dejar de andar entre la bruma. La disciplina de la arquitectura ha dado muy diversos frutos. No recuerdo dónde leí que los egipcios que vivieron hacia el año dos mil tropecientos a.c. entendían de arquitectura bastante a pesar de no conocer ningún arco. Las ramas de la religión proliferan como cabezas de hidra, disculpe mi comparación gráfica, a costa del desconocimiento. Todas las religiones nacen de un tronco común para buscar los mismos rayos del sol en direcciones distintas, algunas, opuestas. El hombre, ya se lo he dicho, aunque hable de sed de agua y de sed de Dios, no pensaría en arquitectura ni en religión si tratase de señalar la frontera que la imaginación franquea pero el hombre no puede franquear. Bien hace el hombre en esta ocasión porque de religión y de arquitectura así, en pocas palabras, solo se puede presumir y eso que son sistemas más concretos que el que usted me propone. Aún la rama cristiana es indescriptible. No conozco a nadie que haya osado describir la rama de un árbol hasta el término de hacerla idéntica, la misma, para preservarla de la muerte, el olvido. Cualquier escena infinitesimal de la vida es indescriptible y quizá por ello usted goza al interpretar que esto es debido a que la eternidad comparte la vida. Las escenas, la vida, la religión… están tan cerca de nosotros, tan en comunión con nosotros que a cualquiera se le puede ocurrir transcribirlas, olvidando que permanecen ancladas en un tiempo sin el cual pierden su sentido, un tiempo limitado. Trasladar algo al papel, de alguna forma, es como desposeer las cosas de su tiempo para concederles otro. Al expresar algo acerca de algo siempre asaltan óbices cada

vez más contundentes. Unos se entretienen en tratar de eliminarlos, facilitando el camino a quienes vienen detrás, otros, por convicción o por cobardía, quién sabe, no se detienen si no es para eludirlos, esquivarlos. La misión de arbolar todo un sistema para erradicar las plagas que circundan los términos, los nombres, constituyen un verdadero descenso a los infiernos. El camino hacia la verdad es largo, abrupto y tortuoso; tan largo que puede parecer que no se avanza en él, tan abrupto que la voluntad titubea en el recorrido, tan tortuoso que los espejismos se levantan en cada recodo y el caminante puede perder el rumbo en cualquier momento. La imaginación es necesaria en el camino de la vida, pero solo cuando no nos dirige hacia espejismos como el de la eternidad -.

Wenceslao meditó: - Pensaba que usted era un sabio, no un sofista. No sé cómo ha logrado confundir los términos hasta el punto de decir que la imaginación es la comprensión, el matemático trabajo de un arquitecto… y, en definitiva, la solución de un día, pero nada más. La imaginación, creo que sostiene, es además el cociente de Dios y de cuantos espejismos trascendentales vengan a surgir al paso. ¿Tiene esto algún sentido?, ¿cómo se las arregla para sostener que la imaginación levanta casas para resguardarnos de la lluvia y dioses para resguardarnos de la muerte? - ¿Y no dicen, querido amigo, que Dios es el arquitecto del mundo? - Preguntó el viejo, con sorna. - Eso dicen, sí, pero no creo con pretensión de que usted levante un mundo de conclusiones rocambolescas -. Río el viejo, conciliador - creo que usted y yo, del mismo discurso, hemos extraído diferentes conclusiones -.

Volvió a la carga el viejo, socrático. - Verá, le voy a proponer un nuevo tema de conversación por ver si logramos ponernos de acuerdo en algo -. Wenceslao asintió, voluntarioso, pero nada convencido. - Es realmente pasmoso - y trágico, debió añadir - lo perdido que anda el hombre. El hombre anda tan perdido que no solamente no acierta a descubrir por dónde anda sino que no acierta en adivinar el pábulo de su desorientación. Si ante el hombre se presentaran esos dos caminos tan señalados; el uno correcto y el

otro equivocado, el hombre, aun adentrándose por el segundo, no se declararía tan extraviado a la manera en que se encuentra. Si ante el hombre, pongamos, se presentaran dos señalados caminos y los dos fueran equivocados, el hombre escogería uno de ellos, se perdería, sí, pero al menos le quedaría el consuelo de saber que podría haberse perdido tomando el otro camino, igual de equivocado. El hombre se halla en tal estado de azoramiento ciertamente extraordinario porque el hombre no ha trazado ningún camino, ni correcto, ni equivocado. La ausencia de rumbos y senderos constituye la verdadera y absoluta perdición del hombre.

El hombre, igual que el niño, no cesa de formular y formularse interrogantes. Las preguntas que en ocasiones un niño enuncia tienen una pronta respuesta, otras veces requieren una respuesta lenta y trabajosa, y aún más lenta explicación, en otros momentos se concluye en que lo que un niño pregunta sin ningún ardid de malicia es sencillamente incontestable por no tener respuesta, al menos, conocida para el hombre. Si ya de niño el hombre es capaz de preguntar lo más difícil ¿qué no habrá de preguntarse de hombre? El hombre no va a detener su interrogación hasta el momento mismo en que la muerte le sorprenda, y a fe que cuantas más preguntas se haga menos respuestas encontrará. Florece el tiempo en el que encontramos al hombre perdido por no encontrar orientación, que ni siquiera desorientado, esto es, completa, verdadera y absolutamente extraviado. Será difícil encontrar respuestas pero más difícil que encontrar respuestas es todavía preguntar. Plantearemos si no una pregunta difícil, la más difícil que se nos ocurra, una pregunta cuya respuesta definitiva no se haya encontrado jamás: "¿por qué vivimos?", "¿para qué vivir?". Nótese cuán fácil es elaborar preguntas difíciles mas, cuando la respuesta no acude al interrogante, lleva la mayor culpa la pregunta que la respuesta. Adviértase que no es lo mismo preguntar "¿por qué vivimos?" Que, digamos: "¿qué sentido tiene la vida?" Aunque pueda parecer que se pregunta por lo mismo este último interrogante, pese a ser semejante en su dificultad, indica o al menos parece indicar, un camino menos áspero. Preguntar por qué vivir y para qué, dicho de otro modo, es

preguntar por el sentido de la vida pero buscar un sentido es ya buscar algo ¿o no?, Aunque sea algo que no exista o exista de forma diferente de cómo se imagine. Lo demás es andar perdido en la forma en que arriba se ha indicado[21] -.

Wenceslao asintió mas al pronto se arrepintió de haber asentido, ya que el propio escritor conocía bien los peligros de dar razón a algo, o a alguien. Por ello, decidió tratar de esbozar una opinión propia antes de dejarse arrastrar por aquel difícil conversador, amante de la dialéctica. - Es paradójico ¡Con lo corta que es la vida y lo largo que es su problema! La vida es ella, la dichosa, y frente a ella está comprobado que no han de auxiliarnos preguntas sencillas - cedió, ante la complacencia del viejo. - De otro margen, estoy convencido, la imaginación nos presta facilidad tanta como la que se usa para construir preguntas, pero los frutos de esta facilidad son, me concederá, más jugosos. Uno se pregunta, de súbito, ¿es la vida un preciado obsequio? Ya que quien vive se aferra a ella con el mejor ánimo y con todo su alma sin despreciar, con tal de vivir, todos los males que le causa; ¿o es acaso un castigo? Eso, a pesar de sus momentos de tregua, que solo sirven para crear vanas esperanzas, un castigo tan funesto que es lo único a lo que podemos optar, esto es: un infierno. Que la vida sea lo uno o lo otro, suponemos, lo que sea la vida, no tiene nada que ver con mi vida, porque hay personas dichosas aun maltratadas por la vida y personas desdichadas a las que la vida, en cambio, no ha tratado del todo mal, que ya quisieran otros -dicen- esa vida para sí -. El viejo hizo gesto de meditar - entiendo, su vida es suya, ¿no? - Exacto, mi vida es la mía, claro, que la vida es siempre de alguien y tengo que hacerla y

[21] Aquí, como habrán adivinado de antemano, nadie va a venir a desgranarnos el sentido de la existencia y no porque sea complicado sino porque, de hacerlo, conforme al planteamiento del viejo, sería incapaz de dar las respuestas solícitas, escuetas y lapidarias que exigen preguntas como "¿por qué vivir?", "¿para qué?". Si buscan respuestas a estas preguntas encontrarán un sin fin de candidatas y ninguna, con toda posibilidad, terminará de satisfacerles debido al sencillo motivo de que no son respuestas propiamente tales.

deshacerla aun sin querer, porque la vida es *quehacer* de por vida, y andar por un camino determinado implica no andar por otros. No es que la vida, en abstracto, comience a fluir, de repente, y no permita más que remar a favor de la corriente o dejarse arrastrar por ella hasta que el río se seque por obra y gracia, no; ocurre que mi vida, en concreto, comienza allí donde paradójicamente parece que no he estado ni he sido, de repente tengo que elegir y ser según lo que fui, en vista de lo que seré, he de decir: seré lo que pueda, en vista de lo que deba ser, y, en última instancia, de acuerdo con lo que quiera ser; seré y no seré, hasta que no pueda ser nada o solo pueda ser nada. Oh, tanto si la vida es mía como si es solo ella no parece que me saque ahora de apuro. ¿Mi vida, fue ayer dichosa o desdichada?, ¿qué es mi vida ahora?, ¿mañana, qué será de mí y de mi vida? Decían los antiguos que el que bien vive es dichoso; el que vive mal lo contrario cuando esto, el acto de vivir, es función del alma y dicha función solo se cumplirá satisfactoriamente de acuerdo con la virtud; la vida será dichosa si la virtud la rige, vamos. Que la virtud tenga algo que ver con la dicha puede pasar, pero que la vida tenga algo que ver con la virtud… ¿merece la pena vivir? Vivir no merece la pena, ojalá no la merezca, por fortuna, entiéndame. De lo contrario, si vivir mereciera la pena, no viajaríamos, ni escribiríamos, ni nos enamoraríamos, ni nos entusiasmaríamos o nos afligiríamos por nada. Si con vivir bastase, si simplemente viviéramos y nada más… entonces estaría todo solucionado. Pero ¡Ay! la vida no basta, hace falta también la virtud, o la felicidad, o la virtud y la felicidad. La vida siempre nos viene corta, o grande. Tan a menudo la vida nos parece poco de manera insultante ("¿y esto es vivir?" Inquirimos esperando "algo más") como tan pronto nos sorprendemos asombrados ante la magnificencia de la vida en su sentido más primario, inabarcable, hasta incapaces de reconocernos entre la vida ante sus más altas costumbres. Y si a todo este desasosiego unimos la descorazonadora certeza de que la vida (la nuestra y la de todos) algún día acabará… Vivir se antoja fácil o difícil y vivir, sobrevivir, es ciertamente sencillo o complicado, según se mire. Vivir, llanamente resistir el embate del tiempo puede parecer sencillo

y, a la vez, complicado; ha de ser así porque es, al fin y al cabo, el motivo por el cual se remueven todas las células de nuestro cuerpo. No, vivir no es difícil, ya de principio la vida se regala, pero vivir no es fácil porque sea sencillo; porque para conservar la vida basta con cubrir unas cuantas necesidades instintivas (comer, dormir, no cruzar la vía del tren si sospechamos que podemos cruzarnos con él, procurar siempre caminar erguidos sobre las plantas de los pies…), un montón de leyes lógicas que todo ser vivo conoce en la medida de su inteligencia pero no siempre puede cumplir. Vivir no es fácil quizá entonces porque es sencillo aunque ello no quiera desmentir que la vida constituye un verdadero milagro, que la vida es el desencadenante de una serie interminable de procesos, caprichos, azares… decir que vivir es fácil, en esencia, no conlleva a validar que sea sencillo comer cuando comer es un acto complejo en el que intervienen tantos agentes que nadie alcanza a imaginárselos. Comer, bien visto, es algo ciertamente complicado pero nadie piensa, de buenas a primeras, en todas esas complejidades mientras mastica, por ejemplo, una cereza. Pongamos, para despejar confusiones, que vivir es ciertamente complicado pero el instinto y nuestra inconsciencia[22] nos han resuelto este problema del vivir mucho antes de que nos pongamos a pensarlo, que podemos comernos una cereza despreocupados en gran medida del proceso digestivo, en tanta como para comernos una cereza mientras nos ocupamos de otro asunto, sin necesidad de conceder al asunto de comernos una cereza ninguna importancia ¿es la vida o mi vida una vida buena, deseable, obsequiosa, dichosa, grande, fácil y sencilla o es acaso la vida o mi vida una vida mala, detestable, castigadora, desdichada, corta, difícil y complicada?, ¿no encierra todo ello una terrible relatividad?, ¿no es necesario que hablemos entonces de algo que no nos lleva a todas estas desafortunadas conclusiones, que probemos, acaso, a imaginarnos la eternidad?

[22] O, en rigor, subconsciencia

El viejo se sonrió, ante el desconsuelo de Wenceslao: - Será usted incapaz de negarme que todo esto es absurdo -. El escritor se indignó - ¿y la existencia, no lo es por igual? - Lo será, en cualquier caso, cuando se lanzan al azar y con despecho un montón de nombres, términos y conceptos embarullados a propósito. - ¿Desde cuándo la vida depende de lo que de ella se diga?, ¿está en desacuerdo con alguna de mis palabras? - Con todas, especialmente con estas últimas preguntas suyas. - Entonces respóndame: ¿es la vida buena o mala? O, si lo prefiere y no es indiscreción meterme en su vida ¿es la suya, su vida, dichosa o no? - Yo, de viejo, he de confesarle, sé de la vida muy poco, poco más que de joven, poco menos o lo mismo. Mas de mi vida sí le puedo asegurar con tranquilidad que es dichosa y, a la vez, desdichada, más desdichada que dichosa, pero dichosa aun así. - ¿Cómo es eso posible?, ¿no es ello una contradicción como todas las que he mentado? - Verá, sí es cierto que la virtud tenga algo que ver con la felicidad, y todavía con la vida. La felicidad depende de cómo vivir y, quien vive bien, vive feliz. La vida no nos hace felices o infelices, es la manera de vivir lo que nos proporciona tal condición y decir esto o aquello de la vida no es más que una manera de vivir. - ¿Y esa virtud que usted dice, cuál es? - Replicó el escritor. - La cualidad que se considera buena y correcta. Ahora, si se refiere a la virtud en particular, mejor haría en preguntar cuáles son. Los católicos nombraron la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza y aún añadieron la fe, la esperanza y la caridad. - Ya, ya, siete virtudes frente a siete plagas - dijo Wenceslao, rememorando sus enseñanzas - sin embargo yo le invito a situarse en medio de un desierto de largos y penosos días, un desierto extenso como el horizonte, como únicas sombras las de los granos de arena y con la única agua, la del glacial rocío de la madrugada. ¿Me va a decir acaso que la prudencia, la justicia y demás han de servirle de algo? - Para vivir feliz ¿cómo no? - Respondió el viejo - ¡Cuán provechosa me resultará la fe, y la esperanza, y la fortaleza, y la prudencia y hasta la justicia en medio de donde me falta todo, en donde nada está de más! - Pero esas virtudes allí donde le digo no le proporcionarán una vida dichosa, sino una muerte apacible, lo mismo que

rezar ¿si la virtud es buena para la vida no sería justo que la conservase? - Y así es. - Pues no lo veo yo - reconoció Wenceslao - ¿no sería acaso una virtud más necesaria la de conseguir sustento o agua? - Sí, sin duda, mas yo, al hablarle de los cristianos, no le hablaba de rezos, ni siquiera de su Dios. Dígame ¿no necesitaré prudencia para cazar sin peligro o para sembrar lo conveniente?, ¿no necesitaré fortaleza más que fuerza para soportar tanto el trabajo de la caza como el de la siembra, o como el del pastoreo, o como cualquier otro?, ¿qué mal me hará la templanza a la hora de administrar mis escasos bienes? Y si he de repartirlos con otros ¿no será mejor que lo haga con justicia y caridad?, ¿y la fe y la esperanza, cómo, sin ellas, podría uno aspirar a sobrevivir en tan duras condiciones? Ya que, para conservar la vida, primero tendría que creer en ella, y esperar algo de ella -. Wenceslao se dio por vencido.

- Reconozco la virtud ¿cómo arremeter contra ella? Pero tocante a la virtud me asaltan muchas inquietudes y es que si la sabiduría es la máxima virtud, todo conocimiento puro, toda consideración suprema, buena y bella… bien tiene por meta redimirnos de la muerte, esto es, conciliarnos con la vida aceptando la primera no como hecho penoso, si no como parte integrante de la misma; bien tiene por fin redimirnos de la vida y aquí es donde el conocimiento más elevado, así entendido, anhela la muerte como estado definitivo, como conclusión. Dice usted que la virtud conserva la vida mas, conservando la virtud, no se vive para siempre -. El viejo rio - ¿y quién lo necesita? -. Pero Wenceslao no se iba a conformar con ninguna evasiva sardónica. - Decía usted que no se vive para siempre conservando la virtud - corrigió el viejo. - O que sí se vive eternamente, pero, desde luego, no *aquí*. - Hemos, entonces, de decir que solo la vida eterna existe *allá*, en los cielos, en el único lugar donde la virtud es finalmente recompensada. - Eso diremos. - Dígame ahora ¿conoce a alguien que haya vivido eternamente? -. Wenceslao rio - Si lo conociera estaría muerto, posiblemente. - ¿Y ha conocido usted, vivo, a alguien virtuoso? - A algunos hombres, aunque pocos. - Y de todos

ellos ¿destacan todos por alguna virtud en particular o son, acaso, notables en todas las virtudes? - Según cada quien. Hay quien solo es justo, o prudente y quien es, lo que se dice, un santo. - ¿Y entre esos santos que usted conoce?, ¿cree que ha llegado alguno al colmo de la virtud o que, por contra, aún puede aspirar a ser más virtuoso? - Es difícil pero, en la virtud, como en la vida, nunca parece que encontremos un último y definitivo estado. - ¡Ahí está! - exclamó el viejo - ¡No puede pedir a nadie que sea eterno cuando no es, cuanto menos, enteramente virtuoso! - Entonces, no solo la eternidad no existe en este mundo; tampoco la virtud - señaló Wenceslao, agudo. - O sí, pero no la eternidad y la virtud considerada en cierta forma imprecisa. Y aquí podemos volver a donde empezamos, antes de cuando usted me negara la virtud de la que yo le hablé, cuando yo le negué la eternidad de la que usted me hablaba. Nuestro error está siempre en considerar que la muerte es el fin de la vida, que allí donde se acaba la vida empieza la muerte, cuando la muerte es más la conclusión de la vida, parte inseparable de la misma, sin la cual es del todo incomprensible. Diga que la vida es absurda, que la muerte también, ¿es que no advierte ahora una peculiarísima y natural coherencia?, ¿es que no apercibe que el acontecimiento más insólito, nuestra más peregrina expresión, cuando se produce en el interior de un mundo gobernado por leyes, se integra él solo en el orden universal? - Es usted fatal - .

- Usted, de su parte, habló de comer cerezas. Le voy yo a explicar por qué le parece un asunto sencillo y a la vez complicado o mejor aún, le voy a explicar por qué no tiene otro parecer. Eso de comer una cereza, una manzana, cualquier otra cosa… es tan solo sobrevivir, o subsistir, que es ya decir mejor, eso, a no ser que comamos la dichosa cereza por capricho. El hombre subsiste y, pues lo hace, entonces vive y si vive, el hombre eleva su obra en virtud del intelecto por encima del mero acto de vivir. Alcanza el hombre un grado en el que adivina que vivir es algo que sabe cumplir aun sin entenderlo mas la vida es conflicto ineludible y lo que no espera es que éste le aguarda siempre

aunque viva y aunque sepa vivir muy bien. - Mejor diría que vivir es entonces sufrir - apuntó Wenceslao. - Vivir es demasiado para decir eso. Estas sentencias que usted me sugiere no pertenecen a nada ni a nadie, su vida, reconozcámoslo, ha acabado. Vivir, concisamente, lo es todo. Cuanto quede más allá de la vida solo puede ser representado por la más absoluta oscuridad, y nosotros somos todos hijos de la luz. Cuando se termina de hablar de la vida con las únicas frases vacías que ésta nos permite, se empieza a hablar del sufrimiento, o, en el peor de los casos, se cree que se está hablando de la muerte. Podemos hablar de otra cosa aunque sea con frases vacías porque la vida es fundamental y substante, representa ese principio "vitalmente" inseparable de nosotros a la par que intocable con nuestros primitivos instrumentos intelectuales. ¿Es la vida ese principio inexplicable que todo lo explica, la luz que al mirarla en su máximo esplendor nos ciega, aquel objeto inabordable por ser, a su vez, sujeto?, ¿y la muerte?, ¿no sería entonces algo así como la sombra absoluta cuyas tímidas manifestaciones nos descubre el contraste con la luz? Lejos de todas esas ponderaciones quizá, realmente, sea la vida el marco de nuestra existencia. De ahí que cuando alguien se pregunte "¿vivir es sufrir?", "¿vivir es amar?", Etcétera, deba conceder primero que se sufre porque estamos vivos, que se ama porque estamos vivos, que se siente porque estamos vivos, que se sabe porque estamos vivos, y que se piensa porque estamos vivos. Dicho de otro modo: se es porque se vive y entonces se dice que solo se vive cuando se es, se *existe*. El hombre es una entidad vital y pensante. No puede justificar su pensamiento desde su vida, pero sí puede justificar su vida desde su pensamiento. El hombre, desde su pensamiento, busca una razón a su ser y la primera razón que encuentra es su *actividad*. De este *ser* particular de la vida se ha hablado mucho y al final se ha concluido en que emplear el viejo y problemático concepto del *ser* para la vida es tan desafortunado como la posterior suplantación de éste por otro -.

Prosiguió el viejo, tras una debida pausa: - Este conflicto gigantesco que es la vida hay que contemplarlo a varios pasos alejado de él, por no perderse entre

su enramado, lo suficiente como para tratar de abarcarlo en su totalidad sin perder ningún detalle pero sin perderlo, al tiempo, de vista con riesgo a que parezca nimio. El conflicto es como el tronco de un viejo cerezo, con sus tres ramas principales a diferentes alturas y su multitud de ramas surgidas de los brotes de éstas. La rama más baja de todas es la rama de la subsistencia, de la cual hemos obtenido la inconsciencia y la perplejidad pues la voluntad ciega que motiva esta vida es, en verdad, desconcertante. Aquí nos encontramos con una muy anciana *lucha por la vida*, un conflicto desproporcionado que, lejos del de la mera batalla de antemano perdida por la conservación perpetua, la eternidad, no solo no atiende a ningún fin concreto, sino que, en suma, como la misma naturaleza que la origina, es desconocedora de toda justicia, moral, o lógica[23]. La cosmología, la teología y demás disciplinas viejas de nuestro saber ofrecen, a este respecto, toda serie de explicaciones que lo son todo menos eso para un hombre avanzado en la madurez de la historia. La ciencia, por su parte, ha descrito este paisaje con una abrumadora meticulosidad y transparencia sin presumir nada, antes bien, a un científico, a un naturalista, tampoco se le pueden pedir explicaciones; la ciencia produce fotografías y no obras de arte. Por la segunda rama, más alta que la primera pero más baja que la tercera, también circula la sabia del conflicto. No obstante este ya no es un trance que se cierne sobre una realidad, digamos, instintiva. Comer, beber… son problemas de subsistencia, demandas celulares, o, dicho de otro modo: buscar alimento es un problema a resolver por el hombre no solo desde el ámbito subconsciente, tocante al instinto, sino también desde la consciencia y la voluntariedad. La vida, desde esta altura, es conflicto existencial práctico. El hombre puede desconocer ampliamente que su cuerpo esté compuesto por un elevadísimo porcentaje de agua; que determinados alimentos contengan lípidos, azúcares, sales minerales y

[23]Con lógica, en este caso, el viejo quiere recordarnos que el paso creador de la naturaleza es un mero avasallar irreflexivo que incurre con demasiada frecuencia en los errores más evidentes que la razón presiente.

etcétera necesarios y requeridos para el buen funcionamiento del organismo, mas el desconocimiento de los causantes más próximos y lejanos de esta necesidad primaria (tanto el desconocimiento de la existencia de sistemas, organismos, células… que transmiten una demanda a través de los impulsos como el desconocimiento de las leyes concatenadas que motivan la transmisión de esa demanda) no ha de librar al hombre ni de la sed ni del hambre ni de cualquiera otra necesidad de similares características primarias. La necesidad de determinadas substancias para regular el entramado celular es un problema orgánico; el hambre, en cambio, es problema del hombre. Un conflicto indistinto, en cuentas resumidas, que presenta sin embargo una clara diferenciación en su presencia en las realidades. Ya no cabe hablar de realidad en singular mientras no se especifique primero que sí puede haber una realidad, una Ley natural única e inquebrantable, a todas luces una ley despiadada, que sin embargo acoge una serie de enmiendas que, de no ser infinitas, son, como poco, innumerables. Quiero insistir y dejar claro que el hombre, a esta altura, afronta este conflicto de razones peregrinas y fines insospechados no arrastrado por la voluntad ciega, sino impulsado por ella. De ahí, por ejemplo, que se le permita ayunar y abstenerse en contra de las obligaciones naturales -.

- Hasta cierto punto, irá a decirme - Wenceslao intervino - porque hablaba usted de cierta sed implacable…. - La sed es, a la larga, implacable, sí, mas ahora yo hablaba de la posibilidad de la abstinencia independientemente de su efectividad última. Quizá las ganas de beber acaben con la vida pero comprenderá que preguntarme si los muertos tienen sed es algo, cuanto menos, macabro. Yo quiero hablarle de una posibilidad de no-elección. Abstenerse a beber, no beber, como bien sabrá, no acaba con la sed, sino todo lo contrario. Lo que yo quiero identificarle en esta segunda rama es la voluntad del hombre, una suerte de enmienda que hace la vida más libre pero que no la excluye del cumplimiento de la Ley. Examinemos ahora esa tercera

rama y encontrará nuevas enmiendas y de nuevo comprobará que también son obedientes -.

- El conflicto aparentemente irresoluble de la existencia - retomó el viejo - ya es netamente *teórico* mas no por ello despreciable. En cuanto a la urgencia y necesidad de resolución de estas vicisitudes afirmar que es tanta como la de resolver, por poner, nuestra manutención. El hombre necesita urgentemente de una interpretación para obrar y actuar ante la vida; de ahí que a veces la urgencia desemboque en premura y entonces las interpretaciones sean precipitadas y proclives al error y al horror. Cuando el desajuste entre interpretación y realidad es mayúsculo hablamos entonces de vesania y, en última instancia, de disolución psíquica o física ante el quebranto de las leyes de la realidad. He aquí y no en otra parte el conflicto innecesario que presume de moral y ético, que decimos desproporcionado y mejor sería calificar de apasionado, quimérico, pasos de musarañas. En el conocimiento también está presente la lucha, una lucha tan desproporcionada como cualquier otra. Se afirma y se niega, se enfrentan recuerdos, conceptos, anhelos, sueños, categorías… si bien la lucha es inevitable, el hombre ha de saber luchar, venciendo con tranquilidad y admitiendo su derrota, en ningún momento ha de dejarse embriagar por el conflicto y dejarse enterrar entonces por una mera constante impulsiva. Advierta que he querido presentarle esta rama naciendo justo del mismo tronco que las anteriores. Las preguntas serán las mismas, digo; el nacimiento *espontáneo* de las cuales. Que alguien resuelva con acierto o sin él uno de estos problemas no parece que en principio haya de afectar a su existir "primario". En el sentido que arriba enunciábamos, una cosa es la vida y otra distinta lo que de ella se piense o se diga. Quiero mostrarle un carácter determinante a esta altura: el carácter *reflexivo*. Es como si el hombre tomara a partir de las representaciones del mundo vital una suerte de reflejos, de imágenes, que son interpretaciones. Dichas interpretaciones no solo son reflejadas de *fuera a dentro* en referencia al ámbito humano y a su contexto más o menos inmediato, sino también de *dentro a fuera*. Pongamos que de un lado interpretamos lo que se manifiesta

y, de otro lado, a la vez lo proyectamos. Es casi como esa particular forma de ser influidos e influir en nuestro entorno que llega a configurar una cualidad genuinamente inseparable entre realidades correspondidas, esto es, nuestra actitud. ¿Recuerda usted del río? El río y la imagen que tenemos conformada de él, más aún, la imagen que de él podemos conformarnos, no puede ser muy desacertada, por mucho que fluya. Reconocemos sus aguas como sustento necesario para nuestra vida o como fuente inequívoca de enfermedad[24]. Y así ha de ser en todo. Va a resultar al final que la vida es ciertamente independiente de lo que de ella se piensa, o se dice, pero solo cuando lo que de ella se dice no se piensa, o cuando lo que de ella se piensa es independiente de la verdad. La interpretación es una composición inseparable de lo real y su mutua correspondencia, innegable -.

- En definitiva, o me está llamando necio o mentiroso - dijo Wenceslao, atajando el prolijo desarrollo del viejo. - No hay ni verdad ni mentira en su caso, mucho menos falta de conocimiento, solo errores, con lo cual, le estoy llamando, aunque los nombres no me agraden, humano -. Pero Wenceslao volvió a la carga: - y me aconsejará que retome todos esos planteamientos de desván para subsanar mi equivocación -. El viejo se lo tomó con buen humor; - mi consejo es que procure dominar su pasión y trate de no desperdiciar su valiosa inteligencia, que no se desvele por el éxito si no es por el éxito personal. - Agradezco su atención. - Entonces le regalo esta otra recomendación: antes de embarcarse en empresas extremas y precipitadas con rumbo al problema de la vida, gaste el tiempo sin reparo en la contemplación libre y libre de prejuicios, ya verá como pronto le resulta de lo más placentera. No se le ocurra ni por asomo negar la virtud ni la felicidad,

[24] No debemos interpretar la imagen del río del supuesto sabio como la imagen del río del sabio Heráclito, aunque sean muchas las similitudes y el mismo supuesto sabio pareciera gustar establecer una analogía. Para la concepción heraclítea no era tan importante la idea del cambio como la idea anversa de la medida inherente al cambio, y por tanto, la estabilidad subsistente. El supuesto sabio simplemente aspira a identificar realidad e interpretación a través de la verdad, con el por qué de corresponderlas.

en concreto, trate siempre de negar lo menos posible manteniendo siempre el sano hábito de conformarse con lo menos posible. Al fin, cuando haya reunido fuerzas para dirigirse a ese horizonte infinito, no descuide avituallarse de algunas urgentes y necesarias convicciones del pasado. En realidad despreciamos con vehemencia todos esos ancianos pensamientos y encontramos siempre ocasión de tacharlos de anacrónicos e inútiles. Tildamos pesado a lo pasado porque en definitiva las convicciones pasadas siempre nos parecen más sólidas que las presentes. Las envidiamos. No es que antes hubiera mejores convicciones sino que las presentes se hallan arrastradas por el tiempo. En el pasado, frente a la eterna duda e indecisión de lo presente, encontramos formas convincentes, eternas y concluidas. Mire que le concedo esta eternidad, como atención, pero no espere que le conceda otra como la que me sugería -.

- Me ha aconsejado sobre mi vida ¿y sobre mi obra? - Preguntó Wenceslao. El sabio se mesó la barba - imagino que su libro no es bueno, pero es libre. Los buenos libros son libres luego algo de bueno tendrá su obra -.

XVI

Nuestro protagonista abrió los ojos y solo acertó a distinguir luz. Simplemente luz, sin poesía. Luego las sombras irían ocupando lugares hasta que vería aparecer el color; un color monocromo, sucio, gris y empastado, y, con él, paulatinamente, las formas irían definiéndose, delimitándose, conteniéndose… hasta mostrar su verdadera identidad, una identidad, pese a verdadera, siempre aparente y engañosa. Se encontraba destemplado y, al erguirse, notó una punzada en las cervicales. No era para menos ya que había quedado dormido en difícil torsión, en el banco del parque. Descubrió que el viejo ya no se encontraba a su lado. No recordaba haberse despedido de él; tampoco que hubiera caído de forma inesperada en un sueño profundo, lo cual, evidentemente, es más comprensible. Cierto que no descansaba mucho últimamente, que se encontraba debilitado tras su enfermedad pero de ahí hasta quedar transpuesto de aquella manera… ¿y del viejo? ¡Qué extraño personaje! ¿No habría escapado en verdad de su imaginación? Desde luego que ofrecía todo el aspecto de un personaje libresco. El parque permanecía en semipenumbra, prácticamente vacío con el lánguido suspiro de la tarde. Solo dos enamorados rezagados inventaban besos en un rincón, despreocupados de todo a costa de estar ocupados en sí mismos. El escritor se incorporó definitivamente, hondamente desconcertado. Un bulto de papeles y harapos le saludó. El bulto conservaba una lustrosa barba y una bota de vino. Wenceslao no pensó en devolverle el saludo al mendigo, tosió en lugar de

ello. Decidió emprender el camino hacia la pensión, aquello, por algún oscuro motivo, le olía a último capítulo. La vida no tiene espacio para un epílogo pero eso a Wenceslao no le importaba demasiado. La vida se vive, jamás se escribe; una cosa es la poesía y otra el amor. El sueño, el amor y el vino, en aquel parque presidido por la estatua del político difunto se habían dado cita los tres momentos pletóricos de la humanidad.

- Usted perdone - un guardia se acercó al escritor y este ya se sorprendió preso en alguna galería, roído por su pensamiento y por las ratas, purgando por un crimen que no había cometido. Wenceslao huiría aun reconociendo no tener escapatoria, volvería a sumergirse en las áridas tierras de su niñez sembradas de sangre y sermones. Desde la celda, soñaría con despilfarrar los días que le quedasen de vida al pie de un encinar, siguiendo distante las evoluciones del ganado, viendo crecer la hierba y el suturar de las heridas por el tiempo que es olvido, tratando de adivinar las direcciones secretas del vuelo de las aves, contando una y otra vez las incontables estrellas… el guardia le tendió un montón desordenado de cuartillas garabateadas con sinuosa grafía. - Olvidaba esto -. Tardaría Wenceslao en reaccionar y recoger *El amanecer*… de manos del guardia, amén de lucir cortesía: - gracias. - No hay por qué darlas. Dado que usted parece nuevo y me inspira cierta simpatía, le comunicaré las normas - el guardia se caló la gorra y enunció con monotonía: - uno, todo lo que traiga ha de llevárselo con usted. Dos, en lo tocante a la noche, no se le ocurra pasar aquí más de una o dos por semana. Tres, nunca pase aquí la mañana, ni la tarde -. El escritor quedó de una pieza, no entendía nada. - Las normas no hace falta entenderlas - resolvió el guardia - hace falta cumplirlas. Yo, llegado el momento, puedo pasar por sueco sin dejar de cumplir con mi obligación, ahora, si ustedes están dispuestos a convertir esto en un vertedero -y no es por ofender- o van a pensar que el parque es su casa, entonces he de ponerme serio aunque sea a costa de la limpieza de mi conciencia; si es para ganarme el pan, como comprenderá, no me importa lo más mínimo ensuciarla -. Río Wenceslao sin demasiada gana -

¿piensa que yo soy un vagabundo? - Yo no pienso, amigo - replicó el otro - si me pagaran por pensar, todavía. El caso es que me pagan por cumplir con mi trabajo y mi trabajo consiste en hacer cumplir las normas, si usted, sea lo que sea, las incumple…. - Bien, no se moleste, queda entendido - atajó Wenceslao, quien no estaba dispuesto a escuchar una latosa e interminable cadena de frases vacías. El guarda del parque dio una vuelta a su llavero alrededor de una de sus falanges y se alejó tranquilo. A pocos pasos montó con destreza en su bicicleta y marchó silbando en dirección a los enamorados. - Lamento interrumpirles pero el cierre del parque… -.

- No se moleste con don Miguel, no es buena gente pero puedo asegurarle que he conocido gente peor - aquel mendigo se dirigía de nuevo a Wenceslao. Éste, tras un momento de irresolución, optó por corresponder; - no me alegraré por usted entonces -. El mendigo se deshizo en una carcajada grotesca que incomodó al escritor. - Alégrese mientras pueda, hombre, aunque sea a mi costa. Si puede, será de las pocas personas a las que pueda ofrecer una alegría porque otra cosa… -. Wenceslao trató de sonreír en vano. El mendigo se libró de los papeles que le envolvían, no así de su bota de vino, y se acercó a Wenceslao torpemente, ofreciéndosela. - No, muchas gracias - rehusó el escritor - tengo muy mal beber -. El mendigo se encogió de hombros, como si el mal beber fuera cosa de todos o no hubiera un buen beber, echó un largo trago y se hundió en silenciosas maldiciones. Justo cuando Wenceslao pensó que aquel hombre se había olvidado de su presencia le preguntó si era nuevo. - ¿Nuevo?, ¿en qué? - En qué va a ser, hombre, ¡En el gremio mendicante! no se apure, no merece la pena; al principio se pasa mal, hay que reconocerlo, pero luego uno va aprendiendo a mandar todo al carajo - y volvió a maldecir, quizás en esta sazón por ejemplificar sus enseñanzas. Dirigíase este personaje a seres ilusorios, con toda certeza basados en personas reales pero infinitamente lejanas e inconcretas. Las increpaba con dureza y seguro algún día, antes de *mandarlo todo al carajo*, las hizo responsables de su desgracia. El mendigo se presentó

sin ninguna audacia: - Yo soy Nicho. Tengo mi sitio en la plaza y se lo digo más que nada por si tuviera a bien algún día ponerse allí. Los médicos aún deben de estar tratando todavía de recomponer las costillas del último que tuvo esa idea -. Nicho mostró su dentadura podrida en una afable sonrisa mas sus ojos permanecían fríos como témpanos, escrutando a Wenceslao quien objetó, desinteresado - por mí puede quedarse con todas las plazas de la ciudad. - Bueno, queda mi aviso -.

Wenceslao buscó la salida del parque con la mirada y decidió partir tras recomponer rápidamente *El amanecer de ningún día*. Nicho observaba atento, con cierto brillo de avaricia sin descuidar ni por un solo instante su inseparable bota de vino - ¿qué es eso, un testamento? - Sugerente modo de definir una estudio, tenga -. Diríase que el mendigo, ya con *El amanecer*… entre las manos, había perdido curiosidad, quizás por la descripción ofrecida, quién sabe si por tenerlo. - ¿Es una novela?, ¿una novela de amor? - Todas las novelas lo son, en cierto sentido. - Menuda cochinada, usted dispense, pero es que yo a estas cosas no acierto a encontrarlas una utilidad propicia. - No valla a temer por ello pues ni la novela tiene algo parecido ni aspira a tenerlo. - Hombre, eso ya lo suponía, yo simplemente me disculpaba por no saber leer. - Esto sí que me lo suponía yo -. Nicho se sorprendió de lo evidente, que es siempre lo más sorprendente.- ¿y eso?, ¿cómo lo ha advertido? - Verá, es muy sencillo de advertir, si usted supiera leer no llevaría una soga atada a sus pantalones -. Nicho reparó en su cinturón -una soga- visiblemente irritado pero, y esto es sorprendente sin embargo ya no por su evidencia, dispuesto a aceptarlo como indiscutible y con cierto estoicismo incluso. - No me interprete mal - aclaró el escritor - que no pretendo ofenderle acusándole de ir mal vestido -. Quedó el mendigo desconcertado - ¿entonces? - Quería dar a entender que si usted supiera leer probablemente llevara la soga al cuello -. Nicho lo tomó en serio - pues no valla a creer con todas sus razones que no se me ha ocurrido, ahora bien, para ahorcarme me reconocerá que se necesita tener el estómago lleno -. Fue ahora Wenceslao el desconcertado - ¿por qué?

- De ahorcarme con el estómago vacío se me caerían los pantalones y ello, como entenderá, es humillante. Puesto que no he vivido con dignidad qué menos que morir con un poco -. Wenceslao exclamó. - Además, si usted observa a los ahorcados comprobará que hasta la muerte distingue clases. Hace bonito, entiéndame, ahorcarse con el estómago lleno mientras que un ahorcado con el estómago vacío se asemeja a un trapo colgado -.

Es un hecho lamentable pero Wenceslao debió de sentir compasión por aquel hombre. Es un hecho lamentable no porque no la mereciera sino porque no se debería sentir compasión por nadie. No es cuestión de insensibilidad y es verdad que suena abominable, sin embargo la conmiseración y lástima hacia quienes sufren o padecen desgracia, injuria, calumnia o desavenencia, no podrá nunca ser bien recibida por el mismo que sufre o padece. A Nicho, por ejemplo, se le hubieran revuelto las tripas [el hombre, para él, como se ha visto, no se distinguía por su cabeza o por su corazón, sino por el estómago] de haberle confesado que despertaba compasión ¡También a cualquiera! Para Nicho no solo llegar a despertar compasión constituía un hecho lamentable; el hombre a lo más que podía soñar con despertar era precisamente eso, y eso era de lamentar.

Dirán (y quizá con razón) que para decir esto es mejor callarse. Dirán que se equivocaba (e igual con razón). Nuestro narrador, en lo que respecta, no dará razón a nadie y por dar fe de ello, se la quita aquí mismo en este lugar e instante[25]. ¿Acaso han pensado alguna vez si es preferible hablar y equivocarse a callar y no equivocarse? Quien habla se equivoca, esto es inevitable, irresistible, la palabra es equívoca desde su mismo nacimiento y solo mediante el silencio parece evitarse el error. Hablar es de valientes, sí, callar lo es de humildes. Equivocarse… equivocarse no es de sabios, esto es una imprecisión; de sabios es reconocer una equivocación. Esto avala de paso

[25] Nuestro narrador se quita la razón.

que cualquiera puede aspirar a sabio. Equivocarse es, pues, malo, pero reconocer un error y hasta recapacitar es bueno, de sabios. Mismamente hablar y callar son buenos en virtud de lo dicho. Apuntábamos que no equivocarse y hablar es no solo imposible, sino increíble, cuando callar, adviertan, se antoja fácil, cotidiano, por muy de humildes que parezca ser. Todo depende de la situación, claro, pero no es menos cierto que quien calla, cuando lo hace, ni acierta, ni yerra, esto es, no falla. Los muertos solo se equivocaron cuando estaban vivos pero tampoco aciertan. Los muertos siempre callan, son prudentes, y si es bueno ni equivocarse ni no equivocarse entonces es bueno estar muerto. Lo mismo estar muerto no sea ni bueno ni malo, simplemente sea estar muerto y al margen de todo, no hay nada peor que estar muerto en vida.

Quiso Wenceslao saber la hora mas al punto reparó en que no llevaba consigo su reloj. Miró la estatua del político difunto constatando que no tenía ni la idea más remota de dónde se encontraba. Observó a Nicho descubriendo un completo desconocido. Se miró a sí mismo revelando, hallando allí la más absoluta perdición. Por último, fijó la vista en *El amanecer de ningún día*, la última pieza que faltaba por encajar en aquel complicado rompecabezas; ¿qué hacía en un tiempo sin cifra, en un lugar sin nombre, en compañía de alguien sin identidad?, ¿quién era él sino alguien que ambicionaba cifrar el tiempo, nombrar un lugar, identificar a un desconocido?, ¿y en cuanto a su obra, *El amanecer de ningún día*, qué hacía entre sus manos cuando la dejó en manos del editor y este la guardó en un cajón vacío?

Todas sus preguntas, en verdad, buscaban respuesta a un solo interrogante: ¿dónde quedaba la realidad vivida separada de la realidad imaginada?, ¿acaso no estaba viviendo una fantasía, acaso no estaba soñando antes que viviendo? Wenceslao, sin concederles ninguna atención, empezaba a seguir los terribles pasos de las musarañas. - Soy escritor - se dijo de forma apresurada, quién sabe si por evitar la locura o para terminar de enloquecer - mi vida es mi obra

-. Reparó al instante en que su vida entonces era algo lamentable, poco más que un puñado de vaguedades e inconcreciones escritas y enlazadas sin demasiada lógica y mucha imaginación, o aún peor, con demasiada lógica y poca imaginación; en cualquier caso -concluyó- sin ningún talento o con un talento muy poco provechoso.

En ocasiones (razón tenía Wenceslao, aunque fuera lo único que le quedara) la escritura es un acto de amor. Cuando se ama de forma desmedida, desproporcionada, entonces decimos que se vive una pasión. Y amar de esta forma, de forma apasionada (antes bien, la única forma coherente de amar haciendo justicia a todas las sílabas de la palabra), en medio de una realidad despiadada como la de entonces (incoherente, como la de ahora) constituía un verdadero conflicto entre la circunstancia y una noción peligrosamente, nocivamente *ideal*.

Una buena acción (una acción justa, desinteresada, de acuerdo con la moral) siempre se ejecuta con dolor. Una buena acción es una acción noble, una acción sentida, que daña tanto a aquel quien la ejecuta como a aquel quien la recibe por la sencilla razón de que es, ante todo, una acción personal que traspasa las fronteras de un mundo inmerso en meras circunstancias azarosas, advenedizas, ocasionales. La verdad, en este sentido, siempre es sufrimiento. El mundo actúa de forma injusta [lucrativa, despreocupada] por miedo al dolor, al daño [a la muerte, por puro instinto de auto-conservación]; obrar de forma justa es, en vista de todo esto, obrar con el más alto valor, con la mejor voluntad. Pero obrar así no solo requiere valor; también desinterés, humildad… Una buena acción es desinteresada de acuerdo con que es irrecompensable, o, lo que viene a ser lo mismo, solo puede ser recompensada por sí misma. En la vida, las acciones más elevadas son acciones de amor. El amor al arte, al amor al saber, el amor a la vida… en suma, toda aquella dedicación a una disciplina inútil de la cual no se puede

extraer ningún provecho práctico sino que engrandece nuestro espíritu, que nos hace traspasar nuestra empobrecida región individual es una acción humana, hablando con toda propiedad: una buena acción. Hay, de este modo, un *componente valeroso* en una buena acción; una buena acción requiere y otorga valor. También un *componente desinteresado*; en cuanto a que una buena acción es meta en sí misma. Finalmente, una *causa orgullosa*; los planteamientos morales son los más elevados, los más difíciles de seguir, y una *causa humilde*; los planteamientos morales requieren el completo olvido del *yo*. Con todo lo dicho no le será difícil al lector adivinar que el arte, [*la obra*, en su más puro sentido y significado] es aquello que puede reflejar con la mayor fidelidad este planteamiento. Mediante la obra de arte accedemos a los valores de lo bueno, lo bello, lo justo y, en última instancia, a lo eterno. Así, el ideal clásico es el único que puede presentarse como conservador del recuerdo, el único medio para alcanzar la verdad atemporal.

Desde aquí les aconsejamos, lectores, con todo nuestro buen criterio y mejor voluntad que reinventen con ingenio su vida cada día. Reinventen la obra incluso, les será de mayor provecho y utilidad. No existe mayor gozo ni satisfacción que el de poder dirigir una mirada nueva a las cosas que acostumbramos a ver, no existe mayor deleite que el de descubrirse a uno mismo con sorpresa en medio de este mar de confusión y banalidad que se mece al son de los tiempos, en el cual muchos de nuestros coetáneos viajan a la deriva, mansos, dóciles y aun envueltos en una falsa dignidad.

Pero no nos dejemos embargar por el ingenio optimista, advirtamos que también es, con todo esto, una cuestión de locos. Un observador fragmentado en imágenes delirantes, confundido en sí mismo y, a la vez, en estrecho vínculo con el objeto observado tiene ante él un tramo escalonado donde la fábula se entremezcla con la realidad ¿cuál de todas?, La verdad con la mentira ¿qué verdad?, La razón con el sentimiento… la vida, el arte, es ese ascender en difíciles convicciones para, en cuestión de segundos, descender

de una sola vez todos los peldaños. Las ideas no saben nada del tiempo ¡A veces incluso no saben nada del hombre! muchas veces un largo trayecto justifica lo primero que se ha pensado sin haberle concedido ninguna importancia, contrario a todo el penoso caminar.

La escalera como figuración de la idealización del mundo. ¿Por qué imaginamos? Por una voluntad, una voluntad humana, distintiva, que es deseo de lo bueno y aún diría de lo mejor. Aquello que se intuye pero no se deja ver del todo. Dicha voluntad es, en modo cierto, irracional en su esencia, afán constructivo común en todas las personas en debate contra la trivialidad y simpleza a la que están condenadas. El hombre, como persona, alberga la esperanza sin llamarla, no puede evitar caer en el sueño. No, la vida no es sueño, la vida es el ensueño de la vida. El hombre, desde su recto pensamiento, trata de justificarse como proyección de los contenidos naturales, trata de identificar la naturaleza originaria como deudora de su buena voluntad. Todos los medios que el hombre antepone por medio de la lógica y de la razón a una esperanza que sabe jamás será cumplida, ni recompensada, ni siquiera considerada, tienden a sumirle en un estado de lucha frenética e infructuosa, *heroicamente* autodestructiva. El hombre ve la vida como un acto de sucumbir ante la impotencia de un torbellino arrollador de fuerzas fácticas abandonadas al azar… encontrando una ingenuidad insultante en la lógica del universo al que llega a aborrecer por no poder identificar los anhelos más hondos y puros de su alma.

El mundo que imaginamos, sí, es el mundo que acaso podamos comprender en su última esencia; el resto del mundo es sencillamente incomprensible por su carencia absoluta de principios morales extrapolables. Cabe, entre otras, la absurda posibilidad de desterrar la moral del ser. Así, la disociación entre objeto y objeto concebido, figurado, es el nacimiento de la ilusión, el inicio de la escaramuza idealista ante la desesperanza vital que confirma la experiencia del día a día. Todo *idealismo*, desde su mismo inicio, muestra un muy humano afán de comprensión, de aprehensión, de entendimiento. Según se

asciende por los peldaños, se va ganando vista, distanciamiento… en definitiva, se va atesorando rechazo y entreviendo un último final de la escalera, la cúspide de todo pesimismo: el suicidio. - No - se dice el idealista, suicida en potencia - ¡La lógica no pertenece al mundo, el mundo no pertenece a la lógica[26]! -. Ya que sus vacuos anhelos de esperanza no se pueden justificar en una serie encadenada de premisas insuficientes, el hombre llama a la fe, a la sin-razón. Asume, mediante el sentimiento, la voluntad sin rumbo que le ha sido impuesta por naturaleza. Entonces es cuando decimos que se identifica el hombre con su origen mágico, místico, y vive sin lucha, o, por mejor decir, en la lucha de la eterna renuncia.

El azar, caprichoso, siempre acecha a través de sus mil máscaras. Demanda ser interpretado, busca, en esencia, lo imposible: la interpretación del azar. Existe una formulación del azar pero no su interpretación. El azar es indescifrable y su aparente correlato engaña de continuo al hombre incitándole a la esperanza o bien a tratar de adivinar el fin, las leyes del desgobierno. Pero esto no es lo peor ¡El azar, su fuerza, es infinita conforme a la deducción empírica! Y el azar es parte de la vida, una gran parte.

Sin embargo Wenceslao, como escritor que decía ser, pese a habernos dado pie para averiguar el mal que le aquejaba, no era consciente de hallarse envuelto en una muy vieja treta y trataba tozudo de hilvanar aquel factor incongruente, trataba de encajar aquella pieza difícil para así poder entender todo desde un conjunto correspondido, en definitiva, como si su mundo fuera un reloj.

[26] Es entonces cuando la palabra *lógica* es revitalizada por toda su oscura etimología.

XVII

Y un mundo y un reloj, a la vista salta, son cosas distintas, aunque pueda decirse que un reloj es un mundo y otras tantas cosas más. Es constante de muchos enunciados que el hombre, en la resolución de un conflicto, origine otro mayor. Wenceslao se devanaba los sesos preguntándose qué hacía *El amanecer de ningún día* entre sus manos hasta que halló el modo de salir del apuro y de enterrarse en otro mayor;

- Bien, mi querido amigo - anunció jovial a un Nicho impávido y sensiblemente borracho - le voy a proponer un trueque. - ¿Un qué? - Un trueque, es sencillo, la forma más corriente de efectuar transacciones comerciales teniendo presente el concepto de valor pero sin lucro entre las sociedades primitivas con escaso nivel de división de trabajo. - No entiendo absolutamente nada - confesó Nicho. - A fin de trucar - se explicó Wenceslao - basta con poner cuidado de permutar cantidades equivalentes o, para que me entienda, de idéntico valor. - Usted está como un cencerro - resolvió el mendigo. - ¡Muy al contrario!, ¡Jamás me había encontrado más cuerdo! Dado que lo de la cuerda me ha caído en gracia, quisiera quedarme con su cinturón como recuerdo. De esta suerte, cuando me halle en provincias, miraré la cuerda y recordaré con humor mi penoso paso por ciudad. - ¿Qué charlatanería es ésa?, ¿quiere quedarse conmigo o con mi cinturón? - Bravo, comenzamos a entendernos. Quisiera lo último, por descontado. - A cambio

de algo ¿no? - Exacto, eso es. - Y a cambio de qué, si puede saberse - Nicho se desesperaba. - *Del amanecer de ningún día* -.

El mendigo perdió todo interés averiguando que aquello no se comía pero, extrañamente, se hallaba intrigado. - ¿Quiere que le dé la cuerda a cambio de nada? - No olvide que estamos trucando. Yo concedo el mismo valor a esta mi obra que a su cuerda, y quizás hasta el mismo uso, hablando con propiedad, novelas y cuerdas atan objetos, aun de diferente naturaleza, conservan o hacen perder toda nuestra dignidad -. Nicho quedó perplejo - pero no pueden valer lo mismo porque no son iguales. - Por eso yo concedo - argumentó Wenceslao, insistente - no hay nada igual salvo algo igual a sí mismo. - Eso es una añagaza -. Fue ahora Wenceslao quien perdió la paciencia: - No, no lo es, en absoluto. Le señalaré algo de otra forma distinta: una cuerda tiene muchos usos que le son propios, una novela solo uno: el de leerla; ahora bien - y recordó las palabras del prestamista - cuerdas encontrará muchas, estudios también, por supuesto, pero solo uno como el que yo tengo ahora mismo entre mis manos y le brindo. - Esta cuerda también es única - presumió Nicho. - Sí, en cierto sentido - concedió Wenceslao - pero no ha reparado en que con toda posibilidad eso que usted lleva atado a sus pantalones sea un fragmento de una cuerda mayor. - ¿Y su novela, acaso no es un fragmento de una novela mayor? - No, es la cuerda entera, de principio a cabo, de la cual se pueden ir extrayendo diferentes fragmentos. Mi estudio comienza por el principio, por el título, tiene un largo y latoso recorrido, pero tiene la virtud de ser interminable. Tiene cabo, esto es, pero ese cabo es cabo de la mar; vamos, el infinito - dijo con orgullo. Ni que decir tiene que Nicho no logró extraer ni una sola palabra en claro - Usted cree que porque yo no sepa leer soy rematadamente tonto. - Al contrario, por no saber leer es usted extraordinariamente listo. - Entonces no entiendo cómo pretende hacerme creer que su libro no tiene final. Si no tiene final su libro es porque no está acabado. - ¿Y no le parece acaso una genialidad, en cierto sentido? - Siéndole sincero, con todo sentido, me parece una pamplina. Además, mi cuerda también se puede fragmentar aunque sea

un fragmento de cuerda -. Wenceslao se molestó y albergó incluso algo de envidia: - Su fragmento de cuerda, amigo, a cambio de una cadena de palabras sin final. Creo que es un trueque justo -.
Pareció que Nicho reflexionaba unos instantes hasta que dijo: - váyase al cuerno -. Recogió su bota, sus papeles, y empezó a marchar. Para su humildad, Wenceslao no había tratado otra cosa sino de pedir limosna a un mendigo; para su orgullo y, finalmente, humildad, había tratado en vano de timar a un avezado timador. Wenceslao, sin saber por qué motivo en concreto, rompió a llorar. Detuvo su marcha Nicho, ante la escucha del llanto de Wenceslao, quedándose de una pieza.

- ¿Por qué llora como un niño? - Preguntó - ¿cómo es usted capaz de llorar? - . Wenceslao, con vergüenza, enjugaba sus lágrimas - oh, no lo entendería. - ¿Llora quizá por eso, porque no lo entendería? -. Wenceslao se sorprendió: - Lo más posible. - Entonces no llore. Presuma que, al menos, entiendo que no le entiendo. No se avergüence, pese a todo, creo que es usted un hombre valiente, precisamente por llorar. Tenga mi cinturón, que yo me quedo con su novela, si eso le hace feliz… dese cuenta que al final le he leído y comprendido, cada uno a nuestra manera, sentimos y eso nos hace iguales. Su llanto me ha hecho recordar y si quiero quedarme con su libro no es por leerlo, sino por esto que le digo, por recordar -. Wenceslao permanecía atónito - ¿usted también marcha a provincias y quiere recordar su paso con humor? - Yo marcho con humor hacia la sepultura, recordando con gravedad que todavía quedan personas en esta cloaca capaces de sentir y de conmoverse. Eso es lo único que, hoy por hoy, me mantiene en pie, aunque no me llene el estómago -. Wenceslao se irguió, de súbito - ¡Es usted un genio, déjeme escribir esa frase! - ¿Para qué iba a escribirla, para venderla? - Para no olvidarla - repuso el escritor. - Hay palabras que permanecen siempre en el recuerdo del alma, que no necesitan ser escritas, porque todo el mundo las indica, de una u otra forma -. Wenceslao abandonó el parque con la soga bajo el brazo. Aquel día había muerto un escritor más.

Quedará -sospechamos- el lector desconcertado; ¿cómo es posible que muera un escritor cuando no fue escritor y para colmo en un libro? Un escritor muere cuando advierte que ni fue, ni es, ni será escritor por mucho empeño y decisión que ponga o por todas las veces que lo escriba. Un escritor muere cuando se da cuenta que esos sus párrafos que con tanto celo, esmero, decisión y dedicación ha escrito, rescrito, corregido y vuelto a corregir, no son, al fin, más que palabras. Un escritor muere, por lo demás, cuando reconoce que sus palabras están en boca de todos o, peor aún, cuando todos tienen mejores palabras y ninguno las necesita para nada, que basta con mirar la vida desprovista de toda artificiosidad para apercibirse de que la vida es arte, un arte infinito, creador, elocuente, del que todos, justos e injustos, participan. Un escritor, en suma, no deja de ser el peor de los artistas: aquel que trabaja con los materiales más comunes, que más abundan y por lo mismo son más fáciles de encontrar, aquel cuya técnica es *estilo*: algo muy similar a aquello que se denomina comúnmente *inspiración*; asunto inconcreto cuya procedencia es de natural inescrutable, pero que todo el mundo supone que parte del tiempo libre, vamos, del tedio y de la ociosidad. ¿Y en cuanto a las ideas de un novelista? Hay historias, infinidad de historias escritas, y cualquiera de estas historias se antoja terriblemente vulgar comparada con la verdadera historia de la vida, una historia jamás contada. Wenceslao entendió todo esto sin necesidad de redactarlo. Un escritor muere -apuntó él mismo- cuando no tiene palabras. Wenceslao, en esencia, había perdido lo poco que había traído a ciudad consigo, además de la vida; dándolo todo por extraviado aquella noche decidió perder la vida también. Todo, como presumirán, muy natural.

Caía la noche aunque lo mismo da decir "caía la noche" o que ésta se levantaba. Wenceslao aún no sabía muy bien por qué se prefería decir que la noche caía antes que lo contrario, queriendo, en cuentas resumidas, decir

lo mismo. Pongamos, al uso de los geómetras, que se hizo de noche, que era aquella una noche cualquiera, que las estrellas no brillaban de ningún modo especial salvo para quien las contemplara. Que el sueño cobraba su justo tributo. La ciudad, entre dormida, era una urbe igual a todas. El sueño, desde la poesía, enlaza todos los siglos de la historia, nos hace revivir e imaginar un mundo que pertenece a la humanidad con toda su grandeza y esplendor. El que sueña es, a su manera, feliz. Claro que el sueño, como bien sabemos de sobra, es otra cosa, cosa distinta.

Wenceslao encontró un árbol ensombrecido, secas sus ramas. El tronco era bajo de modo que no le entrañó demasiada dificultad el ganar cierta altura. Rodeó una rama con la soga, atándose el otro cabo al cuello, asombrándose de lo fácil que le estaba resultando la operación. Sentado en una rama, ya con la soga al cuello, iría despidiéndose de sus recuerdos, tratando de no demorarse demasiado en la nostalgia. - Pues bien, Wenceslao Martín Martín-López - se dijo en alta voz - hasta aquí has llegado, hasta el mismo instante de no encontrar palabras. Soñaste con una vida llena de ellas y al final has pasado toda tu vida soñando palabras vacías -. Luego pensó: "*un salto y todo por fin habrá terminado; ya que no puedes escribir novelas acabadas, pon punto a la risible novela de tu vida*".

Sin que lo advirtiera, un carruaje había parado, apeándose de él una dama que corrió a los pies del árbol. - ¡Deténgase, por favor, no cometa ninguna tontería! -. Wenceslao la descubrió desde las alturas, con gesto de imperturbabilidad. Su vestido era largo y azul; sus cabellos dorados, estaban dulcemente recogidos. Llevaba una sombrilla colgada de un brazo lo cual constituía un detalle gracioso en medio de una noche trágica. - Lamento, señora, que tenga que presenciar esta lamentable función, pero se me ha hecho tarde - e hizo ademán de saltar. - ¡Un momento! - gritaría la dama - dígame su nombre, al menos, y el motivo de su determinación -. Wenceslao suspiró, no de amor, sino de abatimiento; - Mi nombre es Wenceslao Martín Martín-López. Voy a matarme porque no soy escritor, o porque soy un

escritor sin palabras -. La dama se mostró turbada - ¿no será capaz de decir todo eso en serio? -. Y para confirmarlo, Wenceslao se lanzó al vacío. La cuerda ofreció resistencia y aferró su cuello tal si estuviera revestida de espinas. Pero el nudo que Wenceslao había enlazado acabó cediendo con el peso, yendo el escritor tras permanecer unos segundos colgado, a golpearse con una rama baja, antes de desparramarse en el suelo como si fuera un títere desmadejado. La dama se apresuró a levantarle la cabeza y a desatar la soga del cuello. Wenceslao abrió los ojos, asustado, para recibir una sonora bofetada - prométame, imbécil, que nunca jamás volverá a hacer algo parecido. - Oh, ahora lo sé - deliraba Wenceslao - no eran palabras lo que buscaba sino transmitir, por medio o sin medio de ellas, la verdad -. Gracias a la ayuda del conductor y de un transeúnte intrigado, consiguieron introducir el cuerpo de Wenceslao en el carruaje. - ¿Me escucha? - La dama daba indicaciones al conductor para llegar hasta una consulta médica - se preguntará cuál es la verdad y con ello no me refiero a una verdad sino a lo más profundo, a lo inalcanzable. Aquello que no puedo asir… ¿entiende que quiera gritar?, ¿entiende acaso que yo, tal y como soy y como estoy, yo mismo y no otro, siento que nada, nada, absolutamente nada tiene el menor sentido?, ¿por qué, por más que me niegue a buscarlo, me veo en la obligación de encontrarlo?, ¿por qué el hombre ha de morir creyendo o no creyendo en Dios, en la redención o en el infierno, o no creyendo en nada, o no pensando en nada, ni siquiera en la muerte misma, esa misma que le mata? -. La dama se tapó la boca en gesto de escándalo - ¡Jesús! - Y lamento de todo corazón lo que voy a decir, pero es que mis sentimientos me desgarran, lo digo sin seguir una palabra de otra, lo digo sin más, sin hacer caso a su sentido o sin hacer caso a nada. Yo jamás he escrito por dinero, ni por impresionar a nadie, ni siquiera por impresionarme a mí mismo; escribo porque escribo, porque mi cabeza retumba, porque las paredes se estrechan, porque tanta es mi desesperación que ni haciéndola palabra basta para hacerse una idea. Escribo tal y como siento, sin ninguna regla racional, escribo como buenamente puedo, porque no me enseñaron a escribir y solo

me enseñaron palabras, escribo entonces devolviendo al lenguaje toda su primaria y primitiva necesidad. Escribo y lo siento, perdóneme, lo lamento, mas he de confesárselo, aunque no lo escriba o aunque lo escriba y después no me atreva a leerlo. - Creo que mejor sería que callase y se tranquilizara - aconsejó la dama. - ¿Leen ustedes esto?, ¿acaso lo están leyendo? - Gritó Wenceslao - si lo leen es porque tienen tiempo que perder, bien pensado, por eso leen, porque aún les queda tiempo. Dejen de leer y empiecen a reflexionar por vez primera. No busquen un sentido a la muerte porque la muerte no tiene ningún sentido, aunque les hayan enseñado a buscar sentidos no lo encontrarán nunca. ¿Qué leen y qué creen leer, qué esperan leer? No leen nada porque no viven, vivir es una acción pasajera, simplemente se muere sin sentido. Su vida es un chiste, un espejismo, una vaga ensoñación, efluvio, nada. Su vida es la muerte a la que están condenados, detéstenla o disfrútenla a su antojo, si pueden. Mi consejo es que la disfruten mientras puedan. Crean lo que quieran, o entreténgan se en buscar nuevas palabras si viven y tienen nuevos sentidos, esto, cuando ya no les sirvan las viejas -.

La dama fue tajante: - ¿me ha llamado vieja? Detenga el coche, por favor -. Abrió la portezuela y empujó fuera a Wenceslao, quien cayó al pavimento. Acto seguido, bajó ella y le propinó un sombrillazo. - Va usted a disculparse ahora mismo. - ¿Con quién? - Gimió Wenceslao. - Para empezar, conmigo. - Perdón. - Ahora levántese. - Yo…. - ¡Vamos!, ¡Deje de una vez de decir "yo"! - y le sacudió otro sombrillazo. - Perdón. - Veo que no entiende nada. Ahora me tocaba disculparme a mí - otro sombrillazo fue a parar a la cabeza del escritor. Wenceslao quedó zafándose, esperando otro sombrillazo o una disculpa - ¿no se disculpa? - Inquirió. - Ahora ha de disculparse usted. - ¿Por qué? - Por haberme roto la sombrilla. - Pero si yo…. - ¿Qué le he dicho? - Que le he roto la sombrilla. - Antes de eso. - Que le tocaba a usted, señora, disculparse. - Antes. - Se me ha olvidado -. Wenceslao recibió un último sombrillazo. La dama gritó: - ¡Que no vuelva a decir "yo"! -.

Ya se dijo que no son tiempos, aquellos que corrían, para escribir libros. Ni siquiera tiempos de escribirlos en broma. En ciertos libros de caballerías, aquellos mismos que secaron la sesera a nuestro más noble hidalgo, el caballero andante de brioso corcel, resplandeciente armadura y lanza en ristre rescataba a la dama tras deshacer mil y un entuertos. Posiblemente todos aquellos escritores de la antigüedad no hacían otra cosa sino vengarse en silencio de la dama que les rescató a ellos, concediéndoles la vida a costa de hacer el ridículo y, en definitiva, obligándoles a bajarse de sus pedantes tronos de alta literatura.

Ayudó la dama a Wenceslao recomponiendo su figura, exigiéndole que diese sus señas al conductor para llegar hasta la pensión. - Yo, señora… -. Wenceslao enmudeció enseguida, reconociendo haber pronunciado la palabra prohibida. La dama fingió no haber oído nada - Me preguntará mi nombre - dijo. - ¿Cómo se llama, si me concede el privilegio? - Rosaura, señorita Rosaura. - Un honor. - Puede llamarme Rosaurita, así es como me llaman mis amigos, pero lo cierto es que tanto Rosaurita como Rosaura son nombres falsos, incluso lo de señorita -. Wenceslao arqueó las cejas en gesto de asombro. - En confidencia, yo no soy nadie o, en todo caso, la esposa del eminente jurista don Alejandro Abad. - Entonces…. - Entonces comprenderá que mi esposo es un tarugo y que el día que le dé por morirse me pondré a brincar de pura felicidad sobre su tumba -.

El conductor avisó que ya habían llegado al destino. Rosaura, o Rosaurita… la esposa del eminente jurista don Alejandro Abad, en cualquier caso, miró a través del cristal y quedó visiblemente extrañada. - ¿Vive usted aquí? - Preguntó a Wenceslao. - Sí señora, pero no valla a creer que esta mansión es mía. - Pues claro que no, de todos es sabido que pertenece al ilustre conde Antonio de san Sebastián - y suspiró llevándose la mano al pecho (y este, sí, era un suspiro de amor) - ¿es usted algún criado? - Y lo preguntó con cierta repulsa. - No, soy un pensionista. - Aquí la repulsa de Rosaura se hizo del

todo patente - la mansión es una pensión que pertenece a una venerable duquesa -. Rosaurita frunció el ceño - me está engañando. - Le digo la verdad - Wenceslao se protegió la cabeza instintivamente. - ¿No vive aquí acaso el conde Antonio de san Sebastián? - La duquesa, perdóneme, es viuda en cuanto al conde… hay un pensionista llamado Antonio pero dudo con firmeza que ostente el título de conde. - Dígame ¿y ese Antonio, por algún casual, no escribirá versos? - No es que yo esté muy al corriente de las dedicaciones de mis vecinos pero sí, puedo asegurarle que escribe versos; de los versos que escribe no me pregunte nada, de esos ni de ninguno, yo de poesía no entiendo y aun no quiero saber nada. - Dispénseme - Rosaurita extrajo un papel de su escote y lo desplegó ante un pasmado Wenceslao - ¿alcanza a leer esto? -. Wenceslao leyó:

"*Flores y aguas, les decía,*
dichosa bida gozáis,
pues aunque la noche pasáis,
veis vuestro sol cada día".

- Este verso es del conde Antonio - anotó Rosaura, ufana, me lo escribió a mí. - Dispénseme usted ahora, señora - anunció Wenceslao, y su voz temblaba - quizá, en efecto, halla escrito Antonio el verso pero he de revelarle que, si no me equivoco, pertenece a Lope de Vega. Lo que ignoro es a quién se lo escribió. Por lo demás, vida se escribe con uve, incluso en castellano antiguo - . Enrojeció el escritor de vergüenza y la dama de rabia, lo cual no deja de ser harto peculiar.

Fue, como se adivinará, una noche memorable. Rosaurita se apeó del carruaje seguida de un temeroso Wenceslao. - ¿Lleva llave? - Wenceslao negó al tiempo que examinaba la juguetona armadura del interrogante - pues llame, yo vuelvo al coche, por ventura, aún me queda otra sombrilla -. El conductor había abandonado su asiento y tendía solícito el parasol a la

señora. Abrió la puerta la dueña-criada, con gesto malhumorado - usted, a partir de este mismo instante, ya no vive aquí - amenazaba a Wenceslao - con que váyase o llamo a la guardia -. De un empellón, Rosaurita apartó a la dueña-criada y subió con decisión la escalinata de mármol, llamando a todas las puertas. Wenceslao y la casera le seguían los pasos.

La primera puerta a la que llamó fue la de Juan el viajante, abriéndola y encontrando la estancia completamente vacía. Llamó a una segunda puerta, esperando paciente ahora y, tras no obtener respuesta ninguna, Rosaurita entró y descubrió al doctor Larrache dormido en una silla frente a la figura de un gato de yeso colocada sobre un estante. La dueña-criada iba detrás, echando un segundo vistazo y cerrando las puertas, descubriendo que habían sido sustraídos objetos de la primera pieza y al doctor Larrache en la segunda, quien comenzaba a incorporarse ojeroso y sobresaltado. A la tercera habitación entraría Rosaura sin llamar. En sus adentros se topó con Diego, el conductor, envuelto en ronquidos, profundamente dormido. Pese a la indicación manuscrita, sobrada del mal uso de la ortografía, colocada precariamente cerca del pomo de la cuarta puerta, rezando: "se ruega no molestar" entró Rosaurita si cabe con mayor arrojo, habiendo de salir al instante enrojecida; esta puerta sí la cerró. Fue a abrirla a continuación la dueña-criada, extrañada, para cerrarla inmediatamente, persignándose. Restaba la quinta puerta, y, tras ella, solo quedaba Antonio, el galán, terriblemente ebrio y copiando trabajosamente, letra a letra, un verso de Shakespeare. El sombrillazo que recibió podría calificarse de épico, nada que envidiar a los que Wenceslao acogió con anterioridad. Al encontrar al galán inconsciente, tendido en el suelo, la dueña-criada se abalanzó sobre Rosaurita quien, desarmada, no pudo contener aquella furia trepidante, yendo a rodar las dos señoras por los suelos, hechas un manojo de nervios. Rodrigo, el matador, abandonaba la cuarta habitación enfundándose en sus pantalones seguido de una damisela también a medio vestir. Entró en la habitación de Antonio, agarró a la dueña-criada por el moño y le propinó una tremenda

bofetada. La dueña-criada se desmayó. Rodrigo hizo una reverencia a Rosaura. La damisela que acompañó al torero, ante el gesto, fue a atacar a este pero el diestro ofreció un elegante pase y otra bofetada. Nadie había reparado, en medio de aquella fenomenal algarabía, que don Hilario había entrado en la habitación, su flaqueza hacía sigilosos sus pasos, su ancianidad los hacía pacientes. Fuera ganando terreno armado de un candelabro y, en cuanto estuvo a la altura del matador, le asestó un terrible golpe en la testa, dejándole vencido. En pie, pues, solo quedaron el dómine con su maltrecho candelabro, Wenceslao y el doctor Larrache, quien acudía ya con el maletín en mano, entremetiéndose entre sus cortas piernas. Diego, el conductor, seguía roncando y es que aquella había sido, al fin, la única noche que había albergado un sueño feliz. Los heridos fueron recobrándose y ofreciéndose disculpas, humillados. Una vez todos repuestos, permanecieron en embarazoso silencio, una quietud que de súbito quedó rota por una sonata tocada al piano.

XVIII

… - Localizaran Micenas en el Peloponeso, nomo de la Argólida, esto es, al norte de Argos. Argos, Tirinto y Micenas fueron las principales ciudades de la pléyade griega desde el mil cuatrocientos. Capital de los átridas que, como bien sabrán, sucedieron a los pelópidas e hicieron construir un palacio y una necrópolis. La ciudad de "*las anchas calles*", "*rica en oro*", fue ocupada en el III milenio, fundada, es harto popular, por Perseo, según la leyenda. Verá su ocaso con la invasión doria, que devastará, terriblemente, los centros aqueos. Cuando nos referimos a la civilización micénica, hemos de reconocer inmediatamente su estrecha vinculación con la talasocracia cretense en la Argólida… -.

No le estaba sentando nada bien la digestión geográfica a don Matías, quien aún estaba preguntándose cómo el bibliófilo se las había ingeniado para arrastrar la charla hasta la Grecia antigua. Don Matías, huelga decir, se encontraba mejor paseando entre los cafés de artistas, entre los mentideros políticos o muellemente recostado en los butacones del palco de la ópera, como ahora lo hacía, que aventurando conjeturas milenarias entre las aburridas y silenciosas ruinas. Solo a megalómanos de aquella talla le interesaban las piedras. Don Matías, inmodesto, gustaba definirse a sí mismo como un histórico guerrero antes que como un perezoso rumiante de

quisquillas bibliográficas. El gordo seguía imbuido en su petulante retórica, atrayendo la atención de Rosaurita y la envidia de Wenceslao. Allí -se dijo don Matías- había que llamar al orden;

- La leyenda habla de la fundación de Micenas por Perseo, hijo de Dánae, como bien ha comentado - recapituló - pero acaso olvida que formaba parte del reino de Acrisio. Pudo haber sido fundada también por Micena, hija de Inaco -. Ante lo cual, quedó el otro desconcertado; - esas son voces de algún atrevido poeta quien, seguro, ni siquiera ha atendido al término *Mykēnai* o *Mikínes*. *Perseus*, sí, era hijo de Dánae y Zeus; un héroe. Abandonados madre e hijo en un barquichuelo por orden de Acrisio, arribaron a la isla de Sérifos, donde fueron recogidos por su rey Polidectes. Por lo demás, los oráculos habían profetizado que Acrisio moriría a manos de un descendiente. Cuando Perseo llegó a la edad viril, Polidectes, enamorado de Dánae, quiso alejarle de la corte. - Y entonces le envió a combatir contra la Medusa - señaló don Matías. - Contaba Perseo con la ayuda de Hermes, que le dio una hoz, y de Atenea, de quien recibió un espejo. - No olvide el capuchón de Hades, que le hacía invisible, y las sandalias aladas con las que le obsequiaron las ninfas -. El gordo se molestó - la historia es, en verdad, larga y plagada de detalles. Lo que importa es que el héroe decapitó a la Medusa. A su vuelta a Sérifos, Perseo petrificó a Polidectes, mostrando la cabeza de la Medusa y liberando a Dánae -. Rosaurita suspiró ante el final de la historia.

Pero la voz de don Matías resurgió, mordaz: - De la sangre del monstruo nacería Pegaso y antes de regresar a Sérifos, mi querido amigo, Perseo liberó a Andrómeda, a la que se unió. - Es cierto - reconoció el gordo, con fastidio - no sabía que usted supiera de mitología, don Matías, me ha dejado francamente impresionado. - De nada sirve el saber si los demás no saben que sabes, como bien sabrá - rio don Matías. - ¿Qué pasó con la cabeza de la Medusa? - Preguntó Wenceslao, interrumpiendo un oportuno bufido del gordo. - Perseo se la ofreció a la diosa Atenea, quien la colocaría en el centro de su égida - respondió don Matías con gesto desocupado, ante el horror de

Rosaura - cuando Acrisio descubrió que Dánae daría a luz un hijo y que sería muerto por él, según el oráculo, la encerró en una torre, en forma de lluvia de oro, y la violó, naciendo luego Perseo. Acrisio no los abandonó en un barquichuelo, antes bien, recluiría en una caja a la madre y al hijo para echarlos al mar, mas uno y otra se salvaron por haber encallado en la costa de Apulia. - Ya había oído esa historia - atajó el gordo, reprendiendo la grosería de don Matías ante Rosaurita - pero la caja, según tengo estudiado, encalló en las llamadas Cícladas. - ¿Cree usted acaso que me roba el sueño el paradero de la dichosa caja? - Y es que don Matías ya se había cansado del juego (el sueño, como recordarán, se lo robaba su novela en contadas ocasiones) - Perseo o Micena, un barco o una caja, Apulia o las Cícladas… una historia de borroso recuerdo, que cambia de nombres en muchas lenguas para preservarse del olvido, una historia cien veces referida, una historia narrada para detallar algo que no vivimos, para explicar algo inexplicable o para ensalzar poéticamente algo que no tuvo trascendencia mayor, salvo la crudeza de una realidad que sobrecoge, una historia para olvidar la Historia…. - No debería usted desacreditar nuestros clásicos. El mito está íntimamente relacionado con nuestra edad presente. Yo le tenía por un hombre de cultura, don Matías…. - Pero de *cultura vital*, amigo, activa y útil para nuestro tiempo emprendedor, de saberes Históricos claros y provechosos en beneficio de una sociedad actual, una sociedad que no tiene tiempo de entretenerse con cuestiones eruditas, una sociedad que necesita servirse de la Historia con apremio; ante exigencias tales es del todo desacertado acudir a una historia hermética y autocomplaciente, sembrada de inútiles veleidades. - Esos saberes suyos - cacareó el gordo - con toda seguridad sean un compendio de obviedad precipitada y fanfarrona cuyo seguimiento nos lastrará al devenir de una evolución ciega, repartida en descalabros perentorios. - Es muy fácil criticar las decisiones políticas escondido detrás de *La república*, secundando las opiniones de las secundadas opiniones de unos sabios remotos cuya atención nos reporta muy poco más que una pérdida mortificante de tiempo. - Hemos discutido

muchas veces sobre este punto, don Matías, y jamás hemos llegado a ningún acuerdo. - Probablemente lleve usted razón - concedió don Matías - referente a lo del acuerdo y referente a todo lo demás. Es, usted, en cierto modo, un sabio, y por eso siempre acabará llevándose la razón con usted. - Hombre, don Matías, tampoco…. - ¡Quédese con la razón, es más, acuéstese con ella, que, lo que es a mí, siempre me ha servido de muy poco! - Dispense a don Matías, mi querida Rosaurita… - se disculpaba el gordo. La dama escrutaba indiferente con unos gemelos los adentros del bullicioso Antiguo Real Teatro.

Wenceslao también se sentía cómodo en aquellos butacones a pesar de las incomodidades de la charla y del traje de etiqueta, cuya elegancia en el corte no terminaba de vencer el aire marcadamente provinciano del escritor. Tras la opereta representada en la pensión, Rosaurita había decidido invitar a Wenceslao a la Ópera y presentarle allí a sus amigos. El traje, por descontado, pertenecía al eminente jurista don Alejandro Abad. Rosaura pensó que, en compañía de los escritores, Wenceslao renunciaría de forma definitiva a la escritura. Pero no era aquella, de ningún modo, una acción desinteresada; también pensó en fingir un romance con el escritor para así dar celos a don Matías. Don Matías, de su parte, no se interesaba demasiado por las mujeres y aun se interesó menos por Wenceslao, ello, a pesar de que Rosaurita le presentara como un afamado novelista ruso.

- ¿Ruso yo? Pero si no sé ni una sola palabra de ruso - Tras la presentación, Wenceslao había llamado a Rosaura en un aparte. - ¿Qué le he dicho cientos de veces? - Preguntó Rosaurita, con gesto de enfado. Wenceslao permaneció en seña de abatimiento. - Usted ya ha escrito demasiadas historias, deje que ahora tome yo la pluma. Su nombre es Nicolai Alexandróvic, pertenece a la antigua nobleza zarista. Ante los desórdenes del gobierno se ha visto obligado a huir de su patria, la cual añora casi en tanta medida como al amor que en ella dejó. Los anarquistas andan buscándole y terminarán por asesinarle brutalmente, pero usted es un hombre que afronta su trágico destino con

estoicismo; ha sufrido tanto, ha atravesado tantas penalidades que su futuro representa una amenaza que no le merece ninguna atención -. Wenceslao negó con la cabeza pensando que Rosaurita había perdido la suya - ¿y qué haré cuando me pidan que hable en ruso, o cuando me pregunten por mi patria, por el motivo del exilio, o por ese amor del pasado que se acaba de inventar usted? - Es fácil. Quedará absorto en hondas meditaciones, con la mirada perdida, dando a entender que es una historia larga y trágica, de cuyo tormento no quiere hacer participar a nadie -. Rosaurita miró en torno suyo - no se preocupe, yo me encargaré de que no le pregunten y de que se interesen lo máximo posible por usted. Contra más se interesen, menos preguntaran, digo, menos preguntarán a usted y preguntarán a otros que tendrán de esta historia la misma idea que nosotros tenemos: ninguna. Con el tiempo llegará a convertirse en una leyenda y, lo que es mejor, podrá disfrutar en vida de esta leyenda -. Wenceslao no se mostraba muy convencido - Pero eso es una terrible mentira ¿qué pasará cuando se descubra la verdad? -. Rosaurita dejó escapar una oscura carcajada; - ¿qué verdad?, ¿cree usted acaso que a este mundo le interesa la verdad? Usted es un hombre afortunado; no tiene pasado. Invéntelo entonces y dedíquese a vivir una historia por vez primera. - Oh, ya he vivido demasiado tiempo en historias y, además tengo un pasado, vine de provincias…. - Ese pasado suyo no interesa a nadie. Con ese pasado de usted, dicho de otro modo, en ciudad, no tiene presente. ¡Cuántos podrán contarme una historia similar a la que usted pretendía hace un momento narrarme! Además, si pretende enamorarme tendrá que relatarme una historia nueva -. El escritor no concedía crédito - mas, usted perdone, yo no tengo ninguna intención de enamorarla, o de contarla ninguna historia, yo…. - ¿Quiere dejar de decir "yo"? - Sí, lo siento. - ¿O quizá quiere que le deje encaramado al árbol donde le encontré? -. Wenceslao enrojeció de vergüenza y advirtió que sentía algo de temor. - Su vida, querido, comienza ahora. Ha de aprender a escuchar si quiere después escribir. Y si quiere escribir, también ha de aprender primero a amar. Usted sabe quién soy, no se queje, juega con ventaja -. Wenceslao no comprendía nada - ¿qué ventaja? -.

Rosaurita perdía la paciencia, repitió: - usted sabe quién soy - y la verdad es que ni Wenceslao ni ella misma supieran quién era - y lo sabe porque se lo he dicho ¿quién soy? -. Wenceslao iba a hablar pero enmudeció. - No tenga reparo en decirlo -. El escritor arrastró las palabras: - la esposa de…. - Suficiente. Si sabe quién soy comprenderá entonces que lo que mejor puede hacer es hacerme olvidar -. El escritor no tuvo tiempo de corregir mentalmente aquella frase. Vio una lágrima recorrer la mejilla de la dama y al instante ésta ocultó su rostro, yendo a saludar con una sonrisa al gordo mostachudo quien entraba sin saludar a nadie al teatro, paladeando la música (y los chismorreos) que venía a escuchar. Aquello -se dijo Wenceslao- era un baile de máscaras.

No nos engañemos. El público prefiere siempre un género de rango menor, un enredo, una farsa, un fácil espectáculo… el público busca el goce y siempre se queda con la tramoya. Al público -dijo el artista que, como todo artista, se debía al público- hay que hablarle en necio casi abandonando el pudor, ofrecerle un fácil acceso y una rápida conclusión. Puesto que busca el goce, el artificio, el artista ha de desgarrarse las vestiduras y tratar con lo más conocido e identificable para la masa. Es entonces cuando surge la necesidad de tratar con lo menos conocido y lo más difícilmente explicable, es, como habrán adivinado, la cuestión del amor, cuestión común, palabrera y melindrosa, cuestión soez, mezquina, esperanzadora, vital y, a un tiempo, trascendente. Cuestión, en definitiva, del todo incomprensible e intratable.

Lejos de considerar la cultura como un instrumento más de poder y colonización, para extenderse en muchas lenguas, la cultura ha de abandonar lo arcaico e internarse en lo telúrico, ha de desdeñar la profundidad y la extensión para convertirse en algo liviano y breve, gustoso y placentero. La cultura ha de servir al hombre; pero el hombre se convierte en una víctima de su propia cultura. El hombre es, sí, el ser cultural ¡El infausto ser cultural! porque entonces sirve a un servidor. ¿Y cuándo su cultura es esa cultura de

orbe, cultura de masas, cultura expansiva y abarcante, la cultura de una lengua universal, imprecisa, bárbara, olvidadiza, desdeñosa, poética, a todas luces insuficiente?, ¿y cuando la cultura olvidó al pueblo y solo pertenecía a un puñado de relicarios, la cultura de una lengua vernácula a la cual se accedía por maternidad, una cultura precisa y autosuficiente? La cultura entonces se confinaba en reductos de difícil acceso, se hacía hermética e histórica, caníbal, es decir, volvía sobre sí misma una y otra vez, alimentándose de sus mismas raíces. Así surgieron diversos mundos culturales en diversos mundos aislados y distintos, hasta que la masa profanó los templos y se engalanó, salvaje, con las viejas reliquias del pasado para salir a la calle triunfal y victoriosa. La masa no distingue una cultura histórica de otra, mezcla a los fenicios con los aqueos, a los romanos con los persas, a los indios con los egipcios… en un embarrado mejunje. La masa desconoce el pasado, o lo conoce a través de una retahíla mitológica, o a través de un inestable eje cronológico… poco importa a través de qué conoce la masa el pasado; lo determinante en este caso es que la masa mira todo a través de su ingenua cultura-mundo. La masa, victoriosa, narra la historia a su manera, la masa es ególatra; solo se muestra interesada por aquella Historia que avala su triunfo en la edad presente. La masa es presente, y compone una cultura para su tiempo (no para entender su tiempo), para vivir cómodamente en su tiempo (para olvidar el pasado), y para la consecución de este fin no la importa vejar impunemente las venerables ruinas, a las cuales penetra saqueando aquello que más le llama la atención, que considera más valioso…

Don Matías representaba fielmente al escritor de pataleta, personaje autóctono; transcribía cuchufletas hasta que se le pasaba el berrinche. Era un menesteroso krausista que luchaba por defender su opinión en una realidad donde las opiniones abundaban por doquier, donde cualquier opinión era igual de respetable que otra, donde las opiniones más respetables eran, si acaso, las más novedosas; de ahí que opinara que lo mejor era dejarse de

opinar y tratar de servir al *progreso*, algo que, en rigor, ni siquiera él sabía muy bien en qué consistía, pero que, sin duda, lucía bien en sus artículos y si sus artículos se pagaban… ¿para qué pensarlo más? Opinar siempre es fácil, no tanto esbozar una creencia, esto es, una idea con la que se pueda vivir y todavía en la que se pueda vivir. Este es el surgir impetuoso y necesario de toda opinión, la búsqueda individual de una interpretación útil, esclarecedora para su vida, que le permita identificar e identificarse; de ahí que una opinión pocas veces sea una opinión perfectamente lógica, porque la perfección de la lógica no se adapta a la eterna contradicción, a la inevitable oscuridad. Bien podía aquel gordo mostachudo demorarse en la escritura de sus ensayos difíciles y latosos, debidamente cincelados, eruditos y, a la vez, sosegados y melodiosos. ¡Cómo envidiaba en secreto don Matías la vida de aquel burgués! el gordo mostachudo, hemos olvidado señalar, ocupaba un alto cargo en la biblioteca, y pese a no ganar demasiado ganaba lo suficiente como para permitirse ciertos caprichos sencillos, como el de conversar. Últimamente andaba algo resentido pues comenzaba a percibir que en aquella época ya no se conversaba sino que se discutía cuando no se prefería callar.

- Según me han informado es usted ruso - comunicaba a Wenceslao, quien, claro, hubiera preferido callar. - Oh, dispense. Mi nombre es Alexandróvic Nicolai - y casi añade el Martín Martín-López. - El mío Alejandro Abad, encantado -. El rostro de Wenceslao se ajustó entonces a la descripción de un ruso. Rosaurita enrojeció detrás de sus gemelos. - ¿No será usted jurista? -. Don Alejandro, el gordo mostachudo, rio - ¿jurista yo, por qué? - He oído hablar de un eminente jurista, don Alejandro Abad -. El gordo pareció enojado - Habrá oído hablar de mí y de un jurista, y posiblemente, nos haya confundido. Yo también he oído hablar de Nicolai Alexandróvic y de un ruso, probablemente Nicolai Alexandróvic sea ruso pero también es probable que Nicolai Alexandróvic no sea usted. Mas no se inquiete, quizá la señorita Rosaura, mi hija, pueda explicarnos quién es Nicolai Alexandróvic y por qué lleva puesto usted un traje mío -. Ahora enrojeció Wenceslao - No se llama

Nicolai Alexandróvic, él ha dicho que se llama Alexandróvic Nicolai - protestó Rosaurita. - Y aprendió a hablar ruso en provincias ¿no? -. Don Matías había aprovechado para sacar su libreta discretamente y anotar "talasocracia". Era indignante que un articulista político de tan alta reputación no tuviera noticia de esta forma de gobierno. Claro que había cosas más indignantes… por lo demás, era también un caballero y tras excusarse - si me disculpan… - abandonó prudentemente el palco dejando a Rosaurita, a don Alejandro y a Wenceslao, resolver el entuerto en la intimidad.

El gordo rio. Su risa era un rictus discreto, circunspecto. - Lamento no haber sido franco con usted -. Y es que Wenceslao había quedado blanco, incapaz de desenredar aquel enredo. - Mi amiga Rosaurita, por ventura, no es mi hija. Tampoco yo soy don Alejandro Abad. Don Alejandro Abad, sí, es un eminente jurista, muy amigo mío y esposo de esta señora. En ocasiones un esposo es como un padre, dada la edad… en fin, no soy yo quién para inmiscuirme en ciertos asuntos pero imagine que don Alejandro es Acrisio, Dánae Rosaurita y usted Perseo. Yo soy Atenea y le he cedido un espejo para que lo coloque ante la medusa. - ¿Y quién es la medusa? - Preguntó Wenceslao, desconcertado. - A falta de reparto habremos de repartir papeles al uso del teatro ambulante, esto es, en familia. A Rosaurita no le importará representar, además de a Dánae, a la medusa, personaje que creo sabe interpretar mucho mejor, pues a todos deja de piedra. De este modo ¡Decapítela! -. Wenceslao miró a Rosaura, quien comenzaba a sollozar. - No haría tal cosa. - Si quiere liberar a Dánae habrá de hacerlo y, en cierto modo, ya lo ha hecho, con mi inestimable ayuda. Pero antes de todo eso no se olvide que queda por petrificar también a Polidectes. - ¿Quién es Polidectes? -. El gordo señaló a los palcos enfrentados. - ¿Alcanza a ver a aquel personajillo al lado de esa dama? Haga algo útil para variar, Rosaura, deje la lacrimosidad para las novelas malas y ceda los gemelos a nuestro joven ruso -.

Wenceslao miró a través de las lentes y descubrió primero a doña Pura, después a don Matías y, finalmente, a Joaquín Astur. - ¿Se refiere a don Matías o a Joaquín? - A este último, por supuesto - respondió el gordo - adivino que después de esto querrá descubrir Micenas pero no se precipite, ya hablaremos sobre ciertos asuntos pues la música, si no me equivoco, va a empezar en breve y aunque nadie venga a la ópera a escuchar música, todo sea dicho, el arte merece nuestro más alto respeto -.

Hacerse escritor es, en modo cierto, declarar la guerra al mundo y, al mismo tiempo, escribir representa una de las formas más intensas de abrazar la vida. Aquel escritor que pretenda escribir una novela con motivo de resolver un problema pronto advertirá, apenas haya avanzado unos cuantos párrafos, que el arte de escribir una novela es una de las mejores formas de crearse un montón de problemas y de no resolver ninguno. A aquel, en suma, que pretenda iluminar al mundo mediante el empleo de las formas artísticas, aún todavía con su miseria personal le sería mucho más útil probar a hacerse electricista, eso, o solidario. Los solidarios no solo iluminan, sino que deslumbran.

Desde la edad moderna el individuo ha quedado ahogado en un mar de voces. La conciencia histórica del hombre moderno le ha situado en la cima de un alto risco, desde el cual contempla todo el devenir postrero con una sensación sublime de vértigo. El hombre moderno, en resumen, ha adquirido una memoria espantosa, un recuerdo sistematizado demasiado vívido. Las artes de la edad moderna se desbandaron para incurrir en un desmadejamiento abigarrado de estilos. La Historia, pese a todo, determinada voz de la Historia, cabría decir, pretende hacernos creer que existe una continuidad pero dicha continuidad lo mismo no sea más que un espejismo histórico. La Historia -de sobra lo sabemos- es esa ciencia moderna novelesca que, como el escritor novel, ambiciona a narrar una historia fidedigna, cabal

y consecuente, tratando de hilvanar fragmentos perdidos u olvidados con escaso talento e inventiva.

La Historia representa un sistema no-vital, que solo anota sucesos de forma objetiva y fugaz. No es raro que se hable de escritura, de poesía, de mitología, de teatro y de música; no es raro que *hoy* se hable de todo eso como si se hablara de compartimentos estancos. Se habla, entonces, mal. El origen de las artes es un origen confundido y, quizá por ello, confuso. El arte primitivo es un arte multidisciplinar, espontáneo, mágico, donde no existe ningún grado de especialización ni de distinción; arte, realidad, vida, intérprete y espectador son una y la misma cosa, algo que el hombre moderno solo puede comparar con el estado de embriaguez y jamás, por descontado, acertará a revivir.

Para comprender la escritura, la música, en su estado primitivo, hemos de soñar con trasladarnos a lugares idílicos, como el monte Parsano, el Helicón, despreciando cualquier notación geográfica. Solo a través del arte nos es viable acercarnos a aquello que la antigüedad pretendía transmitir. Allí el hombre moderno encuentra a Apolo tañendo su lira, a Calíope, Urania, Polimnia, Érato, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore y Clío, musas de la elocuencia, de la astronomía, de la poesía lírica, erótica y anacreóntica, de la música, de la comedia, de la tragedia, de la danza y de la historia, hijas de nueve noches de la memoria y el cielo. A las *kharitēs*; Aglae, Eufrosina y Talía. Jovialidad natural y alegría humana… ante un moderno espectador boquiabierto. Es ciertamente difícil escribir la música; cuando un escritor se proponga escribir música quizás entonces se haga poeta. El estado en el que nos sumerge la música es comparable a una sabiduría profunda, a un seguro conocimiento de la realidad conceptual. La música nos concede un vacío interior, una noche, una nada… el fugaz desasimiento de la necesidad sensible. El alma individual, desasida y desprovista de todo, se ofrece con pasividad al arte, alcanzando la profundidad impersonal de lo absoluto. La música es, por extensión, belleza y armonía, el concepto mismo referido a la

ley por la que se regía el cosmos. Ignoramos a ciencia cierta por qué el hombre moderno se mostró tan interesado por el arte primitivo, quizá por ser el único arte al que no podía acceder la Historia y tejer su telaraña de conjeturas razonadas, pero adivinamos que buscaba trasladar espontaneidad y frescura a un arte demasiado definido, demasiado alejado de la vida. De cualquier forma, cuando los artistas modernos se dirigieron al modelo primitivo, solo efectuaron un saqueo imperialista. Solo copiaron las formas de un arte que desconocían en gran medida. El hombre moderno es hijo de una floreciente y orgullosa cultura de masas y por eso la historia que más le agrada es la del Estado griego, una historia en la que se puede identificar e incluso justificarse. Y esto cuando los grandes artistas de la modernidad no se ajustan al mito precisamente. El artista moderno abraza la vida hasta tal punto que destierra toda la podredumbre de esa palabra para echársela vanidosamente encima y volcarla así en sus versos. El hombre moderno acepta la vida y, en consecuencia, acepta la más terrible de las dudas y la más completa irresolución, acepta el perspectivismo y la contrariedad, el arbitrio de un juego viejo en el cual no se puede ganar ni siquiera haciendo trampas; antes bien, la vida es la trampa, un juego sin reglas morales. Así, hay un arte *reflexivo*, no por su pensamiento [su pensamiento es, entiéndase, *intuitivo*, una mirada desprovista de toda alta consideración, casi por entero basada en el instinto] sino por su afán de mera reflexión a modo de espejo; una representación absolutamente fiel de la vida, de lo antiestático y dinámico y, por ende, según se consagra a él, un arte que está condenado al olvido, o al recuerdo de fragmentos dispersos como los textos del filósofo llorón. Este arte no es interpretativo, carece de moral, juzga que no hay que juzgar. No busca representar, solo presentar. ¿Qué es, por el contrario, la mitología sino una interpretación artística, una justificación estética, una idealización hondamente meditada, de profunda simbología y gustosa narración? La intuición nos lleva a plantear que nuestra época es, en alguna medida, similar a épocas pretéritas; recordamos un tiempo por su semejanza con otro, es decir, evocamos. Cuando se evoca, pues, se recuerda, esto es, se hace presente

una realidad pasada porque no nos es del todo ajena. No puede haber, por tanto, lugar para la melancolía ya que ésta es el recuerdo de un bien perdido y aquí no se nos ha perdido ningún bien. ¿De qué manera interpretar entonces esa difícil historia de la novela? Como lectores, ansiamos llegar a volver la cara de la última página. ¡No, en ningún caso! Como lectores, ansiamos con arribar al desenlace en desconsolado juicio de que la ficción siempre empieza al volver la última página. Imaginamos en el transcurso de nuestra lectura el desenlace; ¿y la historia de la novela, cómo acabará?, ¿qué será de la trama, cómo logrará vencer estos tremendos obstáculos la novela, qué novedosos recursos empleará? Nadie comienza un libro por mero afán de terminarlo. La acción de una novela se vive mientras transcurre y dicha acción es intemporal, pero no es intemporal porque sea eterna, simplemente carece de mesura temporal. Como lectores, entonces, soñamos con el libro perfecto: una lectura *sin final ni fin*. No soñamos, al fin, con nada del todo inalcanzable. Subyace, detrás de todas las palabras, de todos los encadenamientos, una historia cien veces narrada ¡La misma antigua y respetable historia siempre nueva y sorprendente!

De sobra se conoce que los mitos se han narrado en repetidas ocasiones, a través de generaciones, por el mero placer de escucharlos. Que en torno a una hoguera se ha contado una historia cuyo final ya se conocía por el mero placer de contarla es algo constatado. Esto viene a ser, muy a grandes trazos, el sentido clásico: algo que admirará la humanidad una y otra vez y jamás se cansará de hacerlo.

La ópera, heredera del drama -como la novela, un género constituido a partir de muchas fracciones-, así descubierta por el gordo mostachudo, era un espectáculo indignante para el arte, similar al desenvuelto en aquellos antiguos patios donde la representación transcurría en medio de un indecoroso desconcierto; en medio, básicamente, del concierto de la vida. Y es que la vida trae consigo su propio espectáculo pero se trata de un espectáculo tan monótono, banal y aburrido que busca el espectáculo

ofrecido por el arte. Aquellos actores desempeñaban un papel, vivían su papel ajenos a la desaprobación del público, a su envidia, a sus insultos, a su calumnia, a su indiferencia… - ¿En qué historia de mentira se entretienen estos farsantes? - Pregunta el público desengañado. Los farsantes, de su lado, no conceden ninguna atención al público ¡No son maleducados, son los protagonistas! Ahora bien, cuando descienden del escenario fatigados alguna vez también preguntan, y lo hacen así: - ¿en qué verdad sin historia piensan vivir estos trapecistas? -. Siempre subsiste, garante de la inmortalidad artística -ahora sí podemos hablar de un arte trascendente-, un público atento. Volvía a equivocarse el poeta, o, al menos, a expresarse de forma enigmática; que *mientras haya poetas habrá poesía*, no es del todo exacto: mientras haya personas (no solo hombres), habrá arte.

Volvía don Matías al palco visiblemente malhumorado. - ¿Ha ocurrido algo, don Matías? - Se interesó el gordo, divertido. - No, nada -. Don Matías había recibido de manos de doña Pura el pago por el traicionero artículo vendido a Joaquín, el cual le había costado alguna sentida imprecación; un cigarro puro que guardaba en su chaqueta y no se decidía a encender. Wenceslao paseaba su vista a través de los gemelos por el intestino del teatro. En la platea, en el patio de butacas, las señoras lucían sus joyas y los señores sus calvas. La escena todavía permanecía oculta tras el telón. Un acomodador acompañaba a dos ancianos hasta los asientos de uno de los palcos. El hombre era flaco y esmirriado, de mirada triste. La señora parecía una grulla y, nada más sentarse trabajosamente -el viejo lo hizo de forma ceremonial-, extrajo unos gemelos de su bolso y se dedicó a regalar miradas y a toser flemática tras un pañuelo. Wenceslao observaba a estos ilustres personajes completamente intrigado sin conocerlos. A menudo los desconocidos son las mejores personas que cabe conocer porque los conocidos son siempre personas decepcionantes en algún aspecto u otro. Aquella pareja eran los condes de Bellver, gente de prestigio que asistía con

arrogancia al progresivo declive de su prestigio. Algunos músicos de aspecto desvaído bajaban al oscuro foso armados de sus maletines, otros ya permanecían sentados delante de la partitura y desgranaban alguna nota que se perdía en la conversación multitudinaria del teatro. Los músicos, por lo general, no conversaban, su cometido era hablar en un lenguaje íntimo, secreto. Acompañar la acción escénica en su desenvolvimiento sin cobrar ningún protagonismo, esto es, narrarla. El músico es ese ser miserable esclavo de su instrumento torturador, aquel que ha determinado sacrificarse en un diálogo, aquel cuya vida gira en torno a una figura aérea, volátil y muy poco misericordiosa, una musa que se permite muy pocos dones a cambio de una vida entera desperdiciada en alabanzas. Los gemelos de Wenceslao ascendieron, desde el foso, hasta el fondo de los pisos superiores, donde el desaseo era sustituto de la etiqueta. Allí departían los poetas trasgresores del café de artistas en compañía de una muchedumbre desordenada de humildes aficionados y pobres melómanos. Un grupo de ellos había conseguido una partitura y la examinaban con devoción. Don Matías pidió un encendedor pero como ninguno de sus acompañantes fumaba, hubo de asomar la cabeza y buscar fuego en el palco contiguo, ocupado por tres damas, ante la desesperación de Rosaurita. Don Matías encendió su cigarro puro con puro fastidio (el encendedor se lo concedió un caballero), escupió una hebra de tabaco que se le había pegado en la lengua, maldijo, y contuvo la tos. Rosaurita miraba a don Matías embriagada hasta que se apagaron las luces y entonces solo podían distinguirse las brasas del puro, centelleantes a cada aspiración. El gordo mostachudo se frotó las manos y se atusó el bigote, saltando al pronto de la silla y comenzando a aplaudir. Wenceslao dirigió la mirada al techo, donde descubrió una soberbia araña de cristal; sublime que reparara en ella cuando las luces principales se habían apagado. Los destellos procedentes de los pisos inferiores traspasaban aquel gigantesco bloque de hielo y se entrecruzaban en un capricho de figuras policromas. Tras el aplauso, se hizo el silencio expectante. La orquesta, ya al completo, inició con una seña del director una suave melodía de viento, apenas audible al

principio, pero que fuera cobrando fuerza y vigor, sumándose instrumentos, hasta que al final las voces dejaron de perseguirse unas a otras y convergieron en un canto unísono, vibrante, con un sólido acompañamiento. El gordo se recostó conmovido, Wenceslao había perdido todo interés por el teatro y examinaba acompañado de la música los pliegues del telón. Por fin se descorrió este y dio comienzo la acción. De entre todos los instrumentos, solo hay uno que no tiene rival, aquel cuyo timbre es inigualable, cuyo matiz linda con la perfección… ese instrumento es el protagonista de la ópera: la voz.

XIX

Se encendieron las luces en el entreacto. Pocos, cuando dirigieron su mirada al edificio, lo encontraron más viejo y penumbroso de lo que ya era de por sí. El siempre embarazoso e innecesario aplauso (más ruido hace en el vacío) despertó a don Matías, quien no había podido evitar quedarse dormido tras haberse mareado con el cigarro puro. Su sueño había sido profundo pero nada placentero; la música, al acompañarlo, quizá lo tornara turbio, llegando incluso a distinguir el rostro de Heráclito en medio de la pesadilla, profiriendo una monstruosa carcajada. Lentamente fuera ordenando su pensamiento vital y despectivo *¿qué hacía allí, acaso no estaba perdiendo el tiempo?* Inevitable es perder el tiempo cuando se vive; la vida, en cierto modo, instituye una inevitable e irreparable pérdida de tiempo porque no parece que haya forma alguna de ganarlo. Un drama bobalicón e inexcusable, como aquel que se representaba y que había cautivado al gordo y a Wenceslao; *un par de soñadores*, calificó don Matías, quien se desperezó discretamente - ¿saldrán al pasillo? -. Y no obtuvo respuesta. - Yo iré con usted, don Marías - anunció Rosaurita, al cabo. Ante aquella disposición, don *Matías* sopesó las probabilidades de fallecimiento en caso hipotético y accidental de que la joven saliera despedida del palco. Entretanto Wenceslao y el gordo trataban de intercambiar impresiones mas ninguno encontraba las ajustadas palabras para hacerlo. Wenceslao quería describir los sentimientos que la representación le había suscitado; el gordo trataba de extractar todo lo

que había deducido. Solo pudieron mirarse y admirarse, asombrarse de sí mismos. Aquello, sin que el gordo llegara a advertirlo, había constituido una profunda conversación.

Wenceslao valoró que aquel, sin duda, representaba el mejor recuerdo que llevarse a provincias. - Soy un miserable - se dijo - vine con palabras y me marcho con recuerdos, sin ningún triunfo y ninguna fama, sin ningún capital. ¿Qué era lo que imaginaba encontrar? Un sueño. ¿Y no he descubierto, acaso, en modo cierto, un sueño? Un sueño que todavía no ha acabado, porque no sé cuántos actos restan a esta función. La música es obra de los más grandes maestros, es grato escucharla. El talento para la música es, como todo talento artístico, un talento excepcional; dentro de ese talento excepcional hallamos la excepción del genio. Así, la genialidad en el arte, la genialidad del arte, tan pronto nos embriaga durante el transcurso de un momento fugaz, nos transporta, nos eleva… para después devolvernos nuestra miserable condición, todavía más mezquina porque se evoca ese instante… -. Wenceslao, definitivamente, no tenía remedio. Descubría la melancolía mientras el gordo escrutaba las butacas, muchas de las cuales iban quedando vacías.

- Cédame los gemelos un momento - solicitó de pronto el gordo. Wenceslao le tendió las lentes que el otro dirigiría hacia el fondo del teatro. - ¡Cielo santo! - exclamó cómicamente - ¿no es aquel Arturo Sánchez? -. Wenceslao consideró aquél como un interrogante retórico. - ¡A fe que es él!, ¡Queda, pues, justicia en este mundo! -. Aquella última exclamación suscitó el recelo de Wenceslao - ¿quién es Arturo Sánchez? -. El gordo se levantaba y se disponía a partir hacia el patio de butacas - oh, no le conocerá, claro, nadie le conoce. Es, en mi opinión, un escritor magnífico, autor de *La corte del príncipe Carlos*. Lástima que el público no sepa valorar los grandes talentos de su tiempo, o que los confunda con talentos dudosos. - ¿A qué se refiere? - Mejor haría en preguntarme a quién me refiero. Polidectes, amigo, va a ver llegar su hora - amenazó, ufano. Wenceslao pensó que el gordo había

enloquecido mas este adivinó al punto que el escritor estaba poniendo en duda su cordura, con lo que hubo de explicarse: - Joaquín Astur se ha enriquecido a costa de la autoría de una obra que no le pertenece. Arturo Sánchez es el verdadero autor de *La corte del príncipe Carlos* -. Wenceslao terminó de encajar todas las piezas pero aún le faltaría una - ¿y quién es Arturo Sánchez? -. El gordo devolvió los gemelos a Wenceslao - aquel hombre de allí, justo el que sostiene ahora mismo una partitura -. Wenceslao no daba crédito a lo que veía. - ¿Ese es Arturo Sánchez? - Sí, no hay otro - respondió el gordo. - ¿El que sostiene la partitura? - Exactamente. - ¡Pero si yo le conozco! -. El gordo estuvo a punto de abrazar a Wenceslao - ¡Por fin alguien conoce a Arturo Sánchez! Créame cuando le indico que es un personaje tan enigmático y misterioso que he llegado a dudar muchas veces si no me lo habría inventado. Viajó hasta Italia, de donde debe haber vuelto cubierto de gloria a reclamar su posesión. Lo mismo recibió mi carta.... - Si ha vuelto de Italia le puedo asegurar que fue hace mucho - atajó Wenceslao. - ¿Cómo lo sabe? - Inquirió el otro. - Porque se hospeda en la misma pensión en la que yo estoy hospedado. - ¿Qué me dice? - Que, además, se llama Antonio. - No es posible -.

La risa de Wenceslao, como la del gordo, también era discreta y no mal intencionada - verá, lo que es posible es que Arturo Sánchez, al final, sea un personaje, pero no inventado por usted, sino inventado por él. Ya tuve ocasión de conocer otro de sus personajes. Éste, se hacía llamar conde Antonio de san Sebastián, interpretado por él mismo. Si está interesado en tratar con el último le recomiendo que pregunte a su amiga Rosaurita, ella le aportará referencias -. El gordo había quedado desconcertado - ¿viajó a Italia entonces, escribió *La corte del príncipe Carlos*? -. Wenceslao meditó; - Tenemos a Antonio, al conde Antonio de san Sebastián y a Arturo Sánchez. Supongo que encontraremos más personajes pero de momento estos ya son más que suficientes. Antonio es, según mi parvo conocimiento, un pensionista que siempre abandona la cena el primero, del cual no se sabe

demasiado pero se adivina que pasa el día en tabernas y antros. El falso conde Antonio de san Sebastián era un galán potentado que escribía a Rosaurita versos de Lope de Vega, no sé si haciéndolos pasar por suyos. Arturo Sánchez, finalmente, es un presunto autor para *La corte del príncipe Carlos*. - O un vulgar crápula, o un fullero, o un escritor atormentado ¿no? - Sintetizó el gordo, desabrido. - Posiblemente sea un poco de todo sin ser verdaderamente nada - razonó Wenceslao - ¿cómo puede adjudicarle la autoría? - Antes de que la obra se estrenara y de perder la pista a este pájaro, me recitó el acto segundo. - Si esa obra es buena ¿lo es? - Preguntó Wenceslao. - Yo diría que sí, aunque claro, esa es mi opinión…. - Si esa obra es buena - prosiguió Wenceslao - pertenece a un buen escritor. No entiendo por qué, para favorecer el amor de una dama, un buen escritor ha de recurrir a versos ajenos y transcribirlos con faltas de ortografía. Tampoco entiendo por qué, si es un buen escritor, malgasta su tiempo en todos esos lugares poco recomendables. - Yo tampoco entiendo nada, pero empiezo a perder el interés por el autor de *La corte del príncipe Carlos*. Alguien que se enmascara detrás de un juego de personalidades es alguien tan escasamente inteligente que no sabe quién es, o alguien tan asombrosamente inteligente que se divierte jugando con la ingenuidad de las personas. En cualquier caso, no es un ser virtuoso, porque no se consagra a la verdad. El esconderse, al margen de la inteligencia y en relación con el valor, es propio de cobardes -. Wenceslao dudó - quizá no se esconda. Quizá todo sea un malentendido. Quizá nos estemos dejando arrastrar tomando una serie de datos insuficientes y, lo que es peor, por habladurías -. El gordo miró a Wenceslao, admirado - es cierto, parecemos un par de viejas. Deberíamos hablar con él y trasladarle nuestra inquietud. Solo así llegaremos a descubrirle y a juzgarle en virtud de un conocimiento fidedigno, de primera mano. Las palabras son viento, es muy fácil desmentirlas, o ajustar su significado a nuestro interés y conveniencia presente, o llegar a sumar unas palabras a otras en una perfecta lógica, donde un disparate es seguido de otro mayor. Mas no hemos de desdeñar, en ningún caso, el hecho de que tras las palabras siempre se

esconda la verdad; la verdad es ineludible, siempre está presente pero no es valerosa, prefiere bosquejarse. No es de reprochar, que el valor pertenece a aquel que busca la verdad. Las palabras, las mejores palabras, digo, no pueden ser otra cosa sino cifra de ésta. - ¿Acaso sugiere que las palabras son mentiras que nos permiten decir la verdad? - Preguntó Wenceslao, quien, cuando escuchaba la palabra "verdad" se sentía atacado por su locura. - Las palabras son equívocos, sí, el juicio pertenece a quien las escribe y quien las lee, esto es, quien las cifra y las interpreta; el juicio determina dónde queda la verdad. Por lo tanto, la verdad no es cuestión de palabras, sino de juicio. Por ello consideré buena obra *La corte del príncipe Carlos*, porque la juzgué escrita con honestidad -.

El gordo hablaba con honestidad, pero se equivocaba en su juicio. La honestidad se requiere en una buena obra pero una buena obra precisa, además, de la reunión de muchas cosas más. En lo tocante a la verdad, ya la adivinamos hace tiempo: todo hombre es conocedor de toda verdad filosófica; la verdad no es algo que la filosofía pueda manejar a su antojo. Lo significativo viene dado en que el hombre conviva con la verdad día a día, aunque no se aperciba de ello. Aquello que distingue al filósofo del resto de los hombres y aún diríamos, lo que distingue a unos hombres de otros, es la formulación de la verdad. Huelga decir que una verdad sin ser formulada vale muy poco. La actitud filosófica podría resumirse en el amor a la verdad y es que, para conocer la verdad, es preciso amarla pues el camino que lleva hasta ella, tal y como advirtieron los sabios, exige demasiado.

Contra todo pesimismo, el escritor, individuo, envuelto en su tiempo que es vida, se desgarra, enfrenta su máxima: en el arte, para crear hay que creer primero, y, para creer, basta con querer. Ésta constituye la voluntad artística; el nacimiento de una intención de expresar y el consiguiente riesgo de mentir y equivocarse, una vez más.

- En conclusión - anunció el gordo - creo que deberíamos averiguar a quién pertenece esa dichosa obra. No creo que pertenezca a Joaquín, tampoco creo que pertenezca a este personaje… en fin, supongo que hay determinadas obras que no tienen nada que ver con quien las escribe, supongo que el creador, al fin, no es sino uno de esos músicos malencarados que bajan al foso a hablar de algo que no les pertenece. - O que pertenece a todos - anotó Wenceslao. - En cualquier caso, algo que nos interesa por su desinterés, algo que realmente merece la pena -.
- A propósito, ¿alcanza a ver a Antonio? - ¿A quién? - Inquirió el gordo. - A Antonio, o a Arturo Sánchez, tanto da -. El gordo demandó de nuevo los gemelos y emprendió la búsqueda, pero el piso estaba abarrotado y solo distinguía una informe muchedumbre. - Oh - exclamó - la verdad es esquiva - imposible hallarla en un mar de confusiones. - No se preocupe - le consoló Wenceslao - yo sé dónde encontrarle, aunque no sepa dónde encontrar la verdad. - Siendo así me quedo más tranquilo, aunque todavía no alcanzo a imaginar por qué narices me tranquilizo y me preocupo yo, si no es mi problema -.

Don Matías y Rosaurita entraban en el palco, ocupándose de otros problemas que tampoco eran suyos. - Pese a todas sus fallas, debemos tener fe en nuestro gobierno, Rosaura, su marido tiene razón, las cosas pintan mal pero ¿cómo podemos defender el adoptar una solución extrema? - Alejandro está ya demasiado viejo y corrompido, no le haga ningún caso, don Marías. No vaya a creer que porque le invite al palco usted se encuentra en la obligación de dorarle la píldora; invita a la gente al palco para que vallan en su lugar; él detesta la ópera -. Rosaurita se aposentó en su butacón - Figúrese, hace un año, cuando se dignaba a venir, quedaba dormido. En cuanto a su postura política, igual de cómoda. Que las cosas pinten mal es una verdad que le satisface enormemente, confía en que un puñado de retrógrados totalitarios están hostigando a la multitud para acabar con las bases del Poder

y así asentar las suyas, pero lo cierto es que la situación se ha tornado incontrolable, y todos tienen miedo. - ¿Miedo? - Don Matías rio - no exagere Rosaura. Conozco perfectamente la situación política que atraviesa el país, no en vano, ese es mi trabajo. Será motivo de preocupación, pero no hemos de tener miedo. La gente carece de conciencia, protestan por mero afán y se cansarán pasados dos días. Para colmo, la gente tampoco posee memoria con lo que esta situación se repetirá al cabo del tiempo sin pasar a mayores -. A Rosaurita le encantaba que don Matías se pavoneara con frases verticales y, más aún, le encantaba arremeter contra su esposo. La política, por lo demás, le preocupaba muy poco ¿cómo iba a atemorizarla? Sentía un deseo de agitación y revuelta, sí, pero únicamente para distraer el hastío de su vida. Con todo, la visión política de Rosaurita era más una visión estética. En otro plano, a don Matías no le agradó que la dama describiera su relación con don Alejandro, mucho menos delante de Wenceslao y el gordo.

El grueso del público aguardaba desde sus asientos a que se alzara el telón. Wenceslao, en posesión de los gemelos, escrutaba el teatro maravillado. Su mirada se dirigía al fondo, donde había creído ver a gente conocida. Tomaban asiento los condes de Bellver; hasta sus aposentos habían llegado doña Pura y Joaquín, quienes se deshacían en zalamerías y arrojos. Los condes de Bellver recibían los halagos con deferencia, aquello era, en verdad, casi lo único que sabían hacer. ¡Y, a propósito, qué mal lo hacían! La condesa de Bellver hubo de recurrir al pañuelo para contener la tos y disimular la terrible náusea que le provocaban aquellas gentes vulgares. El conde de Bellver, mientras, se internaba en uno de sus habituales estados de ensimismamiento, de modo que ya no reconocía quién le hablaba ni de qué departía. Se limitaba a sonreír y a asentir con la cabeza hasta que su esposa le notificaba que los contertulios se habían despedido hacía rato. Tras episodios como aquel, el conde de Bellver preguntaba dónde estaba su hija. La condesa, antaño, lloraba; pasados los años trató en vano de recordarle que había

fallecido; finalmente callaba y, si su marido tenía el nudo de la corbata desarreglado, lo ajustaba meticulosamente.

El conde de Bellver, además del entretenimiento de la ópera, tenía el entretenimiento del calendario. Miraba el día, el mes, el año… transcribía incluso la fecha presente, la fecha en que nació… claro es, no poseía absolutamente nada. Sobre cada objeto un nombre que en ocasiones se olvida, sobre cada hecho una cifra, sobre cada impulso exterior desconocido que arremetía contra su tranquilidad, apreciaba una novedad y la explicaba; de forma metafórica entendemos lo que menos conocemos a partir de lo que creemos conocer. El conde de Bellver, sí, era un caballero con armadura, propietario de un corral de experiencias domadas cuyo parecido con las fieras del oscuro bosque le ayudaba a introducirlas también en el redil. De ahí que todo le acabara pareciendo lo mismo y lo mismo le acabara pareciendo nada. Porque su conocimiento no era otra cosa sino una sucesión infinita de espejismos; una metáfora, al fin, viene a ser algo así como el acto de colocar un espejo delante de otro[27].

No le juzguen. Traten ustedes de desprenderse de todo cuanto lleven encima, apéense de ese tren confortable desde el que ven pasar la vida… advertirán que si no es muy difícil, es absolutamente imposible. Los hombres habríamos de nacer de nuevo y quizás, en ese instante, comenzáramos por fechar nosotros mismos nuestro nacimiento. La vida, en cierto sentido, no nos pertenece. A partir de aquel momento que nunca viviremos, comenzaríamos por encontrar expresión a todo cuanto nos rodea, por la sencilla razón de que lo necesitamos. Contamos, sin embargo, con el *instinto*, con lo primario, con aquello que rescatamos de la inmortalidad mediante el auxilio del alma. Pero, aún con *instinto* y todavía con alma, no hay forma de nacer verdaderamente, es decir, no llegaremos nunca a ser dueños de nosotros mismos. ¿Es preciso que entonces miremos con otros ojos que no sean nuestros aquello que,

[27] Ésta es una forma metafórica de definir una metáfora.

quizás como nosotros, no es dueño de sí mismo? Qué gran alivio significaría para nosotros si en cada atisbo, si allá donde nuestra vista se parase encontrara… hallara justo aquello que ansiamos descubrir pero ni siquiera podemos nombrar por la simple razón de que no ansiamos en realidad nada. Las palabras no pueden avanzar más allá de nuestros sueños, no se puede decir lo que presupone el decir, las palabras, al fin, son las más inútiles construcciones que nadie pueda levantar jamás. El afán romántico es ese perseguir lo inalcanzable por no saber a qué se aspira. Un deseo, una esperanza… no vemos los objetos, reconocemos el sentido que hemos adquirido y sobre ellos hemos volcado. ¡Nunca podrá conformarnos este sentido porque no nos pertenece! Ese sentido, ese reflejo, ese prisma que distorsiona la visión en la misma medida que la libra de la ceguera… nos ha sido concedido por la misma razón que se nos concedió la vida, quizá por una sin-razón. Podemos silabear nuestros propios salmos, podemos cansarnos de repetir palabras, podemos rellenar cualquier impreso con nuestro vacío. Busquemos, sigamos buscando, el conde de Bellver ahondaba en sus entrañas para encontrar la verdad.

Don Matías colgó el gabán y depositó las llaves en una repisa, yendo presto hacia el escritorio. De un furioso arrebato se deshizo de todo el papeleo desordenado que ocupaba la mesa y dispuso una cuartilla en limpio. Anotó a todo correr una serie de datos incongruentes, mas pronto la pluma quedó seca y don Matías se deshizo de ella con violencia. El instrumento describió un vuelo directo a través de la estancia y fue a estrellarse contra una de las paredes, saltando en pedazos. Don Matías se incorporó de su asiento y anduvo describiendo círculos vertiginosamente. Detúvose al cabo del rato y posó su vista sobre las discretas manecillas del reloj. Aún tenía tiempo. La cocina quedaba al lado de su apretado estudio, un montón de platos sin lavar sobre la pila. Preparó café en vistas de que la noche se presentaba larga. - Ah malditos ¡Esta era mi oportunidad! - juró. A la salida del teatro don Matías se

personó en casa del director del periódico. A duras penas consiguió recordar el número con lo que hubo de emprender, al apearse del coche, una absurda caminata. Una doncella ojerosa fue a atenderle tras varias llamadas. - Vengo a ver al señor Juan. - ¿A estas horas? - Trabajo en el periódico, se trata de un caso de extrema urgencia, señora. - Iré a ver, espérese. - Gracias, muy amable -. El señor Juan tardó en presentarse. Se trataba de un hombre rechoncho, el escaso pelo que le quedaba, sin una sola cana, lo llevaba cuidadosamente alisado contra su pequeña cabeza esférica. Portaba unos anteojos de montura dorada y vestía un cómico batín. Su rostro daba señas de malos humores - ¿qué se le ofrece? -. A Don Matías le sacudió la indignación porque no le hubiera hecho pasar al recibidor. Incómodo, vigilando ambos lados de la calle como si fuera un espía, comenzó a relatarle lo sucedido: - verá señor Juan, soy Matías Gris, un empleado suyo. - ¿Y qué diablos quiere? - La palabra "empleado", adviértase, imprimió un fugaz cambio en la actitud del señor Juan. - He venido a informarle personalmente de un trágico suceso: una bomba ha estallado a las puertas del Antiguo Real Teatro y.... - ¿Cree usted que eso es asunto mío? -. Quedó don Matías estupefacto - hombre, usted es el director del periódico, yo.... - Ha dicho que se llama Matías ¿no? - Sí señor. - Bien, Matías, atienda ahora ¿para qué está el redactor jefe? - Para.... - Para asuntos como este. Por favor Matías, parece uno de esos niñatos que me vienen llorando por cualquier intrascendencia, envueltos en una larga ristra de pomposas adjetivaciones y escudados en caricaturescos principios... todo para solicitarme un adelanto con el que poder llevar a su novia de viaje. Dígame una cosa: ¿cuántos años lleva usted trabajando en mi entidad? -. Don Matías hizo números, avergonzado, suspiró - mucho tiempo señor Juan, figúrese, todavía me acuerdo de su padre y de la vieja imprenta.... - Un poco de profesionalidad entonces, Matías, ande, valla a ver al redactor jefe y a mí déjeme vivir en paz. A todo esto ¿cómo es que sabe mi dirección? - Oh, algún recado... siento mucho si le he molestado, señor Juan, ocurre que.... - Nada, nada, vaya, y a ver si mañana aumentamos la tirada -.

Don Matías hizo una discreta reverencia y se retiró. Se arrepintió de haber gastado dinero en aquel coche, lamentó haberlo despedido; contaba con llegar a casa del señor Juan, tomar allí dos copas de coñac mientras relataba el suceso y partir los dos triunfales en el coche del jefe rumbo hacia la redacción. Para colmo, el señor Juan vivía en una zona de poco tránsito con lo que buscar un nuevo coche a aquellas horas iba a ser complicado. Cuando llegase a la redacción el redactor jefe ya estaría informado y no podría pedirle un espacio en la vanguardia, esto es, entre las primeras páginas. - Tiene razón el señor Juan - concedió, al fin - me he precipitado como si fuera un novato ¡Qué ridículo! -. Desde detrás de una cancela, un perro rompió a ladrar, asustando a don Matías quien no tardó en acompañarle en sus ladridos, arrojarle una piedra y blasfemar contra el novato que aquella noche escribiera en la portada sin tener la menor noticia - ¡Ah malditos! -. El paseo, no obstante, fue templando sus ánimos y hasta llegó a envanecerse de la esquina que ocupaba en el periódico. Algún día ese novato devorado por el acné escribiría desde donde él escribía ahora y entonces se diría "¡Qué gran hombre de experiencia fue don Matías Gris!" - porque cualquiera bien puede redactar una noticia pero una columna, un artículo… - don Matías acusó con el dedo en alto y exclamó: - ¡Para eso hay que estar vivo, amigo! -. Aquel suceso, cierto era, le había sorprendido, le había conmocionado. - ¡Mas no pasa de un hecho sin mayor trascendencia, mero acaecer! -. Sí, definitivamente se había dejado arrastrar por el espectáculo, concediendo una importancia exagerada a una realidad que no la merecía en absoluto. Ya en la redacción, intercambió datos y certificó, ante su asombro, que era el más desinformado de todos los periodistas siendo, en definitiva, el único que había presenciado el acto. - No pudo haber ocurrido a las doce, don Matías - razonaba un *novato* - tenemos ya reunidos varios testimonios que apuntan hacia la una menos cuarto. - ¡Confidencial! - un joven periodista hacía solemne entrada con un puro entre sus labios, con paso apresurado y ademanes ostentosos. Llevaba una bufanda, y un sombrero calado lo cual le otorgaba el aspecto de un moderno neoyorquino - ¿hablaban de la hora, no?

Tengo un soplo: *el adelantado* ha confirmado que el atentado se produjo a las doce cuarenta y dos minutos, según el reloj que queda justo delante del Antiguo Real Teatro. - ¿Y los autores? - Preguntaron, ansiosos. El joven se encendió el puro, diríase que paladeaba aquel instante con el mismo deleite - aún es pronto para aventurar conjeturas…. - Por favor Enrique, que estamos en un periódico - a lo que todos, excluyendo don Matías, rieron. - ¡Confidencial, señores! ¿me creen acaso tan imbécil como para facilitar el trabajo a mis colaboradores? - Seguro que no tienes ni idea. - No - reconoció el del puro. - ¿Entonces? - La tendré dentro de unos minutos, a propósito, ¿dónde está el redactor jefe? - Aún no ha llegado. - Bien, le esperaré charlando amistosamente, si no les incomoda -. Acordaron todos que el artefacto tenía visos de estallar a la una en punto, a pesar de los pedantes de *el adelantado*. - ¿Quiénes si no los anarquistas han podido colocar una bomba en la puerta del teatro? Además, si hubieran matado a alguien…. - Lo cual certifica que no solo son anarquistas, sino incompetentes - volvieron las carcajadas. - A mí la una en punto me parece bien. Casa mucho con la estética libertaria, *el nacimiento de un nuevo día es el nacimiento de un nuevo orden*, o algo así, en letra cursiva y con alguna falta de ortografía de por medio ¿qué tal? - ¡Fabuloso, originalísimo! deberías prestar tu imaginación a esos anarquistas ¿a quién se le ocurre estallar una bomba a las doce cuarenta y dos pudiendo explotarla a la una en punto y quedar como dios? - Ah, dichoso país, no se hace nada bien… -.

Don Matías apretaba los puños y hacía rechinar sus dientes hasta que sintió desvanecerse y tuvo que tomar asiento, con la mirada extraviada. - ¿Se encuentra bien, don Matías? - Sí, sí, es solo que… -. El del puro exhibió una ancha sonrisa - parecía furioso hace unos segundos ¿no le habré ofendido por algún casual? - No, no, qué va, son esos terroristas del diablo - trató de justificarse. - Pero bueno don Matías ¿va usted a enojarse por cuatro muertos de hambre?, ¿les va a conceder ese privilegio? -. Don Matías se alzó, de súbito - oiga joven, yo me enfurezco cuándo y con quién me da la real gana, de modo que…. - Cálmese, don Matías - fue a sostenerle el corrector de pruebas

- ha tenido una noche muy agitada, valla a su casa a escribir, ya tiene los datos -. Don Matías se desesperó - ¡Pero si nada de lo que aquí se ha dicho concuerda en lo más mínimo! -. Los periodistas rieron a coro. - Pobre viejo, de ésta no sale -. Don Matías llegó a escuchar el comentario pero, por vez primera, no encontró ni las palabras ni la fuerza necesaria para pronunciarlas. Abandonó la redacción acompañado del corrector y sus recomendaciones, cabizbajo, vencido.

Cuando colgó el gabán y depositó las llaves en una repisa, levantó la cabeza y con ella el ánimo. ¡Él era don Matías! y, en suma, había sido el único que había presenciado el atentado. Tenía a sus espaldas muchos más años de profesión que aquel atajo de hienas, estaba en posesión de un conocimiento directo, contaba con la voluntad de escribir, esto es, de luchar… ¿por qué se afligía entonces? (este fue el preciso momento en que arrojó la pluma) porque no esperaba el revés, porque siempre lo había contemplado todo con demasiado distanciamiento porque, en esencia, la fe que tanto tiempo había mantenido, aquella que costosamente había erigido, se le había derrumbado en cuestión de segundos. Ahora descubría todo de nuevo y se descubría, con todo, a sí mismo. Descubría todo como un engañoso enigma y se descubría a sí mismo como un ignorante, peor, como un engañado, a pesar del *don* que se había ganado. Sin embargo las manecillas del reloj aún seguían regalándole tiempo, todavía podía demostrar que podía revolverse en un último pataleo. La cafetera comenzó a hervir y don Matías la retiró del fuego. ¿Qué haría ahora? Lo primero, destruir aquella infame obra suya, una incorregible pérdida de tiempo; lo segundo, comenzar a escribir sin ninguna fe; lo tercero, abandonar el periódico. Él, a la vista estaba, ya no podía seguir el frenético desarrollo de la actualidad, las agudas sutilezas periodísticas, las enrevesadas posturas políticas… era más conveniente retirarse ahora que estaba a tiempo, con honor, antes que terminar de convertirse en una reliquia muda y abandonada, ocupando una polvorienta esquina en un miserable puñado de palabras, aguardando temerosamente el día en que el señor Juan decidiera

hacer limpieza del desván y le concediera una educada patada en el culo. Don Matías no podía comprender cómo el señor Juan podía ser hijo de quien era. El señor Juan padre -se decía don Matías- sí fue un verdadero caballero, de los que ya era muy difícil encontrar. Don Matías entró a trabajar de niño, como repartidor de periódicos. El señor Juan, padre, anduvo observándole muchos años -él sí observaba a sus empleados, es más, vivía observándoles hasta el punto de desvivirse por ellos- e identificó en el joven Matías aquella misma fuerza que a él le había impulsado a adquirir una vieja y destartalada imprenta que alzaba su humilde voz todas las mañanas. Juan padre era el padre de todos, en cierto modo; siempre el primero en introducir su corpulento brazo entre los engranajes cuando aquel *ingenio de Satán* se atrancaba, eso, pudiendo mandar a cualquiera en su lugar… preguntábase don Matías qué había sido de la dignidad del trabajo. Aquel hombre podía volver todos los días a su casa con la cabeza bien alta, cada vez más arruinado y cada vez más fatigado, cada vez más muerto, pero con la cabeza alta. ¿Y en cuanto al hijo?, ¿quién narices se creía aquel negligente escondido tras los libros de contabilidad dando instrucciones con malos modos sin haber tenido el atrevimiento de aferrar una pluma? Don Matías se decía que, al cabo, había sido una buena idea despertar a aquel mamarracho aquella noche. ¡Que fuera preparando sus cómodas posaderas para recibir un soberano puntapié! Don Matías apuró el café y recogió la pluma, recomponiéndola. ¿Cómo empezaría? Un acto vil, belicoso, inmoral, *moderno…*contra una venerable y antigua institución… siempre se vuelve a empezar. Pensó en el encabezamiento; algo sencillo, directo, claro… sin ningún inútil requiebro:

ATENTADO A LAS PUERTAS DEL ANTIGUO REAL TEATRO

Algo sencillo, claro y directo… y, si cabe osado, arriesgado, acusador…

ATENTADO ANARQUISTA A LAS PUERTAS DEL ANTIGUO REAL TEATRO

En algo sencillo, claro y directo… osado, arriesgado, acusador… y, en suma, comprometido, crítico.

INDIGNANTE ACTO ANARQUISTA PERTRECHADO A LAS PUERTAS DEL ANTIGUO REAL TEATRO

Pero descartó la propuesta y sus variantes, que amenazaban con extenderse infinitamente. Imaginó que todos los redactores de todos los periódicos estaban en aquel mismo momento manejando una cabecera similar. Además, aquello era cabecera de primera página. Él estaba detrás de muchas opiniones, respaldado por muchas lecturas. Podía despreciar la urgencia y concisión informativa telegráfica para ofrecerle al lector una mirada más sugestiva, penetrante, más sutil y precisa. Él era un escritor informado hablando a un lector informado y prevenido por los titulares de las primeras páginas, un lector avisado del suceso y en busca de una sólida opinión en la que poder refugiarse; la suya. El lector no buscaba ya una información, sino una explicación. Palabras de reflexión, de pensamiento…

TRÁGICO SUCESO

Escribió don Matías. Aquello omitía la mera fachada del teatro, abandonaba las puertas para internarse en el edificio y contemplar la representación de la verdad: la tragedia. Pese a que Matías lo contemplara inicialmente orgulloso, acabó por tachonarlo; *demasiado poético*.

LAMENTABLE ESPECTÁCULO

Muy parecida a la idea anterior. Este encabezamiento prescindía de la lacrimosidad, era menos distante pero quizás pudiera ser considerado con una arrogante ironía.

EXPLOSIÓN SIN REPERCUSIONES

"Explosión" sonaba bien, impactante e inmediatamente llevaba detrás su justo atenuante, haciendo hincapié en el detalle más humano y trascendente del suceso. Un titular así ya planteaba el artículo: daría a entender que, pese a la tramoya y el artificio, el hecho no trascendía en seña de estrepitoso fracaso de sus viles autores. Mas don Matías consideraría imprudente deshacerse de las repercusiones cuando eran éstas el tema más jugoso a tratar.

HORROROSA REPRESENTACIÓN

Que retomaba la línea de "lamentable espectáculo" añadiendo el impacto de "explosión sin repercusiones". Don Matías lo calificó de demasiado presuroso, digno de un principiante.

DESDE LA GRADA

Concedía al artículo un aire personal, original, ocurrente. Parecía tranquilo, sosegado y expectante, digno de una opinión leída, informada y acostumbrada a tratar temas capitales con prudencia y sin demasiado distanciamiento, con cierta filosofía. No acabó de convencerle pero se dijo que si habría de optar por alguna cabecera sería ésta, a menos que se le ocurriera otra más feliz en el desarrollo del artículo. Cebó la pluma y repasó todo lo que había vivido aquella tarde. Sin advertirlo y mucho menos quererlo, volvió a quedar dormido.

XX

Wenceslao leyó el artículo de opinión e incrementó proporcionalmente su aberración hacia los periódicos. Buscaba una verdad en la que refugiarse cobardemente y solo halló un abanico de datos circunstanciales e irresoluciones. Wenceslao había presenciado el acto y, en verdad, la detonación no le pareció tan *ruidosa* como ponderaba aquel articulista.

- ¿lo ha leído? - Le preguntó don Matías, quien había permanecido expectante. - Sí. - ¿Y qué le ha parecido? - A lo que Wenceslao se encogió de hombros, quizá reservado, quizá inocente pero seguro indiferente. - ¿Indignante, no? - Sensiblemente - y Wenceslao apuró su copa, se notaba ligeramente borracho, pero no lo bastante. - Este Joaquín Astur no solo no sabe escribir sino que carece de la más remota noción acerca de la trascendencia de este suceso -. El gordo asintió, en gesto pausado y reflexivo - coincido con usted, don Matías, en que Joaquín no sepa escribir; por extensión, ningún periodista acierta a hacerlo con la debida corrección. El error más frecuente del periodista consiste en redactar con las mismas prisas que le obligan a relatar lo sucedido. Un acontecimiento demanda espacio, y los periódicos son tiempo, no espacio; de ahí que el periodista apretuje a renglón seguido una ajustada crónica donde la estética tiene estrecha cabida. Recuerde que Joaquín también estuvo presente, al igual que nosotros, y no

deja de tener la misma noticia que nosotros tenemos. Él simplemente ofrece, para tratar de completar la incertidumbre, una modesta opinión personal… - . Don Matías dio un puñetazo a la mesa, derramando la nueva copa de Wenceslao, asustando a Rosaurita y atrayendo las miradas de la tertulia. - ¡Y un carajo opinión! esa opinión es *mi* opinión. Compuse un artículo haciendo referencia a otro suceso - el mismo artículo, sí, que vendió a doña Pura - y lo único que ha hecho esa rata ha sido transcribir -. Hubo murmullos y gestos de desconfianza hacia don Matías. - Perdone usted, don Matías, con el debido respeto - intervino uno de los poetas, quien había aguardado con impaciencia la llegada de aquel momento - a mí, sinceramente, me ha parecido una opinión muy corriente, poco original, es entonces normal que se asemeje a la suya ¿y en cuanto a su opinión?, ¿por qué no ha escrito sobre el atentado? Quizás ya se haya hecho usted mayor, don Matías, y le cuesta reconocerlo. Deje que Joaquín y otros tomen el relevo, vaya a su casa y ocúpese de su novela… -. Don Matías estalló, volviendo a dar un puño sobre la mesa - ¡Vete a la mierda, bastardo! todos los poetas de este originalísimo café llamáis a la mierda "cenagal de rémoras" o algo así creyendo que así escapáis de vuestra mezquina inmundicia -. Los poetas transgresores eran, además, realistas, con lo que rieron la salida de don Matías en vez de recriminarle, como pudieran haber hecho. Don Matías, ante su acogida, empezó a sentir una extraña simpatía por aquella ralea, reconsiderando aquello de "mayor". - Es cierto que tengo ya mis años, sí, pero también tengo reaños. - Usted se equivocó de profesión, don Matías, tenía que haber sido poeta - le animó otro. - No, amigo, sé perfectamente quién soy y a lo que me tengo que dedicar. Por eso, antes de retirarme, voy a varear un poco el olivo, veremos si cae algún mochuelo. No creáis que una larga trayectoria va a culminar en el silencio, no os daré esa satisfacción. Queda aquí mi palabra, y todos sois testigos de ella; pienso desenterrar la verdad sobre esa condenada explosión aunque pierda la vida en el intento -. El café rompió a aplaudir mientras muchos aseguraban que don Matías había perdido definitivamente el juicio. Rosaurita, ni que decir tiene, estaba encantada. Wenceslao quedó

aplaudiendo un buen rato después de que el resto de palmas se hubieran detenido. El gordo, finalmente, puso una mano sobre el hombro de don Matías y trató de persuadirle - pero don Matías, escúchese, por lo que más quiera ¿qué verdad va a desenterrar? Este caso se encuentra ya en manos de las autoridades…. - Por eso mismo les voy a otorgar unas semanas de plazo antes de emprender la labor. Si encuentran a los culpables no tendré nada que hacer pero si no los encuentran entonces dé por seguro que seré yo personalmente quien los descubra. Verá, no es que las autoridades sean deficientes, hay asuntos que sencillamente no interesan. Darán con los culpables en virtud del interés, tanto si los culpables son culpables como si no, pero este no es el caso - el café al completo mantenía una atenta expectación. - ¿Qué quiere decir, que no hay interés? Por favor, don Matías, recapacite, los periódicos han reservado un amplio espacio a este suceso…. - Tanta palabrería en torno a un petardo no pone en evidencia sino la escasa relevancia del hecho. Créame, amigo, son muchos años de profesión, he visto el entramado de toda esta farándula hace tiempo. Se trata de una opereta con viejos actores, simplemente la han maquillado introduciendo nuevas morcillas. Cuando un asunto es verdaderamente importante los periódicos solo hacen una breve y grave reseña, no se dedican a especular en torno a algo que saben muy bien jamás llegará a esclarecerse -. El gordo dudó - no sé, no sé, usted sabrá ¿y qué piensa hacer? - De momento, mientras la cosa se enfría, entretenerme con otro asunto. Dijo usted que *La corte del príncipe Carlos* no era obra de Joaquín Astur ¿verdad? -. El gordo extrajo el pañuelo del bolsillo de su chaqueta y comenzó a secarse el sudor - hombre, dicho así… yo simplemente albergaba mis dudas al respecto. - Pues vamos a despejarlas de una condenada vez ¿alguien sabe dónde se encuentra el presunto autor de la obra? -. El café enmudeció. Wenceslao, quien había descifrado el interrogante al cabo del rato, alzó tímidamente la mano como si se encontrase en la escuela. - Estupendo ¿nos llevará hasta él? -. Wenceslao apuró su nueva copa y se encogió de hombros. - Podemos ir en mi coche -

sugirió Rosaurita, quien ya tenía preparada el parasol. - ¡Adelante! - exclamó don Matías.

Era mediodía. El sol de la primavera derramaba sus rayos con esa claridad sensible y elegante que gusta de inundar todo de soberbia plenitud, que realza las viejas y solitarias estatuas, que destaca las copas de los árboles más frondosos sin levantar el molesto calor estival, despejando el frío atrincherado en los recodos, invitando a abandonar sus gélidos hálitos para transformarse en una embriagadora frescura que ensancha, debido a su pureza, el alma de quien la aspira. La naturaleza, su canto poético, resurge jovial, consonante, bajo la presencia segura de un todo vital que, en tanto fluye con candor y dulzura, juguetea y contagia de esperanza y sensaciones a unos modestos habitantes urbanos asombrados del anciano misterio que enreda y desenreda esta voz que cada cierto tiempo, por puro capricho, por caprichoso azar; relata una historia. Es grato entonces transitar calles y avenidas de la misma forma que es grato entretenerse en una sencilla, atenta contemplación libre y libre de prejuicios. Es grato observar cómo estos habitantes, sin apercibirlo, quedan unos breves instantes embriagados por la colosal música secreta.

Los jardines de la mansión, descuidados, liberaban sus brazos burlando las oscuras rejas, enredándose entre los barrotes y alcanzando, en su apoyo, direcciones dispersas. Las aves acudían sedientas a las frescas oquedades donde el agua de las lluvias permanecía estancada, a cubierto bajo las hojas de distinta naturaleza, entre acogedoras sombras. ¿Y los paseos?, ¿acaso no eran bellos así, desdibujados, descuidados?, ¿acaso su visión no suscitaba mayor placer desprovista de simetría, ocultándose y apareciendo, confundiéndose y confundiendo? Quienes los proyectaron para atravesarlos sin impedimentos, desde luego, no consideraron la actual apariencia. Pensaron otro lugar, situaron los árboles, las matas, los setos… dispusieron todos aquellos elementos educando su esencia, dirigiéndola, formándola,

ordenándola. Concedían a la naturaleza, en algún sentido, un aspecto siempre parecido al anterior, una coherencia, pero sin negarla en ningún caso su legítima libertad. Y para subrayar quizás la deliberación de lo concebido, ubicaron pedestales, fuentes, el adoquinado… obras estables. ¡Quién pudiera imaginar que estas obras en un tiempo remoto quedarían ocultas y protegidas por la naturaleza, quién pudiera creer que una sabiduría, mucho más penetrante y profunda, terminaría por imponer su propia belleza, su propia ordenación, siempre en movimiento, siempre bella!

La dueña-criada levantaba fenomenales nubes de polvo en las escaleras de la entrada con ayuda de una escoba. También había sacado al exterior unas cuantas alfombras con motivo de sacudirlas. Una pequeña mujer contra una gran mansión; era aquella, en cualquier caso, una batalla de antemano perdida. Rodrigo del Pozo holgazaneaba apoyado en una de las estatuas de bronce, liando un cigarrillo y dejándose acariciar por el sol. Aquel tiempo le hacía recordar su tierra aunque, siendo precisos, antes recordara sus amoríos y, en virtud de este recuerdo, penetrara en el lugar. Se le ocurría volver al Sur donde la civilización aún no había extendido sus garras. Acto seguido recapacitaba y concluía en reconocer que allí no se vivía tan mal, que, en cualquier caso, se vivía tan mal como en cualquier otro sitio, que era difícil quejarse, que su público era pobre pero de buen corazón y por ambos motivos las hortalizas podridas que le arrojaban al final de la faena tampoco eran tantas. Levantó la vista el matador y prendió el cigarro. Distinguió un carruaje y de él vio bajar cuatro personajes. El primero viajaba al lado del conductor; de un salto impetuoso se plantó en la acera y se desocupó del resto de la comitiva. Fue a saludar a Rodrigo, decidido: - ¿es usted Arturo Sánchez? -. El matador no se molestó en contestar. Don Matías volvió a preguntar, sin obtener tampoco respuesta en esta ocasión, preguntó después a Rodrigo si era sordo y, al rematar en el mismo resultado, se dirigió a la dueña-criada - dispense usted señora ¿vive aquí un tal Arturo Sánchez? -. La dueña-criada, sin dejar de barrer, le aseguró que se había confundido. Don

Matías volvió sobre sus pasos. El gordo, Rosaurita y un rezagado Wenceslao se cruzaron con él a medio camino de la pensión. Don Matías sacudió a este último, quien andaba a ratos por medio de tropezones, a ratos a gatas. - ¿Se puede saber dónde nos has traído? -. Corrió el gordo a separarlos - cálmese don Matías, éste es el sitio, simplemente preguntaba usted por un ente ficticio -. Don Matías quedó mirando al gordo, extrañado. Mientras, Rosaurita se había adelantado. Cuando la dueña-criada la descubrió, aferró con fuerza la escoba y preguntó con sequedad: - ¿qué se le ofrece a la señora? - Veníamos a ver a Antonio -. Frunció el ceño la dueña-criada; - no está, ha marchado a provincias. - Solo veníamos a hablar con él - Rosaurita cambió la sombrilla de brazo - queríamos preguntarle sobre una obra. - ¿Sobre una obra? - Sobre una obra literaria. - ¿Sobre una obra literaria? - Sobre una pieza teatral. - ¿Qué? -. Rosaurita gritó: - ¡Sobre un texto! -. La dueña-criada esgrimió la escoba - mire señora, usted a mí no me levanta la voz ¡Pues solo faltaba! -. Por suerte el gordo se interpuso oportunamente entre las dos damas. - Usted dispense, señora, solo queríamos hablar con Arturo Sánchez. El motivo de nuestra visita es una pieza teatral, como bien ha indicado mi amiga Rosaurita, una pieza que, en caso de confirmarse su autoría, podría arrojar múltiples ganancias sobre el señor Sánchez. Si usted simplemente sabe dónde podemos encontrarle y tiene a bien indicárnoslo, nosotros… -. La dueña-criada accedió al fin, pero con cierta desconfianza - Arturo Sánchez está arriba, en su habitación, suban pero no se les ocurra pisarme las alfombras. - Muy amable - pasó el gordo mostachudo murmurando - tal si se tratase de una audiencia papal - seguido de Rosaurita, en actitud arrogante. Cuando don Matías estuvo a la altura de la dueña-criada preguntó, perplejo: - ¿de verdad se llama Arturo Sánchez? - En esta casa no importan los nombres, señorito, importa que los señoritos paguen. Muy a propósito haga el favor de comunicar a ese pingajo que no se le ocurra entrar hasta que haya abonado al contado la correspondiente mensualidad; si pisa esta escalera sin pagar, recibirá un escobazo -. Don Matías miró a Wenceslao, quien había quedado

tendido en el suelo, boca arriba - no parece que tenga muchas ganas de venir hasta aquí, señora - reconoció don Matías. - Por si acaso -.

Antonio contemplaba el jardín desde su ventana, sentado en el escritorio, mordisqueando la pluma. Un serial de borrones arrugados quedaban desparramados por toda la habitación. Eclipsado por la belleza del entorno natural e invadido por una tremenda pereza, echó mano de los clásicos, por ver si les robaba algo de esa inspiración que tanto les sobraba.

> "[…] *y cuando he de escribir una comedia*
> *encierro los preceptos con seis llaves,*
> *saco a Terencio y Plauto de mi estudio*
> *para que no me den voces, que suele*
> *dar gritos la verdad, en libros mudos;*
> *y escribo por el arte que inventaron*
> *los que el vulgar aplauso pretendieron*
> *porque como las paga el vulgo es justo*
> *hablarle en necio para darle gusto.*"

Embebido, subyugado por el verso hasta cierto punto enfermizo - Ah Lope, si yo fuese dama y tú estuvieras un poco menos muerto… - el sombrillazo le cogió, claro, desprevenido. Antonio fue a arrodillarse ante Rosaurita. - Oh mi belleza, mi gracia, mi luz… pensé que no volvería a verte -. Rosaura fue categórica: - escúchame infeliz, mi amigo te va a hacer unas preguntas -. Antonio levantó la cabeza y vio al gordo, quien había sacado el pañuelo de su chaqueta y fingía no verle a él, avergonzado. - Vas a decir ahora todas las verdades que no has dicho en tu vida y, en suma, vas a ser breve, todo lo breve que… bueno, tú ya me entiendes -. El gordo carraspeó y se sentó, a falta de sillas, en la cama. Aguardó a que entrara don Matías por ver si era capaz de mantener la seriedad. Don Matías había ido atesorando rencor

conforme ascendía los peldaños de la escalinata de mármol, con lo que su presencia fue más que suficiente para dirigir el interrogatorio.
- ¿Es usted Antonio Sánchez? - No -. El gordo saltó: - ¿y quién diablos es usted? - Me llamo Antonio, Antonio Sebastián Tempranillo -. El gordo volvió a sentarse, bajó la cabeza y se tapó los ojos. Don Matías no pudo reprimir un repentino ataque de tos. En cuanto a Rosaurita… bueno, suponemos que el lector ya adivinaba el sombrillazo entre líneas. El gordo hizo un terrible esfuerzo por sobreponerse. - Esta es una pregunta que se me acaba de ocurrir, mera curiosidad, nada más, sin ninguna importancia. Verá, yo soy así, en ocasiones pierdo la objetividad pero en fin… ¿recuerda usted que, en cierta ocasión, me recitó el acto segundo de *La corte del príncipe Carlos*? Igual no fue usted, lo mismo le estoy confundiendo con otra persona, lo mismo… -. Antonio le miraba atónito - ¿que le recité yo a usted? Oiga, un momento… Rosaura, te juro que yo con este señor… -. Ahora fue el propio gordo quien solicitó un sombrillazo. Rosaurita se extrañó en una primera instancia pero al cabo se lo concedió. - ¡A mí no, desgraciada, a él! -. Y Antonio recibió el sombrillazo del gordo.

Don Matías, por su lado, se había desentendido del accidentado cuestionario y examinaba los borrones desparramados. Cuando el gordo abandonaba la estancia enfurecido le cedió uno. - ¿Qué es esto? - Preguntó el otro, guardándose el pañuelo. Don Matías se enojó: - ¿y yo qué carajo voy a saber? Léalo -. El gordo arrancó el papel de las manos de don Matías, bufó y de mala gana se colocó unos pequeños anteojos - no puede ser - exclamó pasado un lapso y siguió leyendo, quizás releyese - no puede ser - volvió a repetir, se deshizo de los anteojos, miró a Antonio, se puso los anteojos y volvió al texto. - ¿Qué ocurre? - Preguntó Antonio. El gordo rompió a recitar.

[…]

Rosaurita, finalizado el acto, se llevó la mano al corazón, suspirando (la naturaleza de este suspiro es indeterminada). - Lope de Vega ¿no? - Preguntó, cuando se sobrepuso. - No, *La corte del príncipe Carlos* - anunció el gordo - hay cierta reminiscencia, sí, a la métrica del siglo diecisiete, pero estos versos, casi puedo asegurarlo, son completamente originales -. Rosaurita besó a un perplejo Antonio. - ¿Entonces? - Inquirió don Matías. - Entonces yo me he dejado seducir por un mito, Rosaurita por una falsa apreciación, Joaquín por el plagio y Arturo por la modestia, seguramente. - ¿Pero quién es Arturo? - Preguntó don Matías. - Este señor, pero solo cuando escribe. - ¿Y él es el autor de *La corte…*? - ¡Y yo qué sé! Don Matías, deje de atosigarme, yo ya no sé ni quién soy yo - el gordo suspiró, volvió a sentarse y se secó el sudor con el pañuelo - este borrador es un fragmento de la obra - aclaró - ¡Pero valla usted a saber! -. Antonio, visiblemente recuperado, arrebató el borrador al gordo y proclamó, a voz en grito: - ¡Esta poesía es mía!, ¡También todas cuantas están aquí!, ¡Seré miserable, mi obra será miserable pero si hay algo que nadie podrá arrebatarme será mi orgullosa miseria! -. Rosaurita abrazó a Antonio y volvió a besarle. Don Matías consultó el reloj - bueno, propongo que vallamos a comer algo, ha pasado el mediodía. El arrebato pasional y el estómago lleno predispondrán a nuestro amigo para la escucha de nuestra explicación acerca de cómo se puede arrebatar incluso la miseria -. El gordo, finalmente satisfecho, se atusó el bigote - ya era tiempo de que dijera usted algo razonable, don Matías. Perdóneme, se lo ruego, por haber desconfiado de usted. - Perdóneme usted a mí, buen amigo, es de sabios el desconfiar, y usted es un sabio ¡No me ofrezca más muestras de sabiduría, por favor! -. El gordo se ruborizó - bueno, bueno, no empecemos… -.

- ¿de modo que no ha leído usted a Museo, ni a Esquilo, ni a Epímones, ni a Damasco? No conoce a Eudemo, ni a Diodoro, tampoco a Eurípides, ni a Sófocles, ni a Arquíloco, ni a Hesíodo. ¿Conocerá, qué menos, a Homero? -

¿No fue ese quien escribió la *Divina comedia*? - Sondeó Antonio, con toda su candidez. El gordo, ni que decir tiene, estuvo al borde del infarto - ¿acaso me está tomando el pelo?, ¿quiere decirme de una vez a quién ha leído usted? -. Antonio se desocupó del asunto y se ocupó de una radiante y esplendorosa Rosaurita. Don Matías reía discretamente mientras se entretenía en elaborar pequeñas esferas con las migas de pan - en su habitación el único libro que he encontrado ha sido un ejemplar de Lope - aseguró. - No es posible - el gordo arrojó la servilleta sobre la mesa y se desabrochó el cinturón. Aquella comida, en efecto, imponía una pesada digestión. - Creí encontrar en *La corte del príncipe Carlos* cierta sutil simbología, cierta génesis, cierta mitificación cosmológica incluso. Pensé que llegaba a sugerir hábilmente el criterio griego de profunda raigambre *decet*, aportando una sabia interpretación y lectura del mismo. Mas, al parecer, según vamos desvelando los rudimentos del proceso artístico, la única relación que puede mantener *La corte del príncipe Carlos* con un autor clásico es con el perdulario de Lope, cuya afición a sacar a los clásicos de su estudio no nos es ajena. - ¿Tiene usted algo en contra de Lope? - Preguntó don Matías, cada vez más divertido. - No, que va - se apresuró a explicar el gordo - simplemente su teatro… bueno, pienso que cada modelo tiene diferente altura, distinta profundidad, por así decir. - ¿Le parece poca la altura de un Lope? - No, lejos de afirmar eso, en ningún caso, vamos, no me haga reír. Ya sé que no son comparables pero simplemente juzgue la talla de un Lope y la de un Homero, su diferente trascender, su distinta época, sus lenguas diferentes aun emparentadas, su desemejante concepción y expresión…. - No son comparables, por descontado - reconoció don Matías - de cualquier forma usted, cuando se refiere a la época clásica, siempre me pinta un edén olímpico delimitado por blancas y solemnes columnatas, y al final usted no acaba refiriéndose con justicia a una época, sino a un friso -. El gordo se indignó - usted, de su parte, tiene una rara costumbre de desacreditar toda cuestión vinculada a una época remota. - Cada uno tiene sus vicios, querido amigo, y sus gustos y sus escritos, bien sabemos que en cuestión de gustos… yo, personal y sinceramente, detesto la

poesía sin embargo he de reconocer, por mucho que me avergüence de ello, que los mejores momentos de mi juventud los pasé en compañía de Hesíodo sin entender una sola palabra de griego. No diré que pasé mis mejores momentos en compañía de damas aunque también fueran buenos momentos y tampoco alcanzara a comprender ni una sola palabra de su difícil idioma, mucho más enrevesado que el griego antiguo, qué duda cabe. A la larga, Hesíodo me proporcionó una experiencia más útil y provechosa, de la cual extraje un conocimiento conciso. Con esto, no creo conveniente extenderme innecesariamente en un vulgar inciso ni tampoco ser del todo descortés. Convengamos en que la juventud, sí, ignora a menudo incluso su misma ignorancia atrevida, de modo que siempre me parecieron muy claros y directos aquellos contenidos, tal si los versos estuvieran redactados exclusivamente para mí mas, pasado el tiempo, descubrí aquel arte atravesando el dentado de ciertos audaces entendidos que en cada estrofa por la cual yo había paseado ligera e indolentemente la vista sin conceder mayor reflexión, destapaban mil insospechados hallazgos, ponían mil reparos, oscuridades e incomodidades, y, en definitiva, levantaban un cautelar tomo a cada letra. Quedé bastante desencantado, como comprenderá, herido en mi más profundo e incipiente orgullo literario al reconocer que todos mis momentos, todas mis impresiones, no habían sido más que un dulce regodeo de mi necedad. He aquí que, pasado el tiempo, me encuentro con un hombre de su planta y alta erudición, de sus muchas lecturas, obnubilado ante una obra del tiempo presente, sin ningún aval cultural y ningún apoyo histórico-bibliográfico y, en añadidura, escrita por un perfecto don nadie sin demasiados recursos intelectuales, con perdón. Me serviré ahora de la empatía: adivino que a usted, tras haberse quemado las cejas siguiendo difícilmente los tímidos relieves cubiertos de polvo de magnos paquidermos fósiles, le ha agradado descubrir, sin previo aviso, admirado y asombrado como lo estuvieran León y Aristóteles, una rima ligera y actual, libre de la confusión del tiempo olvidado. Libre, por más, de arcaicismos, vaguedades, imprecisiones y, a un tiempo, deudora y continuadora inconscientemente de

una vigorosa tradición universal cuyo cauce sobrevuela nuestras cabezas actualmente y solo podemos contemplar, sin saber su origen ni su destino, pero admirados de su segura y firme *direccionalidad*. Usted había reducido la cuestión cultural a un listado de títulos y autores y se ha dedicado a ellos con tanta pasión que ha olvidado que si la cultura fuera un saber exclusivamente bibliotecario, hace tiempo que la cultura hubiera perecido entre las llamas. El arte es la máxima expresión de la cultura, su forma más elaborada y perfecta. El arte es esa voz, ese sentido que se propaga de pueblo a pueblo, de tiempo en tiempo, confundiéndose y transformándose, conforme acoge en su seno infinito las almas de los individuos y recibe mil influjos vitales sin los cuales la cultura es poco más que un terrible amontonamiento de palabras vacías. ¿Y en cuanto al artista?, ¿qué decir de este maestro de la imitación, de este adalid de los saberes? - Don Matías señaló a Antonio - ¿existe acaso ser más despreocupado, más caprichoso, más inocente, más libre? El artista es un médium, muy poco más. Mírelo, querido amigo, tras esa máscara impersonal. Detrás de ese enmascaramiento arquetípico, hierático, inexpresivo y proporcionado, descubrirá que se esconde un rostro cualquiera, vilmente similar a tantos y vilmente distinto de todos, el rostro de un sujeto anclado en la existencia. Encontrará sus ojos ciegos, sus labios purulentos, su voz, aquella misma que recitó el verso, molesta -. Don Matías, durante la charla, había ido apilando cuidadosamente esferas de pan y ahora las encontró todas cuidadosamente reunidas.

- Quede claro que no estoy del todo conforme con su postura, don Matías - suspiró el gordo - mas aun así creo que ha descrito un tramo con bastante concisión. Ha distinguido dos vertientes culturales: la una, histórica, tradición y herencia; la otra, vital, en desarrollo y actual convivencia. También ha destacado dos vicios en relación con un radicalismo de estas dos vertientes, en lo que respecta: mi humilde vejez y su orgullosa juventud. Un exceso de humildad conlleva la ignorancia de la misma forma que un exceso de orgullo nos lleva al mismo lugar. Concluiremos en que la mejor actitud que hoy podemos enfrentar a esa poderosa fuerza inabarcable, tal y como se

ha referido a la cultura, es la misma actitud que depone nuestro amigo Antonio: un orgullo de la humildad; una filosofía inmediata, próxima, útil, veraz y transparente; y un arte virtuoso, difícilmente sencillo, como el de Lope -.

XXI

De súbito, Rosaurita se llevó la mano a la cabeza, lo que se dice, un signo de universalidad indiscutible - Dios mío ¿qué hora será? -. También el gordo se sobresaltó, acudiendo a su reloj - ¡Pero si yo tendría que estar en la biblioteca! -. Don Matías se desentendió del compromiso, su presencia en la redacción ni era considerada, ni estimada, ni requerida. Wenceslao se preguntó qué hacía allí y qué iba a hacer en lo sucesivo. Antonio apresó la mano de Rosaurita - aún es pronto, mi rosa, no te apures. - Alejandro debe estar hecho una furia - alegó, sin demasiada esperanza en despertar algún tipo de credibilidad, ante lo cual, Antonio se levantó de su asiento (este sí, hecho una furia) y agarró a Rosaura de los hombros, zarandeándola - ¡Y yo qué! ¿para esto me quieres, para pasar conmigo un rato agradable? - Así son el arte y el amor, amigo - intervino Matías, teórico, publicando una triste sonrisa - nos hacen olvidar el tiempo, nuestra obligación, nos distraen, nos divierten… son juegos, ya se dijo, que acaban y debemos abandonar con aflicción puesto que nos debemos a una realidad distinta -. Antonio rompió a llorar desconsoladamente - ¡Yo te amo Rosaura, y lo que es peor, te necesito! ¿tan difícil es de comprender? - Yo también te quiero, Antonio - Rosaurita le apretó contra su pecho y le acarició la cabeza, tal si fuera un niño - pero lleva razón don Matías. Estamos condenados a soñar solo durante un tiempo prófugo, porque la vida nos ha impuesto sus duras condiciones. - ¿Es que no podemos querernos, amarnos simplemente? - Preguntó Antonio. - Ya lo

hacemos querido ¿de qué te preocupas? - Oh musa, pero no es suficiente, no es justo. Quizás tú puedas vivir así, pero yo no lo soporto. Cada día supone para mí una lenta agonía insufrible, un perpetuo azar… vivo por ti y no puedo verte, ni hablarte, ni amarte, ni quererte… solo escribirte unas palabras con la sangre que derrama mi corazón… -. Ante aquella cadena de viejas acciones y viejas palabras, el gordo batía los párpados absolutamente perplejo, esto es, preguntaba con la mirada a don Matías quien especificó: - no trate de comprenderlo, amigo, ni ellos mismos lo comprenden -. Wenceslao tampoco lo comprendía - siento inmiscuirme pero yo aquí no me aclaro. Esta señora, por lo que sé, está casada y quiere a este señor, que también la quiere a ella ¿cuál es el problema? -. Resolvió don Matías: - los tres. - ¡Pero si es muy sencillo! - Wenceslao solicitó un pluma que el gordo le prestó. En una servilleta, el escritor tendió un alarde de lógica:

Problema:	Antonio y Rosaura y don Alejandro	CONDICIONES
Solución A	Antonio y Rosaura sin don Alejandro	Antonio secuestra a Rosaura Antonio reta a don Alejandro Rosaura abandona a don Alejandro
Solución B	Rosaura y don Alejandro sin Antonio	Rosaura abandona a Antonio
Solución C	Antonio sin Rosaura (ni don Alejandro)	Antonio abandona a Rosaura

Don Matías examinó la tabla e hizo crítica - el problema, querido amigo, está bien planteado por seguir literalmente mis indicaciones pero estas soluciones, pese a ser viables, jamás se darán en una efectividad práctica; por consiguiente, el enunciado alberga algunas carencias que lo hacen puramente especulativo. Ha adoptado un sistema que solo considera una serie de nexos y se pierde en el abstracto cuando deberíamos caracterizar los sujetos por su estado en relación con un análisis causa-efecto. Atienda, cédame la pluma -. Don Matías dio la vuelta a la servilleta

PROBLEMAS O CAUSAS	SOLUCIÓN ADOPTADA	PROBLEMÁTICOS CONSECUENTES
Aburrimiento de Rosaura	Problema anterior sin solución efectiva	Distracción de Rosaura
Amor ciego y obstinado de Antonio		Locura de Antonio
Imperturbabilidad de don Alejandro		Imperturbabilidad de don Alejandro

- Pero, como adivinará - ilustró don Matías a un turbado Wenceslao - llamamos amor a todo aquello que contiene la misteriosa propiedad de desbaratar cualquier planteamiento o juicio de estas convenciones. La irracionalidad del amor, el objeto sobre el cual este fenómeno se vuelve; el amor mismo, lo convierten en un fenómeno extravagante, de muy difícil lectura. Todo conocimiento o dominio sobre el acto de amar, seamos sinceros, es una ilusión, de ahí que su radical desconocimiento, en estrecha relación con la insondable oscuridad de la naturaleza humana, haga las delicias de un poeta o de un escritor palabrero pues la fábula, en lo tocante al amor, encuentra un ámbito en el cual desplegar y recrear toda su inventiva infinita al no estar limitada por ninguna barrera lógica o empírica. ¿Cabe enfrentar, en verdad, alguna lógica o planteamiento al amor, así planteado? Todo lo que digamos sobre Antonio y Rosaurita son despreciables vaguedades en torno a una realidad que solo pertenece a ellos en exclusiva, una realidad que los acoge y los confunde por su fanática individualización. Nadie, huelga decir, por muy juicioso o experimentado que sea, queda libre de esta confusión arcana. El amor, así entendido, es una manifestación de la vida de la cual ésta se sirve para mostrarnos cuán lejos estamos de comprender sus leyes -. El gordo demandó la pluma a don Matías y se despidió; - no haga caso a don Matías - avisó a Wenceslao antes de partir - tiene aversión hacia todo lo puramente gratuito del arte y, por extensión, considera que todo arte es inútil y gratuito, reduciéndolo todo al absurdo y a una realidad de lleno mezquina -. Don Matías se despidió del gordo y

reanudó su perorata. Antonio y Rosaurita seguían involucrados en un diálogo que se demoraba con gozo y pesadumbre.

- No hay cosa que me produzca mayor abominación, efectivamente, que una de esas gruesas novelas en donde los personajes se encuentran, se conocen, se aman… y atraviesan una serie infinita de obstáculos, de trabas, de peripecias… complicando a otros personajes, desencadenando situaciones y acontecimientos en una enrevesada trama. Si al final resulta que estos dos personajes acaban juntos, unidos y felices, en el lector se producirá una tremenda satisfacción, satisfacción del todo burda e ilusoria, un sentimiento artístico y falso, motivado por un desarrollo de mentiras concatenadas. Si, por el contrario, uno de estos personajes muere, o mueren quizá los dos -mire que la muerte es un recurso de una atracción y alcance sublime- o, por cualquier otro motivo, su unión no tiene cabida entre las páginas del libro; el lector quedará embriagado por el *sentimiento trágico*, creyendo algo así como que el arte es reflejo de los esenciales sinsabores de la vida y que, por tanto, ha alcanzado un estado en el cual puede identificarse plenamente con la más honda verdad. Y en realidad, con justicia, concluya donde la novela concluya, este desenlace, pese a producir una sensación diametralmente distinta en el espectador, no es al fin tan dispar del anterior en vista de que en ambos casos la novela toma una serie de fábulas escasamente vinculadas con una realidad concreta para hilvanarlas mediante unas leyes que solo tienen efectividad, sentido, dentro de las páginas. El conocimiento de las mismas, al lector, no le reporta ningún saber útil ni extrapolable, simplemente un deleite personalizado, circunstanciado y prolijo -.
- Quede esta conversación entre escritores y amantes de las letras, mi querido amigo. - prosiguió don Matías - Le voy a conceder un paseo guiado por los adentros de una novela pasional. ¿Qué me diría que necesita, antes que nada, una novela de amor? -. Respondió Wenceslao: - ¿amor? - Bravo - aplaudió don Matías - amor y personajes, lugares y tiempos. Coloquemos estos personajes en relación con el sentimiento y hallaremos tres estados: la

presencia de sentimiento, la ausencia de sentimiento y la inexistencia de sentimiento. Tenga mucho cuidado de no confundir lo que he llamado ausencia con lo que trataré como inexistencia; la inexistencia de sentimiento es un estado de personajes de otras novelas que vamos a introducir en éstas a fin de revelarlas mejor -. Don Matías arrugó la servilleta y la lanzó graciosamente a la cabeza de Rosaurita, quien demorándose en un largo y prolongado beso de despedida, no apreció el detalle - en el primer estado, cuando hay presencia de sentimiento, nuestro personaje está en disposición de interpretar, digamos, con *honestidad*, con *absoluta implicación*, el papel de amante o de amado. En el segundo estado, es decir, ausencia de sentimiento, nuestro personaje también guarda la disposición de interpretar, mas de un modo *deshonesto*, vamos, como un verdadero actor. Es el caso, por poner, del amante que se impulsa por motivos no-amorosos, y el caso del amado que, pese a mostrarse esquivo tal y como le corresponde, acepta el juego del amor sin mostrar verdadero afecto, o un afecto falso. Finalmente encontramos ese tercer estado, el de la ausencia, en el cual nuestro personaje ni siente ni puede verse incluido en las complicaciones de la trama amorosa, por su condición. Para mayor complicación, habremos de señalar que los personajes pueden trasladarse de un estado a otro, perderse en las infinitas actitudes que cada estado exige, amar y ser amados con o sin correspondencia -.

- Hay una suerte de principio, una conclusión novelística. Nuestros personajes se encuentran en estado de sentimiento y dicho sentimiento es, en suma, correspondido. Como apreciará, se trata de una fábula fabulosa. Amante y amado se corresponden en una proporción semejante; aman lo mismo y a sí mismos, en una perfecta compenetración de acciones con fines cumplidos. Esto, muy a grandes trazos, viene a ser el amor en una novela, un encuentro de almas, una conexión de piezas que conforman una bella imagen. La satisfacción de los anhelos del espectador, sugestionados, motivados hábilmente por el novelista quien por medio de ficciones accede al sentimiento real del oyente, se produce; nuestro lector ha encontrado una

razón concluida. Dicha razón asienta sus bases estéticas en la *intimidad*, esto es, en la composición detallada y ordenada de personajes, localizaciones y tiempos de la novela. El autor, su maestría, consiste en saber distribuir del mejor modo todos los detalles particulares de la trama, ha de ir ascendiendo peldaños escrupulosamente para alcanzar la justa y proporcionada altura que sus premisas exigían. El escritor, en las primeras novelas de la historia, nos mostraba piezas desligadas y el lector atendía a cómo el maestro iba encajándolas con el fin de lograr aquella conclusión en la última página. Cuanto más desencajadas estuvieran las piezas, mayor habilidad debía mostrar el escritor. Mas fuéranse planteando también nuevos desarrollos; aquella "conclusión dichosa" se presentó en un tiempo remoto, en un lugar remoto, no solo remoto para el lector, sino también en algunas ocasiones remoto para la propia novela, cuyo desarrollo (de antemano concluido) consistía en una evocación nostálgica de una conclusión pretérita. El efecto de la nostalgia, sí, es acercarnos a una conclusión ajena, alejada; una felicidad presente, latente, sugerida pero inalcanzable, bien para el lector, bien para los personajes y el lector. Por su parte, una novela que dispone todas las piezas y no alcanza ninguna conclusión, es una novela defectuosa, o una novela no terminada -. Wenceslao, tras escuchar esto último, se sintió molesto. - La acción narrativa es acción concluyente. Un narrador es aquel que sortea obstáculos en pos de un objetivo ¿por qué, si ya su labor es complicada, ha de complicársela aún más haciendo atravesar a los personajes una latosa letanía de obstáculos? Sin duda, cuantos más obstáculos atraviesen los personajes, más sencillo le será narrar. Los recursos literarios aplicados a este principio son, como verá, infinitos. El narrador es un ser consagrado a la acción, y por ello su constante es el perpetuo avance, aún con falta de talento, de inventiva, de intención… al narrador le embriaga la elocuencia, no le está de ningún modo permitido detenerse a reflexionar. En sus manos está el cauce de la trama -.

- También - reanudó don Matías - puede haber amor en una novela en su desarrollo, una conclusión alcanzada a medio texto, incluso al principio, pero

dicho amor ha de ser enfrentado, *entramado*, para motivar un sentimiento estético; este amor *ha de valer*, hay que comprobarlo, justificarlo, ponerlo en duda y después afirmarlo, no basta con decirlo. Le he hablado del amor en la novela al final de ésta, al principio de ésta y en su desarrollo, destacando la *intimidad* como carácter circunstanciado, la *trama* como constante y necesidad, la *nostalgia* como particular matiz de la trama, y una *conclusión pletórica* en todas las manifestaciones, distante en el caso de la *nostalgia romántica*. Voy ahora a tratar la pasión en una novela que identificaremos con todos los elementos anteriores pero, a diferencia de lo anterior, con una *conclusión trágica*. Quienes defienden la pasión frente al amor aluden que el amor pasional es una forma más elevada de este último y que, por tanto, cuanto mayor sea la pasión más difícil es de ser correspondida. Lo definen como un sentimiento tan puro e eidético que no tiene ninguna correspondencia con la cicatera realidad. La pasión no es un estado extremo, antes bien, la pasión es la terrible lucha y convivencia entre estados extremos no solo en cuanto se da un elevado sentimiento tanto mayor cuanto menos es correspondido; engendra, a partir de ahí, cierto odio, rechazo, proporcional al amor, en un complejo equilibrio. La pasión es *egoísta* ya que desconsidera el mundo reduciéndolo a una insignificante realidad vivida entre dos personas, de la misma forma, la pasión es *generosa* puesto que el amante apasionado vive para una causa del todo ajena a él. Se pretende algo inasible, divino, que al mismo tiempo se encuentra encarnado en un objeto presente, real, tangible. Con todo, supone una terrible desesperación a la vez que reporta los más elevados goces. Alcanzaremos ahora, pues, otro principio, otra conclusión novelística. Nuestros personajes se encuentran en estado de sentimiento y en estado de ausencia, o en un estado de *sentimiento sublime*, llegando a alcanzar un sentimiento no correspondido, o correspondido en medida desigual. Amante y amado no se corresponden en justa proporción, cualquiera que sea la causa; no aman lo mismo ni a sí mismos, las acciones no concluyen en el fin al cual estaban predispuestas. Hay un desencuentro, una desconexión, las piezas no encajan y, por tanto, el novelista ha de

presentar una trama ajena al anterior desenlace pletórico, es decir, ha de encajar las piezas *a golpe de martillo*. Alguien ama pero ese alguien no le ama a él de la misma forma, pudiéndose dar multitud de situaciones y en todos los casos desembocando en el conflicto catártico anteriormente referido. Pueden, de igual forma, entremezclarse los elementos trágicos con los elementos pletóricos, dándose así vigor los unos a los otros, enfatizándose -. Concluía don Matías; - todos podemos aspirar a desentramar, reconocerá, la trama de una novela de estas características, todos conocemos estas historias ¿por qué la leemos entonces? Las manifestaciones particulares de este elemento son las que nos mueven a devorar un libro tras otro de este género, sin extraer de ellos ningún verdadero saber sino solo un gozo fácil, trágico o pletórico, singularmente trágico o singularmente pletórico, por mejor decir. La caracterización de los personajes, la detallada y minuciosa descripción de lugares, el tratamiento de un tiempo ficticio, elocuente… en definitiva, todas las particularidades de un lenguaje fabulador nos llevan a una conclusión igual: una mentira, pero, a su modo, distinta y que solo luce por su novedad e imaginación, que solo brilla en su entretenido desarrollo, en su forma concreta. X llega a Z, a Y, a K… X, concisamente, podría llegar a cualquier letra del alfabeto siempre que X no llegue, por poner, a 23. La novela ha de ser imaginativa, libre e infinitamente imaginativa, pero, al mismo tiempo, ha de obedecer sus absurdas reglas como si se tratara un cándido juego de niños, y si X llega a 23 entonces ha traicionado su lenguaje, ha llegado al absurdo, no ha sido fiel a sí misma, ha desvelado el enredo, hemos visto a los personajes salir de las páginas, los hemos descubierto en el entreacto fumando un cigarrillo y hemos desenmascarado la función como una astracanada. El espectador, claro, se marcha indignado y es que al espectador no le gusta que le tomen el pelo. Ningún espectador quiere, tampoco, perder el tiempo y por ello precisamente coge un libro, porque quiere ganar tiempo, porque quiere alcanzar las conclusiones que han robado el tiempo de otros, no las conclusiones que les han hecho perder el tiempo a otros. Por eso la novela tuvo que distanciarse un día de cierto amor, por considerarlo una

irritante pérdida de tiempo, porque el amor no concluye si no ponemos por medio una ficción. Ah, este es el carácter que deberíamos aprovechar de la novela; la verdadera fuerza de una novela no está contenida en la fábula sino en el mito, ha de emplear la simbología para robar conclusiones a cuestiones eternas. El problema de una novela no es abarcar el infinito, antes bien, tratar de limitar el infinito, como es de verse, un imposible. Cuando una novela dice: "este es Juan" ya está limitando al hombre, ya le ha concedido un nombre, una situación. Juan es una limitación de nuestra naturaleza aparentemente ilimitada, una simplificación, Juan es una solución de nuestra naturaleza irresoluble; Juan, con todo, no es una abstracción ¡La abstracción somos nosotros! y lo que, a mi ver, Juan no ha de ser nunca, es una distracción. Nuestro arte ha de ser un arte comprometido, vital, útil, filosófico, no un arte pletórico, fabulador, destinado a hablar y a escucharse a sí mismo, esto es, un novelón que reposa en un estante. La novela ha de saltar del estante al instante y hacernos saltar a nosotros de nuestra cómoda butaca, ha de llevarnos a lo principal. En las novelas de aquella cualidad, el lector solo podía sentarse a observar el espectáculo, porque ni siquiera le era posible incordiar - don Matías, entusiasmado, había llegado incluso a levantarse de su asiento.

- Se olvida usted del diálogo, don Matías - apuntó Wenceslao. - ¿Qué diálogo, el de la novela? - No, el que tiene usted conmigo ¿o hablaba solo a la manera de ese arte que detesta? -. Don Matías se incomodó: - ¿y qué va usted a decirme, joven, acaso no he destacado varios aspectos primordiales? - La trama es ley, desarrollo, complicación - asignó Wenceslao - ¿no cabe suponer, don Matías, que de la misma forma que la trama rige la acción novelística, así la vida rige la acción de las personas? - ¿Qué disparate es este? - Porque, dispénseme, al igual que los personajes en una novela se ven impulsados por una voluntad, incluidos en un desarrollo *mayor*, las personas se ven envueltas en una lucha diaria y continua, impulsadas por deseos y pasiones, asimismo, incluidas en un desarrollo *mayor*. Nadie, ni personas ni personajes, permanecen estáticos sino siempre arrastrados por el devenir,

aunque de muy distinta forma -. Don Matías, es preciso aclararlo, no entendía absolutamente nada: - explíquese joven. - Si la trama y la vida son leyes de distintos mundos, la una del mundo artístico, la otra del mundo vital, incluyendo el mundo artístico dentro del mundo vital y, por ende, la trama dentro de la vida; cabría asignar a cada una semejante pero distinta naturaleza y esperar de la trama tanto una serie de limitaciones como una serie de libertades que la vida no concede. Siendo así, no veo qué hay de infernal en conceder a la imaginación, en el ámbito novelístico, todos aquellos privilegios que la vida no le otorga. ¿Es que acaso, quien se dirige a un libro, lo hace para encontrarse de nuevo con la formulación de las viejas leyes que le incordian en vida?, ¿no son los libros refugios de realidad dentro de una realidad? Usted, don Matías, en cuentas resumidas, ha manifestado que quiere hacer una novela *útil* y *fundamental*, una novela donde la fábula no ha de ser fabuladora, sino, a saber, simbólica, justa y veraz. Quiere, según creo, que el amor de una historia sirva, instruya para la vida, es más, que el amor de una historia nos sirva para interpretar la vida, que nos diga, en definitiva, que la vida no entiende el amor como lo entienden determinadas fábulas. No irá a negarme, don Matías, que ocurre más bien al revés; que es concisamente la vida, las leyes últimas a las cuales nos debemos, aquellas que nos tienen que servir para interpretar las leyes secretas de un arte caprichoso, mucho más rico y enigmático que la vida. En un último término, la vida nos tiene que servir para interpretar la novela como manifestación vital pero si juzgamos el arte a partir de la vida, juzgamos el arte a partir de un desconocimiento, por el contrario, cuando interpretamos la vida a través de una concepción estética obtenemos una absoluta certidumbre. Todo ello me hace sospechar que quizás el arte sea una manifestación vital, una manifestación concluyente, una interpretación clara y veraz, que la realidad es un medio que el arte sobrepasa; la más alta literatura, esto es, aquella cuya única pretensión es la fantasía se sitúa en el anverso de lo real, en la irrealidad o en una realidad trascendente, un espejo en un horizonte inalcanzable,

donde el hombre no halla sino el reflejo fiel de su propia imagen -. Don Matías miró a Wenceslao con cierta desconfianza.

- Lo explicaré de otro modo: los personajes son desdoblamientos de la personalidad. Seguimos a los amantes en sus peripecias, vemos sus actitudes, sus actuaciones y al punto reconocemos si éstas son honestas o no lo son. Usted mismo, colocando a los personajes en relación con el amor, no ha hecho sino admitir que unos obran consecuentemente y otros inconsecuentemente, que unos sienten de acuerdo con una ley, y otros con otra, y que cuando estas leyes se confrontan el resultado de la pasión es la tragedia. También ha dicho que el personaje es una limitación, una solución y, en última instancia, una abstracción, aunque lo haya expresado de forma burlesca, contraria y equívoca. Un personaje, sí, es un puñado de párrafos, enunciémoslo mediante un ejemplo funesto, extremado: "Juan es bueno y de súbito se tropieza y muere; Juan es malo y de súbito se tropieza y muere". En el primer caso nos lamentamos y en el segundo quedamos satisfechos, si me permite la expresión. Todo esto no lo deducimos a partir del arte, sino a partir de nuestro juicio moral ¿pero en qué se asienta nuestro juicio? ¡No será en la vida! el arte no es juicio, sino sugestión de juicios, como usted dice. "Así es como actúa la vida" nos decimos, creyendo extraer un saber pero habiendo extraído, en verdad, la admisión de un profundo desconocimiento sin distinciones morales. La vida es una narradora insensible que no se detiene a elaborar correcciones. Si bien en la novela podemos juzgar con total libertad, sin mayor reparo, que Juan es bueno o malo, o bueno a veces y malo otras, no podemos juzgar así en la vida, tampoco podemos juzgar así la vida. ¡Es imposible hacer una novela útil! "Juan es malo y de súbito se tropieza y muere; es justo" siempre será así en una novela a pesar del relativismo vital. Justicia e injusticia no admiten medias tintas: es injusto que Juan sea malo, es injusto que Juan tropiece, es injusto que Juan muera. La vida, para la moral, es injusta; la moral, para la vida, es un incordio. ¿No es esperanzador, para la vida misma, que exista una moral que niegue la vida, que recrimine su

acaecer? En la novela Juan es siempre bueno; en la vida Juan aspira siempre a la bondad. ¿Por qué mientras que el arte me ofrece una certeza capaz de corresponderse con una moral la vida solo me ofrece la certeza de la incertidumbre? El personaje de una novela no es sino una sucesión de estados definitivos mientras que la persona es una cambiante sucesión de estados. Quiero, en esencia, hablarle del poder artístico de conceder lo que la vida no concede: absoluta veracidad, completo convencimiento. Quiero decirle que la imaginación desprecia vehementemente la vida, por mucho que se deba a ella. Quiero, desde aquí, argumentar que en mi opinión vale mucho más la historia libre y despreocupada, ingenua, de esos dos enamorados, un canto poético; que todos los raciocinios encadenados en pos de una interpretación justa y realista, que, por mucho empeño que ponga, jamás saltará del estante porque la verdad ya está enunciada y su enunciación es la siguiente: la vida es un indignante embuste. Los libros, don Matías, son el único lugar donde se pueden decir verdades y, lo más importante, son un lugar al que podemos decidir entrar o no entrar. La vida no da lugar a esa elección porque la vida es aquello que nos permite tomar elecciones una vez ya hemos elegido vivir sin tener en cuenta nuestro consentimiento. Vivir no es una posibilidad, es lo que concede o niega la posibilidad -.

Quedó don Matías prevenido, aquel Wenceslao era, en efecto, un hueso duro de roer. - Creo que nuestras posturas han quedado bien definidas; yo defiendo un *arte interpretativo*, *comprometido* y usted un *arte ajeno, despreocupado, recreativo*. Me gustaría decir que según el talante de unos y otros personajes, así son unas y otras novelas. Hay despreocupadas novelas de enamorados, novelas ruines y reflectantes y buenas novelas de compromiso. Nuestro arte ha de interpretar la realidad o alejarse de ella porque no puede ser un reflejo fiel de ella. Si hubiera un arte completamente fiel a la vida, un arte que nos describiera la vida *tal cual es*, coincidirá conmigo en que este arte no tendría ningún valor; se limitaría a constituir una imitación servil y corruptora de una forma de naturaleza distinta y

acabada en su ser, o una prolongación más de la vida, con lo que no podría llamarse arte. En definitiva, compondríamos un enigma burdo reflejo del gran enigma vital. Usted dice: "la vida es incertidumbre" o "una certidumbre poco satisfactoria" entonces busca un arte lleno de certezas y de certezas satisfactorias, libres, jubilosas y despreocupadas. Se dirige hacia un arte que antepone elegantemente la ficción a la realidad, hacia un arte que se reconoce a sí mismo como *inútil*, pero que complementa, por su esencia imaginativa y fabuladora contraria a la vida, a la existencia de forma magnífica. Este arte, mi querido amigo, es irreprochable desde su ser, solo obedece a sus propias leyes fantásticas. Podemos considerarlo una expresión, en cuanto a expresión exclusivamente estética, divina, y podemos deleitarnos con su sola contemplación muda a sabiendas de que es una contemplación exclusivamente gratuita. Respeto mucho todos estos postulados, créame, mas tiendo a considerar mucho más valioso un arte que se arriesgue a mentir sobre la vida, no sobre su vida, que nos ofrezca una interpretación valerosa, esclarecedora, esto es, un arte referido a lo común y objetivo, a lo trascendente, con torpes palabras, y no a su misma y banal historia muy bien y escrupulosamente escrita. Un arte así, que aspire a decirnos con honestidad: *así es la vida*, mediante la apariencia, enseñándonos las reglas de las muchas apariencias vitales. Es, en vista de todo esto, un arte difícil y sus aspiraciones pueden convertirlo en un arte pretencioso. Debido a ello, el arte ha de decirnos: *así es la vida* y conformarse simplemente con alcanzar un cuestionamiento, con provocar una contemplación no-muda, indiferente en el lector, sino crítica, el arte ha de decir: *¿qué es la vida?* E involucrarse en este interrogante a su modo, un modo que, permítame sospechar, ha de envidiar toda filosofía -.

Quedó Wenceslao reflexionando; - No me ha gustado, he de confesarle, este paseo suyo por la novela pasional, tampoco su concepción *periodística* de la novela. Se ha detenido en la estructura haciendo una serie de generalidades descuidando su contenido que es, a fin de cuentas, lo importante -. Atajó don

Matías, adelantándose - del amor, joven, si me ha prestado atención y si ése es el importante contenido, no se habla y no precisamente por pudor. Llegará el día en que se canse de todos esos entes abstractos que se divierten en un mundo abstracto y descubra por sus propios medios el porqué de mi afirmación. Hablando de problemas, de soluciones y de entes abstractos ¿alguien ha visto a ese condenado bibliotecario? - Hace tiempo que marchó - aseguró Wenceslao. - Es verdad - recordó don Matías - así son los sabios, un hatajo de cobardes que nos indican dónde están los problemas para luego abandonarnos con ellos. Y así somos los hipócritas, hablamos mal de nuestros amigos en su ausencia y bien en su presencia, cuando deberíamos hacer lo contrario. Para demostrarle que yo soy un hipócrita y no un sabio, resolveré ahora mismo un problema. Rosaura, querida, ¿no tenía usted que marcharse? -.

- Es verdad - reconoció Rosaurita - mas he decidido quedarme con Antonio - este, volvió a apresar su mano. - ¿Va usted a dejar a don Alejandro entonces o es que acaso no tiene el atrevimiento de marcharse, en vista de lo dicho, dejando a Antonio en mi compañía? - Rosaurita se ruborizó y, por supuesto, se libró de contestar. Don Matías suspiró - atienda usted ahora, joven. - ¿Se refiere a mí? - Preguntó Wenceslao. - No, al otro -. Antonio se refugió tímidamente detrás de Rosaura. - Esa detestable obra suya, al parecer, ha reportado beneficios a la sabandija de Joaquín Astur ¿conoce a Joaquín? - Sí, le conozco. - Por algún casual ¿no le vendería la obra? -.

Antonio refirió que hubo un tiempo en el que veía ocasionalmente a Joaquín. Antonio dejó un ejemplar de su obra en manos de este último para que lo leyese pero dicho ejemplar no le fue devuelto. Ninguno de los dos pensaba que aquella obra fuera realmente productiva ya que era indudable que no fuera buena. Antonio la escribió en una peregrinación tabernera, sin entusiasmo ni confianza, solo por inercia o, como quizá diría don Matías, por *deber narrativo*. El mismo don Matías del que especulamos rio - lástima que

no se encuentre aquí nuestro amigo. Conque no la vendió ¿o sí? - ¿Venderla?, ¿qué me iba a ofrecer Joaquín Astur? - ¿Y no se siente indignado ahora que se ha aprovechado de ella? - Indignado se tendría que sentir él, por aprovecharse. - ¡A mí no me venga con moralidades, mentecato! - don Matías estampó un puño contra la mesa - ¿pero vosotros estáis bien de la cabeza? Joaquín es un rastrero impostor; su mujer, una víbora; el bibliotecario un cobarde, usted un bendito y Rosaura una tunante, en cuanto a usted… - refiriéndose a Wenceslao - usted tiene buena voluntad pero está loco de remate. - ¡Y usted, además de no tener corazón, es un grosero! - saltó Rosaurita, empañada de lágrimas. - Soy periodista, ese es mi deber - se justificó don Matías, abandonando su asiento - marcho a ocuparme de mis asuntos pues está comprobado que ustedes son felices todos viviendo en una mentira -.

Tras el desplante, ya en la calle, don Matías aspiró con tranquilidad el aire de una noche temprana. En el fondo, se dijo, no había sido justo. A partir del atentado se había dado cuenta de que en verdad "don Matías" valía bien poco, por mucho "don" que se antepusiera. Admitía que quizás estuviera amortizando su miseria con aquellos inocentes soñadores, que quizá le fuera más sencillo resolver los problemas de otros antes que los suyos propios, fácil descubrir errores en los demás y difícil descubrirse ante uno mismo… pero no estaba arrepentido. Él había dicho lo que tenía que decir aunque quizás hubiera tenido que decir más cosas, pero, de cualquier manera, había dicho *lo fundamental*. Siendo así, no entendía por qué paladeaba cierto regusto amargo. - La moral, esa vieja bandida asaltadora - se explicó. Dejaría a Joaquín en paz, en el fondo solo quería hundirle como venganza de todos los noveles periodistas que le hundían a él a diario; *La corte del príncipe Carlos* y su autor le importaban bien poco. ¿Qué le reprochaba a Joaquín si él mismo había pactado con doña Pura?, ¿qué le reprochaba a nadie? él era el impostor, al fin, el cobarde, el bendito, el

tunante, el loco y, además, la víbora y el grosero. ¿Y en cuanto al atentado, el verdadero problema, no iba acaso a desenmascarar a sus autores? Bajó la calle entretenido en un pesaroso monólogo: - tú también te engañas a ti mismo, Matías, te rodeas de una falsa dignidad cuando sabes perfectamente no solo que no darás con la clave, sino que has escrito el último artículo de tu vida… -.

Tras la marcha de don Matías, la comitiva quedó sumida en un embarazoso silencio. - Será un grosero - reconoció Wenceslao, al fin - pero no creo que nadie me haya descrito mejor que don Matías. Mis historias no son más que un puñado de fantasías y ensoñaciones, y, para colmo, mi vida un completo desastre sin estas fantasías. - Mis poemas también lo son - habló Antonio - pero por eso yo, a diferencia de usted, no les concedo ninguna importancia. Si Joaquín ha sabido sacar provecho de mi obra, que le aproveche. Desde aquí me río gustosamente de todos aquellos que venden el arte y de todos aquellos que se dejan engañar por él. Poseo algo infinitamente más valioso: el verdadero amor de Rosaura, aunque, todo sea dicho, también sea un completo desastre -. Era el turno ahora de Rosaura, por clara alusión y para cerrar el círculo catártico; volvería ésta a sorprender a todos: - don Matías es un grosero, no le hagan caso, poco más que un petulante vanidoso. Yo, Antonio, voy a serte sincera, creo que te lo mereces después de tanto tiempo… -. Rosaurita se enjuagó las lágrimas mientras Antonio se temía lo peor, afrontando la desgracia con la cabeza gacha, cabeza que hubo de levantar pasmado en el mismo instante en que oyó a Rosaura expresar: - ¡Amo a don Matías! -.

Antonio y Wenceslao deambulaban entre las calles, sin rumbo fijo. El uno terriblemente deprimido, el otro, sencillamente inconmovible. Atravesaron, distraídos, una plaza recoleta. El resto de los paseantes caminaban en direcciones dispersas, a veces impacientes, a veces impetuosos,

pero muy pocos con verdadera conciencia. El rumor de las acacias, el gorgoteo de una plácida fuente… todos aquellos detalles remotamente familiares llevaron a Wenceslao a observar la estatua de bronce de un político difunto. Se alejó de Antonio y se acercó al pedestal con motivo de leer su inscripción. Cuando Wenceslao volvió de nuevo hasta donde Antonio se encontraba, había olvidado el nombre. Abandonaban el parque cuando Wenceslao propuso dar un rodeo. Antonio propuso echar un trago pero al final, en beneficio de su salud y de su bolsillo, se decantó por el rodeo. Un viejo permanecía sentado en un banco, entretenido en un peculiar monólogo, que componía con una dulce sonrisa.

XXII

Antonio tomó un largo trago de su copa - […] y ésa es la historia - remató. Wenceslao asintió sin conocimiento, sin ánimo de saber nada sobre esa historia, absorto como lo estaba en la fascinante contemplación de las letras de la marquesina del café. Antonio trataba de evitar pensar en algo por todos los medios a fin de no conceder un solo pensamiento a Rosaura, de modo que jugueteaba con el vaso. El café de artistas, a aquellas horas de la mañana, estaba prácticamente vacío. Las letras de la palabra *café* eran alumbradas por un sol imponente, filtrándose a través del humo del tabaco y destacando una sombra sobre el marmóreo suelo del local donde la palabra, además de contemplarse al revés, podía contemplarse boca arriba[28]. Una "E" al revés, boca arriba y sin tilde es exactamente igual que una "E" al revés y sin tilde; la "F" al revés y boca arriba se asimila a una especie de signo musical; la "A" al revés y boca arriba, ya se dijo, pierde la compostura; en cuanto a la "C" al revés y boca arriba es exactamente igual que una "C" al revés. La "C" al revés se asemeja a un anillo incompleto, su forma generosamente abierta hacia la palabra era una seña inequívoca que obligaba a la vista a retroceder sobre sus pasos y leer de corrido la palabra.

[28] Una precisión: contemplemos esta peculiar fórmula de una peculiar manera: **S [e1 S´ e2** en donde **S** representa la incidencia de los rayos, **[** la marquesina, **e1** un espectador, **S´** la sombra, **e2** otro espectador. Desde el punto de vista de **e1** la sombra de la palabra *café* (**S´**) se leería como corresponde mientras que desde el punto de vista de **e2**, la palabra se leería al revés y boca arriba. El narrador se refiere a este último caso.

Que el hombre es el animal pensante por naturaleza debería plantearse como verdad dogmática pues es, frecuentemente, increíble e indemostrable. Así lo atestiguaba la tertulia de un crítico:

- La escritura es un mundo embriagador pero bien sabemos que hay mejores formas de hacer el ridículo y de perder el tiempo. La poesía hoy se nos ha muerto ¿saben a qué es debido? Precisamente a que la poesía se haya convertido en arte. Hubo un origen en el cual la poesía fue justa manifestación de la belleza, pero no de esa belleza que nos han querido vender esos chiflados que llevan a todas partes su propio sistema solar consigo, sino de aquella belleza que anteponía siempre el placer a la verdad. La poesía era un lenguaje íntimo, la forma más profunda y noble de nuestra misérrima fraseología. Un engaño dulce y soñador que nos hacía mirar las palabras, estas mismas de las que a diario nos servimos sin ningún serio reparo, como genuinas y originales entidades literarias. Mas ya es imposible encontrar a un verdadero poeta. Los poetas de hoy son un hatajo de aburridos y originalísimos intelectuales la mar de astutos y sagaces que introducen en un saco un puñado de palabras, lo agitan, y con los ojos cerrados componen un verso mientras tararean la marsellesa. También les gusta incluir escabrosidades y decir tacos solo porque la palabra "Góngora" no rima con ellos. Juguetean en sus caligramas para desfalcarnos cándidamente, creen con ilusión de niño que su palabra vacía tiene alguna expresión descoyuntándose en difíciles espirales, goteando como gotas de agua, nimbando como complejos estelares… y así malgastan todo su escaso y perecedero ingenio en un esfuerzo por desmembrar la máquina de escribir en difíciles espasmos descuidando la palabra, habiéndola de repetir una y otra vez como si el lector hubiera de leerla cientos de veces para darse cuenta que no había por qué leerla cientos de veces para no darse cuenta de nada. Por supuesto, los poetas tienen la sana costumbre de pegar su oído a la vía del tren, y conforme este se acerca al tramo en el que están situados van transcribiendo el sonido que este produce. La operación exige un elevado

suministro de concentración y para facilitar la labor uno puede dedicarse a escuchar y a transmitir los sonidos fonéticamente mientras otro compañero escribe el dictado. Si algún poeta queda embebido por la escritura o la pronunciación y no retira la cabeza a tiempo se le aplastan los sesos; muere con las botas puestas, como se dice, pero no ha sido en vano: el sonido de dichos sesos aplastados es trascrito por algún otro poeta que estaba al lado del infeliz escuchando o traduciendo al sánscrito el salto de un saltamontes. Hoy, en efecto, da gusto ser poeta -. El crítico se hizo con una servilleta del café y escribió un verso moderno como ilustración gráfica de sus enjuiciamientos:

Ser poeta poeta ser
poserta asér

- Para ser un buen poeta - prosiguió el crítico, finalizando su creación haciendo una pajarita de la servilleta (o, si se prefiere, de la servilleta, una pajarita)[29] - basta con seguir un primer y único mandamiento cuyo cifrado es imposible o indescifrable, pero que vendría a ser algo parecido a: "desprecia al mundo tanto como a ti mismo". Vamos a repetirlo, coreen todos conmigo: desprecia al mundo tanto como a ti mismo hasta que desprecies tanto que quieras destruir el mundo y, dado que el mundo se desprecia y se destruye a sí mismo muy bien y casi mejor sin tu inestimada ayuda; dado que no podrás destruir el mundo por mucho empeño que pongas *parapasmoyasombrodetue golatríautocomplaciente pararegocijomorbosodetu*

[29] Afortunadamente el célebre verso de este autor, como los lectores adivinarán tanto a partir del relato como por deducción lógica, no ha llegado hasta nuestras manos. Con toda probabilidad no hubiera llegado a nosotros ni siquiera en nuestras manos. La muestra ha sido compuesta tomando las palabras directamente de un pie de párrafo de boca del autor, tratando de seguir sus difíciles instrucciones métricas sobre el difícil arte de su tiempo. Hemos optado por una armadura y una combinación discreta, sencilla, presumiendo que el texto original era de constitución más elaborada, posiblemente hiperbólica.

enfermedadabrasiva, comienza por destruirte a ti mismo[30] de la forma más lenta y dolorosa que puedas imaginar: no haciendo absolutamente NADA, básicamente, lo mejor que puedes imaginar y lo mejor que sabes no-hacer. Cuando el poeta alcanza a comprender en el trance de un éxtasis místico que permanece absolutamente aniquilado -para su alivio-, cuando luego repara en que la destrucción absoluta no existe -para su frustración-, esto es, que todavía y siempre por los siglos de los siglos podrá aspirar a convertirte en algo más peripatético con una facilidad asombrosa y cada vez mayor; cuando considere la muerte y el olvido, la NADA, a la que está condenado irrevocablemente, como última cadena que le ata al mundo y que no podrá romper, probará a hacerse cristiano y, dado que es demasiado miserable hasta para ser cristiano, probará a hacerse Dios y dado que no le resta bondad (porque eso para el poeta viene a ser una fruslería muy poco álgida), probará a hacerse un Dios colérico, entonces despreciará al mundo y seguirá el primer y único mandamiento en un círculo insaciablemente eterno. Como es de verse, la doctrina del poeta viene a ser un arduo y complejísimo proceso intelectual en un metafísico-lúdico retozo con la NADA y el TODO, todo, sin haber comprendido absolutamente nada por la sencilla razón de que no hay nada que comprender; mientras, su acaecer práctico de indudable originalidad y excentricidad extravagante se traduce en la reclusión en un cubil infecto y un revuelco auto-abastecedor y autonómico en su mismo desprecio, egolatría, desprecio de la egolatría, desprecio del mundo y etcétera. Los ilustres críticos del arte[31] lo llamamos *mierda* de forma fina para concluir con entusiasmo en que es un trasunto que nos importa tres cuartos y que ahora es cuando toca aplaudir y quitarse el sombrero. Nuestra labor es, con todo, fundamental pues si no indicamos cuándo hay que aplaudir la gente se despista y aplaude a destiempo y si no indicamos que hay que aplaudir pues no se aplaude y punto. Por lo demás, la vida del poeta es

[30] Quizá, una nueva relectura de la máxima délfica.
[31] Este crítico era *archicrítico* pues, al uso de Protágoras, se autocritiba y criticaba incluso a sus colegas.

del todo idílica y bucólica hasta cuando se sube la cremallera del pantalón cuando salta a la calle a mendigar a razón de que la gente (a la cual también desprecia) concede más limosnas a los que tienen la cremallera subida y el ego bajado (como dato circunstancial cabe señalar que esto el poeta lo ejecuta puntualmente a la hora de comer, que es la hora a la que se levanta tras despegar su rostro infame de la vomitona de la noche anterior). Nuestro poeta pasea poéticamente su faz de hombre sin faz hasta su lugar de siempre (se ha convertido, pese a su arrogante originalidad, vanagloria y presunción, en parte de un lugar común), en donde se derrumba corporalmente mientras alcanza meditaciones tan sobrenaturalmente abstractas que solo le restará el recrearse en el consuelo para huir de ellas de que cada día está más cerca de su muy querida y adorada NADA. Nuestros poetas se autoproclaman todos como heroicos genios solitarios, eso sí, muy célebres e incomprendidos, pero en realidad coexisten vergonzosamente y a hurtadillas de forma gregaria de acuerdo con sus propias convenciones muy cabalmente establecidas a partir de la contrariedad de las convenciones-convencionales. La convención establece (esto es un ejemplo a título gráfico) que hay que tirarse un pedo después de recitar. Su hábitat más próximo es cualquier antro maloliente (no solo a razón de las convenciones) donde se codean flor y nata de los *artistas*, crápulas, prostitutas y demás ralea de la fauna autóctona donde el fatigado viajero después de una larga y accidentada cabalgadura atesora desprecio y rencor en cantidades proporcionadas, junto con drogas que, huelga decir, también son despreciables en la misma medida que deseables, no solo porque procuran un goce terriblemente doloroso (un goce y un goce a partir del dolor), sino porque procuran el olvido, igual que las mujeres que, además, tienen la facultad de poder olvidar y gozar por sí mismas sin necesidad de ningún auxilio. Es frecuente que nuestro poeta, en un delirio ciertamente cómico, ya no alcance a distinguir unas drogas de otras, unas mujeres de otras y las mujeres de las drogas, lo cual es hasta cierto punto comprensible e incluso perdonable. Tras arremolinar un puñado de palabras que detestan orgullosamente el apelativo "palabra", vuelve nuestro noble caballero a su

castillo, paladeando las mieles del triunfo de su homérica batalla - el crítico bajó el tono de su voz hasta hacerla confidencia: -

a) Terriblemente drogado y con una puta colgada del brazo, a la cual concede caballerosamente un revés mientras ésta le rebana amorosamente el cuello.
b) Terriblemente drogado y solo, es decir, que no vuelve o vuelve preferentemente muerto.

Nuestro consuelo - se demoró el crítico, ante la complacencia de su atento ágora - hemos de depositarlo entonces en un escritor verdaderamente literato, siendo esto bien difícil, ya que estos son raros y raros de encontrar, más raros aún en este país. Hoy todos los escritores son, además, médicos, filósofos, historiadores, políticos, actores… y en el peor de los casos, periodistas. Gente, en general, sin una clara vocación, con una vocación errónea o con vocación de todo al mismo tiempo. Acceden de forma despreocupada e indolente al mundo de las letras bajo el amparo de la facilidad libre de la prosa, de la incuestionable veracidad del sujeto, del profundo desconocimiento sobre algún sentido artístico tanto por parte de escritores como de lectores y, por supuesto, con el bolsillo y el estómago lleno lo cual les concede fuerzas a la hora de levantar sus tomos cuyo mero espesor los eleva de categoría ontológica por encima del verso presuroso de nuestros anteriores y queridos artistas, generalmente enflaquecidos e incapaces de levantar físicamente un pliego de más de cinco páginas del suelo donde lo escriben. Todos estos escritores tienen la amabilidad de trasladarnos su rica y provechosa experiencia a través de la estampa, alardeando de maestría, de saberes… unos lloran inútilmente, tratando de hacer pasar su verdadero llanto ante su miseria intelectual como un llanto hermoso y estético; otros lanzando viriles espumarajos y cagarrutas a diestro y siniestro, tratando de vender su mezquino rencor ante su insuficiencia de talento como una certera y ajustada crítica despiadada y sagaz. Si los señoritos de las profesiones liberales se aburren gracias a la burocracia de su trabajo les sugiero que prueben a introducirse discretamente el dedo pulgar por el culo, o que

cuanto escriban se lo guarden y cuando gusten se lo lean ellos mismos hasta que se impresionen tanto y se complazcan tanto y tan bien a sí mismos que les revienten los sesos. Una lástima que estos no transcriban estos sucesos al uso de nuestros venerables poetas, en vista no solo por principio higiénico, sino porque esta especie engendra varones muy machos verdaderamente solitarios o calzonazos muy apegados a un ámbito exclusivamente familiar. Han de vivir separados de otros machos dominantes de las letras porque ni ellos mismos son capaces de aguantarse a sí mismos. Cuando se encuentran, inician sonadas disputas en las cuales exhiben su melena y sus garras, pero se respetan los unos a los otros hasta cierto punto y no se dan mordiscos. Tanta náusea provocada por el escritorzuelo nostálgico y evocador, doctor en filología hebrea por la universidad de Harvard, que arrastra a lo largo de los párrafos un tufo insoportable de libro viejo y manoseado solo es comparable a la pestilencia producida por nuestro galán cascarrabias hombre de mundo que un día le da la gana de subir sus santos cojones al pedestal de las letras para desde su ruedo ibérico echarnos encima sus acertadísimas excrecencias. Tales son, pues, los personajes arquetípicos que hoy escriben las novelas y asombro entraña desde luego el factor de que la literatura dé a todos para vivir y ninguno viva para la literatura. Su literatura es un ocio selecto y culto, un descanso entretenido, una licencia más o menos rigurosa en la que se amontonan palabras con la única misión de rellenar espacios huecos y la mente vacía de nuestro desprevenido lector. Yo propondría hacer una novela de todos estos personajes, sin duda mucho más paradigmáticos y originales que sus propios personajes creados -.

La concurrencia asintió gravemente - si me lo permiten departiré ahora de forma breve, es decir, haré un inciso sobre nuestra música más elevada y para ello voy a compartir con ustedes mi última referencia acerca de los últimos trabajos del maestro húngaro Wellkaüfer a quien tuve ocasión de conocer e incluso de saludar a su paso por la capital; me permito este arrojo dado su célebre talante misántropo. Virtuoso a temprana edad, como saben, alcanzó la fama en su tierra natal por sus lecturas de Chopin mas fue aún más

destacada y sorprendente su labor en el terreno de la composición. Wellkaüfer, con toda su fama y su hacienda, despreció los laureles y vino aquí para involucrar diez años de su vida en un peregrinar por provincias, dejándonos a todos con la duda de qué narices se le habría perdido y compaginando sus aficiones hípicas con la trascripción y recomposición de todas aquellas canciones populares que conseguía rescatar de los pueblos más remotos. Las anécdotas de estos diez años, huelga destacar, son innumerables. A su vuelta a Hungría congregó en torno suyo una serie de matemáticos y físicos insignes que le ayudarían a componer, a partir del cancionero, una nueva armonía. Dicha armonía se presentó hará un mes en una única pieza aproximadamente de tres horas de duración al piano. Toda la aristocracia húngara y algunos delegados y comisarios de otros países asistieron al concierto[32]. Para la ejecución de los difíciles arpegios que exigía la armonía, Wellkaüfer hubo de servirse de inhabituales extremidades como lo son los dedos de los pies y las posaderas, ayudándose de la técnica desarrollada por maestros contemporáneos anteriores a él y, al mismo tiempo, descubriendo una nueva serie de movimientos. El concierto fue discretamente aplaudido pero suscitó algunas dudas sobre la cabalidad de Wellkaüfer quien tras despreciar el aplauso y anunciar que ya había cumplido su objetivo en aquella vida, se retiró al Sahara en donde dicen que falleció debido a las altas fiebres -.

Pero el crítico, en plena efervescencia, no se detuvo - ¿y en cuanto al teatro, han ido a ver la última obra de monsieur Bourpier[33]? Yo mismo se la representaré, ahorrándoles la entrada -. El crítico demandó un embudo, un paraguas y un vaso de agua; en reunión de estos elementos se colocó el embudo en la cabeza y desplegó y plegó el paraguas diez veces consecutivas, a ritmo de tango. Las últimas cuatro las acompañó de un cacareo y la última de

[32] No hay, en todos los archivos examinados, señas de dicha partitura ni de dicho recital.
[33] Para el caso de este señor, sustituyan en nuestra nota nº 80 Wellkaüfer por Bourpier, Hungría por Francia.

un relincho. Finalmente, cogió el vaso de agua y bebió la mitad, derramando la otra mitad en la faz de un desprevenido camarero. - A continuación el artista hace una cabriola y se descoyunta en una butaca que los preparadores de la obra mantienen vacía para este efecto catártico y sobrecogedor. Yo, como comprenderán, todavía sigo pensando que las butacas están para sentarse -.

- En cuanto a la pintura, señores, decirles que no entiendo absolutamente nada de lo que veo, supongo que nuestros más destacados maestros están ensayando difíciles fórmulas secretas basadas en fuentes de conocimiento solo al alcance de congregaciones sectarias -.
- El cine es demasiado joven, muy poco serio -.
- La danza es demasiado vieja, demasiado aburrida -.
- La escultura solo interesa para decorar plazas -.
- Los toros y el fútbol esta temporada han ofrecido un espectáculo bochornoso -.
- Menos mal que nos queda el noble arte de la gastronomía - aseguró, sopesando su prominente barriga.

La sombra de la palabra *café* quedó momentáneamente eclipsada por el pasar de dos lentas y escuálidas figuras humanas. Los dos viejos hoy llegaban al unísono, el uno con un reloj de tablero debajo del brazo, el otro cargando con las piezas y el tablero. Escogieron la mesa catorce, siempre desocupada, siempre arrinconada, apartando las sillas sobrantes produciendo un ruido discontinuo al desplazarlas, en su arrastre. Sin mediar palabra, los jugadores irían disponiendo los elementos. Francisco se desabotonó el cuello de la camisa y tras abanicarse con una libreta donde alguna vez apuntaba alguna jugada, cuadró el tablero con minuciosidad, ayudándose de las palmas de las manos y tomando los bordes de la mesa como referencia. Jacinto se sacudió la pernera del pantalón, empolvada en un desplazamiento de silla, y dio cuerda al reloj, disponiéndolo después simétricamente al lado del tablero.

Francisco abriría la caja de las fichas y fuera extrayendo de ella las negras en pequeños puñados que cambiaba de mano seleccionando las blancas y devolviéndolas a la caja, guardando las negras en el puño y colocándolas directamente sobre los escaques, según el orden aleatorio en que iban siendo escogidas. Jacinto buscaba las figuras una por una y las depositaba sobre la mesa, una vez tenía todas reunidas, se dedicaba a disponer la línea de peones, de derecha a izquierda. Cuando don Francisco ya tenía todo el juego preparado y repasaba la colocación, Jacinto ordenaba la línea de figuras, encarando los caballos con delicadeza. Los caballos de don Jacinto rara vez miraban hacia el frente, pues no se detenía a encararlos. La espera de Francisco aún gustaba de demorarse, bien jugueteando con la libreta, bien acomodándose en la silla lo cual obligaba a veces a Jacinto a recordarle innecesariamente que salían las blancas. Finalmente adelantaba un peón parsimoniosamente y marcaba el pulsador del cronómetro. Jacinto examinaba la jugada y se frotaba las manos dándose ánimos: aunque toda la vida aquel diablo estuviera sirviéndose de la misma abertura, ninguna partida era igual que otra. ¡Alguna vez, por tanto, habría de ganar!

Wenceslao miraba a los viejos entre trago y trago, reflexionando de forma vaga y peregrina sobre el tiempo, el espacio, el azar y la voluntad, las reglas y los turnos, la jerarquía. Luego volvía sobre la sombra de la palabra *café* en su avance reptante por las losas con la luz del sol, contorneándose al subir la silla, cortándose al trepar una mesa. Vigilaba el cambio de turno de los camareros, respiraba el irritante humo de los cigarrillos. Regalaba una mueca inexpresiva a un alejado espejo que le sería devuelta con la misma tristeza. El momento de gloria del crítico cedió paso al momento de admiración de dos cupletistas que entraron en el café. Algún personaje aparecía y desaparecía en breves intervenciones. Los asiduos, por lo general, eran gente reservada, sus tertulias fluían lentas, sosegadas y meditabundas. Los asiduos furtivos, aquellos que entraban y salían sin cesar como bailarines en una comedia, o mantenían una charla atropellada, o una discusión frenética o quedaban al margen sin hablar con nadie. Ocasionalmente entraba gente desconocida,

desvinculada del amplio y mundano mundillo artístico, dúos o tercetos, que quedaban formalmente congregados en torno a una mesa con cierta incomodidad y tomaban cualquier cosa comentando otra cosa cualquiera. A veces el café, aunque repleto, permanecía en silencio durante un instante, muy rara vez; la mayoría se sorprendía de aquel inusitado concierto pero nadie le otorgaba valor a expuestas. Con la caída de la tarde hicieron su aparición los poetas transgresores, de uno en uno, haciendo grandilocuentes reverencias. Uno de ellos se entretuvo en la puerta giratoria dando un giro de más, a su entrada uno le tendió caballerosamente la mano que el otro cogió exhibiendo un afeminado gesto de rubor. La presencia de los poetas presagiaba el momento de máximo apogeo del café. Pronto sus voces se impondrían, reclamando atención; a veces reclamaban atención de forma deliberada, solicitaban silencio y rompían a recitar sin desprenderse de su sorna enfermiza:

- Oh rémora, oh nívea, oh expedita, oh vehemente proboscidea -.
- Escuchad, oh musas, qué gran descorazonador exordio -.
- Esdrújulos ostracismos en adustos sargazos -.
- ¿no se escucha allá en el albur un clamor? -.
- Un divino incordio -.
- Lánguido atardecer entre versos tachonados -.
- En denuedos borboteantes y crispados -.
- Te mandan con piedad mis amores -.

desconsolados].

Se aplaudían y se saludaban. A veces los dedicaban inclusive a alguna dama del café cuya actitud, claro está, dependía de su condición y carácter, obediente por norma general a tres constantes glosadas con aburrimiento por los poetas:

a) Fingía desmayarse en suspiros descomedidos o alguna pantomima semejante; ello se correspondía a damas de dudosa procedencia cuyos

extremos radicaban en actos como arremangarse la falda o incluso descubrir un pecho flácido, ante el espanto de la concurrencia.

b) Fingía no escuchar o negaba categóricamente la existencia del poeta en cuestión, actitud que ocasionaba la insistencia moderada pero perseverante de este; actuaban así las damas más o menos corrientes y su posición más extrema (irrevocable al fin) consistía en pronunciar una fresca mucho más ingeniosa que cualquier verso que se les hubiera cruzado por la sesera a aquella ralea (superación nada complicada, como es de verse) o una sonora bofetada que hacía las delicias incluso del abofeteado mismo.

c) Fingía no sentir nada pero era presa del pánico, del horror, de la náusea… de una sensación de aversión tan desmedida y profunda, en cuentas resumidas, que las impulsaba a abandonar el café de inmediato. Esto último se correspondía a damas excesivamente razonables o a damas excesivamente sentimentales.

Por fortuna, los poetas arrastraban muchas noches en vela y sus ánimos se extinguían pasadas las pocas horas. Avanzada la anochecida hacían acto de presencia los insignes rostros de la Cultura, hombres gafudos, gruesos, canosos, muy correctos y decentemente vestidos. Se saludaban en círculos cerrados, excluyentes, de forma efusiva y con voces graves empezaban a entretenerse en severos circunloquios y cerradas salmodias. Dado que el oyente poco versado no podía seguir una conversación de principio a fin sin ser invadido por una letal somnolencia, había de ir saltando de un subgrupo a otro tratando de asimilar una serie de fragmentos inconexos;

- […] los trabajos de Fontainebleau fueron realizados por Rosso y Prismaticcio, en compañía de nuestro célebre Luca Penni, también, como ha indicado usted, llamado Romanus. Fue, es cierto, discípulo de Rafael y de Pierino del Vaga…

- […] ayer mismo, hablando de París, olvidamos acaso ahondar en la relevancia histórica de la tribu céltica de los *parisii*, en una isla del Sena. ¿Conocen dicha isla? Yo he tenido la suerte de visitarla y sin duda es una

perfecta encrucijada de altísimo valor defensivo. Narran que cayó en poder de los romanos, si no me falla la memoria, allá en el cincuenta y dos antes de cristo…
- […] mis conocimientos en petrografía, habré de admitirlo, son escasos pero achacaba yo justamente el pirometamorfismo al calor en ausencia de presiones elevadas sin que se alcanzara la temperatura de fusión mineral…
- […] no debemos perder de vista a esas dichosas tabletas de arcilla. Se ha reconocido su escritura cuneiforme de alfabeto fenicio, pero los signos no pueden ser tomados en representación de sílabas, sino de consonantes. Hay, no cabe dudarlo, influencias hititas, sumerias, hurritas, egipcias, egeas e incluso acadias… quizá incluso podamos relacionarlas con la lengua poética del Antiguo Testamento…

Era esperada, tanto por atenienses como por troyanos, la incorporación de don Matías a la tertulia en su natural calidad de moderador y voz de peso parlamentario. Sus juicios urgentes y claros referidos a la actualidad siempre plagados de desmanes se llevaban el aplauso de la democrática mayoría; los poetas transgresores le veían como un entrañable cascarrabias falto de razón, los hombres de Cultura como un desbocado emprendedor sin ningún juicio. Mas el ingenioso hidalgo don Matías de la Mancha sabía incidir en los temas de dominio público, aquellos que a todos interesaban, no por su contenido, sino por posibilitarles una participación en la cual podían arremeter contra quien no se atrevían a hacerlo respaldado únicamente por su sola voz. A todo aquello habría que añadir la promesa sobre el esclarecimiento del atentado (en la cual nadie confiaba) y el alarmista y supuestamente plagiado artículo de Joaquín contra don Matías.
- Si se presenta Joaquín ya sería demasiado - anunció un poeta.
- Y si acaso se presentase con doña Pura ya sería la cumbre -.
Los poetas transgresores se desentendían despreocupadamente de toda materia política pero el debate les entretenía. Dado que no defendían ninguna postura les era lícito discriminar todas las partes. En cuanto a los

hombres de Cultura, tampoco participaban de forma activa en la actividad política, cuando tenían que hacer referencia a este ámbito lo hacían en términos históricos o puramente teóricos. No coincidían con las posturas de don Matías pero, como voz de opinión popular, le guardaban cierto respeto y hasta cierta consideración por su difícil compromiso.

Giró la puerta giratoria y entraron el gordo mostachudo y Rosaurita. Los dos portaban semblantes algo desvanecidos. - ¿Y don Matías? - Les preguntaron, a lo que Rosaurita enrojeció. - ¿No está aquí? - Preguntó, a su vez, el gordo. - Pues ya ve que no, no ha llegado. - Una lástima, queríamos tratar con él cierto asunto… pero bueno, no nos alarmemos sin justificación, es posible que se presente dentro de un rato. - ¿Ha ocurrido algo grave? - No, nada, en absoluto - pero el gordo se secaba impulsivamente la frente con el pañuelo. Las conversaciones fueron retomando su estado anterior a la entrada de estos personajes. Rosaura aprovecharía para dirigirse a la mesa atestada de vasos vacíos de Wenceslao y Antonio. Los dos se encontraban horrendamente borrachos. Antonio permanecía derrumbado sobre la silla, dando cabezadas; Wenceslao buscaba en el suelo las inexistentes sombras de la palabra *café*.

Cuando Rosaurita se sentó en la mesa[34], se mostró visiblemente nerviosa. - ¿No les han seguido a ustedes? - Preguntó a un Wenceslao que se tomó su tiempo a la hora de interpretar la frase y extraer de ella un planteamiento indescifrable - ¿quiénes? - ¿Nadie entonces? - Inquirió Rosaura. - Pero ¿quiénes? - Insistió Wenceslao. Rosaurita solicitó mediante gestos al escritor que bajara la voz pues este, sin apercibirlo, estaba a un paso de gritar - de modo que no los han seguido - exhortó. Wenceslao abandonó toda posibilidad de diálogo. - ¿Es que no me escucha? - Provocó Rosaurita. - Claro que sí, pero no atiendo a identificar la clave en la que me está hablando -. Rosaurita suspiró y pidió calma mediante un lento descenso de cabeza -

[34] Que no es que se sentara sobre la mesa, ni a la mesa.

ruego que me disculpe, es todo tan extraño… verá - Rosaurita se aproximó a un confundido Wenceslao - he estado todo el día moviéndome por la ciudad con motivo de efectuar diversas compras. Advertí que varios hombres caminaban en actitud vigilante, persiguiéndome. - ¿Varios hombres? - Sí, a cada lugar al que iba me encontraba una sombra a mis espaldas. Al principio me costó creerlo e identificar a los sujetos, trataba de convencerme a mí misma de que no me seguían. Inicié una serie de rodeos innecesarios a fin de corroborar la hipótesis y, en efecto, cuando me creía libre descubría de repente algún observador en alguna esquina -. Wenceslao hizo un tremendo esfuerzo por contener una carcajada - mire Rosaura, entiendo que esté atravesando un momento emocional delicado y pueda, a partir de ahí, encontrar vigilantes donde no los hay, quizá la conciencia… - apuntó, malicioso - me es fácil comprender que incluso usted, dispénseme, pueda parecer una mujer atractiva y algunos viandantes la sigan unos pasos sin terminar de decidirse a hablarla. - ¡Pero usted por quién me ha tomado! - se ofendió Rosaura - bien me cuidé de asegurarme y acabé suponiendo que Alejandro había contratado detectives o espías para tenerme bajo vigilancia. De cualquier modo, decidí andarme con tiento y disimular todo lo bien que me fuera posible. Cuando fui a ver a don Eusebio a la hora que acordamos…. - ¿Quién es Eusebio? - Preguntó Wenceslao. - Mi amigo, aquel de ahí, que no se haya preocupado usted por saber su nombre… - Rosaura señalaba al gordo mostachudo - en fin. Una vez reunidos me comentó entre risas, de forma inopinada pero sin concederle importancia mayor, que había llegado a albergar absurdas sospechas acerca de que le hubieran estado siguiendo todo el día ¿no le parece una terrible coincidencia? Yo le revelé mis temores y aunque en un principio se mostró escéptico, con el tiempo pudimos comprobar que la misteriosa vigilancia seguía en pie. Don Eusebio se enojó con motivo y se dirigió a uno de los supuestos perseguidores, este negó que en momento alguno mantuviera algún interés hacia nosotros. A partir de entonces le perdimos la pista pero su actitud a la hora de manifestarse no era del todo normal, entiéndame, tanto don Eusebio como yo la calificamos de

visiblemente forzada. - Siendo ya cosa de dos… - dudó Wenceslao - de cualquier manera no le volvieron a ver ¿no es cierto? - Sí - reconoció Rosaurita. - Fin de la cuestión entonces - resolvió Wenceslao - ¿quién podría estar interesado en perseguirles si no es, como bien usted dilucidó, su marido, don Alejandro y aún en tal caso…. - Es razonable que todo sean conjeturas absurdas, una sucesión fortuita de casualidades. A don Eusebio, de otro lado, le extraña la ausencia de don Matías, es posible que a raíz de sus manifestaciones relativas al atentado haya llamado la atención de los anarquistas. Algunos de estos poetas que rondan el café son simpatizantes de la acracia - Rosaurita miró en torno suyo, desconfiada - con que ya puede usted figurarse el resto. Por eso yo quería pedirle, don Wenceslao - a Wenceslao el *don* le cayó en gracia - que saliera del café con motivo de averiguar si algún sujeto sospechoso ronda las inmediaciones -. Wenceslao accedió - si eso es lo que desea…. - Se lo agradezco infinitamente, don Wenceslao, no sabe cuanto me preocupa esta incertidumbre… ah, tome un cigarrillo de la tabaquera de Antonio, envuelto en el humo podrá desempeñar su papel con mejor discreción… -. Rosaurita rebuscó en los bolsillos del adormecido Antonio y cedió un cigarrillo a Wenceslao (quien había quedado envuelto en el papel de Rosaura), este, a duras penas, logró incorporarse y mantener el equilibrio en dirección a la puerta giratoria. A su salida, dio una vuelta de más como lo hiciera aquel ingenioso poeta unas horas antes, mas a diferencia de aquel, Wenceslao sin pretenderlo deliberadamente.

La calle estaba inundada de oscuridad, solo la luz tenue de algunos faroles la libraba de la completa penumbra pues las luces celestes permanecían ocultas tras un grueso manto de nubarrones. Wenceslao agradeció respirar el aire de la noche y se reprochó haber pasado todo el día sentado en el café. Se alejó unos pasos calle arriba aliviando el entumecimiento de sus piernas. Cuando hubo ganado cierta distancia, se detuvo con motivo de encender el cigarrillo. Rosaura le había procurado un cigarro, pero había olvidado el encendedor.

Lamentándose, con el cigarro entre los labios, bajó la calle y dudó acerca de entrar al café. Finalmente rebasó el escaparate. A través del cristal pudo ver una confusión de cómicos hablantes mudos. Wenceslao juzgó que los interiores del café, vistos desde fuera, parecían mucho más reducidos y mayor su concurrencia. Cuando ya no esperaba encontrar a nadie Wenceslao se topó con un hombre entre los huecos sombríos de un edificio enfrentado. Solo podía distinguir una indefinida silueta. Inicialmente le batió la inquietud mas con posterioridad sopesó el carácter fabulador de Rosaura, envalentonándose y dirigiéndose a la figura con pretexto de solicitarle fuego.

Ante la solicitud de Wenceslao el hombre abandonó su escondrijo y su faz se desveló a la luz de un farol. Se trataba de un personaje alto y corpulento, moreno, de mentón pronunciado. Los ángulos de sus facciones eran muy marcados, rasgo que acentuaba más una leve barba descuidada. Su mirada era adusta, por encima de unos palmos de la cabeza del escritor. El desconocido rebuscó entre sus bolsillos y extrajo un encendedor cuyo tamaño quedaría reducido entre sus grandes manazas, las cuales hicieron hueco a la llama y le permitieron a Wenceslao prender el cigarro. - ¿Esperaba a alguien? - Interrogó el desconocido de manera descuidada. Tras toser, Wenceslao dijo que sí, que esperaba a un amigo. Quedaron los dos en silencio observándose hasta que el desconocido hizo ademán de volver a su lugar. - ¿Y usted, espera a alguien? - Preguntó Wenceslao tratando de imitar aquel énfasis distraído pero no pudiendo evitar cierta nota artificiosa. - Y a usted ¿qué le importa? - Respondió el otro. Su pronunciación revelaba, antes que molestia, dejadez. Wenceslao consideró que aquella noche se le habían agotado las ocurrencias así como que era imposible determinar una ideología política a partir de dos frases triviales. Tampoco podía determinar si ese señor era detective porque ¿qué cara tienen los detectives que los diferencia del resto de los demás seres humanos?

XXIII

Cuántas obras escritas, cuántas historias narradas, cuánto tiempo encerrado por un afán quimérico en millones de millones de páginas. El destino es olvido, el pasado, un tímido recuerdo, el presente deja de existir en el momento mismo que estas palabras son escritas. Estas palabras no son escritas, en verdad; fueron escritas en algún tiempo y en virtud de este tiempo serán olvidadas. Recordamos algunas palabras antiguas pero no son sino construcciones vacías, la vida que las llenaba se extinguió y solo queda un reflejo burdo, una pretensión, una heroica rebeldía contra el desarrollo de una acción inevitable y eternamente continua. Las palabras antiguas son viejas casas cuya fachada permanece en pie mas, una vez se traspasan sus umbrales, encontramos un sinfín de estancias frías, abandonadas. Por eso hemos de admitir el sueño, tenemos que acudir a la caprichosa imaginación para trazar rememoraciones, cruzamos pasillos e incluso habitamos estas casas, porque queremos compartir las vidas de seres remotos, sus sensaciones y emociones, los gustos de una época a la que no pertenecemos; nos sentimos intrigados por el acaecer de aquellos que llegaron a donde nosotros aún no hemos llegado todavía; queremos servirnos de la experiencia para así no transitar caminos equivocados y buscar unos nuevos lejos de todo tiempo, de toda vida y sus miserables constantes. Tratamos de recomponer a través de descripciones vagas el rostro de sus verdaderos habitantes y estas descripciones no son sino descripciones de anhelos de otras personas, así es

como imaginamos personajes míticos. Mas su razón, en cuanto ésta se identifica con la verdad, tuvo el único acierto de llevar a la palabra los hechos más evidentes y trágicos. Entre estos vestigios, levantando el polvo, preservado en algún rincón, a veces se descubre un oscuro sentido cuya novedad y vigor conquista nuestra pasión entregándonos una serie de desvelos. Mas no es sino un pequeño objeto, el entrañable hallazgo de un juguete, una vieja moneda de gran valor, sí, pero que ha perdido el valor de intercambio en el mundo; una reliquia cultural que podemos colocar en el estante y contemplar distraídos. Tenemos que abandonar con pesadumbre estos lugares, pues nosotros vivimos en nuestra casa; habitamos un presente miserable decorado con pésimo gusto. Es nuestra propia y reconfortante torre de papel que enfrentamos a nuestro mundo; el conjunto poco provechoso de nuestras creencias y anhelos frustrados entre los cuales buscamos una razón verdadera que nos haga olvidar los oscuros augurios de las torres de papel del pasado.

Entró Wenceslao en el café arrastrando un terrible mareo provocado por el tabaco y con la convicción de que Rosaurita le había narrado un cuento. En la mesa se encontraban, además de la propia Rosaura, don Eusebio y Antonio, quien parecía seguir dormido. - ¿Y bien? - Preguntó la primera. Wenceslao tomó asiento y aliento - solo había un hombre en uno de los portales del edificio de enfrente -. Rosaurita y el gordo se internaron en un cruce de miradas estremecidas - ¿recuerda su aspecto? - Preguntó el segundo. Wenceslao describió al hombre y tras unos momentos de reflexión, Rosaurita y el gordo lo identificaron con uno de sus perseguidores. - Ustedes me están embaucando - certificó Wenceslao. - De ninguna manera - la mirada del gordo parecía sincera - hemos de hablar de todo esto con don Matías. - ¿Es que acaso don Matías es la solución a todos los problemas que aquejan a la humanidad? - Preguntó Wenceslao, desconcertado. - Al menos ha de ser la solución a los problemas que él mismo provoca - replicó

Rosaurita. - ¿Y qué les hace pensar a ustedes que sus supuestos perseguidores son, además, anarquistas; que les persiguen, a todo esto, por culpa de don Matías? - ¿Y Antonio? - Inquirió Rosaurita. - Aquí está - señaló Wenceslao. - Eso ya lo veo. Don Wenceslao, usted nos está ocultando algo con motivo de no preocuparnos pero le agradeceríamos más la sinceridad. ¿No han dado los anarquistas una tunda al pobre Antonio? Quizás le han puesto un somnífero en el vino ¿qué hace dormido? - Él no duerme - explicó Wenceslao, abrumado. - No me diga que está muerto - alarmó Rosaura. - Duerme la mona - corrigió Wenceslao. - Pero si esa señora está despierta - marcó uno de los poetas, refiriéndose a Rosaura. - ¿Y quién narices le da a usted permiso para inmiscuirse en nuestra conversación? - Preguntó el gordo. - Nadie, es verdad, usted disculpe - y el poeta volvió a su grupo. - Considere esto en serio, don Wenceslao, usted no ha visto todo lo que nos ha acontecido - Wenceslao, a todo esto, empezaba a cansarse del *don*.

Entró don Matías en el café arrastrando un serio semblante provocado por alguna noticia y con la convicción de que en aquel café de artistas había mucho cuento. Fue sorteando las tertulias y esquivando interrogantes, hasta sentarse en la mesa de Wenceslao. - Oh, don Matías, estábamos aguardándole. Creemos que los anarquistas andan siguiéndonos - le dijo Rosaurita, aprovechando para aferrarse de su brazo. Don Matías dejó a la audiencia boquiabierta: - los anarquistas siguen a los anarquistas. - ¿Cómo? - Han asesinado al director de mi periódico, lo leerán mañana en la crónica de sucesos, encontrarán también una esquela a toda página -. El café enmudeció. - ¿Quieren ustedes meterse en sus asuntos? - Vociferó Rosaurita a la sala al ver que don Matías no proseguía. - Pero esto es de interés general, señora - defendió un hombre de Cultura - y don Matías es periodista, es su labor informarnos. - Pues compre el periódico, carajo - zanjó don Matías. El hombre de Cultura enrojeció bajo el aplauso de los poetas - diga que sí, don Matías, ponga los puntos sobre las íes a esas viejas cotorras. - En cuanto a

ustedes, compren un diccionario -. Uno de los poetas alzó la cabeza en un arrebato de inspiración y se apresuró a escribir

> **Matías**, don *nombre muy masculino,* apuesto personaje de la tertulia a pesar de sus canas. Célebre por su falta de sutileza y exceso de aplomo. V. también *prehistoria, puritanismo, krausismo, demagogia, populismo y talento, falta de*.

- ¿cómo ocurrió? - Preguntó el gordo cuando el café recuperó la normalidad y adquirió conciencia de que aquel día no se iba a representar ninguna función. - ¿Cómo iba a ocurrir? Nada novelístico, entraron a su casa y le pegaron un tiro -. Antonio se había despertado con el chillido de Rosaura y miraba a unos y a otros sin entender nada. - ¿Han dado con el criminal? - La policía está investigando y, lo que es peor, investigándome soy, por lo que he podido averiguar, su principal sospechoso. - ¿Qué me dice? - El día del atentado en el teatro me presenté en casa de la víctima, es este un dato que no ha olvidado la criada, la misma que dio parte del crimen. Ello y que yo no redactara nada acerca del atentado ha dado lugar a que sospechen de mí como libertario reaccionario. - Pero eso es increíble, don Matías. - Hay cosas más increíbles y más cosas increíbles. Mis informadores, por ejemplo, me han trasladado las conjeturas de la policía, pero tampoco son muy probas. Al parecer, ya han vertebrado toda una organización clandestina: yo soy el informador, usted - refiriéndose al gordo - se encarga de la redacción de panfletos incendiarios y estudio de la doctrina, Rosaurita es nuestro enlace con las altas esferas, este joven - señalando a Wenceslao - es un activista ruso que responde a un nombre falso y finalmente usted - señalando a Antonio - es traficante de armas y fabricante de explosivos. - No sé por qué no nos reímos de todo esto - admitió Wenceslao. - De modo que los que nos siguen son policías - dedujo el gordo - ¡Y nosotros pensando que eran anarquistas! - Y les seguirán durante un tiempo, hasta que se den cuenta del error. Yo, en su lugar, no consultaría ningún libro raro ni escribiría nada sospechoso durante unos meses. - ¿Raro? - Bueno, es verdad, olvidaba que usted consulta

libros raros y escribe artículos más raros todavía. Para evitar sospechas le recomendaría que volviera a leer *El quijote*, eso o, pensándolo mejor, las cartas de santa Teresa de Jesús. Mis informadores son profesionales pero yo razonablemente albergué mis dudas de modo que me puse en contacto con don Alejandro quien se dirigió al comisario. Don Alejandro me confirmó las sospechas de mis informadores y trató de negárselas al comisario quien transmitió a don Alejandro sus condolencias revelándole que posiblemente era víctima de un engaño -. Rosaurita enrojeció. - Este suceso no solo ha servido para volver sobre la explosión en el teatro, sino sobre el asesinato, hará unos meses, del director de una editorial. - Wenceslao recordó a Ernesto - Examinando la vida del autor suicida - Gonzalo - se ha descubierto su antigua filiación al ilegalizado Partido Obrero, entrando a formar parte, a la muerte de uno de los dirigentes, en una cédula anarquista. Pero esto no es todo - anunció don Matías - se sospecha que Joaquín Astur, en su momento, también estuviera vinculado al movimiento -.

- Pero aquí dónde está la verdad - demandó el gordo, indignado. - En los hechos - certificó don Matías - lo demás es completa y absoluta ignorancia. Cuando la gente se enfrenta a la ignorancia no puede hacer más que inventarse una cadena de embustes. Estos embustes van pasando de boca en boca y al final se llega al estado presente, al absurdo. La puesta en libertad de un veterano y célebre anarquista y el descontento de los trabajadores a partir del fracaso de la Exposición europea, han extendido la amenaza ácrata, que ha cobrado relevancia a partir de la explosión a las puertas del teatro. El asesinato de un director de periódico puede ser el inicio de una larga serie de atentados contra las clases pudientes con lo cual la gente ha empezado a preocuparse y a preocupar a todos. Los periódicos solicitan información a la policía, la policía a los periódicos; unos y otros se encuentran ante una serie de opiniones diversas, de chismes fabulosos, ante un asunto sin pies ni cabeza cuyo origen no está claro y cuyo fututo, a la luz de las evidencias que empiezan a multiplicarse, viste de negro - don Matías pidió un güisqui -

encuentro lógico que sospechen de mí, reconozco tienen sus razones, los investigadores solo poseen el dato de mi visita a la casa del director y el artículo que no redacté con motivo del atentado; la policía, claro, no ha considerado todos los artículos que he escrito a lo largo de mi vida, tampoco me conocen personalmente. - ¿Y en cuanto a mí?, ¿es lógico que sospechen de mí? - Gimió el gordo - yo paso todo el día encerrado en la biblioteca y cuando la abandono es para ir a mi casa o a este café. - A mí me parecería una actitud muy sospechosa - dijo don Matías - si yo fuera policía. En este país consideramos a los bibliófilos como una rara especie de criminales. - ¿Y yo? - Preguntó Rosaurita, todavía aferrada al brazo de don Matías. - Sobradamente conocida es su afición a inventar historias, *señorita* -. Brazo que dejó de aferrar al instante. - Y de incluir personajes en ellas - certificó Wenceslao - nadie es considerado ruso por méritos propios. Antonio trataba de librarse de la infame borrachera - lo que yo quería confesar es que soy fabricante de explosivos - Antonio dirigió una mirada furibunda a Rosaurita, quien no sabía qué añadir. - Finalmente tenemos el chisme de la homosexualidad de Joaquín Astur para relacionarle con un atentado anterior de similares características junto con su fervorosa devoción en incurrir en embustes -. Llegó el vaso de don Matías y este le dio un tiento - en conclusión, la policía y los medios de prensa están tratando de atar todos los cabos sueltos a un único peso para así librarse de ellos y echarlos de una condenada vez al mar. Es poco probable que el primer asesinato esté vinculado con los posteriores crímenes, pero es posible, al fin, si el asesino suicida fue realmente anarquista. A favor de la relación habríamos de señalar que ocurrió poco tiempo después de que se declarara la no apertura de la exposición. El atentado en el teatro fue una clara evidencia de que sus autores eran un grupo organizado. En cuanto al segundo asesinato, el director de mi periódico no era muy estimado pero no era tan odiado como para asesinarle. La verdad, estén tranquilos, acabará descubriéndose con el tiempo. Si los asesinatos remiten solo se ha tratado de una mala época pero si los asesinatos prosiguen o se vuelve a cometer otro atentado, estamos ante un verdadero

problema. El caso no es saber la verdad, sino descubrirla antes de que sea demasiado tarde para reaccionar. Yo, personalmente, pienso hacerlo y, aunque no sea muy recomendable, voy a hablar con Joaquín Astur -.

Atravesaban Antonio y Wenceslao las calles de la ciudad a paso lento, despreocupado. A veces tropezaban, en ocasiones se detenían a comprobar si eran perseguidos. Antonio negaba y asentía con la cabeza, revelando que permanecía entretenido en un silencioso monólogo. A Wenceslao le sacudía una terrible preocupación que motivaba su angustia. ¿Dónde dormiría aquella noche?, ¿dónde dormiría las demás? Deseaba descansar, dormir, soñar y olvidar su situación, olvidarse de todo y de sí mismo. No quería pensar en nada inmediato y concreto porque el prolongado descuido de todo lo inmediato y concreto le había supuesto, a la fecha, una tremenda adversidad. Se arrepintió de descuidar y de haber bebido para olvidar pues el alcohol, esa droga de las entrañas, tan pronto acoge al bebedor en su cálido y reconfortante abrazo, tan pronto le revela la miseria que arrinconó, multiplicándola. - Yo solo quiero a Rosaura - confesó Antonio en un lamento que no podía retener más - la quiero por encima de todo, por mucho que insista en olvidarla. Ella ha significado demasiado para mí en muchos años, la única persona a la que he podido dirigirme con absoluta franqueza, amar con pleno sentimiento, creer y confiar. Habíamos creado una realidad entera en la cual nos incluíamos, y no importaba cuán horrible fuera su matrimonio, o cuán detestable fuera mi vida. Siempre había un beso, una caricia, un verso o una carta; siempre había un gesto o una palabra, pronunciada y escuchada; una palabra que no era necesario pronunciar y escuchar porque esa palabra nos pertenecía. Los dos poseíamos el secreto de un lenguaje que no necesitaba palabras porque los dos albergábamos un profundo sentido que, enfrentado a la horrible desesperación del mundo, lo reducía todo a un acto irrelevante. ¿Qué había de importarnos si nos amábamos y nos comprendíamos? -. Si ya Wenceslao

estuviera derruido, aquel discurso de enamorado no terminó de caerle en gracia. Olvidamos señalar que el alcohol también desata las pasiones y, entre ellas, la ira. - ¿Es que no ha quedado claro? Rosaura ya te dijo que amaba a don Matías, que contigo vivía una mentira -. Antonio negó, plenamente convencido - tú no la conoces. - ¿Que no la conozco? ¡Ni afán que tengo de conocerla! - Yo siempre he amado a Rosaura porque siempre he sabido que nunca sería mía. Hay una forma horrible de amar; querer aquello que no te pertenece, que está condenado a desprenderse de ti, a perderse un día porque, como el sueño, no se puede mantener eternamente. Se ama, en definitiva, a la libertad -. Dicho lo cual, Antonio se sentó en un bordillo y rompió a llorar. Wenceslao quedó completamente atónito y es que, de repente, había quedado enfrentado, por medio de Antonio, a un pasado suyo no tan distante. - Oh, soy un miserable, no merezco la vida. ¡Qué suerte envidiable la de don Alejandro y don Matías, hombres de voluntad, de acción, de lucha! ¿Cómo puede quererme Rosaura cuando no soy capaz de enfrentarme a nada, ni de defender nada? Don Matías es un hombre que resuelve los problemas de la actualidad, que indaga y esclarece hechos concretos; yo imagino y me entretengo en busca de rimas inútiles, en silabeos absurdos. Tú mismo has entrado en el café y has podido ver la cantidad de personas que, al igual que yo lo hago, escriben y escriben derrochando un esfuerzo en vano; tiempo desperdiciado en una bella frase, en una bella palabra. Las palabras de don Matías no son bellas, pero son útiles, prestan servicio e información sobre asuntos que a todos incumben e interesan en mayor o menor grado. En cambio, ¿a quién le incumbe una banal historia que yo imagino?, ¿quién quiere acudir a un teatro donde se escuchan boberías y simplezas? -. Aquello a Wenceslao le pareció el colmo ¡Volvía a derrumbarse su ilusión palabrera! - don Matías será un excelente articulista - proclamó Wenceslao a viva voz - pero es incapaz de escribir una novela, al menos, hasta que desista de llevar a la novela planteamientos no artísticos. El arte rechaza con orgullo lo concreto y lo servil. Mucho más difícil es acudir a la imaginación que a lo cómodo e indiscutible de la realidad. Si ya don Matías

no puede escribir una novela, ¿podrá por ventura escribir un poema? Oh, ahora me viene a la memoria el hecho de que don Matías me llamase loco. ¡Vamos a demostrarle que permanece inmerso en un asunto que a nosotros no nos presenta la menor dificultad! yo demostraré a estos profesionales de ciudad quién es el paleto de provincias y tú demostrarás a Rosaura que no tienes nada ni a nadie que envidiar -.

Miró Antonio a Wenceslao - estás usurpando mi papel, me correspondía a mí esta noche hacer de idealista. - No actúo como idealista, sino como realista. Don Matías, describiéndonos la situación, ignora que ha pasado por encima de la solución sin estimarla. Don Matías es un hombre de actualidad, sí, por ello mismo olvida el sentido histórico y se dirigirá siempre al último eslabón de la cadena, para el caso presente, el último sospechoso: Joaquín Astur. Don Matías tratará a partir de Astur de recomponer el puzle interrogándole sobre su supuesta y pasada relación con el movimiento, sobre su relación con Gonzalo. Don Matías se dirige a Joaquín porque en el fondo busca acabar con la rivalidad surgida entre los dos, un combate en el que don Matías presenta una clara desventaja. Mas, en lo tocante a este conflicto, solo dos cosas pueden ocurrir: que Joaquín estuviera vinculado realmente al anarquismo junto con Gonzalo, en tal caso no creo que Joaquín fuera a revelar su posicionamiento no solo porque ello le acarrearía problemas, sino porque afectaría directamente sobre la opinión de sus lectores. Don Matías, ante esta tesitura, tendría que ser verdaderamente astuto para sonsacarle y descubrir un hecho demostrable. Queda una segunda posibilidad, mucho más razonable que la primera si cabe, y es que tanto su afiliación política como su homosexualidad sean producto de habladurías. Joaquín, además, no está solo; tiene a su lado a doña Pura, mujer, por lo que he podido comprobar personalmente, enormemente sagaz quien no consentirá bajo ningún pretexto que don Matías obre a sus anchas en un asunto que a ella vincula. - Todo eso está muy bien - reconoció Antonio - ¿pero qué propones tú? - Justamente lo contrario, acudir al primer eslabón de la cadena. Sospecho que

conozco al veterano y célebre anarquista aparecido en el discurso de don Matías -. Demandó Antonio una explicación con la mirada. - No me preguntes cómo es que le conozco ni dónde he de encontrarle. Lo primero es parte de una larga historia, lo segundo es lo que vamos a tratar de averiguar. Cuando demos con este sujeto, se nos presentará el mismo problema que a don Matías, pero con variables mucho más favorables para nosotros: o bien el viejo está vinculado al movimiento y tiene algo que ver con lo ocurrido, en cuyo caso no opondrá demasiados reparos en reconocerlo; o, independientemente de estar vinculado, no tiene nada que ver con los hechos, en este punto podrá, no obstante, ofrecernos una valiosa información sobre posibles autores anarquistas. En resumen: mientras don Matías se deja arrastrar por rencillas personales a resolver una historia vieja y rodeada de difamaciones, nosotros podemos tratar con la verdadera actualidad en contacto con fuentes directas -.

La mañana era tranquila, soleada, limpia y despejada. Las calles de la ciudad eran sacudidas por el ajetreo afanoso, por las múltiples voluntades de sus personajes en una danza vertiginosa y grotesca.

La residencia de doña Pura (y de Joaquín) se encontraba vacía. Tratábase de una mansión al borde de la calificación "ruinosa" muy semejante a la pensión donde se hospedaba nuestro protagonista. - Quizá hayan sido descubiertos y hayan huido - especuló Rosaurita mientras se miraba en un pequeño espejo. Don Matías trató con unos vecinos quienes les pusieron al corriente del embargo de la casa. Doña Pura era una de las hijas de un acaudalado comerciante y de su quiebra; el empresario se estaba deshaciendo de los últimos restos de su pasada fortuna. El gordo mostachudo, intrigado, atento a los relatos de los vecinos, anotó la nueva dirección del matrimonio.

La chatarra del barrio obrero relumbraba con la incidencia de los rayos del Sol. Wenceslao y Antonio avanzaban por sus calles terrosas bajo la vigilancia de niños, sabuesos y los pocos viejos que descansaban a las puertas de sus cobertizos. - ¿A dónde nos dirigimos? - Preguntó Antonio. Como si fuera la fortaleza de una humilde ciudadela, La barraca se erigía imponente, exhibiendo sus naves desordenadas. Wenceslao llamó a la puerta y, tras no obtener respuesta, se internó en la morada llegando hasta el gran salón que ya conocía. El mismísimo Alonso, en mangas de camisa, saldría a recibirles. Les preguntó quiénes eran y qué era lo que querían.

La nueva dirección era un piso en un edificio viejo pero bien situado. Rosaurita plegó su sombrilla. Tras la ascensión por unas escaleras angostas, don Matías llamó al timbre mientras el gordo mostachudo se erguía y tironeaba de las esquinas de su chaleco. - No le queda bien ese chaleco, don Eusebio, demasiado ceñido - sugirió Rosaurita a la vez que recolocaba una de las hombreras. El gordo hizo caso omiso y extrajo el pañuelo de uno de sus bolsillos. Cuando esperaban no obtener respuesta, desde el otro lado de la puerta una voz firme y femenina, inconfundible, pidió a los visitantes que se identificaran. - Don Matías - anunció el mismo.

- Soy Wenceslao Martín, trabajador de la exposición, él es Antonio, un amigo -. Alonso asintió descuidando la mano que el poeta le tendía. - Quisiéramos ponernos en contacto con un conocido suyo. No nos dio su nombre pero es fácilmente identificable; al parecer se trata de un hombre mayor, enflaquecido y con un ojo tuerto. - Creo que sé a quién os referís - la mirada de Alonso fue desconfiada - ¿para qué queréis encontrarle? - Nos han dicho que él podría ayudarnos a percibir nuestro salario. - Mucho lo dudo ¿quién os ha dicho eso? - Otros trabajadores, conocidos. - Creo que sé dónde le podéis encontrar -.

Doña Pura abrió la puerta - qué grata sorpresa, don Matías, no le esperábamos, le acompaña…. - Yo soy Eusebio, doña Pura. - Eso ya lo sé, mi querido amigo, preguntaba solo por esta joven. - Mi nombre es Rosaura, señora Rosaura doña…. - Pura, llámeme Pura, sin distanciamientos ni formalidades. Pero bueno, no se queden ahí, pasen, pasen -. La comitiva se apretujó en un pequeño recibidor. - Lamento tener que acogerles en estas condiciones; Joaquín y yo hemos decidido cambiar de residencia y hasta que no encontremos un lugar adecuado… en esta ciudad es harto difícil encontrar una vivienda con buen gusto… pasen al salón, por favor -.

Tras deambular y perderse entre los escombros del barrio obrero, Wenceslao y Antonio dieron con la vivienda que Alonso les había indicado. Era una choza corriente, similar a tantas, y les fue verdaderamente difícil distinguir dónde empezaba ésta y dónde otra. A falta de puerta y en presencia de una mugrienta cortina, Wenceslao dio unos golpes en una de las paredes. - ¿Hay alguien? - Preguntó. - Sí, quién va - respondieron del interior. - Soy Wenceslao Martín, trabajador de la exposición, me han dicho que aquí podría encontrar ayuda -. Se hizo silencio. - ¿Oiga? -. Wenceslao y Antonio intercambiaron miradas de incomprensión. Wenceslao descorrió la cortina y se internó…

- Estamos en trámites con algunos arquitectos de prestigio y buscando un solar adecuado. Joaquín y yo querríamos una casa con varios pisos y estancias, un sitio acogedor e íntimo - doña Pura conferenciaba desde un sillón. El gordo y Rosaurita se habían sentado en un viejo sofá y esta última llevaba un pañuelo hasta su nariz, retrocediendo asqueada cada vez que una de sus delicadas manos, accidentalmente, se ponía en contacto con la tela. El gordo mostachudo simplemente se dedicaba a deshacerse de los pelos de gato que se pegaban al chaleco sin hacer uso de los aspavientos de su acompañante. Doña Pura había traído de la cocina una silla para don Matías, quien, pese a las insistencias, decidió quedar de pie. - Joaquín está en el

estudio, escribiendo un artículo para mañana -. A través de los pasillos pudo oírse la voz de Joaquín: - Pura, mi amor, ¿recuerdas cómo se escribe "abolengo"?, ¿es con uve o con be? -. Doña Pura rio y se levantó al instante - oh, qué gracioso es mi Joaquín, posiblemente les haya escuchado al llegar. Voy a decirle que se deje de bromas y que venga a saludarles -. A su marcha, Rosaurita aprovechó para criticar la decoración y para lamentarse del pésimo estado de los muebles - no me extraña que sea una estancia provisional -. El gordo renunció a ofrecer explicaciones a la dama. De su parte don Matías deambulaba por el salón, visiblemente impacientado; fue a detenerse ante un estante donde reposaban algunos libros polvorientos. - ¿Algún título interesante? - Preguntó el gordo atusándose el bigote. - Literatura - juzgó don Matías con aire despectivo - y de la peor. - ¿Literatura anarquista? - Arriesgó el gordo, sobresaltado. - No, son novelones sentimentales. - Entonces lo más seguro es que pertenezcan a doña Pura, los libros de Joaquín deben de estar escondidos. - No me imagino yo a doña Pura leyendo estas novelas - aseguró don Matías imaginándose, claro, a otra persona.

Cuando las pupilas de Wenceslao se acostumbraron a la penumbra, pudo descubrir que se encontraba flanqueado por dos hombres corpulentos. - Ustedes perdonen, busco… -. Antonio no tardó en entrar, escoltado por Alonso y dos de sus hermanos. - Registradles - ordenó Alonso. Antonio y Wenceslao fueron registrados sin que opusieran demasiada resistencia. - ¿Qué hay? - Preguntó Alonso, al cabo. - Monedas, muy pocas, tabaco, un mechero, una pluma y papeles. - ¿Documentación? - No, papeles escritos. - Trae acá -. Uno de los hermanos reunió las notas de Wenceslao y Antonio en un montón desordenado. - ¿Qué pone? - Preguntó el hermano cuando pasó un tiempo. - Esto parecen cartas de amor a una tal Rosaurita. - Lee una, Alonso -. Alonso, en respuesta, levantó una mirada fulminante contra el hermano y fue pasando hojas hasta dar con las notas de Wenceslao. - ¿Encontraste algo? - Quizás, parece sospechoso. Aquí hay descripciones de lugares, de personas…. - Son personajes - se apresuró a decir Wenceslao. -

¿Personajes? - Sí, de un libro. - ¿De un libro? - Tengo pensado escribir pronto una obra. - ¿Eres escritor? - Algo parecido. - ¿Y de qué trata tu libro? -. Aquella pregunta que tanto hubiera agradado a Wenceslao en otra ocasión, no le llegaba en el momento idóneo. - Se trata de una investigación sobre una obra ya escrita, *El amanecer de ningún día*. - Dejadles - ordenó Alonso - está claro que no son policías. - Yo no me confiaría tan pronto, quizás esas cartas están escritas en clave - sospechó un hombre. - Es cierto, deberías leernos alguna Alonso, nosotros te decimos - recomendó el hermano, con malicia. - Sois unos pervertidos irremediables - Alonso devolvió sus enseres a sus respectivos dueños. - Lo siento compañeros, pero últimamente no nos dejan ni a sol ni a sombra. El gobierno está tomando medidas para que no se produzca ninguna insurrección y no dejan de vigilarnos. Buscáis a un viejo diablo pero los primeros que quisiéramos tener noticias suyas somos nosotros -.

Joaquín hizo su entrada en el salón. Estaba pálido y ojeroso, lo cual revelaba que había pasado largo tiempo escribiendo. Es frecuente que los escritores contra más tiempo escriben, menos escriban; de ahí que aquellos que disponen de tiempo se suban al tren de la narración, el cual describe un largo y ameno viaje que se disfruta sin hacer esfuerzos y en el que no hay que invertir un gran gasto. Lectores y escritores son pasajeros que simplemente miran a través de las ventanillas confiando en la llegada de su destino a las palabras del discurso, cuya maquinaria charlatana, una vez puesta en marcha, trabaja por sí misma. - Es un placer tenerles en mi casa, espero que se encuentren cómodos. Mi mujer y yo decidimos prescindir del lujo y la ostentación de nuestro antiguo hogar para disfrutar de la intimidad de una modesta vivienda, mucho más cercana a la vida de la ciudad. - Pero ¿no iban a mudarse a una casa más grande? - Preguntó Rosaurita. - En realidad no querríamos hacerles perder demasiado tiempo - atajó don Matías hablando en dirección al estante de las novelas - simplemente veníamos a ofrecerles nuestra ayuda -. Doña Pura y Joaquín quedaron pasmados - no sabíamos que

tuviéramos algún problema, don Matías - dijo la primera. - Pues sí. Yo, lo saben, soy un hombre consagrado a la labor periodística, tengo una larga carrera y conozco todos los inconvenientes que pueden asaltarle a alguien que está, digamos… aun dando sus primeros pasos -. Doña Pura lanzó un bufido pero se repuso al instante - Joaquín en este punto podrá compartir su opinión, él también no se cansa de aconsejar a todos aquellos que se inician en el largo camino de la escritura. A todo esto, don Matías, le encuentro algo inquieto ¿quiere que le traiga una silla? - No, no me hará falta, muchas gracias, me sentaré en el sillón -. Don Matías se reclinó en el sillón que antes ocupara doña Pura. Ésta, asombrada ante la actitud de don Matías, anunció que también tomaría asiento y lo hizo en la silla que trajo de la cocina. - ¿Y yo, dónde me siento? - Preguntó Joaquín. - Tú, querido, deberías sentarte en el estudio, enfrente del artículo que tienes que entregar para mañana. - Si nuestros invitados necesitan algo… -.

- Vete tranquilo, amor, yo me encargo de todo. Bien, don Matías - doña Pura se dirigió a este cruzando los brazos y acomodándose en su lugar - creo que debería ponerme al corriente de esos difíciles trances periodísticos, solo por curiosidad. Joaquín anda tan ocupado últimamente que nunca me comenta nada acerca del complicado mundo de los hombres - doña Pura dirigió esta frase también a Rosaurita con cierta complicidad pero ésta solo prestaba atención a don Matías; este, arrancó: - todos sabemos de la pasada relación de Joaquín con… ¿cómo lo diría? Con sectores pongamos… de un carácter…. - ¿Qué sugiere don Matías? - Doña Pura había aumentado su irritación a cada punto suspensivo. - Oh, nada malo. Solo que determinada ideología, determinada postura política… siempre es un dato a considerar por la opinión. En algunos casos es completamente irrelevante mas a la hora de tratar ciertos asuntos…. - ¿Está diciéndome que quizá el ideario político de Joaquín influye en su escritura? - En la escritura todo influye, doña Pura. Para descubrir el semblante de un escritor basta con avanzar unos cuantos párrafos. - En tal caso no creo que haya ningún problema, don Matías, una ideología moderada como la que defiende Joaquín es muy necesaria y

solicitada en estos tiempos difíciles. - No lo dudo, pero tenga en cuenta que esa ideología *de ahora* no se corresponde con la defendida por Joaquín hará unos años, cuando usted, claro está, no le conocía. - ¿Y qué ideología era esa? Si puede saberse, porque yo a Joaquín le he visto siempre como un hombre de claros y nobles principios -. El gordo no paraba de acudir a su pañuelo. - Vamos, doña Pura, no seré yo quien le descubra a su marido. - Ni yo quien le descubra a usted, don Matías. Hace rato que quiere decirme algo pero no logro entenderle. ¿No vendrá quizá a demandarme el favor que le prometí devolver en cierta ocasión? -. Rosaurita se sobresaltó y el gordo miró a don Matías, intrigado, quien permaneció estático. - Esa deuda ya quedó saldada, doña Pura. Por eso, como hay correspondencia, venía a ofrecerle de nuevo mi ayuda. No creo que su actual situación, viviendo en este lugar…. - Agradezco, don Matías, sus elogios y su buena intención mas, al igual que usted, no quiero robarle el tiempo obligándole a hablar exclusivamente de mí y de mi próspera posición. Digo esto porque supongo que últimamente anda mal de tiempo en vista de que ya no vemos publicados sus interesantes artículos. Lo mismo su ideología política no le permite exponer ciertas cosas a la luz de la opinión pública. - ¿Quiere ahora sugerirme algo usted, doña Pura? - Yo no le sugiero nada, don Matías, simplemente me preguntaba sobre el porqué de su… ¿cómo podría llamarlo sin ofenderle? Lo cual no es mi intención… ¿sequía artística, quizás? -. Don Matías frunció el ceño y pensó -es seguro- en una barbaridad. - Ciertos rumores, doña Pura, para serle claro, apuntan a que Joaquín, en un pasado…. - Yo le tenía por un hombre actual y documentado, don Matías, no me diga que usted hace caso de los rumores del pasado. - Oh, yo no, lejos de hacerles caso. - ¿Entonces? - Sin embargo, la policía…. - ¿Qué ocurre con la policía? - La policía baraja sospechas a partir de la pasada vinculación de Joaquín…. - No se puede condenar a nadie por una incertidumbre, don Matías. - Se asombraría usted entonces si conociera el proceder de nuestro estamento judicial -.

Wenceslao recapacitó, tarde pero recapacitó. Al ser humano no le basta con equivocarse, ha de recapacitar y volverse a equivocar. ¿A quién había ido a preguntar?, ¿no era Alonso la última persona que el viejo esperaba ver aunque el viejo fuera la primera persona que Alonso quería encontrar? Aquel raciocinio, evidentemente, presentaba un fallo en su estructura. - Ustedes no saben dónde está ese hombre porque realmente no quieren encontrarle - aseguró Wenceslao, resentido tras su derrota - no puedo creerme que en este barrio, donde todos se conocen, nadie tenga la menor idea de dónde encontrar a alguien conocido por todos ¿es que no saben de nadie que tenga algún trato con este hombre? - Ese viejo no es normal - informó uno de los hermanos - es un diablo solitario. Ha pasado toda su vida encerrado y escondido. Cuando sale de su madriguera solo lo hace para arremeter contra el mundo y para provocar algún altercado, no tiene remedio. - Y si ya solo es peligroso - añadió Alonso - cuando reúne a un puñado de fanáticos descerebrados es aún peor. La historia es, en verdad, larga. Durante una etapa de nuestra vida encarnó un padre para todos nosotros. Yo y mis hermanos quedamos huérfanos a corta edad habiendo yo de cargar con todo el peso de la familia a mis espaldas. Era un niño contra el mundo, una lucha desproporcionada, necesitaba ayuda. El viejo era joven por entonces y trabajaba de forma activa en los sindicatos. Estaba lleno de ilusiones y creía en la expropiación y en el reparto de bienes, en la agrupación libre de colectividades de trabajadores y todo lo demás. Pretendía acabar con el Estado a golpe de razón y de buena fe. A nosotros nos acogió en su casa y nos buscó ocupación. Vivía con una mujer fantástica, su compañera, y ello no le obstaculizaba ningún otro romance. - La compañera era genial - apuntó uno de los hermanos, nostálgico - leía el francés y el alemán y sabía cómo preparar cócteles incendiarios. - Con el tiempo - prosiguió Alonso - llegamos a constituir una familia y entre todos levantamos La barraca. La barraca acogía a la gente sin hogar, mendigos, desempleados… en ella se ensayaban discursos y se organizaban toda clase de actos. - Para que se hagan una idea - seguía el hermano ofreciendo ilustraciones - fue sede original del ilegalizado

Partido Obrero. - Nuestras voces eran desoídas pero tanto esfuerzo volcado al final nos reportó, aunque no grandes victorias, sí grandes satisfacciones. Sin embargo el viejo se desvivía, jamás estaba conforme. Iba dándose cuenta de que luchaba contra un enemigo colosal y que estaba derramando su vida por una causa cada vez más extrema. Sus fracasos significaban un ladrillo más en los cimientos de su fabulosa construcción. Así, sus discursos se tornaron demasiado ruidosos incluso para la misma barraca. Acabó defendiendo un sueño salvaje y no quería despertar ni escuchar ninguna objeción. Estaba obcecado en una razón que iba devorándole el entendimiento. A esto sumó una frenética actividad que acabó de rematar su locura. Pero esto no fue nada; en una sonada manifestación, una de las más grandes que todos recordamos, la guardia hubo de abrir fuego contra la multitud para dispersarla. No hubo demasiadas víctimas, realmente las fuerzas del orden acabaron con la vida de tres personas. El resto murieron asfixiados o a base de pisotones. - Entre una de aquellas tres víctimas se encontraba la compañera. - A raíz de aquello el viejo se desentendió de la sociedad y sus principios, cometió atentados, fue recluido en el penal. Como verán, una vida bastante agitada que hasta hoy sigue dando coletazos -.

XXIV

- Sigo sin entender - confesó Wenceslao - y esta historia narrada por ustedes viene a acrecentar mis sospechas. Seguro estoy de que están en posesión de la clave para encontrar a esta persona ¿quiénes si no, habrían de estarlo? Evidente es, y natural, que desconfíen de extraños y que de alguna forma estén protegiendo a un conocido. Nosotros solo buscamos la solución a un interrogante, nada más. No es nuestra intención delatar ni juzgar a nadie -. Alonso miró al escritor con desconfianza - muchos, al igual que vosotros, han venido a preguntarme por el viejo. Cuando tenía noticia de su paradero allá los enviaba, resultando siempre perjudicial para los enviados o para el viejo, si no para todos. - No pretendemos - insistió Wenceslao - poner en peligro a nadie; tampoco queremos unirnos a nadie. - ¿Entonces?, ¿no iban en su busca con motivo de la resolución de un conflicto? - Sí, pero únicamente querríamos recoger su testimonio -.

- Voy a abandonar las sutilezas, doña Pura - avisó don Matías, desde el sillón - pues está comprobado que por el camino de la cortesía no estamos llamados a entendernos - rebuscó en uno de sus bolsillos y extrajo un borrador arrugado que tendió a una doña Pura desbordante de curiosidad. Tras desplegarlo y leerlo, doña Pura alzó la vista - me honra su alarde de ingenio, don Matías, pero bien sabe que soy una mujer felizmente casada, que nuestro amor es imposible. Tome su poema y ofrézcaselo a otra dama, yo

solo puedo ofrecerle mi amistad y mi buen consejo; transcríbalo en una nueva nota, a las mujeres no nos agrada recibir cuartillas emborronadas, por mucho talento que haya en ellas. - Pero… ¡Don Matías! - exclamó Rosaurita. - Su corazón no me interesa - aclaró don Matías - No sé si habrá reparado en que ese fragmento que tiene entre sus manos pertenece a *La corte del príncipe Carlos*. - En tal caso - anunció doña Pura, mordaz - le sugeriría que la próxima vez recurriera a algo de su autoría. No es muy caballeroso en cuestiones de amor recurrir a versos ajenos. - Tampoco en cuestiones artísticas, doña Pura. Ese verso pertenece a Antonio Sebastián Tempranillo, tal y como lo adjudica su puño y letra. También pertenece, como le he comunicado, a *La corte del príncipe Carlos* sin embargo, he aquí la cuestión, *La corte del príncipe Carlos* pertenece a su marido. No sé si se habrá dado cuenta de que, en alguna parte, hay un estridente error de lógica. - Me cuesta creer que un hombre de su alta intelectualidad, don Matías, enuncie con error. A mi marido pertenece *La corte del príncipe Carlos*, si ese verso, como usted me ha comunicado, pertenece a la obra, entonces ese verso también pertenece a mi marido. Ese sujeto que fuerza el equívoco habrá acudido a una representación y habrá copiado un verso, pensando que copiando se adquieren versos y pensando que copiando un verso se adquiere el resto de la obra a la cual pertenecen. Aún pudiera darse la remota posibilidad de que este verso, en verdad, fuera suyo, y todavía, además, que perteneciera a la obra. En este caso estamos ante uno de los caprichos del arte. Fíjese en Platón, por ejemplo, toda la filosofía posterior no es sino un puñado de notas al pie de su obra…. - Pienso, doña Pura, que debería usted a leer a Platón de una condenada vez en lugar de sacarle a paseo en cuanto se le presenta ocasión. No es raro, en efecto, que dos autores coincidan, pero es poco frecuente, por no decir que jamás se ha visto en toda la historia, que dos autores escribieran la misma obra. Quizá usted pueda demostrarme que Joaquín escribió *La corte del príncipe Carlos*, yo, por mi parte, también puedo demostrarle que Antonio Sebastián Tempranillo escribió la obra de forma íntegra; ese fragmento no es sino un ejemplar de todos cuantos tengo

cuidadosamente guardados. Antonio, para completar dicha labor, habría tenido que asistir varias veces al teatro aunque quizás su testimonio y la presencia de otras obras de corte similar nos lleve a plantear que quizás Antonio no necesitase asistir al teatro. Hecho, en verdad, prodigioso, que certificaría que estamos ante un verdadera genialidad y que seguro sería de gran interés para el examen de ciertos críticos despiadados que hace tiempo andan rondando detrás de Joaquín…. - Dígame de una maldita vez, qué es lo que quiere - bramó doña Pura, desenmascarándose de una vez. Don Matías, triunfal, pidió calma - a nosotros no nos concierne la autoría de esa obra, cada quien con su conciencia. Tampoco nos incumbe la afiliación política de Joaquín. Simplemente nos hemos visto implicados en un asunto que ni nos va ni nos viene, y para descartar nuestra culpabilidad y la de Joaquín nos ayudaría bastante el hablar con él. - Es usted un desconsiderado, don Matías, aprovecharse así de nosotros, después de todo lo que hemos hecho por usted…. - No dramatice, doña Pura, traiga a su perrillo faldero a que nos ladre un poco, que no le vamos a morder, verá como es mejor para todos. Eso o siga manteniendo su orgullo a costa de embustes, ante lo cual, habremos de cumplir nuestras amenazas -. Quedó doña Pura, enojada y sin palabras, resolviendo de mala gana ir en busca de Joaquín. Don Matías se recostó satisfecho en el sillón bajo la asombrada mirada del gordo y Rosaurita.

- Hará mucho tiempo de esto que voy a relatarles - Joaquín daba vueltas en torno al salón - hablo de antes de que conociera a mi esposa e incluso de que visitara París -. Doña Pura le vigilaba desde su silla, el resto de la audiencia permanecía a la escucha. - Yo era un escritor recién llegado de provincias, cargado de inexperiencia, de sueños y de ambiciones. Traía varias obras inéditas en mi maleta y, evidentemente, las consideraba originalísimas porque no había leído muchas más. Grande fue mi desconcierto al comprobar que el público de ciudad, al igual que el del campo, se entregaba a la seducción de obras horribles, de escaso talento y plagadas de futilidades, mientras que otras escritas con muy buena letra se apilaban en estantes con el

único objeto de almacenar polvo. Frecuenté, pues, cafés de artistas en busca de las claves del éxito y solo encontré prostitutas, borrachos, poetas arruinados y demás seres extravagantes arrinconados fuera de su tiempo y de su sociedad. Antonio Sebastián Tempranillo era, pese a su juventud, uno de los pocos célebres y afamados escritores de comedias aplaudidos, de los pocos, además, que se dejaba ver en lugares concurridos. Todos le tachaban de tramposo y de vendido según creo, porque quienes así le tachaban no hacían otra cosa sino atesorar rencor y envidia a sus espaldas. Antonio tenía una debilidad: no sabía componer versos. Él escribía y escribía pero decía ignorar qué era aquello que le permitía terminar con acierto cada estrofa. Se consideraba un ser afortunado por un don pasajero, la *inspiración*, y se aconsejaba que tenía que aprovechar aquel momento de buena suerte para invertir en serios valores rentables. Esto lo barajaba, claro, el día que estaba más borracho que de costumbre. La embriaguez es un estado incongruente; o se dicen las mentiras más increíbles o las más sangrientas verdades. Sabía que sus muchos amigos y amantes le abandonarían no más todo aquello que le había sido concedido sin ningún sensato esfuerzo, volviera a marcharse de la misma forma en que le llegó. Sabía que su estrella era la desgracia, que había nacido desgraciado y moriría igual, que solo atravesaba una breve tregua, un sueño fugaz. Mas Antonio desoía las voces de la razón y a medida que pasaba el tiempo iba consagrándose más fervorosamente al sueño, al instante, al *carpe diem*. Pensaba que lo gozado, una vez gozado, no se lo arrebataría nadie, así, su vida se tradujo en un completo deambular desenfrenado y enfebrecido ante el cual solo cabía anteponer la envidia o una lenta y juiciosa negación de cabeza. El artista es ese hijo inútil y pródigo de la sociedad al cual se le llena la bolsa para que se conceda el capricho de una obra. La sociedad se entretiene escuchando sus correrías, se ríe de él y de todas las barbaridades proclamadas contra su misma familia y, en ocasiones, hasta le vuelve abrir la puerta de su casa para recibirle con los brazos abiertos. Yo, claro está, le admiraba y no me cansaba de buscarle para descubrir cuál era el secreto de su dicha. Él, a este respecto, me confesaba que ignoraba en qué

consistía este secreto cuando no se me presentaba como el ser más desdichado del mundo. Ante mi insistencia y tras perseguirle y darle muestras de una honestidad a la cual no debería estar demasiado acostumbrado, decidió, al fin, desvelarme el misterioso enigma. Me llevó hasta su casa y allí me hizo entrega de lo que anunció como la mejor obra que había escrito: *La corte del príncipe Felipe*. - ¿No era *La corte del príncipe Carlos*? - Preguntó el gordo, avisado. - Lo era sí, pero cuando la publiqué decidí cambiarla el título. Entiéndanme, me daba apuro. - ¿No cambió nada más? - A decir verdad, sí, sí que lo hice. Tuve que aligerarla del peso de muchos párrafos, amén de acabar algunas estrofas que Antonio había dejado descolgadas. Muchos fragmentos estaban desligados con lo que hube de recomponerlos como buenamente pude invirtiendo una considerable cantidad de tiempo y esfuerzo. Es seguro que tardé más en ordenar y adecentar la obra que Antonio en escribirla. Éste no solo me aseguró que aquel era su mejor trabajo, sino que de publicarlo, le darían una patada en el culo, condonen la voz. Si han tenido ocasión de asistir a la representación verán que pese a encontrar la desbordante imaginación que dio fama a Antonio, también se encuentra parte de su sentimiento, esto es, el sufrimiento de un miserable cualquiera que, contemplado por un público miserable, no puede en ningún caso ser muy bien recibido. Yo me encargué de disimular esta nota con algunos chascarrillos y morcillas que escuché en otras obras, ofreciendo un total de disparates y enredos muy similar a los ofrecidos por Antonio en un pasado que tanto divirtieron y agradaron. "¿no irá usted a regalarme su mejor obra?" Le pregunté yo, sorprendido. Él me dijo que se conformaba con que yo la leyera y con que le diese una honesta opinión. Antonio estaba devorado por sabandijas y tanto ajetreo a lo largo de los años le había hecho dudar de todo, comenzando a dudar de sí mismo. Yo guardé *La corte*… y la leía a hurtadillas, admirado y lleno de envidia lo mismo que de un íntimo regocijo libresco sabiéndome el único en posesión de aquella secreta lectura -. Don Matías, visiblemente impaciente y aburrido, interrumpió el relato: - oiga usted, no hemos venido hasta aquí a escuchar

nostálgicas rememoraciones con que sea breve y explíquenos de una vez cuál era su relación con el autor del crimen de la editorial -. Joaquín demandó tiempo con un gesto - apremiado por cierta ilusión nacida de aquel estudio, decidí encontrar autores que compartieran mi misma situación, amantes de la escritura que hallasen placer en obras no publicadas, lejos de la profanación de las convenciones artísticas y libres de las exigencias de un público embrutecido. Fui a dar con Gonzalo Beltrán, unido, por aquel entonces, a la causa anarquista. Gonzalo trabajaba en una imprenta pero procedía de buena familia y tenía estudios. Ello, sumado a un carácter laborioso y a una vida abstemia le auguraba ya un futuro algo más próspero. Gonzalo tenía talento, en efecto, pero rechazaba siempre ventajosas oportunidades, en favor de otros. Era un hombre tremendamente participativo y generoso lo cual siempre le acarreaba contratiempos a los que solo enfrentaba su buena voluntad. Gracias a él conocí La barraca, una suerte de sede de trabajadores desde donde se trataba de llamar a la conciencia social. Gonzalo, yo y otros fundamos la *Asociación de escritores inéditos*, un foro de participación y debate donde tratábamos con nuestras vicisitudes y nuestras aficiones. Al gobierno nunca le agradaron aquellas reuniones ello, pese a estar legalizadas gracias al Partido Obrero, tampoco, evidentemente, a los empresarios. Cuanta mayor gente acogía La barraca, mayores esperanzas de cambio quedaban reunidas, mayor también, la inquietud. Pronto se convocarían manifestaciones ante un recrudecimiento de las condiciones laborales. La represión fue despiadada pero, así todo, la voluntad por parte de los trabajadores se mantuvo. Finalmente, se produjo el asesinato de uno de los líderes del Partido Obrero, seguramente a manos de un agente contratado por las altas esferas. El asesinato precipitó la ilegalización del partido, de las reuniones en La barraca, y la desconfianza mutua entre comunistas, socialistas y anarquistas, quienes empezaron a dividirse y a distanciarse. Una lucha interna les debilitaría y provocaría el abandono de su alzamiento. Se acusó a Gonzalo del asesinato como se acusó a muchos otros; en mi opinión, es del todo imposible que Gonzalo tuviera algo que ver con aquello. A los que

tomamos parte en el movimiento de La barraca se nos ha acusado de muchas cosas y cuatro quintos del total son mentiras o exageraciones. - También se ha dicho que usted y Gonzalo eran… - don Matías buscaba la palabra apropiada - maricones, no sé si será una exageración, en fin, en cuanto a la vida privada de cada quien…. - Vivimos, don Matías, en una sociedad en la cual los valores de la *virilidad* son un tanto disparatados. Yo siempre he creído que el hombre más *viril*, si se permite la expresión, es, por antonomasia, el homosexual. Pero bueno, todo aquel que manifiesta de forma abierta sus sentimientos y emociones, o que no alardea en la forma convenida… se le tacha al punto de maricón. Gonzalo, ya lo he dicho, era demasiado bondadoso hasta con las damas, lo cual le hacía ser bien visto por ellas y mal por los caballeros. De nuevo la envidia y de nuevo la venganza nominal. Yo era muy amigo de Gonzalo, también soltero y no muy bien considerado de modo que las calumnias contra Gonzalo ya tenían necesaria pareja -. Don Matías hizo un gesto de pasar página - usted duda de que Gonzalo asesinara al líder del Partido Obrero ¿duda también del asesinato del jefe de la editorial? - Los periodistas no me han dejado mucho lugar para albergar dudas - respondió Joaquín - todo apunta a que fue él. Muchos años han pasado desde el cierre de La barraca y las personas no son siempre las mismas. Gonzalo encontró un puesto bien remunerado y una mujer con la que contrajo matrimonio. Yo tuve ocasión de visitarle en varias ocasiones y comprobar que se había desprendido de sus ideales como si estos fueran la piel de algún reptil. Si Gonzalo asesinó a Ernesto no lo hizo de acuerdo con sus ideales políticos; no solo los había abandonado sino que estos jamás contemplaron esa posibilidad como heroica o algo parecido, más bien todo lo contrario. - Eso es muy bonito - aplaudió don Matías - ¿pero cómo explicarlo a quienes encontrarán mucho más fácil apuntar hacia una auténtica confabulación y así justificarlo todo? - La naturaleza humana, don Matías, es hasta cierto punto inexplicable. Necesitamos las explicaciones para vivir tranquilos, de ahí que muchas veces nos conformemos con la mentira; una explicación que siempre nos gusta oír, muchas veces, porque es breve y

lógica. - ¿Y en cuanto al atentado en el teatro? No irá a decirme que los autores no fueron posiblemente anarquistas. - Recurrimos a las máscaras políticas para disfrazar nuestros más hondos instintos. Yo le digo sin miedo a equivocarme que los autores fueron, antes que nada, hombres. - Hombres que se escudan en un pretexto, sí, pero que atentan contra la vida. Llámense anarquistas o como quieran llamarse. ¿No es muy probable que esos que atentaron en el teatro se llamaran a sí mismos anarquistas? - Sé tanto como usted, don Matías, hace mucho que no trato con izquierdistas pero sí, es probable que ese atentado tuviera tintes políticos. - ¿Está ese atentado relacionado con el asesinato del director de mi periódico? -. A lo que Joaquín no pudo hacer más que encogerse de hombros. - ¿Ha terminado ya la rueda policial? - Preguntó súbitamente doña Pura a un desanimado don Matías - creo que sí. - Pues haga el favor de largarse de mi casa con su comparsa. - ¡Qué grosería! - exclamó Rosaurita. Ya a las puertas del edificio don Matías, Rosaurita y el gordo mostachudo se detuvieron a extraer conclusiones e intercambiar impresiones

- ¿y bien? - Preguntó este último a don Matías. - Ah, mundanas verdades… creo que estamos como en un principio estábamos, la incertidumbre es lo que más detesto escuchar. - Con la salvedad - dijo el gordo - que cada vez es más difícil encadenar los tres sucesos y que el que mejor que podemos adjudicar a los anarquistas es aquel que no se cobró ninguna víctima, aunque sí un buen susto -. Don Matías había estado buscando a un posible perseguidor y al final lo encontró, torpemente emboscado tras un carromato - los anarquistas, siéndole sincero, me son indiferentes; a mí lo que me indigna es que me pinten de anarquista. - No se preocupe, don Matías, ya nos dejarán en paz - le consoló Rosaurita, aferrándose de su brazo.

La comitiva sorteaba, al paso, toda clase de chatarra e inmundicia. Wenceslao, no obstante, aspiraba fuertes y vitales fragancias, humildes guisos

en escasos platos detrás de las paredes de latón y lona. Los perros famélicos y enfermizos husmeaban en las entradas meneando tímidamente sus rabos. Wenceslao seguía distraído los pasos de un atento Antonio a los pasos de Alonso. Éste era observado por los niños con una mezcla de admiración y de temor, queriendo aproximarse a él para acabar con su curiosidad pero no atreviéndose a hacerlo. Alonso llegó hasta uno de aquellos montones de escombros, y dio unos rítmicos golpes con un palo en una placa de chapa, una consigna. Antonio se estremeció. - Adelante - le animó Alonso, descubriendo su pavor con una sonrisa. De nuevo la oscuridad insondable de aquellos guetos. Cuando se acostumbraron a la penumbra, pudieron distinguir un bulto orgullosamente erguido en uno de los rincones, empuñando amenazante un bastón de empuñadura de puño de plata. El ojo tuerto y el negro mantón en el que la figura permanecía enguantada le otorgaban un aire fantasmal, lúgubre, no exento, bajo otras circunstancias, en otro decorado, de cierta comicidad teatral.

- ¿tan pronto me has traicionado, sabandija?, ¿ya vienen en mi busca estos esbirros de la opresión? - Se dirigía el viejo a Alonso. - ¿Y qué más quisiera yo? Son trabajadores de la exposición que han venido a escuchar uno de tus sermones de vieja. - No empecemos, Alonso, recuerda que mi vejez no me impidió propinarte una buena tunda, a ti y a los bastardos de tus hermanos. - Ten tu lengua, viejo. Lo que te posibilitó tu actuación fue tu espíritu canalla. A la hora de dar coces no tienes pereza pero dime a quién, en confidencia, viniste después a pedir un techo. - ¿Y quién te proporcionó a ti, sin pedirlo, un techo cuando tú y los bastardos no teníais nada? - Por eso mismo sabes que disculpé tu desmán y por eso estás ahora aquí, huyendo de tus fantasmas, lamiendo tus heridas de lobo estepario y envaneciéndote absurdamente con tus gestas pasadas. Te conozco viejo, bajo ese cinismo de leyenda de arroyo que exhibes, la coraza que protege tus sentimientos, agradeces los favores y aún más la charla inútil que tanto criticas. - Sal de aquí, traidor, vete a provocar lástima a otras personas. - Deberías lastimarte de tu locura, viejo, y

remediarla de una condenada vez. Vas a acabar volviéndonos locos a todos - Alonso, tras decir esto, abandonó la humilde vivienda.
El viejo se ajustó su capa y paseó con fatuidad alrededor de la estancia, examinando furtivamente a sus visitantes. - Que no os engañe mi miserable aspecto - dijo, al fin - sabed que mis energías no han de menguar ni de abandonarme hasta el mismo instante en que caiga muerto. Tenéis mi ayuda para lo que necesitéis con que adelante, os escucho -. Tomó Wenceslao la palabra, terriblemente contrariado ante la presencia exhibicionista de aquella desilusión; - en realidad querríamos una información… supongo que estará al corriente del atentado en el teatro. - ¿Qué atentado? - Rugió el viejo, alzando el bastón por encima de las cabezas de los escritores. Wenceslao informaba, temeroso; - la detonación en el Antiguo Real Teatro, hará unos días…. - ¿Una bomba dices? - Sí. - ¿En el teatro de la ópera? - Sí -. El viejo se deshizo en una gran carcajada, ante el asombro de Antonio y Wenceslao. - Ya me imagino el susto de las viejas cacatúas y pavos reales… apuesto a que por lo menos diez de aquellas reliquias murieron de infarto. - Por fortuna no hubo víctimas - apuntó Wenceslao, comedido - a penas unos cuantos daños materiales. - Bien, gracias por informarme, es bueno saber que todavía se mantiene en pie la lucha - el viejo, al pie de la frase, había recobrado su seriedad e incluso diríamos que cierta triste nostalgia, despidiendo con el gesto a sus visitantes. - ¿De modo que no sabía nada? - Insistió Antonio. - ¿Y yo qué voy a saber?, ¿acaso no me veis ya fuera del mundo? -.

El viejo vagó alrededor de la estancia, envuelto en un particular monólogo. - La naturaleza yerra y el hombre se equivoca. No existe una común fuerza natural ni una común fuerza humana reguladora, ordenadora, cabal; hombre y naturaleza son solo cabales construcciones silábicas con pretensiones absolutas y totalizantes. Se llama hombre y naturaleza a un conjunto de entes particularizados, separados, individualizados, innumerables e innombrables, con una fuerza prodigiosa de una lucha en solitario, en una guerra interna y despiadada, con características propias y personalizadas, partes separadas y

cambiantes que coexisten y tratan de adaptarse al cambio continuo. Son degenerativas, no regenerativas, aunque en ambos ámbitos se presente la capacidad de engendrar formas semejantes e individualizadas. Toda forma natural y humana precedente conserva caracteres de la forma antecedente. Toda forma mantiene una herencia semejante la cual es lentamente modificada en virtud de las continuas adaptaciones al medio, y en esta herencia se transmite el valor destructivo del *ego*, la auto conservación y proclamación de lo mínimo y personal por encima de todo, de toda alta consideración, moral o semejante. La evolución no es progresión, la existencia es siempre la misma agonía. La vida, aun con la presencia de valores no-transitorios, no es sino la perpetuación de la ceguera, de la arbitrariedad y de la intrascendencia. El pensamiento ha de reconocer su origen ineludible, ha de reconocerse como manifestación única e individual participante del cambio y de la lucha, del horror insensible y vacío del mundo oscuro, de la noche y el sueño. Ha, además, de entenderlo, esto es, representarlo de forma absolutamente fiel a sí mismo, poder así identificar al individuo con el origen sin fin. La mejor ciencia que pueda concebirse será aquella capaz de instruir al hombre en una conducta pragmática, realista, a partir de la mera traducción de esa constante substante. El individuo ha de tomar la libre determinación de la renuncia intelectual a cualquier trascendencia, la renuncia a todo idealismo, ha de seguir la línea perseverante cuyo sacrificio reporte amargos frutos cuya ingestión procuren el estado de imperturbabilidad, estado ajeno al destino trágico o al no-destino. Una conciencia inmediata que deponga toda fe, todo anhelo, toda esperanza. Una conciencia cimentada en el examen de las leyes más evidentes del mundo, lejos del afán de justificarlas o ponerlas en tela de juicio. Un reconocimiento e identificación con el mundo a partir del primario e intuitivo conocimiento de su original función desnortada, llanamente un *ser por el ser*, el individuo como una proyección infinitesimal de esta entidad surgida. La única máxima aspiración que acaso se permitiera esta concepción sería la determinación de un estado alejado de las consecuencias finales del arrastre mecánico, es decir,

un reconocimiento de la lucha infructuosa y un abandono de la misma, una lucha contra la lucha. Se identifica el total como un radical desconocimiento primigenio del cual es imposible deducir nada por abstracción lógica. La lucha se debate contra el estado de desconocimiento y es el principio de la sabiduría y de la ignorancia. La *esencia* última de las cosas es inaccesible, la lucha no admite honor ni victoria ni para la sabiduría ni para la ignorancia. Ignorancia y sabiduría son elementos en lucha en donde lo esencial no interviene. La *esencia* no es deducible, ni manejable, solo intuitiva en su cualidad abismal y sobrecogedora. La *esencia* es esencial; ni eterna ni cambiante, ni justa ni injusta, ni una ni múltiple… su presencia es presencia y no admite ninguna lógica, tampoco, siquiera, ninguna lógica de contrarios. La *esencia* no tiene número ni palabra que la designe para tratar de asimilarla. La *esencia* es evidencia del desconocimiento, pero no es verdad en su evidencia de la negación. Así, la *esencia* es no-intelectual por excelencia. La *esencia* es dolor; y la crueldad, el odio y la destrucción son los estados culminantes de la existencia, siendo así como se justifica el devenir -.
Wenceslao y Antonio abandonaron la oscura vivienda entre asustados y sobrecogidos.

El balcón del piso superior estaba abierto, y una suave brisa mecía unos cortinajes vaporosos de tela que se contorsionaba en suaves pliegues en un deslizamiento rítmico y cadencioso. La estancia estaba bien amueblada y ordenada; sobre el lecho, una Rosaurita descalza leía una novela tranquila, llena de bellas palabras, mientras jugueteaba con los bucles de su cabello dorado, que se precipitaba en una cascada revuelta sobre las tibias sábanas. Cerró el libro descuidando marcar la lectura, dejándolo reposar en su regazo. Aspiró lentamente y cerró los párpados, dejándose atrapar por un leve sueño del cual escapaba con gozo en un juego en el que el tiempo no tenía lugar. Rosaurita se sentía embriagada por una intimidad literaria. Pensaba que la vida era mágica y secreta, que sus palabras participaban de una música

sigilosa. Imaginaba que sus acontecimientos se entrelazan en virtud de una voluntad caprichosa, que la vida es un camino lleno de sutiles señales para el observador despreocupado. Se sentía jovial y pletórica, revitalizada por una inocencia infantil. ¡Qué lejos quedaba aquella aburrida esposa, qué lejos la trivialidad del mundo inmerso en su intrascendente acaecer! Aquello vivido, tan simple, tan íntimo y a la vez sobrecogedor y profundo, se decía, debía ser la más completa libertad; aquella felicidad tanto nombrada, que tanto se llamaba, que tanto se buscó… Rosaurita descubría en medio de un placer indescriptible y puro un maravilloso secreto.

XXV

Hasta nuestro humilde narrador ha llegado la noticia de la existencia de cierta obra que por título lleva *El amanecer de ningún día*, un vetusto legajo de fragmentos inconexos y de lamentos inútiles y desgarrados, borrones de dudosa calidad literaria aunque de buena voluntad, crónicas de un tiempo remoto escritas por alguien cuyas iniciales eran W. M. Una historia más escrita por un hombre sin historia y sin nombre que los caprichos misteriosos del arte parecían relegar al mismo fondo del abismo frente al cual se forjó.

Nuestro narrador mantiene una buena y larga amistad con un ermitaño bibliófilo, hombre de letras, heredero de una gran fortuna, de amplias libertades y de tiempo a su disposición; quien no concede un alto valor a la existencia y se entretiene en revolver arcanos e investigar curiosidades librescas más o menos interesantes. Su casa permanecía repleta de escritos, tantos, que cada vez mi amigo contaba con menos espacio para vivir de forma corriente. Preocupábase nuestro narrador no por el espacio que aquella montaña abrumadora de papeles ocupasen en su hogar, sino por el área que todas aquellas palabras conquistasen en su mente. Mas, al parecer, tratábase aquello de un cosmos y no de un caos; muchos de los tesoros allí almacenados no habían sido escrutados; mi amigo únicamente se encargaba de salvarlos de los dientes de la polilla para almacenarnos en un estante, afición que nuestro narrador nunca ha comprendido muy bien, junto con

otras muchas manifestaciones de su excéntrico carácter. En una de aquellas jornadas en las que nuestro narrador se acercó hasta su vivienda con motivo de hacer una visita y departir allí de los muchos asuntos profundos y ligeros que nos ocupaban, manejaba una de sus últimas adquisiciones y ésta era, como el lector habrá adivinado ya, *El amanecer de ningún día*.

Mi amigo, en ocasiones, invertía largo tiempo y fuertes sumas de capital en la persecución de una rareza literaria, de la cual se enorgullecía una vez la encontraba bajo su posesión y, según fuese el gasto y el gusto, la escondía más o menos entre el resto de sus pertenencias quedando, paradójicamente, las de menor valía o tasa más a mano. Sin embargo me aseguraba que relegaría a aquella obra un espacio bien oculto eso, pese a que no le había robado demasiado tiempo y fortuna, dando con ella, lo que se dice, de manera fortuita, azarosa.

Iba mi amigo en busca de unos estantes para apilar sus colecciones a una feria de muebles antiguos, ya que dice aborrecer toda suerte de soportes convencionales de nuestro tiempo pese a la ligereza, comodidades y funcional economía de espacio que estos últimos ofrecen. Conserva este amigo mío, legado de la experiencia en su continuo ratonear por los lugares más inverosímiles e insospechados, un profundo conocimiento de las artes del comercio parlanchín y regateador, de modo que bajo un razonable precio dentro de lo irrazonable de todo capricho, se hizo con unos viejos estantes de madera junto con uno de aquellos pequeños escritorios que usaban las damas de otro tiempo para escribir su correspondencia. Llegó a admirar mi amigo el recato y la exquisitez de esta última pieza, ya en sus aposentos, casi por encima del viejo estante carcomido. Sumábase la admiración a los desvelos que le despertaban el cierre bajo llave de uno de los pequeños cajones cuyo contenido permanecía oculto y ¡Ay! cuando su abertura necesariamente forzada ante el extravío de la llave habría de lastimar el delicado mueble. Convivió mi amigo con este secreto deleitándose y torturándose en el desconocimiento, imaginando que si abría el cajón se llevaría una tremenda

decepción, encontrando algo mucho menos intrigante que aquella sombra indefinida y fabulosa que imaginaba, si no hallando el cajón vacío o lleno de polvo. Acabó venciendo el filosófico amor a la verdad antes que el romántico amor a lo oculto y misterioso e hizo llamar a un cerrajero quien aunque fue bien pagado hubo de aguantar las interminables advertencias y amenazas de mi amigo si acaso, en su labor, hería el escritorio. Como el lector habrá imaginado lo que el cajón guardaba en sus adentros no era otra cosa sino *El amanecer de ningún día*. ¡Ni mi amigo hubiera soñado un hallazgo tan acorde con sus gustos! ¿Qué luce más; acaso el oro dentro de una caja o dentro de una caja de oro? Despidió al cerrajero bruscamente y se internó ansioso en la lectura de *El amanecer…*considerándose un ser señalado por un raro destino. Con todo lo dicho no es difícil imaginar que mi amigo concluyera la lectura terriblemente decepcionado. No obstante, tras hundirse en aquella decepción, volvió a dejarse embargar por el idealismo de lo oculto por lo enigmático del pasado ¿quién fue ese W. M.?, ¿y en cuanto a los textos a los que aquella obra hacía referencia?, ¿cómo había llegado aquella obra hasta sus manos? Semejante es la naturaleza de los interrogantes que acostumbran a impulsar a mi amigo al inicio de una nueva escaramuza. Decidió hallar todos los textos en relación con la obra, empezando por una comedia titulada *La corte del príncipe Carlos*, y terminando por la correspondencia del tal W. M. ¿Por qué? No lo pregunten, hay acciones cuyos motivos sencillamente escapan a toda lógica. Fue así que volvió sobre sus pasos en busca del anterior propietario del escritorio. Todo cuanto adivinó fue que el escritorio había pertenecido a una dama, que lo había empeñado por algún motivo, pero su identidad no había sido revelada.

Basta para dejar claro que la realidad de la ficción es una inventiva con escasas reglas y con ilimitadas variantes, quizá, al fin, el argumento de *El amanecer de ningún día*, el cual, cuestionando lo real y afianzando sus anhelos en lo irreal, terminase por desatar la locura de su autor y de todos los que tomaran por verosímiles sus principios. La certeza de que la humanidad,

en este terreno, seguirá escribiendo y escribiendo impulsada por la ciega fuerza narrativa sin agotar los recursos de la fantasía hasta el final de sus días parece sólida. No es la intención de nuestro narrador constreñir en tal sentencia la intención de unos párrafos que no tuvo ocasión de investigar. En cuanto tuvo conocimiento de las hipótesis que barajaba su amigo decidió prudentemente dejarlas de lado, no fuera a ser que se contagiara de su rara enfermedad. Y es que mi amigo, efectivamente, anduvo como loco en busca de datos concretos que marcasen un rumbo seguro a sus pesquisas, intentando resolver, de algún modo, la *profecía del Alquimista* desconsiderando que pudiera quedar afectado por la maldición. Fue así como descubrió algunas identidades pasadas que podrían ajustarse a descripciones contenidas en *El amanecer*.

M. G. por lo visto, fue un articulista entre muchos. Permaneció soltero y sin descendencia reconocida, pasando sus últimos días en una pensión, retirado del ámbito periodístico y entretenido en perseguir todos los mediocres artículos que compuso a lo largo de su dilatada carrera, almacenándolos en un vetusto archivo. También se sabe que debió recoger un montón de noticias que, a día de hoy, carecen de un serio interés.

E. G. fue un hombre consagrado a la labor bibliotecaria. Es curioso cómo los libros devoran insensiblemente la vida de tanta gente anónima. Con toda seguridad la vida de este personaje no tuviera nada en especial más que lo ensalzado por la literatura; posiblemente la única anécdota que pudiéramos referir fuera su tropiezo con algún estante en el cual se le vendría encima media Historia de la filosofía; o alguna disparatada confusión, quizá colocase distraído un día a algún místico español en la no muy recomendable compañía de aquellos franceses bebedores de ajenjo… pero mi amigo, como lector que ansía llegar al final del último capítulo, no cejaba de buscar con empeño algo trascendente entre las vidas de todas aquellas sombras y así fue como consiguió recomponer la historia de la pensión donde el autor de la obra, supuestamente, había permanecido hospedado mientras escribía *El*

amanecer de ningún día. Apenas un libro de contabilidad con un puñado de nombres y números y una anécdota poco fiable: la pensión, fallecida la última propietaria, pasó a manos de sus acreedores quienes la descuidaron durante muchos años en sus disputas por un reparto equitativo, asentándose en tanto una comunidad de vagabundos hasta la posterior edificación de una oficina de correos. Mi amigo llegó a arrastrarme hasta dichas dependencias y allí, rodeados de cartas, paquetes y sobres, refirió la suerte de una antigua trabajadora de la pensión, quien tras la caída del negocio probó a hacer fortuna en Alemania con escasa fortuna. Reconoce nuestro narrador que la historia es muy poco interesante pero asegura, al mismo tiempo, que el entusiasta relato de su amigo estuvo a punto de cautivarle. Más aún cuando su amigo aseguró que las siglas posiblemente corresponderían a un tal Wenceslao Martín, quien acabó recluido en un manicomio y muriendo a causa de la tuberculosis.

Con todas aquellas señas referidas y aportadas no me costó demasiado descubrir que mi inocente amigo estaba removiendo el fondo turbio de algún poeta maldito o algún escritor atormentado. W. M. ¡Aquellas eran, en verdad, unas capitales diabólicas! En vano traté de persuadirle y de disuadirle de su búsqueda mas fue en vano. ¡Bien me cuidaba yo de desoír todas aquellas voces!, ¡Qué poco me agradaban todos aquellos dramas modernos! en cambio mi buen amigo no atendía a todas mis bienintencionadas razones y no se cansaba de resumirme sus hallazgos, cada vez más espantosos. Dio, como era de esperar, con *La corte del príncipe Carlos*, restrenada pasados los años bajo el título de *La corte del príncipe Felipe*, el último testimonio de la carrera literaria de J.A. un escritor que pese a gozar de cierto éxito en su tiempo, no ha alcanzado suficiente trascendencia como para ser recordado a día de hoy. Es de imaginarse que envejecería en su piso en compañía de su mujer quien seguro nunca le perdonaría aquel último arrebato, escribiendo artículos y unas memorias en las cuales apacigua la moral confesando el

embuste de su vida y la de sus semejantes, entre ellos, un tal W.M y un tal A. S. que acabaría por suicidarse.

No es nuestro narrador un asiduo a los teatros, tampoco posee demasiados conocimientos sobre crítica artística, pero asegura que entre *La corte del príncipe Carlos* y *La corte del príncipe Felipe* prefiere la primera. Porque, estimados lectores, bien pudiéramos decir que la primera es una comedia espantosa, pero una comedia al cabo; de la segunda solo decir que era un completo disparate. Así traté de hacérselo ver a mi amigo, de forma menos grosera, claro, y éste, intransigente, rebajó mis conocimientos si ya de por sí escasos, como se dice, a la altura del betún, haciendo caso omiso a aquello que reza que en materia de gustos no hay nada escrito[35]. ¿Cómo podía yo tener la indecencia de comparar una bagatela con una honda consideración del vacío existencial en clave de absurdo? Más aún ¿cómo podía enfrentar a J. A., un personaje de vida muelle y acomodada frente a un absolutamente genial A. S. que renunció al aplauso para transgredir las formas y elevar la voz de la conciencia telúrica?

Así, la historia de *El amanecer de ningún día* revelaba la existencia de otras muchas historias pero aquella obra no era sino una descuidada y licenciosa referencia a otra obra escrita con anterioridad por un autor anónimo. W. M. así lo revelaba y posiblemente aquella primera edición representaba el libro ya escrito que W. M. soñó siempre con escribir. El hallazgo de aquel texto original, para mi amigo, supondría el fin de su investigación y quién sabe si algo relevante, al fin, para la Historia.

Embarcado estaba en aquella busca cuando la casa de mi amigo quedó sepultada bajo las llamas. Resultó mi amigo temporalmente alojado en el hogar de nuestro humilde narrador, lamentándose infinitamente de haber perdido la razón de su existencia. Cortes, amaneceres y demás historias

[35] En cuestión de gustos, a decir verdad, hay bastante escrito, no todo con buen gusto. Nuestro narrador quiere explicar que los gustos de uno son de uno, y frente a ellos los otros sólo puede objetar discretamente.

olvidadas suspiraron por vez definitiva transformadas en una nube de humo, quedando de ellas un vago recuerdo en gente muy escasa. Toda la lucha de aquellos personajes hoy queda reducida a un nombre sobre una lápida que algún día será sustituido por otro.

Nuestro narrador no quiere ponerse excesivamente dramático pero es que no alcanza a comprender que haya, efectivamente, una inversión en la vida que nos garantice eso que llaman *inmortalidad* al tiempo que admite la presencia de un constante embargo por la *búsqueda*. Quien aspira a vivir de los pobres frutos de su gramática, no hace sino emprender una búsqueda bien invirtiendo costosos esfuerzos con la mirada puesta sobre el frente en un perpetuo avance, evitando por todos los medios mirar atrás para evitar reconocer que ha partido de un engaño y se encamina hacia un engaño distinto si no al mismo engaño del cual partió, bien reconociendo *la búsqueda* y el engaño consecutivo, renunciando a levantar una torre de papel. Lo primero podría llamarse *idealismo*, lo segundo, *pragmatismo*. La conciencia idealista aspira a alcanzar algo revelador, trascendental, definitivo. Lo llama Amor, Verdad, Inmortalidad… según sea el caso. Algo, en definitiva, que queda siempre por encima del ser individual oculto por el desvelo de todos los siglos pasados o futuros. El idealista busca una ilusión grande, un espejismo que no se desvanezca, una fe que perdure. Solo es feliz en tanto, olvidando todo lo demás, avanza inexorablemente hacia esas formas inconcretas que solo se asientan en la pura especulación. El hombre práctico, concienzudo, pesimista, por el contrario, se forja una ética de renuncia y resignación, y se jacta en reconocer lo inútil y absurdo de la vida. Reconoce el desconocimiento, lo atribuye como inevitable, y todos sus trabajos no son sino una larga reivindicación de la materia.

Nuestro narrador se sintió indignado ante la suerte de su amigo y trató de enmendar lo irreparable. A partir del recuerdo y las escasas notas sobre el segundo amanecer, trató de recomponer una tercera obra aún más alejada de

la obra original. Cuanto desconocía, que no era poco, decidió inventarlo. Quizá W. M. eligiera el título para ocultar el sol que impide el surgir de nada nuevo pero todo son conjeturas ímprobas sobre algo indescifrable ¿y qué más da? - Se pregunta nuestro narrador -. *El amanecer de ningún día* podía ser, en verdad, algo nuevo, porque ahora es algo completamente desconocido. No había nada que hacer, al fin, mi amigo también había sucumbido a la *profecía del Alquimista*.

En cuanto a esas noticias de nuestra realidad cotidiana, siempre de vital importancia pero nunca de vital trascendencia, como trágicos movimientos y giros reiterados del lenguaje musical, confundidos entre las voces del avance de la orquesta… ¿cabe concebir algún encadenamiento de las mismas, alguna ley fundamental que las rija, alguna historia que las enlace? Es como si el arte, al engrandecer la vida, hubiera de alejarse de ella lo máximo posible para presentar una conclusión completa, resultando una fábula sin ninguna correspondencia con el mundo en el que vivimos, un mundo demasiado grande y complejo como para ambicionar encerrarlo en un puñado de párrafos. Toda pretensión artística ha de ser, ante todo, una pretensión humilde; no cabe ponderar la inmensidad del todo al uso poético, como si el hombre gritase inútilmente hacia la audiencia de un teatro infinito e infinitamente sordo, ni tampoco reivindicar nuestra miseria individual por ser el desconocimiento único que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos. El vasto conocimiento absoluto de las ciencias ha aniquilado por completo la esperanza de que algo nuevo pueda pensarse. No podemos seguir arrastrando la losa de todas aquellas grandes conceptualizaciones por más tiempo, ni traducir, retocar, pulir y trocar las mismas o distintas palabras. Es menester dirigirse al artista, al sujeto en más íntimo contacto con la originalidad de la creación para que las formas puedan exhibirse de nuevo oscuras y sublimes como lo fueron en un estado de tensión, libertad y peligrosidad.

Aquel batiburrillo teórico nos proporcionó un esclarecimiento del amanecer. ¡Claro que no amanece ningún día! Es el hombre el que amanece y, con él, sus días. Fue ante el abatimiento inevitable de mi amigo, cuando nuestro narrador decidió componer la historia que ahora tienes en tus manos y regalársela para que así pudiera comenzar otra colección de saberes poco útiles pero necesarios para el sustento de estos delicados espíritus. Nuestro narrador, como ya avisó, desconocía muchas cosas sobre la historia original de modo que se preguntarán cómo urdió todas sus mentiras.

Fue así como la miré y la miré de nuevo, sin terminar de conceder ningún crédito ante lo que se presentaba ante mí. Debió de tratarse de una mujer bella por la sencilla razón de que aún, al mirarla de nuevo, seguía siéndolo a pesar, sin duda, de todas las pasiones que debió brindarle con generosidad el tiempo. Mirándola descubría, a la vez, la belleza y el pasado y mi acto obsceno, mi impertinente curiosidad, demostraba cuán lejos se encontraba y cuan lejos me encontraba yo, en dos orillas separadas quedábamos, por un sinfín de abismos. Sus rasgos se me ofrecían como finos y delicados, sus manos, largas y delgadas, permanecían dulcemente recogidas entre los pliegues de un manto. Su carácter se me desvelaba como silencioso y nostálgico, claros sus ojos y entre su mirar se emboscaba algún misterio que no se decidía a revelarme si no fuera mediante sugerencias e inescrutables sobrentendidos presumiendo que mi pobre imaginación desenredaría todas sus cadencias caprichosas y descuidadas, que alcanzaría a descifrar sus susurros, que llegaría, al fin, a comprenderla y a compartir aquel secreto, aquella pesada carga espiritual. ¿Había temor quizás? ¡Qué magnífica efigie! - me decía - digna de posar para un maestro, merecedora de ser amada con locura, meritoria de las más hermosas palabras. La noche la había traído.

Tiene nuestro narrador la horrorosa costumbre de deambular meditabundo a ciertas desacostumbradas horas, como si el silencio y la oscuridad le

desvelasen y le forzaran a preguntarse irresolubles dilemas, vagando como un distraído espectro sin rumbo fijo ni concreto, arrastrando cavilaciones y charlas. En vano había tratado de consolar a mi amigo entre tragos e intercambios de miradas. Tomó mi obra con gesto condolido y marchó a dormir, más tarde descubriría mis orgullosas meditaciones abandonadas en un ángulo. Me dije, recogiendo el legajo, que el tiempo cura las heridas, aunque también es cierto que luego me dijera que solo el tiempo es el culpable de abrirlas… el tiempo… escuché los golpes, aquellos golpes tímidos, sobre la puerta y di por seguro que había enloquecido. Paralizado, detenido en mi errar… decidí descubrir al visitante no más este volvió a llamar a la puerta. Era ella; alta, hermosa, esbelta… posó una de sus manos sobre las mías, que figuro debían estar gélidas y conmovido descubrí que la realidad siempre es más bella. Me preguntó si podía pasar y lo hizo sin aguardar mi respuesta, adivinando que era, entonces, incapaz de decir nada. Se sentó donde ahora permanece sentada, donde antes lo estuvo mi pobre amigo. No nos preguntamos nuestros nombres ¡Qué falta hacía! Parecía conocerme en verdad, pues aquella confianza seguro no nos era extraña a ninguno de los dos. No recuerdo cuál fue el tema de nuestra conversación ¿en verdad importa? Recuerdo eso sí, que a su marcha, tras narrarme todo aquello, desplegó, ya en la calle, un fabuloso parasol.

Aguardó si acaso no había llegado al lugar al que esperaba llegar, resultando que así fuera. Transcurrido un intervalo de tiempo de consideración, las puertas del lugar seguían dando a entender que no contenían en sus adentros ninguna actividad. Tras un corto titubeo, se decidió a llamar. Los golpes de sus nudillos desnudos se prolongaron en los húmedos intestinos del edificio.

BIBLIOTECA

Sus irresoluciones dejaron de presentar preocupación en cuanto distanció unos pasos de sus umbrales con motivo de verificar a cierta distancia, con perspectiva, si las siglas del rótulo coincidían con las de su destino.

Por cuenta propia, que en este caso parecía no haberla mejor, -sirviose nada más de intuición y esperanza- se alejó de la biblioteca. El viento jugueteaba aquella nublosa mañana, revolviendo el pelo a los transeúntes, retozando con las hojas caídas de los árboles y de los periódicos atrasados. Tras hacer su equipaje en una pensión, una maleta medio vacía y una vieja y pesada máquina de escribir, se echó a las calles con unas horas de adelanto, enfundándose en los huecos de su mejor traje.

Nadie conocía en ningún lado ni al político ni la vía de que ostentaba el nombre del difunto. Resolvió continuar con sus pesquisas en una taberna cercana. Allí, si bien las señas, contraseñas y señales que le fueron dadas fueron muchas, nada en limpio logró extraer. Finalmente una señora, natural de toda la vida, le señaló a un golfillo callejero quien a cambio de un puñado de calderilla le acompañaría hasta la estación.

- ¡Tengo las mejores frutas, las mejores frutas, las mejores frutas, oiga! -.

Reconoció, siguiendo los pasos de este cicerone, la rúa que había subido y ahora bajaba. Una pitonisa ciega a cambio de la voluntad, bajo el vaticinio del escrutinio de los pliegues de la palma de la mano derecha, adivinaba el porvenir en una de las esquinas.

LA BÚSQUEDA INEVITABLE DE LA FELICIDAD

Dos hombres se entretenían en una interminable conversación - la verdad siéndole sincero, no sé dónde queda ni esa calle ni esa otra plaza… y no porque no me sea familiar, fíjese. Quizá el nombre… ¿un teatro dice?, ¿por aquí? Eso es totalmente absurdo aunque… ¡Aguarde un segundo! Ahora que hago memoria… -. Pasaron al lado de un viejo e imponente edificio desconchado, con sus ventanales solapados de tableros roídos. Miró a través de la oscuridad de una de aquellas cavidades y vio los destellos apagados de una tremenda araña de cristal llena de polvo. Ganaron la calle y alcanzaron a divisar el humo de la estación.